



IAIN M.
BANKS

EL USO DE LAS ARMAS

UNA NOVELA DE "LA CULTURA"

Lectulandia

Cheradenine Zakalwe era uno de los agentes más importantes de Circunstancias Especiales, que cambiaba el destino de los planetas según las directrices de la Cultura por medio de conspiraciones, sucias artimañas y acciones militares. Diziet Sma lo había sacado de la oscuridad y lo había empujado hacia su actual celebridad, pero a pesar de su relación, ella no lo conocía tanto como pensaba.

El drone conocido como Skaffen-Amtiskaw conocía a ambos. Hace tiempo, había salvado la vida de la mujer al masacrar a sus atacantes de una manera especialmente sangrienta. Del hombre, pensaba que era un caso perdido. Pero ni siquiera su inteligencia mecánica podía imaginar los horrores en el pasado de Zakalwe.

Lectulandia

Autor

El uso de las armas

ePUB v1.0

Superpollo1968 29.11.11

más libros en lectulandia.com

Traducción de Albert Solé

Cubierta: Geest/Höverstad

Ilustración: Vankeer Christian

Título original: Use of Weapons

© 1990, Iain M. Banks

© 1992, Ediciones Martínez Roca, S. A. Colección Super Ficción

ISBN 84-270-1648-4

Depósito legal B. 22.271-1992

Basado en la Edición digital de Elfowar. Junio de 2002.

Agradecimientos

El culpable de todo esto se llama Ken MacLeod.

Él fue quien tuvo la idea de convencer al viejo guerrero para que abandonara su retiro, y el programa de ejercicios físicos también fue una sugerencia suya.

«Ligera destrucción mecánica»

Zakalwe haciendo su trabajo;
esas nubéculas de humo que giran perezosamente sobre la ciudad,
agujeros negros en el aire del mediodía, el resplandor del Punto de Impacto;
¿te han dicho lo que deseabas saber?

O azotado por la lluvia que te arranca la piel sobre el desierto de cemento,
isla fortaleza rodeada por las aguas;
caminaste entre las máquinas hechas pedazos,
y observaste mediante ojos libres de drogas
buscando artefactos de otra guerra,
y el lento castigo que desgasta el alma y la maquinaria.

Jugaste con plataformas, deslizadores y naves,
con armas, unidades y campos,
y escribiste una alegoría de tu regreso
con las lágrimas y la sangre de otros;
la vacilante poesía de tu ascenso
desde una mera gracia tambaleante.

Y aquellos que te encontraron
te hicieron suyo y te alteraron.
(«Eh, muchacho, tú contra nosotros, el hombre contra los proyectiles cuchillo.

Enfréntate a nuestra velocidad, nuestra inercia y nuestro secreto sangriento:
¡el camino que lleva al corazón de un hombre atraviesa su pecho!»)

Pobre niño salvaje...
Creían que eras su juguete, un resto viviente del pasado
y se felicitaban de haberte encontrado
porque la utopía engendra pocos guerreros.

Pero tú sabías que tu presencia creaba una incógnita
en cada plan trazado.

Te tomaste muy en serio nuestro juego
y comprendiste lo que ocultaban nuestros trucos
y nuestras glándulas alteradas,
y creaste tu propio significado con los huesos y los restos.

La trampa en que habían caído esas existencias de invernadero
no estaba hecha de carne,
y lo que nosotros nos limitamos a saber
tú lo sentiste
en lo más profundo de tus células deformes.

*Rasd–Coduresa Diziet Embless Sma da ‘Marenhide. Agente de CE, Año 115
(Tierra, Calendario Khmer). Traducción propia del original marain. Inédito.*

Prólogo

—**D**ime, ¿qué es la felicidad?

—¿La felicidad? La felicidad..., la felicidad es despertar una soleada mañana de primavera sintiéndote agotado después de haber pasado tu primera noche con una hermosa y apasionada... asesina profesional.

—Mierda... Así que la felicidad se reduce a eso, ¿eh?

La copa de cristal reposaba entre sus dedos como si fuera una masa de luz sudorosa caída en una trampa. El líquido que contenía era del mismo color que sus ojos y giraba en lentos y perezosos remolinos bajo los rayos del sol mientras lo observaba con los párpados entrecerrados. La superficie iridiscente del líquido proyectaba reflejos sobre su rostro cubriéndolo con venillas de oro en continuo movimiento.

Apuró la copa y la contempló mientras el alcohol bajaba hasta llegar a su estómago. Sintió un cosquilleo en la garganta, y le pareció que la luz le hacía cosquillas en los ojos. Hizo girar la copa entre sus manos moviéndola deprisa pero con mucho cuidado, aparentemente fascinado por las desigualdades del pie y la sedosa lisura de las partes no talladas. La sostuvo delante del sol y entrecerró un poco más los párpados. El cristal centelleó como si contuviera un centenar de arco iris en miniatura, y los diminutos hilillos de burbujas atrapados en el esbelto tallo del recipiente brillaron con un resplandor que resultaba aún más dorado porque tenía el azul del cielo como fondo, y se fueron enroscando sobre sí mismos hasta formar una doble espiral.

Bajó la copa muy despacio y sus ojos se posaron sobre la ciudad sumida en el silencio. Contempló los tejados, los pináculos y las torres y, más allá de ellos, los grupos de árboles que indicaban la posición de los escasos parques de explanadas y caminos polvorientos; y su mirada se fue alejando hasta dejar atrás la distante línea de las murallas con sus dientes de sierra, las llanuras blanquecinas y las colinas azul humo que bailaban entre la calina que se extendía bajo un cielo sin nubes.

Movió el brazo sin apartar los ojos de aquel panorama y arrojó la copa por encima de su hombro lanzándola hacia la fresca penumbra del salón que había detrás de él. La copa se perdió entre las sombras y se hizo añicos.

—Bastardo —dijo una voz pasados unos segundos. La voz sonaba débil, como ahogada por una tela, y parecía tener cierta dificultad para articular las palabras—. Creí que era la artillería pesada. He estado a punto de cagarme de miedo...

—¿Quieres ver mierda por todas partes? Oh, diablos, y encima parece que he

mordido el cristal... Mmmmm..., estoy sangrando. –Unos instantes de silencio–. ¿Me has oído? –Cuando volvió a hablar la voz pastosa sonó un poco más fuerte que antes–. Estoy sangrando... ¿Quieres ver el suelo lleno de mierda y sangre de noble cuna? –Un roce ahogado, un tintineo cristalino y, unos momentos después, otro murmullo–: Bastardo...

El joven del balcón giró lentamente sobre sí mismo dando la espalda a la ciudad y entró en el salón tambaleándose de forma casi imperceptible. El salón estaba lleno de ecos y la temperatura era unos cuantos grados más baja que en el balcón. El mosaico del suelo tenía miles de años y había sido cubierto en una época más reciente con una capa transparente a prueba de arañazos y golpes que protegía los diminutos fragmentos de cerámica. En el centro de la estancia había una gigantesca mesa para banquetes cubierta de tallas y adornos con sillas a su alrededor. Junto a las paredes se dispersaba una confusión de mesas de menor tamaño, más sillas, cómodas y armarios. Todas las piezas del mobiliario habían sido talladas en la misma madera oscura, y pesaban mucho.

Algunas paredes estaban adornadas con frescos de colores algo apagados, pero todavía impresionantes, en los que predominaban los campos de batalla; otras paredes estaban pintadas de blanco y acogían enormes mándalas formados por armas antiguas. Cientos de lanzas, cuchillos, espadas, escudos, mazas, lanzas, boleadoras y flechas habían sido cuidadosamente colocadas para crear grandes remolinos de filos y pinchos que hacían pensar en un diluvio de metralla emanado de una explosión imposiblemente simétrica. Armas de fuego bastante oxidadas se apuntaban las unas a las otras como dándose aires de importancia sobre el tiro obstruido de las chimeneas.

Las paredes también contenían unos cuantos cuadros ennegrecidos y varios tapices deshilachados, pero quedaban bastantes espacios vacíos que habrían podido acoger muchos más. Enormes ventanas triangulares de cristales multicolores arrojaban cuñas de luz sobre el mosaico y la madera. Los muros de piedra blanca se alzaban hasta el techo y terminaban en curvas rojas que sostenían enormes vigas de madera negra, que se extendían sobre toda la longitud del salón como si fueran una tienda gigantesca formada por una multitud de dedos angulosos.

El joven dio una patada a una silla y se dejó caer en ella.

–¿De qué sangre estás hablando? –preguntó.

Apoyó una mano sobre la superficie de la gran mesa para banquetes y se llevó la otra al cuero cabelludo moviéndola como si tuviera la cabeza cubierta por una espesa mata de pelo, aunque la llevaba afeitada.

–¿En? –exclamó la voz.

Parecía venir de algún lugar situado debajo de la gran mesa a la que acababa de sentarse.

–¿Qué conexiones aristocráticas ha podido tener un viejo vagabundo borracho

como tú?

El joven apretó los puños y se frotó los ojos. Después los relajó y se dio masaje en la cara con las palmas.

El silencio duró bastante.

–Bueno... He sido mordido por una princesa.

El joven alzó los ojos hacia el techo atravesado por las vigas y dejó escapar un bufido.

–Se rechaza la prueba por insuficiente.

Se puso en pie y fue al balcón. Cogió los binoculares que había sobre la balaustrada y se los llevó a los ojos. Chasqueó la lengua, se tambaleó de un lado a otro como si fuera a perder el equilibrio, fue hacia las ventanas y se apoyó en una de ellas para evitar que el temblor de sus manos se transmitiera a los binoculares. Corrigió el foco, meneó la cabeza, volvió a dejar los binoculares sobre la balaustrada y se cruzó de brazos apoyando la espalda en la pared para contemplar la ciudad.

El panorama le hizo pensar en un horno para cocer pan. Tejados marrones y buhardillas agrietadas como cortezas y mendrugos de pan, polvo que parecía harina...

Los recuerdos surgieron de la nada y el panorama de calor y aire tembloroso que tenía delante se volvió primero gris y luego casi negro, y recordó otras ciudadelas (la ciudad de tiendas condenada a la destrucción que se extendía por el gran paseo para los desfiles que había debajo de ellos y la vibración que hacía temblar los cristales de las ventanas, la joven –muerta ahora–, hecha un ovillo sobre una silla en una torre del Palacio de Invierno). Hacía calor, pero no pudo contener un escalofrío, y expulsó los recuerdos de su mente con un considerable esfuerzo de voluntad.

–¿Y tú?

El joven volvió la cabeza hacia el salón.

–¿Qué?

–¿Has tenido algún tipo de relación con..., eh..., con quienes son mejores que nosotros?

El joven se puso muy serio.

–En una ocasión... –empezó a decir. Vaciló y tardó unos segundos en seguir hablando–. Conocí a alguien que era..., le faltaba muy poco para ser una princesa, y llevé una parte de ella dentro de mí durante un tiempo.

–¿Te importaría repetir eso? Llevaste...

–Una parte de ella dentro de mí durante un tiempo.

Silencio.

–¿No crees que habría debido ser al revés? –preguntó la voz en un tono muy cortés.

El joven se encogió de hombros.

–Fue una relación bastante extraña.

Volvió a contemplar la ciudad y sus ojos la recorrieron buscando humo, personas, animales o cualquier señal de movimiento, pero el paisaje estaba tan inmóvil y silencioso como si lo hubieran pintado. Lo único que se movía era el aire caliente que hacía bailotear las imágenes. El joven pensó que quizá hubiese alguna forma de hacer temblar un telón pintado para producir ese mismo efecto, pero no tardó en olvidarse de ello.

–¿Ves algo? –gruñó la voz desde debajo de la mesa.

El joven no dijo nada, pero se frotó el pecho a través de la camisa y los pliegues de la guerrera abierta que lo cubrían. Llevaba puesta una guerrera de general, pero no era general.

Se apartó de la ventana y cogió una jarra de gran tamaño que estaba sobre una de las mesitas que había junto a la pared. Alzó la jarra por encima de su cabeza y la fue inclinando cautelosamente con los ojos cerrados y el rostro levantado hacia ella. La jarra ya no contenía agua, por lo que no ocurrió nada. El joven suspiró, lanzó una rápida mirada al barco de vela pintado en uno de los lados de la jarra y volvió a colocarla delicadamente sobre la mesa dejándola en el mismo sitio donde estaba antes.

Meneó la cabeza, se dio la vuelta y fue hacia una de las dos gigantescas chimeneas del salón. Se encaramó al dintel y una vez allí contempló con gran atención una de las armas antiguas colocadas en la pared; un rifle de cañón anchísimo con la culata llena de adornos y un mecanismo de disparo carente de toda protección. Intentó separar el arma de la pared, pero estaba demasiado bien sujeta. El joven acabó desistiendo pasados unos momentos, bajó de un salto y aterrizó en el suelo con cierta torpeza.

–¿Has visto algo? –volvió a preguntar la voz en un tono levemente esperanzado.

El joven fue lentamente desde la chimenea hasta una esquina del salón en la que había una cómoda gigantesca cubierta de tallas e incrustaciones. La parte superior de la cómoda estaba ocupada por un gran número de botellas, al igual que una zona considerable del suelo a su alrededor. Rebuscó entre aquella colección de botellas –la mayor parte estaban vacías y tenían el gollete roto–, hasta encontrar una intacta y llena. Una vez la hubo encontrado se sentó en el suelo moviéndose despacio y, con gran cautela, rompió el cuello de la botella haciéndola chocar contra la pata de una silla cercana y vació en su boca el licor que no se había esparcido sobre sus ropas o creado charcos encima del mosaico. Se atragantó y tosió, dejó la botella en el suelo, se levantó y la hizo rodar hasta debajo de la cómoda de una patada.

Fue hacia otra esquina del salón en la que había un montón de ropas y armas. Cogió un arma desenredándola del amasijo de cinchas, hebillas y cartucheras que la ocultaba. La inspeccionó y la dejó caer sobre las demás. Apartó con la mano varios

centenares de diminutos cargadores vacíos para coger otra arma que tampoco pareció satisfacerle. Cogió dos armas más, las inspeccionó, se colgó una del hombro y dejó la otra sobre un arcón cubierto por una alfombra. Después siguió hurgando en el montón de armas durante un buen rato y acabó con tres armas colgando del hombro. Casi toda la parte superior del arcón había quedado cubierta por una masa de piezas sueltas, armas y cargadores. El joven los barrió con la mano recogiendo todo en una bolsa de lona llena de manchas que dejó en el suelo.

–No –dijo.

La negativa coincidió con un sordo retumbar cuyo origen era imposible de precisar, un sonido que parecía venir más del suelo que del aire. La voz farfulló algo ininteligible desde debajo de la mesa.

El joven fue hacia las ventanas y dejó las armas sobre las losas del suelo.

Se quedó inmóvil durante unos momentos contemplando el paisaje.

–Eh –dijo la voz desde debajo de la mesa–. ¿Te importaría echarme una mano? Estoy debajo de la mesa.

–Y ¿qué estás haciendo debajo de la mesa, Cullis? –replicó el joven.

Se arrodilló para inspeccionar las armas. Golpeó los indicadores con la punta de un dedo, hizo girar los diales, alteró las coordenadas y pegó un ojo a las miras telescópicas para averiguar si funcionaban correctamente.

–Oh, ya sabes.... Nada de particular.

El joven sonrió, se puso en pie y fue hacia la mesa. Se inclinó, metió un brazo por debajo del tablero y tiró de un hombre corpulento de rostro enrojecido que llevaba puesta una guerrera de mariscal de campo que le venía una talla demasiado grande. Su cabellera canosa estaba cortada casi al cero, y uno de sus ojos era una prótesis. El joven le ayudó a incorporarse poco a poco y el hombre se pasó lentamente la mano por la guerrera para quitarse unos cuantos trocitos de cristal que se habían pegado a la tela. Después dio las gracias al joven asintiendo muy despacio con la cabeza.

–Bueno... ¿Qué hora es? –preguntó.

–¿Qué? Deja de farfullar, Cullis.

–La hora. ¿Qué hora es?

–Es de día.

–Ja. –El hombre asintió como si supiera muy bien de qué estaba hablando–. Ya me lo imaginaba...

Cullis vio como el joven volvía a la ventana junto a la que había dejado las armas y dio un par de pasos alejándose de la gran mesa. Acabó llegando a la mesita sobre la que estaba la jarra para agua en la que había pintado un viejo barco de vela.

Alzó la jarra tambaleándose lentamente de un lado a otro, le dio la vuelta sobre su cabeza hasta dejarla en posición invertida, parpadeó, se pasó las manos por la cara y tiró del cuello de la guerrera.

–Ah... –dijo–. Ya me encuentro mejor.

–Estás borracho –dijo el joven sin apartar la mirada de las armas que estaba inspeccionando.

El hombre puso cara pensativa y pareció meditar en lo que acababa de decirle.

–Casi has conseguido que sonara como una crítica –replicó por fin en el tono más digno de que fue capaz.

Golpeó suavemente su ojo falso con la punta de un dedo y parpadeó unas cuantas veces. Giró sobre sí mismo intentando moverse de la forma más lenta y cautelosa posible hasta quedar de cara a la otra pared, la que estaba adornada con un fresco que representaba una batalla naval. El hombre clavó la mirada en un gigantesco navío de guerra y su mandíbula pareció tensarse ligeramente.

Echó la cabeza hacia atrás con un movimiento muy brusco. Hubo una tosecilla casi inaudible y un zumbido que acabó confundándose con una explosión no muy potente. Un jarrón colocado a tres metros de distancia del buque de guerra se desintegró convirtiéndose en una nube de polvo.

El nombre de la cabellera canosa meneó la cabeza con expresión entristecida y volvió a darse unos golpecitos en el ojo falso.

–Tienes razón –dijo–. Estoy borracho.

El joven se puso en pie sosteniendo en sus manos las armas que había seleccionado y se volvió hacia él.

–Si tuvieras dos ojos estarías viendo doble. Cógela.

Arrojó un arma hacia el hombre, quien alargó una mano para atraparla al vuelo. El arma chocó con la pared que tenía detrás y cayó al suelo haciendo mucho ruido.

Cullis parpadeó.

–Creo que debería volver a meterme debajo de la mesa –dijo.

El joven fue hasta la pared, cogió el arma, la inspeccionó y se la entregó. Cullis la aceptó y la sostuvo como si no supiera qué hacer con ella. El joven tiró de los brazos de Cullis hasta dejarlos curvados encima del arma y le llevó hasta el montón de ropas y armas.

El hombre de la cabellera canosa era más alto que el joven y su ojo bueno y su ojo falso –que en realidad era una micropistola ligera– siguieron al joven y contemplaron como cogía dos cartucheras del suelo, iba hacia él y se las colocaba sobre los hombros. Cullis siguió mirándole fijamente. El joven torció el gesto, alargó una mano y le hizo volver la cabeza. Después hurgó en uno de los bolsillos delanteros de la guerrera de mariscal de campo que le quedaba demasiado grande y sacó de ella lo que parecía –y era– un parche blindado, cuya tira de sujeción deslizó delicadamente sobre la rala cabellera canosa del hombre.

–¡Dios mío! –jadeó Cullis–. ¡Estoy ciego!

El joven volvió a alzar la mano y cambió la posición del parche.

–Disculpa. Me he equivocado de ojo.

–Eso está mejor. –El hombre de la cabellera canosa irguió los hombros y tragó una honda bocanada de aire–. ¿Dónde están esos bastardos?

Su voz seguía sonando pastosa. Cada vez que le oía hablar, el joven sentía deseos de carraspear para aclararse la garganta.

–No les veo. Lo más probable es que sigan ahí fuera. La lluvia de ayer ha mojado la tierra y no hay nubes de polvo que indiquen por dónde andan.

El joven puso otra arma sobre los brazos de Cullis.

–Bastardos...

–Sí, Cullis.

Después añadió un par de cajas de municiones a las armas que Cullis sostenía sobre sus brazos.

–Bastardos asquerosos...

–Tienes toda la razón, Cullis.

–Los... Hmm... Creo que no me sentaría mal un trago, ¿sabes?

Cullis se tambaleó. Bajó la vista y contempló las armas que sostenía en sus brazos como si no comprendiera muy bien qué hacían allí.

El joven le dio la espalda para coger más armas del montón, pero cambió de opinión cuando oyó un ensordecedor ruido metálico a su espalda.

–Mierda –murmuró Cullis desde el suelo.

El joven fue hacia la cómoda repleta de botellas. Cogió todas las botellas llenas que pudo encontrar y volvió sobre sus pasos. Cullis roncaba pacíficamente bajo un montón de armas, cajas de munición, cartucheras y los restos destrozados de una silla para banquetes. El joven fue apartándolo todo, desabrochó un par de botones de la guerrera de mariscal de campo y deslizó las botellas entre la guerrera y la camisa. La guerrera le quedaba tan grande que había espacio más que suficiente.

Cullis abrió su ojo bueno y le contempló en silencio durante unos momentos.

–¿Qué hora dijiste que era?

El joven volvió a abrochar los botones.

–Creo que es hora de largarse.

–Hm... Quizá tengas razón. Tú entiendes de eso más que yo, Zakalwe.

Cullis volvió a cerrar su ojo bueno.

El joven al que Cullis había llamado Zakalwe fue rápidamente hacia un extremo de la gran mesa, que estaba cubierta por una manta relativamente limpia sobre la que había un arma de gran tamaño y apariencia bastante terrible. La cogió y volvió hacia el corpachón que roncaba en el suelo. Cogió al hombre de la cabellera canosa por el cuello de la guerrera y fue retrocediendo hacia la puerta que había al otro extremo del salón arrastrando a Cullis. Se detuvo a recoger la bolsa de lona con el armamento que había seleccionado antes y se la colgó de un hombro.

Había logrado arrastrar a Cullis la mitad de la distancia que les separaba de la puerta cuando éste despertó. Su ojo bueno se abrió y le atravesó con una mirada bastante vidriosa. Sus posiciones respectivas hacían que el ojo quedara invertido.

–Eh.

–¿Qué pasa, Cullis? –gruñó el joven, y le arrastró un par de metros más.

La cabeza de Cullis se volvió lentamente observando el salón que se deslizaba a su alrededor.

–¿Sigues creyendo que bombardearán este sitio?

–Aja.

El hombre de la cabellera canosa meneó la cabeza.

–No –dijo. Tragó aire–. No... –repitió mientras volvía a menear la cabeza–. Nunca.

–Adelante, chicos, dadle la réplica –murmuró el joven mirando a su alrededor.

Pero todo siguió en silencio. Llegaron a las puertas y el joven las abrió de una patada. La escalera que llevaba hasta la entrada de atrás y el patio que había al otro lado de ella era de mármol verde ribeteado con filetes de ágata. El joven fue bajando lentamente por ella. Las armas y las botellas tintineaban, el arma que colgaba de su hombro le golpeaba el costado y los tacones de Cullis chirriaban sobre el mármol y chocaban con un golpe seco contra cada peldaño que le hacía bajar.

Cullis lanzaba un gruñido ahogado a cada peldaño. «Maldita sea, mujer. Ten más cuidado...», farfulló en una ocasión. El joven se detuvo y le miró fijamente. Cullis roncaba, y vio un hilillo de saliva que había empezado a deslizarse por una de las comisuras de sus labios. El joven meneó la cabeza y reanudó el descenso.

Se detuvo en el tercer rellano para echar un trago y permitió que Cullis roncara en paz durante unos momentos hasta que se sintió lo bastante fuerte para seguir. Acababa de agarrarle por el cuello de la guerrera y se estaba lamiendo los labios cuando oyó un silbido que se fue haciendo más y más estridente. Se arrojó al suelo y tiró de Cullis hasta dejarle medio encima de él.

La explosión se produjo lo bastante cerca para agrietar el vidrio de los ventanales y desprender unos fragmentos de yeso del techo. Las laminillas blancas cayeron grácilmente a través de las cuñas triangulares de luz solar y se posaron sobre los peldaños con un repiqueteo casi inaudible.

–¡Cullis! –Volvió a cogerle por el cuello de la guerrera y bajó un peldaño de un salto–. ¡Cullis! –gritó mientras sus pies patinaban sobre el suelo del rellano. Estuvo a punto de perder el equilibrio–. ¡Cullis, maldito gilipollas! ¡Despierta!

Otro aullido hendió el aire. La detonación hizo temblar todo el palacio y una ventana se desintegró en algún lugar de arriba. Una lluvia de yeso y cristales rotos cayó por el pozo de la escalera. El joven se tambaleó, y logró bajar otro tramo de peldaños con el cuerpo encorvado y sin soltar a Cullis. Sus labios se movían lanzando

un chorro incesante de maldiciones ahogadas.

–¡CULLIS! –rugió mientras dejaba atrás habitaciones vacías y exquisitos murales de un delicado estilo pastoral–. Maldito sea tu jodido culo de vejestorio, Cullis... ¡DESPIERTA!

Sus pies patinaron sobre el suelo de otro rellano. Las botellas tintinearón furiosamente y el cañón del arma chocó con los bajorrelieves que lo adornaban arrancándoles algunos trozos. El zumbido volvió a vibrar en sus oídos. El joven saltó hacia adelante, la escalera bailó y los cristales se hicieron pedazos sobre su cabeza. Los torbellinos de polvo blanco estaban por todas partes. El joven logró incorporarse y vio a Cullis sentado en el suelo quitándose los trocitos de yeso del pecho con una mano mientras se frotaba el ojo bueno con la otra. Una nueva explosión más alejada hizo temblar la escalera.

Cullis tenía el aspecto de alguien que se encuentra muy mal. Alzó una mano y la movió a través del polvo.

–Esto no es niebla y eso no era un trueno, ¿verdad?

–No –gritó el joven mientras bajaba a saltos por la escalera.

Cullis tosió y le siguió tambaleándose.

El joven llegó al patio justo a tiempo de ver la nueva andanada de proyectiles. Uno de ellos estalló a su izquierda cuando salía del palacio. Subió de un salto al semioruga e intentó ponerlo en marcha. La explosión destrozó el tejado de los aposentos reales. Un diluvio de tejas y baldosas cayó sobre el patio y los proyectiles improvisados se convirtieron en nubéculas de polvo creando sus propias explosiones tributarias de la detonación principal. El joven se puso una mano sobre la cabeza y hurgó debajo del salpicadero buscando un casco. Un trozo de mampostería de gran tamaño rebotó sobre el capó del transporte dejando una abolladura bastante profunda y una nube de polvo.

–Oh..., miiiiieeerda –dijo.

Logró encontrar un casco y se lo puso en la cabeza.

–¡Bastardos asque...! –gritó Cullis.

Tropezó cuando le faltaba muy poco para llegar al semioruga y se derrumbó sobre el polvo. Lanzó un juramento, se incorporó y saltó al vehículo. Dos proyectiles más cayeron a su izquierda haciendo impacto en los aposentos reales.

Las nubes de polvo creadas por el bombardeo empezaron a moverse por entre los edificios pegándose a las fachadas. La luz del sol se abrió paso a través del caos que se había adueñado del patio hendiéndolo como si fuera una cuña gigantesca que mezclaba las sombras con la claridad.

–Estaba convencido de que bombardearían los edificios del Parlamento –dijo Cullis en voz baja mientras contemplaba los restos llameantes de un camión que ardía al otro extremo del patio.

–¡Bueno, pues no lo han hecho!

El joven volvió a tirar de la palanca de encendido maldiciéndola ferozmente.

–Tenías razón. –Cullis suspiró y puso cara de perplejidad–. Oye, ¿qué habíamos apostado exactamente? ‘

–¿A quién le importa eso ahora? –rugió el joven.

Su pie se movió velozmente pateando algo por debajo del salpicadero. El motor del semioruga tosió y cobró vida.

Cullis se quitó unos restos de teja del cabello mientras su camarada se pasaba la correa del casco por debajo del mentón y le entregaba otro casco. Cullis lo aceptó con un suspiro de alivio y empezó a abanicarse la cara con él mientras se daba palmaditas en el pecho más o menos allí donde estaba el corazón, como si estuviera intentando darse ánimos y convencerse de que todo iba bien.

Y un instante después apartó la mano y contempló con incredulidad el líquido rojo que la manchaba.

El motor dejó de funcionar. Cullis oyó la voz del joven insultándolo como si fuera un ser vivo y el chasquido metálico que se produjo cuando volvió a tirar de la palanca del encendido. El motor carraspeó y sus toses entrecortadas se convirtieron en un débil ronroneo acompañado por el silbido de los proyectiles que seguían cayendo del cielo.

Cullis bajó la vista y contempló el acolchado del asiento sobre el que estaba sentado. Una salva de explosiones atronó a lo lejos entre los remolinos de polvo. El semioruga se estremeció.

La superficie del asiento se había vuelto de color rojo.

–¡Médico! –gritó.

–¿Qué?

–¡Médico! –gritó Cullis para hacerse oír por encima de otra explosión mientras le enseñaba su mano manchada de rojo–. ¡Zakalwe, estoy herido!

La pupila de su ojo bueno estaba dilatada por el horror y la sorpresa. Los dedos de su mano temblaban incontrolablemente.

El joven puso cara de exasperación y le apartó la mano con brusquedad.

–¡Es vino, imbécil!

Se inclinó hacia adelante, sacó una de las botellas que había metido bajo la guerrera de Cullis y la dejó caer sobre su regazo.

Cullis miró hacia abajo, muy sorprendido.

–Oh –dijo–. Bien. –Metió la mano dentro de su guerrera y extrajo cautelosamente unos cuantos trocitos de cristal–. Ya me extrañaba que me quedara tan bien... –murmuró.

El motor cobró vida de repente y rugió como si los torbellinos de polvo y el temblor del suelo le hubieran puesto furioso. Las explosiones que se sucedían en los

jardines creaban surtidores de tierra marrón, que salían disparados hacia lo alto pasando sobre el muro del patio para acabar aterrizando a su alrededor acompañados por los fragmentos de las estatuas destrozadas.

El joven luchó durante unos momentos con el cambio de marchas. El semioruga se puso en marcha de repente con tanta brusquedad que él y Cullis casi salieron despedidos de sus asientos. El vehículo se lanzó hacia adelante, salió del patio y empezó a moverse por la polvorienta carretera que había más allá. Unos segundos después, casi todo el edificio en el que habían estado sucumbió a la detonación combinada de los proyectiles enviados por una docena de piezas de artillería de gran calibre y se desplomó sobre el patio, sepultando el recinto y todo lo que había a su alrededor bajo inmensos montones de cascotes y vigas destrozadas a las que se unieron nubes de polvo aún más voluminosas.

Cullis se rascó la cabeza y le murmuró algo al casco en cuyo interior acababa de vomitar.

–Bastardos –dijo unos segundos después.

–Tienes toda la razón, Cullis.

–Bastardos asquerosos.

–Sí, Cullis.

El semioruga dobló una esquina y se alejó rugiendo en dirección al desierto.

Primera parte: El buen soldado

Uno

Avanzó por la sala de turbinas arrastrando consigo un anillo eternamente cambiante compuesto de amistades, admiradores y animales –una nebulosa congregada alrededor del foco de atracción que era su persona–, hablando con los invitados, dando instrucciones a sus sirvientes, haciendo sugerencias y ofreciendo cumplidos a la multitud de artistas que les entretenían con espectáculos de lo más variado. La música llenaba el espacio saturado de ecos que había sobre las viejas máquinas de superficies relucientes, y se iba sedimentando discretamente entre la muchedumbre de invitados vestidos con ropajes multicolores que no paraban de hablar. Saludó con una grácil reverencia y una sonrisa al Almirante que acababa de pasar junto a ella, y los dedos de su mano hicieron girar el tallo de la delicada flor negra que sostenían acercando los pétalos a su nariz para que pudiera captar su embriagadora fragancia.

Dos de los hralzs que había a sus pies saltaron hacia arriba lanzando chillidos estridentes y sus patas delanteras intentaron encontrar un asidero en el liso regazo de su traje de noche. Sus hocicos húmedos se elevaron hacia la flor. La mujer se inclinó y golpeó suavemente los dos morros con la flor. Los animales saltaron al suelo, menearon las cabezas y empezaron a estornudar. Los invitados que había a su alrededor se rieron. La mujer se agachó para acariciar el lomo de un hralz. Rascó sus grandes orejas y sintió la tensión que el gesto provocó en la tela del traje. El mayordomo fue hacia ella abriéndose paso con gran educación por entre la multitud que la rodeaba, y la mujer alzó la cabeza.

–¿Sí, Maikril? –preguntó.

–El fotógrafo de Tiempos del Sistema –dijo el mayordomo en voz baja.

Fue irguiéndose lentamente al mismo tiempo que ella se incorporaba, pero aun así acabó teniendo que alzar los ojos hacia la mujer. La barbilla del mayordomo quedaba a la altura de sus hombros desnudos.

–¿Admiten su derrota? –preguntó ella sonriendo.

–Creo que sí, señora. Solicita una audiencia.

La mujer se rió.

–Muy bien expresado... ¿Cuántas han sido esta vez?

El mayordomo se acercó un poco más. Un hralz le gruñó y el mayordomo le contempló con una mezcla de temor y nerviosismo.

–Treinta y dos cámaras móviles, señora, y más de un centenar fijas.

La mujer acercó la boca a la oreja del mayordomo.

–Sin contar las que descubrimos al examinar a nuestros invitados –dijo en voz muy baja, como si hablara con un compañero de conspiración.

–Cierto, señora.

–Hablaré con él... Has dicho que era un hombre, ¿no?

–Sí, señora.

–Hablaré con él, pero no ahora. Llévale al atrio del oeste. Dile que estaré allí dentro de diez minutos y recuérdamelo cuando hayan pasado unos veinte.

Echó un vistazo a su brazalete de platino. El diminuto proyector que parecía una esmeralda identificó la estructura de sus retinas y emitió dos conos de luz que contenían un plano holográfico de la vieja central energética. El sistema de guía centró cuidadosamente la base de cada cono en uno de sus ojos.

–Muy bien, señora –dijo Maikril.

La mujer le puso una mano en el brazo.

–Iremos al parque, ¿de acuerdo?

El mayordomo movió la cabeza en un gesto casi imperceptible para indicar que la había oído. La mujer se volvió hacia el grupo de invitados que tenía más cerca, puso una expresión contrita y juntó las manos rogándoles que la perdonaran.

–Lo siento muchísimo. ¿Tendrán la bondad de disculparme unos momentos?

Inclinó la cabeza a un lado y sonrió.

–Hola... ¿qué tal? Ah, hola..., ¿cómo estáis?

Camaron rápidamente por entre el gentío dejando atrás los arco iris grisáceos de las fuentes de drogas y el chapoteo de los surtidores de vino. La mujer iba delante envuelta en un susurro de faldas mientras el mayordomo intentaba que sus largas zancadas no le dejaran atrás. La mujer iba saludando a todos los invitados que se cruzaban en su camino. Ministros del gobierno y sus sombras, altos dignatarios y delegados de gobiernos extranjeros, estrellas de todas las magnitudes creadas por los medios de comunicación, revolucionarios y altos mandos de la Flota, personajes de la industria y el comercio y el séquito mucho más extravagante de quienes se beneficiaban de sus riquezas... Los hralzs intentaban morder los talones del mayordomo y sus garras patinaban sobre el reluciente suelo de mica. Los animales recuperaban torpemente el equilibrio y daban un salto cada vez que se encontraban con una de las muchas y valiosísimas alfombras esparcidas por la sala de turbinas.

La mujer se detuvo ante el tramo de peldaños que llevaba al parque –la estructura de la dínamo situada más hacia el este era tan grande que quienes estaban en el salón principal no podían ver la arboleda–, dio las gracias al mayordomo, ahuyentó a los hralzs, repartió unas rápidas palmaditas por su impecable peinado, alisó su ya inmaculadamente liso traje y se aseguró de que el único adorno de su gargantilla negra –una piedra blanca–, estuviera perfectamente centrado. En cuanto hubo quedado satisfecha empezó a bajar el tramo de peldaños que terminaba en las puertas del parque. Un hralz se había quedado inmóvil en el comienzo del tramo de peldaños

observándola nerviosamente. El animal tenía los ojos llorosos, no paraba de dar saltitos sobre sus patas delanteras y gemía quejumbrosamente.

La mujer se volvió hacia él y le lanzó una mirada de irritación.

–¡Vete, Saltarín! ¡Largo de aquí!

El animal bajó la cabeza y se alejó lentamente sin hacer ningún ruido.

La mujer cerró las puertas a su espalda y sus ojos recorrieron la silenciosa extensión de verdor que el parque ofrecía a su mirada.

La negrura de la noche se acumulaba al otro lado de la curva cristalina de la semicúpula. Unos mástiles de gran altura esparcidos por entre los árboles sostenían luces que proyectaban sombras sobre los agrupamientos de plantas. Hacía calor, y la atmósfera olía a tierra y savia. La mujer tragó una honda bocanada de aire y fue hacia el otro extremo del recinto.

–Hola.

El hombre se volvió rápidamente y la vio inmóvil detrás de él con la espalda apoyada en un mástil de luces, los brazos cruzados delante del cuerpo y una leve sonrisa presente tanto en los ojos como en los labios. Su cabellera era del mismo color negro azulado que sus ojos; tenía la piel morena y estaba más delgada de lo que aparentaba vista en los noticiarios, donde su altura no impedía que resultara casi corpulenta. El hombre era alto y delgado, y estaba mucho más pálido de lo que aconsejaba la moda. La mayoría de personas habrían opinado que tenía los ojos demasiado juntos.

El hombre contempló las delicadas nervaduras de la hoja que seguía sosteniendo en una de sus frágiles manos y la soltó. Sus labios se curvaron en una sonrisa algo vacilante y emergió del arbusto tachonado de flores multicolores que había estado examinando. Se frotó las manos y puso cara de incomodidad.

–Lo siento –dijo moviendo una mano en un gesto cargado de nerviosismo–. Yo...

–No importa –dijo ella mientras extendía un brazo. Se estrecharon la mano–. Usted es Relstoch Sussepin, ¿verdad?

–Eh... Sí –dijo él, obviamente sorprendido.

Seguía sosteniendo la mano de ella entre sus dedos. Apenas se dio cuenta de lo que estaba haciendo, su nerviosismo e incomodidad parecieron hacerse todavía más intensos y se apresuró a soltarla.

–Diziet Sma.

La mujer inclinó la cabeza unos centímetros en un gesto muy lento y medido dejando que su cabellera oscilara hasta rozar sus hombros sin apartar la mirada de él ni un instante.

–Sí, claro... Ya lo sé. Eh... Encantado de conocerla.

–Me alegro –replicó ella asintiendo con la cabeza–. Lo mismo digo. He oído

algunas de sus obras.

–Oh. –Las palabras de la mujer le produjeron un placer tan exagerado que sus rasgos adquirieron una expresión casi infantil y sus manos se unieron en una palmada, un gesto maquinal del que no pareció darse cuenta–. Oh. Eso es muy...

–No he dicho que me gustaran –añadió ella.

La sonrisa había quedado confinada a una de las comisuras de sus labios.

–Ah.

El hombre puso cara de abatimiento.

«Qué increíblemente cruel puedo llegar a ser algunas veces...», pensó la mujer.

–Pero la verdad es que me gustan, y mucho –dijo.

Su expresión se alteró de repente y comunicó una mezcla de jovialidad y arrepentimiento, como si le estuviera revelando un secreto que sólo ellos dos eran dignos de conocer.

El hombre dejó escapar una carcajada y la mujer sintió que la tensión que se había adueñado de sus músculos empezaba a relajarse. Todo saldría bien.

–Me he preguntado por qué me había invitado –confesó él. Los ojos hundidos en las cuencas brillaban un poco más que hacía unos momentos–. Todas las personas a las que he visto en la fiesta parecen tan... –se encogió de hombros como si le costara encontrar la palabra adecuada–, tan importantes. Es por eso que...

Movió la mano en un gesto más bien vago que parecía señalar el arbusto que había estado inspeccionando cuando le sorprendió.

–Entonces, ¿no cree que los compositores puedan ser considerados personas importantes? –preguntó ella en un tono de suave reprimenda.

–Bueno..., comparados con todos esos políticos, almirantes y hombres de negocios..., quiero decir que medido en términos de poder... Y ni tan siquiera soy demasiado conocido. Si hubiera invitado a Khu, a Savntreig o a...

–Oh, sí –dijo ella–. No cabe duda de que ellos han sabido orquestar admirablemente sus carreras.

El hombre guardó silencio durante unos momentos, acabó soltando una risita ahogada y miró hacia abajo. Tenía los cabellos muy finos y la luz del mástil situado sobre sus cabezas hacía que pareciesen brillar. La mujer pensó que quizá fuese mejor hablar del encargo ahora en vez de guardar el tema para su próxima entrevista, momento en el que se arreglaría para rebajar los números –aunque por el momento fueran números bastante lejanos– a una cifra un poco más acorde con una relación de amistad..., o quizá incluso para una cita privada que tendría lugar aún más tarde, cuando estuviese totalmente segura de que había logrado cautivarle.

¿Cuánto tiempo debía perder? El hombre era justamente tal y como ella deseaba que fuese, pero una amistad cargada de emociones y matices haría que el desenlace resultara mucho más significativo. Ese largo y exquisito intercambio de confianzas

que se irían haciendo más y más íntimas, la lenta acumulación de experiencias compartidas, la espiral de esa lánguida danza de seducción, el ir y venir repetido una y otra vez donde cada paso les acercaría un poquito más a la meta hasta que toda esa maravillosa falta de prisas quedara sublimada en el calor del desquite y la satisfacción finales... Sí, resultaría mucho más satisfactorio de esa manera.

–Me halaga, Sma –dijo él mirándola a los ojos.

La mujer le devolvió la mirada alzando un poco el mentón. Era agudamente consciente de todos los matices y señales que componían el delicado tapiz de su lenguaje corporal. La expresión que había en su rostro ya no le parecía tan infantil. Sus ojos le recordaron la piedra de su brazalete. Sintió que la cabeza le daba vueltas, y tuvo que tragar aire.

–Ejem...

La mujer se quedó totalmente inmóvil.

El carraspeo había venido de atrás, a un lado de ella. Vio como la mirada de Sussepin se nublaba y cambiaba de dirección.

Sma mantuvo el rostro impasible mientras giraba sobre sí misma y clavaba los ojos en el armazón gris blanquecino de la unidad con tanta fijeza como si quisiera llenarla de agujeros.

–¿Qué ocurre? –preguntó en un tono de voz que habría sido capaz de arañar el acero.

La unidad tenía el tamaño de una maletita, y su forma era bastante parecida a la de ese objeto. Flotó lentamente hacia su rostro y la mujer la siguió con la mirada.

–Hay problemas, encanto –dijo la unidad.

La unidad se desvió a un lado mientras se inclinaba unos centímetros con respecto al suelo. El ángulo de su estructura hizo que la mujer tuviera la impresión de estar contemplando la negrura de tinta del cielo que se extendía al otro lado de los paneles que formaban la semiesfera cristalina.

Sma clavó la mirada en el suelo de ladrillos del parque y frunció los labios permitiéndose un meneo de cabeza tan leve que resultó casi imperceptible.

–Señor Sussepin... –Sonrió y extendió las manos hacia él–. Esto me resulta terriblemente molesto, pero... ¿tendría la bondad de...?

–Naturalmente.

El hombre ya se había puesto en movimiento y pasó rápidamente junto a ella asintiendo con la cabeza.

–Quizá podamos hablar después –dijo ella.

El hombre volvió la cabeza sin dejar de caminar hacia la salida del parque.

–Sí, yo... Le aseguro que me encantaría... Si...

Pareció perder la inspiración y volvió a asentir nerviosamente con la cabeza. Apretó el paso, llegó a las puertas que había al otro extremo del parque y salió por

ellas sin mirar hacia atrás.

Sma se volvió en redondo hacia la unidad, la cual estaba zumbando inocentemente. La máquina había enterrado la parte superior de su estructura en una flor de colores bastante chillones y parecía absorta en su contemplación, pero acabó dándose cuenta de que estaba siendo observada y se apartó de los pétalos. Sma separó las piernas y apoyó un puño en una cadera.

–Así que encanto, ¿eh? –exclamó.

El campo de auras que envolvía a la unidad emitió un parpadeo que se desvaneció casi enseguida. La mezcla de perplejidad gris acero y contricción púrpura no resultó nada convincente.

–No lo entiendo, Sma... Se me escapó. Fue un mero desliz verbal, nada más.

Sma golpeó una rama muerta con la punta del pie y clavó los ojos en la unidad.

–¿Y bien? –preguntó.

–No va a gustarte –dijo la unidad en voz baja.

Retrocedió cosa de medio metro y su campo se oscureció para expresar toda la magnitud de la pena que sentía.

Sma vaciló. Apartó la mirada durante unos momentos, dejó que se le encorvaran los hombros y acabó tomando asiento sobre una raíz que asomaba del suelo. La tela del traje se arrugó alrededor de su cuerpo.

–Se trata de algo que guarda relación con Zakalwe, ¿verdad?

Los campos de la unidad se convirtieron en un arco iris. La reacción de sorpresa fue tan rápida que Sma tuvo la impresión de que quizá fuese sincera.

–Galaxias y nebulosas –dijo–. ¿Cómo...?

Sma movió una mano igual que si la pregunta fuese un insecto molesto al que quisiera alejar.

–No lo sé. El tono de tu voz, la consabida intuición humana... Ya iba siendo hora, ¿no? La vida empezaba a resultar demasiado agradable. –Cerró los ojos y apoyó la cabeza en la rugosa corteza del tronco–. Adelante.

La unidad Skaffen-Amtiskaw descendió hasta quedar a la altura del hombro de la mujer y se acercó un poco más a ella. Sma abrió los ojos y la contempló.

–Volvemos a necesitarle –dijo.

–Ya me lo imaginaba.

Sma suspiró y apartó a un insecto que acababa de posarse sobre su hombro.

–Bueno, el caso es que... Sí, me temo que es la única solución. Tiene que ser él.

–Ya, pero... ¿he de ser yo?

–Es..., es el consenso de opinión general al que se ha llegado después de muchas discusiones.

–Magnífico –dijo Sma con voz apesadumbrada.

–¿Quieres oír el resto?

–¿Mejora?

–No, la verdad es que no.

–Diablos... –Sma se golpeó el regazo con las manos y las deslizó lentamente arriba y abajo alisando la tela del traje—. Supongo que será mejor que me entere de todo ahora.

–Tendrías que salir mañana.

–Oh... ¡Venga, unidad! –Sma ocultó el rostro entre las manos. Cuando alzó la cabeza vio que Skaffen-Amtiskaw había empezado a jugar con una ramita—. Estás bromeando.

–Me temo que no.

–¿A qué viene todo esto? –Sma alzó una mano y señaló hacia las puertas que daban a la sala de turbinas—. ¿Qué pasará con la conferencia de paz? ¿Qué vamos a hacer con esa turba de ojos porcinos y manos acostumbradas a recibir sobornos? ¿Queréis echar por la borda el trabajo de tres años? Y ¿que ocurrirá con todo el jodido planeta que...?

–La conferencia seguirá adelante.

–Oh, claro. ¿Y ese «papel básico» que se suponía iba a desempeñar en ella?

–Ah –dijo la unidad mientras colocaba la ramita delante de la banda sensorial que había en la parte delantera de su estructura—, respecto a eso... Bueno...

–Oh, no.

–Oye, ya sé que no te hace ninguna gracia.

–No, unidad, no se trata de eso.

Sma se puso en pie y fue hacia la pared de cristal para contemplar la noche que se extendía al otro lado.

–Dizita... –dijo la unidad yendo hacia ella.

–No me hagas la rosca.

–Sma... No es real. Es un sustituto, ¿comprendes? Electrónico, mecánico, químico, electroquímico... Es una máquina controlada por una Mente. No está viva. No es un clon o...

–Sé muy bien lo que es, unidad –dijo ella colocando las manos a su espalda.

La unidad se acercó un poco más y proyectó un campo sobre sus hombros. Sma sintió el suave apretón, se apartó lo suficiente para liberarse de él y miró hacia abajo.

–Necesitamos tu permiso, Diziet.

–Sí... También lo sé.

Alzó los ojos buscando las estrellas doblemente ocultas por las nubes y las luces del parque.

–Si lo deseas puedes quedarte aquí, naturalmente. –La voz de la unidad estaba impregnada de remordimientos y parecía haber enronquecido un poco—. La conferencia de paz es importante, desde luego. Necesita..., necesita alguien que

resuelva los pequeños problemas que irán surgiendo a medida que siga adelante, de eso no cabe duda alguna.

–Y ¿cuál es ese asunto tan condenadamente crucial que debo ir corriendo a resolver?

–¿Te acuerdas de Voerenhutz?

–Me acuerdo de Voerenhutz –respondió Sma con voz átona.

–Bueno, la paz ha durado cuarenta años pero no va a durar mucho tiempo más. Zakalwe trabajó con un hombre llamado...

–¿Maitchigh?

Sma frunció el ceño y volvió la cabeza unos cuantos centímetros hacia la unidad.

–Beychae. Su nombre es Tsoldrin Beychae, y se convirtió en presidente del grupo de sistemas después de nuestra intervención. Consiguió mantener en pie la estructura política mientras ocupó el poder, pero ya hace ocho años que abandonó el cargo para dedicarse al estudio y la contemplación..., mucho antes de lo que habría debido hacerlo, si quieres que te dé mi opinión al respecto. –La unidad emitió una especie de suspiro–. Las cosas han ido empeorando poco a poco desde ese momento. Beychae vive en un planeta cuyos líderes son sutilmente hostiles a las fuerzas que él y Zakalwe representaban y a las que prestamos nuestro apoyo, y están empezando a asumir un papel de primera fila en la disgregación del grupo. Ya han estallado varios conflictos a pequeña escala y se están incubando muchos más. La guerra a gran escala que involucrará a todo el grupo de sistemas es inminente.

–¿Y Zakalwe?

–Bueno..., básicamente se trata de una situación que requiere una intervención desde fuera. Zakalwe tendría que desplazarse al planeta para convencer a Beychae de que sigue siendo necesario, y suponiendo que no lo consiga debería persuadirle para que emita un comunicado en el que exprese su preocupación por la situación actual. Pero eso quizá requiera una cierta presión física, y lo que complica todavía más las cosas es que Beychae puede resultar muy difícil de convencer.

Sma pensó en lo que acababa de decirle sin apartar los ojos de la noche.

–Y ¿no podemos emplear ninguno de los trucos habituales?

–Los dos se conocen demasiado bien el uno al otro, y el único que tiene alguna posibilidad de convencerle es el auténtico Zakalwe..., y lo mismo ocurre con Tsoldrin Beychae y la maquinaria política del grupo de sistemas. La cantidad de recuerdos involucrados es excesivamente grande.

–Sí –dijo Sma en voz baja–. Hay demasiados recuerdos... –Se pasó la mano por los hombros desnudos como si tuviera frío–. Bueno, ¿y el armamento pesado?

–Hemos empezado a reunir una flota categoría nebulosa. El núcleo está formado por un Vehículo de Sistemas Limitado y tres Unidades Generales de Contacto estacionadas alrededor del sistema, con unas ochenta UGC esparcidas en un radio de

un mes. Durante el año próximo tendría que haber unos cuatro o cinco VGS situados a una distancia de entre dos y tres meses..., pero queremos reservarlos como último recurso si todo lo demás fracasa.

–Las cifras de megamuerte nunca tienen muy buen aspecto y resultan algo engañosas, ¿verdad?

Sma usó un tono de voz bastante áspero.

–Si prefieres expresarlo de esa forma... –replicó Skaffen Amtiskaw.

–Oh, maldita sea –dijo Sma en voz baja, y cerró los ojos–. Bien... ¿A qué distancia se encuentra Voerenhutz? Se me ha olvidado.

–Sólo está a cuarenta días de distancia, pero antes tendríamos que recoger a Zakalwe, así que digamos..., unos noventa días para todo el viaje.

Sma se volvió hacia la unidad.

–Y ¿quién se encargará de controlar al sustituto si he de ir en la nave?

Alzó los ojos hacia el cielo.

–La *Sólo era una prueba* se quedará aquí ocurra lo que ocurra –replicó la unidad–. Han puesto a tu disposición al *Xenófobo*, un piquete ultrarrápido. Puede despegar mañana, un poco después del mediodía o incluso más temprano..., como desees.

Sma permaneció inmóvil durante unos momentos con los pies juntos y los brazos cruzados. Tenía los labios fruncidos y el rostro bastante tenso. Skaffen-Amtiskaw aprovechó esa pausa para dedicarse a la introspección, y acabó llegando a la conclusión de que la compadecía.

La mujer siguió inmóvil y en silencio durante unos segundos más, se levantó con un movimiento muy brusco y fue hacia las puertas que daban a la sala de turbinas. Sus talones repiqueteaban sobre el sendero de ladrillos.

La unidad fue detrás de ella a toda velocidad y se colocó junto a su hombro.

–Lo que desearía es que tuvieras un poco más de sentido de la oportunidad –dijo.

–Lo siento. ¿He interrumpido algo importante?

–Oh, no, nada de eso... Oye, ¿qué diablos es ese «piquete ultrarrápido» del que me has hablado antes?

–Es el nuevo nombre adjudicado a las antiguas Unidades de Ofensiva Rápida (Desmilitarizadas) –dijo la unidad.

Sma se volvió hacia ella. La unidad osciló en el aire, el equivalente a su encogimiento de hombros.

–Se supone que suena mejor.

–Y se llama nada menos que *Xenófobo*... Bueno, bueno. ¿Cuándo podemos recoger al sustituto?

–Al mediodía de mañana. ¿Tendrás tiempo suficiente para transmitir los...?

–Mañana por la mañana –dijo Sma.

La unidad se colocó delante de ella y abrió las puertas extendiendo un campo de su aura. Sma cruzó el umbral y subió los escalones que daban acceso a la sala de turbinas moviéndose tan deprisa que la falda de su traje se arremolinó alrededor de su cuerpo. Los hralzs doblaron la esquina a toda velocidad y se apelotonaron junto a ella chillando y dando saltos. Sma se detuvo y permitió que los animales le olisquearan el traje e intentaran lamerle las manos.

–No –dijo volviéndose hacia la unidad–. He cambiado de parecer. Lo haremos esta noche. Me libraré de esa multitud lo más pronto posible. Voy a hablar con el Embajador Onitnert. Busca a Maikril y dile que Chuzlei debe reunirse con el ministro en el bar de la turbina uno dentro de diez minutos. Transmite mis disculpas a los enviados de Tiempos del Sistema, haz que los lleven a la ciudad y regálale una botella de Flor Nocturna a cada uno. Cancela la cita con el fotógrafo, proporciónale una cámara fija y deja que tome... sesenta y cuatro fotos, e insiste en que necesita autorización completa para cada una. Quiero que alguien se encargue de buscar a Relstoch Sussepin y le diga que tiene una cita conmigo en mi apartamento dentro de dos horas. Oh, y...

Sma se quedó callada y se inclinó para tomar en sus manos el morro ahusado de uno de los gimoteantes hralzs que la rodeaban.

–Ya lo sé, Elegante, ya lo sé... –dijo mientras el animal se quejaba y le lamía la cara. Su vientre estaba mucho más abultado que el de los otros animales–. Quería estar aquí para ver nacer a tus bebés, pero me temo que no podrá ser... –Suspiró, rodeó al hralz con sus brazos y le alzó la cabeza con una mano–. ¿Qué me aconsejas, Elegante? Podría hacerte dormir hasta mi regreso y ni tan siquiera te enterarías de lo ocurrido, pero supongo que entonces tus amiguitos te echarían mucho de menos.

–Duérmeles a todos –sugirió la unidad.

Sma meneó la cabeza.

–Cuidad de ella hasta que regrese –dijo mirando a los otros hralzs–. ¿De acuerdo? Depositó un beso en el hocico del animal y se incorporó. Elegante estornudó.

–Dos cosas más, unidad –dijo Sma abriéndose paso por entre el nervioso grupo de animales.

–¿De qué se trata?

–La primera es... No vuelvas a llamarme «Encanto», ¿de acuerdo?

–De acuerdo. ¿Cuál es la otra?

Dejaron atrás la masa reluciente de la turbina número seis, un monstruo que llevaba muchos años guardando silencio, y Sma se quedó inmóvil un momento observando a la multitud de invitados que tenía delante. Tragó una honda bocanada de aire e irguió los hombros. Dio un paso hacia el tumulto de la fiesta y sus labios empezaron a curvarse en una sonrisa casi automática.

–No quiero que el sustituto se acueste con nadie –dijo en voz baja mirando a la

unidad.

–De acuerdo –replicó la unidad mientras iban hacia los invitados–. Después de todo... Bueno, en cierto sentido es tu cuerpo, así que me parece una petición muy razonable.

–Ahí es donde te equivocas, unidad –dijo Sma haciéndole una seña con la cabeza a un camarero que se apresuró a ir hacia ellos ofreciéndoles su bandeja llena de copas–. No es mi cuerpo, ¿entiendes?

Los vehículos aéreos de superficie flotaban alrededor de la antigua central de energía o se alejaban de ella. La gente importante ya se había marchado. Aún quedaban unos cuantos invitados, pero no la necesitaban. Estaba cansada, y ordenó a sus glándulas que produjeran un poco de «En forma» para animarse.

Salió al balcón sur de los apartamentos creados mediante la reconversión del antiguo bloque de oficinas de la central y contempló el valle y la hilera de luces que recorría toda la extensión del Camino del Río. Un vehículo aéreo pasó silbando sobre su cabeza, ascendió y acabó desapareciendo tras la línea curva en que terminaba la vieja presa. Sma lo fue siguiendo con la mirada hasta que se esfumó, se volvió hacia las puertas del apartamento, se quitó la chaquetilla y se la puso encima del hombro.

La música sonaba en algún lugar de la suntuosa suite que había debajo del jardín situado en el tejado, pero le dio la espalda y fue hacia el estudio. Skaffen-Amtiskaw la estaba esperando.

El sondeo necesario para obtener los datos que permitirían funcionar al sustituto sólo requirió un par de minutos. Sma salió de él con la mezcla de aturdimiento y desorientación habitual, pero se le pasó bastante deprisa. Se quitó los zapatos y fue por los pasillos sumidos en la penumbra dirigiéndose hacia el lugar del que procedía la música.

Relstoch Sussepin se levantó del sillón que había estado ocupando sin soltar la copa de Flor Nocturna que sostenía en una mano. El licor brillaba con un suave resplandor ambarino. Sma se quedó inmóvil en el umbral.

–Gracias por haberme esperado –dijo mientras dejaba caer la chaquetilla sobre un diván.

–Oh, no hace falta que me lo agradezcas. –Se llevó la copa de líquido ambarino a los labios, pareció cambiar de opinión y acabó acunándola con las dos manos sin haber tomado ni un sorbo–. ¿Qué...? Ah... ¿Había algo en particular que...?

Los labios de Sma se curvaron en una sonrisa levemente melancólica y apoyó las dos manos sobre los brazos del enorme sillón giratorio que tenía delante. Inclino la cabeza y clavó la mirada en el cojín de cuero.

–Puede que me esté haciendo ilusiones –dijo–. Pero no tengo ganas de andarme con rodeos, así que... –Alzó los ojos hacia él–. ¿Quieres joder conmigo?

Relstoch Sussepin permaneció completamente inmóvil durante unos momentos. Después se llevó la copa a los labios, bebió lentamente una buena cantidad de licor y bajó la copa con mucha lentitud.

–Sí –dijo–. Sí. Lo deseé apenas..., apenas te vi.

–Sólo podremos estar juntos esta noche –dijo ella alzando una mano–. Sólo será esta noche, porque... Es difícil de explicar, pero a partir de mañana y durante medio año o puede que más tiempo..., me temo que estaré increíblemente ocupada. Será el tipo de ajetreo que... Bueno, será como si estuviese en dos lugares a la vez, ¿comprendes?

Relstoch se encogió de hombros.

–Claro. Lo que tú digas.

Sma se relajó y la sonrisa fue iluminando lentamente todo su rostro. Apartó el sillón giratorio, se quitó el brazalete que llevaba en la muñeca y lo dejó caer sobre el cojín de cuero. Después se desabrochó los botones del traje y se quedó inmóvil.

Relstoch Sussepin apuró su copa, la puso sobre un estante y fue hacia ella.

–Luces –murmuró Sma.

La intensidad de las luces empezó a disminuir apenas hubo pronunciado esa palabra, y un rato después el resplandor ambarino de las gotitas de líquido que habían quedado en el fondo de la copa era la única fuente de luz existente en toda la habitación.

XIII

—**D**esperta.

Despertó.

Estaba oscuro. Se estiró debajo de las mantas preguntándose quién le había ordenado que despertara. Nadie le hablaba en ese tono de voz..., ya no. Seguía estando medio dormido y la voz le había despertado cuando aún debía de faltar bastante para que amaneciera, pero eso no le había impedido darse cuenta de que su tono estaba impregnado de matices que llevaba veinte o quizá incluso treinta años sin oír. Impertinencia. Falta de respeto.

Apartó las sábanas que le cubrían la cabeza, sintió la cálida caricia del aire de la habitación y miró a su alrededor para averiguar quién había osado dirigirse a él de esa forma. Sólo había una luz encendida y la habitación se hallaba sumida en la penumbra. El miedo que se apoderó de él durante un instante —¿sería posible que alguien hubiera conseguido esquivar a los guardias y atravesar la pantalla de seguridad?— no tardó en ser sustituido por un furioso anhelo de averiguar quién había tenido la desfachatez de hablarle así.

El intruso estaba sentado en el sillón que había a los pies de la cama. Tenía un aspecto extraño, y su extrañeza resultaba... ¿Extraña? No se le ocurrió otra palabra mejor para definirla. Estaba envuelto en un aura indefinible y tan difícil de aprehender que apenas si parecía humano, y pensó que le recordaba a una proyección holográfica ligeramente desenfocada. Las ropas también resultaban bastante extrañas. Vestía un traje que le quedaba muy holgado y el colorido de la tela era tan chillón que resultaba visible incluso en la penumbra de la habitación. Iba vestido como un bufón o un payaso, pero su rostro de rasgos excesivamente simétricos estaba... ¿Ceñudo? ¿Serio? ¿O se trataba de una mueca despectiva? El aura que le envolvía hacía imposible identificar la emoción.

Alargó la mano para buscar sus gafas, pero lo que nublaba sus ojos era meramente el sueño. Los cirujanos le habían injertado un par de ojos nuevos hacía ya casi un lustro, pero sesenta años de miopía habían servido para grabar en lo más profundo de su ser la reacción maquinal de buscar unas gafas que habían dejado de estar allí cada vez que despertaba. Siempre había pensado que esa costumbre absurda era un precio muy pequeño a cambio del poder ver bien y ahora, con el nuevo tratamiento antivejez... Los últimos restos del sueño se fueron desvaneciendo. Se irguió en la cama, clavó la mirada en el desconocido y empezó a pensar que estaba soñando o que se enfrentaba a un fantasma.

El hombre parecía bastante joven. Tenía el rostro muy bronceado y su negra cabellera estaba recogida en una coleta, pero no era eso lo que le había hecho pensar

en los muertos y los fantasmas. No, lo que había traído aquellos pensamientos era algo que acechaba en esos ojos oscuros hundidos en las cuencas y en la impresión de extrañeza indefinible que producía su rostro.

–Buenas noches, Etnarca.

El joven tenía una voz suave y mesurada, y hablaba muy despacio. Apenas la oyó pensó que parecía la voz de alguien mucho mayor, alguien lo bastante viejo para hacer que el Etnarca se sintiera repentinamente joven en comparación. Era una voz que daba escalofríos. Sus ojos recorrieron la habitación. ¿Quién era aquel hombre? ¿Cómo había entrado allí? Había guardias por todas partes, y se suponía que nadie podía entrar en el palacio sin su permiso. ¿Qué estaba ocurriendo? El miedo volvió a adueñarse de él.

La chica a la que había conocido la tarde anterior dormía en el otro extremo de la gran cama. Su cuerpo era un bulto informe tapado por las sábanas. La pared que había a la izquierda del Etnarca estaba ocupada por dos pantallas desactivadas que reflejaban la débil claridad de la lamparilla.

Estaba asustado, pero ya había logrado despabilarse y su mente había empezado a funcionar con la rapidez habitual. Había una pistola oculta en la cabecera de la cama. El hombre sentado a los pies de la cama no parecía estar armado (pero si no estaba armado... ¿qué hacía en su habitación?) y, de todas formas, el arma era un último recurso a utilizar sólo en caso de que se enfrentase a una situación realmente desesperada. Antes siempre estaba el código de voz. Los circuitos automáticos de los micrófonos y cámaras ocultos en la habitación sólo esperaban una frase prefijada para activarse. A veces deseaba intimidad, pero había momentos en los que quería disponer de una grabación a la que sólo él tendría acceso y, aparte de eso, el Etnarca siempre había sido consciente de que ni el mejor servicio de vigilancia del mundo podía eliminar del todo la posibilidad de que una persona no autorizada lograra entrar en su habitación.

Carraspeó para aclararse la garganta.

–Bien, bien... Qué sorpresa.

Su voz sonó tan tranquila y firme como de costumbre.

Se sintió tan complacido de sí mismo que no pudo evitar una leve sonrisa. Su corazón –el corazón que once años antes había pertenecido a una joven anarquista de constitución tan sana como atlética– latía un poco más deprisa de lo habitual, pero no lo bastante como para que debiera preocuparse.

–No cabe duda de que es toda una sorpresa –dijo mientras asentía con la cabeza.

Ya estaba. La alarma habría empezado a sonar en la sala de control del sótano y los guardias entrarían corriendo dentro de pocos segundos, aunque quizá prefirieran no correr riesgos y decidieran activar los cilindros de gas ocultos en el techo. La neblina que saldría de ellos haría que tanto el Etnarca como su visitante perdieran el

conocimiento en una fracción de segundo. Tragó saliva y recordó que le habían advertido de que uno de los posibles efectos secundarios del gas era el peligro de que provocara una perforación de tímpanos, pero siempre podía conseguir un par nuevo de algún disidente joven y sano. Quizá ni tan siquiera fuese necesario recurrir a la cirugía. Se rumoreaba que el tratamiento antivejez había conseguido tales avances que podía acabar permitiendo la regeneración de órganos y miembros. Aun así, tener bien cubiertas las espaldas nunca estaba de más. La sensación de seguridad que le proporcionaban todas esas precauciones siempre le había resultado muy agradable.

–Bien, bien –se oyó decir, sólo por si los circuitos no habían captado bien el código–, no cabe duda de que es toda una sorpresa...

Los guardias llegarían en cualquier momento.

El joven vestido con aquellas ropas tan chillonas sonrió. Su espalda se movió en una ondulación bastante extraña y su cuerpo se inclinó hacia adelante hasta que los codos quedaron apoyados sobre las tallas que adornaban el pie de la cama. Sus labios se movieron para producir lo que quizá fuese una sonrisa. Metió la mano en un bolsillo de sus holgados pantalones negros y sacó de él una pistolita negra. Alzó el arma y apuntó con ella al Etnarca.

–Tu código no va a servirte de nada, Etnarca Kerian –dijo–. No habrá ninguna sorpresa que tú esperes y yo no. El centro de seguridad del sótano se encuentra tan muerto como todo lo demás.

El Etnarca Kerian clavó la mirada en aquella arma diminuta. Había visto pistolas de agua que tenían una apariencia más impresionante. «¿Qué está ocurriendo? ¿Ha venido a matarme?» El atuendo de aquel hombre no se parecía en nada al que cabía esperar de un asesino, y el Etnarca estaba seguro de que cualquier asesino mínimamente profesional se habría limitado a matarle mientras dormía. Cuanto más tiempo siguiera sentado en el sillón hablando más peligro corría, tanto si había cortado las conexiones con el centro de seguridad como si no lo había hecho. Quizá estuviera loco, pero lo más probable era que no fuese un asesino. Que un auténtico asesino profesional se comportara de esa forma era sencillamente ridículo, y sólo un asesino profesional extremadamente hábil y competente habría podido burlar el sistema de seguridad del palacio. Su corazón había empezado a latir mucho más deprisa, y el Etnarca Kerian intentó calmar la inesperada rebelión del órgano con aquellos razonamientos. ¿Dónde estaban los malditos guardias? Volvió a pensar en el arma oculta dentro de la cabecera que tenía a la espalda.

El joven cruzó los brazos delante del cuerpo y el cañón del arma dejó de apuntar al Etnarca.

–¿Te importa que te cuente una historia?

«Debe de estar loco...»

–No, no... ¿Por qué no me cuentas una historia? –replicó el Etnarca usando su

tono más convincente de abuelo afable y jovial—. Por cierto... ¿cómo te llamas? Parece que me llevas ventaja en ese aspecto, ¿no crees?

—Sí, te llevo ventaja..., ¿verdad? —dijo la voz de anciano que brotaba de aquellos labios juveniles—. Bueno, en realidad se trata de dos historias, pero una de ellas ya la conoces. Las contaré al mismo tiempo, y espero que seas capaz de distinguir la una de la otra.

—Yo...

—Ssh —dijo el hombre, y se llevó la pistolita a los labios.

El Etnarca volvió la cabeza hacia la chica que dormía a su lado y se dio cuenta de que tanto él como el intruso habían estado hablando en voz muy baja. Si conseguía despertarla... Siempre había la posibilidad de que el intruso disparara primero contra ella, o quizá le distrajera lo suficiente para permitirle coger el arma guardada en el panel de la cabecera del lecho. El nuevo tratamiento le permitía moverse con una rapidez de la que había sido incapaz durante los últimos veinte años, pero aun así... Y ¿dónde se habían metido aquellos malditos guardias?

—¡Ya es suficiente, jovencito! —rugió—. ¡Quiero saber qué estás haciendo aquí! ¿Y bien?

Su voz —una voz capaz de hacerse oír en grandes salones y plazas sin necesidad de ningún medio de amplificación— creó ecos que resonaron por todo el dormitorio. Maldición, los guardias del centro de seguridad del sótano tendrían que haber podido oírle sin necesidad de micrófonos... La chica que dormía al otro lado de la cama no movió ni un músculo.

El joven sonreía.

—Todos están dormidos, Etnarca. Sólo quedamos tú y yo. Y ahora, la historia...

—¿Qué...? —El Etnarca Kerian tragó saliva y sus piernas se movieron debajo de las sábanas—. ¿Qué has venido a hacer aquí?

El intruso pareció levemente sorprendido.

—Oh... He venido a borrarle del mapa, Etnarca. Vas a ser eliminado. Y ahora...

Dejó el arma sobre el reborde del pie de la cama. El Etnarca clavó los ojos en ella. Estaba demasiado lejos para que pudiera cogerla, pero...

—La historia... —dijo el intruso, y se reclinó en su asiento—. Érase una vez, fuera del pozo de gravedad y muy muy lejos de él, había un país encantado que no conocía los reyes, el dinero, la propiedad o las leyes, pero donde todo el mundo vivía como un príncipe, era muy bien educado y no carecía de nada. Y esas personas vivían en paz, pero se aburrían, porque cuando se lleva mucho tiempo viviendo en él hasta el paraíso puede acabar resultando aburrido, y pensaron que hacer buenas obras sería una forma excelente de entretenerse. Decidieron hacer... Bueno, podría decirse que decidieron hacer visitas de caridad a quienes no eran tan afortunados como ellos, y siempre intentaban llevar consigo lo que consideraban el don máspreciado de todos,

el conocimiento y la información, y decidieron difundir ese don de la forma más amplia posible porque esas personas eran muy extrañas, ¿sabes? Eran tan extrañas que no podían soportar las jerarquías, y odiaban a los reyes y a todas las cosas que pueden oler a jerarquía..., incluso a los Etnarcas.

Los labios del joven se curvaron en una sonrisa casi imperceptible. El Etnarca le imitó. Se pasó la mano por la frente y cambió de posición en la cama como si intentara ponerse un poco más cómodo. Su corazón seguía latiendo a toda velocidad.

–Bien, el caso es que durante un tiempo una fuerza terrible amenazó con echar por tierra todo su programa de buenas obras, pero las personas de las que estoy hablando plantaron cara a esa fuerza y acabaron derrotándola, y salieron del conflicto siendo mucho más fuertes que antes y si no les hubiera importado tan poco el poder supongo que todos les habrían tenido un miedo terrible, pero eran tan raros que sólo se les tenía un poquito de miedo. Dada la inmensa escala en que se medía su poder eso era algo lógico e inevitable, ¿no te parece? Y una de las formas de utilizar ese poder que más les divertía era el interferir en sociedades que creían podían salir beneficiadas de la experiencia, y una de las formas más eficientes de llevar a cabo esa interferencia en la mayoría de sociedades es manipular a las personas que ocupan los puestos de mando.

»Muchos de ellos se convirtieron en médicos de los grandes líderes, y utilizaron las medicinas y los tratamientos que podían parecer cosa de magia a las civilizaciones comparativamente primitivas con las que estaban tratando, para asegurarse de que un líder beneficioso para su sociedad tuviera más posibilidades de sobrevivir. Es su sistema de interferencia preferido, ¿comprendes? Prefieren ofrecer vida a repartir muerte. Supongo que se les podría considerar blandos porque no les gusta nada matar, y puede que hasta ellos mismos estuvieran de acuerdo con esa descripción, pero su blandura es la misma que la del océano y... Bueno, pregúntale a cualquier capitán de barco lo inofensivo que puede llegar a ser el océano.

–Sí, comprendo –dijo el Etnarca.

Retrocedió unos centímetros y colocó una almohada detrás de su espalda mientras comprobaba disimuladamente cuál era su posición actual en relación al trozo de cabecera en el que estaba disimulado el panel que ocultaba el arma. El corazón le palpitaba enloquecidamente dentro del pecho.

–Y hacen muchas cosas más aparte de eso. Otro de los sistemas que utilizan para regalar vida en vez de repartir muerte es muy sutil. Se ponen en contacto con los líderes de ciertas sociedades que se encuentran por debajo de cierto nivel tecnológico, y les ofrecen lo único que esos líderes no pueden conseguir pese a toda la riqueza y el poder que han ido acumulando en sus manos... ¿Qué les ofrecen, me preguntarás? Pues les ofrecen una cura para la muerte y la recuperación de la juventud que han perdido.

El Etnarca clavó los ojos en el joven. Estaba empezando a sentirse más intrigado que aterrizado, y se preguntó si se referiría al tratamiento antivejez.

–Ah... Veo que las piezas del rompecabezas van encajando en su sitio, ¿verdad? – El joven sonrió–. Bien... Has acertado, Etnarca Kerian. Esa cura de la que te acabo de hablar no es otra que el tratamiento al que te has estado sometiendo y que has estado pagando el año pasado y lo que llevamos de éste. Quizá recuerdes que prometiste pagar con algo más que platino... Supongo que recuerdas tu promesa, ¿no?

–Yo... No e-estoy se-seguro –tartamudeó el Etnarca Kerian intentando ganar algo de tiempo.

Si miraba por el rabillo del ojo podía ver el panel detrás del que estaba oculta el arma.

–¿Acaso no recuerdas que prometiste poner fin a las matanzas del Youricam?

–Quizá dije que revisaría nuestra política de segregación y traslados en...

–No –le interrumpió el joven agitando una mano–. Estoy hablando de las matanzas, Etnarca. Los trenes de la muerte, ¿recuerdas? Esos trenes donde los gases y humos de los motores acaban saliendo del último vagón... –Los labios del joven se fruncieron en una mueca sardónica y meneó la cabeza–. ¿No he conseguido refrescarte la memoria? ¿Estás seguro?

–No tengo ni la más mínima idea de qué estás hablando –dijo el Etnarca.

Las palmas de sus manos habían quedado cubiertas por una capa de sudor frío y viscoso. El Etnarca las pasó sobre la colcha para limpiárselas. Si conseguía llegar hasta el arma y cogerla quería estar seguro de que el sudor no haría que la culata se le escurriera de entre los dedos. El arma del intruso seguía allí donde la había dejado.

–Oh, pues yo creo que sí la tienes... De hecho, estoy seguro de ello.

–Si algún miembro de las fuerzas de seguridad ha cometido excesos se llevará a cabo una investigación lo más concienzuda posible que...

–Vamos, Etnarca... Recuerda que esto no es una conferencia de prensa.

El joven volvió a reclinarsse en el asiento y sus manos se alejaron unos cuantos centímetros más del arma. El Etnarca tensó los músculos y sintió los temblores que recorrieron su cuerpo.

–Hiciste un trato y no lo has cumplido, y he venido a poner en vigor la cláusula de penalización. Fuiste advertido, Etnarca. Lo que se da también puede ser arrebatado. –El intruso se reclinó un poquito más en el sillón, recorrió el dormitorio sumido en la penumbra con los ojos y acabó clavando la mirada en el Etnarca. Cruzó las manos detrás de la cabeza y asintió lentamente–. Despídete de todo esto, Etnarca Kerian. Vas a...

El Etnarca giró rápidamente sobre sí mismo, golpeó el panel con un codo y toda una parte de la cabecera se alzó revelando un hueco. Arrancó el arma de sus soportes,

volvió a girar y apuntó al intruso con ella. Su dedo encontró el gatillo y tiró de él.

No ocurrió nada. El joven siguió observándole con las manos detrás de la cabeza, meciéndose lentamente hacia adelante y hacia atrás en el asiento.

El dedo del Etnarca tiró del gatillo unas cuantas veces más.

–Funciona mucho mejor cuando está cargada –dijo el joven.

Metió la mano en uno de los bolsillos de su camisa y arrojó una docena de balas sobre la cama junto a los pies del Etnarca.

Las balas rodaron sobre sí mismas con un tintineo metálico y acabaron quedando inmóviles en un pliegue de la colcha reflejando la débil luz de la lamparilla. El Etnarca Kerian las observó en silencio.

–Te daré lo que quieras –dijo con voz pastosa. Notó que sus esfínteres empezaban a relajarse y tensó desesperadamente los músculos que los controlaban. Era como si hubiera vuelto a la infancia, como si el tratamiento antivejez le hubiera hecho retroceder en el tiempo mucho más de lo previsto–. Cualquier cosa, lo que tú quieras. Puedo darte más de lo que nunca hayas soñado. Puedo...

–No me interesa –dijo el joven meneando la cabeza–. La historia aún no ha terminado. Verás, esas personas tan bondadosas y educadas de las que te he estado hablando, esas personas tan blandas que prefieren regalar vida a repartir muerte... Cuando alguien no cumple su parte del trato que ha hecho con ellas, cuando hace algo tan feo como seguir matando pese a haber prometido que dejaría de hacerlo, ellas... Bueno, la idea de pagar con la misma moneda sigue sin gustarles. Prefieren usar su magia y su preciosa compasión, y aplican el mejor remedio existente después de la muerte. Y la gente que no ha cumplido sus promesas desaparece.

El intruso volvió a inclinarse hacia adelante y apoyó las manos en la cama. El Etnarca le contempló sin decir nada. Todo su cuerpo temblaba.

–Esas personas tan maravillosas hacen desaparecer a la gente mala –dijo el joven–. Y utilizan a personas como yo para que se encarguen de llevarse a esa gente mala. Y esas personas que se encargan de llevarse a la gente mala..., bueno, les gusta asustar a quienes no han cumplido su palabra, y tienden a vestir... –movió la mano señalando su abigarrado atuendo– ropas bastante informales; y, naturalmente, jamás tienen el más mínimo problema para entrar en un palacio por muy bien guardado que esté. La magia les permite entrar donde les dé la gana, ¿comprendes?

El Etnarca tragó saliva y logró controlar los temblores de su mano lo suficiente para que dejara caer el arma inútil que seguía sosteniendo entre los dedos.

–Espera –dijo intentando que no se le quebrara la voz. El sudor que brotaba de su cuerpo estaba empezando a empapar las sábanas–. ¿Me estás diciendo que...?

–Ya casi hemos llegado al final de la historia –le interrumpió el joven–. Esas personas tan agradables a las que tú calificarías de blandas borran del mapa a la gente mala, ¿comprendes? Se la llevan muy lejos, a un sitio en el que ya no pueden hacer

ningún daño. No es un paraíso, pero tampoco es una prisión. Y puede que esa gente mala tenga que escuchar de vez en cuando como las personas tan agradables de las que te estoy hablando les explican con todo detalle lo mal que se han portado y ya nunca vuelven a tener la posibilidad de alterar el curso de la historia, pero llevan una existencia sana y provista de todas las comodidades y mueren pacíficamente en su cama..., todo gracias a las personas bondadosas y agradables.

»Y aunque algunos quizá puedan opinar que esas personas bondadosas y agradables son demasiado blandas, ellas están convencidas de que los crímenes cometidos por la gente mala son tan horribles que no se conoce ninguna forma de hacer que la gente mala sufra ni tan siquiera una millonésima parte de la agonía y la desesperación que han infligido a otros, así que castigarla no serviría de nada. El castigo sólo sería otra obscenidad que coronaría la vida del tirano con su muerte. –El joven puso cara de preocupación y acabó encogiéndose de hombros–. En fin... Ya te he dicho que algunas personas considerarían que son demasiado blandas.

Cogió la pistolita negra y se la guardó en un bolsillo de los pantalones.

Después se puso en pie muy despacio. El corazón del Etnarca seguía latiendo muy deprisa, y se dio cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas.

El joven se inclinó junto a la cama, cogió la ropa que había en el suelo y se la arrojó. El Etnarca la pilló al vuelo y la sostuvo delante de su pecho.

–La oferta que te hice antes sigue en pie –dijo el Etnarca Kerian–. Puedo darte...

–La satisfacción de un trabajo bien hecho. –El joven suspiró mientras se contemplaba atentamente las uñas de una mano–. Eso es lo único que puedes darme, Etnarca. No hay ninguna otra cosa que me interese. Vístete. Vas a hacer un viaje.

El Etnarca empezó a ponerse la camisa.

–¿Estás seguro? Creo que he inventado unos cuantos vicios nuevos que no eran conocidos ni tan siquiera en el viejo Imperio. Estaría dispuesto a compartirlos contigo si...

–No, gracias.

–¿Quiénes son esas personas de las que me has hablado? –El Etnarca se abrochó los botones de la camisa–. Y... ¿Puedo saber sus nombres?

–Limítate a vestirte.

–Bueno, sigo pensando que podríamos llegar a alguna clase de acuerdo. –El Etnarca se abrochó el cuello de la camisa–. Y la verdad es que todo esto resulta francamente ridículo, pero supongo que debería agradecerles el que no seas un asesino, ¿eh?

El joven sonrió, pareció quitarse algo de debajo de una uña y se metió las manos en los bolsillos del pantalón. El Etnarca apartó las sábanas de una patada y cogió sus pantalones.

–Sí –dijo el joven–. Pensar que vas a morir dentro de unos segundos debe de ser

una experiencia bastante horrible.

–Las hay mucho más agradables –dijo el Etnarca mientras empezaba a ponerse los pantalones.

–Pero supongo que cuando descubres que no vas a morir debes sentir un alivio inmenso, ¿no?

–Hmmm.

El Etnarca dejó escapar una risita ahogada.

–Debe de ser algo parecido a lo que se siente cuando te sacan de tu aldea y estás convencido de que te van a fusilar... –dijo el joven con voz pensativa mientras observaba al Etnarca desde los pies de la cama–, y luego te dicen que no te ocurrirá nada peor que el ser llevado a otro sitio.

Sonrió. El Etnarca se quedó inmóvil.

–Te explican que el desplazamiento se hará por tren –dijo el joven, y sacó la pistolita negra del bolsillo de sus pantalones–. Te cuentan que viajarás en un tren que contiene a toda tu familia; tu calle; tu aldea entera...

El joven hizo girar un dial casi invisible incrustado en la culata de la pistolita negra.

–Y al final del trayecto resulta que el tren sólo contiene los gases del motor y montones de cadáveres. –Volvió a sonreír–. ¿Qué opinas, Etnarca Kerian? ¿Es algo parecido a lo que se debe de sentir en ese caso?

El Etnarca seguía sin mover un músculo y sus ojos no se apartaban del arma.

–Esas personas tan agradables viven en una sociedad a la que llaman la Cultura –le explicó el joven–. Y, personalmente, siempre me ha parecido que eran demasiado blandas... –Extendió el brazo que sostenía el arma–. Ya hace algún tiempo que dejé de trabajar para ellas. Ahora trabajo por mi cuenta.

El Etnarca contempló el par de ojos oscuros y carentes de edad que le observaban sin parpadear unos centímetros por encima del cañón de la pistolita negra. Movié los labios, pero se había quedado sin voz.

–Yo me llamo Cheradenine Zakalwe –siguió diciendo el joven. Alzó el arma hasta que el cañón quedó a la altura de la nariz del Etnarca–. Y tú..., tú ya no necesitas ningún nombre.

Disparó.

El Etnarca había echado la cabeza hacia atrás y se disponía a gritar. El proyectil le atravesó el paladar y acabó explotando dentro de su cráneo.

El cerebro del Etnarca se esparció sobre las tallas que cubrían la cabecera de la cama. El cuerpo se desplomó sobre las sábanas suaves como la piel de un bebé y se convulsionó manchándolas de sangre. Después se quedó inmóvil.

Contempló los charcos de sangre que se iban haciendo más grandes a cada

momento que pasaba. Parpadeó un par de veces.

Empezó a quitarse la ropa de colores chillones moviéndose sin ninguna prisa y la metió en una mochila negra. El traje de una sola pieza que llevaba debajo era tan oscuro que parecía negro.

Cogió la máscara de camuflaje que había dentro de la mochila y se la puso alrededor del cuello, aunque no se la ajustó a la cara. Fue hasta la cabecera de la cama, arrancó el diminuto parche transparente que había pegado en el cuello de la chica dormida y retrocedió hacia las oscuras profundidades del dormitorio colocándose la máscara sobre la cara mientras se movía.

Activó la visión nocturna de la máscara, abrió el panel que daba acceso a la unidad de control del sistema de seguridad y quitó varias cajitas adheridas a ella. Después fue hacia el cuadro de tema pornográfico que ocupaba toda la pared detrás de la que estaba oculta la entrada al pasadizo secreto para que el Etnarca pudiera huir en casos de emergencia, y que llevaba hasta las alcantarillas y el tejado del palacio. Sus movimientos seguían siendo tan lentos y despreocupados como antes, y no hacía ningún ruido.

Antes de cerrar la puerta giró sobre sí mismo y contempló la sangre esparcida sobre las tallas de la cabecera. La sonrisa débil y algo vacilante volvió a curvar sus labios.

Después se perdió en la negrura de los subterráneos de piedra del palacio, confundiéndose con las tinieblas y desvaneciéndose como si fuera un pedazo de noche que hubiese cobrado vida.

Dos

La presa estaba incrustada entre las colinas tachonadas de árboles como si fuera un fragmento de una copa gigantesca que se había hecho pedazos. El sol de la mañana iluminaba el valle y sus rayos caían sobre la concavidad grisácea de la presa produciendo un cegador reflejo blanco. Detrás de la presa se extendían las oscuras y frías aguas de un lago cuyo nivel había bajado bastante desde la época en que fue construida la presa. El agua sólo llegaba hasta un poco menos de la mitad del inmenso baluarte de cemento, y los bosques circundantes ya habían reclamado más de la mitad de las pendientes que quedaron ocultas por las aguas del embalse en tiempos lejanos. Las embarcaciones de vela amarradas a los muelles formaban una hilera de cuentas a un lado del lago, y las olitas se estrellaban contra el metal reluciente de sus cascos.

Los pájaros hendían el aire trazando círculos en el calor del sol que reinaba sobre la sombra de la presa. Uno de ellos se dejó caer en picado y planeó hacia la presa y la carretera desierta que se deslizaba a lo largo de su curvatura. El pájaro movió las alas cuando parecía que iba a estrellarse contra las barandillas blancas que flanqueaban la carretera; pasó velozmente por entre las compuertas cubiertas de rocío, ejecutó un medio rizo, desplegó las alas y se precipitó hacia la central energética abandonada que se había convertido en el considerablemente excéntrico –y, aparte de ello, deliberadamente simbólico– hogar de la mujer llamada Diziet Sma.

El pájaro siguió bajando a toda velocidad hasta colocarse al nivel del jardín que cubría el tejado, extendió las alas hasta el máximo de su longitud y las movió en un tembloroso batir que hizo presa en el aire y terminó dejándole inmóvil. Sus patas se posaron en un alféizar del último piso de lo que había sido el bloque de oficinas y administración de la presa.

El pájaro pegó las alas al cuerpo, inclinó su cabeza oscura como el hollín a un lado y avanzó dando saltitos hasta llegar a la ventana abierta en la que revoloteaban unas cortinas rojas movidas por la brisa. Un ojo parecido a una cuenta de vidrio reflejaba la luz que irradiaba del cemento. El pájaro metió la cabeza bajo los pliegues de la tela que no paraba de ondular, y contempló la habitación sumida en la penumbra que se extendía al otro lado de la ventana.

–Llegas tarde –murmuró Sma con voz despectiva.

La casualidad había querido que pasara junto a la ventana en ese mismo instante. Tomó un sorbo del vaso de agua que llevaba en la mano. Acababa de darse una ducha, y las gotitas parecían perlas esparcidas al azar sobre su cuerpo moreno.

La cabeza del pájaro se volvió lentamente para ir siguiendo sus movimientos. Sma fue hasta el armario y empezó a vestirse. El pájaro volvió la cabeza en sentido

contrario al anterior y sus ojos acabaron posándose en el hombre que estaba suspendido a algo menos de un metro sobre la base cuadrada que contenía los sistemas de la cama. El pálido cuerpo de Relstoch Sussepin se removió entre la calina del campo antigravitatorio emitido por la cama y rodó lentamente sobre sí mismo hasta quedar de lado. Sus brazos empezaron a deslizarse hacia los lados, pero el campo equilibrador de su lado de la cama se activó, tiró de ellos y los fue impulsando suavemente hasta dejarlos nuevamente pegados al cuerpo. Sma hizo unas cuantas gárgaras y tragó un sorbo de agua.

Skaffen-Amtiskaw se encontraba a cincuenta metros de distancia en dirección este. La unidad estaba flotando sobre el suelo de la sala de turbinas inspeccionando el desorden dejado por la fiesta. La parte de su mente que controlaba al sensor guardián disfrazado de pájaro echó un último vistazo a la telaraña de arañazos que cubría las nalgas de Sussepin y a las ya casi invisibles marcas de mordiscos que había en los hombros de Sma (un segundo después los hombros quedaron cubiertos por una camisa de muselina) y liberó al sensor guardián de su control.

El pájaro lanzó un graznido, saltó hacia atrás apartándose de la cortina y cayó del alféizar estremeciéndose, pero no tardó en desplegar las alas y dejó atrás la reluciente superficie de la presa. Sus estridentes chillidos de alarma rebotaron en las laderas de cemento y crearon ecos que le pusieron aún más nervioso de lo que ya estaba. Sma oyó aquella distante conmoción de temor retroalimentado cuando estaba abotonándose el chaleco, y sonrió.

–¿Has dormido bien? –preguntó Skaffen-Amtiskaw cuando se encontró con ella en la entrada de lo que había sido el edificio administrativo.

–He pasado una noche soberbia y no he pegado ojo.

Sma bostezó, ahuyentó con un gesto de la mano a los gimoteantes hralzs y les hizo retroceder hacia el vestíbulo de mármol del edificio donde el mayordomo Maikril permanecía inmóvil, sosteniendo un montón de correas en una mano con cara de sentirse bastante a disgusto. Después salió a la luz del sol y se puso los guantes. La unidad le abrió la puerta del vehículo. Sma llenó sus pulmones con el fresco aire matinal y bajó corriendo los peldaños. Los tacones de sus botas repiquetearon sobre las losas de mármol. Subió de un salto al vehículo, torció el gesto mientras se instalaba en el asiento del conductor y accionó el interruptor que controlaba la capota. La unidad se encargó de colocar su equipaje dentro del maletero. Sma dio unos golpecitos sobre los indicadores de batería del salpicadero y tiró del acelerador para sentir el gruñido del motor luchando contra el freno. La unidad cerró el maletero y flotó hacia el asiento de atrás. Sma saludó con la mano a Maikril, pero el mayordomo estaba persiguiendo a un hralz que intentaba huir por el tramo de escalones que daba acceso a la sala de turbinas y no se enteró. Sma rió, dio gas y quitó el freno.

El vehículo salió disparado hacia adelante entre un surtidor de gravilla, se metió por el camino que se extendía debajo de los árboles esquivando un tronco por escasos centímetros, y cruzó a toda velocidad los pilares de granito que sostenían las puertas de la central con un último bandazo de su parte trasera. Sma aumentó la velocidad y el vehículo se alejó por Riverside Drive.

–Podríamos haber ido volando –observó la unidad intentando hacerse oír por encima del silbido del aire.

Miró a Sma y sospechó que no le estaba prestando ninguna atención.

Bajó la escalera de piedra que había junto al muro del castillo pensando que la semántica de las fortificaciones era claramente pancultural. Alzó los ojos hacia el baluarte en forma de tambor. La calina hacía temblar los distantes contornos de la masa de piedra erguida sobre la colina protegida por varios recintos de murallas más. Sma cruzó la extensión de hierba seguida de cerca por Skaffen-Amtiskaw y salió del baluarte por una poterna.

El paisaje que se extendía ante ella terminaba en el nuevo puerto y los estrechos, donde los barcos se deslizaban en silencio bajo los rayos de sol siguiendo rumbos que les llevarían al océano o al mar interior. Bastaba con ir al otro lado del complejo de fortificaciones para oír el gruñido lejano con el que la ciudad revelaba su presencia, y la suave brisa que soplaba de esa dirección traía consigo su olor. Sma había pasado tres años allí y para ella el laberinto de edificios y calles siempre sería la Ciudad, pero suponía que cada ciudad tenía su olor.

Diziet Sma tomó asiento sobre la hierba, alzó las rodillas hasta que entraron en contacto con su mentón y contempló los estrechos y los puentes colgantes de la orilla más lejana que permitían acceder al subcontinente.

–¿Alguna cosa más? –preguntó la unidad.

–Sí. Habla con el comité de la Academia y diles que no podré formar parte del jurado..., y envía una carta pidiendo disculpas y algo más de tiempo a Petrain. – Frunció el ceño y se puso una mano sobre los ojos para protegerlos de los rayos del sol–. Me parece que eso es todo.

La unidad se colocó delante de Sma, arrancó una florecita y empezó a jugar con ella.

–El *Xenófobo* acaba de entrar en el sistema –dijo.

–Qué gran noticia –replicó Sma con voz malhumorada.

Se lamió la yema de un dedo y lo pasó por la puntera de una bota para quitarle una motita de polvo.

–Y ese joven con el que compartiste tu cama acaba de despertar y le está preguntando a Maikril dónde te has metido.

Sma no dijo nada, aunque sonrió y sus hombros se estremecieron de forma casi

imperceptible. Se acostó sobre la hierba pasando un brazo detrás de la nuca.

El cielo era de un color azul aguamarina manchado por las pinceladas blancas de las nubes. Podía oler el perfume de la hierba y el aroma de las florecitas que había aplastado con los pies. Incluyó la cabeza hacia atrás, contempló la muralla negra y gris que se alzaba a su espalda y se preguntó si la dilatada existencia del castillo habría conocido un ataque llevado a cabo en un día tan hermoso como éste, y se distrajo pensando si el cielo parecería tan ilimitado y las aguas de los estrechos tan frescas y límpidas en una situación semejante. No estaba segura, pero tenía la impresión de que cuando los hombres luchaban unos con otros tambaleándose y gritando para acabar cayendo al suelo mientras veían como el rojo de su sangre manchaba la hierba, hasta las flores debían perder una parte de su colorido y su perfume.

La niebla y la oscuridad de la lluvia y las nubes pegadas al suelo parecían ser el mejor telón de fondo para una batalla. Sma pensó que eran el único ropaje capaz de ocultar el vergonzoso espectáculo de la guerra.

Se estiró sintiéndose repentina e inexplicablemente cansada, y el fugaz recuerdo de lo que había ocurrido anoche la hizo estremecer, y fue como si tuviera en su mano un tesoro precioso que se le escurría inexorablemente de entre los dedos pero que éstos lograban coger antes de que cayera al suelo gracias a un milagro de destreza y velocidad. Una parte de su ser logró volver a capturar aquel recuerdo evanescente que estaba a punto de perderse en el confuso tumulto de su cerebro. Ordenó a sus glándulas que produjeran un poco de «Recuerda» y lo atrapó, saboreándolo y volviendo a experimentarlo hasta que sintió que su cuerpo se estremecía bajo la luz del sol, y faltó poco para que se le escapara un gemido ahogado.

Permitió que el recuerdo se escurriera definitivamente entre los dedos de su mente, tosió y se incorporó lanzando una rápida mirada de soslayo a la unidad para averiguar si ésta se había dado cuenta de lo ocurrido.

Skaffen-Amtiskaw se encontraba muy cerca de ella, pero parecía absorto en la recolección de florecillas silvestres.

Un grupo de niños que supuso serían escolares apareció por el sendero que llevaba a la estación del metro parloteando y gritando mientras se dirigían hacia la poterna. La ruidosa columna iba precedida y seguida por adultos cuyos rostros mostraban esa peculiar mezcla de cautela, cansancio y calma típica de los maestros y las madres de familia numerosa. Cuando pasaron junto a la unidad algunos niños la señalaron con el dedo, se rieron e hicieron preguntas a los adultos, pero éstos se apresuraron a hacerles cruzar el angosto umbral y las vocecitas chillonas no tardaron en esfumarse.

Sma se había dado cuenta de que sólo los niños reaccionaban de esa forma. Los adultos se limitaban a suponer que esa máquina aparentemente capaz de flotar en el

vacío era un truco que no merecía su atención, pero los niños querían averiguar cuál era la naturaleza exacta del truco. Algunos científicos e ingenieros también se habían sorprendido mucho al verla, pero Sma suponía que uno de los lugares comunes adheridos a esas profesiones tan poco prácticas era el que nadie les creyera cuando insinuaban que allí ocurría algo raro. La unidad flotaba en el aire porque era capaz de generar un campo antigraavitatorio, y su presencia en esta sociedad era tan inexplicable y chocante como la de una linterna en la Edad de Piedra, pero Sma se había sorprendido al descubrir lo decepcionantemente fácil que resultaba conseguir que nadie le prestara atención.

–Las naves acaban de llegar al punto de cita –dijo la unidad–. Han optado por una transferencia física del sustituto en vez de limitarse a utilizar el campo de desplazamiento.

Sma rió, arrancó un tallo de hierba y empezó a chuparlo.

–Parece que la vieja *Sólo es una prueba* no confía mucho en sus sistemas, ¿eh?

–Si quieres saber mi opinión, creo que chochea –dijo la unidad con una mezcla de irritación y altivez.

Estaba haciendo agujeros en los tallos delgados como pelos de las flores que había arrancado del suelo y los iba entrelazando unos con otros para crear una guirnalda.

Sma observó a la máquina mientras manipulaba esas florecitas con sus campos invisibles tan diestramente como la encajera que hace surgir un delicado dibujo de la nada.

La unidad no siempre se comportaba de una forma tan refinada.

La mente de Sma volvió al pasado, a unos veinte años atrás. Estaba en un planeta situado en una parte de la galaxia muy alejada de ésta, sobre el lecho de un mar seco condenado a una eternidad de ser azotado por el aullido de los vientos, y había buscado el refugio de la meseta que en tiempos fue una isla perdida dentro de la extensión de polvo que había sido el fondo de un mar. Se alojó en un pueblecito fronterizo situado al final de la línea de ferrocarril y empezó a hacer los preparativos para conseguir las monturas que le permitirían aventurarse en las profundidades del desierto y buscar al nuevo mesías.

Los jinetes entraron en la plaza al anochecer y fueron a la posada para llevársela con ellos. Habían oído comentarios sobre el extraño color de su piel y pensaban que bastaría para que les pagaran un buen precio por la forastera.

El posadero cometió el error de intentar razonar con ellos y acabó clavado en su propia puerta con una espada a través del estómago. Sus hijas lloraron por él antes de que se las llevaran.

Sma se apartó de la ventana intentando contener las náuseas y oyó el atronar de las botas sobre los peldaños de madera. Skaffen-Amtiskaw estaba cerca de la puerta.

La unidad volvió su banda sensora hacia ella. Parecía muy tranquila, como si los gritos que llegaban de la plaza y de algún lugar de la posada no la afectaran en lo más mínimo. Alguien golpeó la puerta de su habitación y los puñetazos hicieron temblar el suelo creando nubéculas de polvo. Sma clavó los ojos en la puerta. Se había quedado sin estratagemas.

Se volvió hacia la unidad.

–Haz algo –murmuró tragando saliva.

–Será un placer –respondió Skaffen-Amtiskaw.

La puerta se abrió de golpe y se estrelló contra la pared de barro cocido. Sma se encogió sobre sí misma. Dos hombres vestidos con capas negras aparecieron en el umbral. Sma podía oler las vaharadas de pestilencia que brotaban de sus cuerpos. Uno de ellos dio un paso hacia adelante con la espada en una mano y la cuerda en la otra sin fijarse en la unidad que tenía al lado.

–Disculpe –dijo Skaffen-Amtiskaw.

El hombre lanzó una rápida mirada de soslayo a la máquina y siguió avanzando hacia Sma.

Y un instante después el hombre ya no estaba allí, y la habitación se llenó de polvo, y Sma sintió que le zumbaban los oídos, y las pellas de barro y los trocitos de papel cayeron lentamente del techo y revolotearon perezosamente por el aire. Sma volvió la cabeza hacia la pared y vio el interior de la habitación contigua a través del agujero situado al final de la recta imaginaria que había unido a Skaffen-Amtiskaw, el hombre y la pared. La unidad no se había movido ni un centímetro de su posición original, y Sma pensó que aquello era un desafío imposible a la ley de la acción y la reacción. Una mujer gritó histéricamente en la habitación de al lado. Sma volvió a contemplar el agujero y vio los restos del hombre incrustados en la pared sobre la cabecera de su cama. Había sangre por todas partes. El techo, el suelo, las paredes, la mujer...

El otro hombre entró a toda velocidad en la habitación, alzó un arma de cañón increíblemente largo y disparó a quemarropa contra la unidad. La bala se detuvo a un centímetro del morro de la unidad, se convirtió en un disco metálico que parecía una moneda y cayó al suelo con un clunk casi inaudible. El hombre desenvainó su espada y la hizo girar en un solo movimiento velocísimo. La hoja atravesó las nubes de polvo y humo, chocó con el campo rojizo que surgió de la nada a escasos centímetros de la unidad y se partió limpiamente en dos. Un segundo campo envolvió al hombre y le levantó del suelo.

Sma estaba encogida en un rincón con la boca llena de polvo y las manos sobre las orejas, y los gritos enloquecidos que oía eran los suyos.

El hombre se debatió frenéticamente en el centro de la habitación durante un segundo y se convirtió en una mancha borrosa que giraba sobre la cabeza de Sma.

Hubo otro estruendo ensordecedor y Sma vio aparecer un nuevo agujero, ahora en el techo y muy cerca de la ventana que daba a la plaza. Los tablones del suelo vibraron y las nubes de polvo la hicieron toser.

–¡Basta! –gritó.

El trozo de pared que había encima del primer agujero empezó a agrietarse, el techo crujió y se fue abombando entre un diluvio de paja y pellas de barro. Sma tenía la boca y la nariz tan llenas de polvo que apenas podía respirar, pero logró ponerse en pie. La necesidad de aire se había vuelto tan desesperada que estuvo a punto de arrojarse por la ventana.

–Basta –graznó, tosiendo y escupiendo polvo.

La unidad fue hacia ella, le quitó el polvo de la cara con un campo y sostuvo el techo con una esbelta columna de energía. Los dos campos tenían un color rojo oscuro. La unidad parecía muy satisfecha de sí misma.

–Vamos, vamos... –dijo Skaffen-Amtiskaw mientras le daba palmadas en la cabeza con un campo.

Sma se asomó a la ventana para toser y balbucear sonidos ininteligibles. Sus ojos se posaron en la plaza que había debajo y el horror volvió a adueñarse de ella.

El cuerpo del segundo hombre yacía entre los jinetes convertido en un saco rojizo sobre el que flotaba una nube de polvo. Algo vibró junto al hombro de Sma y salió disparado hacia el grupo de hombres que seguían con los ojos clavados en la ventana. Todo ocurrió a tal velocidad que ni tan siquiera pudieron desenvainar sus espadas, y las hijas del posadero –sus captorees las habían atado y colocado sobre dos de sus monturas– no tuvieron tiempo de comprender qué era aquella masa casi irreconocible que había aparecido en el suelo delante de ellas, por lo que transcurrieron unos segundos antes de que volvieran a gritar.

Un guerrero lanzó un rugido gutural, alzó su espada y corrió hacia la puerta de la posada.

Sólo consiguió dar dos pasos. Cuando el proyectil cuchillo pasó junto a él con los campos desplegados el rugido aún seguía brotando de sus labios.

Un campo le separó la cabeza de los hombros. El rugido se convirtió en un susurro ahogado curiosamente parecido al del viento y terminó en un gorgoteo que fue muriendo en la tráquea repentinamente dejada al descubierto. El cuerpo se desplomó sobre el polvo.

El proyectil cuchillo podía moverse más deprisa que cualquier ave o insecto, y era capaz de girar en ángulos imposibles para un ser vivo. El círculo casi invisible que trazó encerraba a la mayor parte de los jinetes, y fue acompañado por una especie de extraño tartamudeo.

Siete jinetes –cinco iban a pie, los otros dos aún no habían desmontado– se derrumbaron sobre el polvo convertidos en catorce fragmentos pulcramente

delimitados. Sma intentó volver la cabeza hacia la unidad para ordenarle que detuviera el proyectil, pero las toses que seguían desgarrándole el pecho se convirtieron en arcadas. La unidad empezó a darle palmaditas en la espalda.

–Vamos, vamos... –dijo Skaffen-Amtiskaw con cierta preocupación.

Las dos hijas del posadero resbalaron lentamente de las monturas a las que habían estado atadas. El mismo círculo mortífero que había acabado con las vidas de los siete jinetes había cortado sus cuerdas. La unidad expresó su satisfacción con un temblor casi imperceptible.

Un hombre dejó caer su espada y echó a correr. El proyectil cuchillo le atravesó girando sobre sí mismo como un destello rojizo moviéndose a lo largo de un gancho, y terminó la trayectoria cercenando los cuellos de los dos jinetes que seguían en pie. La montura del último superviviente se encabritó delante del proyectil enseñándole los colmillos y amenazándole con las garras de las patas delanteras fuera de sus fundas. La diminuta máquina atravesó el cuello del animal y se incrustó en el rostro de su jinete.

El proyectil se detuvo después de haber recorrido un par de metros más mientras el cuerpo sin cabeza del jinete se deslizaba de la grupa de su tembloroso animal unos segundos antes de que éste cayera al suelo. El proyectil cuchillo giró lentamente sobre sí mismo como si revisara todo el trabajo que había hecho en tan pocos segundos y se dirigió hacia la ventana.

Las hijas del posadero se habían desmayado.

Sma estaba vomitando.

Las monturas enloquecidas saltaban, corrían y aullaban en el patio. Dos de ellas aún arrastraban consigo fragmentos de sus jinetes.

El proyectil cuchillo se lanzó hacia abajo y atravesó la cabeza de una montura frenética cuando estaba a punto de pisotear a las dos chicas, que seguían inmóviles sobre el polvo. Después proyectó un campo que recogió a las dos chicas y las llevó hasta la puerta, ante la que yacía el cadáver de su padre.

El esbelto huso metálico seguía tan impoluto como antes de entrar en acción. El proyectil fue ascendiendo sin prisas hasta la ventana –esquivando limpiamente los hilillos de bilis que salían de la boca de Sma–, y desapareció dentro de Skaffen-Amtiskaw.

–¡Bastardo! –Sma intentó golpear a la unidad con los puños. Después intentó darle patadas, y acabó cogiendo una silla que se hizo añicos al chocar con las placas metálicas–. ¡Bastardo! ¡Asqueroso bastardo cabrón!

–Sma... –dijo la unidad con voz tranquila. Seguía sosteniendo el techo y estaba inmóvil entre el torbellino de polvo que iba posándose poco a poco sobre el suelo de madera–. Me pediste que hiciera algo, ¿no?

–¡Máquina de mierda!

Sma le golpeó con una mesa que se hizo astillas.

–Sma, deberías vigilar un poco más tu lenguaje.

–¡Gilipollas presuntuoso, te dije que pararas!

–Oh. ¿De veras? Lo siento, pero... Me temo que no te oí.

Sma captó la despreocupación que impregnaba la voz de la máquina y se quedó inmóvil. Su mente estaba extrañamente despejada, y pensó que tenía dos opciones. Podía dejarse caer al suelo hecha un mar de lágrimas y tardar muchísimo tiempo en superar lo ocurrido, hasta el extremo de que quizá pasara el resto de su existencia viviendo bajo la sombra del contraste entre la fría calma de la unidad y su ataque de nervios, o...

Tragó una honda bocanada de aire, se calmó y fue hacia Skaffen-Amtiskaw.

–Muy bien –dijo–. Te has salido con la tuya..., por esta vez. Espero que disfrutes de las grabaciones cuando las repases. –Puso una mano sobre el flanco de la unidad–. Sí, disfruta de ellas. Pero si vuelves a hacer algo parecido... –Dio una palmadita sobre la lisa superficie de la placa que tenía delante–. Te convertirás en chatarra, ¿entendido?

–Por supuesto –dijo la unidad.

–Escombros. Piezas de repuesto. Irás al desguace.

–Oh, no, por favor...

Skaffen-Amtiskaw dejó escapar un suspiro.

–Hablo en serio. A partir de ahora usarás el mínimo de fuerza que requiera cada situación. ¿Lo has entendido? ¿Lo harás?

–Sí a las dos preguntas.

Sma giró sobre sí misma, cogió su bolsa de viaje y fue hacia la puerta deteniéndose el tiempo suficiente para contemplar la habitación contigua a través del agujero que había hecho el primer hombre al salir despedido. La mujer había huido. El cuerpo del hombre seguía incrustado en la pared, y los chorros de sangre que habían brotado de él parecían una aureola de excrementos rojizos.

Sma se volvió hacia la máquina y escupió en el suelo.

–El *Xenófobo* viene hacia aquí –dijo Skaffen-Amtiskaw. Su voz sonaba muy cerca. Sma alzó los ojos y vio la estructura metálica que reflejaba los rayos del sol flotando a unos centímetros de su rostro–. Toma.

La unidad extendió un campo y le ofreció la guirnalda de flores que había hecho.

Sma inclinó la cabeza. La máquina deslizó la guirnalda sobre su cabeza como si fuera un collar. Sma se puso en pie y fueron hacia el castillo.

La parte superior de la fortaleza se hallaba cerrada al público. El tejado estaba erizado de antenas, mástiles y un par de unidades de radar que giraban lentamente sobre su eje. Sma y la máquina esperaron a que el grupo de visitantes hubiera desaparecido tras la curva de la galería y se detuvieron ante una gruesa puerta

metálica. Estaban dos pisos por debajo del tejado. La unidad utilizó su efector electromagnético para desactivar el sistema de alarma de la puerta y abrir las cerraduras electrónicas. Cuando hubo terminado con ellas deslizó un campo muy delgado dentro de la cerradura metálica, manipuló los pistones y abrió la puerta. Sma cruzó el umbral seguida muy de cerca por la máquina y ésta se encargó de volver a cerrar la puerta. Subieron al tejado y esperaron bajo la bóveda azul turquesa del cielo. El diminuto proyectil de observación enviado por la unidad varios minutos antes no tardó en hacerse visible y desapareció en el interior de Skaffen-Amtiskaw.

–¿Cuándo llegará? –preguntó Sma mientras escuchaba el silbido de la cálida brisa deslizándose por entre el bosque de antenas que se alzaba a su alrededor.

–Está por ahí –dijo Skaffen-Amtiskaw.

Proyectó un campo. Sma miró en la dirección que indicaba y apenas logró distinguir la curvatura de un módulo con capacidad para cuatro personas inmóvil muy cerca de ellos. Los sistemas del módulo habían conseguido una excelente imitación de la transparencia.

Sma contempló el bosque de mástiles y antenas durante unos momentos sintiendo la caricia del viento en sus cabellos y meneó la cabeza. Fue hacia el módulo y experimentó una fugaz sensación de mareo. El módulo tan pronto parecía estar como no estar allí. La puerta que se abrió ante ella reveló el interior del módulo con tanta brusquedad como si le mostrara un camino que conducía a otro mundo, y Sma supuso que en cierto sentido eso era exactamente lo que estaba haciendo.

Sma y la unidad entraron en el módulo.

–Bienvenida a bordo, Sma –dijo el módulo.

–Hola.

La puerta se cerró. El módulo se inclinó lentamente hasta quedar inmóvil sobre su parte posterior como si fuese un depredador que se dispone a saltar encima de su presa. Esperó a que una bandada de pájaros que volaba a cien metros de altura acabara de pasar por el espacio aéreo que iba a utilizar, despegó y empezó a acelerar. Una persona de vista muy aguda que la hubiese estado observando desde el suelo y que no hubiese parpadeado cuando no debía, quizá hubiera logrado ver una columna de aire tembloroso que salía disparada hacia los cielos desde el tejado de la fortaleza, pero no habría oído nada. El módulo podía moverse más silenciosamente que los pájaros incluso cuando se desplazaba a velocidades supersónicas. Le bastaba con ir colocando ante él capas de aire tan delgadas como un pañuelo de papel, moverse por el vacío así creado y devolver los gases al hueco delgado como una piel que había dejado atrás. La caída de una pluma producía más turbulencias que el módulo.

Sma estaba de pie ante la pantalla principal contemplando el rápido encogimiento del paisaje que se extendía debajo del módulo. Las capas concéntricas que formaban las defensas del castillo avanzaban desde los bordes de la pantalla moviéndose tan

rápidamente como las olas en una película pasada al revés. El castillo se convirtió en un punto perdido entre la ciudad y los estrechos, la ciudad desapareció y el paisaje empezó a inclinarse a medida que el módulo se colocaba en el ángulo necesario para acudir a su cita con el piquete ultrarrápido *Xenófobo*.

Sma se sentó sin apartar la mirada de la pantalla. Sus ojos buscaron en vano el valle situado a las afueras de la ciudad, donde se encontraban la presa y la central energética.

La unidad también estaba observando la pantalla mientras se comunicaba con la nave que les esperaba y recibía la confirmación de que ésta ya había sacado el equipaje de Sma del maletero y lo había transferido a los aposentos que ocuparía durante el viaje.

Skaffen-Amtiskaw aprovechó que Sma estaba contemplando el cada vez más confuso paisaje desplegado en la pantalla del módulo para observarla. Tenía la impresión de que no estaba de muy buen humor, y se preguntó cuál sería el mejor momento para darle el resto de las malas noticias.

Porque pese a toda esa maravillosa tecnología que les rodeaba y por increíble que pareciera (y era realmente increíble y, que la unidad supiera lo ocurrido carecía de precedentes. En el nombre del caos, ¿cómo era posible que un montón de carne superara en ingenio y destruyera nada menos que a un proyectil cuchillo?) el hombre llamado Cheradenine Zakalwe había conseguido librarse de la vigilancia a que le sometieron después de que dimitiera por última vez.

Así pues y antes de hacer ninguna otra cosa la unidad y Sma tenían que empezar localizando al maldito humano. Suponiendo que fuera posible localizarle, claro está...

La silueta salió de detrás del radar que la había estado ocultando y cruzó el tejado moviéndose lentamente bajo las antenas que gemían impulsadas por el viento. Bajó la escalera de caracol, comprobó que no había nadie al otro lado de la gruesa puerta metálica y la abrió.

Un minuto después algo cuyo aspecto exterior era idéntico al de Diziet Sma se unió al grupo de visitantes justo cuando el guía empezaba a explicar cómo los considerables avances de la artillería, las aeronaves más pesadas que el aire y los cohetes habían acabado dejando obsoleta a la fortaleza.

XII

Compartían su nido de águilas con la carroza de gala del Mitoclasta, un abigarrado ejército de estatuas y un montón de cofres, cajas y armarios que contenían los tesoros de una docena de grandes casas nobiliarias.

Astil Tremerst Keiver hurgó en el cajón de un armario hasta encontrar una capa que le satisfizo, cerró la puerta del armario y se admiró en el espejo. Sí, no cabía duda de que aquella capa le sentaba estupendamente... Hizo unos cuantos giros y movimientos rápidos para admirar las ondulaciones de los pliegues de tela, sacó su rifle de ceremonias de la funda y recorrió la habitación moviéndose cautelosamente alrededor de la gran carroza mientras hacía ¡*ki-shauw, ki-shauw!* con la boca y apuntaba el cañón del rifle a cada ventanal protegido por un cortinaje negro ante el que pasaba (su sombra bailaba elegantemente sobre las paredes y se deslizaba por los grises perfiles de las estatuas), hasta que llegó a la chimenea, volvió a guardar el rifle en su funda y se dejó caer sobre un sillón tallado en un magnífico bloque de madera de sangre procurando que las facciones de su rostro adoptaran la expresión más imperiosa y temible de que eran capaces.

Y el sillón se hizo pedazos debajo de él. Cayó sobre las losas del suelo y el arma que colgaba de su hombro se disparó enviando un proyectil al ángulo que había entre el suelo y la curvatura de la pared que se alzaba a su espalda.

–¡Mierda, mierda, mierda! –gritó mientras inspeccionaba sus pantalones y su capa.

Los pantalones mostraban las señales del golpe y la capa había quedado agujereada por el proyectil.

La puerta de la carroza se abrió de repente y alguien salió a toda velocidad por ella chocando con un escritorio y haciéndolo astillas. El hombre sólo necesitó un segundo para recuperar el equilibrio y quedar inmóvil presentando el mínimo blanco posible –otra demostración de esa forma de moverse irritantemente marcial que poseía–, y el cañón del asombrosamente grande y feo cañón de plasma que sostenía en la mano se alzó apuntando al rostro del aspirante a vicerregente Astil Tremerst Keiver Octavo.

–¡Aaaaah! ¡Zakalwe! –se oyó chillar Keiver mientras se tapaba la cabeza con la capa. (¡Maldición!)

Keiver apartó la capa de su cabeza unos momentos después con toda la más que considerable dignidad de que podía ser capaz en ciertas ocasiones y vio que el mercenario ya se estaba levantando de entre los restos del escritorio. Sus ojos inspeccionaron rápidamente la habitación y su pulgar movió el interruptor que desactivaba el cañón de plasma.

Keiver se dio cuenta enseguida de la penosa similitud existente entre sus posturas respectivas, y se incorporó moviéndose lo más deprisa posible.

–Ah, Zakalwe... Te pido disculpas. ¿Te he despertado?

El hombre frunció el ceño, bajó la vista hacia los restos del escritorio y cerró de un manotazo la puerta de la carroza por la que había salido.

–No –dijo–. Tenía una pesadilla.

–Ah. Bien.

Keiver jugueteó con una de las incrustaciones que adornaban la culata de su arma mientras deseaba que Zakalwe no le hiciera sentir tan injusticadamente inferior. Fue hasta la chimenea y tomó asiento (esta vez con muchas más precauciones que la anterior) en un ridículo trono de porcelana situado a un lado del hogar.

El mercenario se sentó junto a la chimenea, dejó el cañón de plasma en el suelo delante de él y se estiró.

–Bueno, tendré que conformarme con la mitad del sueño que me correspondía.

–Hmmm –dijo Keiver sintiéndose un poco incómodo. Volvió la cabeza hacia la carroza de gala dentro de la que había estado durmiendo el mercenario y de la que había salido tan bruscamente hacía apenas unos momentos–. Ah... –Keiver se envolvió en los pliegues de la capa y sonrió–. Supongo que no conoces la historia de esa vieja carroza, ¿verdad?

El mercenario –también conocido como Ministro de la Guerra (¡ja!)–, se encogió de hombros.

–Bueno... –dijo–. La versión que ha llegado a mis oídos afirma que durante el Interregno el Archipresbítero le dijo al Mitoclasta que podría quedarse con los tributos, ingresos y almas de todos los monasterios sobre los que pudiera levantar su carroza usando un solo caballo. El Mitoclasta aceptó el desafío, examinó montones de castillos hasta encontrar éste y ordenó construir la torre en la que nos encontramos con dinero prestado por banqueros de otros países. Después cogió a su mejor corcel y lo utilizó para mover un sistema de poleas de lo más eficiente, que izó la carroza hasta la habitación en que estamos, y luego vinieron los Treinta Días Dorados durante los que reclamó para sí todos los monasterios del país... Ganó la apuesta y la guerra resultante acabó con el Sacerdocio Definitivo. El Mitoclasta pagó todas sus deudas y habría tenido un reinado largo y feliz de no ser porque el mozo de establo que cuidaba del corcel no pudo soportar que el animal muriera de agotamiento después de haber izado la carroza hasta aquí, y le estranguló con la brida manchada de sangre y espuma..., que, según la leyenda, se encuentra dentro de la base de ese trono de porcelana sobre el que estás sentado. En fin, eso es lo que he oído contar...

Clavó los ojos en Keiver y volvió a encogerse de hombros.

Keiver se dio cuenta de que tenía la boca abierta y se apresuró a cerrarla.

–Ah... Así que conoces la historia.

–No, ha sido un tiro a ciegas.

Keiver puso cara de no saber cómo reaccionar y acabó soltando una ruidosa carcajada.

–¡Infiernos! ¡Eres increíble, Zakalwe!

El mercenario removió los restos del trono de madera de sangre con la punta de una bota y no dijo nada.

Keiver era consciente de que debía hacer algo, y se puso en pie. Fue hasta la ventana más próxima, descorrió el cortinaje, abrió los postigos interiores, apartó los postigos exteriores y se quedó inmóvil con un brazo apoyado sobre el alféizar de piedra contemplando el paisaje que se extendía ante sus ojos.

El Palacio de Invierno estaba asediado.

Esparcidas entre las hogueras y zanjas que cubrían la llanura nevada había enormes estructuras de asedio construidas con troncos, lanzadores de proyectiles, piezas de artillería pesada y catapultas capaces de lanzar peñascos inmensos, proyectores de campo y reflectores alimentados por gas..., una asombrosa colección de flagrantes anacronismos, paradojas del avance científico y yuxtaposiciones tecnológicas. Y eso era lo que los hombres llamaban progreso...

–No estoy muy seguro de entenderlo –murmuró Keiver–. Los jinetes disparan proyectiles teleguiados desde sus sillas de montar; los reactores son derribados por flechas controladas a distancia; los cuchillos estallan haciendo más estragos que si fueran obuses y a veces rebotan en armaduras antiquísimas reforzadas por esos malditos proyectores de campos energéticos... ¿Cómo crees que acabará todo esto, Zakalwe?

–Si no cierras esos postigos y no vuelves a poner el cortinaje negro en su sitio dentro de tres segundos no tendrás que seguir preocupándote pensando en cómo acabará.

El mercenario había empezado a hurgar entre los leños del hogar con un atizador.

–¡Ja! –Keiver se apartó rápidamente de la ventana encorvándose sobre sí mismo y tiró de la palanca que controlaba los postigos exteriores–. ¡Tienes toda la razón! –Corrió el cortinaje y se frotó las manos para quitarse el polvo mientras se volvía hacia el hombre que seguía removiendo los troncos con el atizador–. Sí, tienes toda la razón...

Fue hacia el trono de porcelana y se dejó caer en él.

Naturalmente, al Señor Ministro de la Guerra Zakalwe le encantaba fingir que tenía cierta idea de cómo iba a terminar todo; afirmaba poseer una especie de explicación para lo que estaba ocurriendo, algo relacionado con las fuerzas exteriores, el equilibrio tecnológico y la errática escalada de la brujería militar. Siempre parecía estar haciendo vagas alusiones a temas y conflictos que se encontraban más allá del mero aquí-y-ahora, e intentaba establecer una francamente risible superioridad basada

en el hecho de que no hubiera nacido allí; como si eso cambiara en algo la realidad de que era un simple mercenario –un mercenario con mucha suerte, desde luego–, que había logrado atraer la atención de los Herederos Sagrados y les había impresionado con una mezcla de hazañas absurdamente arriesgadas y planes más bien cobardes mientras que la persona a la que había unido su destino –él, Astil Tremerst Keiver Octavo, nada menos que aspirante a vicerregente– tenía a su espalda un linaje de mil años, la ventaja natural que le daba la edad y –sí, maldita sea, se trataba justamente de eso– la superioridad natural de la cuna. Después de todo, ¿qué clase de Ministro de la Guerra era tan incapaz de delegar sus funciones que se veía obligado a montar guardia en esta torre esperando un ataque que probablemente no llegaría jamás? Vivían tiempos revueltos, desde luego, pero aun así...

Keiver volvió la mirada hacia la figura inmóvil que mantenía los ojos clavados en las llamas de la chimenea y se preguntó qué estaría pasando por su cabeza.

«Sma es la culpable de todo. Ella fue quien me metió en este jaleo...»

Miró a su alrededor y contempló la confusión de muebles y objetos que abarrotaban la estancia. ¿Qué tenía que ver él con idiotas como Keiver, con toda esta chatarra histórica o con nada de cuanto le rodeaba? No se sentía parte de aquello, no podía identificarse con esas cosas y no les culpaba demasiado por no hacerle caso. Suponía que al menos tendría la satisfacción final de saber que les había advertido, pero eso no era algo que pudiera calentarte en una noche tan fría y lúgubre como la que estaba viviendo.

Había luchado. Había arriesgado su vida por ellos, había conseguido salir triunfante en algunas acciones de retaguardia francamente desesperadas y había intentado explicarles lo que debían hacer; pero cuando le escucharon ya era demasiado tarde y el limitado poder que le concedieron llegó cuando la guerra ya estaba prácticamente perdida. Pero, naturalmente, no podían hacer otra cosa, ¿verdad? Eran los que mandaban, y si toda su forma de vida acababa desvaneciéndose porque uno de los dogmas por los que se regían decía que las personas como ellos siempre sabían hacer la guerra mejor que el extranjero o el súbdito más experimentado..., bueno, entonces la injusticia quedaba automáticamente eliminada y el final se encargaba de saldar todas las cuentas pendientes. Y si ese final significaba sus muertes..., que murieran.

Mientras tanto y mientras duraran los suministros, ¿podía haber una situación más agradable que la actual? Se acabaron las caminatas y el pasar frío, los terrenos fangosos que apenas llegaban a la categoría de campamentos, las letrinas al aire libre, la tierra devastada a la que era imposible arrancar algo con que alimentarse... No había mucha acción y eso quizá acabara poniéndole nervioso, pero la falta de acción quedaba más que compensada por el hecho de que estar allí le permitía calmar el nerviosismo de las nobles damas que también habían quedado atrapadas en el castillo.

Y las zonas más propensas al nerviosismo eran muy agradables de rascar, desde luego...

Y, aparte de eso, en lo más profundo de su corazón sabía que algunas veces el hecho de no ser escuchado podía considerarse una auténtica bendición. El poder traía consigo las responsabilidades. Siempre cabía la posibilidad de que esos consejos a los que no se había hecho caso fuesen acertados, y llevar a la práctica cualquier plan siempre exigía un cierto derramamiento de sangre. El mercenario prefería que fuesen otras las manos manchadas. El buen soldado obedecía las órdenes que se le daban, y si tenía una pizca de sentido común nunca se ofrecía voluntario..., y menos para cualquier aventura que pudiese terminar en un ascenso.

–Ja –dijo Keiver meciéndose de un lado a otro en el trono de porcelana–. Hoy hemos encontrado más semillas.

–Oh. Me alegro.

–Yo también.

La mayor parte de patios y jardines ya estaban siendo utilizados como pastos, y se había llegado al extremo de quitar los techos de los salones que tenían menos importancia arquitectónica para plantar hierba en ellos. Si no acababan hechos pedazos, en teoría eso podía permitirles alimentar a una cuarta parte de la guarnición del castillo durante un tiempo indefinido.

Keiver se estremeció y se tapó las piernas con los pliegues de la capa.

–Este castillo es muy frío... ¿No te parece que es muy frío, Zakalwe?

El mercenario se disponía a contestar cuando vio entreabrirse la puerta que había al otro extremo de la estancia.

Su mano fue rápidamente hacia el cañón de plasma.

–¿Va..., va todo bien? –preguntó una voz femenina.

Volvió a dejar el arma en el suelo y sonrió al rostro de rasgos delicados y piel bastante pálida que acababa de asomar por el umbral. La larga cabellera negra que lo enmarcaba caía en una línea vertical que seguía el contorno de la jamba de madera adornada con tallas y remaches.

–¡Ah, Neinte! –exclamó Keiver.

Irguió el cuerpo lo estrictamente necesario para saludar con una reverencia a la joven (¡la princesa!) que –técnicamente al menos, aunque eso no excluía que en el futuro pudieran darse relaciones más productivas e incluso lucrativas– había sido confiada a su custodia.

–Entra –oyó que decía el mercenario.

(Maldito descarado... Siempre estaba tomando la iniciativa. ¿Quién creía ser?)

La joven entró en la habitación recogiendo los pliegues de su falda delante de ella.

–Creí oír un disparo...

El mercenario se rió.

–Ya hace un poco de eso –dijo, poniéndose en pie para acompañar a la joven hasta un asiento cerca del fuego.

–Bueno –replicó ella–, tenía que vestirme y...

La segunda carcajada del mercenario fue un poquito más ruidosa que la anterior.

–Mi señora... –dijo Keiver mientras se ponía en pie con cierto retraso y le hacía lo que ahora (gracias a Zakalwe, maldito fuese), parecería una inclinación excesivamente envarada–. Espero que no hayamos turbado la paz de vuestro sueño...

Keiver oyó la carcajada ahogada que salió de los labios del mercenario y el ruido de un tronco siendo acercado a las llamas. La princesa Neinte dejó escapar una risita. Keiver sintió que se le encendía el rostro y decidió unirse a las risas.

Neinte –era muy joven, pero ya poseía una belleza delicada y frágil que invitaba a protegerla– alzó las rodillas hasta pegarlas al cuerpo, se las rodeó con los brazos y clavó la mirada en las llamas de la chimenea.

Durante el silencio que siguió a ese cambio de postura (roto únicamente por el «Sí, bien...» del aspirante a vicerregente) los ojos del mercenario fueron de ella a Keiver. Los troncos ardían entre crujidos y las llamas color escarlata bailaban en el hogar, y el mercenario pensó que en aquel momento los dos jóvenes se parecían mucho a un par de estatuas.

«Me gustaría saber del lado de quién estoy aunque sólo fuera esta vez –pensó–. Me encuentro atrapado dentro de una fortaleza absurda repleta de riquezas y objetos de valor y atestada de nobles, algunos de ellos no muy espabilados... –contempló la expresión más bien vacua de Keiver–, enfrentándome a las hordas que hay al otro lado de los muros (fuerza bruta e inteligencia no muy elevada, garras y músculos enfurecidos) porque intento proteger a estos delicados y gimoteantes productos de un milenio de privilegios, y no tengo ni la más mínima idea de si estoy siguiendo el curso táctico o estratégico adecuado a la situación...»

Las Mentes nunca tomaban en consideración ese tipo de distinciones. Para ellas la estrategia y la táctica eran una sola cosa. La escala de valores de su álgebra moral dialéctica alcanzaba tales niveles de sofisticación que las tácticas acababan fundiéndose unas con otras hasta formar la estrategia, y la estrategia se desintegraba convirtiéndose en tácticas. Su álgebra era tan complicada que un simple cerebro de mamífero jamás podría llegar a comprenderla y dominarla.

Recordó lo que Sma le había dicho hacía mucho, mucho tiempo en aquel nuevo comienzo (un comienzo que había sido el resultado de inmensas cantidades de dolor y culpabilidad). Sma le había explicado que las Mentes trataban con lo intrínsecamente improbable e imprevisible, y que se movían por un terreno en el que era preciso ir forjando nuevas reglas a medida que avanzabas. Las reglas cambiaban continuamente y la naturaleza de las cosas jamás podía ser conocida o predicha de

antemano, y ni tan siquiera se la podía juzgar con un mínimo grado de certidumbre real. Todo aquello sonaba muy sofisticado y abstracto, y el mercenario siempre había tenido la impresión de que trabajar con esas teorías debía ser un desafío de lo más interesante, pero al final los materiales básicos sobre los que se sostenían las teorías eran las personas y los problemas a resolver.

Aquí y ahora todo se reducía a esa joven. Apenas era una niña, pero estaba atrapada en el gran castillo de piedra con el resto de la crema o de las heces de aquella sociedad (según como lo miraras), y su vida o su muerte dependerían de lo buenos que fueran sus consejos y de si aquellos payasos eran capaces de hacer caso de ellos y ponerlos en práctica.

Contempló el rostro de la joven iluminado por las llamas y sintió algo más que un deseo distante (pues era atractiva), o un afán paternal de protegerla (pues era muy joven y él, pese a su apariencia física, era muy viejo). No sabía qué nombre dar a sus emociones. Era como si lo hubiera comprendido todo de repente, como si hubiera cobrado consciencia de la tragedia representada por todo aquel episodio. La Regla estaba a punto de ser quebrantada, el poder y los privilegios se desintegraban y todo el complejo sistema encarnado en esta niña se hallaba a punto de hacerse añicos.

El barro y la suciedad, el rey con pulgas... El robo se castigaba con la mutilación y los pensamientos que no encajaban dentro de la ortodoxia se castigaban con la muerte. La tasa de mortalidad infantil era tan astronómicamente elevada como infinitesimalmente reducida la esperanza de vida, y todo aquel horrendo paquete de injusticias estaba envuelto en un manto de riquezas y ventajas concebidas para mantener el oscuro dominio que quienes gozaban del conocimiento ejercían sobre los ignorantes (y lo peor de todo estaba en la pauta, en la repetición y la gran cantidad de variaciones retorcidas sobre el mismo tema depravado que se daban en tantos sitios distintos).

Su mente volvió a esa joven a la que todos llamaban princesa. ¿Moriría? El mercenario sabía que el curso de la guerra no les estaba siendo muy favorable, y la misma gramática simbólica que le ofrecía la perspectiva del poder si las cosas iban bien dictaba igualmente el que se pudiera prescindir de ella si iban mal. El rango exigía su tributo; y el desenlace del conflicto sería el encargado de escoger entre la reverencia obsequiosa o la puñalada por la espalda.

Observó su rostro a la parpadeante claridad de las llamas y se la imaginó convertida en una anciana. La vio encerrada en una mazmorra de paredes viscosas aguardando a que ocurriera algo y aferrándose a las esperanzas vestida con una tela de saco y con el cuerpo cubierto de piojos, la cabeza afeitada, los ojos dos agujeros oscuros en la piel maltrecha y, finalmente, vio como la sacaban de su encierro un día en que la nieve caía del cielo para clavarla a una pared con flechas o balas, o para que se enfrentara al filo helado del hacha blandida por el verdugo.

Naturalmente, también cabía la posibilidad de que todas esas imágenes fueran demasiado románticas. Quizá habría una desesperada huida para pedir asilo en otro país, un exilio amargo y solitario durante el que iría envejeciendo y perdiendo las fuerzas, estéril y senil, recordando continuamente esos viejos tiempos cada vez más dorados y hermosos, componiendo peticiones de auxilio que no servirían para nada, esperando el regreso y convirtiéndose lenta pero inexorablemente en una criatura muy parecida a la princesa mimada e inútil prevista por el condicionamiento al que había sido sometida desde que nació, pero sin ninguna de las compensaciones fruto de su posición que la habían acostumbrado a esperar.

Comprendió que la joven carecía de significado, y el comprenderlo le entristeció. No era más que otra parte irrelevante de otra historia que se dirigía hacia lo que probablemente sería una existencia más fácil y tiempos mejores para la mayoría de la población, y los cuidadosamente calculados empujoncitos con que la Cultura pretendía llevarla en lo que consideraba la dirección correcta influirían muy poco en el desenlace final. El mercenario sospechaba que el aquí y el ahora no tenían reservado nada demasiado bueno para la joven.

De haber nacido veinte años antes habría podido esperar un buen matrimonio, una propiedad que le daría grandes rentas, el acceso a la corte, hijos robustos e hijas con talento; y dentro de veinte años quizá hubiera podido aspirar a casarse con un comerciante astuto o incluso –en el improbable caso de que esta sociedad basada en la discriminación sexual se encaminara hacia esa dirección tan pronto–, a tener su propia vida y a desarrollarse como persona en las ciencias, los negocios, el hacer obras de caridad o lo que fuese.

Pero probablemente lo único que la esperaba era la muerte.

La torre de aquel gran castillo se alzaba como un risco de color negro sobre las llanuras nevadas, la fortaleza asediada era hermosa e imponente y contenía todos los tesoros de un imperio, y allí estaba él, sentado junto a los troncos que ardían dentro de una chimenea con una princesa hermosa y triste a muy poca distancia... Pensó que hubo un tiempo en el que solía soñar con esas historias. «Cómo las anhelaba, con qué desespero quería verlas convertidas en realidad... Me parecían la misma esencia de la vida, la materia prima de que estaba hecha. Entonces, ¿por qué siento como si tuviera la boca llena de cenizas? Tendría que haberme quedado en esa playa, Sma. Puede que me esté haciendo demasiado viejo para este tipo de cosas...»

Se obligó a apartar la mirada de la joven. Sma le había dicho que tenía una cierta tendencia a involucrarse demasiado en los asuntos de los demás, y no le faltaba su parte de razón. Había hecho lo que le pidieron que hiciese; le habían pagado y cuando todo esto terminara aún tendría un asunto del que ocuparse. Quería ser absuelto de un crimen pasado, e intentaría conseguir la absolución con todas sus fuerzas. «Livueta, di que me perdonas...»

–¡Oh!

La princesa Neinte acababa de fijarse en los restos del trono de madera de sangre.

–Sí, yo... –Keiver se removió en su asiento y puso cara de incomodidad–. Eso... Ah... Me temo que..., ummmm..., me temo que he sido yo. ¿Era tuyo? ¿Pertenece a tu familia?

–¡Oh, no! Pero lo había visto muchas veces. Pertenece a mi tío el archiduque. Antes estaba en su cabaña de caza, y había una cabeza disecada enorme encima. Siempre le tuve bastante miedo, porque soñaba que se caería de la pared, que uno de los colmillos se me clavaría en la cabeza y me mataría. –Su mirada fue de un hombre a otro y acabó dejando escapar una risita nerviosa–. Qué fantasía tan tonta, ¿verdad?

–¡Ja! –exclamó Keiver.

(Mientras, él les observaba en silencio y se estremecía. E intentaba sonreír.)

–Bueno... –dijo Keiver lanzando una carcajada que sonó algo forzada–. Tienes que prometerme que no le contarás nunca a tu tío que rompí su trono, ¡o no volverá a invitarme a sus cacerías! –Keiver lanzó una segunda carcajada aún más ruidosa que la anterior–. De hecho... ¡Si se lo dices puede que sea mi pobre cabeza la que acabe adornando una de sus paredes!

La joven lanzó un chillido de pavor y se llevó una mano a los labios.

(Apartó los ojos y volvió a estremecerse. Arrojó un tronco a la chimenea y ni entonces ni después se dio cuenta de que lo que había echado a las llamas era un trozo del trono, y no un tronco.)

Tres

Sma siempre había sospechado que muchas tripulaciones de nave estaban locas. De hecho, incluso sospechaba que un cierto número de naves tenían graves problemas que resolver en el departamento de la cordura. El piquete ultrarrápido *Xenófobo* sólo contaba con veinte tripulantes, y Sma se había dado cuenta de que por regla general cuanto menos numerosa era la tripulación más raro resultaba su comportamiento. Saberlo hizo que estuviera preparada para enfrentarse a gente bastante rara incluso antes de que el módulo entrara en el hangar.

–¡Atchís! –El joven tripulante estornudó y se tapó la nariz con una mano mientras ofrecía la otra a Sma para ayudarla a bajar del módulo. Sma apartó la mano con bastante brusquedad mientras observaba la nariz enrojecida y los ojos llorosos del joven—. Llamo Ais Disgarb –dijo el tripulante mientras parpadeaba y ponía cara de sentirse algo ofendido—. En-venida a ordo.

Sma volvió a alargar la mano cautelosamente hacia él. La mano del tripulante estaba ardiendo.

–Gracias –dijo.

–Skaffen-Amtiskaw –dijo la unidad a su espalda.

–¿Tal?

El tripulante saludó a la unidad con la mano. Sacó un trocito de tela del interior de una manga y lo usó para secarse las lágrimas y sonarse la nariz.

–¿Se encuentra bien? –preguntó Sma.

–No ucho –dijo el joven—. Toy estriado. –Señaló a un lado del hangar—. Vengan conmigo.

–Así que está resfriado... –dijo Sma asintiendo con la cabeza mientras empezaba a caminar junto a él.

El joven vestía un caftán, y daba la impresión de haberse levantado de la cama hacía poco.

–Sí –dijo.

Les precedió por entre el montón de embarcaciones auxiliares, satélites y demás parafernalia espacial del *Xenófobo* y fue hacia la parte trasera del hangar. Volvió a estornudar y sorbió aire ruidosamente por la nariz.

–Es orno una pecie e moda en la ave.

Habían empezado a pasar por entre dos módulos que estaban muy juntos. Sma se encontraba detrás del joven y aprovechó el que no le veía para volverse rápidamente hacia Skaffen-Amtiskaw. Sus labios se movieron articulando las palabras «¿Qué ha dicho?» sin hacer ningún ruido, pero la máquina se limitó a oscilar de un lado a otro con su equivalente al encogimiento de hombros humano. Después alteró los campos

de su aura creando un telón de fondo rosado sobre el que aparecieron letras de color gris. YO TAMPOCO LE HE ENTENDIDO, decía el mensaje.

–Ensamos que ría teresante relajar nuetros temas inmunes y pillar esfriados – explicó el joven mientras les llevaba al ascensor que había al otro extremo del hangar.

–¿Todos? –preguntó Sma. La puerta se cerró detrás de ellos y el ascensor se puso en marcha–. ¿Toda la tripulación?

–Sí, peo no tos al mimo empo. Los que san cuperado dicen ques muy vertido cuando se te pasa.

–Ya... –murmuró Sma.

Lanzó una rápida mirada de soslayo a la unidad y vio que el campo de sus auras se había vuelto de un color azul claro –respeto e interés–, pero en uno de los lados había un punto rojizo de gran tamaño que probablemente sólo ella podía ver. El punto se encendía y se apagaba a gran velocidad. En cuanto lo hubo visto tuvo que hacer un considerable esfuerzo para no echarse a reír.

–Sí, supongo que debe de ser muy divertido –dijo después de haber carraspeado para aclararse la garganta.

El joven volvió a estornudar.

–Tengo la impresión de que necesitan un permiso, ¿eh? –dijo Skaffen-Amtiskaw.

Sma le dio un codazo.

El joven tripulante se volvió hacia la máquina y la contempló con cara de perplejidad.

–Cabo e tener uno –respondió.

La puerta del ascensor empezó a abrirse y el joven volvió la cabeza hacia ella. Sma y Skaffen-Amtiskaw intercambiaron una rápida mirada y Sma bizqueó.

Entraron en un área de reuniones y diversión bastante grande cuyo techo y paredes estaban recubiertas por una madera de color rojo oscuro tan pulida y lustrosa que parecía brillar. El recinto contenía un gran número de sillones y sofás muy mullidos y unas cuantas mesitas bajas. El techo no era muy alto, pero estaba compuesto por ondulaciones de un material parecido al yeso que nacían de las paredes, y las linternas que lo adornaban hacían que resultara muy hermoso. El nivel de iluminación parecía indicar que estaban a principios de la mañana según el horario de la nave. Las personas que estaban sentadas alrededor de una mesa se pusieron en pie y fueron hacia ellos para darles la bienvenida.

–Sba –dijo el joven tripulante señalando a Sma con una mano.

Su voz parecía hacerse más pastosa e ininteligible a cada segundo que pasaba. El grupo de personas –la proporción de hombres y mujeres era similar–, la acogió con sonrisas y asentimientos de cabeza y empezó a presentarse. Sma asintió e intercambió unas cuantas palabras con ellas; la unidad se limitó a decirles hola.

Uno de los hombres se acercó a ella y le ofreció un bultito de pelos marrones y

amarillos sosteniéndolo junto a su hombro como si fuera un bebé.

–Toma –dijo, y le pasó el animalito peludo.

Sma lo cogió con bastante relucencia. Estaba caliente, poseía cuatro miembros colocados de la forma convencional, desprendía un olor bastante agradable y no se parecía a ninguna de las especies de animales que conocía. Tenía una cabeza muy grande con un par de orejas enormes, y apenas lo hubo cogido el animalito abrió unos ojos inmensos y la observó fijamente.

–Es la nave –dijo el hombre que había estado sosteniéndolo junto a su hombro.

–Hola –dijo el animalito.

Los ojos de Sma lo recorrieron de arriba abajo con cierta incredulidad.

–¿Eres el piquete ultrarrápido *Xenófobo*?

–Soy su representante. La parte con la que puedes hablar... Puedes llamarme Xenito. –El animalito sonrió y Sma pudo ver que sus dientes eran muy pequeños y redondeados–. Ya sé que la mayoría de naves utilizan un sensor o algún tipo de unidad remota, pero... –Volvió la cabeza hacia Skaffen-Amtiskaw–. Pueden llegar a ser un poco aburridos, ¿no te parece?

Sma sonrió y captó el rápido parpadeo del aura de Skaffen-Amtiskaw por el raballo del ojo.

–Bueno... –dijo–. Sí, a veces pueden serlo.

–Oh, sí –dijo el animalito asintiendo con la cabeza–. Yo soy mucho más mono. –Se retorció entre sus dedos y puso cara de sentirse muy a gusto–. Bueno... –dijo, y se rió–. ¿Quieres que te enseñe tu camarote?

–Sí, buena idea –dijo Sma, y se puso el animalito encima del hombro.

Sma, la extraña unidad remota de la nave y Skaffen-Amtiskaw se dirigieron hacia la zona de camarotes y los tripulantes se despidieron de ellos diciendo que ya les verían después.

–Oooh... Qué suave y caliente eres –murmuró la diminuta criatura de color marrón y amarillo con voz soñolienta mientras se acurrucaba en la curva del cuello de Sma. Acababan de llegar al pasillo enmoquetado que llevaba a los aposentos de Sma. El animalito se removió y Sma se encontró dándole palmaditas en la espalda–. Por aquí–dijo en cuanto llegaron a una encrucijada–. Por cierto, esa pequeña sacudida significa que acabamos de abandonar nuestra órbita.

–Estupendo –dijo Sma.

–¿Me dejarás dormir contigo?

Sma se quedó inmóvil, apartó a la criatura de su hombro con una sola mano y la sostuvo delante de su cara.

–¿Qué has dicho?

–Oh, así nos conoceremos más pronto y nos haremos amigos enseguida –dijo el animalito parpadeando y bostezando como si estuviera a punto de quedarse

dormido—. No creas que soy grosero. Dormir juntos es un sistema de crear lazos personales que siempre da resultados excelentes.

Sma era consciente de que Skaffen-Amtiskaw se encontraba detrás de ella y podía ver los reflejos de la bola roja en que se había convertido su campo. Acercó la criatura marrón y amarilla unos cuantos centímetros más a su cara.

—Escucha, *Xenófobo*...

—Xenito.

—De acuerdo, Xenito. Eres una nave estelar que pesa un millón de toneladas y, aparte de eso, eres una Unidad de Ofensiva Rápida de la Clase Torturador. Aun suponiendo que...

—¡Pero estoy desmilitarizada!

—Incluso sin tus sistemas básicos de armamento, apuesto a que si quisieras podrías destruir planetas enteros...

—Oh, vamos... ¡Hasta la UGC más tonta es capaz de hacer eso!

—Entonces, ¿a qué vienen todas estas gilipolleces?

Agitó a la unidad remota cubierta de pelos con tanta violencia que oyó castañetear sus dientes.

—¡Era una broma! —gritó la unidad—. Vamos, Sma, ¿es que no tienes sentido del humor? ¿No sabes apreciar una buena broma?

—No estoy muy segura. ¿Te gustaría que te mandara a la zona de reunión de una buena patada en el culo?

—¡Ooooh! Venga, señora..., ¿cuál es su problema? ¿Tiene algún prejuicio contra los animalitos peludos o qué? Oye, Sma, sé muy bien que soy una nave y hago cuanto se me pide que haga, incluido el llevarte a ese destino que, si he de ser franco, no me ha sido especificado con mucha claridad, y te aseguro que soy muy eficiente. Si hubiera el más leve conato de acción real y tuviera que empezar a comportarme como una nave de guerra, el artefacto que tienes entre las manos se convertiría en un bulto flácido desprovisto de vida, y puedo prometerte que lucharía con todos los recursos de que dispongo y toda la ferocidad que se me inculcó durante mi adiestramiento. Hasta que llegue ese momento procuro obrar igual que mis colegas humanos e intento divertirme sin causar ningún daño a nadie. Si tanto odias mi apariencia actual... De acuerdo, la cambiaré. Seré un sensor remoto de lo más comente, o una voz sin cuerpo, o hablaré contigo a través del amigo Skaffen-Amtiskaw aquí presente o a través de tu terminal personal. Lo último que deseo es ofender a una invitada.

Sma frunció los labios, dio unas palmaditas en la cabeza de la criatura y suspiró.

—De acuerdo.

—¿Puedo conservar esta forma?

—Desde luego.

—¡Oh, qué bien! —El animalito se retorció de puro placer, abrió al máximo sus

enormes ojos y la observó con expresión esperanzada—. Y ahora... ¿me haces unos cuantos mimos?

—Está bien.

Sma la acunó y le dio palmaditas en la espalda.

Cuando se dio la vuelta vio a Skaffen-Amtiskaw flotando con la parte delantera hacia arriba. Su campo de auras mostraba el naranja chillón utilizado por las unidades para indicar que habían sufrido alguna avería realmente grave o que se encontraban en una situación muy apurada.

Sma se despidió del animalito marrón y amarillo, vio como se alejaba por el pasillo que llevaba a la zona de reunión (el animalito se despidió de ella agitando una patita rechoncha), cerró la puerta del camarote y se aseguró de que el sistema de observación y seguimiento interno estaba desactivado.

—¿Cuánto tiempo tenemos que pasar a bordo de esta nave? —preguntó volviéndose hacia Skaffen-Amtiskaw.

—¿Treinta días? —sugirió Skaffen-Amtiskaw.

Sma apretó los dientes hasta hacerlos rechinar y contempló el recinto en el que se encontraban. El camarote era bastante cómodo, pero comparado con los espacios llenos de ecos de la central energética que había convertido en su casa resultaba más bien pequeño.

—Treinta días con una tripulación de masoquistas virales y una nave convencida de que es una especie de osito de peluche... —Meneó la cabeza y tomó asiento sobre el campo de la cama—. Unidad, me temo que la duración subjetiva de este viaje puede ser larguísima...

Sma se dejó caer de espaldas sobre la cama murmurando maldiciones ininteligibles.

Skaffen-Amtiskaw comprendió que no era el momento más adecuado para revelarles que Zakalwe había logrado escapar a la vigilancia.

—Bueno, creo que iré a dar un vistazo por ahí, si no te importa —dijo.

Fue hacia la puerta pasando por encima de la hilera de bultos y maletas que Sma había traído consigo como equipaje.

—Adelante.

Sma se despidió de la unidad con un lánguido agitar de brazo, se quijo la chaqueta y dejó que cayera sobre el suelo del camarote.

La unidad ya casi había llegado a la puerta cuando Sma se irguió bruscamente con el ceño fruncido.

—Espera un momento... —murmuró—. ¿A qué se refería la nave cuando dijo eso de que nuestro destino no estaba demasiado claro? Infiernos, ¿es que no sabe adonde hemos de ir?

«Oh, oh...», pensó Skaffen-Amtiskaw.

Giró sobre sí misma hasta que su banda sensora quedó apuntando hacia el rostro de Sma.

–Ah... –dijo.

Sma entrecerró los ojos.

–Vamos a recoger a Zakalwe, ¿verdad?

–Sí. Claro.

–Y no tenemos que hacer nada más, ¿verdad?

–Desde luego que no. Recogemos a Zakalwe, le explicamos lo que queremos de él y le llevamos a Voerenhutz..., es sencillísimo. Quizá nos pidan que nos quedemos un tiempo rondando por allí para ver qué tal va todo, pero eso aún no está confirmado.

–Sí, sí, ya me esperaba algo parecido, pero... ¿dónde está Zakalwe exactamente?

–¿Dónde está Zakalwe exactamente...? –repitió la unidad–. Bueno... Yo... Eso es... Quiero decir que...

–De acuerdo –dijo Sma con irritación–. Dame su situación aproximada.

–No hay problema –dijo Skaffen-Amtiskaw, y empezó a retroceder hacia la puerta.

–¿No hay problema? –exclamó Sma poniendo cara de perplejidad.

–Sí, no hay ningún problema. Te aseguro que lo sabemos. Sabemos dónde está.

–Estupendo. –Sma asintió con la cabeza–. ¿Y bien?

–Y bien ¿qué?

–Y bien... –repitió Sma en un tono de voz bastante más alto–. ¿Dónde está Zakalwe?

–Está en Crastalier.

–¿Cras...?

–Crastalier. Ése es nuestro destino.

Sma meneó la cabeza y bostezó.

–Nunca he oído hablar de ese sitio. –Volvió a dejarse caer sobre el campo de la cama y se estiró–. Crastalier... –Su bostezo se fue haciendo más profundo y acabó llevándose una mano a la boca–. Maldita sea... Bastaba con que lo dijeras cuando te lo pregunté por primera vez.

–Lo siento –dijo la unidad.

–Mmmm... Olvídalo. –Sma alzó un brazo y su mano se interpuso en la trayectoria del rayo emitido por el sistema de la cabecera que controlaba las luces del camarote. La intensidad de las luces empezó a disminuir y Sma volvió a bostezar–. Creo que voy a recuperar alguna de las horas de sueño de las que no pude disfrutar anoche. Quítame las botas, ¿quieres?

La unidad le quitó las botas con mucha delicadeza pero lo más deprisa posible,

cogió su chaqueta con un campo y la colgó dentro de un armario empotrado, metió el equipaje dentro de ese mismo armario y salió del camarote sin hacer ningún ruido mientras Sma se daba la vuelta sobre el campo de la cama y sus ojos se iban cerrando lentamente.

–Por los pelos... –murmuró Skaffen-Amtiskaw antes de iniciar su inspección de la nave.

Sma había subido a bordo poco después de la hora del desayuno según el tiempo de la nave, y despertó a primera hora de la tarde. Estaba terminando de arreglarse mientras la unidad clasificaba sus ropas por clase de prenda y orden de color y las colgaba dentro del armario o las doblaba y las guardaba en los cajones, cuando oyó sonar el timbre de la puerta. Sma salió del diminuto cuarto de baño con la boca llena de pasta dentífrica. Sólo llevaba puestos unos pantalones cortos. Intentó ordenar a la puerta que se abriera, pero al parecer la pasta dentífrica impidió que el monitor de la habitación comprendiera su balbuceo, por lo que fue hacia la puerta y la abrió.

Sus ojos intentaron salirse de las órbitas, lanzó una mezcla de chillido y gorgoteo ahogado y retrocedió de un salto. Su cuello se tensó preparándose para el grito que no tardaría en salir de sus pulmones.

Un instante después de que sus pupilas se hubieran dilatado y el mensaje de saltar hacia atrás apartándose de la puerta hubiera recorrido la distancia que se interponía entre su cerebro y los músculos de sus piernas, algo se movió dentro del camarote a una velocidad tan elevada que casi resultaba invisible. El movimiento fue seguido por un retumbar ahogado y una mezcla de silbido y chisporroteo.

Los tres proyectiles cuchillo de que disponía la unidad estaban inmóviles entre ella y la puerta flotando a la altura de sus ojos, su esternón y su ingle. Sma los contempló en silencio a través del campo tembloroso que la máquina había desplegado delante de su cuerpo. El campo se esfumó un segundo después.

Los proyectiles cuchillo giraron perezosamente en el aire y desaparecieron en el interior de Skaffen-Amtiskaw con un leve chasquido metálico.

–No vuelvas a hacerme eso –murmuró la máquina, concentrando de nuevo su atención en la tarea de clasificar los calcetines de Sma.

Sma se limpió la boca y contempló al monstruo de tres metros de altura cubierto de pelos marrones y amarillos que parecía estar intentando fundirse con la pared metálica que había enfrente de la puerta de su camarote.

–Nave... Xenito, ¿qué infiernos estás haciendo?

–Lo siento –dijo aquella criatura colosal. Su voz seguía siendo casi tan estridente y aflautada como cuando tenía el tamaño de un bebé–. Me pareció que ibas a tener muchas dificultades para establecer una relación de cariño y proximidad con un animalito peludo, y pensé que una versión más grande de ese mismo animalito

quizá...

–Mierda... –dijo Sma, y meneó la cabeza–. Entra –dijo mientras volvía al cuarto de baño–. ¿O es que sólo querías enseñarme lo mucho que has crecido?

Se enjuagó la boca para quitarse la pasta dentífrica, hizo unas cuantas gárgaras y escupió.

Xenito logró entrar por la puerta con ciertas dificultades, inclinó la cabeza para no chocar con el techo y acabó instalándose en un rincón del camarote.

–Siento lo ocurrido, Skaffen-Amtiskaw.

–No hay problema –replicó la otra máquina.

–Ah, sí que lo hay, Sma –dijo Xenito–. La verdad es que quería hablar contigo sobre...

Skaffen-Amtiskaw se quedó totalmente inmóvil durante una fracción de segundo. Ese brevísimo período de tiempo bastó para que la unidad y la Mente de la nave llevaran a cabo un intercambio de pareceres prolijo, detalladísimo y un tanto caldeado, pero Sma sólo se enteró de que Xenito tardó unos momentos en seguir hablando.

–... sobre el baile de disfraces en tu honor que se va a celebrar esta noche –improvisó la nave.

Sma le sonrió sin salir del cuarto de baño.

–Una idea encantadora, nave. Gracias, Xenito. Sí, ¿por qué no?

–Estupendo. Pensé que sería mejor que hablara contigo antes de poner en marcha los preparativos. ¿Tienes alguna sugerencia que hacerme sobre los disfraces?

Sma se rió.

–Sí. Creo que iré disfrazada de ti. Prepárame uno de esos trajes que llevas.

–Ja, ja... Sí, buena idea. De hecho creo que puede ser una elección bastante frecuente, pero impondremos la regla de que no puede haber dos personas con el mismo disfraz. Bien... Hablaré contigo más tarde.

Xenito abandonó el camarote y la puerta se cerró detrás de él. Sma salió del cuarto de baño y pareció algo sorprendida ante una marcha tan brusca, pero se limitó a encogerse de hombros.

–Ha sido una visita breve pero repleta de emociones –observó mientras hurgaba entre los calcetines que Skaffen-Amtiskaw acababa de ordenar cuidadosamente por orden cromático–. Esa máquina es bastante rara.

–¿Qué esperabas? –preguntó Skaffen-Amtiskaw–. Es una nave estelar.

Podrías haberme dicho que estás ocultándole el tamaño del objetivo hacia el que nos dirigimos, le comunicó la Mente de la nave a Skaffen-Amtiskaw.

Tengo la esperanza de que nuestros agentes ya habrán logrado averiguar dónde está el tipo al que buscamos y que nos darán una posición exacta –replicó la unidad–. En ese caso Sma no tiene por qué enterarse de que hemos tenido unos pequeños

problemas de localización.

Desde luego, desde luego, pero... ¿no crees que deberías haber empezado no ocultándole nada?

¡Ja! ¡No conoces a Sma!

Oh... ¿Estás intentando decirme que tiene un temperamento tirando a fuerte?

¿Qué esperabas? ¡Es un ser humano!

La nave preparó un banquete a cuyas bebidas y viandas añadió toda la gama de sustancias capaces de alterar la química cerebral de los seres humanos que la buena educación permitía emplear sin que se considerara necesario poner avisos advirtiendo del peligro en cada cuenco, plato, copa o recipiente de líquido. Comunicó a la tripulación la hora en que empezaría la fiesta y alteró la disposición de la zona de reuniones distribuyendo una considerable cantidad de espejos y campos inversores por el recinto (aparte de ella misma, la lista final de invitados sólo incluía a veintidós personas, con lo que conseguir que el lugar tuviera un aspecto lo suficientemente abarrotado fue uno de los mayores obstáculos a los que se enfrentó en su intento de provocar la sensación de que el acontecimiento social a celebrar iba a ser lo bastante orgiástico y desenfrenado).

Sma desayunó, fue acompañada en una gira por la nave –aunque había muy poco que ver, pues la mayor parte del espacio estaba reservado a los sistemas motrices–, y pasó casi todo el resto del día refrescando sus conocimientos sobre la historia y la estructura política de Voerenhutz.

La nave envió una invitación formal a cada miembro de la tripulación donde se dejaba bien claro que estaba totalmente prohibido Hablar del Trabajo. Tenía la esperanza de que esa prohibición y la cantidad de narcóticos incluidos en las bebidas y viandas del banquete bastarían para que nadie abordara el tema de cuál era su destino exacto. Había jugueteado con la idea de limitarse a explicar que tenían un pequeño problema al respecto y pedirles que no hablaran del asunto, pero sospechaba que había por lo menos dos tripulantes que se tomarían dicho ruego como un desafío intolerable a su integridad personal y se sentirían obligados a tratar el tema en cuanto se presentara la más mínima ocasión de hacerlo. Momentos como ése siempre le hacían pensar en si sería conveniente convertirse en una nave sin tripulación, pero *Xenófobo* sabía que si les pedía que se marcharan acabaría echando de menos a los humanos. En circunstancias normales su compañía resultaba bastante divertida.

La nave puso la música a un volumen bastante alto, llenó las pantallas con los hologramas más interesantes que pudo encontrar en sus archivos, y rodeó la zona de reunión con un fabuloso holopaisaje de color verde y azul repleto de arbustos flotantes y árboles suspendidos entre el cielo y la tierra repletos de extraños pájaros con ocho alas que hacían piruetas y revoloteaban. El paisaje terminaba en una capa de

neblina blanca de la que asomaban nubes con forma de naves parecidas, que hacían pensar en gigantescas masas de algodón pegadas a riscos de roca color pastel tan altos que contemplarlos suponía correr el riesgo de dislocarse el cuello. Los riscos estaban adornados con otro despliegue de nubecillas realizadas por centelleantes cascadas azul y oro, y coronados por ciudades fabulosas repletas de pináculos y esbeltos puentes. Los solidogramas de figuras históricas famosas que la nave había conseguido incorporar a sus bancos de datos se paseaban por entre los invitados reforzando la ilusión de que la fiesta estaba muy concurrida, y aprovechaban cualquier ocasión de charlar con los seres humanos disfrazados. Aparte de todo eso la nave había prometido más sorpresas y diversiones en cuanto la fiesta estuviera un poquito más avanzada y el ambiente se encontrara lo bastante caldeado.

Sma acudió disfrazada de Xenito, Skaffen-Amtiskaw se convirtió en un modelo a escala de la nave y la nave decidió utilizar otro sensor remoto, una criatura acuática también de color marrón y amarillo que parecía un pez más bien gordo y de ojos saltones. El sensor flotaba dentro de una esfera de agua de un metro de diámetro encerrada en un campo de energía que se movía a la deriva por el recinto como si fuera un globo extraviado.

–Ais Disgarve, a quien ya has conocido antes –dijo el sensor presentándole al joven que la había recibido en el hangar el día antes. El agua hacía que su voz sonara un poquito burbujeante–. Y Jetart Hrine.

Sma sonrió, saludó a Disgarve con un asentimiento de cabeza –haciendo una nota mental para intentar acordarse de que se llamaba «Disgarve», y no «Disgarb»–, y dedicó un segundo asentimiento de cabeza a la joven que tenía al lado.

–Hola otra vez. ¿Qué tal?

–La –dijo Disgarve.

Se había disfrazado de explorador en climas muy fríos, y su cuerpo estaba envuelto en un montón de pieles.

–Hola –dijo Jetart Hrine.

Era bajita, más bien rechoncha y tenía la piel tan negra que casi parecía azul. Daba la impresión de ser muy joven, y vestía una especie de uniforme militar antiguo de colores sorprendentemente chillones completado por el rifle de proyectiles perforantes que colgaba de uno de sus hombros.

–Ya sé que no debemos hablar del trabajo –dijo mientras tomaba un sorbo de su copa–, pero si he de ser franca Ais y yo nos hemos estado preguntando cuál es nuestro dest...

–¡Aaaaah! –gritó el sensor de la nave.

El campo que contenía su esfera de agua se desvaneció y el líquido se desparramó sobre los pies de Sma, Hrine y Disgarve. Los tres retrocedieron de un salto. El sensor en forma de pez se desplomó sobre la madera roja del suelo y empezó a retorcerse.

–¡Agua! –graznó.

Sma lo cogió por la cola.

–¿Qué ha pasado? –le preguntó.

–Una avería en el campo. ¡Agua! ¡Deprisa!

Sma se volvió hacia Disgarve y Hrine, que parecían bastante perplejos. Skaffen-Amtiskaw se abrió paso rápidamente por entre los invitados que iban hacia ellos.

–¡Agua! –repetió el sensor retorciéndose frenéticamente.

El ceño de Sma se fue arrugando muy despacio debajo del traje cubierto de pelos marrones y amarillos, y volvió la cabeza hacia la mujer vestida de soldado.

–¿Qué ibas a decir, Hrine?

–Iba a... ¡Ooof!

El modelo a escala uno/quinientos doce del piquete ultrarrápido *Xenóforo* debajo del que se ocultaba Skaffen-Amtiskaw chocó con la mujer y la obligó a retroceder tambaleándose. La copa que sostenía en la mano resbaló de entre sus dedos y cayó al suelo.

–¡Eh! –exclamó Disgarve apartando a Skaffen-Amtiskaw de un manotazo.

Hrine parecía bastante irritada y empezó a frotarse el hombro poniendo cara de dolor.

–¡Lo siento! –dijo Skaffen-Amtiskaw en voz muy alta–. ¡Qué torpe soy!

–¡Agua! ¡Agua! –volvió a chillar el sensor debatiéndose en la mano peluda de Sma.

–¡Cállate! –dijo secamente Sma. Se acercó un poco más a Jetart Hrine interponiendo su cuerpo entre la mujer y Skaffen-Amtiskaw–. Hrine, ¿tendrías la bondad de completar la pregunta que ibas a formular hace unos momentos?

–Yo sólo quería saber por qué...

El suelo vibró y el paisaje que les rodeaba se estremeció. Chorros de luz cegadora cayeron sobre ellos, y cuando alzaron la cabeza vieron que las fabulosas ciudades multicolores que coronaban los riscos estaban empezando a quedar envueltas en gigantescas mareas luminosas que fueron desvaneciéndose lentamente para revelar nubes de escombros, torres que se desmoronaban y puentes que caían convertidos en millones de fragmentos. Los riscos se agrietaron y maremotos de lava hirviente y burbujeantes nubes de cenizas negras y grises emergieron de las grietas en un despliegue de olas que medían kilómetros de altura. Las olas chocaron con el tembloroso paisaje que se extendía por debajo de ellas. Las naves hechas de nubes se fueron hundiendo mientras los pájaros de ocho alas revoloteaban a tal velocidad que sus alas salían disparadas del cuerpo. Sma les vio precipitarse hacia el dosel de vegetación azulverdosa y esfumarse entre graznidos y aparatosas explosiones de hojas y plumas.

Jetart Hrine estaba contemplando el espectáculo con expresión de incredulidad.

Sma la agarró por el cuello del uniforme con una pata peluda y la sacudió para atraer su atención.

–¡Está intentando distraerte! –gritó, y volvió la cabeza hacia el sensor en forma de pez que colgaba de su otra pata–. ¡Basta ya! –le gritó. Volvió a sacudir a la mujer. Disgarve intentó aflojar la presa de la pata que sujetaba a Hrine, pero Sma le apartó la mano con bastante brusquedad–. ¿Qué ibas a decir?

–¿Por qué no sabemos adonde vamos? –gritó Hrine con la boca casi pegada a la nariz de Sma.

La pregunta fue claramente audible a pesar de que la tierra estaba agrietándose para soltar chorros de llamas. Una inmensa silueta negra de ojos rojizos emergió del abismo que acababa de aparecer ante ellos.

–¡Vamos a Crastalier! –gritó Sma.

Un bebé humano tan grande como una montaña se materializó en el cielo. El bebé les observó con expresión beatífica, les saludó con una sonrisa radiante y empezó a girar sobre sí mismo envuelto en una aureola de líneas y dibujos multicolores.

–¿Y qué? –aulló Hrine. Los relámpagos surcaron el espacio que separaba al bebé celeste de la bestia surgida del abismo y el trueno retumbó en sus oídos–. ¡Crastalier es un Grupo Abierto! ¡Debe de tener medio millón de estrellas como mínimo!

Sma se quedó totalmente inmóvil.

Los hologramas volvieron a mostrar las imágenes anteriores al cataclismo. El estrépito se esfumó para ceder paso a la música, pero las nuevas melodías eran mucho más relajantes y el volumen había bajado mucho. Los tripulantes se observaron los unos a los otros con expresiones de perplejidad y hubo numerosos encogimientos de hombros.

El sensor en forma de pez y Skaffen-Amtiskaw intercambiaron una rápida mirada. El sensor se convirtió en el holograma de una raspa de pescado. Skaffen-Amtiskaw se envolvió en otro holograma que mostraba al modelo a escala de la nave girando locamente sobre sí mismo mientras se desintegraba y empezaba a echar humo. Sma se volvió lentamente hasta quedar de cara a las dos unidades y las observó en silencio. Las dos máquinas volvieron a su forma anterior.

–¿Un... Grupo... Abierto?–preguntó.

Se llevó las manos a la cabeza y se quitó la peluda cabeza marrón y amarilla del disfraz.

Los labios de Sma estaban curvados en lo que parecía una sonrisa. Experiencias anteriores habían hecho que Skaffen-Amtiskaw se pusiera terriblemente nervioso cada vez que veía aquella expresión.

Oh, mierda.

Creo que nos hallamos ante un ser humano del sexo femenino extremadamente irritado, Skaffen-Amtiskaw.

No me digas... ¿Tienes alguna idea?

Ni una. Lo dejo en tus campos. Voy a sacar mi culo de pez de aquí lo más rápidamente posible.

¡Nave! ¡No puedes hacerme esto!

Puedo y voy a hacerlo. Es tu prototipo, ¿no? Ya hablaremos luego. Adiós.

El sensor con forma de pez se quedó repentinamente flácido en la pata que lo sostenía. Sma lo dejó caer sobre los charcos de agua que cubrían el suelo.

La unidad decidió prescindir del disfraz y flotó hacia el rostro de Sma con todos los campos puestos al mínimo de intensidad. Incluyó unos centímetros su parte delantera y se quedó totalmente inmóvil en esa posición.

–Sma –dijo en voz baja–. Lo siento... No te he mentado, pero te he engañado.

–Mi camarote –dijo Sma con voz tranquila después de haber guardado silencio durante unos momentos–. Disculpádnos –le dijo a Disgarve y Hrine, y se alejó hacia su camarote seguida por la unidad.

Estaba flotando sobre la cama en la posición del loto desnuda salvo por los pantalones cortos. El traje de Xenito yacía en el suelo. Sus glándulas estaban produciendo «Calma» a toda velocidad, y parecía más entristecida que furiosa. Skaffen-Amtiskaw había esperado una discusión a grito pelado, y el enfrentarse con una decepción tan mesurada había hecho que su preocupación y abatimiento alcanzaran nuevas cimas.

–Pensé que si te lo decía te negarías a venir.

–Unidad... Es mi trabajo, ¿no?

–Lo sé, pero parecías tener tan pocas ganas de marcharte que...

–¿Qué esperabas? Llevaba tres años allí, y ni tan siquiera os tomasteis la molestia de avisarme con tiempo. Pero, aun así, ¿cuánto tardé en acceder incluso después de que me hablaras del sustituto? Vamos, unidad... Me explicaste cuál era la situación y la acepté. No había ninguna necesidad de ocultarme que Zakalwe había logrado escapar a la vigilancia.

–Lo siento –dijo la unidad en voz muy baja–. Ya sé que pedirte disculpas no arregla las cosas, pero... Lo siento muchísimo, de veras. Por favor, di que podrás perdonarme algún día.

–Oh, tampoco hace falta que lleves demasiado lejos el numerito del arrepentimiento. Limítate a contarme lo que nos espera en el futuro.

–De acuerdo.

Sma dejó que su cabeza se inclinara sobre su pecho durante unos momentos y volvió a erguirla.

–Puedes empezar contándome cómo se las arregló Zakalwe para darnos esquinazo. ¿Con qué le estábamos vigilando?

–Con un proyectil cuchillo.

–¿Con un... proyectil cuchillo?

La expresión de perplejidad de Sma estuvo a la altura de la que podía esperarse ante semejante revelación. Alzó una mano y se frotó lentamente el mentón con ella.

–Un último modelo, para ser exactos –dijo la unidad–. Nanoarmas, efector, unidad deformante de monofilamentos... Cerebro valor coma siete.

–¿Y Zakalwe logró darle esquinazo a semejante bestia?

Sma parecía estar a punto de soltar la carcajada.

–No se limitó a darle esquinazo. Se lo cargó.

–Mieeeeeerda... –jadeó Sma–. No le creía tan listo. Oye, ¿fue un caso de auténtica inteligencia o fue pura suerte? ¿Qué ocurrió? ¿Cómo lo hizo?

–Bueno, es muy secreto, compréndelo... –dijo la unidad–. Te ruego que no hables del asunto con nadie.

–Palabra de honor –dijo Sma con sarcasmo poniéndose una mano en el pecho.

–Bueno... –dijo la unidad dejando escapar una especie de suspiro–. Necesité un año entero para prepararlo, pero el sitio donde le dejamos después de que hiciera su último trabajo para nosotros... Verás, los humanoides de ese planeta comparten el espacio vital con mamíferos marinos de gran tamaño e inteligencia similar a la suya. Es una relación simbiótica altamente viable con una gran cantidad de intercambios entre las dos culturas. Zakalwe utilizó lo que le habíamos pagado por su trabajo para comprar una empresa que fabricaba sistemas láser usados en la medicina y los aparatos de guía y señales. Su trampa era muy complicada, y exigía utilizar el hospital que los humanoides estaban construyendo en la costa de un océano para tratar las enfermedades de esos mamíferos marinos. Uno de los equipos médicos que estaban probando era un Scanner Magnético de Resonancia Nuclear..., uno muy grande.

–¿Un qué?

–Es la cuarta forma más primitiva de examinar las entrañas de un ser acuático promedio.

–Sigue.

–El aparato utiliza campos magnéticos extremadamente potentes. Se suponía que Zakalwe debía probar un láser incorporado a la máquina, ¿comprendes? La prueba tenía que hacerse un día en el que todo el personal estaba de vacaciones. Zakalwe se las arregló para atraer al proyectil cuchillo hasta allí..., y activó la máquina.

–Creía que los proyectiles cuchillo no utilizaban ningún tipo de magnetismo.

–Y no lo utilizan, pero la estructura del proyectil contenía la cantidad de metal suficiente para que cualquier intento de moverse demasiado deprisa provocara remolinos magnéticos que podían resultar altamente nocivos para su integridad física.

–Pero seguía siendo capaz de moverse, ¿no?

–No lo bastante deprisa para escapar al láser que Zakalwe había colocado en un extremo del scanner. Se suponía que el láser debía servir para funciones de iluminación y que ayudaría a producir hologramas de los mamíferos marinos, pero Zakalwe instaló un artefacto de potencia militar... El proyectil cuchillo acabó literalmente frito.

–Uf. –Sma asintió con la cabeza y clavó la mirada en el suelo—. Ese hombre nunca dejará de sorprenderme... –Alzó los ojos hacia la unidad—. Zakalwe debía de tener muchas ganas de escapar a la vigilancia, ¿no?

–Sí, eso parece –dijo la unidad.

–Así que... Quizá no quiera volver a trabajar para nosotros. Puede que no desee volver a tener noticias nuestras.

–Me temo que debemos tomar en consideración esa posibilidad.

–Incluso si logramos encontrarle.

–Así es.

–¿Y lo único que sabemos es que se encuentra en algún lugar de un Grupo Abierto llamado Crastalier?

La incredulidad que sentía resultaba claramente audible en su tono de voz.

–Bueno, sabemos algo más que eso –dijo Skaffen-Amtiskaw—. Si se largó inmediatamente después de freír al proyectil cuchillo y subió a la nave más rápida disponible el número de sistemas en los que puede estar se reduce a unos diez o doce. Por suerte el nivel tecnológico de esa metacivilización no es tan alto... –La unidad vaciló y siguió hablando—. Voy a serte sincero, Sma. Si hubiéramos actuado enseguida utilizando todos los medios a nuestro alcance quizá habríamos conseguido atraparle, pero creo que las Mentes encargadas de controlar este tipo de situaciones quedaron tan impresionadas por el truco de Zakalwe que... Bueno, pensaron que merecía salirse con la suya. Mantuvimos una vigilancia general sobre todo el volumen, pero la búsqueda sólo ha alcanzado niveles de intensidad realmente serios en los últimos días. Hemos empezado a traer naves y gente de todas partes. Estoy seguro de que acabaremos encontrándole.

–¿Has dicho diez o doce sistemas, unidad? –preguntó Sma meneando la cabeza.

–Veintitantos planetas y puede que unos trescientos habitáculos espaciales lo bastante grandes como para ser tomados en consideración..., sin incluir las naves, naturalmente.

Sma cerró los ojos y volvió a menear la cabeza.

–No puedo creerlo.

Skaffen-Amtiskaw pensó que sería mejor no decir nada.

La mujer abrió los ojos.

–¿Estarías dispuesta a transmitirles un par de sugerencias de mi parte?

–Desde luego.

–Que se olviden de los habitáculos y de todos los planetas que se aparten mucho del tipo Promedio; que busquen en..., desiertos, zonas templadas; bosques pero no junglas..., y que se olviden de las ciudades. –Se encogió de hombros y se frotó la boca con una mano–. Si está realmente decidido a seguir escondiéndose no le encontraremos jamás. Si lo único que deseaba es poner un poco de distancia entre él y nosotros para vivir su vida sin ser observado..., quizá tengamos una posibilidad. Oh, y que presten una atención especial a todas las guerras, naturalmente. Sobre todo a las guerras no demasiado grandes y..., las que sean interesantes. ¿Comprendes a qué me estoy refiriendo?

–Sí. Transmitido.

En circunstancias normales la unidad se habría tomado aquella pequeña exhibición de psicología aficionada aplicada a la investigación con un considerable sarcasmo, pero decidió que dada la situación actual lo mejor que podía hacer era refugiarse en las metáforas.

Skaffen-Amtiskaw hizo un esfuerzo de imaginación, se mordió una lengua de la que no disponía y transmitió las observaciones de Sma a la nave para que las enviara a la flota de búsqueda que se estaba desplegando por la zona hacia la que se dirigían.

Sma tragó una honda bocanada de aire. Sus hombros subieron y bajaron lentamente.

–Esa celebración de bienvenida a bordo... ¿Aún no ha terminado?

–No –replicó Skaffen-Amtiskaw, ligeramente sorprendido.

Sma saltó de la cama y empezó a ponerse el disfraz de Xenito.

–Bueno, no queremos que nos tomen por un par de aguafiestas, ¿verdad?

Acabó de ponerse el traje, se inclinó para coger la cabeza cubierta de pelos amarillos y marrones y fue hacia la puerta.

–Sma... –dijo la unidad, siguiéndola–. Pensé que te pondrías hecha una furia.

–Puede que acabe haciéndolo cuando se me hayan pasado los efectos de los montones de «Calma» que he segregado –admitió Sma mientras abría la puerta y se colocaba la cabeza del disfraz–. Pero hasta entonces... Bueno, prefiero no perder mi tiempo y mis energías enfureciéndome.

Avanzaron por el pasillo. Sma se volvió hacia los débiles campos de colores contritos que envolvían a la máquina.

–Venga, unidad... Se supone que vamos a un baile de disfraces, ¿no? Pero te aconsejaría que intentaras dar con algo un poquito más imaginativo que un modelo a escala, ¿de acuerdo?

–Hmmm... –dijo la máquina–. ¿Tienes alguna sugerencia al respecto?

–No se me ocurre nada. –Sma suspiró–. ¿Qué te quedaría bien? Quiero decir... ¿Cuál es el disfraz perfecto para un bastardo hipócrita, cobarde, mentiroso y presumido que es incapaz de sentir el más mínimo respeto por otra persona y que no

confía en nadie?

Fueron acercándose al ruido y las luces de la fiesta. Sma llevaba bastante rato sin oír ni el más mínimo sonido procedente de la unidad, por lo que acabó girando sobre sí misma y vio a un joven apuesto y de proporciones clásicas aunque de aspecto curiosamente anónimo siguiéndola por el pasillo. Los ojos del joven se apartaron lentamente de su trasero y fueron subiendo hasta encontrarse con su mirada.

Sma dejó escapar una carcajada.

–Sí..., magnífico. –Dio unos cuantos pasos más–. Aunque pensándolo mejor..., creo que prefería el modelo a escala.

XI

Nunca escribía en la arena, y hasta el dejar pisadas en ella le disgustaba. Pensaba que era una especie de comercio desarrollado en un solo sentido. Él se encargaba de recorrer la playa, y el mar proporcionaba los materiales, mientras que la arena se limitaba a ser la intermediaria que desplegaba los artículos como si fuera el inmenso y húmedo mostrador de una tienda colosal. La simplicidad de ese acuerdo siempre le había complacido.

A veces se entretenía observando pasar los barcos, y había momentos en los que deseaba estar a bordo de una de esas diminutas siluetas oscuras que iban de camino a un lugar pintoresco y exótico, o –si hacía un cierto esfuerzo de imaginación– a un puerto tranquilo repleto de luces parpadeantes, risas afables, amigos y bienvenidas. Pero lo más normal era que ignorara el lento desplazarse de esos puntitos y siguiera concentrado en la tarea de recorrer la playa recogiendo cosas con los ojos clavados en la espuma marrón grisácea que cubría la curva de la playa. El horizonte estaba limpio y vacío, el viento canturreaba sobre las dunas y los pájaros marinos giraban sobre su cabeza lanzando chillidos estridentes agradablemente desprovistos de sentido e impregnados de una vaga irritación que hacían vibrar la bóveda del cielo.

Los vehículos terrestres chillones y ruidosos que le visitaban de vez en cuando llegaban del interior. Siempre estaban adornados con gran abundancia de metales relucientes y luces parpadeantes, tenían ventanillas de muchos colores y rejillas o paneles sobrecargados de adornos complicadísimos. Los banderines aleteaban a su alrededor y pinturas concebidas con grandes dosis de entusiasmo pero pésimamente ejecutadas parecían chorrear de sus flancos. Los vehículos venían por el camino arenoso que llevaba a la ciudad-aparcamiento gruñendo, tosiendo y eructando humos mientras sus mecanismos protestaban por el exceso de carga que debían soportar. Los adultos asomaban la cabeza por las ventanillas o permanecían en equilibrio inestable sobre las rampas laterales; los niños correteaban al lado de los vehículos, se agarraban a las tiras y escaleras que cubrían sus flancos o chillaban y protestaban sentados en el techo.

Venían a ver al hombre extraño que vivía en la pintoresca choza de madera de las dunas. Vivir en algo que estaba unido al suelo y que no se movía nunca –algo que ni tan siquiera podía moverse–, les fascinaba y, al mismo tiempo, les producía una leve sensación de repugnancia. Los visitantes clavaban la mirada en el punto donde la madera y el papel embreado se encontraban con la arena, meneaban la cabeza y caminaban lentamente alrededor de la choza como si estuvieran intentando averiguar dónde tenía las ruedas. Hablaban entre ellos tratando de imaginar lo que sería soportar el mismo paisaje y la misma clase de clima día tras día. Abrían la puerta y

olisqueaban la oscura atmósfera impregnada de humo y olor a hombre del interior de la choza, y se apresuraban a cerrarla afirmando en tono muy enfático que vivir unido a la tierra sin moverse nunca del mismo sitio no podía ser sano. Insectos, podredumbre, atmósfera estancada... No, no podía ser nada sano.

Él no les hacía ningún caso. Comprendía su lenguaje, pero fingía no entender ni una sola palabra de lo que decían. Sabía que la siempre cambiante población de la ciudad-aparcamiento que había en el interior le conocía como «el hombre-árbol», porque les gustaba imaginar que había echado raíces y que estaba tan unido al suelo como su choza desprovista de ruedas. Lo más normal era que cuando venían estuviese fuera de la choza y no llegara a verles. Los visitantes pronto dejaban de interesarse en aquel extraño espectáculo y se dirigían a la playa para chillar cuando las olas les mojaban los pies, arrojar piedras al océano y construir castillitos de arena. Después regresaban a sus vehículos-hogares y se alejaban de regreso hacia el interior acompañados por un coro de chirridos, gruñidos y bocinazos y envueltos en un parpadear de luces, y volvían a dejarle solo.

Apenas pasaba un día sin que encontrara algún pájaro marino muerto, y tropezaba con los despojos de los mamíferos marinos traídos por las olas cada tres o cuatro. Las algas y las flores del mar yacían sobre la arena como las guiraldas y confetti que cubren el suelo después de una fiesta, y cuando se secaban ondulaban al viento desenredándose lentamente para acabar desintegrándose y ser arrastradas hacia el mar o perderse tierra adentro en un último despliegue de colores y podredumbre.

En una ocasión encontró un marinero muerto cuyo cuerpo había sido deformado por la prolongada estancia en las aguas. El lento palpitar espumoso del mar movía rítmicamente una de sus piernas. El hombre contempló el cadáver durante un rato. Después vació la bolsa de lona que contenía el botín traído por las olas y tapó delicadamente la cabeza del marinero y la parte superior de su torso con ella. La marea estaba bajando, y el cuerpo no sería arrastrado playa arriba. El hombre fue a la ciudad-aparcamiento –por una vez el carrito de madera en el que transportaba los tesoros del mar no iba delante de él abriéndole camino–, y habló con el sheriff.

El día en que encontró la sillita pasó de largo junto a ella, pero cuando volvió a pasar por aquel trozo de playa vio que seguía allí. Siguió andando y al día siguiente se alejó en dirección opuesta caminando hacia un horizonte distinto, y pensó que la tempestad que se produjo durante la noche la habría hecho desaparecer, pero al día siguiente vio que estaba en el mismo sitio, así que se la llevó a su choza y la aseguró con lianas sustituyendo la pata que había perdido por una rama encontrada en la playa. Después colocó la sillita junto a la puerta de la choza, pero nunca se sentaba en ella.

Una mujer venía a la choza cada cinco o seis días. La conoció en la ciudad-aparcamiento poco después de llegar allí, al tercer o al cuarto día de una borrachera

continuada en la que no pensaba introducir ningún intervalo de sobriedad. Pagaba a la mujer por las mañanas, y casi siempre le daba más dinero del que creía que esperaba recibir porque se daba cuenta de que aún no había logrado superar del todo el miedo que le inspiraba aquella extraña vivienda sin ruedas.

La mujer solía hablarle de sus antiguos amores o de sus viejas esperanzas y de las nuevas, y el hombre la escuchaba sin prestarle mucha atención sabiendo que ella estaba convencida de que no entendía lo que le contaba. Cuando hablaba con ella usaba otro lenguaje y las historias que salían de sus labios resultaban todavía menos creíbles que las de la mujer. La mujer se acurrucaba junto a él con la cabeza sobre la dura planicie de su pecho y él hablaba como si conversara con la negrura que se cernía sobre su lecho, y el frágil recinto de madera que les protegía era tan pequeño que su voz jamás creaba ecos. El hombre usaba palabras que ella jamás entendería para hablarle de esa tierra encantada donde todo el mundo poseía poderes mágicos, donde nadie tenía que enfrentarse a dilemas o elecciones dolorosas y la culpabilidad casi era desconocida, y la pobreza y la degradación eran cosas de las que debías hablar a los niños para que pudieran comprender lo afortunados que eran, y donde jamás había corazones rotos por la pena o la desgracia.

Le habló de un hombre, un guerrero que había trabajado para los hechiceros haciendo cosas que ellos no podían o no querían hacer personalmente, y le contó que el guerrero había tomado la decisión de no seguir trabajando para ellos. Aquel hombre se había embarcado en una campaña personal fruto de la obsesión, porque quería verse libre de una carga cuya existencia se negaba a admitir —y que ni tan siquiera los hechiceros habían sido capaces de descubrir—, y al final de esa campaña acabó descubriendo que no sólo había aumentado el peso con el que debía cargar, sino que su capacidad de seguir soportándolo no era infinita.

Y a veces le hablaba de otro tiempo y otro lugar muy alejado en el espacio y en el tiempo y aún más alejado en la historia, un lugar donde cuatro niños habían jugado juntos en un inmenso y maravilloso jardín, pero su paraíso acabó siendo destruido por las armas, y le hablaba del chico que se convirtió primero en un joven y luego en un hombre, pero que no consiguió librarse jamás del amor que sentía hacia una muchacha. Años después aquel lugar tan lejano fue el escenario de una guerra pequeña pero terrible, y el jardín desapareció. (Y el paso del tiempo hizo que el hombre consiguiera arrancar a la chica de su corazón.) Al final, cuando llevaba tanto rato hablando que ya estaba medio dormido y la noche había llegado a su hora más oscura y la mujer ya llevaba mucho tiempo viajando por la tierra de los sueños, a veces le contaba en susurros la historia de un gran navío de combate que dormía en un lecho de piedra pero que seguía siendo tan temible y poderoso como en el pasado, y le hablaba de las dos hermanas que habían tenido en sus manos el destino de esa nave de guerra, y de sus destinos, y de la Silla y del Constructor de Sillas.

Después se quedaba dormido, y cuando despertaba, la mujer y el dinero siempre habían desaparecido.

Entonces volvía la mirada hacia el oscuro papel embreado que cubría las paredes e intentaba conciliar el sueño, pero no lo conseguía y acababa levantándose de la cama para vestirse. Después salía de la cabaña y volvía a recorrer la playa que se extendía hasta perderse en el horizonte, moviéndose lentamente bajo el cielo de color azul o negro y los pájaros marinos que giraban sobre su cabeza entonando tenazmente sus canciones desprovistas de significado, como si el mar y la brisa que olía a sal pudieran entenderlas.

El clima cambiaba, pero el hombre nunca se tomaba la molestia de mantenerse al corriente de los pronósticos y nunca sabía en qué estación vivía, pero el clima oscilaba del sol y el calor al frío y las nubes, y a veces el granizo caía del cielo y los vientos soplaban alrededor de la choza abriéndose paso con un gemido quejumbroso por las grietas del papel embreado y las hendiduras que había entre los tablones, y sus manos invisibles removían la arena caída sobre el suelo de la choza esparciéndola a un lado y a otro como si los granos de arena fuesen un montón de recuerdos calcinados.

La arena se iba acumulando dentro de la choza llegando primero de una dirección y luego de otra, y el hombre la recogía cuidadosamente y la arrojaba por la puerta entregándola al viento igual que si hiciese una ofrenda, y cuando había terminado se sentaba a esperar la próxima tormenta.

Siempre sospechaba que aquellas lentas inundaciones de arena seguían una pauta, pero nunca se decidía a hacer el intento de averiguar en qué podía consistir. Cada tres o cuatro días tenía que llevar su carrito de madera a la ciudad-aparcamiento para vender las cosas que le había traído el mar y conseguir dinero que convertir en provisiones y pagar a la mujer que acudía a su cabaña cada cinco o seis días.

La ciudad-aparcamiento con que se encontraba a cada nueva visita era distinta de la que había visto durante su última estancia en ella. Las calles se creaban o se evaporaban en un cambio continuo que dependía de la llegada o la marcha de los vehículos-hogares, y todo estaba supeditado al sitio en que decidieran aparcar sus propietarios. Había algunas estructuras casi inmutables, como el recinto del sheriff, el depósito de combustible, el remolque del herrero y el área en que las caravanas de la luz y las reparaciones habían instalado sus talleres, pero incluso ellas cambiaban poco a poco y todo lo que había a su alrededor se encontraba en un estado de flujo continuo, por lo que la geografía de la ciudad-aparcamiento nunca era idéntica de una visita a otra. Aquella permanencia precaria le producía una extraña satisfacción secreta, y el ir allí no le disgustaba tanto como intentaba aparentar.

El camino de tierra polvorienta estaba lleno de roderas y nunca se hacía más corto. El hombre siempre albergaba la esperanza de que los desplazamientos de la

ciudad-aparcamiento fueran acercando lentamente su ajetreo y sus luces a la choza en que vivía, pero su deseo jamás se había visto cumplido y el hombre se consolaba pensando que si la ciudad se acercara las personas que la habitaban y su torpe curiosidad también estarían más cerca de él.

Una chica de la ciudad-aparcamiento –la hija de uno de los comerciantes con los que trataba– parecía más interesada por él que por las otras personas con las que tenía contacto. Siempre le daba algo de beber y le traía golosinas que cogía del remolque de su padre, y rara vez le dirigía la palabra. Se limitaba a entregarle lo que había traído, le sonreía tímidamente y se alejaba caminando muy deprisa con su ave marina –le habían cortado la mitad de cada ala, incapacitándola para volar– contoneándose detrás de ella sin dejar de graznar.

El hombre nunca le había dicho nada que no debiera decirle, y siempre apartaba la mirada de su esbelto cuerpo moreno. No sabía cuáles eran las leyes de cortejo por las que se regían los habitantes de la ciudad-aparcamiento, y aunque aceptar las golosinas y las bebidas siempre le había parecido el camino más sencillo y menos problemático a seguir no quería entrometerse más de lo estrictamente necesario en las vidas de aquella gente. Se dijo que la chica y su familia no tardarían en marcharse a otro sitio, y siguió aceptando sus pequeñas ofrendas con un asentimiento de cabeza que no iba acompañado por palabras o sonrisas, y no siempre bebía o comía todo lo que le entregaba. También se había dado cuenta del joven que parecía estar por allí cada vez que la chica le daba algo. El joven solía observarle con una expresión peculiar, y el hombre comprendió que deseaba a la chica, y a partir de entonces procuró apartar los ojos lo más rápidamente posible cada vez que su mirada se encontraba con la de él.

El joven le siguió un día mientras volvía a la choza perdida entre las dunas. Se plantó delante e intentó hacerle hablar. Después le golpeó en el hombro, acercó su cara a la del hombre y se puso a gritar. El hombre fingió que no le entendía. El joven trazó líneas sobre la arena delante de él y el hombre pasó sobre ellas empujando su carrito y le contempló parpadeando lentamente, con las dos manos rodeando las varas del carrito, y los gritos del joven se hicieron más airados y se inclinó para trazar otra línea sobre la arena que se interponía entre ellos.

El hombre acabó hartándose y cuando el joven volvió a clavarle un dedo en el hombro le agarró por la muñeca, le retorció el brazo hasta hacerle caer sobre la arena y le mantuvo inmovilizado durante unos momentos tirando de la articulación del hombro mientras medía cuidadosamente –al menos eso esperaba– la fuerza que ejercía. No quería romperle nada, pero deseaba causarle un dolor lo bastante intenso para que el joven quedara incapacitado durante dos o tres minutos, el tiempo que necesitaría para alejarse lentamente sobre las dunas empujando su carrito.

La táctica pareció funcionar.

Dos noches después –la noche después de que la mujer hubiera ido a la choza y de que él hubiera vuelto a hablarle de aquel terrible navío de combate, de las dos hermanas y del hombre que aún no había obtenido el perdón por lo que había hecho– la chica llamó a su puerta. El ave marina con las alas inutilizadas saltó y lanzó sus graznidos estridentes mientras la chica lloraba y le decía que le amaba y que había discutido con su padre, y él intentó apartarla de un empujón, pero la chica se escabulló por debajo de su brazo, se derrumbó sobre su cama y siguió llorando.

El hombre contempló la negrura sin estrellas de la noche y acabó clavando la mirada en los ojos del ave marina mutilada, que había dejado de graznar. Después fue hasta la cama, cogió a la chica en vilo y la sacó de la choza cerrando la puerta con un golpe seco y pasando el pestillo.

Sus gritos y los graznidos del ave marina entraron por las hendiduras que había entre los tablones durante un rato invadiendo el interior de la choza de una forma tan inexorable como los granos de arena que traía el viento. El hombre se tapó las orejas con las manos y tiró de las sucias mantas para ocultar su cabeza.

Su familia, el sheriff y puede que unas veinte personas más de la ciudad-aparcamiento se presentaron a la noche siguiente.

La chica había sido encontrada esa tarde en el sendero que llevaba a su choza. Estaba muerta, y la habían golpeado salvajemente antes de violarla. El hombre se quedó inmóvil en el umbral de la choza contemplando aquellos rostros iluminados por las llamas de las antorchas. Sus ojos se encontraron con los del joven que deseaba a la chica, y le bastó con mirarle para comprender lo que había ocurrido.

No podía hacer nada. La culpabilidad que brillaba en un par de ojos no era nada comparada con el fuego de la venganza que bailoteaba en los de los demás, así que cerró la puerta de un manotazo, corrió hasta el otro extremo de la choza y derribó los frágiles tablones de madera para alejarse hacia las dunas y la oscuridad.

Aquella noche tuvo que luchar con cinco de ellos y faltó poco para que matara a dos, pero al final encontró al joven y a uno de sus amigos buscándole sin demasiado entusiasmo cerca del sendero.

Dejó inconsciente al amigo y sus manos se cerraron sobre la garganta del joven. Cada uno de ellos llevaba un cuchillo. El hombre se los quedó, llevó al joven hasta la choza con la hoja de un cuchillo rozando su garganta.

Prendió fuego a la choza.

Cuando la luz hubo atraído a una docena de hombres subió a la duna más alta de las que rodeaban la hondonada manteniendo inmovilizado al joven con una mano.

Los hombres de la ciudad-aparcamiento alzaron la cabeza hacia el extranjero iluminado por las llamas. El hombre dejó que el joven se derrumbara sobre la arena y arrojó los dos cuchillos haciendo que se clavaran junto a sus pies.

El chico cogió los cuchillos y se lanzó sobre él.

El hombre se movió, permitió que el joven pasara junto a él y le desarmó. Cogió los dos cuchillos y los arrojó delante del joven con la empuñadura hacia abajo. El joven volvió a atacarle blandiendo un cuchillo en cada mano y, una vez más, el hombre permitió que pasara junto a él –el movimiento fue tan rápido que apenas resultó visible– y le quitó los cuchillos de entre los dedos. Le puso la zancadilla y arrojó los cuchillos antes de que hubiera conseguido levantarse de la arena. Los cuchillos se hundieron en la arena a un centímetro de su cabeza, uno a la derecha y el otro a la izquierda. El joven gritó, cogió los dos cuchillos y se los arrojó.

El hombre movió la cabeza de manera imperceptible y los cuchillos pasaron silbando junto a sus orejas. Los hombres que les observaban a la parpadeante claridad de las antorchas movieron la cabeza para seguir la trayectoria que debían trazar hasta perderse en las dunas que había detrás de ellos, pero cuando volvieron la mirada hacia él con expresiones de perplejidad y sorpresa vieron que el forastero tenía un cuchillo en cada mano, y comprendieron que los había pillado al vuelo. El hombre volvió a arrojarlos delante del joven.

El joven los cogió y lanzó un alarido gutural. Sus manos ensangrentadas se movieron torpemente para agarrarlos por las empuñaduras y volvió a lanzarse sobre el forastero, quien le derribó, le arrancó los cuchillos de las manos y sostuvo uno de los codos del joven sobre su rodilla con el brazo tenso durante un segundo interminable como si se dispusiera a rompérselo..., y acabó soltándolo. El hombre volvió a coger los cuchillos y los depositó en las palmas del joven.

Oyó los sollozos ahogados por la negrura de la arena y sintió el peso de las miradas que les observaban.

Se preparó para echar a correr y miró a su espalda.

El ave marina saltó y movió frenéticamente sus alas mutiladas golpeando el aire y la arena con ellas hasta que consiguió llegar a lo alto de la duna. Inclino la cabeza y contempló al forastero con un ojo encendido por los reflejos de las llamas.

Los hombres de la hondonada parecían haber quedado paralizados por el bailotear de las llamas.

El ave marina fue hacia el joven que seguía sollozando sobre la arena y dejó escapar un graznido ensordecedor. Movi6 las alas, volvió a graznar y su pico buscó los ojos del joven.

El joven intentó quitársela de encima, pero el ave dio un gran salto, graznó y movió las alas, y las plumas salieron disparadas por los aires y cuando el joven le rompió un ala el ave se desplomó sobre la arena con la cola apuntando hacia su rostro y le lanzó un chorro de excrementos casi líquidos.

El rostro del chico entró en contacto con la arena y los sollozos hicieron temblar su cuerpo.

El forastero contempló los rostros de los hombres inmóviles en la hondonada

mientras su choza se iba derrumbando y los remolinos de chispas anaranjadas se alzaban hacia el silencio del cielo nocturno.

El sheriff y el padre de la chica acabaron subiendo a la duna y se llevaron al joven, y una luna después la familia de la chica se marchó de la ciudad-aparcamiento y dos lunas después el cuerpo envuelto en cuerdas del joven fue arrojado a un agujero recién excavado en el promontorio rocoso más cercano y sepultado debajo de un montón de piedras.

Los habitantes de la ciudad-aparcamiento no volvieron a dirigirle la palabra, aunque un comerciante seguía aceptando los objetos que recogía de la playa. Los ruidosos vehículos de colores chillones dejaron de recorrer el sendero arenoso para venir a verle, y le sorprendió descubrir que les echaba de menos. Montó una pequeña tienda junto a los restos ennegrecidos de la choza.

La mujer dejó de visitarle, y no volvió a verla nunca. Se consoló pensando que conseguía tan poco dinero a cambio de sus hallazgos que no podría haberle pagado el que se acostara con él y seguir comiendo.

Y descubrió que lo peor de todo era el no tener a nadie con quien hablar.

Vio a la silueta sentada en la playa unas cinco lunas después de haber prendido fuego a su choza. Se quedó inmóvil durante unos momentos sin saber qué hacer y acabó yendo hacia ella.

Se detuvo cuando estaba a unos veinte metros de la mujer e inspeccionó concienzudamente un trozo de red caído sobre la señal de la marea. El trozo de red aún conservaba los flotadores y los primeros rayos del sol matinal los hacían brillar como si fuesen un manojo de soles atrapados en la tierra.

Miró a la mujer. Estaba sentada con las piernas cruzadas delante del cuerpo y los brazos apoyados en el regazo con los ojos fijos en el mar. Vestía un traje sencillo y sin adornos. El cielo y la tela eran del mismo color.

Fue hacia ella y dejó caer su nueva bolsa de lona a su lado. La mujer no se movió.

Se sentó junto a ella, adoptó la misma postura y, como ella, clavó los ojos en el mar.

Esperó hasta que las olas hubieran chocado contra la arena rompiéndose y alejándose hacia el mar, y tosió para aclararse la garganta antes de hablar.

–Ha habido algunos momentos en los que tenía la sensación de que me estaban observando –dijo.

Sma tardó un poco en responder. Las aves marinas giraban en el aire llamándose unas a otras en un lenguaje que el hombre seguía sin comprender.

–Oh, es una sensación muy común –dijo por fin.

El hombre deslizó una mano sobre la arena alisando la ondulación dejada por una ola.

–No soy un objeto de tu propiedad, Diziet.

–No –dijo Sma volviéndose hacia él–. Tienes razón. No eres un objeto, y no somos tus dueños. Lo único que podemos hacer es preguntarte...

–¿Qué?

–Si estás dispuesto a volver. Tenemos un trabajo para ti.

–¿De qué se trata?

–Oh... –Sma alisó la tela que cubría sus rodillas–. Queremos que nos ayudes a convencer a una pandilla de aristócratas de que deben olvidar el pasado y entrar en el próximo milenio. Tendrías que trabajar desde dentro.

–¿Por qué?

–Es importante.

–¿Hay algo que no lo sea?

–Y esta vez podemos pagarte lo que te mereces.

–La última vez fuisteis más que generosos. Montones de dinero y un cuerpo nuevo... ¿Qué más puede pedir un hombre? –Movi6 la mano señalando primero la bolsa de lona que había dejado caer junto a ella y luego los harapos manchados por la sal que vestía–. No te dejes engañar por esto. No he perdido mi paga. Soy rico..., de hecho, aqu6 se me consideraría riqu6simo. –Contempl6 las olas que venían hacia ellos y las vio convertirse en espuma y volver a alejarse–. Quería disfrutar de la vida sencilla durante una temporada.

Dejó escapar algo que parecía una risa ahogada y se dio cuenta de que era la primera risa que salía de sus labios en todo el tiempo que llevaba allí.

–Lo sé –dijo Sma–. Pero esto es distinto. Te repito que esta vez podemos pagarte lo que te mereces.

El hombre la mir6.

–Basta. Deja de hacerte la enigmática. ¿De qué estás hablando?

La mujer volvi6 la cabeza hacia él y clav6 los ojos en su rostro. El hombre tuvo que hacer un considerable esfuerzo de voluntad para no desviar la mirada.

–Hemos encontrado a Livueta –dijo.

El hombre sigui6 mirándola a los ojos durante un tiempo, parpade6 y acab6 apartando la vista. Carraspe6, contempl6 las aguas iridiscentes que se extendían ante ellos y tuvo que limpiarse los ojos con una mano. Sma le observaba en silencio. El hombre se llev6 una mano al pecho sin darse cuenta de lo que hacía y se lo frot6 lentamente acariciándose la piel justo por encima del coraz6n.

–Ya... ¿Estáis seguros de haberla encontrado?

–S6, estamos seguros.

El hombre sigui6 contemplando las olas en silencio y de repente tuvo la sensaci6n de que ya no le traían cosas. Habían dejado de ser mensajeras de las tormentas lejanas que le ofrecían su bot6n, y se habían convertido en un sendero, un camino, otra

especie de oportunidad igualmente lejana que parecía hacerle señas.

«¿Es así de sencillo? –se preguntó–. Una palabra, un nombre surgido de los labios de Sma y digo que sí a todo arrojándome de nuevo en sus brazos... ¿Y todo a causa de ella?»

Esperó a que unas cuantas olas más se hubieran estrellado contra la arena. Las aves marinas seguían graznando sobre sus cabezas.

–De acuerdo –suspiró, y se pasó una mano por entre los enredados mechones de su cabellera–. Cuéntamelo todo.

Cuatro

—No podemos olvidar que la última vez en que pasamos por todo esto Zakalwe la cagó —insistió Skaffen-Amtiskaw—. Creo recordar que acabó congelándose el trasero en ese Palacio de Invierno, ¿verdad?

—Tienes razón —dijo Sma—, pero cagarla no es propio de él. De acuerdo, metió la pata..., y no sabemos por qué. Ha tenido tiempo más que suficiente para pensar en lo ocurrido, y puede que quiera una ocasión de demostrar que sigue siendo capaz de hacer este tipo de cosas. Puede que estuviera deseando que le encontráramos.

—Cielo santo —suspiró la unidad—. Sma la Cínica ha empezado a tomar sus deseos por realidades... Espero que no estés perdiendo las facultades tú también.

—Oh, cállate.

Sma volvió la cabeza hacia la pantalla del módulo y observó el planeta que se iba acercando a ellos.

Llevaban veintinueve días a bordo del *Xenófobo*.

La fiesta de disfraces concebida para romper el hielo había cumplido su función con un éxito aplastante. Sma despertó en el área de recreo. Estaba en una pequeña sala repleta de almohadones, se hallaba tan desnuda como el día en que nació y a su alrededor había una confusión de miembros y torsos igualmente desnudos. Moviéndose cautelosamente un brazo hasta sacarlo de debajo de las voluptuosas curvas de Jetart Hrine, se puso en pie con cierta dificultad y contempló los cuerpos que respiraban o roncaban apaciblemente a su alrededor fijándose sobre todo en los hombres, y caminó de puntillas por entre la tripulación dormida —avanzando con gran cautela y estando a punto de perder el equilibrio varias veces por culpa de los almohadones mientras sus músculos se quejaban y temblaban—, hasta llegar a la agradable solidez del suelo de madera rojiza. El resto de la zona ya volvía a estar limpio y ordenado. Apenas salió de la sala Sma vio un par de mesas que contenían pulcros montoncitos de prendas y pensó que la nave debía haberse encargado de clasificar las ropas de todo el mundo.

Sma se dio masaje en los genitales para aliviar un leve cosquilleo que la estaba molestando y torció el gesto. Se inclinó hacia adelante para echarles un vistazo y vio que la piel estaba de color rosa fuerte y daba la impresión de hallarse algo irritada. Toda la zona parecía un poco viscosa, y decidió que sería mejor darse un baño.

Se encontró con la unidad a la entrada del pasillo. El brillo rojizo que teñía sus campos debía ser, en parte, un mudo comentario al aspecto de Sma.

—¿Has dormido bien? —preguntó la unidad.

—No vuelvas a empezar con eso, ¿de acuerdo?

La unidad se puso junto a su hombro y la siguió hacia el ascensor.

–Parece que te has hecho muy amiga de la tripulación, ¿eh?

Sma asintió.

–A juzgar por lo molida que estoy creo que me he hecho amiga íntima de todos. ¿Dónde está la piscina de esta nave?

–Encima del hangar –dijo la máquina.

Sma y Skaffen-Amtiskaw entraron en el ascensor.

–¿Grabaste algo interesante anoche? –preguntó Sma apoyándose en la pared del ascensor mientras empezaban a bajar.

–¡Sma, te aseguro que nunca sería capaz de cometer semejante falta de educación! –exclamó la unidad.

–Hmmm...

Sma enarcó una ceja. El ascensor se detuvo y abrió la puerta.

–Aun así... ¡Qué recuerdos! –casi jadeó la unidad–. Tu voracidad y tu resistencia dicen mucho en favor de tu especie..., supongo.

Sma se zambulló en el estanque de remolinos, emergió unos momentos después y escupió un chorro de agua dirigido a Skaffen-Amtiskaw, quien lo esquivó y retrocedió hacia el ascensor.

–Bueno, te dejaré sola para que disfrutes del baño. A juzgar por lo que ocurrió anoche, cuando los instintos primitivos se apoderan de ti ni tan siquiera una inocente unidad ofensiva está a salvo.

Sma le lanzó una rociada de agua con la mano.

–Sal de aquí, orinal presumido.

–Y no creas que el decirme cosas bonitas te servirá de nada... –consiguió replicar la unidad antes de que la puerta del ascensor se cerrara delante de ella.

Sma no se habría sorprendido demasiado si la atmósfera de la nave hubiera estado algo tensa durante un par de días después de la fiesta, pero la tripulación no pareció dar ninguna importancia a lo ocurrido y Sma acabó llegando a la conclusión de que en el fondo todos eran buena gente. La moda de los resfriados no duró mucho, por suerte, y Sma fue creándose su propia rutina particular y se adaptó a ella. Pasaba la mayor parte del día estudiando todo lo referente a Voerenhutz e intentando adivinar en cuál de las civilizaciones interrelacionadas hacia las que se dirigían podía estar Zakalwe..., y pasándose bien con el tipo de actividades que había practicado al final de la fiesta, aunque desde luego no a la misma escala ni con el abandono casi frenético al que estaba claro había sucumbido durante su primera noche a bordo.

Llevaban diez días de viaje cuando la *Sólo es una prueba* le comunicó que Elegante había tenido gemelos y que tanto la madre como los cachorros se encontraban bien. Sma empezó a codificar un mensaje dando instrucciones al sustituto para que felicitara a la madre con un gran beso de su parte, pero comprendió

que la máquina dejada en su lugar ya lo habría hecho. Aquello la irritó, y acabó limitándose a enviar un acuse de recibo.

Se mantuvo al corriente de las últimas novedades producidas en Voerenhutz. Cada transmisión de Contacto era más sombría que la anterior. Los conflictos locales que se habían producido en una docena de planetas amenazaban con intensificarse hasta alcanzar la categoría de guerra a gran escala. Conseguir una respuesta directa cada vez resultaba más difícil, y Sma acabó medio convencida de que aun suponiendo que lograran encontrar a Zakalwe nada más llegar y pudieran convencerle de que les acompañara llevándole hasta allí sin bajar ni un segundo de la velocidad máxima permitida por el diseño del *Xenófobo*, las posibilidades de que llegara a Voerenhutz a tiempo de que su presencia alterara significativamente la situación eran del cincuenta por ciento en el mejor de los casos.

–Mierda galáctica... –exclamó la unidad un día.

Sma estaba en su camarote revisando informes cautelosamente optimistas sobre la conferencia de paz que estaría desarrollándose en su lejano hogar (debía admitir que cuando pensaba en la vieja central energética usaba esa palabra, y estaba empezando a echarlo de menos).

–¿Qué pasa?

Se volvió hacia la máquina.

La unidad giró sobre sí misma y la enfocó con su banda sensora.

–Acaban de alterar el curso del ¿Cuáles son las aplicaciones civiles?

Sma esperó en silencio.

–Es un VGS de la clase Continente –dijo la unidad–. Subclase Veloz, uno de los limitados.

–Hace un momento dijiste que era un Vehículo General y ahora dices que es un Vehículo Limitado. Decídette.

–Oh, perdona. Quería decir que es una serie limitada..., se trata de un modelo más rápido que la luz. Cuando se pone en marcha y acelera al máximo puede ser aún más veloz que esta bestezuela en la que viajamos –dijo la unidad, yendo hacia ella con los campos iluminados por una extraña mezcla de púrpura y verde oliva que Sma creía recordar indicaba «Respeto atemorizado». De una cosa sí estaba segura, y era que jamás se la había visto utilizar antes–. Va hacia Crastalier –añadió Skaffen-Amtiskaw.

–¿Crees que es por nosotros? ¿Por Zakalwe? –preguntó Sma frunciendo el ceño.

–Nadie quiere abrir la boca, pero es justamente lo que pienso. Todo un Vehículo General de Sistemas sólo para nosotros... ¡Uf!

–Uf –dijo Sma poniendo mala cara.

Pulsó una tecla y la pantalla le mostró una imagen con lo que había delante del *Xenófobo*, que seguía moviéndose velozmente a través de los sistemas estelares con

rumbo a Crastalier. La falsa representación de la pantalla mostraba a las estrellas que tenían delante como puntitos blanco-azulados, y con un cierto grado de aumento se podía ver toda la estructura del Grupo Abierto.

Sma meneó la cabeza y volvió a concentrar su atención en los informes sobre la conferencia de paz.

–Zakalwe, maldito gilipollas... –murmuró–. Será mejor que aparezcas lo más pronto posible.

Cinco días después y cuando aún se encontraban a cinco días de su destino, la Unidad General de Contacto *Cierto, la gravedad es ínfima* les envió un mensaje desde las profundidades del Grupo Abierto anunciándoles que había logrado encontrar la pista de Zakalwe.

El globo blanco y azul ya ocupaba toda la pantalla. El módulo inclinó su morro y se preparó para sumergirse en la atmósfera.

–Estoy empezando a tener la sensación de que esto va a ser una debacle absoluta –dijo la unidad.

–Sí –dijo Sma–, pero no estás al mando de la operación.

–Hablo en serio –dijo la máquina–. Zakalwe ha logrado burlar la vigilancia a que le teníamos sometido. No quiere que le encontremos, no se dejará convencer y aun suponiendo que se produzca un milagro y logremos persuadirle de que debe ayudarnos no podrá convencer a Beychae. Ese tipo ha decidido meterse en un callejón sin salida, y está acabado.

Y la mente de Sma se dejó invadir por los recuerdos. Volvía a estar en aquella playa que terminaba en el horizonte, y el hombre estaba sentado en silencio junto a ella contemplando como las olas llegadas del océano subían y bajaban por la húmeda extensión de arena.

Sma tuvo que hacer un esfuerzo para volver a la realidad.

–Sigue siendo lo bastante bueno para convertir en chatarra a un proyectil cuchillo –dijo mirando a la máquina.

Volvió la cabeza hacia la pantalla y observó el océano cubierto de calina y nubes que se iba desplegando debajo del módulo. Estaban acercándose al punto donde empezaba la capa de nubes.

–Entonces estaba trabajando para él mismo. Con nosotros será otro Palacio de Invierno..., lo presiento.

Sma meneó la cabeza, aparentemente hipnotizada por el paisaje de nubes y la curva del océano.

–No sé qué ocurrió allí. Quedó atrapado en ese asedio y se negó a hacer nada para escapar. Le advertimos, y al final se lo explicamos con toda claridad, pero él no quería..., no podía hacer nada. No entiendo qué le sucedió, de veras. Fue como si

hubiera dejado de ser el Zakalwe de siempre.

–Bueno, recuerda que perdió la cabeza en Fohls. Puede que perdiera algo más que la cabeza... Quizá lo perdió todo allí. Quizá no logramos rescatarle a tiempo...

–Logramos rescatarle a tiempo –dijo Sma.

Las palabras de la unidad hicieron que Fohls también volviera a su mente. Estaban atravesando una gruesa capa de nubes y la pantalla sólo mostraba una masa grisácea. Sma no se tomó la molestia de ajustar la longitud de onda, y se dedicó a contemplar la luminosa falta de rasgos distintivos del interior de la capa de cúmulos por la que se estaban moviendo.

–Aun así fue una experiencia traumática –dijo la unidad.

–Desde luego, pero...

Sma se encogió de hombros. La pantalla volvió a mostrar el océano y las nubes, y el módulo aumentó levemente el ángulo de su descenso hacia las olas mientras incrementaba la aceleración. El mar pareció salir disparado a su encuentro. Sma desactivó la pantalla y le lanzó una mirada algo avergonzada a Skaffen-Amtiskaw.

–Nunca me ha gustado ver los descensos –confesó. La unidad no dijo nada. El silencio se adueñó del interior del módulo durante unos momentos–. ¿Aún no hemos llegado? –preguntó Sma por fin.

–Estamos haciendo nuestra pequeña imitación de un submarino –dijo la unidad en un tono de voz algo seco–. Llegaremos a tierra dentro de quince minutos.

Sma volvió a activar la pantalla, ajustó los mandos para que mostraran una imagen sónica y contempló el fondo del mar que desfilaba rápidamente por debajo de ellos. El módulo no paraba de maniobrar, girando, hundiéndose y alterando la velocidad para esquivar a las criaturas marinas mientras seguía la pendiente cada vez más pronunciada de la meseta continental que terminaría llevándoles a tierra firme. La imagen de la pantalla resultaba un poco desconcertante. Sma volvió a desactivarla y miró a la unidad.

–Estará bien y vendrá con nosotros. Seguimos sabiendo dónde está esa mujer, ¿no?

–¿Livueta la Despectiva? –replicó la unidad con voz burlona–. Creo recordar que la última vez no le trató demasiado bien. Si tu seguro servidor no hubiese estado allí para salvarle Zakalwe habría acabado con la cabeza hecha trocitos... ¿Qué razón puede tener Zakalwe para querer verla de nuevo?

–No lo sé. –Sma frunció el ceño–. Se niega a hablar del asunto, y Contacto aún no ha tenido tiempo de llevar a cabo una investigación completa sobre el que creemos es su planeta de origen. Tengo la impresión de que todo eso está relacionado con algo de su pasado..., algo que hizo antes de que oyéramos hablar de él. No lo sé... Creo que la ama, o que la amó, y sigue creyendo que la ama..., o quizá sólo quiera...

–¿Qué? ¿Qué es lo que quiere? Venga, dímelo.

–¿Que le perdone?

–Sma, basta con pensar en todas las cosas que Zakalwe ha hecho desde que le conocemos para comprender que si hubiera que empezar a perdonárselas haría falta inventar una divinidad exclusiva para él.

Sma volvió la vista hacia la pantalla desactivada y meneó la cabeza.

–La vida no funciona así, Skaffen-Amtiskaw –dijo en voz baja.

«Ni así ni de ninguna otra forma...», pensó la unidad, pero no dijo nada.

El módulo emergió en un muelle desierto situado en el centro de la ciudad, se quedó inmóvil durante unos momentos flotando entre las algas y la basura y alteró la textura de sus campos externos haciéndola un poco más rugosa para que los desperdicios aceitosos que bailoteaban sobre las olitas no pudieran adherirse a ella.

Sma vio cerrarse la escotilla superior y bajó de la unidad para pisar la maltrecha superficie de cemento del muelle. El noventa por cien de la masa del módulo estaba sumergida, y parecía un bote de quilla plana que hubiera decidido convertirse en tortuga. Sma intentó alisar los pliegues de los pantalones más bien vulgares que, por desgracia, estaban haciendo furor en aquel lugar y momento, y contempló los almacenes vacíos y medio en ruinas que parecían rodear el muelle desierto. El gruñido ahogado de la ciudad podía oírse al otro lado del círculo de edificios, y Sma descubrió que aquellos sonidos le resultaban curiosamente reconfortantes.

–Oye, ¿qué habías dicho de no buscar en las ciudades? –preguntó Skaffen-Amtiskaw.

–No seas maleducado –replicó Sma. Dio una palmada y se frotó las manos. Bajó la vista hacia la unidad y sonrió–. Bien, viejo amigo... Ha llegado el momento de que empieces a comportarte como si fueras una maleta vieja. Ah, y no te olvides del asa.

–Espero que comprendas que todo esto me resulta tan humillante como te imaginas que debe resultarme –dijo Skaffen-Amtiskaw con tranquila dignidad.

La unidad proyectó el solidograma de un asa y giró sobre sí misma hasta quedar apoyada en el suelo. Sma cogió el asa e intentó levantarla.

–Una maleta vacía, idiota –gruñó.

–Oh, disculpa, ha sido un descuido –murmuró Skaffen-Amtiskaw, y se apresuró a disminuir su peso.

Sma abrió la cartera llena de dinero que había sido sacado de un banco del centro de la ciudad pocas horas antes por el efector del *Xenófobo*, siempre dispuesto a ayudar, y pagó al taxista. Se quedó inmóvil durante unos momentos viendo pasar la atronadora hilera de transportes de tropas que iba avenida abajo y acabó tomando asiento en un banco de piedra situado junto a una tira de árboles y césped para

contemplar la ancha acera, la avenida que se extendía más allá de ella y el impresionante edificio de piedra que había al otro lado. Colocó a la unidad junto a ella. El tráfico desfilaba rugiendo a toda velocidad; los transeúntes iban y venían por la acera moviéndose con la premura de quienes llegan tarde a sus destinos.

«Bueno –pensó–, por lo menos parece que tienen casi todas las características del tipo Promedio...» Nunca le había gustado tener que soportar alteraciones físicas para pasar desapercibida entre los nativos. La civilización del planeta en que se encontraba ya era capaz de viajar por el sistema, y los nativos estaban bastante acostumbrados a ver aspectos físicos distintos al suyo, e incluso algún que otro alienígena. Su estatura era superior a la media, naturalmente, pero Sma había aprendido a pasar por alto las ocasionales miradas de curiosidad.

–¿Sigue ahí dentro? –preguntó en voz baja alzando la mirada hacia los centinelas armados que montaban guardia delante del Ministerio de Asuntos Extranjeros.

–Está hablando de montar una especie de negocio o fundación con uno de los jefazos –murmuró la unidad–. ¿Quieres oír lo que dicen?

–Hmmm... No.

Disponían de un sensor en la sala de conferencias, una máquina diminuta con la apariencia de una mosca que se paseaba por las paredes y el techo.

–¡Uf! –exclamó la unidad–. ¡Ese tipo es increíble!

Sma no pudo contenerse y miró a la unidad.

–¿Qué ha dicho? –preguntó frunciendo el ceño.

–¡No me refiero a Zakalwe! –jadeó la unidad–. La *Cierto, la gravedad es ínfima* acaba de averiguar lo que nuestro maníaco ha estado haciendo aquí.

La UGC seguía en órbita actuando como apoyo invisible del *Xenófobo*. Los procedimientos y el equipo de Contacto les habían proporcionado casi toda la información de que disponían y seguían recopilando datos a cada momento que pasaba, y su sensor en forma de mosca estaba grabando todo lo que ocurría en la sala de conferencias. Aparte de eso, la UGC continuaba investigando en los ordenadores y bancos de datos de todo el planeta.

–¿Y bien? –preguntó Sma.

Otro transporte de tropas pasó rugiendo por la avenida.

–Ese tipo ha perdido la cabeza. ¡ Sufre una auténtica locura provocada por el poder! –murmuró la unidad como si hablara consigo misma–. Olvídate de Voerenhutz. Tenemos que sacarle de aquí aunque sólo sea por estos pobres nativos...

Sma se inclinó y asestó un codazo a la maleta-unidad.

–Maldita sea, ¿de qué estás hablando?

–De acuerdo, ahí va. Zakalwe es todo un jodido magnate, ¿entendido? Nivel megapoderoso con intereses y conexiones por todas partes gracias a lo que trajo consigo después de haber liquidado al proyectil cuchillo..., lo que le pagamos la

última vez más intereses y beneficios de sus inversiones. Y ¿cuál es el núcleo del imperio comercial que ha levantado aquí? Pues nada menos que la tecnología genética.

Sma pensó en lo que acababa de oír durante unos momentos.

–Oh, oh –dijo por fin.

Apoyó la espalda en el banco y cruzó los brazos delante del cuerpo.

–No sé lo que te estarás imaginando, pero te aseguro que es mucho peor. Sma... Este planeta cuenta con cinco autócratas de edad bastante avanzada que compiten entre ellos para conseguir la hegemonía. Bien, pues la salud de los cinco está mejorando por momentos... De hecho, están rejuveneciendo, y eso no debería ser posible hasta dentro de veinte o treinta años.

Sma no dijo nada. Estaba empezando a sentir una especie de extraño vacío en el estómago.

–La corporación de Zakalwe está recibiendo montañas de dinero de cada autócrata –se apresuró a seguir diciendo la unidad–. También recibía dinero de un sexto carcamal, pero murió hace veintiún días..., asesinado. El sexto carcamal era el Etnarca Kerian, y controlaba la otra mitad de este continente. Su asesinato es lo que ha provocado toda esta actividad militar. Ah, con excepción del Etnarca Kerian todos esos autócratas tan repentinamente rejuvenecidos están dando señales de un comportamiento benévolo que no es nada natural en ellos, y ese ablandamiento empezó justo después de producirse esa sospechosa mejora de salud.

Sma cerró los ojos y tardó unos momentos en volver a abrirlos.

–¿Y está funcionando? –preguntó.

Tenía la boca seca.

–¡Ni soñarlo! Los cinco autócratas siempre han corrido peligro de ser eliminados por un golpe de estado..., montado por sus propios militares, como regla general. Peor aún, el asesinato de Kerian ha encendido la mecha de una bomba que no tardará en estallar. ¡Este lugar pronto alcanzará el nivel supercrítico! Ah, y puedo asegurarte que lo que asoma por el horizonte eventual no va a ser agradable... Estos chiflados disponen de bombas termonucleares. ¡Zakalwe está loco! –chilló la unidad de repente. Sma siseó para indicarle que no hablara tan alto, aunque sabía que la unidad debía estar protegiendo su conversación con un campo sónico para que sólo ella pudiera oír sus palabras–. Debe de haber descifrado el código genético utilizando sus propias células –siguió diciendo la unidad–. Ha logrado duplicar el tratamiento antivejez que le administramos..., ¡y lo está vendiendo! Vende el tratamiento a cambio de dinero y favores, y está intentando conseguir que esos dictadores monomaniacos se comporten como si fueran personas decentes. ¡Sma! ¡Está intentando crear su sección de Contacto particular! ¡Y te aseguro que la está cagando al cien por cien!

Sma le atizó un puñetazo.

–Cálmate, maldita sea...

–Sma –dijo la unidad en un tono de voz casi lánguido–, no he perdido la calma, pero estoy intentando hacerte comprender la enormidad de la cagada a nivel planetario que Zakalwe ha logrado montar aquí. La *Cierto, la gravedad es ínfima* ha tenido que enfriar sus circuitos, y mientras hablamos las Mentes de Contacto están despejando sus mesas de trabajo intelectuales en una esfera cada vez más grande que tiene como centro este planeta e intentan decidir qué infiernos pueden hacer para poner algo de orden en este horrendo embrollo. El VGS ya había puesto rumbo hacia aquí, pero si no lo hubiera hecho le habrían ordenado que viniera a toda velocidad. El surtidor de mierda que va a saltar por los aires tendrá el tamaño de un cinturón de asteroides, y todo gracias a los ridículos planes filantrópicos de Zakalwe, y Contacto tendrá que poner manos a la obra para el planeta no acabe sumergido en mierda. –La unidad guardó silencio durante unos momentos–. Eh..., acabo de recibir una transmisión... –Parecía bastante aliviada–. Dispones de un día para convencer a Zakalwe de que debe venir con nosotros, y si no lo consigues nos lo llevaremos por la fuerza. Desplazamiento de emergencia, ¿comprendes? Han anulado todas las restricciones.

Sma tragó aire muy despacio.

–Y aparte de eso..., ¿va todo bien?

–Sma, creo que no es momento de bromear –dijo la unidad en un tono de voz muy serio–. ¡Mierda! –exclamó un segundo después.

–¿Qué ocurre ahora?

–La reunión ha terminado, pero Zakalwe el Loco no va a coger su coche... Se dirige hacia el ascensor que da acceso al sistema de tubos subterráneos. Destino..., base naval. Hay un submarino esperándole.

Sma se puso en pie.

–Un submarino, ¿en? –Se alisó la tela de los pantalones–. Volvemos al muelle, ¿de acuerdo?

–De acuerdo.

Cogió a la unidad y empezó a caminar buscando un taxi.

–Acabo de hablar con la *Cierto, la gravedad es ínfima* y le he pedido que envíe un radiograma falso –dijo Skaffen-Amtiskaw–. El taxi debería estar aquí de un momento a otro.

–Y luego dicen que nunca hay uno cerca cuando lo necesitas...

–Estás empezando a preocuparme, Sma. Creo que te tomas este lío con demasiada calma.

–Oh, no te preocupes. Ya me dejaré invadir por el pánico cuando tenga tiempo. –Sma tragó una bocanada de aire y la exhaló lentamente–. Oye, ¿puede ser ese taxi?

–Creo que sí.

–¿Cómo se dice «A los muelles?»

La unidad se lo explicó y Sma pronunció la frase lo mejor posible. El taxi se puso en marcha y se fue abriendo paso entre el tráfico. Cada vez había más vehículos militares.

Seis horas después aún estaban siguiendo al submarino que zumbaba, gorgoteaba y vibraba abriéndose paso por entre las capas del océano en dirección al mar ecuatorial.

–Sesenta kilómetros por hora –gimió la unidad hecha una furia–. ¡ Sesenta kilómetros por hora!

–Para ellos eso es ir bastante deprisa. ¿Por qué no intentas ser algo más comprensivo con una pobre máquina que no ha tenido tanta suerte en la vida como tú?

Sma estaba observando la pantalla. El submarino les llevaba un kilómetro de delantera y seguía avanzando por el océano. La llanura abisal quedaba varios kilómetros por debajo de ellos.

–Sma, esa máquina no es pariente mía –dijo la unidad con voz cansina–. No es más que un submarino, ¿comprendes? La inteligencia más sofisticada que lleva dentro es la del capitán humano. Fin de la exposición y doy por ganado el caso.

–¿Sigues sin tener alguna idea de hacia adonde vamos?

–No. El capitán tiene órdenes de llevar a Zakalwe a donde quiera ir, y Zakalwe no ha vuelto a abrir la boca después de indicarle que siguiera este rumbo. Su destino puede ser cualquiera entre un montón de islas y atolones, y aparte de eso hay miles de kilómetros de costa en otro continente, aunque a esta velocidad ridícula tardaríamos varios días en llegar.

–Investiga las islas y esa costa de la que hablabas. Tiene que haber una razón para que haya seguido este rumbo.

–¡Ya están siendo investigadas! –replicó secamente la unidad.

Sma la miró. Los campos de Skaffen-Amtiskaw se encendieron con un delicado matiz púrpuro que indicaba contricción.

–Sma, este... hombre... la cagó irremisiblemente en su última misión. Ese último trabajo nos costó cinco o seis millones, y todo porque se negó a abandonar el Palacio de Invierno para hacer lo que se esperaba de él. Podría mostrarte escenas de terror que te llenarían la cabellera de canas, y ahora está muy cerca de provocar una catástrofe planetaria. Después de lo que le ocurrió en Fohls ha intentado convertirse en un filántropo aficionado..., y no hace más que cometer errores. Si logramos convencerle de que vaya a Voerenhutz..., bueno, me preocupa la clase de caos que pueda engendrar allí. Ese hombre significa malas noticias para todos. Olvídate de

Beychae. Liquidar a Zakalwe sería hacerle un gran favor al universo.

Sma clavó los ojos en el centro de la banda sensora de la unidad.

–Uno –dijo–, no hables de las vidas humanas como si fueran un factor colateral que apenas tiene importancia. –Tragó aire–. Dos... ¿Recuerdas la matanza en el patio de aquella posada? –preguntó con voz tranquila–. ¿Te acuerdas de los tipos que atravesaron paredes y de lo que ocurrió cuando diste rienda suelta a tus proyectiles cuchillos?

–Uno, lamento haber ofendido tus sensibilidades de mamífero. Dos... Sma, ¿cuándo dejarás de recordarme lo que ocurrió allí?

–¿Recuerdas lo que te dije que sería de ti si intentabas volver a hacer algo semejante?

–Sma –dijo la unidad con voz cansada–, si estás intentando sugerir que se me puede ocurrir la idea de matar a Zakalwe y si hablas en serio... Bueno, la única réplica que puedo darte es que estás diciendo tonterías.

–Limítate a recordar lo que te dije entonces, ¿de acuerdo? –Sma volvió la cabeza hacia la pantalla y el paisaje submarino que desfilaba lentamente por ella–. Tenemos órdenes.

–Estamos de acuerdo sobre el curso de acción a seguir, Sma. Pero... No nos han dado órdenes, ¿recuerdas?

Sma asintió.

–Creo que hemos llegado a un consenso sobre el rumbo de acción que debemos seguir, ¿no? Entramos en contacto con Zakalwe y le llevamos a Voerenhutz. Si dejas de estar de acuerdo conmigo durante alguna etapa del plan siempre puedes largarte. Me asignarán otra unidad ofensiva y seguiré adelante.

Skaffen-Amtiskaw guardó silencio durante unos momentos.

–Sma –replicó por fin–, de todas las cosas que me has dicho desde que te conozco creo que ésa es la más ofensiva y la que más me ha herido, y te aseguro que me has dicho muchas cosas desagradables, pero... Voy a pasar por alto ese comentario porque los dos estamos sometidos a una tensión considerable. Dejaré que mis acciones hablen por sí mismas. Haremos lo que has dicho. Nos pondremos en contacto con el señor Jode-planetas y le llevaremos a Voerenhutz, pero, si este viaje se prolonga mucho más todo el asunto quedará fuera de nuestras manos o de nuestros campos, lo que prefieras, y Zakalwe despertará a bordo del *Xenófobo* o de la UGC preguntándose qué le ha ocurrido. Lo único que podemos hacer es esperar y ver qué curso toman los acontecimientos.

La unidad hizo una pequeña pausa.

–Vaya, parece que esas islitas ecuatoriales quizá sean nuestro destino –dijo–. Más de la mitad pertenecen a Zakalwe.

Sma asintió en silencio mientras observaba al submarino que seguía avanzando

por el océano. Dejó que el silencio se prolongara durante un rato, se rascó la parte inferior del abdomen y acabó volviéndose hacia la unidad.

–Oye, respecto a esa..., hmmm..., especie de orgía durante la primera noche a bordo del *Xenófobo*, ¿seguro que no tienes nada grabado?

–Ni un milisegundo.

Sma se volvió hacia la pantalla y frunció el ceño.

–Ya... Lástima.

El submarino estuvo nueve horas debajo del agua y acabó emergiendo cerca de un atolón para soltar una lancha neumática que se dirigió hacia la orilla. Sma y la unidad observaron a la silueta que bajó de ella y caminó sobre la playa de arena dorada por los rayos del sol dirigiéndose hacia un complejo de edificios de poca altura. El complejo era un hotel elegantísimo reservado a la clase dirigente del país en el que había estado antes de subir al submarino.

–¿Qué está haciendo? –preguntó Sma.

El hombre que había desembarcado en la playa llevaba unos diez o doce minutos en tierra firme.

El submarino había vuelto a desaparecer apenas recuperó su lancha neumática para poner rumbo hacia el puerto del que había zarpado.

–Se está despidiendo de una chica –dijo la unidad, y acompañó sus palabras con un suspiro.

–¿Nada más?

–Parece ser lo que le ha traído hasta aquí.

–¡Mierda! ¿Y no podría haber venido en avión?

–Hmmm... No, no hay pista de aterrizaje, pero aparte de eso el atolón se encuentra en una zona desmilitarizada bastante bien protegida. No se permiten vuelos inesperados de ninguna clase, y el próximo vuelo autorizado no saldrá hasta dentro de un par de días. El submarino era la forma más rápida de...

La unidad no llegó a completar la frase.

–¿Skaffen-Amtiskaw? –preguntó Sma.

–Bueno... –murmuró la unidad–. La chica acaba de hacer añicos un montón de adornos y un par de muebles muy valiosos, ha salido corriendo y se ha arrojado encima de la cama llorando..., pero aparte de eso no pasa nada. Zakalwe sigue sentado en el centro de la sala de estar con un combinado en la mano y... Voy a repetirte exactamente lo que ha dicho: «De acuerdo, Sma, si eres tú ven y habla conmigo».

Sma volvió la cabeza hacia la pantalla. La imagen mostraba el atolón, con la masa verde de la isla central que parecía a punto de ser aplastada entre los vibrantes tonos verdes y azules del océano y el cielo.

- ¿Sabes una cosa? –murmuró Sma–. Creo que me encantaría matar a Zakalwe...
- Eso nos traería problemas. ¿Superficie?
- Superficie. Vamos a hablar con ese gilipollas.

X

Luz. Un poco de luz, no mucha. Una atmósfera cargada y maloliente, y dolor por todas partes. Quería gritar y retorcerse, pero no lograba tragar el aire suficiente para mover ni la más pequeña parte de su cuerpo. La sombra oscura agazapada en su interior empezó a destruir todos sus pensamientos, y no tardó en perder el conocimiento.

Luz. Un poco de luz, no mucha. Sabía que el dolor también estaba allí, pero ahora no le parecía tan importante. Su opinión sobre el dolor había sufrido un cambio considerable. El dolor podía ser controlado con mucha facilidad. Bastaba con alterar tus procesos mentales y pensar en él como si fuera otra cosa. Se preguntó de dónde había surgido esa idea, y creyó recordar que le habían enseñado un procedimiento para conseguir esos efectos.

Todo era una metáfora. Cada cosa era esa cosa y, al mismo tiempo, una metáfora. Por ejemplo, el dolor era un océano y él estaba flotando a la deriva sobre sus aguas. Su cuerpo era una ciudad, y su mente una ciudadela. Todas las comunicaciones entre una y otra parecían haber sido cortadas, pero aún conservaba el poder dentro de la ciudadela que era su mente. La parte de su consciencia que le estaba explicando pacientemente que el dolor no era doloroso y que cada cosa representaba a otra era como..., como..., descubrió que le resultaba muy difícil encontrar una comparación adecuada. Un espejo mágico, quizá.

La luz se desvaneció mientras seguía pensando en todo aquello y volvió a deslizarse en la oscuridad y la inconsciencia.

Luz. Un poco de luz (ya había estado aquí antes, ¿verdad?), no mucha. Parecía haber salido de la fortaleza que era su mente, y ahora se encontraba en un bote azotado por la tempestad. Las imágenes bailoteaban ante él.

La luz fue aumentando lentamente de intensidad hasta que se hizo casi dolorosa. El terror se adueñó de él, y al principio no entendió el porqué, pero se fue dando cuenta de que la metáfora del bote frágil que no paraba de crujir se había convertido en realidad. El bote se bamboleaba sobre un hirviente océano negro apresado entre los dientes de una galerna que no paraba de aullar, aunque ahora había luz y parecía venir de algún lugar situado sobre su cabeza, pero cada vez que intentaba ver su mano o el bote en el que se encontraba descubría que seguía siendo incapaz de ver nada. Los chorros de luz caían sobre sus ojos, pero parecía como si pudiesen revelar

nada de cuanto le rodeaba. La idea le aterrorizó. El bote desapareció en las entrañas de una ola y volvió a quedar sumergido en el océano del dolor que ardía en cada poro de su cuerpo. Alguien fue lo bastante bondadoso para accionar un interruptor perdido en alguna parte y permitir que se fuera deslizando poco a poco hacia el seno de la oscuridad, el silencio y... la ausencia de dolor.

Luz. Un poco de luz. Sí, lo recordaba. La luz le mostró un bote que bailoteaba sobre las olas en un inmenso océano oscuro. Muy lejos, tanto que por ahora resultaba inalcanzable, había una gran ciudadela que se alzaba sobre una islita. Y también había sonidos. Sonidos... Eso era nuevo. Había estado aquí antes, pero sin sonidos. Aguzó el oído al máximo, pero no logró comprender las palabras. Aun así, acabó convenciéndose de que quizá estaba oyendo una voz y de que la voz le hacía preguntas.

Alguien le estaba haciendo preguntas... ¿Quién? Esperó una réplica del exterior o de las mismas profundidades de su ser, pero la réplica no llegó de ninguna parte. Se sintió perdido y abandonado, y lo más terrible de aquella sensación era el convencimiento de que la causa de aquel abandono no estaba en otra persona, sino en él mismo.

Tomó la decisión de entretenerse haciéndose unas cuantas preguntas. ¿Qué era esa ciudadela? La ciudadela era su mente. Se suponía que la ciudadela mandaba sobre una ciudad, que era su cuerpo, pero al parecer había perdido el control de la ciudad, y ahora sólo quedaba el castillo, la fortaleza en la que podía refugiarse... El bote y el océano..., ¿qué eran? El océano era el dolor. Ahora estaba en el bote, pero antes había estado flotando en el océano, sumergido hasta el cuello en el agua con las olas rompiendo sobre su cabeza. El bote era... algo que le habían enseñado, una técnica que le estaba protegiendo del dolor. No le permitía olvidar que estaba allí, pero mantenía sus peores efectos lejos de él para que no le debilitasen y le dejaba en libertad de pensar.

«Ya he averiguado algo –pensó–. Y ahora..., ¿qué es la luz?»

Tendría que dejar esa pregunta para más tarde. ¿Qué son esos sonidos? No, ahora no.

Se hizo otra pregunta. ¿Dónde está ocurriendo todo esto?

Examinó sus ropas empapadas, pero no encontró nada en ninguno de los bolsillos. Buscó la etiquetita que pensaba debía estar cosida en el cuello de su camisa, pero parecía haber sido arrancada. Registró el bote, pero no encontró ninguna respuesta, por lo que intentó imaginarse a sí mismo en la fortaleza lejana que se alzaba sobre las olas, y se imaginó entrando en un gigantesco almacén repleto de cacharros, tonterías y recuerdos enterrados en lo más profundo del castillo..., pero descubrió que todo estaba confuso y que los detalles se le escapaban. Sus ojos se cerraron y lloró de pura

frustración mientras el bote temblaba y bailaba debajo de él.

Cuando volvió a abrir los ojos vio que tenía en la mano un trocito de papel sobre el que había escrita la palabra FOHLS. La sorpresa fue tan grande que el papelito se escurrió entre sus dedos. El viento se apoderó de él y se lo llevó hacia el cielo oscuro que parecía flotar sobre las olas negras. Pero la palabra había quedado grabada en su mente. Fohls... Era la respuesta. Un planeta llamado Fohls.

Sintió un alivio muy grande, y hasta un poquito de orgullo. Había descubierto algo.

¿Qué estaba haciendo aquí?

Un funeral. Le pareció que recordaba algo sobre un funeral pero, naturalmente, no podía ser el suyo..., ¿o sí?

¿Estaba muerto? Pensó en aquella pregunta durante un buen rato. Suponía que era posible. Quizá existía otra vida y... Bueno, suponiendo que existiera una vida después de la muerte eso explicaba bastante bien su situación actual. El océano de dolor podía ser un castigo divino. ¿Y la luz? ¿Sería una divinidad? Alargó el brazo por encima de la borda y metió la mano en el dolor. El dolor invadió su cuerpo y se apresuró a retirar la mano. Si la luz era una divinidad no cabía duda de que era bastante cruel. «¿Y todo lo que hice por la Cultura? –quiso preguntar–. ¿Es que esas buenas obras no sirven para compensar parte de las cosas malas que hice? Aunque también cabe la posibilidad de que esos bastardos tan seguros de sí mismos hubieran estado equivocados...» Dios, le encantaría poder volver y decírselo. ¡ Ah, casi podía imaginarse la expresión en el rostro de Sma!

Pero no creía estar muerto. No había sido su funeral. Podía recordar la torre de tejado plano que se alzaba en los acantilados dominando el mar, y recordaba haber ayudado a llevar el cuerpo de un viejo guerrero hasta esa torre. Sí, alguien había muerto y la ceremonia tenía como fin disponer de su cuerpo.

Sintió un tirón extraño en lo más profundo de su ser.

Se agarró a los maderos medio podridos del bote y alzó la cabeza hacia el océano que se hinchaba y rugía a su alrededor.

Había un navío. De vez en cuando podía ver un navío que se encontraba muy lejos de allí. Apenas si era más que un puntito, y casi todas las olas se interponían entre él y el navío, pero no le cabía duda de lo que era.

Fue como si un agujero se acabara de abrir en algún lugar de su cuerpo, y sintió que sus entrañas se precipitaban por él.

Creía haberlo reconocido.

El bote se partió en dos y cayó al agua que había debajo. Se debatió durante unos momentos moviéndose frenéticamente en las profundidades y salió del agua. Volvía a haber aire, y vio el océano que se extendía debajo de él y una manchita minúscula que se movía sobre la superficie, y se dio cuenta de que estaba cayendo hacia ella.

Era otro bote. Chocó con él, lo atravesó y siguió moviéndose primero a través del agua y luego del aire, y dejó atrás las dos mitades de un bote destrozado, y luego llegó otra capa de agua y otra capa de aire...

«Eh –pensó una parte de su mente mientras seguía cayendo–, esto se parece mucho a la descripción de la Realidad hecha por Sma.»

... atravesó más olas y hendió el agua emergiendo al aire, dirigiéndose hacia una nueva serie de olas...

Aquello no iba a detenerse. Recordó que la Realidad descrita por Sma se hallaba en un continuo proceso de expansión. Podías caer a través de ella durante toda la eternidad, durante un tiempo realmente eterno, no sólo hasta el fin del universo, sino literalmente para siempre...

«No puedo seguir así», pensó. Tendría que enfrentarse con el navío.

Aterrizó sobre los maderos de un bote.

El navío estaba mucho más cerca. Era realmente enorme, una mole oscura erizada de cañones, y venía en línea recta hacia él. La proa creaba una inmensa V de espuma blanca.

Mierda... No conseguiría moverse lo bastante deprisa para esquivarlo. Las crueles curvas de la proa venían a toda velocidad hacia él. Cerró los ojos.

Hace mucho, mucho tiempo existió un..., un navío. Un navío muy grande que había sido creado para destruir las cosas. Otros navíos, gente, ciudades... Era muy grande, y había sido diseñado para matar gente y para proteger las vidas de quienes viajaban dentro de él.

Intentó no recordar cuál era el nombre de aquel navío gigantesco. Lo que hizo fue imaginárselo en el centro de una ciudad, y se sintió bastante confuso, y no logró entender cómo había podido ir a parar allí. Una razón inexplicable hizo que el navío de combate empezara a parecerle un castillo, y aquello tenía sentido y, al mismo tiempo, no lo tenía. Estaba empezando a tener mucho miedo. El nombre de aquel navío era como una inmensa criatura marina que se estrellaba contra el frágil casco de su bote, como un ariete que embestía las murallas de la fortaleza. Intentó expulsarlo de su mente. Sabía que sólo era un nombre, pero no quería oírlo porque siempre que lo oía le entraban ganas de vomitar.

Se tapó los oídos con las manos, y el truco funcionó durante unos momentos. Pero el navío de combate atrapado en su lecho de piedra del centro de la ciudad disparó sus inmensos cañones y los agujeros negros escupieron cegadoras llamaradas blancoamarillentas, y supo lo que iba a ocurrir e intentó gritar para no oír aquel estrépito, pero cuando llegó hasta él comprendió que los cañones acababan de pronunciar el nombre del navío, y el nombre hizo pedazos su bote, destruyó el castillo y vibró dentro de sus huesos y por los espacios de su cráneo y resonó eternamente en el interior de ellos como si fuese la carcajada de un dios enloquecido.

La luz desapareció, y volvió a hundirse en la oscuridad alejándose de aquel horrible sonido acusador mientras lanzaba un suspiro de alivio.

Luz. «Staberinde –dijo una voz muy tranquila desde algún lugar de su cuerpo–. Staberinde. No es más que una palabra...»

Staberinde. El navío de combate. Le dio la espalda a la luz y volvió a internarse en la oscuridad.

Luz. Y también había sonidos. Una voz. ¿En qué había estado pensando antes? (Recordaba algo referente a un nombre, pero prefirió ignorar ese recuerdo.) Funeral. Dolor. Y el navío de combate. El navío estaba allí. O quizá había estado allí. Por lo que sabía sobre él era posible que siguiera existiendo..., pero también había algo sobre un funeral. «El funeral es la razón de que estés aquí. Eso es lo que te confundió antes. Creíste que habías muerto, pero estabas vivo...» Aún le quedaban algunos recuerdos borrosos sobre botes, océanos, castillos y ciudades, pero ya no podía verlos.

El contacto llegó desde algún punto del espacio que le rodeaba. No era dolor, sino un contacto. El contacto y el dolor eran dos cosas distintas...

Otra vez. Era como el roce de una mano; una mano que le acariciaba el rostro causándole más dolor, pero aun así seguía siendo un roce, no dolor puro, y estaba claro que se trataba de una mano. Le dolía la cara. Debía de tener un aspecto terrible.

«¿Dónde estoy?» La colisión. Funerales. Fohls.

La colisión. «Oh, sí, claro. Me llamo...»

El esfuerzo que exigía recordarlo era demasiado grande.

«Entonces..., ¿a qué me dedico?»

Eso es más sencillo. Eres un agente a sueldo de la civilización humanoide más avanzada., bueno, quizá no lo sea, pero no cabe duda de que es la civilización humanoide más enérgica y decidida que existe en toda la... ¿Realidad? (No.) ¿Universo? (No.) ¿Galaxia? Sí, galaxia..., y te habían enviado allí para que les representaras en un..., un..., un funeral, y subiste a nada menos que un estúpido aeroplano para que te llevara al lugar donde te recogerían y te sacarían de aquel sitio, cuando de repente ocurrió algo a bordo y todo..., y había visto llamas y..., y esa vieja jungla acercándose a toda velocidad..., y luego la nada y el dolor, y no había nada que no fuese el dolor. Después había flotado a la deriva en el dolor entrando y saliendo de él.

La mano volvió a acariciar su rostro, y esta vez también había algo que ver. Pensó que parecía una nube, o la luna vista a través de una nube, como la presencia de un círculo invisible cuyo resplandor puede ser percibido a través de la masa blanca.

«Puede que las dos cosas estén relacionadas –pensó–. Sí; aquí viene de nuevo y..., sí, están relacionadas. Tacto, sensación; la mano vuelve a deslizarse sobre mi rostro. Garganta... Tragar, agua o algún otro líquido. Te están dando algo de beber. Por la forma en que baja parece que estás..., sí, estás erguido, no acostado de espaldas. Las manos, tus manos son... una sensación abierta..., desnudez..., te sientes muy abierto, muy vulnerable. Estoy desnudo...»

Pensar en su cuerpo hizo que volviera a sentir dolor. Decidió que sería mejor olvidarse del cuerpo. Intentó pensar en otras cosas.

«¿Por qué no vuelves a probar con el accidente? Volvías del funeral y entonces el desierto..., no, eran montañas. ¿O era una jungla?» No podía recordarlo. «¿Dónde estamos? Jungla, no..., desierto, no... Entonces, ¿dónde estamos?» No lo sabía.

«Dormía», pensó de repente. Era de noche y estaba durmiendo en su asiento del avión, y apenas tuvo el tiempo justo para despertar en la oscuridad y ver las llamas y empezar a comprender lo que había ocurrido antes de que la luz estallara dentro de su cabeza. Y después de eso, el dolor... Pero no había visto ninguna clase de terreno flotando/subiendo velozmente hacía él para recibirle, porque todo estaba muy oscuro.

Cuando volvió a recuperar el conocimiento todo había cambiado. Se sentía muy vulnerable y expuesto. Abrió los ojos e intentó recordar lo que era ver y fue distinguiendo manchones de luz polvorienta que flotaban en una penumbra amarronada, y vio cacharros y recipientes de fango junto a una pared de tierra o de barro, y una chimenea en el centro de la habitación, y lanzas apoyadas en una pared, y otras clases de armas blancas. Tensó el cuello para erguir la cabeza y pudo ver otra cosa. Vio el tosco marco de madera al que estaba atado.

El marco de madera tenía la forma de un cuadrado y había dos diagonales que creaban una X dentro de ese cuadrado. Estaba desnudo y las correas le inmovilizaban las manos y los pies uniendo una extremidad a cada arista del cuadrado. El marco de madera estaba apoyado en la pared formando un ángulo de unos cuarenta y cinco grados. Una gruesa correa de cuero unía su cintura al centro de la X, y todo su cuerpo estaba cubierto de sangre y pintura.

Relajó los músculos del cuello.

–Oh, mierda –se oyó graznar.

Todo aquello tenía muy mal aspecto.

¿Dónde infiernos estaba la Cultura? Tendrían que estar rompiéndose el culo para rescatarle. Era su obligación, ¿no? Él hacía los trabajos sucios que le encargaban y la Cultura cuidaba de él. Ése era el trato. ¿Dónde diablos estaban ahora que les necesitaba?

El dolor volvió a atacarle desde casi todas las direcciones, pero a esas alturas ya se había convertido en una especie de viejo amigo. Estirar el cuello de esa forma le

había dolido. Le dolía la cabeza (lo más probable era que estuviese conmocionado); tenía la nariz fracturada, las costillas rotas o en bastante mal estado, un brazo y las dos piernas rotas... Y aparte de eso también había muchas posibilidades de que hubiera sufrido heridas internas, porque el dolor no sólo venía de fuera –de hecho los dolores internos eran mucho más intensos que los otros–, y tenía la sensación de haberse convertido en un recipiente hinchado lleno de sustancias putrefactas.

«Mierda –pensó–. Puede que me esté muriendo...»

Movió la cabeza, torció el gesto (el dolor llegó en un chorro de sensaciones casi palpables, como si el movimiento hubiera agrietado un cascarón protector que le recubría la piel) y contempló las cuerdas que le unían al marco de madera. Se dijo que ese tipo de tracción no era la forma más adecuada de tratar a un paciente que había sufrido fracturas múltiples y se rió, pero la risa apenas duró una fracción de segundo porque la primera contracción de los músculos de su estómago bastó para que sus costillas le enviaran una terrible punzada de dolor. Era como si tuviese los huesos al rojo vivo.

Podía oír sonidos. Algún que otro grito lejano, y los chillidos de los niños, y una especie de ladridos.

Cerró los ojos, pero los sonidos no se hicieron más claros. Volvió a abrirlos. La pared era de barro y probablemente se encontraba por debajo del nivel del suelo, porque el espacio que le rodeaba estaba lleno de gruesas raíces con los extremos aserrados. La iluminación llegaba de dos pozos casi verticales, y los rayos de luz solar que caían sobre él estaban levemente inclinados, así que..., debía de estar cerca del ecuador y era más o menos mediodía. «Debajo del suelo», pensó, y sintió deseos de vomitar. Un gran descubrimiento, aunque no demasiado agradable... Se preguntó si el aeroplano estaría siguiendo el curso previsto cuando se produjo el accidente y a qué distancia del lugar donde se estrellaron se encontraría ahora. Bueno, preocuparse de eso ahora no serviría de nada, ¿verdad?

¿Qué más podía ver? Unos bancos bastante rudimentarios. Un almohadón arrugado... Parecía como si alguien lo hubiera usado para sentarse delante de él y observarle. Supuso que la persona que se había sentado en el almohadón debía de ser la propietaria de la mano que sintió deslizándose sobre su rostro..., suponiendo que el roce no hubiera sido una ilusión. El círculo de piedras colocado bajo uno de los agujeros del techo no contenía ninguna hoguera. Las lanzas estaban apoyadas en la pared, y había más armas dispersas por el recinto. No eran armas de combate. Debían de ser armas ceremoniales, o quizá las usaran como instrumentos de tortura. Sus fosas nasales captaron una vaharada de un olor repugnante. Comprendió que era el olor de la gangrena, y que debía de venir de su cuerpo.

Sintió que empezaba a balancearse al borde de la inconsciencia. No estaba muy seguro de si se adormilaba o de si iba a perder el conocimiento, pero le daba igual

porque una cosa sí estaba muy clara, y era que no se hallaba en condiciones de enfrentarse a una situación semejante..., y fue entonces cuando vio entrar a la chica. Llevaba un recipiente de barro en una mano, y lo dejó en el suelo antes de mirarle. Intentó hablar, pero no lo consiguió. Quizá el «Mierda» de hacía un rato sólo había existido en su imaginación. Contempló a la chica e intentó sonreír.

La chica se marchó.

Haber visto a la chica le había reanimado un poco. «Un hombre..., eso significaría malas noticias», pensó. Una chica significaba que la situación quizá no fuese tan mala como parecía a primera vista. Quizá...

La chica volvió a entrar con un cuenco en la mano. Le lavó y frotó su cuerpo hasta quitarle la sangre y la pintura que lo cubrían, lo cual le dolió un poco. Cuando le lavó los genitales no ocurrió nada, cosa que no le sorprendió mucho. Aun así, le habría gustado que esa parte de su cuerpo diera alguna señal de vida aunque sólo fuera para guardar las apariencias.

Intentó hablar, pero no lo consiguió. La chica le dejó sorber un poco de agua de otro cuenco y eso le permitió emitir una especie de graznido carente de significado. La chica volvió a dejarle solo.

Tardó un rato en regresar y cuando lo hizo venía acompañada por algunos hombres. Los hombres llevaban mucha ropa encima, y le pareció que su atuendo era muy extraño. Plumas, pieles, huesos, corazas hechas con placas de corteza unidas mediante tendones..., había un poco de todo. Sus cuerpos estaban pintados, y trajeron consigo recipientes y ramitas que utilizaron para volver a cubrirle el cuerpo de dibujos.

Cuando hubieron terminado de pintarle retrocedieron un par de pasos y se quedaron inmóviles observándole. Quiso decirles que el rojo nunca le había sentado bien, pero su boca se negó a producir ningún sonido. Sintió que volvía a sumergirse en la oscuridad.

Cuando recuperó el conocimiento descubrió que se estaba moviendo.

El marco al que estaba atado ya no se encontraba en la penumbra de aquel recinto subterráneo. Vio el cielo encima de él. Una luz cegadora invadió sus ojos, el polvo entró en su boca y su nariz y los gritos y los alaridos resonaron en su mente. Estaba temblando como una víctima de la fiebre, y el dolor le desgarraba los miembros fracturados. Intentó gritar y alzar la cabeza para ver algo más, pero sólo había ruido y polvo. Sus heridas internas parecían haber empeorado. La piel de su vientre estaba muy tensa.

El marco cambió bruscamente de posición y pudo ver la aldea debajo de él. Era bastante pequeña. Había unas cuantas tiendas, algunas chozas de barro y paja y varios agujeros en el suelo. Debía de estar en una zona semiárida. La vegetación –la del perímetro ocupado por la aldea había sido dominada a fuerza de pisotearla– se

esfumaba enseguida desapareciendo en una neblina amarillenta. El sol apenas si era visible, y se encontraba muy cerca del horizonte. No tenía ni idea de si estaba amaneciendo o si faltaba poco para el anochecer.

Lo único que podía ver con cierta claridad eran los cuerpos. Estaban delante de él. El marco se encontraba encima de un montículo y había sido unido a un par de postes, y los habitantes de la aldea estaban arrodillados debajo de él con la cabeza gacha. Había unos cuantos niños a los que el adulto más cercano obligaba a bajar la cabeza, unos cuantos ancianos que eran mantenidos en pie por los que les rodeaban y representantes de toda la gama de edades intermedias.

La chica fue hacia él flanqueada por dos hombres. Los hombres inclinaron la cabeza, se apresuraron a arrodillarse y volvieron a ponerse en pie mientras hacían un signo extraño con una mano. La chica no se movió. Tenía la mirada fija en un punto situado entre sus ojos y vestía un traje de color rojo. Intentó recordar qué llevaba puesto antes, pero no lo consiguió.

Uno de los hombres sostenía en sus manos un gran recipiente de barro. El otro blandía una espada muy larga de hoja curva y ancha.

—En... —graznó.

No consiguió emitir ningún otro sonido. El dolor estaba empeorando a cada momento que pasaba. La posición en que le habían colocado no le estaba haciendo ningún bien a las fracturas de sus miembros.

El cántico parecía girar dentro de su cabeza; el ángulo de los rayos solares iba cambiando lentamente y las tres personas que tenía delante se convirtieron en muchas siluetas temblorosas que se tambaleaban entre la desolación de calina y polvo que le rodeaba.

¿Dónde infiernos estaba la Cultura?

Un rugido insoportable invadió su cabeza y el resplandor difuso en cuyo centro estaba el sol empezó a palpar. La espada se movió a un lado trazando un arco resplandeciente; el recipiente de barro brillaba al otro lado. La chica fue hacia él, se le plantó delante y le agarró por los cabellos.

El rugido estaba adueñándose de sus oídos y no se daba cuenta de si gritaba o si guardaba silencio. El hombre de su derecha alzó la espada.

La chica siguió tirando de sus cabellos para tensarle el cuello. Sintió el rechinar de sus huesos rotos, y el grito que salió de sus labios fue tan potente que pudo oírlo por encima del rugido. Clavó los ojos en la túnica de la chica y el polvo sobre el que estaba inmóvil.

«¡Bastardos!», pensó, y ni tan siquiera entonces estuvo muy seguro de a quiénes se refería.

Logró gritar una sílaba.

—¡El...!

Y la hoja se hundió en su cuello.

El nombre murió en su boca. Todo había terminado, pero seguía y seguía.

No sintió ningún dolor. El rugido fue disminuyendo lentamente de intensidad. Estaba contemplando la aldea y las siluetas inclinadas ante el marco de madera. La imagen cambió. Aún podía sentir la tensión en las raíces de sus cabellos y cómo se transmitía a la piel de su cuello. Sintió que se movía.

La sangre del flácido cuerpo sin cabeza goteaba sobre el pecho.

«¡Ése era yo! –pensó–. ¡Era yo!»

Volvió a sentir el movimiento. El hombre de la espada estaba limpiando la hoja con un trapo. El hombre que sostenía el recipiente de barro intentó eludir la mirada ya algo vidriosa de sus ojos y acercó el recipiente a su cuerpo. Vio la tapa en su otra mano.

«Ah, con que era para eso...», pensó. Estaba tan aturdido que se sintió invadido por una extraña calma. El rugido pareció hacerse más fuerte y, al mismo tiempo, irse esfumando. Todo se estaba volviendo de color rojo. Se preguntó cuánto tiempo podía seguir aquello. ¿Cuántos minutos era capaz de sobrevivir un cerebro sin oxígeno?

«Ahora sí que tengo dos partes limpiamente separadas», pensó recordando las fantasías de antes, y cerró los ojos.

Y pensó en el corazón que había dejado de latir, y comprendió todo lo que se le había escapado hasta aquel momento, y sintió deseos de llorar pero ya no podía hacerlo. La había perdido. Otro nombre empezó a formarse en su mente. Dar...

El rugido desgarró los cielos. Sintió que los dedos de la chica dejaban de sujetar sus cabellos. La expresión de pavor que se fue extendiendo por el rostro del hombre que sostenía el recipiente de barro era tan exagerada que casi resultaba cómica. Las siluetas inclinadas ante él alzaron la cabeza. El rugido se convirtió en un alarido. El vendaval que surgió de la nada levantó torbellinos de polvo e hizo tambalearse a la chica que le había estado agarrando de los cabellos. Una masa oscura se movió velozmente por el cielo y su sombra cayó sobre la aldea.

«Demasiado tarde...», pensó, y su mente se fue sumiendo en la negrura.

Los ruidos duraron unos segundos más –quizá fuesen gritos–, y sintió el impacto de algo estrellándose contra él, y su cabeza rodó locamente por el suelo con el polvo entrando en sus ojos y sus fosas nasales a cada giro..., pero todo aquello estaba empezando a dejar de interesarle, y cuando la oscuridad se cerró a su alrededor casi sintió alivio. Puede que alguien volviera a cogerle después.

Pero fue como si aquello le ocurriera a otro.

Después de que llegara el ruido terrible y la gran roca negra se posara en el centro de la aldea –justo después de que la ofrenda del cielo hubiera sido separada de su cuerpo para que pudiera unirse al aire–, todo el mundo huyó corriendo por entre los

remolinos de niebla para alejarse de aquella luz que aullaba. La gimoteante población de la aldea se congregó alrededor del manantial.

La sombra oscura volvió a aparecer encima de la aldea cuando sus corazones sólo habían tenido tiempo de latir cincuenta veces y fue subiendo por entre las hilachas de neblina que se interponían entre el cielo y la tierra. Esta vez no hubo ningún rugido, y la sombra se alejó muy deprisa acompañada por un ruido semejante al del viento, moviéndose con tal celeridad que no tardó en esfumarse.

El chamán envió a su aprendiz para que le informara de cómo estaban las cosas, y el joven tembloroso desapareció entre la niebla. Volvió poco después y el chamán condujo a los aún aterrorizados habitantes de la aldea hasta sus moradas.

El cuerpo de la ofrenda celeste seguía colgando fláccidamente del marco de madera colocado sobre el montículo. Su cabeza había desaparecido.

El sacerdote y su aprendiz pasaron mucho tiempo cantando, moliendo entrañas o viendo siluetas entre la niebla, y después de tres trances acabaron decidiendo que lo ocurrido era un buen presagio y, al mismo tiempo, una advertencia. Sacrificaron un animal de carne propiedad de la familia de la chica que había dejado caer la cabeza de la ofrenda celeste al suelo y, a falta de ésta, colocaron la cabeza del animal dentro del recipiente de barro.

Cinco

–¡Dizita! Infiernos, ¿qué tal estás? –Alargó un brazo para cogerla de la mano y la ayudó a saltar desde el techo del módulo que acababa de emerger al muelle de madera. Después la rodeó con sus brazos—. ¡Me alegra mucho volver a verte!

Se rió. Sma descubrió que no tenía muchas ganas de devolverle el abrazo y se limitó a darle unas palmaditas en la cintura, pero él no pareció darse cuenta del poco entusiasmo que puso en el saludo.

La soltó y bajó la mirada con el tiempo justo de ver a la unidad saliendo del módulo.

–¡Y Skaffen-Amtiskaw! Vaya, vaya... ¿Siguen permitiendo que vayas por ahí sin vigilancia?

–Hola, Zakalwe –dijo la unidad.

Pasó un brazo alrededor de la cintura de Sma.

–Venid conmigo y almorzaremos.

–De acuerdo –dijo ella.

Fueron por el pequeño muelle de madera hasta un sendero de piedra que atravesaba la arena y que terminó llevándoles hasta la sombra de los árboles. Los árboles eran de color azul o púrpura, y tenían inmensas copas plumosas parecidas a nubes oscuras que contrastaban con el azul claro del cielo. Una brisa cálida que tan pronto se calmaba como aumentaba de intensidad tiraba de ellas haciéndolas ondular. La parte superior de los troncos era de un blanco plateado, y la corteza exudaba una delicada fragancia. Se encontraron con dos grupos de personas mientras iban por el sendero, y a cada encuentro la unidad flotó hacia arriba hasta ocultarse en la copa de un árbol.

El hombre y la mujer fueron siguiendo las avenidas bañadas por los rayos del sol que se extendían debajo de los árboles hasta llegar a un gran estanque cuyas aguas mostraban los temblorosos reflejos de una veintena de chozas blancas. Un pequeño hidroavión flotaba junto a un diminuto muelle de madera. Se dirigieron hacia el complejo de chozas y subieron el tramo de peldaños que llevaba hasta un balcón desde el que se dominaba el estanque y el angosto canal que iba desde allí hasta la laguna que se encontraba al otro extremo de la isla.

Los rayos de sol cambiaban continuamente de dirección al atravesar las ondulantes copas de los árboles. Las sombras se deslizaban sobre el suelo y parecían bailar encima de una mesita y de las dos hamacas que había en el porche.

Movió la mano indicando a Sma que se instalara en la primera hamaca. Se volvió hacia la sirvienta que acababa de salir al balcón y le pidió que trajera un almuerzo para dos personas. Skaffen-Amtiskaw descendió lentamente en cuanto la sirvienta se

hubo marchado y se posó sobre el murete del porche volviendo su banda sensora hacia el estanque. Sma se acomodó cautelosamente en la hamaca.

–Zakalwe, esta isla... ¿Es tuya?

–Hum... –Miró a su alrededor como si no supiera qué responder y acabó asintiendo con la cabeza–. Oh, sí, es mía.

Se quitó las sandalias y se derrumbó sobre la otra hamaca dejando que oscilara locamente de un lado a otro. Cogió una botella que había en el suelo y aprovechó cada balanceo de la hamaca para ir echando un poco de licor en los dos vasos que había sobre una mesita. Cuando hubo terminado de llenar los vasos puso un pie en el suelo y aumentó el balanceo para entregarle el suyo a Sma.

–Gracias –dijo ella.

La contempló en silencio durante unos momentos, tomó un sorbo de su vaso y cerró los ojos. Sma clavó la mirada en las manos que sostenían el vaso sobre su pecho y observó el letárgico ondular del líquido primero en una dirección y luego en otra. Alzó un poco la cabeza para observar el rostro del hombre y vio que no había cambiado. El cabello era un poco más oscuro de como lo recordaba, y lo llevaba peinado de tal forma que revelaba su despejada frente de piel morena y recogido con una coleta en la nuca. Parecía estar en tan buena forma física como siempre y, naturalmente, no había envejecido en lo más mínimo. La estabilización de su edad fue una parte del pago por su último trabajo.

Los párpados del hombre se fueron abriendo lentamente y sus ojos le devolvieron la mirada mientras sus labios se curvaban en una sonrisa perezosa. Sma pensó que sus ojos parecían haber envejecido, pero quizá fuera un truco de la luz.

–Bien... –dijo–. ¿A qué estás jugando, Zakalwe?

–¿Qué quieres decir, Dizita?

–Me han enviado a buscarte porque quieren que hagas otro trabajo. Ya debes de habértelo imaginado, por lo que dime ahora mismo si estoy perdiendo el tiempo o no. No me encuentro de muy buen humor, ¿comprendes? No me apetece discutir contigo intentando convencerte de que...

–¡Dizita! –exclamó él poniendo cara de sentirse muy ofendido. Sacó las piernas de la hamaca y puso los pies en el suelo–. No seas así, ¿quieres? –le suplicó, acompañando sus palabras con una sonrisa muy persuasiva–. Te aseguro que no estás perdiendo el tiempo. Ya he hecho el equipaje.

La expresión que había en su rostro moreno no podía ser más afable y sincera, y la intensidad de su sonrisa resultaba casi infantil. Sma le contempló con una mezcla de alivio e incredulidad.

–Entonces... ¿A qué venían todas esas carreras y fintas?

–¿De qué carreras y fintas estás hablando? –replicó él en un tono impregnado de inocencia mientras volvía a reclinarsse en su hamaca–. Tenía que venir aquí para

despedirme de una amiga íntima, y eso es todo. Estoy listo para partir. ¿Qué ocurre?

Sma le contempló con la boca abierta durante unos segundos, la cerró y acabó volviéndose hacia la unidad.

–¿Nos vamos ya?

–No es necesario –replicó Skaffen-Amtiskaw–. El curso que está siguiendo el VGS os da dos horas de margen. Cuando hayan transcurrido podéis subir al *Xenófobo*, y llegar al punto de cita con el VGS en treinta horas. –La unidad giró sobre sí misma para dirigir su banda sensora hacia el hombre–. Pero necesitamos estar seguros. Una teratonelada de VGS con veintiocho millones de personas a bordo se dirige hacia aquí a toda velocidad, y si tiene que esperar un tiempo habrá que avisarla para que vaya iniciando las operaciones de frenado, así que... Debemos saberlo con seguridad. ¿Estás realmente dispuesto a venir con nosotros? Y no cuando te apetezca, sino esta tarde...

–Unidad, acabo de decir que iré con vosotros. Iré, ¿entendido? –Se acercó un poco más a Sma–. Repito la pregunta de antes. ¿En qué consiste ese trabajo?

–Voerenhutz –dijo ella–. Tsoldrin Beychae.

La miró y sonrió enseñando una dentadura blanquísima.

–Vaya, así que el viejo Tsoldrin aún no se ha metido en su agujero, ¿eh? Bueno, me alegrará volver a verle...

–Tendrás que convencerle de que debe volver a ponerse el uniforme de trabajo.

Él movió una mano como si aquello fuera lo más sencillo del mundo.

–Oh, te aseguro que no habrá ningún problema –dijo tomando un sorbo de su vaso.

Sma le contempló en silencio mientras bebía y meneó la cabeza.

–¿No quieres saber por qué, Cheradenine? –preguntó.

Él alzó una mano disponiéndose a responder con ese gesto cuyo significado era el mismo que el de un encogimiento de hombros, pero cambió de opinión.

–Hummm... –suspiró–. Claro. ¿Por qué, Diziet?

–La población de Voerenhutz se está dividiendo en dos grupos enfrentados. El que lleva las de ganar quiere poner en marcha una política de terraformación bastante agresiva y...

–Eso de la terraformación... –Dejó escapar un eructo–. Es algo parecido a redecorar un planeta, ¿verdad?

Sma cerró los ojos durante un par de segundos.

–Sí. Es... algo parecido. Sea cual sea la palabra que utilices ser partidario de la terraformación demuestra una considerable falta de sensibilidad ecológica, por decirlo suavemente. Esas personas se hacen llamar los Humanistas y también quieren poner en vigor una escala variable de derechos cuyo efecto básico será el de darles una excusa legal para apoderarse de todos los mundos a los que les permita echar

mano su capacidad militar..., aunque estén habitados por seres inteligentes. En estos momentos ya hay una docena de guerras locales, y cualquiera de ellas puede convertirse en un conflicto a gran escala. Los Humanistas están haciendo cuanto pueden para que las guerras se extiendan porque parecen darles la razón, ¿comprendes? Su argumento es que el Grupo de Sistemas padece un grave exceso de población y que necesita encontrar nuevos planetas habitables.

–Aparte de eso los Humanistas se niegan a admitir que las máquinas puedan ser plenamente conscientes –dijo Skaffen-Amtiskaw–. Explotan a los ordenadores protoconscientes y afirman que sólo la experiencia subjetiva humana posee un valor intrínseco. En resumen, son una maldita pandilla de fascistas del carbono.

–Comprendo. –El hombre asintió y se puso muy serio–. Y vosotros queréis que el viejo Beychae se alíe con los Humanistas, ¿verdad?

–¡Cheradenine! –dijo Sma con voz irritada.

Los campos de Skaffen-Amtiskaw se habían convertido en una aureola de luz tan gélida que casi parecía sólida.

Su reacción pareció sorprender y herir a su interlocutor.

–¡Pero se llaman Humanistas!

–Zakalwe... Han escogido ese nombre como habrían podido escoger cualquier otro.

–Los nombres son importantes –dijo él, y parecía hablar muy en serio.

–Desde luego, pero que hayan escogido llamarse Humanistas no les convierte automáticamente en los buenos de la historia.

–De acuerdo. –Miró a Sma y sonrió–. Lo siento. –Inclinó la cabeza e hizo un visible esfuerzo por tomarse todo aquello más en serio–. Quieres que tire en la dirección opuesta, ¿no? Igual que la última vez...

–Sí –dijo Sma.

–Perfecto. No parece un trabajo muy difícil. ¿Habrás que jugar a los soldaditos?

–No.

–Acepto la misión –dijo él asintiendo con la cabeza.

–¿He oído un rechinar de dientes o era sólo mi imaginación? –murmuró Skaffen-Amtiskaw.

–Limítate a enviar la señal –dijo Sma.

–De acuerdo –dijo la unidad–. Señal enviada. –Manipuló sus campos hasta crear la impresión de que estaba mirando fijamente al hombre recostado en la hamaca–. Pero te advierto que será mejor que no cambies de parecer luego.

–Skaffen-Amtiskaw, lo único que podría disuadirme de viajar con la encantadora Sma hasta el planeta Voerenhutz es la idea de que eso pueda exigirme pasar un período de tiempo soportando tu compañía. –Se volvió hacia Sma y la observó con cierta preocupación–. Supongo que vendrás conmigo, ¿verdad?

Sma asintió. Tomó un sorbo de su vaso mientras la sirvienta empezaba a colocar varios platos sobre la mesa que había entre las hamacas.

–¿Así de sencillo, Zakalwe? –preguntó cuando la sirvienta hubo vuelto a entrar en la choza.

–¿Así de sencillo qué, Diziet?

La observó por encima de su vaso sin dejar de sonreír.

–Te marchas después de... ¿Cuánto tiempo? ¿Cinco años? Cinco años construyendo tu imperio, poniendo en práctica tus planes para conseguir que el mundo sea un lugar más seguro, utilizando nuestra tecnología e intentando utilizar nuestros métodos... Y ¿estás preparado para dar la espalda a esos planes durante todo el tiempo que pueda exigirte esta misión? Maldita sea... Accediste incluso antes de saber que debías ir a Voerenhutz, y por lo que sabías podría haberte pedido que viajaras hasta el otro extremo de la galaxia..., podría haberte pedido que fueras a las Nubes. Podrías haber estado accediendo a embarcarte en un viaje de cuatro años de duración.

–Me gustan los viajes largos –replicó él mientras se encogía de hombros.

Sma le observó en silencio durante unos momentos. Parecía estar tan lleno de vida, tan tranquilo y libre de preocupaciones... Sma sintió una vaga irritación.

El objeto de su observación volvió a encogerse de hombros y cogió algo de fruta de un platito.

–Y aparte de eso ya he hecho todos los arreglos precisos para que se ocupen de mis negocios hasta que vuelva.

–Si queda algo a lo que regresar –observó Skaffen-Amtiskaw.

–Oh, te aseguro que todo seguirá aquí –replicó él, y escupió una pepita que pasó volando sobre el murete del porche-. Si lo dices por esta gente... Bueno, les encanta hablar de la guerra, pero no son de los que se suicidan.

–Oh, entonces no hay ningún problema –dijo la unidad, y giró sobre sí misma.

El hombre se limitó a sonreír.

–¿No te apetece comer, Dizita? –preguntó señalando con la cabeza el plato que no había tocado.

–He perdido el apetito –dijo Sma.

El hombre saltó de la hamaca y se frotó las manos.

–Vamos a nadar un rato –dijo.

Le observó en silencio mientras intentaba atrapar peces en una laguna rodeada de rocas nadando de un lado a otro con sus pantalones como único atuendo. Sma se había quedado en ropa interior.

Vio como se inclinaba muy despacio con los ojos clavados en la superficie de la laguna. Su rostro se reflejaba en el agua. Parecía tan absorto en la captura de los peces que cuando habló dio la impresión de estar dirigiéndose a los peces y al agua.

–Sigues teniendo muy buen aspecto, ¿sabes? –dijo de repente–. Espero que te sientas halagada.

Sma siguió secándose con una toalla.

–Soy demasiado vieja para dejarme impresionar por los halagos, Zakalwe.

–Tonterías.

Se rió y el agua onduló debajo de su boca. Frunció el ceño y fue sumergiendo las manos con mucha lentitud.

Sma siguió observándole y vio la concentración que se adueñaba de sus rasgos mientras iba hundiendo las manos en el agua. El reflejo de sus brazos ondulaba lánguidamente.

El hombre volvió a sonreír y entrecerró los ojos. Tenía los brazos metidos en el agua casi hasta la altura del hombro. Se lamió los labios y sus manos se tensaron en un movimiento casi imperceptible.

Saltó hacia adelante y dejó escapar un grito de excitación. Curvó las manos sacándolas del agua y fue hacia las rocas junto a las que se había sentado Sma. Alargó los brazos hacia ella para que viera lo que tenía en las manos y su sonrisa se hizo un poco más ancha. Sma inclinó la cabeza y vio un pececillo de escamas iridiscentes, una criatura azul, verde, rojo y oro que parecía una mancha de luz atrapada removiéndose en el recipiente formado por las manos del hombre. Apoyó la espalda en una roca sin dejar de ofrecerle lo que tenía en las manos y Sma frunció el ceño.

–No le hagas nada y vuelve a dejarlo donde estaba, Cheradenine.

La tristeza se adueñó de sus rasgos. Sma se disponía a añadir algo en un tono de voz más amable, pero él se le adelantó. Volvió a sonreír y arrojó el pececito a las aguas de la laguna.

–Como si fuera capaz de hacer otra cosa...

Se sentó junto a ella.

Sma volvió la cabeza hacia el mar. La unidad estaba en la playa a unos diez metros detrás de ellos. Sma alisó cuidadosamente el vello casi invisible que cubría sus antebrazos hasta dejarlo lo más aplanado posible.

–Zakalwe, ¿por qué has hecho todas esas cosas?

–¿Cosas como administrar vuestro elixir de la juventud a nuestros gloriosos líderes? –Se encogió de hombros–. Me pareció que era una buena idea –confesó con voz jovial–. No lo sé. Pensé que quizá podría... Pensé que interferir en una sociedad quizá fuera mucho más fácil de como os gustaba presentarlo. Pensé que un hombre con un plan sólido que no estuviera interesado en el poder o en mejorar su posición podría... –Volvió a encogerse de hombros y la miró–. Puede que todo acabe saliendo bien. Nunca se sabe...

–Zakalwe, no va a funcionar. Lo único que has conseguido es empeorar la

situación y crear un nuevo embrollo del que deberemos ocuparnos.

–Ah –dijo él asintiendo con la cabeza–. Así que vais a intervenir... Pensé que quizá decidierais hacerlo.

–Es difícil de explicar, pero... Creo que estamos obligados a intervenir.

–Os deseo suerte.

–Suerte... –empezó a decir Sma, pero cambió de parecer y se calló.

Le contempló en silencio mientras se pasaba una mano por los mechones de su cabellera empapada.

–Diziet..., ¿voy a tener muchos problemas?

–¿Por esto?

–Sí..., y por lo del proyectil cuchillo. ¿Estás enterada de ese asunto?

–Sí, estoy enterada. –Sma meneó la cabeza–. Cheradenine, no creo que vayas a tener más problemas de los que estás acostumbrado a tener por el mero hecho de ser quien eres.

El hombre volvió a sonreír.

–Odio la..., la tolerancia de la Cultura.

–Bien... –dijo ella deslizando la blusa por encima de su cabeza–. ¿Cuáles son tus términos?

–Ya que he accedido supongo que puedo pedir una buena paga, ¿no? –Se rió–. Los mismos honorarios que la última vez..., dejando aparte el rejuvenecimiento, claro. Con un incremento del diez por ciento en el medio de intercambio negociable.

–¿Exactamente los mismos?

Sma le contempló con cierta tristeza. Su cabellera empapada se agitó como una cortina cuando meneó la cabeza.

El hombre asintió.

–Exactamente los mismos.

–Zakalwe, eres idiota.

–Sigo intentando cambiar.

–No servirá de nada.

–No puedes estar segura.

–Puedo hacer una conjetura razonable basada en los datos de que dispongo.

–Y yo puedo seguir teniendo esperanzas. Oye, Dizita, lo que haga es asunto mío y si quieres que te acompañe tendrás que acceder a mis condiciones, ¿de acuerdo?

–De acuerdo.

La observó con un leve brillo de suspicacia en los ojos.

–¿Seguís sabiendo dónde está?

Sma asintió.

–Sí, lo sabemos.

–Entonces... ¿trato hecho?

Sma se encogió de hombros y volvió la cabeza hacia el mar.

–Oh, sí, trato hecho. Pero sigo pensando que cometes un error. No creo que debas volver a verla. –Le miró a la cara–. Es un consejo.

El hombre se puso en pie y se quitó los granos de arena que se le habían pegado a las piernas.

–Lo recordaré.

Volvieron al complejo de chozas y la laguna situada en el centro de la isla. Sma se sentó sobre un murete y esperó a que acabara de despedirse de su amiga. Aguzó el oído pensando que no tardaría en escuchar gritos o el sonido de algo rompiéndose, pero sólo hubo silencio.

El viento tiraba de sus cabellos y le sorprendió descubrir que se sentía muy a gusto. El perfume de los árboles flotaba a su alrededor y sus sombras en continuo movimiento hacían que el suelo pareciera moverse al mismo ritmo que las ráfagas de la brisa. El aire, los árboles y la luz ondulaban y bailaban como las sombras y los resplandores que cubrían la superficie de la laguna. Sma cerró los ojos y los sonidos acudieron a ella como animales domésticos para acariciarle los oídos. Los murmullos de las copas plumosas hacían pensar en enamorados que bailaban su última danza, y los sonidos del océano giraban entre las rocas y se deslizaban sobre las arenas doradas. Sma intentó comprender el mensaje que le traían, pero no lo consiguió.

Quizá no tardaría mucho en volver a la casa que se alzaba bajo el muro blanco y gris de la presa.

«Qué idiota eres, Zakalwe –pensó–. Podría haberme quedado en casa; podrían haber enviado al sustituto... Maldita sea, probablemente habría bastado con que enviaran a la unidad y aun así habrías accedido igual...»

Le vio salir de la choza. Parecía alegre y descansado, y se había puesto una chaqueta. Una sirvienta distinta a la que les había traído el almuerzo le seguía con su equipaje.

–Ya nos podemos ir –dijo.

Fueron hacia el muelle con la unidad flotando por encima de sus cabezas.

–Ah, por cierto... –dijo Sma–. ¿Por qué has pedido un diez por ciento más que la última vez?

Él se encogió de hombros. Acababan de llegar al pequeño muelle de madera.

–La inflación.

Sma frunció el ceño.

–¿Qué es eso?

Segunda parte: Una misión

IX

Si pasas la noche durmiendo junto a una cabeza llena de imágenes se produce una especie de osmosis y acabas compartiendo alguna de sus imágenes, o eso pensaba él. Por aquel entonces pensaba mucho; quizá más de lo que lo había hecho en ningún otro momento de su vida, o quizá fuese que era más consciente del proceso y de la identidad básica que existe entre el pensamiento y el tiempo que transcurre. A veces tenía la sensación de que cada instante que pasaba junto a ella era una cápsula de sensaciones carentes de precio que debía ser envuelta con mucha ternura para guardarla cuidadosamente en un lugar inviolable alejado de cuanto pudiera hacerle daño.

Pero sólo llegó a ser plenamente consciente de eso más tarde, y por aquel entonces aún no lo sabía. Cuando se hallaba a su lado creía que sólo había una cosa de la que estuviera lleno, y esa cosa era su presencia.

Solía contemplar su rostro dormido bañado por los primeros rayos de sol que atravesaban los ventanales de aquella casa que no era la suya, y observaba su piel, sus cabellos y su boca entreabierta fascinado por aquella inmovilidad tan llena de vida, tan aturdido por el mero hecho físico de su existencia como si ella fuese una especie de estrella viviente que dormía sin tener ni idea del poder incandescente que encerraba. La facilidad con que conciliaba el sueño y la despreocupación con que se entregaba a él nunca dejaban de asombrarle. No podía creer que una belleza semejante fuera capaz de sobrevivir sin algún esfuerzo consciente de una intensidad casi sobrehumana.

Cada mañana pasaba un buen rato inmóvil en la cama observándola y escuchando los sonidos de la brisa y los crujidos casi imperceptibles con que la casa respondía a las ráfagas de viento. La casa le gustaba cada vez más. Le parecía cómoda, y... No, era algo más que mera comodidad. La casa y él parecían encajar de una forma misteriosa, aunque sabía que en circunstancias normales la habría odiado y no habría podido vivir en ella.

Pero su situación actual le permitía apreciar todo lo que tenía de bueno y verla como una especie de símbolo. Abierta y cerrada, débil y fuerte, exterior e interior... Cuando la vio por primera vez pensó que cualquier tormenta un poco fuerte bastaría para acabar con ella, pero al parecer aquellas casas rara vez se derrumbaban. Las tormentas no eran muy frecuentes y cuando llegaban la gente se refugiaba en el centro de la estructura y se acurrucaba alrededor del fuego dejando que las capas de distinto grosor que les servían de protección temblaran y oscilaran sobre sus postes erosionando gradualmente la fuerza del viento para proporcionarles un núcleo de calma en el que se estaba a salvo.

Aun así –y se lo había dicho cuando vio la casa por primera vez desde el camino desierto que llevaba al océano–, podía arder con mucha facilidad y su situación aislada en pleno centro de la nada podía atraer a los ladrones. (Ella le miró como si pensara que se había vuelto loco, pero acabó besándole.)

Esa vulnerabilidad le intrigaba y le preocupaba. Era un aspecto en el que la casa y ella se parecían mucho, y en el caso de ella influía tanto sobre su realidad de mujer como sobre su poesía. Sospechaba que era muy similar a sus imágenes favoritas, a los símbolos y metáforas que utilizaba en los poemas que tanto le gustaba oírle leer en voz alta pero que nunca lograba entender del todo (había demasiadas alusiones culturales, y también estaba ese lenguaje sorprendente que aún no había logrado dominar del todo. Seguía usando las palabras que no debía, y sus errores siempre la hacían reír). Su relación física le parecía más completa y, al mismo tiempo, más desafiantemente compleja que cualquiera de las relaciones similares que había conocido. La paradoja de que la encarnación más física del amor y el ataque personal fueran una y la misma cosa seguía molestándole, y había momentos en los que casi llegaba a producirle un auténtico malestar físico, como cuando luchaba por comprender las afirmaciones y promesas que podían hallarse implícitas en el seno de la alegría y el placer físico de que estaba disfrutando.

El sexo era una infracción, un ataque y una invasión, y no lograba verlo de otra forma. Por muy mágico e intensamente disfrutado o voluntariamente llevado a cabo que pudiera parecer, cada acto llevaba dentro de él un acorde oculto de codicia y rapacidad. La poseía, y aunque ella pudiera salir beneficiada en términos de placer provocado y en el amor cada vez más grande que él le profesaba, seguía siendo la que sufría aquel acto que se había desarrollado dentro de ella y con ella como objeto. Era consciente de lo absurdo que resultaría el llevar demasiado lejos la comparación entre el amor y la guerra; y había tenido que soportar la risa y bastantes momentos incómodos por haber intentado explicarla («Zakalwe –decía ella cuando intentaba hablarle de esos temas–, veo que tienes serios problemas personales...») Después sonreía, le contemplaba envuelta en la negra nube de su cabellera y deslizaba sus frescos y esbeltos dedos alrededor de su cuello), pero los sentimientos, los actos y la estructura de una y otra actividad le parecían tan próximas y tan evidentemente emparentadas que una reacción semejante sólo servía para aumentar todavía más la confusión que llevaba dentro.

Pero intentaba que eso no le molestara demasiado, y después de todo siempre le quedaba la posibilidad de mirarla y envolverse en la adoración que sentía hacia ella – una sensación que resultaba tan intensa y tangible como la de ponerse un abrigo cuando hacía frío–, y podía ver su vida y su cuerpo, sus estados de ánimo, expresiones, palabras y movimientos igual que si formaran un campo de una cohesión perfecta en el que podía sumergirse como si fuese un erudito que acaba de encontrar

el tema de estudio que le mantendrá ocupado durante el resto de su existencia.

(Una vocecita perdida en las profundidades de su cabeza solía decirle que eso se acercaba más a la verdad. «Sí, se supone que debe de ser así porque te permite olvidarte de todo lo demás. La culpabilidad, los secretos y las mentiras; el navío, la silla y el otro hombre... Ahora puedes olvidarte de todo eso, ¿verdad?» Pero él siempre intentaba no escuchar esa vocecita.)

Se conocieron en un bar del puerto. El acababa de entrar y pensó que sería mejor asegurarse de que sus licores eran tan buenos como le habían dicho. Ella estaba sentada en la oscuridad del reservado contiguo, e intentaba librarse de un hombre.

–Me estás diciendo que nada dura eternamente –oyó que protestaba el hombre con voz quejumbrosa.

«Bueno –pensó–, eso no es ninguna novedad...»

–No –oyó que replicaba ella–. Te estoy diciendo que salvo poquísimas excepciones nada dura eternamente, y no hay ninguna obra o pensamiento del hombre que se encuentre entre esas excepciones.

La mujer siguió hablando, pero él no la escuchó. «Eso está mucho mejor –pensó–. Me gusta... Parece interesante. Me pregunto qué aspecto tendrá...»

Sacó la cabeza del reservado y les echó un vistazo. El hombre estaba llorando, y la mujer... Bueno, tenía una cabellera muy abundante y un rostro de los que no se olvidan con facilidad, con unos rasgos tan marcados que casi resultaban agresivos. Su cuerpo no estaba nada mal, y era bastante joven.

–Lo siento –dijo–, pero... Sólo quería hacer una pequeña observación, y es que la frase «Nada dura eternamente» puede ser una afirmación..., bueno, por lo menos hay algunos idiomas en que lo es...

Apenas hubo pronunciado esas palabras le pasó por la cabeza que en su idioma no lo era. Aquella gente tenía varios términos para referirse a las distintas clases de nada. Sonrió, se refugió en la penumbra de su reservado sintiéndose repentinamente incómodo y lanzó una mirada de acusación a la copa de licor que tenía delante. Después se encogió de hombros y pulsó el timbre para llamar al camarero.

Oyó gritos en el reservado contiguo, el ruido de algo que caía al suelo y un chillido ahogado. Alzó la cabeza y vio al hombre yendo rápidamente hacia la puerta del bar y saliendo por ella. Parecía muy enfadado.

La chica se materializó junto a él. Estaba empapada.

Alzó los ojos hacia su rostro y vio que estaba mojado. La chica empezó a secárselo con un pañuelo.

–Gracias por su contribución –dijo con voz gélida–. Estaba logrando llevar el asunto a una conclusión más o menos tranquila y educada hasta que usted se entrometió.

–Lo lamento muchísimo –dijo él, pero no lo lamentaba en lo más mínimo.

La chica hizo una bola con el pañuelo y lo estrujó sobre su copa. El líquido goteó de la tela y se mezcló con el licor.

–Hmmm –dijo él–, qué detalle por su parte... –Movi6 la cabeza señalando las manchas oscuras esparcidas sobre su chaqueta gris–. ¿Son de su bebida o de la de 6l?

–De ambas –dijo ella.

Dobl6 cuidadosamente el pañuelo y se dispuso a darle la espalda.

–Le ruego que me permita invitarla a beber algo.

La chica vacil6, y el camarero escogi6 ese preciso instante para venir hacia su mesa. «Es un buen presagio», pens6 6l.

–Ah –dijo volviendo la cabeza hacia el camarero–. Tomar6 otro..., lo que sea que he estado bebiendo, y para esta se±ora...

Ella baj6 la vista hacia su copa.

–Tomar6 lo mismo –dijo, y se sent6 delante de 6l.

–Consid6relo como una..., una indemnizaci6n –dijo 6l buscando la palabra en el vocabulario que le hab6an implantado antes de su llegada.

La chica puso cara de perplejidad.

–«Indemnizaci6n»... Ya no me acordaba de esa palabra. Tiene algo que ver con la guerra o con hacer da±o a otra persona, ¿verdad?

–S6 –dijo 6l, y ahog6 un eructo llev6ndose una mano a los labios–. Es algo as6 como... ¿una compensaci6n por los da±os causados?

La chica mene6 la cabeza.

–Su vocabulario me parece maravillosamente enigm6tico, pero su gram6tica resulta de lo m6s extra±o.

–No soy de aqu6 –dijo 6l como sin darle importancia.

Era cierto. El resto de su vida hab6a transcurrido a una distancia m6nima de cien a±os luz de aquel lugar.

–Shias Engin –dijo ella asintiendo con la cabeza–. Escribo poemas.

–¿Se dedica a la poes6a? –pregunt6 6l, muy complacido–. La gente que escribe poes6a siempre me ha fascinado. Hace tiempo intent6 escribir poemas.

–S6 –dijo ella, y le lanz6 una mirada algo recelosa–. A veces sospecho que todo el mundo lo ha intentado. Y usted es...

–Cheradenine Zakalwe. Me gano la vida luchando en las guerras.

La chica sonri6.

–Hace trescientos a±os que no hay ninguna guerra... ¿A6n se acuerda del oficio?

–S6... Aburrido, ¿verdad?

La chica se reclin6 en el asiento y se quit6 la chaqueta.

–¿Viene de muy lejos, se±or Zakalwe?

–Oh, vaya... Lo ha adivinado. –Puso cara de abatimiento–. S6, soy un alien6gena.

Ah, gracias.

El camarero acababa de traerles lo que habían pedido. Cogió las copas y le pasó una a la joven.

–Tiene un aspecto extraño –dijo ella después de observarle en silencio durante unos momentos.

–«¿Extraño?» –dijo él en un tono de voz algo indignado.

La joven se encogió de hombros.

–Distinto. –Tomó un sorbo de su copa–. Pero no mucho... –Se inclinó hacia adelante y apoyó los codos sobre la mesa–. ¿Por qué es tan similar a nosotros? Sé que no todos los alienígenas son humanoides, pero hay muchos que sí lo son. ¿Por qué?

–Bueno –dijo él, y volvió a llevarse una mano a la boca–. Intentaré explicárselo... –Eructó–. Las nubes de polvo y la sustancia libre de la galaxia son..., son lo que la alimenta, y su alimento es considerablemente difícil de digerir. Ésa es la razón de que haya tantas especies humanoides. La última cena de las nebulosas no les sentó demasiado bien, y aún no han conseguido librarse del regusto que les dejó en la boca.

La chica sonrió.

–La verdad siempre resulta sencilla y fácil de entender, ¿no le parece?

La miró fijamente y meneó la cabeza.

–No, la verdad nunca resulta sencilla... Todo es muy complicado. Pero... –Alzó un dedo–. Creo que conozco la auténtica razón y voy a revelársela.

–¿Cuál es?

–El alcohol que hay en las nubes de polvo. Esa maldita sustancia está por todas partes... En cuanto una especie inteligente inventa el telescopio y el espectroscopio y empieza a examinar lo que hay entre las estrellas, ¿qué cree que encuentra? –Alzó la copa y golpeó la mesa con ella–. Montones de sustancias distintas, de acuerdo, pero... La sustancia que más abunda es el alcohol. –Tomó un sorbo de licor–. La galaxia creó a las especies humanoides para que la librasen de todo ese alcohol.

–Vaya... –dijo ella. Se puso muy seria y asintió con la cabeza–. Todo empieza a cobrar sentido. –Le observó con atención–. Bueno, ¿y por qué está aquí? Espero que no habrá venido a iniciar alguna guerra.

–No, estoy de permiso. He venido aquí porque quiero alejarme una temporada de las guerras, y por eso escogí este lugar.

–¿Cuánto tiempo piensa quedarse?

–Hasta que empiece a aburrirme.

La chica le sonrió.

–¿Y cuánto tiempo cree que tardará en ocurrir eso?

–Bueno... –Le devolvió la sonrisa–. No lo sé.

Dejó su copa sobre la mesa mientras la chica apuraba la suya. Alargó la mano hacia el timbre para llamar al camarero, pero la chica ya había puesto un dedo sobre

él.

–Ahora me toca a mí –dijo–. ¿Lo mismo?

–No –dijo él–. Creo que esta vez me apetece algo totalmente distinto.

Cuando intentó tabular su amor y hacer una lista con todo lo que le atraía de ella descubrió que tendía a empezar por los hechos más visibles –su belleza, su actitud ante la vida, su creatividad–, pero si pensaba en el día que acababa de transcurrir o si se limitaba a observarla se daba cuenta de que un pequeño gesto, una palabra, un paso o un movimiento de sus ojos o de su mano exigían la misma atención. Al final siempre acababa rindiéndose y se consolaba recordando unas palabras que ella había murmurado poco después de que se conocieran. Si entiendes algo del todo nunca podrás amarlo, eso era lo que había dicho... Siempre que hablaban del tema ella afirmaba que el amor era un proceso, no un estado. Si lo atrapabas y lo inmovilizabas acababa marchitándose. Él no estaba tan seguro, aunque parecía haber logrado encontrar una serenidad límpida e insondable oculta en lo más profundo de su ser cuya existencia nunca había imaginado..., y todo gracias a ella.

La realidad de su talento –no, de su genio– también jugaba un papel importante en todo aquello. Esa capacidad de ser más que el objeto de su amor y de ofrecer un aspecto totalmente distinto al mundo exterior hacía que su ya considerable incredulidad se volviera aún más grande. Era lo que él sabía que era aquí y ahora –completa, rica e inconmensurable–, y pese a ello, cuando los dos estuvieran muertos (y descubrió que ahora podía pensar de nuevo en su muerte sin sentir miedo), habría como mínimo un mundo y quizá muchas culturas que la conocerían en una faceta totalmente distinta. Para el futuro sería una poetisa, una creadora de conjuntos de significados que para él sólo eran palabras sobre una página o títulos de los que le hablaba algunas veces.

Le había dicho que un día escribiría un poema sobre él, pero que ese momento aún tardaría un poco en llegar. Pensó que quería oírle contar la historia de su vida, pero ya le había explicado que jamás podría hacerlo. No necesitaba confesarse ante ella. El acto de la confesión había dejado de ser necesario porque su mera presencia ya le había liberado del peso que soportaba, aunque no lograba entender cómo lo había conseguido. Ella insistía en que los recuerdos eran interpretaciones, no la verdad, y afirmaba que el pensamiento racional no era más que otro poder instintivo.

Podía sentir el lento proceso de polarización de su mente y cómo iba pareciéndose cada vez más a la suya. Todos sus prejuicios y todas las cosas que ocultaba iban moviéndose poco a poco, y acabarían alineándose en el campo magnético de la imagen que ella representaba para él.

Le había ayudado, y ni tan siquiera era consciente de ello. Había logrado acceder a algo tan enterrado que ya se había acostumbrado a considerarlo inaccesible para

siempre, y le había devuelto la salud y la integridad. Quizá fuera eso lo que más le confundía. El efecto que aquella persona estaba teniendo sobre unos recuerdos tan terribles que se había resignado hacía ya mucho tiempo a que fueran volviéndose más y más potentes con la edad le resultaba incomprensible, pero ella parecía capaz de irlos acorralando y eliminando, desintegrándolos en fragmentos manejables que arrojaba a la basura, y ni tan siquiera se daba cuenta de lo que estaba haciendo. No tenía ni idea de hasta dónde llegaba su influencia.

La abrazó.

–¿Cuántos años tienes? –le preguntó casi al final de la primera noche que pasaron juntos.

–Soy más viejo y más joven que tú.

–Eso no son más que paparruchas enigmáticas. Responde a mi pregunta.

Él torció el gesto en la oscuridad.

–Bueno... ¿Cuántos años vivís?

–No lo sé. Ochenta, puede que noventa...

Tuvo que recordar cuánto duraba el año en aquel planeta. Sí, no había mucha diferencia.

–Entonces tengo..., unos doscientos veinte años, ciento diez y treinta.

Ella dejó escapar un silbido y apoyó la cabeza en su hombro.

–Puedes escoger, ¿eh?

–Más o menos. Nací hace doscientos veinte años, he vivido ciento diez y físicamente tengo unos treinta.

La risa vibró en su garganta. Sintió el roce de sus pechos sobre su torso cuando se le puso encima.

–¿Estoy jodiendo con un anciano de ciento diez años?

Parecía divertida.

Él puso las manos sobre el liso frescor de su espalda. –Sí. Increíble, ¿verdad? Todas las ventajas de la experiencia sin ninguno de sus in...

Ella le besó antes de que pudiera acabar la frase.

Apoyó la cabeza sobre su hombro y la atrajo hacia él. Sintió como se removía en sueños y sus brazos le rodearon atrayéndole hacia ella. Acercó la nariz a su hombro y aspiró el olor de su piel respirando el aire que había estado sobre su carne y que olía a ella, el aire que había sido convertido en perfume aunque ella nunca se ponía perfumes y se conformaba con su propio olor. Cerró los ojos para concentrarse mejor en aquellas sensaciones. Los abrió para volver a contemplarla mientras dormía, acercó su cabeza a la de ella y le puso la lengua debajo de la nariz para sentir el

chorro del aliento. Quería estar en contacto con la hebra de su vida. La punta de su lengua y el huequecito que había entre sus labios y su nariz encajaban con tanta perfección como si hubieran sido creados con el único fin de complementarse.

Vio como sus labios se entreabrían y volvían a cerrarse. Arrugó la nariz y movió los labios, primero hacia arriba y luego hacia los lados. Observó todo aquello sintiendo un placer inefable y secreto, tan fascinado como el niño que juega al escondite con un adulto que desaparece una y otra vez debajo de la cama.

No se había despertado. Volvió a apoyar la cabeza en su hombro.

La primera mañana permaneció muy quieto en la cama mientras ella inspeccionaba minuciosamente su cuerpo a la claridad grisácea del alba.

–Tantas cicatrices, Zakalwe... –murmuró meneando la cabeza mientras sus dedos iban trazando líneas invisibles sobre su pecho.

–Siempre estoy metiéndome en líos –admitió él–. Podría librarme de ellas, pero... me ayudan a... recordar.

La miró y vio como apoyaba el mentón en su pecho.

–Vamos... Admite que te encanta enseñárselas a las chicas.

–También hay algo de eso.

–Ésa debió de ser bastante peligrosa, suponiendo que tengas el corazón en el mismo sitio que nosotros..., y todo lo demás parece estar en el mismo sitio. –Deslizó la yema de un dedo alrededor de una cicatriz bastante pequeña que tenía cerca de un pezón. Sintió que se envaraba, alzó los ojos hacia él y pensó que de repente parecía tener todos los años que afirmaba y unos cuantos más. Se incorporó y le pasó una mano por el pelo–. Aún no se ha curado del todo, ¿verdad?

–Ésa... –Intentó sonreír, y deslizó un dedo sobre la minúscula depresión que había en su carne–. Por extraño que te parezca es una de las más antiguas.

Sus rasgos recuperaron la expresión habitual y el brillo que le había encendido los ojos se fue esfumando.

–¿Y ésta? –preguntó ella en tono jovial poniéndole la mano en una sien.

–Una bala.

–¿En una gran batalla?

–Bueno..., más o menos. En un coche, para ser exactos. Iba con una mujer.

–¡Oh, no! –exclamó ella.

Se llevó una mano a la boca fingiendo estar horrorizada.

–Fue muy embarazoso.

–Bueno, no hablemos de ella... ¿Y ésta?

–Láser..., un haz de luz muy concentrada –le explicó al ver que ponía cara de no entenderle–. Ya hace mucho tiempo.

–¿Y ésta?

–Eh... Una combinación de varias cosas, con insectos al final.

–¿Insectos?

Se estremeció.

(Y de repente volvía a estar allí, en el volcán inundado. Ya había pasado mucho tiempo de eso, pero todo seguía estando dentro de él..., y pensar en lo ocurrido seguía siendo menos peligroso que pensar en aquel otro cráter que había encima de su corazón y que servía de morada a otro recuerdo aún más antiguo. Se acordaba muy bien de la caldera del volcán, y volvió a ver aquella laguna de aguas estancadas con la piedra en el centro y los muros que rodeaban el estanque envenenado. Volvió a sentir el lento descenso de su cuerpo y la cercanía de los insectos... Pero aquella implacable concentricidad había dejado de tener importancia. El aquí era el aquí, y el ahora el ahora.)

–Será mejor que no te lo cuente –dijo sonriendo–. Me temo que no te gustaría.

–Creo que aceptaré tu palabra al respecto –murmuró ella. Asintió lentamente con la cabeza y su larga cabellera negra subió y bajó acompañando al gesto–. Ya sé lo que voy a hacer... Le daré un beso a cada una para que se cure del todo.

–Puede ser un trabajo muy largo –dijo él viendo como se apartaba y se levantaba de la cama.

–¿Tienes mucha prisa? –preguntó ella antes de besarle un dedo del pie.

–No tengo ninguna prisa. –Sonrió y se recostó en las almohadas–. Tómame todo el tiempo que quieras. Puedes tomarte toda la eternidad...

Notó que se movía y miró hacia abajo. Se frotó los ojos con los nudillos, se dio unos golpecitos en las mejillas y en la nariz y le sonrió mientras sus cabellos se desparramaban sobre la almohada. Ella le miró y sonrió. Había visto unas cuantas sonrisas por las que habría sido capaz de matar, pero nunca se había encontrado con una sonrisa por la que estuviera dispuesto a morir. ¿Qué podía hacer salvo devolvérsela?

–¿Por qué siempre te despiertas antes que yo?

–No lo sé. –Suspiró. La brisa movió las engañosamente frágiles paredes de la casa y pareció imitar el suspiro que había salido de sus labios–. Me gusta mirarte mientras duermes.

–¿Por qué?

Rodó sobre sí misma hasta ponerse de espaldas, volvió la cabeza hacia él y su negra melena se deslizó hasta rozarle. Apoyó la cabeza sobre aquel campo oscuro y perfumado, se acordó del olor de su hombro y se preguntó si su cuerpo olería de una forma distinta cuando estaba dormido a cuando estaba despierto.

Le rozó el hombro con la cara y la oyó reír mientras encogía el hombro y acercaba la cabeza a la suya. Le dio un beso en el cuello y respondió antes de que se le olvidara la pregunta.

–Cuando estás despierta te mueves, y eso hace que se me escapen algunas cosas.

–¿Qué cosas?

Sintió la caricia de sus labios sobre su coronilla.

–Todo lo que haces. Cuando estás dormida apenas te mueves, y puedo darme cuenta de todo. Entonces tengo tiempo suficiente para observarte.

–Qué extraño... –dijo ella muy despacio.

–¿Sabías que hueles igual cuando estás dormida que cuando estás despierta?

Apoyó la cabeza en la palma de una mano y le sonrió.

–Tú... –empezó a decir ella, pero acabó bajando la mirada. Cuando volvió a alzar la cabeza su sonrisa estaba impregnada de tristeza—. Me encanta oír esa clase de tonterías –dijo por fin.

Pero él también oyó las palabras que no había llegado a pronunciar en voz alta.

–Quieres decir que te encanta oír esa clase de tonterías ahora, pero que habrá un momento aún no determinado del futuro en el que no podrás soportarlas.

(La afirmación le pareció espantosamente banal apenas hubo salido de sus labios, pero ella también tenía sus cicatrices.)

–Supongo que sí –dijo ella, y le cogió una mano.

–Piensas demasiado en el futuro.

–Bueno, entonces puede que el estar juntos sirva para que cada uno libere al otro de sus obsesiones.

Se rió.

–Supongo que te he puesto la réplica en bandeja, ¿no?

Ella le acarició la cara y le miró a los ojos.

–No debería enamorarme de ti, Zakalwe... Hablo en serio.

–¿Por qué no?

–Hay muchas razones. Todo el pasado y todo el futuro; porque eres quien eres y porque yo soy quien soy... Todo.

–Detalles –dijo él, y movió una mano como indicando que no tenían ninguna importancia.

Ella rió, meneó la cabeza y la inclinó. Su cabellera le ocultó el rostro y cuando emergió de ella le miró fijamente.

–Me preocupa que no dure mucho.

–Nada dura eternamente, ¿recuerdas?

–Lo recuerdo –dijo ella asintiendo lentamente con la cabeza.

–¿Crees que esto no durará?

–En estos momentos... Me parece... No lo sé. Pero si alguna vez queremos hacernos daño el uno al otro...

–Basta con que no nos lo hagamos –dijo él.

Vio como sus párpados bajaban lentamente y su cabeza se fue inclinando hasta

que él alargó una mano y la puso debajo de su mentón.

–Quizá sea así de sencillo –dijo ella–. Puede que el pensar en el futuro sea una forma de evitarse las sorpresas desagradables. –Alzó la cabeza y le miró–. ¿Te preocupa? –preguntó.

Vio que le temblaba la cabeza, y la expresión que había en sus ojos era casi de dolor.

–¿El qué?

Sonrió y se inclinó hacia ella para besarla, pero ella ladeó la cabeza para indicar que no quería que la besara y él se echó hacia atrás.

–El que..., el que no pueda creer con la fuerza suficiente para dejar de tener dudas –dijo ella.

–No. No me preocupa.

La besó.

–Qué extraño... Esa lengua con la que captamos todos los sabores no sabe a nada –murmuró ella con los labios pegados a su cuello, y los dos se echaron a reír.

Había noches en las que creía ver al auténtico fantasma de Cheradenine Zakalwe. Estaba inmóvil en la oscuridad mientras ella dormía o no decía nada, y el fantasma entraba atravesando los muros, una silueta oscura y terriblemente material cuyas manos sostenían una inmensa arma mortífera cargada y lista para hacer fuego. La silueta le miraba y el aire que la rodeaba parecía rezumar..., no, era algo peor que el odio. Era una mezcla de burla y desprecio. En esos momentos siempre era muy consciente de que estaba inmóvil junto a ella tan ridículamente apresado en la telaraña del amor como si fuera un adolescente romántico, y se daba cuenta de que estaba acostado con los brazos rodeando a una joven hermosa y que tenía mucho talento por la que estaría dispuesto a hacer cualquier cosa, y sabía sin la más mínima sombra de duda que para lo que había sido –para aquello en lo que se había convertido o lo que siempre fue–, esa clase de amor y devoción tan inequívoca, completa y altruista era un acto vergonzoso, algo que debía ser destruido y eliminado del mundo, y sabía que el auténtico Zakalwe alzaría su arma, le miraría a la cara a través de la mira telescópica y dispararía sin vacilar y sin que le temblara la mano.

Pero después de esas fantasías siempre acababa dejando escapar una risita y se volvía hacia ella para besar o ser besado, y entonces no había ninguna amenaza o peligro bajo este sol o bajo cualquier otro que pudiera separarle de ella.

–No olvides que hoy tenemos que ir a ver ese krih. Esta mañana, de hecho...

–Oh, sí–dijo él.

Rodó sobre sí mismo hasta quedar de espaldas y contempló como ella se incorporaba y estiraba los brazos bostezando y abriendo los ojos con un gran esfuerzo de voluntad para obligarles a que vieran el techo. Los músculos de sus párpados se fueron relajando poco a poco, cerró la boca y le miró apoyando un codo en la

cabecera de la cama.

–Pero puede que no esté atrapado –dijo ella mientras empezaba a peinarle los mechones con los dedos.

–Mmm..., puede que no –murmuró él.

–Puede que cuando miremos ya no esté allí.

–Cierto.

–Pero si continúa estando allí subiremos.

Él asintió con la cabeza, le cogió una mano y le apretó suavemente los dedos.

Ella sonrió, le dio un beso muy rápido, saltó de la cama y fue hacia el otro extremo del dormitorio. Apartó las cortinas traslúcidas que aleteaban impulsadas por la brisa y cogió los binoculares colgados del gancho que había clavado en un poste. El siguió observándola desde la cama y vio como se llevaba los binoculares a los ojos para examinar la ladera que dominaba la casa.

–Sigue ahí –dijo.

Su voz sonaba muy lejana. Cerró los ojos.

–Entonces subiremos. Puede que esta tarde...

–Deberíamos hacerlo.

Su voz sonaba tan lejana...

–Iremos.

Lo más probable era que el animal no estuviera atrapado. Su especie podía llegar a tales extremos de estupidez que debía de haberse ido adormilando hasta el punto de entrar en una especie de hibernación. Había oído comentar que les ocurría con una relativa frecuencia. De vez en cuando los krihs dejaban de comer y clavaban sus inmensos ojos llenos de imbecilidad en algo que les había llamado la atención hasta el extremo de fascinarles, los iban cerrando lentamente a medida que el sueño se adueñaba de ellos y acababan entrando en coma por puro accidente. La primera lluvia o un pájaro que se le posara encima bastarían para despertarle, pero siempre cabía la posibilidad de que estuviera realmente atrapado. El cuerpo de un krih estaba cubierto por un pelaje muy espeso, y a veces se enredaba en los arbustos o en la rama de un árbol y el animal quedaba inmovilizado. Subirían hasta donde estaba. El paisaje era muy hermoso, y pensó que un poco de ejercicio que no se realizara en posición horizontal no le sentaría nada mal. Se tumbarían sobre la hierba y hablarían, contemplarían el mar que cabrilleaba envuelto en las ondulaciones de la calina y quizá tuvieran que liberar al animal o despertarlo, y ella lo miraría con esa expresión que él ya había aprendido a interpretar –«No me distraigas», decían sus rasgos en esos momentos–, y después se encerraría a escribir otro poema.

Él ya había aparecido en muchas de sus últimas obras como un amante sin nombre, aunque el conocerle no había alterado sus costumbres de escritora y no había conservado ninguna. Decía que algún día escribiría un poema sobre él, quizá cuando

le hubiera contado más cosas sobre su vida.

La casa murmuraba y se movía en un casi imperceptible flujo continuo difundiendo la luz y atenuándola. Los distintos grosores y texturas de las cortinas y telas que formaban los muros y divisiones de la casa se rozaban continuamente unos con otros creando murmullos ahogados, como murmullos o conversaciones secretas que nunca podrían ser entendidos del todo.

Ella seguía estando muy lejos. Se llevó una mano a la cabeza y tiró distraídamente de un mechón de cabellos mientras removía los papeles que había esparcidos sobre el escritorio con la punta de un dedo. Él seguía observándola. Su dedo vagó sobre lo que había escrito ayer y jugueteó con los pergaminos trazando lentos círculos alrededor de ellos, flexionándolos y creando curvas fugaces, observado por ella y por él.

Los binoculares olvidados colgaban de su otra mano con la correa hacia abajo, y los ojos que la observaban desde la cama recorrieron lentamente su cuerpo recortado contra la luz del exterior. Pies, piernas, nalgas, vientre, torso, pechos, hombros, cuello; cara, cabeza y cabellos... Sus ojos no olvidaron ni una sola parte de ella.

El dedo siguió moviéndose a lo largo de la superficie de madera sobre la que esa misma tarde escribiría un poema muy corto sobre él, uno que él copiaría sin decírselo por si no quedaba satisfecha de los versos y acababa decidiendo no conservarlo, y el deseo de él continuó creciendo, y la calma que se fue adueñando del rostro de ella hizo que dejara de ver como se movía el dedo, y uno de los dos sólo era una imagen fugaz que pronto dejaría de estar allí, apenas una hoja atrapada entre las páginas del diario del otro, y lo que habían creado convenciéndose el uno al otro con palabras, empezó a desvanecerse lentamente en el silencio.

–Hoy tendré que trabajar un rato –dijo ella como si hablara consigo misma.

Hubo un silencio.

–¿Eh? –exclamó él.

–¿HmMMM?

Su voz parecía venir de muy lejos.

–¿Qué te parece si desperdiciamos un poco de tiempo?

–Hermoso eufemismo, señor –dijo ella con voz pensativa, como si hablara desde una gran distancia.

Alzó la mirada hacia ella y sonrió.

–Ven y ayúdame a dar con otro mejor.

Ella sonrió, y sus ojos se encontraron con los de él.

Y el silencio duró mucho rato.

Seis

Se rascó la cabeza y apoyó la culata del arma en el suelo de la minibodega. Cogió el arma por el cañón y pegó un ojo al agujero para observar su interior mientras se balanceaba ligeramente de un lado a otro.

–Zakalwe –dijo Diziet Sma–, hemos desviado de su curso dos meses a veintiocho millones de personas y un trillón de toneladas de nave espacial para que llegues a tiempo a Voerenhutz. Te agradecería que esperaras a terminar el trabajo antes de volarte la cabeza.

Sus palabras le hicieron girar rápidamente sobre sí mismo. Sma y la unidad acababan de entrar en la minibodega. Una cápsula de viajes se estaba alejando velozmente por el tubo que tenían detrás.

–¿Eh? –exclamó, y les saludó con la mano–. Oh... Hola.

Se había puesto una camisa blanca con las mangas subidas y unos pantalones negros, y llevaba los pies descalzos. Cogió el rifle de plasma, lo sacudió, le dio unos golpecitos en uno de los lados con la mano libre y lo alzó apuntando el cañón hacia el otro extremo de la minibodega. Tomó puntería y tiró del gatillo.

Hubo un estallido luminoso que se desvaneció casi enseguida, el arma saltó hacia atrás chocando contra su hombro y una especie de chasquido creó ecos que bailotearon por el espacio de la minibodega. Clavó los ojos en la pared situada a unos doscientos metros de distancia que marcaba el final del recinto y en el reluciente cubo negro de unos quince metros de arista inmóvil bajo las luces del techo. Examinó atentamente el distante objeto negro, volvió a alzar el arma y contempló la imagen aumentada que aparecía en una de las pantallas del rifle de plasma.

–Qué extraño... –murmuró, y se rascó la cabeza.

Una bandejita que sostenía una jarra metálica y un vaso de cristal tallado flotaba junto a él. Se volvió hacia ella, cogió el vaso y tomó un sorbo sin apartar los ojos del arma.

–Zakalwe... –dijo Sma–. ¿Se puede saber qué estás haciendo?

–Prácticas de tiro –replicó él, y volvió a tomar un sorbo del vaso–. ¿Quieres beber algo, Sma? Pediré otro...

–No, gracias. –Sma se volvió hacia el otro extremo de la minibodega y contempló el cubo negro con cara de perplejidad–. ¿Qué es eso?

–Hielo –dijo Skaffen-Amtiskaw.

–Exacto. –Asintió con la cabeza y dejó el vaso en el suelo para manipular los controles del arma–. Hielo.

–Hielo coloreado de negro –dijo la unidad.

–Hielo –dijo Sma asintiendo con la cabeza sin entender nada–. Y.. ¿Por qué hielo?

–Porque –dijo él con un cierto tono de irritación–, esta..., esta nave de nombre tan increíblemente estúpido y los veintiocho trillones de personas que van a bordo de ella y su hipermontillón de tonelaje no han podido proporcionarme ni un miserable gramo de basura decente, solamente por eso. –Alteró la posición de dos indicadores incrustados en un lado del arma y volvió a tomar puntería–. Un jodido trillón de toneladas y no hay ni un átomo de basura..., aparte de su cerebro, supongo. –Volvió a tirar del gatillo. Su hombro y su brazo fueron impulsados hacia atrás, y el destello luminoso brotó del cañón del arma acompañado por el mismo chasquido de antes–. ¡Esto es ridículo! –exclamó.

–Pero ¿por qué disparas contra ese cubo de hielo? –insistió Sma.

–Sma, ¿estás sorda o qué? –casi gritó él–. Porque este parsimonioso montón de sistemas inservibles afirma no disponer de ningún objeto inútil o desperdicio mínimamente decente con el que pueda hacer prácticas de tiro.

Meneó la cabeza y abrió un panel de inspección disimulado en la culata del arma.

–¿Y por qué no utilizas hologramas como hace todo el mundo? –preguntó Sma.

–Los hologramas están muy bien, Diziet, pero... –Giró sobre sí mismo y le alargó el rifle de plasma–. Toma, sostenlo un momento, ¿quieres? Gracias. –Hizo algo en los mecanismos revelados por el panel de inspección que acababa de abrir mientras Sma sostenía el arma con las dos manos. El rifle de plasma medía un metro y veinticinco centímetros de longitud, y pesaba mucho–. Los hologramas van muy bien para la calibración y todas esas tonterías, pero si quieres..., si quieres familiarizarte con un arma tienes que..., tienes que destruir algo, ¿comprendes? –La miró–. Tienes que sentir el retroceso y necesitas ver los restos de aquello contra lo que has disparado, y esos restos tienen que ser auténticos... Esa mierda holográfica no sirve de nada. Tienes que disparar contra algo real.

Sma y la unidad intercambiaron una rápida mirada de soslayo.

–Sostén este..., este cañón –dijo Sma volviéndose hacia la máquina.

Los campos de Skaffen-Amtiskaw brillaban con el suave resplandor rosado que indicaba diversión. La unidad la liberó del peso del arma y el hombre siguió hurgando en sus entrañas.

–Zakalwe, creo que un Vehículo General de Sistemas no piensa en términos de basura –dijo Sma. Olisqueó el contenido de la jarrita metálica, puso cara de duda y acabó arrugando la nariz–. Para su forma de pensar sólo existe la materia que está siendo utilizada y la materia susceptible de ser reciclada y convertida en otra clase de materia que podrá volver a ser utilizada. La basura sencillamente no existe, ¿comprendes?

–Claro –murmuró él–. Acabas de repetir el mismo sermón idiota que me soltó hace un rato.

–Y lo que hizo fue proporcionarte un poco de hielo para que jugaras con él, ¿eh?

–dijo la unidad.

–No me quedó más remedio que conformarme con ese maldito cubo de hielo. – Asintió con expresión distraída, cerró el panel de inspección haciéndolo encajar en su sitio con un chasquido metálico y cogió el arma que la unidad había estado sosteniendo mediante sus campos–. Todo parece estar en orden, pero no consigo que este maldito trasto funcione.

–Zakalwe... –dijo la unidad emitiendo una especie de suspiro–. No me sorprende que no funcione. Esa arma debería estar en un museo. Tiene ciento diez años de antigüedad, ¿sabes? Ahora fabricamos pistolas mucho más potentes que ese rifle.

Tomó puntería sin hacer caso de lo que había dicho la unidad, tragó aire, chasqueó los labios y dejó el arma en el suelo para tomar otro trago del vaso de cristal tallado. Después se volvió hacia la unidad.

–Pero este rifle es una auténtica preciosidad –replicó alzando el arma y dándole vueltas entre los dedos. Dio unos golpecitos sobre los controles y diales que cubrían la oscura masa de la culata–. Quiero decir que... Anda, échale un vistazo. ¡Tiene un aspecto de lo más mortífero!

Lanzó un gruñido de admiración, volvió a colocarse en posición de disparo y tiró del gatillo.

El disparo salió tan desviado como los anteriores. El hombre suspiró, meneó la cabeza y clavó los ojos en el arma.

–No funciona –dijo con voz quejumbrosa–. Se niega a funcionar y eso es todo... Siento el retroceso, pero no funciona.

–¿Me permites? –preguntó Skaffen-Amtiskaw.

Fue hacia el arma. El hombre le lanzó una mirada teñida de suspicacia y acabó ofreciéndole el arma.

Todas las pantallas del rifle de plasma se activaron de golpe con un ruidoso acompañamiento de chasquidos y zumbidos mientras los paneles de inspección se abrían y volvían a cerrarse en una fracción de segundo. La unidad le devolvió el arma.

–No le ocurre nada –dijo Skaffen-Amtiskaw.

–Ya –murmuró él aceptando el rifle que le ofrecía.

Sostuvo el arma con una mano delante de su cabeza, dio una palmada en la culata con la otra mano e hizo girar el rifle tan deprisa que se movió como la hélice de un avión delante de su rostro y su pecho sin apartar los ojos ni un segundo de la unidad mientras hacía todo aquello. Tensó la muñeca haciendo que el arma se quedara inmóvil con el cañón apuntando hacia el lejano cubo de hielo negro y tiró del gatillo, todo eso en un solo gesto lleno de fluidez sin que sus ojos hubieran dejado de observar a la unidad ni un instante. El arma pareció volver a disparar, pero el cubo de hielo siguió intacto.

–Así que funciona, ¿eh? Y una mierda... –dijo.

–¿Cuáles fueron los términos exactos de tu conversación con la nave cuando pediste tu «basura» para hacer prácticas? –preguntó la unidad.

–No me acuerdo –replicó él en un tono de voz bastante alto e irritado–. Le dije que sólo una perfecta cretina podía carecer de algo de basura contra la que disparar, y la nave me dijo que cuando la gente quería disparar contra un poquito de mierda auténticamente inútil utilizaba hielo y yo dije: «De acuerdo, cohete gilipollas, pues proporcióname un poco de hielo», o algo parecido. –Extendió las manos hacia la unidad–. Creo que eso fue todo.

Abrió los dedos y dejó que el rifle cayera de su mano.

La unidad lo cogió al vuelo con un campo antes de que hubiera chocado contra el suelo.

–¿Por qué no pruebas a pedirle que despeje la bodega para hacer prácticas de tiro? –le sugirió–. No, mejor aún... Sé más preciso y pídele que despeje un espacio en su zona de protección de la trampilla.

Volvió a ofrecerle el arma y el hombre la cogió.

–De acuerdo –dijo muy despacio con una mueca desdeñosa.

Miró a su alrededor como si se dispusiera a entablar conversación con el aire y puso cara de vacilación. Se rascó la cabeza, miró a la unidad, dio la impresión de que iba a decirle algo y acabó desviando la mirada mientras señalaba a Skaffen-Amtiskaw con un dedo.

–Tú... Será mejor que se lo pidas tú. Ese montón de estupideces sonará un poco menos ridículo si lo dice otra máquina.

–Muy bien. Ya está –replicó la unidad–. Bastaba con pedírselo, ¿entiendes?

–Hmmmm –murmuró él.

Su mirada de suspicacia fue de la unidad al cubo de hielo negro colocado en el otro extremo de la bodega. Alzó el arma y apuntó hacia la masa de agua en estado sólido.

Disparó.

La culata del arma volvió a estrellarse contra su hombro y el cegador destello luminoso proyectó la sombra de su cuerpo detrás de él. El sonido que acompañó al disparo fue tan estrepitoso como el de una granada al detonar. Un haz de claridad blanca tan delgado como un lápiz atravesó toda la longitud de la minibodega y unió el arma al cubo de quince metros de arista convirtiéndolo en un millón de fragmentos que se esparcieron entre un estallido de luz y vapor creando una nube de vapor negro que se fue hinchando rápidamente y empezó a subir hacia el techo del recinto.

Sma siguió inmóvil con las manos a la espalda mientras observaba el chorro de fragmentos de cincuenta metros de altura que chocó con el techo de la minibodega rebotando en todas direcciones. La metralla negra recorrió la misma distancia y se

estrelló contra las paredes laterales del recinto, y una marea de relucientes proyectiles negros se deslizó por el suelo yendo hacia donde estaban. La mayoría de ellos acabaron quedando atrapados en alguno de los obstáculos que cubrían el suelo de la mini-bodega, aunque unos cuantos recorrieron una considerable distancia por el aire antes de caer al suelo y lograron dejar atrás a los dos humanos y la unidad para repiquetear contra la pared del fondo. Skaffen-Amtiskaw extendió un campo hacia el suelo y cogió un trozo de hielo que tendría el tamaño de un puño y que había caído junto a los pies de Sma. Los ecos de la explosión resonaron unas cuantas veces en las paredes y acabaron desvaneciéndose.

Sma sintió la lenta relajación de los músculos de sus oídos.

–¿Contento, Zakalwe? –preguntó.

El hombre parpadeó, desactivó el arma y se volvió hacia la unidad.

–Parece que ahora ya funciona –gritó.

Sma asintió con la cabeza.

–Sí.

–Tomemos un trago –dijo él mientras le hacía una seña con la cabeza.

Cogió el vaso de cristal tallado y se lo llevó a los labios mientras iba hacia la escotilla del tubo.

–¿Un trago? –repitió Sma poniéndose junto a él y señalando con la cabeza el vaso del que estaba bebiendo—. ¿Y qué estás haciendo ahora?

–Apurar la última gota, eso es lo que estoy haciendo –replicó él casi gritando.

Cogió la jarrita metálica y echó los restos de su contenido en el vaso de cristal tallado.

–¿Hielo? –preguntó la unidad sosteniendo ante ella el goteante trozo de materia negra.

–No, gracias.

Algo se movió increíblemente deprisa dentro del tubo y una cápsula pareció materializarse de la nada abriendo la puerta para que subieran a ella.

–¿Qué es eso de la..., la zona de protección de la que hablabas antes? –preguntó el hombre volviéndose hacia Skaffen-Amtiskaw.

–La protección contra explosiones internas del Vehículo General de Sistemas –explicó la unidad apartándose para permitir que los humanos subieran primero a la cápsula—. Elimina los efectos de cualquier detonación más potente que la de un pedo trasladándola al hiperespacio. La onda expansiva, la radiación..., todo va a parar allí.

–Mierda –dijo él poniendo cara de disgusto—. ¿Quieres decir que puedes hacer estallar una bomba atómica dentro de estas cabronas y que ni se enterarían?

La unidad osciló de un lado a otro.

–Oh, te aseguro que la Mente del VGS se enteraría, pero lo más probable es que nadie más se diera cuenta de lo ocurrido.

El hombre se había quedado inmóvil después de entrar en la cápsula con los ojos clavados en la puerta que ya estaba empezando a cerrarse. La unidad y Sma se dieron cuenta de que le costaba un poco mantener el equilibrio.

–Vosotros... La Cultura no tiene ni la más mínima idea de lo que es el juego limpio, ¿verdad? –preguntó meneando la cabeza con expresión apenada.

Su última estancia a bordo de un VGS había tenido lugar diez años antes, poco después de que estuviera a punto de morir en Fohls.

–¿Cheradenine...? ¿Cheradenine?

Oyó la voz, pero no estaba muy seguro de si la mujer hablaba con él. Tenía una voz muy hermosa. Quería contestarle, pero no tenía ni idea de cómo hacerlo. Todo estaba muy oscuro.

–¿Cheradenine?

La voz estaba impregnada de paciencia. También había un poco de preocupación, pero estaba acompañada por una considerable esperanza. El tono de voz era afable, incluso cariñoso. Intentó acordarse de su madre.

–¿Cheradenine? –repitió la voz.

Estaba intentando despertarle, pero ya estaba despierto. Trató de mover los labios.

–Cheradenine..., ¿puedes oírme?

Consiguió mover los labios y dejó escapar el aire. Le pareció que había logrado producir un sonido. Intentó abrir los ojos. La oscuridad bailoteó delante de él.

–¿Cheradenine...? Sintió el contacto de una mano sobre su rostro. Unos dedos muy suaves le acariciaron la mejilla. «¡Shias!», pensó, pero expulsó rápidamente ese recuerdo encerrándolo en el lugar de su mente donde guardaba todos los demás.

–E... –logró decir.

No era más que el inicio de un sonido.

–Cheradenine... –dijo la voz. Ahora sonaba mucho más cerca de su oído–. Soy Diziet..., Diziet Sma. ¿Te acuerdas de mí?

–Diz... –logró decir después de un par de fracasos.

–¿Cheradenine?

–Sí... –se oyó jadear.

–Intenta abrir los ojos, ¿quieres?

–Intenta... –dijo.

La luz llegó de la nada, como si el percibirla no tuviese nada que ver con el haber abierto los ojos. Las cosas necesitaron algún tiempo para irse definiendo, pero acabó viendo un techo pintado de un color verde claro iluminado desde los lados mediante el resplandor en forma de abanico creado por las luces ocultas, y el rostro de Diziet Sma inclinado sobre él.

–Bien hecho, Cheradenine. –Sma le sonrió–. ¿Qué tal te encuentras ahora?

Tuvo que pensar unos momentos en lo que acababa de preguntarle antes de poder responder.

–Muy raro –dijo por fin.

Empezó a devanarse los sesos intentando recordar cómo había llegado hasta aquel lugar. ¿Estaba en alguna especie de hospital? ¿Cómo había llegado ahí?

–¿Dónde estoy? –preguntó.

El enfoque directo quizá fuese el mejor. Intentó mover las manos, pero no lo consiguió. Sma se dio cuenta del esfuerzo que estaba haciendo y alzó la mirada para contemplar algo que se hallaba por encima de su cabeza.

–Estás en el VGS *Optimista congénito*. Todo va bien..., te pondrás bien.

Y de repente volvía a estar en el marco de madera y la chica estaba inmóvil delante de él. Abrió los ojos y la vio. Era Sma. Todo estaba envuelto en una especie de neblina luminosa. Luchó con sus ligaduras, pero no cedieron ni un milímetro. No había esperanza. Sintió el tirón en sus cabellos y el impacto de la hoja, y vio a la chica de la túnica roja contemplándole desde algún lugar por encima de su cuerpo decapitado.

Todo empezó a girar velozmente. Cerró los ojos.

El momento pasó tan deprisa como había llegado. Tragó saliva. Aspiró un poco de aire y volvió a abrir los ojos. Por lo menos parecía capaz de hacer aquellas dos cosas sin muchas dificultades... Sma estaba contemplándole con cara de alivio.

–¿Lo has recordado?

–Sí. Acabo de recordarlo.

–¿Y te pondrás bien?

Empleó un tono de voz bastante serio que, aun así, seguía siendo tranquilizador.

–Me pondré bien –dijo él, y añadió–: Sólo ha sido un arañazo.

Sma se rió, apartó la mirada de su rostro durante unos momentos y cuando volvió a mirarle él pudo ver que se estaba mordiendo el labio inferior.

–Eh –dijo–. Esta vez he escapado por muy poco, ¿no?

Sonrió.

Sma asintió.

–Ya puedes decirlo. Unos segundos más y tu cerebro habría empezado a sufrir daños muy serios, unos minutos más y habrías muerto. Si hubieras aceptado que te implantaran un sensor habríamos podido localizarte días antes de que...

–Oh, Sma, vamos... –dijo él en voz baja–. Ya sabes que odio esos artefactos.

–Sí, ya lo sé –dijo ella–. Bueno, tanto da... Tendrás que hacer reposo durante un tiempo. –Sma le alisó el cabello apartándole los mechones que le habían caído sobre la frente–. El nuevo cuerpo tardará unos doscientos días en estar totalmente desarrollado. Quieren que te pregunte si prefieres dormir durante todo el proceso o si deseas mantener el ciclo vigilia/sueño normal..., o cualquier opción intermedia,

claro. Es cosa tuya, ¿comprendes? Hagas lo que hagas no tendrá ninguna interferencia en el proceso.

–Hmmm. –Pensó en lo que acababa de decirle–. Supongo que podré disponer de unas cuantas diversiones, ¿no? Escuchar música, ver películas o lo que sea, leer...

–Si te apetece... –dijo Sma encogiéndose de hombros–. Si quieres incluso puedes atracarte con un montón de fantasías mentales grabadas en cinta.

–¿Y bebida?

–¿Bebida?

–Sí. ¿Puedo emborracharme?

–No lo sé –dijo Sma alzando la cabeza y desviando la mirada a un lado.

Una voz que parecía estar más lejos murmuró algo que no logró entender.

–¿Quién es ése? –preguntó.

–Stod Perice.

La cabeza de un joven entró en el campo visual de Zakalwe. Estaba invertida, pero logró captar su asentimiento.

–Soy médico. Hola, señor Zakalwe. Cuidaré de usted sea cual sea la decisión que tome en lo que respecta al tiempo de espera.

–Si opto por que me duerman..., ¿soñaré? –preguntó él mirando fijamente al médico.

–Depende del grado de profundidad que escoja. Podemos sumirle en un sopor tan profundo que esos doscientos días le parecerán un segundo, y también puede pasar cada segundo de esos doscientos días teniendo sueños lúcidos. Lo que usted quiera.

–¿Qué hace la mayoría de la gente?

–Prefieren la desconexión y despertar con un cuerpo nuevo sin haberse dado cuenta del tiempo transcurrido.

–Ya me lo imaginaba. ¿Puedo emborracharme mientras esté conectado con el maldito como-se-llame al que estoy conectado?

Stod Perice sonrió.

–Estoy seguro de que podemos arreglarlo. Si quiere incluso podemos administrarle drogas glandulares. Es la ocasión ideal para...

–No, gracias. –Cerró los ojos durante un momento e intentó menear la cabeza–. Me conformaré con pillar alguna borrachera de vez en cuando.

Stod Perice asintió.

–Bueno, creo que podremos proporcionárselas.

–Estupendo. ¿Sma? –La miró fijamente y Sma enarcó las cejas–. Quiero seguir despierto –dijo.

Los labios de Sma se fueron curvando en una lenta sonrisa.

–Lo presentía.

–¿Estarás por aquí?

–Podría hacerlo –dijo la mujer–. ¿Te gustaría que viniera a verte de vez en cuando?

–Sería un gran detalle por tu parte.

–Creo que me gustará. –Asintió y puso cara pensativa–. De acuerdo. Iré viniendo para ver cómo aumentas de peso.

–Gracias. Y gracias por no haber traído contigo a esa maldita unidad... Ya me imagino la clase de pésimos chistes de mal gusto que habría hecho.

–Sí... –replicó Sma con voz algo vacilante.

Su tono de voz hizo que volviera a alzar los ojos hacia ella.

–Sma..., ¿qué ocurre?–le preguntó.

–Bueno...

Sma parecía sentirse bastante incómoda.

–Cuéntamelo.

–Skaffen-Amtiskaw... –dijo con voz entrecortada–. Te ha enviado un regalo. –Metió la mano en un bolsillo y sacó de él un paquetito que sostuvo ante sus ojos con expresión algo avergonzada–. Yo... No sé qué es, pero...

–Bueno, no tengo manos para abrirlo, ¿verdad? Adelante, Sma.

Sma desenvolvió el paquetito y examinó el regalo. Stod Perice se inclinó sobre su hombro para echarle un vistazo y se apresuró a girar sobre sí mismo mientras se llevaba una mano a la boca y emitía una tosecilla ahogada.

Sma frunció los labios.

–Puede que decida solicitar otra unidad de escolta.

Había cerrado los ojos cuando Sma empezó a desenvolver el paquetito y aún no los había abierto.

–¿Qué es? –preguntó.

–Un sombrero.

Se echó a reír. Sma necesitó un poco más de tiempo, pero también acabó riendo (aunque cuando volvió a casa la unidad tuvo que esquivar unos cuantos objetos). Stod Perice dijo que con el tiempo sería un regalo muy útil.

Y horas después, cuando Sma bailaba lentamente en los brazos de una nueva conquista y Stod Perice se hallaba cenando con unos amigos y les contaba la anécdota del sombrero y la vida continuaba como de costumbre en todos los recintos de la gran nave, él seguía despierto y contemplaba la tenue claridad rojiza que iluminaba el techo de aquella parte del hospital, recordando que unos cuantos años antes y a muchísima distancia de allí Shias Engin había acariciado las heridas de su cuerpo y pensar en ello hizo que volviera a sentir el frescor de aquellos dedos esbeltos y ágiles moviéndose sobre la carne nueva y las cicatrices, y pudo captar el olor de su piel y el cosquilleo de su cabellera deslizándose sobre él.

Y dentro de doscientos días tendría un cuerpo nuevo. Y («¿Y ésta? Lo siento...

Aún te duele, ¿verdad?») la cicatriz que tenía encima del corazón habría desaparecido para siempre, y el corazón que latiría debajo del pecho ya no sería el mismo de antes.

Y entonces comprendió que la había perdido.

No había perdido a Shias Engin, a quien había amado o había creído amar y a la que no cabía duda perdió años antes, sino a ella, a la otra, a la mujer real, la que había vivido dentro de él durante un siglo de sueño helado.

Siempre había estado convencido de que no la perdería hasta el momento de su muerte.

Ahora sabía que no era así, y el conocimiento y el peso de aquella pérdida hicieron que sintiera una tristeza abrumadora.

Movió los labios y murmuró su nombre en el silencio de la noche rojiza.

La unidad de vigilancia médica que observaba continuamente todas sus reacciones vio las gotitas de fluido que brotaban de los conductos lacrimales truncados del hombre y se preguntó sin demasiado interés qué le estaría ocurriendo.

–Bueno, ¿y cuántos años tiene ahora el viejo Tsoldrin?

–Ochenta años relativos –dijo la unidad.

–¿Y crees que estará dispuesto a volver a la vida activa sólo porque yo se lo pido?

–preguntó él contemplando a Skaffen-Amtiskaw con cierto escepticismo.

–Eres la única solución que se nos ha ocurrido –dijo Sma.

–Oye, ¿no podíais permitir que el pobre viejo siguiera envejeciendo en paz?

–Hay muchas cosas en juego, Zakalwe, y tienen mucha más importancia que la tranquilidad espiritual de un político de edad avanzada.

–¿A qué cosas te refieres? ¿El universo? ¿La vida tal y como la conocemos?

–Sí. Decenas, puede que centenares de millones de veces...

–Muy filosófica.

–Tú tampoco permitiste que el Etnarca Kerian envejeciera en paz, ¿verdad?

–Tienes toda la razón –dijo él, y reanudó sus paseos por la armería–. Ese viejo cabrón se merecía haber muerto un millón de veces.

El recinto de la minibodega reconvertida alojaba un asombroso despliegue de armamento procedente de la Cultura y de otras muchas sociedades. Sma pensó que Zakalwe parecía un niño en una juguetería. Estaba seleccionando equipo y lo iba cargando en una plataforma que Skaffen-Amtiskaw se encargaba de guiar con sus campos siguiéndole mientras él iba y venía por los pasillos examinando el contenido de los estantes y cajones repletos de armas que disparaban proyectiles, rifles láser, proyectores de plasma, granadas de todos los tamaños posibles, efectores, cargadores de plano, armaduras pasivas y activas, artefactos de vigilancia y detección, trajes de combate, proyectiles más o menos autónomos y por lo menos una docena de clases de ingenios ofensivos o defensivos más que no había logrado identificar.

–Zakalwe, nunca podrás cargar con tantos trastos...

–Oh, esto no es más que la lista inicial –dijo él. Alargó la mano hacia un estante y cogió un arma bastante rechoncha que parecía no tener cañón–. ¿Qué es esto?

–Un arma capaz de emitir radiación coherente..., un rifle de asalto, para ser más exactos –dijo Skaffen-Amtiskaw–. Cuenta con siete baterías de potencia equivalente a catorce toneladas de almacenamiento convencional y siete posibilidades de disparo distintas, desde el disparo individual hasta un máximo de cuarenta y cuatro coma ocho kiloproyectiles por segundo en posición de ráfaga. Ah..., el tiempo mínimo de duración de la ráfaga es de ocho coma setenta y cinco segundos, y el peso del arma varía en función de las baterías que utilice, yendo desde un mínimo de dos kilos y medio hasta un máximo de siete veces esa cifra. La frecuencia de radiación que emite va desde la luz semivisible hasta los rayos X.

–No está muy bien equilibrada –dijo él mientras la sopesaba en sus manos.

–El arma se encuentra en la configuración usada para el almacenamiento. Echa toda la parte superior hacia atrás.

–Hmmm. –Siguió las instrucciones de la unidad y fingió que tomaba puntería con el arma–. Veamos, ¿qué te impide poner la mano con que sostienes el arma en el punto de donde sale el haz?

–¿El sentido común, quizá? –sugirió la unidad.

–Ya. Creo que seguiré fiel a mi anticuado rifle de plasma... –Dejó el arma sobre el estante del que la había cogido–. Bueno, Sma, el que los ancianos estén dispuestos a abandonar su apacible retiro por ti debería complacerte mucho, ¿no? Maldición, a veces pienso que debería estar consagrando mis horas libres a la jardinería o cualquier ocupación parecida en vez de viajar hasta los confines de la galaxia metiéndome en montones de líos para hacer vuestros trabajitos sucios...

–Oh, claro –dijo Sma–. Aún recuerdo lo mucho que me costó convencerte de que renunciaras a cuidar de tu «jardín» para venir con nosotros. Mierda, Zakalwe, pero si ya tenías hecho el equipaje...

–Debí de captar lo apremiante de la situación gracias a mi asombroso sentido telepático. –Cogió una gigantesca arma negra de un estante y la alzó con las dos manos gruñendo a causa del esfuerzo que se vio obligado a hacer–. Mierda santa... ¿Hay que dispararla o basta con utilizarla como ariete?

–Es un cañón manual idirano. –Skaffen-Amtiskaw suspiró–. No lo menees tanto. Es una antigüedad de muchísimo valor.

–No me extraña. –Logró volver a dejar el arma sobre el estante sin que se le cayera y siguió caminando por el pasillo–. Sma, ahora que lo pienso... Soy tan viejo que el tiempo que me queda debería valer el triple que el de un hombre joven. Creo que esta ridícula excursión en la que me habéis embarcado debería saliros mucho más cara.

–Bueno, si quieres ver las cosas bajo el prisma económico, creo que nosotros deberíamos cobrarte por... ¿Qué te parece si te imponemos una multa por infringir la legislación sobre patentes? Devolviste la juventud a esos vejesterios utilizando nuestra tecnología.

–Olvidalo. No tienes ni idea de lo que se siente cuando llegas a ser tan viejo tan pronto.

–Oh, claro, pero supongo que eso se aplica a todo el mundo, ¿no? Tú sólo hiciste tratos con los bastardos más peligrosos y hambrientos de poder del planeta.

–¡Estamos hablando de sociedades terriblemente jerarquizadas! ¿Qué esperabas? Además, si hubiera permitido que el tratamiento fuese accesible a toda la población... ¡Piensa en la explosión demográfica que se habría producido!

–Zakalwe, ya pensé en todo eso cuando tenía quince años. Los habitantes de la Cultura aprendemos ese tipo de cosas en la escuela. Es una parte de nuestra historia y del entorno en el que crecemos, ¿comprendes? Todas las cosas de las que me estás hablando son agua pasada... Ésa es la razón de que hasta un colegial se encuentre en condiciones de comprender que cometiste una estupidez. Para nosotros tú eres un colegial. Ni tan siquiera quieres envejecer... No existe ninguna actitud más inmadura.

–¡Vaya! –exclamó él deteniéndose de repente y cogiendo algo de un estante–. ¿Qué es esto?

–No lo entenderías –dijo Skaffen-Amtiskaw.

–¡Menuda preciosidad! –murmuró mientras sostenía aquel arma asombrosamente complicada en sus manos y le daba vueltas–. ¿Qué es? –jadeó.

–Sistema de Micro Armamentos, Rifle –le explicó la unidad–. Es... Oh, mira, Zakalwe, posee diez sistemas de armamento distintos, por no hablar del sistema de vigilancia semiconsciente, los componentes del campo reactivo, la unidad antigravitatoria o los acumuladores de energía controlables mediante frecuencias intermedias, y antes de que me lo preguntes te diré que todos los controles están en el lado equivocado porque se trata de una versión para zurdos, y el equilibrio es adaptable, al igual que ocurre con el peso y la inercia independiente variable. Se necesita medio año de adiestramiento para aprender a utilizarlo sin correr peligro, y no hablemos del tiempo que hace falta para aprender a utilizarlo de forma mínimamente competente, así que... No, no puedes llevarte uno.

–No quiero uno –dijo él acariciando el arma–. Pero... ¡Qué artefacto! –Volvió a dejarlo en el estante y miró a Sma–. Dizita, ya sé lo que piensa tu gente y supongo que respeto vuestras ideas, pero... Vuestra existencia no es la mía. Yo vivo en lugares peligrosos donde siempre hay algún tipo u otro de amenaza al acecho. Siempre lo he hecho y siempre lo haré. No tardaré mucho en morir, así que... ¿Por qué he de cargar con el peso adicional de ir envejeciendo, aunque sea muy despacio?

–No intentes ocultarte detrás de la necesidad, Zakalwe. Podrías haber cambiado

de vida. No tienes por qué llevar ese tipo de existencia. Podrías haberte unido a la Cultura convirtiéndote en uno de nosotros. Podrías haber intentado vivir como nosotros, pero...

–¡Sma! –exclamó, y se volvió hacia ella–. Esa vida es para gente como tú, no para alguien como yo. Crees que obré mal al pedirlos que estabilizarais mi edad y consideras que la inmortalidad..., no, incluso el mero hecho de pensar en la inmortalidad es algo reprochable. De acuerdo, puedo entenderlo. En vuestra sociedad y teniendo en cuenta la existencia que lleváis me parece lógico. Vivís vuestros trescientos cincuenta o cuatrocientos años y sabéis que no habrá nada que os impida llegar al final de vuestra existencia. Morís sin llevar las botas puestas, pero yo... No funcionaría. Yo no poseo esa certidumbre. Yo disfruto contemplando el paisaje desde el borde del precipicio, Sma. Me gusta sentir la caricia del vendaval en mi rostro, y sé que moriré más pronto o más tarde, y lo más probable es que muera de una forma violenta. Puede que incluso de una forma estúpida, porque así es como suele ocurrir. Logras escapar a las bombas atómicas y a los asesinos más terribles..., y de repente te atragantas con una espina de pescado y mueres asfixiado, pero... ¿a quién le importa eso? Vuestra sociedad se basa en la ausencia de cambios y la mía..., la mía se basa en la edad. Pero los dos podemos estar seguros de una cosa, y es que ambos moriremos.

Sma clavó los ojos en el suelo y juntó las manos detrás de la espalda.

–De acuerdo –dijo–. Pero no olvides quién te ha proporcionado ese paisaje visto desde el borde del precipicio.

Él la miró y sonrió con cierta tristeza.

–Sí, no olvido que me habéis salvado la vida. Pero también me habéis mentido. Me enviasteis..., no, escucha y no me interrumpas..., me enviasteis a misiones condenadamente estúpidas en las que acabé descubriendo que me hallaba en el lado opuesto a aquel en que creía estar, me obligasteis a luchar por aristócratas incompetentes a los que me habría encantado estrangular en guerras donde no sabía que estabais apoyando a los dos bandos, me llenasteis las pelotas con semen alienígena que se suponía debía meter en el útero de una pobre hembra..., faltó muy poco para que me mataran..., hubo una docena de ocasiones o más en que escapé a la muerte por los pelos y...

–Nunca me has perdonado el que te regalara ese sombrero, ¿verdad? –preguntó Skaffen-Amtiskaw con un tono de amargura muy poco convincente.

–Oh, Cheradenine... –dijo Sma–. No intentes fingir que no te lo has pasado bien.

–Sma, no todo ha sido «diversión», créeme. –Se apoyó en un armario de cristal que contenía viejas armas de proyectiles y la miró–. Y lo peor de todo llega cuando se os ocurre dar la vuelta a los malditos mapas...

–¿Qué? –preguntó Sma, perpleja.

–Cuando dais la vuelta a los mapas –repitió él–. ¿Tienes idea de lo increíblemente molesto e irritante que resulta llegar a un sitio y descubrir que su sistema cartográfico no se rige por los principios que han sido utilizados al confeccionar los mapas de que dispones? Oh, la razón puede ser cualquier estupidez, como por ejemplo el que alguien crea que la aguja de una brújula apunta al cielo cuando otras personas creen que es más pesada y siempre apunta hacia abajo, o porque el mapa se ha hecho guiándose por el ángulo de inclinación respecto al plano galáctico, o... Comprendo que esto quizá te parezca trivial, pero te aseguro que puede ponerte muy nervioso.

–Zakalwe, no tenía ni idea de que... Permite que te ofrezca mis más sinceras disculpas y las de toda la Sección de Circunstancias Especiales..., no, las de todo Contacto y..., no, te pido disculpas en nombre de toda la Cultura y..., no, será mejor que te pida disculpas en nombre de todas las especies inteligentes y...

–Sma, zorra implacable, estoy intentando hablar en serio.

–No, no creo que estés intentando hablar en serio. Eso de los mapas...

–¡Pero te aseguro que es verdad! ¡Los mapas están del revés!

–Entonces debe de existir alguna razón para ello –dijo Diziet Sma.

–¿Cuál? –preguntó él.

–La psicología –dijeron Sma y la unidad al mismo tiempo.

–¿Dos trajes? –preguntó Sma un rato después.

Estaba observándole mientras terminaba de escoger el equipo que necesitaría. Seguían en la minibodega utilizada como armería, pero Skaffen-Amtiskaw les había abandonado diciendo que se le ocurrían formas de pasar el tiempo más interesantes que ver a un niño escogiendo juguetes.

Había hablado con un tonillo tan claramente acusatorio que el «niño» se quedó quieto y alzó los ojos hacia su rostro.

–Sí, dos trajes. ¿Qué pasa?

–Zakalwe, sé que ese tipo de trajes pueden utilizarse para mantener prisionero a alguien. No son una mera protección.

–Sma... Si tengo que sacar a ese tipo de un ambiente hostil sin contar con ayuda directa de vosotros porque tenéis que manteneros lo más lejos posible dando la impresión de pureza y nobles motivos habituales en la Cultura, por muy falsos que sean, me apresuro a añadir, necesitaré ciertas herramientas, y un par de auténticos trajes JTT son dos de las herramientas que necesitaré.

–Un traje –dijo Sma.

–Sma, ¿es que no confías en mí?

–Un traje –repitió Sma.

–¡De acuerdo, maldita sea!

Se inclinó sobre el montón de equipo que había ido escogiendo, cogió un traje y

lo apartó de un manotazo.

–Cheradenine... –dijo Sma adoptando un tono de voz súbitamente conciliador–. Recuerda que necesitamos la..., la aquiescencia y el compromiso de Beychae, no su mera presencia física. Esa es la razón por la que no podíamos limitarnos a suplantarle o a manipular su mente y...

–Sma, creo que me estás enviando allí precisamente para que manipule su mente, ¿no?

–De acuerdo, tienes razón –dijo Sma en un tono de voz repentinamente nervioso. Hizo entrecostar sus manos dando una palmada casi inaudible y puso cara de sentirse incómoda–. Por cierto, Cheradenine... Eh... ¿Cuáles son tus planes? Sé que no debo pedirte un perfil de misión ni nada tan remotamente formal como eso, pero... ¿cómo piensas arreglártelas para llegar hasta Beychae?

–Haré que sea Beychae quien quiera llegar hasta mí –dijo él, y suspiró.

–¿Cómo?

–Me bastará con una palabra.

–¿Una palabra?

–Un nombre.

–¿Qué nombre? ¿El tuyo?

–No. Cuando trabajé como consejero de Beychae se suponía que mi nombre debía ser mantenido en secreto, pero a estas alturas supongo que ya se habrán producido muchas filtraciones. Resultaría demasiado peligroso, así que utilizaré otro nombre.

–Aja.

Sma le contempló con expresión francamente expectante, pero él no dijo nada más y volvió a concentrar su atención en la tarea de escoger el equipo que se llevaría consigo.

–Beychae se encuentra en esa universidad de la que me has hablado, ¿verdad? –preguntó sin mirarla.

–Sí. Se pasa la vida en los archivos, pero hay muchos archivos. Beychae se desplaza continuamente, y siempre hay centinelas a su alrededor.

–Muy bien –dijo él–. Si quieres hacer algo útil, intenta averiguar todo lo que puedas sobre cuáles son las necesidades y deseos de esa universidad.

Sma se encogió de hombros.

–Beychae vive en una sociedad capitalista. ¿Qué opinarías del dinero?

–Oh, te aseguro que de eso ya me encarga... –empezó a decir él, pero no terminó la frase callado. Alzó la cabeza y le lanzó una mirada impregnada de suspicacia–. Supongo que dispongo de la máxima capacidad de maniobra posible en cuanto respecta a gastar dinero, ¿verdad?

–Gastos ilimitados –dijo Sma asintiendo con la cabeza.

–Estupendo... –dijo él. Sonrió y la contempló en silencio durante unos

momentos—. ¿Cuál será la fuente del dinero que voy a utilizar? ¿Una tonelada de platino? ¿Sacos de diamantes? ¿Mi propio banco particular?

—Bueno..., más o menos algo así como tu banco particular, sí —dijo Sma—. Después de la última guerra hemos estado construyendo algo llamado la Fundación Vanguardia. Es un imperio comercial comparativamente ético que se ha ido expandiendo con rapidez, pero de una forma bastante discreta. Tus gastos ilimitados serán financiados por esa entidad.

—Perfecto. Teniendo en cuenta que puedo gastar sin ninguna clase de limitaciones supongo que optaré por ponerme en contacto con esa universidad y le ofreceré montones de dinero, pero sería mejor disponer de alguna cosa más concreta con la que pudiéramos tentarles.

—De acuerdo —dijo Sma asintiendo con la cabeza. Frunció el ceño y movió una mano señalando el traje de combate—. Oye, ¿cómo llamaste antes a ese trasto?

—Oh —dijo por fin después de haberla contemplado durante unos momentos como si no supiera de qué le estaba hablando—. Es un traje JTT.

—Sí, un «auténtico traje JTT», eso es lo que dijiste..., pero creía conocer toda la nomenclatura y nunca había oído utilizar ese acrónimo. ¿Qué quiere decir?

—Quiere decir traje jódete-tú—también.

Zakalwe sonrió.

Sma chasqueó la lengua.

—No me lo digas... Tendría que habérmelo imaginado, ¿verdad?

Dos días después estaban en el hangar del *Xenófobo*. El piquete ultrarrápido había salido de la bodega del VGS el día anterior para poner rumbo hacia el sistema de Voerenhutz. Las velocidades que alcanzó habían sido muy considerables, por lo que la operación de frenado sería bastante drástica. Sabía que no le quedaba mucho tiempo, y ya había empezado a colocar todo el equipo que necesitaría dentro de la cápsula que le llevaría hasta la superficie del planeta donde se encontraba Tsoldrin Beychae. La primera etapa de su viaje por el interior del sistema se realizaría en un módulo rápido con capacidad para acoger a tres personas, que se estacionaría en la atmósfera de un gigante gaseoso cercano. El *Xenófobo* aguardaría en el espacio interestelar y estaría preparado para prestarle su ayuda si ésta llegaba a ser necesaria.

—¿Estás seguro de que no quieres que Skaffen-Amtiskaw vaya contigo? —le preguntó Sma.

—Estoy totalmente seguro. Puedes quedarte con ese gilipollas aerotransportado, y espero que disfrutes de su compañía.

—¿Quieres alguna otra unidad?

—No.

—¿Un proyectil cuchillo?

–¡Diziet, no! No quiero a Skaffen-Amtiskaw ni a ningún otro trasto que se crea capaz de pensar por sí mismo.

–Eh, tranquilo, puedes hablar de mí con toda libertad –murmuró Skaffen-Amtiskaw–. Como si no estuviera aquí...

–Ojalá no estuvieras aquí, unidad.

–Te aseguro que yo también adoro la soledad, y en cuanto a eso de que ojalá no estuvieras aquí lo suscribo con todo mi entusiasmo –dijo la máquina.

–Si yo fuera tu fábrica ya habría desguazado a todos los modelos de tu serie por defectuosos –replicó él mirando fijamente a la unidad.

–Francamente –dijo Skaffen-Amtiskaw con voz altiva–, nunca he entendido qué puede haber de tan maravilloso en algo con un ochenta por cien de agua.

–Bueno, bueno... –dijo Sma–. Ya conoces todos los datos relevantes para la misión, ¿verdad?

–Sí –dijo él poniendo cara de cansancio.

Se inclinó para colocar el rifle de plasma dentro de la cápsula y el gesto hizo ondular la esbelta musculatura de su cuerpo bronceado. Sólo llevaba puestos unos pantalones cortos. Sma vestía una túnica con capucha, y su cabellera aún estaba algo revuelta a causa de la almohada. Según el horario de la nave, era casi de madrugada.

–¿Sabes con qué personas has de ponerte en contacto? –preguntó Sma–. ¿Y recuerdas quién está a cargo de qué, y en qué bando...?

–¿Y lo que he de hacer si mi línea de crédito se corta de repente? Sí, lo sé todo y me acuerdo de todo.

–Si..., cuando entres en contacto con Beychae dirígete a...

–El encantador y soleado sistema de Impren –canturreó él–, donde hay montones de nativos amistosos que viven en una amplia gama de habitáculos ecológicamente irreprochables y que son de lo más neutral.

–Zakalwe... –dijo Sma. Le cogió el rostro entre las manos y le besó–. Espero que todo salga bien.

–Yo también, por extraño que pueda parecer –dijo él.

Le devolvió el beso y fue Sma la que acabó apartándose. Meneó la cabeza, sonrió y fue recorriendo el cuerpo de la mujer con la mirada.

–Ah... Algún día, Diziet.

Sma meneó la cabeza e intentó sonreír, pero la sonrisa no le salió demasiado sincera.

–No a menos que esté inconsciente o muerta, Cheradenine.

–Oh. Entonces..., ¿puedo seguir albergando esperanzas?

Sma le dio una fuerte palmada en el trasero.

–En marcha, Zakalwe.

Se metió dentro del traje de combate blindado y los servomecanismos fueron

cerrando los sellos a su alrededor. Alzó una mano y activó el casco.

Cuando miró a Sma su expresión se había vuelto muy seria.

–Asegúrate de que sabéis dónde...

–Sabemos dónde está –se apresuró a decir Sma.

Contempló el suelo del hangar durante unos momentos como si no la hubiera oído, alzó la cabeza y sonrió.

–Estupendo –dijo mirándola a los ojos mientras hacía entrecostar sus manos enguantadas–. Bien, tengo que partir. Nos veremos luego..., si hay suerte.

Entró en la cápsula.

–Cuídate, Cheradenine –dijo Sma.

–Sí, cuida de ese repugnante trasero hendido tuyo –dijo Skaffen-Amtiskaw.

–Puedes estar seguro de que lo cuidaré –dijo él, y se despidió de los dos enviándoles un beso con la punta de los dedos.

Del Vehículo General de Sistemas al piquete ultrarrápido al módulo a la cápsula al traje inmóvil sobre el frío polvo del desierto con un hombre dentro de él.

El hombre subió el visor y contempló lo que le rodeaba mientras se limpiaba las gotitas de sudor de la frente. Estaba anocheciendo. La luz de las dos lunas y los últimos rayos del sol que caían sobre la meseta le permitían ver la roca cubierta de escarcha blanquecina del final de la meseta sobre la que se encontraba. Más allá estaba el inmenso tajo a través del desierto que acogía la vieja ciudad semiabandonada en la que vivía Tsoldrin Beychae.

Las nubes flotaban a la deriva por el cielo, y el polvo iba cubriéndolo todo.

–Bueno... –suspiró el hombre sin dirigirse a nadie en particular, y alzó los ojos para contemplar otro cielo que tampoco le resultaba familiar–. Aquí estamos de nuevo.

VIII

El hombre se encontraba sobre un pequeño promontorio de arcilla y contemplaba las raíces del árbol que iban siendo reveladas por el gorgoteo del torrente de agua amarronada. La lluvia caía sobre él, y el cada vez más caudaloso riachuelo de aguas marrones embestía las raíces del árbol envolviéndolas en chorros de espuma. La lluvia había reducido la visibilidad a unos doscientos metros y había empapado hacía ya mucho rato el uniforme del hombre pegándoselo a la piel. La tela del uniforme era de color gris, pero la lluvia y el barro la habían vuelto de un marrón oscuro. Había sido un precioso uniforme que le sentaba estupendamente, pero la lluvia y el barro lo habían reducido a la categoría de unos harapos.

El árbol se fue inclinando lentamente y cayó sobre el torrente marrón proyectando un surtidor de fango que cayó sobre el hombre, quien retrocedió un par de pasos y alzó el rostro hacia la bóveda grisácea del cielo para dejar que la lluvia fuese lavando la capa de fango de su piel. El gran árbol caído bloqueaba el turbulento torrente de agua marrón y no tardó en desviar una parte del caudal hacia el promontorio de arcilla. El hombre tuvo que retroceder un poco más siguiendo una tosca pared de roca hasta llegar a una explanada de cemento lleno de grietas y baches que se extendía por delante de él hasta terminar en una casita feísima que parecía encogerse sobre la cima de la colina de cemento. El hombre se quedó inmóvil observando el lento hincharse del río marrón. Las aguas fueron royendo el pequeño istmo de arcilla y el promontorio acabó derrumbándose. El árbol perdió su punto de apoyo en aquel lado del río, giró sobre sí mismo impulsado por el torrente y dio comienzo al viaje que le llevaría hasta el valle y las colinas que había más allá. El hombre contempló la precaria orilla que se extendía al otro lado del torrente y las raíces del gran árbol que asomaban de la tierra como cables rotos, acabó dándose la vuelta y subió lentamente la cuesta que llevaba a la casita.

Caminó a su alrededor. El cuadrado de cemento sobre el que se hallaba tenía casi medio kilómetro de lado y seguía estando rodeado por el agua. Las olas marrones acariciaban sus contornos en todas direcciones. Las torres de las viejas estructuras metálicas que llevaban muchísimo tiempo sin ser reparadas se alzaban por entre los velos de lluvia como gigantes acucillados sobre la resquebrajada superficie de cemento, y hacían pensar en las piezas olvidadas de un juego colosal. La inmensidad de cemento que la rodeaba hacía que la casita resultara ridícula, y el mero hecho de su proximidad a las máquinas abandonadas hacía que pareciese aún más grotesca.

El hombre caminó alrededor del edificio volviendo la cabeza en todas direcciones, pero no descubrió nada que deseara ver y acabó entrando en él.

La asesina se encogió sobre sí misma en cuanto abrió la puerta. La sillita de

madera a la que estaba atada se encontraba apoyada en una cómoda. El equilibrio era bastante precario y el brusco movimiento de su cuerpo hizo que las patas se deslizaran con un chirrido sobre el suelo de piedra. La sillita y la chica cayeron al suelo con un estrépito considerable. La cabeza de la chica se estrelló contra las losas de piedra y el dolor la hizo gritar.

El hombre dejó escapar un suspiro. Fue hacia ella –las suelas de sus botas gemían a cada paso que daba– y tiró de la silla hasta apoyar las patas en el suelo mientras apartaba de una patada un trozo de cristal desprendido de un espejo roto. La chica colgaba fláccidamente de sus ataduras, pero el hombre sabía que su desmayo era fingido. Maniobró la silla hasta dejarla en el centro de la habitación observando atentamente a la chica todo el rato y manteniéndose lo más lejos posible de su cabeza. Cuando la estaba atando la chica se las había arreglado para darle un cabezazo en la cara, y faltó muy poco para que el impacto le rompiera la nariz.

Examinó sus ataduras. La cuerda que le inmovilizaba las manos por detrás de la silla estaba algo deshilachada. La chica debía de haber estado intentando cortarla con el trozo de espejo roto que había encontrado sobre la cómoda.

El hombre la dejó en el centro de la habitación colgando como un fardo inerte pensando que podría observarla mejor en esa posición, fue hacia la cavidad tallada en uno de los gruesos muros de la casita que contenía la cama y se dejó caer sobre ella. Las sábanas estaban sucias, pero el cansancio y el haber quedado calado hasta los huesos hicieron que no le importase demasiado.

Escuchó el repiqueteo de la lluvia sobre el tejado, el susurro del viento que entraba gimiendo por el marco de la puerta y las grietas de los postigos y el lento golpeteo de las gotas que lograban deslizarse a través de las hendiduras del techo para acabar cayendo sobre las losas del suelo. Aguzó el oído intentando captar el sonido inconfundible de los helicópteros, pero no había ninguno cerca. Carecía de radio y, de todas formas, no estaba muy seguro de que supieran dónde debían buscarle. La búsqueda sería todo lo intensa que permitía el mal tiempo, pero los observadores estarían concentrando sus esfuerzos en localizar su vehículo, y el vehículo había desaparecido arrastrado por la avalancha marrón del torrente. Lo más probable era que necesitaran días para encontrarle.

Cerró los ojos y empezó a quedarse dormido casi enseguida, pero era como si la consciencia de haber sido derrotado no estuviera dispuesta a permitirle ni tan siquiera esa vía de escape, y logró encontrarle incluso allí llenando su mente con imágenes de inundación y derrota acosándole con tal persistencia que acabó expulsándole del único sitio en el que podía reposar para devolverle al dolor continuado de la vigilia. Se frotó los ojos, pero el agua sucia que se había deslizado sobre sus manos hizo que se los llenara de granitos de arena y motas de tierra. Limpió un dedo lo mejor que pudo frotándolo con las mugrientas sábanas y se lavó los ojos con un poco de saliva,

porque temía que si permitía que las lágrimas fluyeran de ellos quizá pasaría el resto de su vida llorando.

Volvió la cabeza hacia la chica. Estaba fingiendo que empezaba a recuperar el conocimiento. Pensó que ojalá hubiera tenido las energías y el tipo de temperamento necesarios para ir hacia ella y golpearla, pero estaba demasiado cansado y era excesivamente consciente de que un acto semejante sería más bien patético. Usarla para desahogar la frustración de ver a todo un ejército derrotado no serviría de nada. Golpear a un individuo –especialmente a una mujer indefensa y bizca–, sería un intento tan lamentablemente ridículo y mezquino de hallar una compensación a un desastre de tales magnitudes que aun suponiendo que lograra salir de aquella situación con vida siempre lamentaría haber hecho algo semejante.

La joven dejó escapar un gemido bastante melodramático. Un hilillo de mucosidad se desprendió de su nariz y cayó sobre la tela de su chaquetón.

El hombre puso cara de asco y apartó la mirada.

Oyó que tragaba aire ruidosamente por la nariz. Cuando volvió a mirarla tenía los ojos abiertos y estaba observándole con una considerable malevolencia. Su bizquera no era demasiado pronunciada, pero le irritaba bastante más de lo que habría resultado lógico esperar de un defecto tan pequeño. Pensó que si hubiera podido darse un baño y ponerse algo decente casi la habría encontrado bonita, pero en las circunstancias actuales... Su cuerpo estaba enterrado dentro de un grueso chaquetón manchado de barro y su rostro quedaba casi totalmente oculto por el cuello del chaquetón y por su larga y sucia cabellera. Pellas de barro casi iridiscente unían las puntas de algunos mechones a la tela del chaquetón. La chica se removió de una forma bastante extraña, como si estuviera rascándose la espalda contra la silla. El hombre no logró decidir si estaba comprobando la resistencia de las cuerdas que la inmovilizaban o si tenía problemas con las pulgas.

Dudaba que la hubieran enviado para matarle, y estaba casi seguro de que su uniforme de auxiliar correspondía a lo que era en realidad. Lo más probable era que la hubiesen dejado atrás durante una retirada y se hubiera dedicado a vagabundear de un lado a otro porque estaba demasiado asustada o era demasiado estúpida u orgullosa para rendirse, hasta que vio su vehículo justo cuando estaba teniendo dificultades en la hondonada invadida por las aguas del torrente. Su intento de matarle había sido valeroso, pero bastante risible. El disparo que acabó con su chófer dio en el blanco por pura casualidad; el segundo proyectil se deslizó a lo largo de su sien dejándole aturdido mientras ella arrojaba el arma vacía a un lado y saltaba dentro del compartimento blandiendo su cuchillo. El vehículo sin conductor había empezado a resbalar por una pendiente cubierta de hierba y terminó cayendo al torrente de aguas marrones.

Qué acto tan increíblemente estúpido... Había momentos en que las heroicidades

le revolvían el estómago porque le parecían un insulto al soldado que sopesaba los riesgos de la situación y tomaba decisiones tranquilas y astutas basadas en la experiencia y la imaginación practicando el tipo de ciencia militar discreta y nada amante del exhibicionismo que no ganaba medallas, pero sí guerras.

El impacto del proyectil hizo que cayera al asiento posterior del compartimento mientras el vehículo bailaba y se agitaba de un lado a otro atrapado en las garras del torrente que había adquirido una fuerza tan inesperada gracias a la lluvia. La mujer casi consiguió enterrarle bajo el grosor de su voluminoso chaquetón. Estar atrapado en una posición tan incómoda con la cabeza aún vibrando a causa del disparo que le había arañado el cráneo, hizo que no pudiera quitársela de encima con un buen puñetazo. Durante aquellos minutos de absurdo y frustrante confinamiento la lucha con la chica le pareció un microcosmos de la llanura enfangada en la que había quedado atascado su ejército. Poseía la fuerza necesaria para dejarla sin sentido de un solo golpe, pero lo reducido del campo de batalla y el peso del chaquetón que la protegía le habían estorbado y habían logrado mantenerle aprisionado hasta que fue demasiado tarde.

El vehículo chocó con la isla de cemento y volcó arrojándoles sobre la corroída superficie grisácea. La chica dejó escapar un grito y alzó el cuchillo que había permanecido todo aquel tiempo envuelto en los pliegues del chaquetón verde, pero el gesto le proporcionó la largamente esperada ocasión de asestar el puñetazo y sentir el satisfactorio impacto de sus dedos contra su mentón.

La chica se derrumbó sobre el cemento. El hombre se volvió con el tiempo justo de ver la superficie metálica de la capota deslizándose a lo largo del filo de cemento. El vehículo seguía estando de lado y la marea marrón hizo que se hundiera casi inmediatamente.

Se volvió hacia ella y sintió la tentación de patear aquel cuerpo inconsciente, pero se conformó con patear el cuchillo y enviarlo dando vueltas por los aires en dirección al río para que siguiera al vehículo que había desaparecido bajo las aguas.

–Perderéis –dijo la joven casi escupiendo las palabras–. No podréis vencernos.

Estaba tan irritada que se removi6 haciendo vibrar la sillita.

–¿Qué? –exclamó el hombre volviendo a la realidad.

–Venceremos –dijo ella.

Se agitó con tal violencia que las patas arañaron el suelo de piedra.

«Maldición –pensó él–, ¿por qué se me habrá ocurrido atarla a una silla?»

–Puede que tengas razón –dijo con voz cansada–. De momento las cosas tienen un aspecto bastante..., bastante húmedo, lo admito. ¿Te sientes mejor ahora?

–Vas a morir –dijo la chica mirándole fijamente.

–Oh, sí –dijo él–. No hay cosa más segura que la muerte.

Alzó los ojos para contemplar las goteras del techo.

–Somos invencibles. Nunca nos rendiremos.

–Bueno, creo recordar ocasiones anteriores en que habéis demostrado ser francamente fáciles de vencer.

Repasó mentalmente la historia de aquel planeta y suspiró.

–¡Fuimos traicionados! –gritó la chica–. Nuestros ejércitos jamás han sido derrotados. Fuimos...

–Lo sé, lo sé... Os apuñalaron por la espalda.

–¡Sí! Pero nuestro espíritu jamás morirá. Nosotros...

–¡Oh, vamos! ¡Cállate de una vez! –Sacó las piernas de la cama y se encaró con ella–. Ya he oído esas gilipolleces antes. «Nos robaron la victoria, los de la retaguardia nos dejaron abandonados a nuestra suerte, los medios de comunicación estaban contra nosotros...» Mierda. –Se pasó una mano por entre los empapados mechones de su cabellera–. Sólo quienes son muy jóvenes o muy estúpidos creen que las guerras son algo reservado a los militares. Basta con que las noticias puedan viajar más deprisa que un jinete o un ave entrenada para transportar mensajes y toda la maldita nación se encuentra luchando. Ése es vuestro espíritu y vuestra voluntad, no el recluta pegado al terreno. Si perdéis perdéis, y deja de gimotear. Si no hubiera sido por esta jodida lluvia ya habríais sido derrotados. –Alzó una mano al ver que la chica tragaba aire disponiéndose a replicarle–. Y no, no creo que Dios esté de vuestro lado.

–¡Hereje!

–Gracias.

–¡Espero que tus hijos mueran! ¡Y lo más lentamente posible!

–Hmmm –dijo él–. No estoy demasiado seguro de reunir las cualificaciones adecuadas, pero si las poseo me temo que deberás esperar mucho tiempo para verles morir. –Se dejó caer sobre la cama, puso cara de perplejidad y volvió a incorporarse apoyándose en un codo–. Mierda... Deben empezar a lavaros el cerebro de muy jovencitos, ¿no? Lo que acabas de decir es algo terrible, pero teniendo en cuenta que eres una mujer aún me lo parece más.

–Nuestras mujeres son más hombres que vuestros hombres –se burló la mujer.

–Y aun así os las arregláis para reproduciros... Supongo que no debe de haber mucho donde escoger, ¿eh?

–¡Espero que tus hijos sufran y tengan una muerte horrible! –aulló la chica.

–Bueno, si es lo que sientes... –Suspiró y volvió a tumbarse en la cama–. En tal caso, me temo que no puedo desearte ningún destino peor que ser la gilipollas que está claro eres.

–¡Bárbaro! ¡Infidel!

–A este paso pronto te quedarás sin insultos, y te aconsejaría que dejaras unos cuantos en reserva para más tarde. Aunque me parece que mantener fuerzas en

reserva nunca es algo que se os haya dado muy bien, ¿verdad?

–¡Os aplastaremos!

–Eh, tranquila. No puedo estar más aplastado... –Agitó lánguidamente una mano—. Y ahora, haz el favor de callarte, ¿quieres?

La chica volvió a aullar y se debatió haciendo temblar la sillita.

«Quizá debería agradecer esta ocasión de olvidar las responsabilidades del mando –pensó—. Los cambios minuto a minuto que se producen en todo aquello que esos imbéciles no saben resolver por sí solos y que te atrapan de una forma tan implacable y segura como el barro; el continuo chorrear de informes sobre unidades inmovilizadas, arrastradas por las aguas, atrapadas, diezmadas por las deserciones o retirándose de posiciones vitales, los gritos pidiendo ayuda, relevos, refuerzos, más camiones, más tanques, más balsas, más comida, más radios...» Cuando las cosas llegaban más allá de cierto punto ya no podía hacer nada. Lo único que podía hacer era acusar recibo de los informes, replicar, rechazar, ganar tiempo, ordenar que siguieran resistiendo..., nada, nada. Los informes seguían llegando y se acumulaban como si fuesen un mosaico de papel compuesto por un millón de piezas del mismo color revelándole la imagen de un ejército que se iba desintegrando poco a poco después de que la lluvia lo hubiera reblandecido igual que a una hoja de papel volviéndolo frágil, desgarrable y más insustancial a cada momento que pasaba.

Quedar atrapado aquí le había permitido escapar a todo aquello, pero en lo más profundo de su ser no lo agradecía y no se alegraba de ello. Estaba furioso y no soportaba el encontrarse alejado de las decisiones, el tener que dejarlo todo en las manos de los demás, el quedar distanciado del centro y de saber lo que estaba ocurriendo. Su nerviosismo y su preocupación eran curiosamente parecidos a los de la madre cuyo hijo acaba de partir hacia la guerra, y la inercia imparable de aquel proceso y su impotencia para detenerlo hacían que sintiera deseos de llorar o ponerse a dar gritos aun sabiendo que no servirían de nada. (Entonces se le pasó por la mente que en realidad aquel proceso no requería la existencia de ninguna clase de fuerzas enemigas. La batalla era él y el ejército que estaba bajo su mando enfrentándose a los elementos. El tercer bando en discordia resultaba superfluo.)

Primero las lluvias, después el que hubieran alcanzado una intensidad sin precedentes, después el corrimiento de tierras que le había separado del resto del convoy de mando, después esta condenada idiota aspirante a asesina...

Volvió a erguirse y apoyó la cabeza en las manos.

Quizá había intentado estar en todas partes a la vez. La semana pasada sólo había dormido diez horas, y eso podía haber nublado su mente haciéndole tomar decisiones equivocadas. O... Quizá había dormido demasiado. Se preguntó si una hora o dos más despierto habrían podido cambiar significativamente la situación actual.

–¡Espero que te mueras! –graznó la voz de su prisionera.

Frunció el ceño y la miró preguntándose por qué había interrumpido el curso de sus pensamientos, y deseó que se callara de una vez. Quizá debiera amordazarla.

–Te estás retirando –observó–. Hace un minuto me aseguraste que moriría.

Volvió a dejarse caer sobre la cama.

–¡Bastardo! –la oyó gritar.

La miró, y pensó que tan prisionero era él tumbado en la cama como ella atada en la sillita. Los mocos estaban volviendo a acumularse debajo de su nariz. Se apresuró a apartar la mirada.

Oyó un resoplido seguido por un escupitajo. Si hubiera tenido fuerzas para ello habría sonreído. La chica acababa de mostrarle su desprecio escupiendo. ¿Qué era su hilillo de saliva comparado con el diluvio que estaba ahogando a una máquina de guerra en cuya creación y adiestramiento había invertido dos años enteros de su vida?

Y ¿por qué, oh, por qué de entre todos los objetos posibles había tenido que atarla nada menos que a una silla? Quizá fuera un intento de obrar contra sí mismo y conseguir que el destino y el azar parecieran redundantes. Una silla; una chica atada a una silla..., más o menos la misma edad, quizá un poco mayor..., pero la misma delgadez, con un chaquetón engañoso que se esforzaba por crear la impresión de que era más corpulenta y no lo conseguía. Más o menos la misma edad, más o menos la misma silueta...

Meneó la cabeza mientras intentaba que sus pensamientos se alejaran de aquella batalla y aquel fracaso.

Se dio cuenta de que la chica le estaba mirando y volvió a menear la cabeza.

–Cállate, cállate –dijo con voz cansada.

Sabía que el tono empleado no resultaba nada convincente, pero se sentía incapaz de hablar con más autoridad.

Y la chica se calló. Increíble...

Las lluvias y ella... A veces deseaba que le fuera posible creer en el Destino. Quizá hubiese momentos en que la fe en los dioses ayudara un poco. A veces –como ahora, cuando todas las cosas se volvían contra él y cada curva del camino que seguía le hacía enfrentarse con otro salvaje retorcimiento del cuchillo clavado en su herida, otro golpe de martillo sobre los morados que ya tenía– quizá le reconfortaría pensar que todo estaba predestinado y decidido de antemano, que todo estaba escrito y que bastaba con que te limitaras a ir pasando las páginas de un gran libro inviolable e imposible de alterar... Quizá nunca llegarás a tener la oportunidad de escribir tu propia historia (con lo cual incluso su nombre, ese pobre intento de fijar condiciones, se estaría burlando de él).

No quería saber qué debía pensar. ¿Sería un destino tan ridículo y asfixiante como parecían creer ciertas personas?

No quería estar aquí. Quería estar allí donde el ajetreado ir y venir de los informes

y las decisiones bastaba para ahogar cualquier otro tráfico de ideas que pudiera tener lugar dentro de su mente.

–Estáis siendo derrotados. Habéis perdido esta batalla, ¿verdad?

Pensó en no responder, pero se dio cuenta de que la chica interpretaría su silencio como una señal de debilidad y seguiría hablando.

–Qué observación tan aguda e inteligente –suspiró–. Me recuerdas a algunas de las personas que planearon esta guerra. Ellas también son bizcas, estúpidas e incapaces de moverse...

–¡No soy bizca! –gritó la chica.

Se echó a llorar. El peso de los sollozos que hicieron temblar su cuerpo y crearon más pliegues en su chaquetón la obligó a inclinar la cabeza hacia adelante y la sillita crujió ruidosamente.

Su larga y sucia cabellera le ocultaba la cara y caía desde su cabeza hasta las enormes solapas de su chaquetón. El llanto la había encorvado hacia adelante de tal forma que sus brazos quedaban casi al nivel del suelo. Deseó tener la energía necesaria para ir hacia ella y consolarla o destrozarle la cabeza..., cualquier cosa que pudiera acabar con todo aquel estrépito innecesario.

–De acuerdo, de acuerdo, no eres bizca... Lo siento.

Se echó hacia atrás con un brazo encima de los ojos albergando la esperanza de que su tono de voz hubiera sonado convincente, pero con la seguridad de que había resultado tan poco sincero como realmente era.

–¡No quiero tu simpatía!

–Lo siento de nuevo. Retiro lo que había retirado antes.

–Bueno... Yo no... No es más que... un pequeño defecto, y no impidió que la junta de reclutamiento me aceptara.

(Recordó que también estaban reclutando niños y jubilados, pero no se lo dijo.) La chica intentó limpiarse la cara con las solapas del chaquetón.

Tragó aire por la nariz haciendo mucho ruido y cuando alzó la cabeza echando el cabello hacia atrás él vio una enorme gota de mocos suspendida en la punta de la nariz de la chica. Se puso en pie sin pensarlo –el cansancio que se había adueñado de su cuerpo lanzó un alarido de muda indignación–, y arrancó un trozo de la cortinilla que colgaba sobre el nicho de la cama mientras iba hacia ella.

La chica le vio venir sosteniendo el trozo de tela entre los dedos de una mano y gritó con toda la fuerza de sus pulmones. El esfuerzo de anunciar al mundo regido por la lluvia que había fuera del edificio que estaba a punto de ser asesinada la dejó sin aire. Sus convulsiones hacían bailar la silla, y el hombre tuvo que saltar hacia adelante y poner un pie sobre una de las varillas que había entre las patas para impedir que cayera al suelo.

Le puso el trozo de tela sobre la cara.

La chica dejó de luchar. Su cuerpo se quedó totalmente flácido. No intentó oponer resistencia o debatirse, pues sabía que sus esfuerzos serían totalmente inútiles.

–Estupendo –dijo él sintiendo un gran alivio–. Y ahora, sopla por la nariz.

La chica le obedeció.

El hombre apartó el trozo de tela, lo dobló, volvió a colocarlo sobre su cara y le dijo que volviera a soplar por la nariz. La chica lo hizo. El hombre volvió a doblar el trozo de tela y se lo pasó por la nariz frotándosela con bastante fuerza. La chica chilló, y el hombre pensó que debía de tener la piel de esa zona algo irritada. Volvió a suspirar y arrojó el trozo de tela al suelo.

No fue a la cama porque acostarse sólo parecía servir para adormilarle y hacerle pensar, y no quería dormir porque tenía la sensación de que quizá no volviera a despertar y no quería pensar porque eso no le llevaría a ninguna parte.

Giró sobre sí mismo y fue hacia la puerta, que estaba tan cerca de él como cualquier otro punto del edificio y seguía entreabierta. Las gotas de lluvia repiqueteaban en el umbral.

Pensó en los otros comandantes. Maldición... El único en el que confiaba era Rogtam-Bar, y todavía le faltaban unos cuantos años para que pudiera asumir el mando. Odiaba que le colocaran en situaciones de aquel tipo. Aterrizar en una estructura de mando ya establecida –y normalmente corrupta y dominada por el nepotismo–, y verse obligado a asumir tal cantidad de obligaciones y deberes que cualquier ausencia o vacilación, e incluso cualquier descanso, permitían que los imbéciles de los que estaba rodeado tuvieran la ocasión de estropearlo todo siempre, había sido su peor pesadilla. «Pero, naturalmente –se dijo a sí mismo–, ¿acaso ha existido algún general que aceptara con alegría la perspectiva de asumir el mando y se sintiera feliz por poder ejercerlo?»

Bueno, tampoco les había dejado gran cosa, ¿verdad? Unos cuantos planes tan enloquecidos que estaba casi totalmente seguro no podrían salir bien, sus intentos de utilizar armas no demasiado obvias... Una parte demasiado grande de todo lo que había intentado hacer seguía estando dentro de su cabeza. El interior de su cabeza era el único lugar donde podía disfrutar de la soledad, ese pequeño recinto de intimidad en el que ni tan siquiera la Cultura podía penetrar, aunque se daba cuenta de que si no lo hacían era por sus molestos y puntillosos prejuicios, no porque no estuviesen en condiciones de asaltarlo...

Se había olvidado de su prisionera. Era como si dejara de existir en cuanto apartaba los ojos de ella, como si su voz y sus intentos de liberarse fueran los resultados de una absurda manifestación sobrenatural.

Abrió la puerta de par en par. Si observabas la lluvia con la atención suficiente podías acabar viendo cualquier cosa. La lentitud de los ojos hacía que las gotas se transformaran en rayitas que se confundían unas con otras y volvían a emerger

convertidas en claves de las formas que llevabas dentro de tu cabeza. Las siluetas entrevistas duraban apenas un latido del corazón y se iban sucediendo en un desfile interminable.

Vio una silla, y un barco que nunca podría navegar; vio a un hombre con dos sombras y vio lo que no podía ser visto; un concepto; el impulso infinitamente adaptable de sobrevivir, de alterar todo lo que estaba a su alcance para facilitar ese objetivo y de eliminar, añadir, destrozar y crear para que un conjunto de células determinado pudiera seguir adelante y tomar decisiones, y seguir moviéndose, y seguir tomando decisiones sabiendo que por lo menos estaba vivo, aunque eso fuera lo único de lo que podía estar mínimamente seguro.

Y tenía dos sombras y era dos cosas al mismo tiempo. Era la necesidad y era el método. La necesidad resultaba obvia. Derrotar todo lo que se oponía a su vida, ésa era la necesidad, y el método..., el método era acumular y alterar los materiales y las personas adaptándolos a ese objetivo guiándose por el credo de que todo podía ser utilizado, de que nada podía ser excluido del combate, de que todo era un arma y no había que olvidar nunca la capacidad de manejar esas armas, de encontrarlas y escoger la más adecuada para apuntar y hacer fuego en un momento concreto; ese talento, esa capacidad, ese uso de las armas...

Una silla, y un barco que nunca podría navegar, un hombre con dos sombras y...

–¿Qué vas a hacer conmigo?

La chica habló en un hilo de voz bastante tembloroso. El hombre se volvió hacia ella y la miró.

–No lo sé. ¿Qué crees que voy a hacer contigo?

La chica le miró. Tenía las pupilas dilatadas por el horror. Parecía estar haciendo acopio de aliento para lanzar otro grito. El hombre no lo entendía. Acababa de hacerle una pregunta de lo más normal y pertinente, y ella actuaba como si hubiera dicho que iba a matarla.

–Por favor, no... Oh, por favor, no, oh, por favor, por favor, no... –volvió a sollozar, ahora casi sin lágrimas.

Se dobló sobre sí misma como si se le hubiera roto la espalda, y su rostro implorante se inclinó casi hasta las rodillas.

–Por favor no... ¿Qué?

Estaba perplejo.

La chica no pareció oírle. Su flácido cuerpo sacudido por los sollozos siguió en la misma posición.

El hombre se había dado cuenta de que era en momentos como éste cuando dejaba de comprender a las personas. No podía entender lo que estaba ocurriendo dentro de sus mentes y debía conformarse con ver cómo se convertían en objetos insondables a los que no podía llegar. Meneó la cabeza y empezó a dar vueltas por la

habitación. El recinto olía mal y había mucha humedad, y bastaba con observarlo un poco para darse cuenta de que esa atmósfera tan desagradable no era ninguna novedad. Aquel lugar siempre había sido un agujero infecto. El hombre pensó que debió de ser la morada de algún analfabeto que había decidido convertirse en guardián de las máquinas inservibles construidas durante una era fabulosa mucho más avanzada, que había sido hecha pedazos hacía ya mucho tiempo por el conspicuo amor a la guerra del que se complacía en dar muestras esta especie. La casita era horrible, y la vida allí debió de ser igualmente horrible...

¿Cuándo vendrían? ¿Cuánto tiempo necesitarían para encontrarle? ¿Creerían que había muerto? ¿Habían captado el mensaje que envió por radio después de que el corrimiento de tierras le separara del resto del convoy de mando?

¿Había obrado de la forma correcta?

Quizá no lo había hecho. Quizá estuviera abandonado a sus propios recursos; quizá creían que una búsqueda no serviría de nada... No le importaba demasiado. Ser capturado no haría que se sintiera peor de lo que ya se sentía en aquellos momentos. Su mente ya se había ahogado en el dolor, y si acababa tomando esa decisión..., bueno, casi lo agradecería. Sí, sabía que podía hacerlo. Lo único que necesitaba era la decisión de tomarse esa molestia.

–Si vas a matarme... ¿Querrás hacerlo deprisa?

Las constantes interrupciones de la chica estaban empezando a irritarle.

–Bueno, la verdad es que había decidido dejarte vivir, pero sigue lloriqueando y quejándote y puede que cambie de parecer.

–Te odio.

Parecía incapaz de pensar en otra cosa.

–Yo también.

La chica se echó a llorar. Sus sollozos eran más ruidosos que los de la última vez.

Volvió a contemplar la lluvia y vio la mole del Staberinde.

«La derrota, la derrota...», murmuraba la lluvia. Los tanques hundiéndose en el barro, los hombres rindiéndose bajo aquella lluvia torrencial mientras todo se iba desintegrando poco a poco...

Y una joven estúpida, y una nariz que no paraba de moquear... Era risible. Lo excelso y lo mezquino habían decidido compartir el mismo lugar y el mismo instante, lo soberbiamente vasto y lo miserablemente absurdo se rozaban como un noble horrorizado al ver que debería compartir un carruaje con campesinos borrachos y sucios que vomitaban continuamente y no paraban de copular..., la seda y las pulgas.

La risa era la única respuesta posible, la única réplica que no podía ser superada con otra o humillada mediante las carcajadas. La risa era el más bajo de todos los denominadores comunes imaginables.

–¿Sabes quién soy? –preguntó de repente volviéndose hacia la chica.

La idea acababa de pasarle por la cabeza. Quizá no supiese quién era, y no le habría sorprendido en lo más mínimo descubrir que había intentado matarle por la sencilla razón de que viajaba en un vehículo muy grande y no porque hubiera reconocido al Comandante en Jefe de todo el ejército. Oh, sí, no le sorprendería nada descubrirlo, y de hecho casi lo esperaba.

La chica alzó la mirada.

–¿Qué?

–¿Sabes quién soy? ¿Sabes cómo me llamo o cuál es mi rango?

–No. –La chica escupió en el suelo–. ¿Debería saberlo?

–No, no...

Se rió y volvió a darle la espalda.

Contempló el muro gris de la lluvia durante unos momentos observándolo en silencio como si fuera un viejo amigo, acabó girando sobre sí mismo, fue hacia la cama y se dejó caer en ella.

El gobierno se enfadaría muchísimo. Oh, las cosas que les había prometido... Las riquezas, las tierras, el aumento de recursos, prestigio y poder se les escaparían de entre los dedos. Si la Cultura no le sacaba pronto de aquí le fusilarían. Le harían pagar la derrota con la muerte. La victoria habría sido suya, pero la derrota sería exclusivamente de él. Era la reclamación habitual en esa clase de situaciones.

Intentó convencerse de que casi lo había conseguido. Sabía que estaba muy cerca de la victoria, pero los únicos momentos en que era realmente capaz de pensar y podía hacer el intento de reunir todos los hilos dispersos de su vida para que formaran un dibujo coherente siempre coincidían con la derrota y la parálisis. Sus pensamientos volvieron al navío de combate Staberinde y a lo que representaba; y volvió a pensar en el Constructor de Sillas, y en los ecos de la culpabilidad que seguían sonando detrás de esa descripción tan banal...

Esta vez la derrota resultaba más soportable porque pertenecía a una variedad distinta y más impersonal. Era el comandante del ejército, la persona responsable ante el gobierno y podían destituirle, así que en última instancia la responsabilidad de lo que ocurriese recaería sobre ellos y no sobre él. Además, en aquel conflicto no había nada personal. No había tenido ningún contacto con los líderes del enemigo. Sus oponentes eran unos extraños de los que sólo conocía sus costumbres militares, sus sistemas de acumulación de fuerzas y sus pautas favoritas de movimiento de tropas. La perfecta limpieza de ese cisma interpuesto entre los dos bandos parecía suavizar la lluvia de golpes que caía sobre él..., un poco.

Envidiaba a las personas que podían nacer, crecer y madurar junto a quienes les rodeaban, hacer amistades y aposentarse en un lugar con un conjunto de gente conocida para llevar existencias corrientes y nada espectaculares en las que no había riesgos, envejeciendo y siendo sustituidos poco a poco mientras sus hijos venían a

verles..., y morir chocheando a una edad avanzada sintiéndose satisfechos de todo lo que había ocurrido antes.

Jamás habría creído que podría sentir esas emociones y que llegaría a anhelar con tanta desesperación una existencia semejante, unas desesperaciones tan poco profundas y unas alegrías tan limitadas; que desearía no tensar en ningún momento la textura de la vida o el destino y conformarse con la pequeñez, el carecer de influencia y el ser poco importante.

Ahora le parecía que aquella situación debía de ser muy dulce e infinitamente deseable, porque una vez te hallabas metido en ella, cuando estabas allí... ¿Habría algún momento en el que sintieras la horrible necesidad de alcanzar esas alturas, el impulso de hacer lo que él había hecho? Lo dudaba. Se volvió hacia la chica atada a la silla.

Pero todo aquello era una estupidez. No tenía sentido. Estaba pensando puras y simples tonterías. Si fuera un ave marina..., pero, naturalmente, tú eres tú y nunca podrás ser un ave marina. Si fueses un ave marina tendrías un cerebro minúsculo y estúpido, y las tripas de pescado medio podridas serían tu plato favorito y te encantaría arrancar a picotazos los ojos de los animalitos que comen hierba; no sabrías lo que es la poesía y jamás podrías apreciar el acto de volar de una forma tan completa como el humano que te observa desde el suelo deseando ser tú.

Quien siente el deseo de ser un ave marina merece convertirse en una.

—¡Ah! El jefe del campamento y la fiel seguidora. Pero me temo que no lo ha entendido bien, señor. Se supone que debería haberla atado a la cama...

El hombre dio un salto, giró sobre sí mismo y su mano fue velozmente hacia la pistolera que colgaba de su cintura.

Kirive Socroft Rogtam-Bar cerró la puerta de una patada, se quedó inmóvil delante del umbral y se sacudió para quitarse las gotas de lluvia que hacían relucir su larga capa mientras sonreía irónicamente. El que pareciera tan fresco y ofreciera un aspecto tan pulcro y atildado resultaba especialmente irritante teniendo en cuenta que llevaba varios días sin dormir.

—¡Bar!

Casi echó a correr hacia él. Los dos hombres se abrazaron y se echaron a reír.

—El mismo que viste y calza, general Zakalwe. Ah, señorita... Hola. General, me estaba preguntando si querría viajar conmigo aunque sea en un vehículo robado. Tengo un Anf ahí fuera y...

—¿Qué?

Abrió la puerta de un manotazo e intentó ver algo a través de la cortina de agua que caía del cielo. Un gigantesco y algo maltrecho camión anfibio estaba aparcado a unos cincuenta metros de distancia junto a una de las imponentes estructuras metálicas.

–Es uno de sus camiones –dijo riendo.

Rogtam-Bar asintió poniendo cara de disgusto.

–Sí, eso me temo. Y parece que quieren recuperarlo.

–¿De veras?

Volvió a reír.

–Sí. Por cierto, me temo que el gobierno ha caído. Les han obligado a abandonar el poder.

–¿Qué? ¿Debido a lo que está ocurriendo?

–Es la impresión que tengo. Creo que estaban tan ocupados echándote la culpa por perder su estúpida guerra que no comprendieron que la gente también les consideraba culpables a ellos. En resumen, que actuaron con su estupidez habitual...

–Rogtam-Bar sonrió–. Oh, y esa loca idea tuya... ¿Te acuerdas del comando que enviamos para que colocara cargas explosivas en el depósito de Maclin? Bueno, pues funcionó. El agua del depósito fue hacia la presa y el embalse no pudo vérselas con un incremento de líquido tan repentino. Los informes del departamento de inteligencia dicen que la presa no ha llegado a romperse, pero... ¿cuál es la frase que utilizaron? Ah, sí... El embalse «se llenó hasta rebosar». Bien, el caso es que una considerable cantidad de agua acabó en el valle y la inundación arrastró a la mayor parte del Alto Mando del Quinto Ejército..., y a un gran número de sus efectivos, a juzgar por los cuerpos y las tiendas que hemos visto pasar flotando junto a nuestras líneas durante las últimas horas. Y pensar que todos estábamos convencidos de que ese hidrólogo al que nos hiciste llevar de un lado a otro toda la semana pasada era otra de tus locuras... –Rogtam-Bar hizo entrecerrar sus manos enguantadas–. Bien... Su situación debe de ser bastante desesperada. Me temo que hay rumores de que han solicitado una conferencia de paz. –Sus ojos recorrieron al general de arriba abajo–. Pero sospecho que si quieres empezar a discutir los términos de la paz con nuestros amigos del otro bando tendrás que ofrecer una imagen algo más cuidada... ¿Qué has estado haciendo, general? ¿Estuviste luchando en el barro?

–Sí, pero sólo con mi conciencia.

–¿De veras? ¿Y quién ganó?

–Bueno, fue una de esas raras ocasiones en que la violencia no consigue resolver nada.

–Conozco muy bien ese escenario táctico. Suele presentarse cuando uno está intentando decidir si descorcha otra botella o se va a la cama. –Bar movió la cabeza señalando hacia la puerta–. Después de usted... –Sacó un paraguas de grandes dimensiones de debajo de la capa, lo abrió y lo sostuvo sobre sus cabezas–. ¡General, permítame! –Después volvió los ojos hacia el centro de la habitación–. ¿Y tu amiga?

–Oh. –Se volvió hacia la chica, que llevaba un buen rato contemplándoles con expresión horrorizada–. Sí, mi público cautivo... –Se encogió de hombros–. He visto

mascotas más extrañas. Llévemola con nosotros.

–Nunca pongas en duda las decisiones de tus superiores –dijo Bar, y le entregó el paraguas–. Ocupate de este trasto y yo me ocuparé de ella. –Le lanzó una mirada tranquilizadora a la chica y se llevó una mano a la visera de la gorra–. Le aseguro que utilizo la palabra en su sentido más literal, señora.

La chica dejó escapar un alarido ensordecedor.

Rogtam-Bar torció el gesto.

–¿Hace eso con mucha frecuencia? –preguntó.

–Sí, y ten cuidado con tu cabeza cuando la levantes. Faltó poco para que me rompiera la nariz.

–Habría sido una pena, teniendo en cuenta lo atractiva que es su forma actual... Le veré en el Anf, señor.

–De acuerdo.

Logró hacer pasar el paraguas por el umbral y empezó a bajar por la pendiente de cemento silbando suavemente.

–¡Bastardo infiel! –gritó la chica de la silla.

Rogtam-Bar fue hacia ella moviéndose con mucha cautela y se colocó detrás de la silla.

–Tienes suerte –dijo–. Normalmente no me paro a recoger autoestopistas, ¿sabes?

Alzó la silla con la chica atada a ella y las llevó hasta el vehículo dejándolas caer en la parte de atrás.

La chica no paró de gritar durante todo el trayecto.

–¿Estuvo así de ruidosa todo el rato? –preguntó Rogtam-Bar mientras ponía la marcha atrás y hacía retroceder el vehículo anfibio hacia las aguas.

–Casi todo.

–Me sorprende que pudieras pensar.

Se volvió hacia Rogtam-Bar, pero no dijo nada. Después alzó los ojos hacia los torrentes de lluvia que caían del cielo y sonrió con cierta melancolía.

Después del acuerdo de paz fue degradado y despojado de varias medallas. Se marchó a finales de aquel año, y la Cultura no dio ni la más mínima señal de que le hubiera disgustado su forma de manejar el asunto.

Siete

La ciudad estaba construida dentro de un desfiladero que medía dos kilómetros de altura y diez de anchura. El desfiladero serpenteaba a lo largo del desierto durante ochocientos kilómetros creando una herida irregular en la corteza del planeta. La ciudad sólo ocupaba treinta de esos kilómetros.

Estaba inmóvil en el borde del desfiladero contemplando lo que había dentro de él y enfrentándose a la asombrosa confusión de edificios, casas, calles, escaleras, desagües para las lluvias y líneas de ferrocarril que formaban un todo grisáceo envuelto en delgadas capas de niebla que flotaban bajo el nebuloso círculo rojizo del sol poniente.

Las nubes iban rodando por el interior del desfiladero como las aguas que escapan perezosamente de una presa agrietada.. Las masas algodonosas se encallaban tozudamente en los recovecos y hendiduras de la arquitectura y se iban filtrando poco a poco por ellas para seguir adelante con la lentitud de los pensamientos cansados.

Había algunos sitios en los que los edificios de mayor altura llegaban al borde rocoso y se desparramaban sobre el desierto, pero el resto de la ciudad daba la impresión de no poseer la energía o la inercia que habrían podido llevarla tan lejos y se había conformado con permanecer dentro del desfiladero, protegida de los vientos y mantenida a una temperatura bastante agradable por el microclima natural de la hendidura que la acogía.

La ciudad tachonada de lucecitas parecía extrañamente callada y carente de movimiento. Aguzó el oído y acabó logrando captar un sonido procedente de un suburbio envuelto en la niebla que le recordó el aullido de algún animal salvaje. Alzó los ojos hacia el cielo y pudo ver los puntitos lejanos de las aves que trazaban círculos sobre la ciudad girando lentamente en aquella atmósfera inmóvil y fría. Las aves planeaban sobre las terrazas, las calles que hacían pendiente y los caminos zigzagueantes, y eran la fuente de aquel distante y ronco griterío.

Bajó la mirada y vio trenes que se movían en silencio, delgadas líneas de luz que entraban y salían lentamente de los túneles. El agua aparecía bajo la forma de trazos negros en los acueductos y los canales. Había caminos y carreteras por todas partes, y los vehículos reptaban sobre ellos iluminando la noche con faros tan diminutos como chispas mientras correteaban de un lado a otro igual que si fueran las minúsculas presas naturales de aquellas aves que giraban en las alturas.

El anochecer de otoño era bastante fresco, y podía sentir la mordedura del aire que le acariciaba. Se había quitado el traje de combate y lo había dejado dentro de la cápsula antes de que ésta se enterrara en una hondonada arenosa. Ahora llevaba las ropas holgadas que volvían a ser populares en la ciudad. Aquel estilo de indumentaria

había estado de moda durante su último trabajo allí, y el haber estado lejos de la ciudad el tiempo suficiente para que el ciclo de la moda diese una vuelta completa hizo que se sintiera extrañamente complacido. No era supersticioso, pero la coincidencia le divertía.

Se acuclilló y deslizó una mano sobre el borde del desfiladero. Cogió un puñado de guijarros y hierbajos y dejó que fueran cayendo por entre sus dedos. Suspiró, se fue incorporando lentamente y se puso los guantes y el sombrero.

El nombre de la ciudad era Solotol, y Tsoldrin Beychae vivía en ella.

Se quitó unos granos de arena del viejo impermeable –una prenda fabricada en un planeta muy lejano y cuyo valor se limitaba a lo puramente sentimental–, colocó unas gafas de cristales casi negros sobre el puente de su nariz, cogió la algo maltrecha maleta que había dejado en el suelo y empezó el descenso hacia la ciudad.

–Buenas noches, señor. ¿En qué puedo ayudarle?

–Me gustaría ocupar sus dos últimos pisos, si es tan amable.

El recepcionista puso cara de perplejidad y acabó inclinándose hacia adelante.

–Disculpe, señor. ¿Qué...?

–Me gustaría ocupar los dos últimos pisos del hotel. –Sonrió–. Me temo que no he hecho ninguna reserva. Lo siento.

–Aaaah... –exclamó el recepcionista mientras contemplaba su reflejo en los cristales oscuros de las gafas que tenía delante con cierta preocupación–. ¿Los dos...?

–No quiero una habitación, una suite o un piso, sino dos, y no quiero dos pisos cualquiera. Quiero los dos últimos pisos. Si tiene clientes que estén ocupando alguna habitación de los dos últimos pisos, le sugiero que hable con ellos, sea lo más cortés posible y les pida que acepten una habitación en otro piso. Yo pagaré sus facturas hasta el momento actual.

–Comprendo... –dijo el recepcionista del hotel. No parecía estar muy seguro de si debía tomarse todo aquello en serio o no–. Y... ¿Cuánto tiempo tiene pensado quedarse el señor?

–Indefinidamente. Puedo pagarle un mes por adelantado. Mis abogados le enviarán el dinero mañana a la hora de almorzar como muy tarde. –Abrió la maleta y sacó de ella un fajo de billetes que puso sobre el mostrador de la recepción–. Si lo prefiere pagaré en efectivo el alojamiento de esta noche.

–Comprendo –dijo el recepcionista sin apartar los ojos del dinero–. Bien, si el señor tiene la amabilidad de rellenar este impreso...

–Gracias. Ah, también deseo un ascensor reservado para mi uso personal y acceso al tejado. Supongo que una llave sería la mejor solución a ese problema, ¿no le parece?

–Aaah... Desde luego. Comprendo. Discúlpeme un momento, señor.

El recepcionista fue a hablar con el gerente del hotel.

Consiguió que le hicieran un descuento por utilizar dos pisos enteros y accedió a pagar lo que le pedían por el uso del ascensor y el tejado, con lo que la suma de dinero que le costaría alojarse allí volvió a ser la misma que al comienzo de las negociaciones, pero siempre le había gustado regatear.

–Y... ¿El nombre del señor?

–Me llamo Staberinde.

Escogió una suite en una esquina del último piso desde la que se dominaba toda la profundidad del cañón que albergaba a la ciudad. Abrió todos los armarios, gabinetes y puertas, los postigos de las ventanas, los balcones y armaritos de drogas y medicinas y lo dejó todo abierto. Entró en el cuarto de baño de la suite y se aseguró de que hubiera agua caliente. Sacó un par de sillas del dormitorio y cuatro más del vestíbulo y las llevó a la suite contigua. Encendió todas las luces y recorrió la suite inspeccionándolo todo.

Contempló los dibujos de los tapices, cortinas, alfombras y ropas de cama, los murales y las pinturas que había en las paredes y las tallas y adornos de los muebles. Llamó al servicio de habitaciones para que le trajeran algo de comer y cuando lo que había pedido llegó en un carrito con ruedas fue de una habitación a otra empujando el carrito delante de él, y comió vagabundeando por los silenciosos recintos del hotel contemplando cuanto le rodeaba y, de vez en cuando, echando un vistazo a un sensor minúsculo que se suponía debía avisarle de si había algún sistema de vigilancia cerca. No había ninguno.

Se detuvo delante de una ventana para contemplar el exterior y se pasó la mano distraídamente por el pecho para frotarse una pequeña cicatriz que ya no estaba allí.

–¿Zakalwe? –preguntó una vocecita desde su pecho.

Bajó la mirada y sacó un objeto parecido a una cuenta de collar de un bolsillo de su camisa. Se lo puso en una oreja, se quitó las gafas oscuras y las guardó en el bolsillo del que había sacado el objeto.

–Hola.

–Soy yo, Diziet. ¿Estás bien?

–Sí. He encontrado alojamiento.

–Estupendo. Escucha, hemos descubierto una cosa... ¡Algo que nos irá de maravilla!

–¿De qué se trata? –preguntó.

El nerviosismo que impregnaba la voz de Sma le hizo sonreír. Apretó un botón para correr las cortinas.

–Hace tres mil años hubo un tipo que se convirtió en un poeta muy famoso. Escribía sus versos sobre tablillas de cera incrustadas en marcos de madera, y

escribió un grupo de cien poemas cortos que siempre afirmó eran lo mejor que había escrito en toda su existencia. Pero no consiguió publicarlos, y decidió convertirse en escultor. Derritió la cera de noventa y ocho de las tablillas conservando la número uno y la cien para hacer un modelo de cera con el que fabricó un molde de arena, y acabó obteniendo una figura de bronce que aún existe.

–Sma, toda esa historia que me estás contando... ¿lleva a alguna parte? –preguntó él.

Pulsó otro botón para descorrer las cortinas porque le gustaba ver la ondulación de los pliegues.

–¡Espera! Cuando descubrimos Voerenhutz e hicimos el examen total rutinario de cada planeta también obtuvimos un holograma de la estatua de bronce, naturalmente, y encontramos restos del molde original y de la cera en un escondite.

»¡ Y la composición de la cera no encajaba!

»¡Era distinta a la de las dos tablillas que aún se conservaban! La UGC esperó hasta haber terminado el examen total e hizo un poco de trabajo detectivesco. El tipo que escribió los poemas y modeló la estatua de bronce acabó convirtiéndose en monje y llegó a ser abad de un monasterio. Mientras estaba al mando de la comunidad añadieron un edificio al recinto, y la leyenda afirma que el abad solía ir allí para contemplar los noventa y ocho poemas teóricamente perdidos. Uno de los muros del edificio es doble. –Sma fue subiendo la voz hasta alcanzar un tono casi triunfal–. ¡Y adivina lo que hay en el hueco!

–¿Los restos de los monjes desobedientes que fueron emparedados?

–¡Los poemas! ¡Las tablillas de cera! –chilló Sma. Cuando volvió a hablar usó un tono de voz algo más bajo–. Bueno, la mayoría... El monasterio fue abandonado hace unos doscientos años, y parece que un pastor encendió una hoguera cerca de la pared en algún momento del tiempo transcurrido desde entonces. Tres o cuatro tablillas fueron derretidas por el calor, ¡pero el resto sigue allí!

–¿Y eso es bueno?

–¡Zakalwe, esas tablillas son uno de los mayores tesoros literarios perdidos de toda la historia del planeta! Tu amigo Beychae reside en la universidad de Jarnsaromol, y esa universidad posee la mayor parte de los pergaminos manuscritos del poeta, las dos tablillas restantes y la famosa estatua de bronce. ¡Darían cualquier cosa por echar mano a las otras tablillas! ¿No lo entiendes? ¡Es la solución perfecta!

–Sí, supongo que no suena nada mal.

–¡Maldito seas, Zakalwe! ¿Es lo único que se te ocurre?

–Dizita, una racha de suerte tan buena como ésta nunca dura mucho tiempo. La ley de los promedios pronto nos traerá desgracias.

–No seas tan pesimista, Zakalwe.

–De acuerdo, no lo seré.

Suspiró y volvió a correr las cortinas.

Diziet Sma lanzó un bufido de exasperación.

–Bueno, pensé que te gustaría saberlo... Falta poco para la partida. Que duermas bien.

El canal emitió un zumbido indicando el final de la comunicación. Curvó los labios en una sonrisa melancólica, y dejó la diminuta terminal colgando de su oreja como si fuera un pendiente.

Dio órdenes de que no le molestaran, puso la calefacción al máximo y abrió todas las ventanas. Pasó algún tiempo examinando los balcones y las cañerías de las paredes; bajó por una de ellas hasta casi llegar al suelo y recorrió toda la fachada fijándose en las cornisas, los tubos metálicos, los alféizares y hendiduras y comprobando su solidez. Vio luces en una docena escasa de habitaciones. Volvió a su piso cuando consideró que ya conocía lo suficientemente bien el exterior del hotel.

Se apoyó en la barandilla del balcón sosteniendo un cuenco humeante en una mano. De vez en cuando se llevaba el cuenco a la cara e inhalaba los vapores que brotaban de él; el resto del tiempo se dedicaba a contemplar el panorama de luces de la ciudad silbando suavemente entre dientes.

La contemplación de aquel tapiz luminoso le hizo pensar que la mayoría de ciudades parecían lienzos, pero Solotol era como un libro a medio abrir, una V ondulante cubierta de tallas y desniveles que se hundía en las profundidades del pasado geológico del planeta. Las nubes que flotaban sobre el desfiladero y el desierto reflejaban la acumulación de luces de la ciudad y brillaban con un resplandor rojoanaranjado.

Supuso que visto desde el otro extremo de la ciudad el último piso totalmente iluminado y los demás prácticamente a oscuras debían de hacer que el hotel tuviera un aspecto bastante extraño.

Había olvidado que la estructura del desfiladero hacía que Solotol resultara muy distinta a las demás ciudades. «Aun así, también tiene muchas cosas en común con ellas –pensó–. Todo se parece un poco...»

Había estado en tantos lugares distintos y había visto tal variedad de lo similar y lo totalmente distinto que ambos fenómenos le asombraban..., pero el hecho seguía siendo cierto. Esta ciudad no era tan distinta a las muchas que había conocido a lo largo de su existencia.

Se encontraran donde se encontrasen la galaxia hervía de vida y sus alimentos básicos seguían replicándole y atormentándola con su sabor, tal y como le había dicho a Shias Engin (y pensar en ella hizo que volviera a sentir el roce de su piel y oyera el sonido de su voz), pero sospechaba que si la Cultura realmente lo desease habría podido encontrar sitios mucho más exóticos y espectacularmente distintos a los que enviarle. La excusa que le daban era que estaba adaptado a ciertos tipos de

planeta, sociedad y guerra. Era una criatura limitada a lo que en una ocasión Sma había definido como «un nicho marcial».

Sonrió y aspiró otra bocanada de vapores del cuenco de drogas.

El hombre dejó atrás arcadas vacías y tramos de peldaños desiertos. Se cubría con un viejo impermeable de un estilo desconocido que, aun así, conseguía resultar vagamente anticuado, y llevaba unas gafas de cristales muy oscuros. Su caminar era rápido y fluido, y quien le hubiera observado un rato habría acabado pensando que no tenía ningún tic o gesto peculiar que le hiciera fácil de identificar.

Entró en el patio de un gran hotel que lograba producir una impresión simultánea de opulencia y ligero abandono. Los jardineros vestidos de colores oscuros que estaban rastrillando las hojas caídas en una piscina que parecía bastante antigua le miraron como si no tuviese ningún derecho a estar allí.

Unos hombres estaban pintando el interior del porche y el comienzo del vestíbulo, y el recién llegado tuvo que dar un rodeo para entrar en el hotel. Los pintores usaban una pintura especial de poca calidad mezclada según fórmulas muy antiguas, cuyo fabricante garantizaba que se agrietaría, perdería el color y empezaría a descascarillarse de la forma más irreprochable un año o dos después de haber sido aplicada.

El vestíbulo estaba muy adornado. El hombre tiró de un grueso cordoncillo color púrpura que colgaba sobre una esquina del mostrador de recepción. El recepcionista no tardó en materializarse ante él.

–Buenos días, señor Staberinde –le saludó sonriendo–. ¿Ha tenido un paseo agradable?

–Sí, gracias. Haga el favor de ordenar que me suban el desayuno.

–Inmediatamente, señor.

«Solotol es una ciudad de arcos y puentes donde las escaleras y los pavimentos se deslizan al lado de edificios altísimos y saltan sobre cañadas y torrentes de caudal impetuoso mediante esbeltos puentes colgantes y frágiles arcadas de piedra. Los caminos fluyen junto a las orillas de los cursos de agua serpenteando y pasando por encima y por debajo de ellos; las líneas ferroviarias se despliegan en una confusión de raíles y niveles girando por una red de túneles y cavernas donde convergen las carreteras y los depósitos subterráneos, y los pasajeros que viajen en uno de los trenes podrán contemplar las galaxias de luces que se reflejan sobre las oscuras aguas cruzadas por la trayectoria inclinada de los funiculares subterráneos, los muelles y los caminos que permiten acceder a esas profundidades.»

Estaba sentado en la cama con las gafas oscuras sobre una almohada, desayunando y viendo la cinta de presentación del hotel en la pantalla de la suite. Oyó el zumbido del teléfono de estilo antiguo y alargó una mano para quitar el sonido

de la pantalla.

–¿Diga?

–¿Zakalwe?

Era la voz de Sma.

–Cielo santo. ¿Sigues ahí?

–Estamos a punto de abandonar la órbita.

–Bueno, no os entretengáis por mí. –Hurgó en un bolsillo de su camisa y cogió la terminal en forma de cuenta–. ¿Por qué estás usando el teléfono? ¿Hay problemas de saturación en el transceptor o qué?

–No, pero quería asegurarme de que en un caso de necesidad podríamos interferir su sistema telefónico.

–Estupendo. ¿Nada más?

–No mucho. Hemos logrado obtener nuevos datos sobre la situación de Beychae. Sigue en la universidad de Jarnsaromol, pero se ha desplazado al anexo número cuatro de la biblioteca. Está considerado como el depósito más seguro de la universidad, y se encuentra a cien metros por debajo de la ciudad. Su nivel de seguridad siempre es muy bueno, y cuentan con guardias propios, aunque no llegan a la categoría de un servicio de vigilancia militar.

–Ya, pero... ¿dónde vive? ¿Dónde duerme?

–En los apartamentos del conservador de las colecciones y fondos universitarios. Están en un edificio contiguo a la biblioteca.

–¿Va a la superficie alguna vez?

–No que sepamos.

Alzó la cabeza hacia la ventana y lanzó un silbido.

–Bueno, eso puede ser un problema y puede no serlo.

–¿Qué tal van las cosas por ahí?

–Estupendamente –murmuró dando un mordisco a un pastelillo–. Estoy esperando a que abran las oficinas. Dejé un mensaje en la centralita de los abogados para que me telefonaran. Cuando lo hayan hecho empezaré a armar jaleo.

–De acuerdo. No creo que tengas problemas. Ya hemos enviado las instrucciones necesarias y deberías conseguir todo lo que te haga falta sin ninguna clase de dificultades. Si tienes algún problema ponte en contacto con nosotros y les enviaremos un cablegrama saturado de indignación.

–Bien... Sma, he estado pensando en eso y... ¿Qué dimensiones exactas tiene ese imperio comercial de la Cultura? Se llama Corporación Vanguardia, ¿no?

–Fundación Vanguardia. Oh, es lo bastante grande.

–Sí, pero... ¿cómo de grande? ¿Hasta dónde puedo llegar?

–Bueno, no compres nada más grande que un país. Oye, Cheradenine, sé todo lo extravagante que creas necesario para armar ese jaleo del que hablabas. Lo único que

queremos es que entres en contacto con Beychae y le convenzas..., y deprisa.

–Sí, sí, de acuerdo.

–Vamos a abandonar la órbita, pero nos mantendremos en contacto. Recuerda que si necesitas ayuda estaremos aquí.

–Sí. Adiós.

Dejó el auricular sobre su soporte y volvió a activar el sonido de la pantalla.

«Las cavernas naturales y artificiales están esparcidas por las paredes rocosas del desfiladero en una profusión casi tan abundante como la de los edificios que cubren los distintos niveles de la superficie. Muchas de las primeras fuentes de energía hidroeléctrica de la ciudad se encuentran allí y siguen zumbando en sus cavidades de roca, y aún sobreviven algunos talleres y pequeñas fábricas que se ocultan bajo los riscos y las estribaciones pizarrosas. Las rechonchas chimeneas que asoman en la superficie del desierto son lo único que delata su posición. Este río ascendente de vapores y humos calientes forma una especie de contrapunto a la red de conductos del alcantarillado y tubos usados para el drenaje que también aparece ocasionalmente en la superficie, y que crea un complicado dibujo esparcido por toda la textura de la ciudad...»

El teléfono volvió a zumbar.

Se inclinó sobre los mandos y quitó el sonido de la pantalla.

–¿Diga?

–¿Señor... Staberinde?

–Sí.

–Ah, sí, buenos días. Me llamo Kiaplor, de...

–Ah, los abogados.

–Sí. Gracias por su mensaje. Acabo de recibir un cablegrama que le otorga pleno acceso a los ingresos y recursos de la Fundación Vanguardia.

–Lo sé. ¿Qué opina del contenido del cablegrama, señor Kiaplor? ¿Le parece claro o tiene alguna duda?

–Hmmm... Yo... sí, el cablegrama lo deja todo muy claro..., aunque el grado de discrecionalidad individual que permite no tiene precedentes, sobre todo teniendo en cuenta las sumas de dinero a su disposición, pero... Bueno, el comportamiento de la Fundación Vanguardia nunca ha sido demasiado convencional.

–Bien. Mi primera orden es que transfieran inmediatamente los fondos suficientes para cubrir una estancia de un mes en los dos últimos pisos del Excelsior a la cuenta del hotel. Después querré comprar unas cuantas cosas.

–Ah..., sí. ¿Como cuáles?

Puso cara pensativa y se limpió los labios con una servilleta.

–Bueno... Para empezar, una calle.

–¿Una calle?

–Sí. No quiero una calle muy ostentosa, y no hace falta que sea muy larga, pero quiero una calle entera que se encuentre no muy lejos del centro de la ciudad. ¿Cree que podrá empezar a buscar una que responda a esas especificaciones inmediatamente?

–Ah... Sí, bueno, naturalmente podemos empezar a buscarla, pero...

–Perfecto. Iré a verle a su despacho dentro de dos horas y me gustaría poder tomar una decisión respecto al asunto de la calle en ese momento.

–¿Dos...? Hmmm... Bueno... Ah...

–La celeridad es absolutamente esencial, señor Kiaplor. Ponga a trabajar en ello a sus mejores empleados.

–Sí. Muy bien.

–Sí. De acuerdo. Adiós,

Volvió a activar el sonido de la pantalla.

«Desde hace centenares de años apenas si se han construido edificios nuevos. Solotol es un monumento, una institución, un museo. Las fábricas y la mayor parte de la población la han abandonado. Tres universidades hacen que algunas zonas de la ciudad cobren un poco de vida durante parte del año, pero son muchos quienes opinan que la atmósfera general de Solotol es arcaica e incluso mortecina, aunque también hay quienes disfrutan con la sensación de estar viviendo en lo que realmente es un trozo del pasado. Solotol carece de rascacielos; los trenes siguen desplazándose sobre raíles metálicos y los vehículos de superficie deben permanecer en ella porque está prohibido sobrevolar la ciudad o volar dentro de ella. En muchos aspectos Solotol es una ciudad triste y envejecida, y hay grandes zonas de la ciudad que se hallan deshabitadas o sólo son ocupadas durante una parte del año. La ciudad sigue siendo una capital, pero no representa la cultura a la que pertenece; es una gigantesca exhibición y aunque son muchos los que acuden a visitarla son muy pocos los que deciden quedarse a vivir en ella.»

Meneó la cabeza, volvió a ponerse las gafas oscuras y desactivó la pantalla.

Cuando el viento soplaba en la dirección adecuada, disparaba enormes bolas hechas con billetes mediante un viejo cañón concebido para lanzar cohetes de fuegos artificiales que había descubierto en uno de los jardines del tejado. Los billetes caían tan lentamente como si fueran copos de nieve que se hubiesen adelantado a la llegada del invierno. Hizo adornar la calle con guirnaldas, cintas y globos, y llenó las mesas, las sillas y los bares ordenando que sirvieran bebida gratis. Pasarelas cubiertas aumentaron la longitud de la calle y la música alegró su atmósfera; había toldos de colores chillones que protegían las zonas más importantes –como los bares y los estrados de las bandas que tocaban música–, pero se habría podido prescindir de ellos

pues hacía un día muy soleado y bastante más caluroso de lo que era habitual en esa estación. Se asomó a una ventana del último piso de uno de los edificios más altos que había en la calle, contempló al gentío que iba y venía por ella y sonrió.

La vida de la ciudad durante la temporada baja era bastante monótona y aburrida, y el carnaval había atraído una gran atención. Contrató a camareros para que se encargaran de servir las drogas, viandas y bebidas que había ordenado traer; prohibió el tráfico de vehículos, y las caras malhumoradas y las personas que intentaban acceder a la calle sin una sonrisa en los labios eran obligadas a llevar máscaras de payaso hasta que se hubieran animado un poco. Apoyó los codos en el alféizar de la ventana, tragó una honda bocanada de aire y sus pulmones aspiraron la embriagadora fragancia de un bar muy concurrido que se encontraba justo debajo de donde estaba. Los vapores de las drogas lograban llegar hasta la ventana y se inmovilizaban a esa altura formando una nube. Sonrió y pensó que aquel espectáculo era capaz de animar a cualquiera. Todo iba estupendamente.

La gente paseaba por la calle y las parejas o los grupos conversaban intercambiando sus cuencos humeantes entre risas y sonrisas. Escuchaban a las bandas de música y contemplaban a la gente que bailaba o acogían con ruidosos vítores cada disparo del cañón. Muchos de ellos se reían de las hojitas repletas de chistes políticos que se repartían con cada cuenco de drogas o comida y cada máscara o artículo festivo; y también reían de las gigantescas banderolas de colores chillones que ocultaban las fachadas de los viejos edificios y colgaban sobre la calle. Las leyendas de las banderolas también eran absurdas o humorísticas. «¡PACIFISTAS CONTRA PAREDES!» y «¿LOS EXPERTOS? ¿QUÉ SABEN ELLOS?», eran dos de los ejemplos más fáciles de traducir.

Había juegos y competiciones de ingenio y fuerza, había flores gratis, sombreros de fiesta y un puesto callejero de Halagos muy concurrido en el que bastaba con entregar unas monedas, un sombrero de papel o lo que fuese para que te dijeran lo encantador, agradable, bueno, modesto, tranquilo, seguro de ti mismo, sincero, respetuoso, guapo, jovial y altruista que eras.

Contempló el abigarrado espectáculo que se extendía por debajo de él. Se había subido las gafas hasta la frente y la montura rozaba el nacimiento de su negra cabellera sujeta con una coleta. Sabía que si se mezclaba con el gentío que había invadido la calle tendría la sensación de estar un poco distanciado de todo lo que ocurría, pero aquel punto de observación le permitía mirar hacia abajo y pensar en la multitud como si fuese una entidad única con muchos rostros distintos. Los visitantes se encontraban lo bastante lejos como para presentar un solo tema, y estaban lo bastante cerca para introducir sus variaciones armoniosas en él. Disfrutaban, reían, eran animados a comportarse de forma ridícula o a tomar drogas, se dejaban cautivar por la música y acababan ligeramente trastornados por aquella atmósfera de bullicio y

jovialidad.

Su atención acabó centrándose en dos personas.

Las dos personas eran un hombre y una mujer que caminaban lentamente por la calle contemplando todo lo que les rodeaba. El hombre era alto y tenía los cabellos oscuros. Llevaba el pelo bastante corto, y apenas se fijó en él comprendió que alguien había pasado muchas horas para conseguir aquel desorden aparentemente casual de mechones no muy cuidados. Iba vestido con mucha elegancia y sostenía una boina negra en una mano. Una máscara colgaba de la otra.

La mujer era casi tan alta como él, y un poco más delgada. Su traje entre gris y negro era muy parecido al del hombre, aunque lucía un mándala de pliegues blancos alrededor del cuello. Tenía una lustrosa melena negra que le llegaba hasta los hombros y se movía como si hubiera montones de admiradores observándola.

El hombre y la mujer caminaban el uno al lado del otro sin tocarse e intercambiaban algún que otro comentario limitándose a inclinar la cabeza hacia su acompañante mientras miraban en dirección opuesta, quizá para contemplar aquello de lo que estaban hablando.

Siguió observándoles durante unos segundos hasta quedar convencido de que sus rostros aparecían en la selección de fotos que había inspeccionado cuando se estaba preparando para la misión a bordo del VGS.

Desplazó la cabeza unos centímetros a un lado para asegurarse de que la terminal que parecía un pendiente podía enfocarles desde el mejor ángulo posible y le ordenó que tomara una instantánea de la pareja.

El hombre y la mujer desaparecieron unos segundos después debajo de las pancartas y banderolas colocadas al otro extremo de la calle. Habían atravesado todo el carnaval sin tomar parte en él.

La celebración callejera no daba señales de terminar. Un chaparrón hizo que la multitud buscara refugio bajo los toldos y lonas y en los portales de los edificios de un solo piso que flanqueaban la calle, pero el aguacero duró poco y los visitantes seguían llegando a cada momento. Los niños corrían de un lado a otro agitando cintas de colores que enroscaban alrededor de los postes, las personas, los puestos callejeros y las mesas. Las bombas de humo explotaban creando bolas de incienso y vapores coloreados y los que habían sido atrapados por la detonación se alejaban con paso tambaleante riendo y tosiendo mientras se golpeaban las espaldas los unos a los otros y gritaban joviales reprimendas a los niños risueños que huían corriendo para arrojar más bombas.

El espectáculo estaba dejando de resultarle interesante y no tardó en apartarse de la ventana. Fue hasta una vieja cómoda cubierta de polvo y se sentó encima de ella. Clavó los ojos en el suelo con expresión pensativa y se frotó lentamente el mentón con la mano, alzando la mirada cada vez que un racimo de globos se deslizaba junto a

la fachada para acabar perdiéndose en el cielo. Vistos desde dentro de la habitación los globos tenían el mismo aspecto que cuando los observaba desde la ventana.

Se puso en pie, fue hacia la escalera y bajó el angosto tramo de peldaños. Los tacones de sus botas hacían crujir la vieja madera. Llegó al final de la escalera, cogió el impermeable que había dejado encima de la barandilla y salió por la puerta trasera que daba acceso a otra calle.

Se deslizó en el asiento trasero del vehículo que le esperaba. El chófer puso en marcha el motor y empezaron a dejar atrás las hileras de viejos edificios. Llegaron al final de la calle y torcieron por un camino bastante empinado perpendicular a la calle que acababan de abandonar y aquella en que se celebraba el carnaval. Pasaron junto a un vehículo negro. El hombre y la mujer iban dentro de él.

Volvió la cabeza y vio que el vehículo negro se había puesto en marcha y les estaba siguiendo.

Le ordenó al chófer que no hiciera caso del límite de velocidad. El vehículo aceleró, pero sus perseguidores mantuvieron la distancia. Se agarró al asa que había encima de la ventanilla y contempló la ciudad que desfilaba al otro lado del cristal. Estaban atravesando una de las antiguas zonas gubernamentales. Los edificios eran enormes masas de color gris cuyas paredes estaban aparatosamente adornadas con fuentes y canalillos. Los chorros y cortinas de agua resbalaban sobre sus fachadas creando un tapiz de olas verticales que caían al suelo imitando el deslizarse del telón de un teatro. Había un poco de maleza, pero no tanta como esperaba. No podía recordar si habían dejado que el agua de las paredes se helara, si habían cerrado las válvulas o si habían utilizado algún fluido anticongelante. La mayoría de los edificios que dejaban atrás estaban rodeados de andamios. Los obreros que rascaban y limpiaban las piedras desgastadas por el tiempo volvieron la cabeza para observar a los dos vehículos que atravesaban velozmente las plazas y las avenidas.

Se agarró con más fuerza al asa y empezó a examinar un montón de llaves.

El chófer detuvo el vehículo en una calleja muy antigua que estaba cerca de las orillas del gran río. Abrió la puerta, bajó de un salto y corrió hacia una puertecita incrustada en la fachada de un edificio muy alto. El vehículo que les seguía entró rugiendo en la calleja justo cuando cerraba la puerta, pero no echó el pestillo. Bajó un tramo de peldaños y abrió varias puertas cuyas bisagras oxidadas chirriaron. Cuando llegó al nivel más bajo del edificio vio que el funicular ya le estaba aguardando en la plataforma. Abrió la puerta, entró y tiró de la palanca.

El mecanismo se puso en marcha y la cabina sufrió unas cuantas sacudidas, pero éstas cesaron apenas empezó a subir por la pendiente. Volvió la mirada hacia las ventanillas de atrás. El hombre y la mujer acababan de llegar a la plataforma. Sonrió y vio que alzaban la cabeza un segundo antes de que el funicular desapareciera en el interior del túnel. La pequeña cabina siguió moviéndose por la pendiente que acabaría

llevándola hasta el final del túnel.

Salió a la plataforma exterior del funicular en el punto donde la cabina que subía se cruzaba con la que bajaba y saltó a la otra cabina. La cabina a la que acababa de saltar siguió bajando impulsada por el peso del agua tomada del arroyo cercano a la terminal de la vieja línea de funicular con que había llenado sus tanques de lastre. Se quedó inmóvil durante unos momentos, saltó de la cabina cuando ésta había recorrido una cuarta parte del trayecto de bajada aterrizando sobre el tramo de peldaños que había junto a la vía y subió rápidamente por una escalera de metal muy larga que terminaba en otro edificio.

Cuando llegó al final de la escalera sudaba un poco. Se quitó el viejo impermeable y volvió al hotel llevándolo encima del brazo.

La habitación era muy blanca y de apariencia muy moderna, con unos ventanales de gran tamaño. El mobiliario estaba incrustado en las paredes plastificadas y la luz procedía de unos abultamientos que se confundían con el techo. Un hombre estaba inmóvil delante de una ventana contemplando la primera nevada invernal que caía sobre el paisaje grisáceo de la ciudad. Faltaba poco para que anoheciera, y la última claridad de la tarde ya se iba desvaneciendo. Una mujer yacía de bruces sobre un sofá blanco con los codos hacia fuera y las manos juntas debajo de la cara. Tenía los ojos cerrados y un hombre muy robusto de cabellera canosa y rostro lleno de cicatrices estaba dando masaje al cuerpo de piel pálida y untado de aceite que reposaba sobre el sofá. Las manos del masajista amasaban y pellizcaban con una aparente falta de contemplaciones.

El hombre inmóvil delante de la ventana observaba los copos de nieve que caían de dos formas distintas. La primera consistía en considerarlos como una sola entidad y requería mantener los ojos clavados siempre en el mismo punto, con lo que los copos de nieve se convertían en un torbellino borroso y las corrientes de aire y ráfagas de viento que los hacían moverse de un lado a otro se ponían de manifiesto en las pautas de círculos, espirales y descenso continuo que creaban. La segunda exigía contemplar la nevada considerando que los copos eran entidades independientes. El hombre escogía un copo que se encontrara a una altura considerable en la confusa galaxia de tonos grises sobre grises que era la nevada y eso le permitía ver un sendero, un descenso individualizado que se iba abriendo paso por entre la silenciosa premura de la nevada.

Los copos se iban depositando sobre la negrura del alféizar acumulándose sin cesar pero de forma casi imperceptible hasta formar una blanda cornisa blanca. Algunos copos chocaban con el cristal de la ventana, se quedaban pegados a él durante unos momentos y acababan siendo desprendidos por el viento, que se los llevaba.

La mujer parecía dormida. Sus labios estaban curvados en una leve sonrisa, y la geografía de su rostro se iba alterando continuamente con cada cambio de la presión que el hombre de la cabellera canosa ejercía sobre su espalda, sus hombros y sus flancos. Su carne untada de aceite se movía primero en una dirección y luego en otra, y los dedos que se deslizaban sobre ella parecían capaces de ejercer una fuerza terrible sin causar la más mínima fricción. Los dedos alisaban la piel y volvían a llenarla de arrugas como si quisieran imitar el movimiento que el mar producía en las algas que cubren su fondo. Las nalgas de la mujer quedaban ocultas por una toalla negra. Su cabellera estaba suelta y se desparramada sobre una parte de su rostro, y sus pálidos senos eran dos óvalos alargados aplastados bajo la esbeltez de su cuerpo.

–Entonces, ¿qué debemos hacer?

–Necesitamos más datos.

–Como siempre. De vuelta al problema...

–Es un extranjero. Nos queda el recurso de la deportación.

–¿Con qué excusa?

–No hace falta que demos ninguna razón, aunque no nos costaría demasiado inventar alguna.

–Eso podría hacer estallar la guerra antes de que estemos preparados para utilizarla en nuestro provecho.

–Shhh... No debemos hablar de la guerra, ¿recuerdas? Oficialmente estamos en los mejores términos imaginables con todos los miembros de nuestra Federación, así que no hay ningún motivo de preocupación. Todo se encuentra bajo control.

–Dijo un portavoz oficial... ¿Crees que deberíamos librarnos de él?

–Quizá sería lo más prudente. Puede que nos sintiéramos más tranquilos si no estuviera aquí... Tengo la horrible sensación de que ha venido con una misión que cumplir. Se le ha dado pleno acceso a los recursos financieros de la Fundación Vanguardia, y esa organización tan decidida a involucrarse en el misterio se ha opuesto a cada uno de nuestros pasos durante los últimos treinta años. La identidad y localización de quienes la controlan y de sus ejecutivos ha sido uno de los secretos mejor guardados del sistema, y los extremos de reserva a los que han llegado carecen de precedentes. Y ahora este hombre surge de la nada gastando dinero a manos llenas y de la forma más vulgar posible, y manteniendo un perfil público bastante visible aunque coquetamente tímido..., justo cuando más incomodidades y problemas puede provocarnos.

–Puede que ese hombre sea la Fundación Vanguardia.

–Tonterías... Supongamos que se trata de alguna entidad palpable, ¿de acuerdo? En tal caso nos enfrentamos a una interferencia alienígena o a una máquina filantrópica que se rige por el testamento que algún magnate ya fallecido dictó obedeciendo a los remordimientos de su conciencia..., incluso es posible que se trate

de una máquina controlada por la transcripción de una personalidad humana, o un sistema inteligente que ha adquirido la autoconsciencia por una serie de casualidades sin que haya nadie que pueda controlarlo. Creo que el resto de posibilidades han ido quedando descartadas a lo largo de los años. Staberinde es un títere. Gasta dinero con la desesperación de un niño mimado al que le preocupa que esa generosidad no vaya a durar mucho. Se comporta como un campesino que acabara de ganar la lotería. Es repugnante... Pero te repito que obra impulsado por un propósito y que tiene una misión.

–Si le matamos y resulta que era alguien importante podríamos provocar la guerra demasiado pronto.

–Quizá, pero tengo la sensación de que debemos hacer justo lo que no se espera de nosotros. Aun suponiendo que no haya ninguna otra razón, debemos obrar así para demostrar nuestra humanidad y explotar al máximo nuestra ventaja intrínseca sobre las máquinas...

–Desde luego, pero... ¿no hay ninguna posibilidad de que pueda sernos útil?

–Sí.

El hombre inmóvil delante de la ventana contempló su reflejo en el cristal y sonrió. Sus dedos repiquetearon sobre la parte interior del alféizar.

La mujer del sofá seguía con los ojos cerrados y su cuerpo se movía obedeciendo el lento desplazarse de las manos que le masajaban la cintura y los flancos.

–Espera un momento. Había ciertas conexiones entre Beychae y la Fundación Vanguardia, así que...

–Así que utilizar a ese tal Staberinde quizá nos permita persuadir a Beychae de que debe ponerse de nuestra parte.

El hombre alzó una mano y deslizó un dedo sobre el cristal siguiendo la trayectoria de un copo de nieve que se movía al otro lado. Observó el descenso del copo con tanta atención que acabó bizqueando.

–Podríamos...

–¿Qué?

–Adoptar el sistema Dehewwoff.

–¿El...? Necesitamos más datos.

–El sistema Dehewwoff de castigo mediante la enfermedad. Es una especie de pena capital escalonada, ¿comprendes? Cuanto más serio es el crimen más grave es la enfermedad que se inocular al culpable. Los delitos menores se castigan con una simple fiebre, la pérdida de los medios de subsistencia y el pago de los gastos médicos; las contravenciones más serias se castigan con una enfermedad que puede durar meses y que va acompañada de dolor y una larga convalecencia, facturas y ninguna simpatía hacia el enfermo, y que a veces deja secuelas y marcas que aparecerán después. Los crímenes realmente horribles se castigan inoculando

enfermedades a las que es muy difícil sobrevivir. La muerte es casi segura salvo que haya una intervención divina y una recuperación milagrosa. Naturalmente, cuanto más baja es la clase social del culpable más virulento ha de ser el castigo, pues no debemos olvidar que los obreros y los trabajadores manuales tienen constituciones más robustas que las clases altas. Las combinaciones y la posibilidad de provocar recaídas proporcionan una considerable sofisticación a la idea básica.

–De vuelta al problema..

–Y odio esas gafas oscuras, recuérdalo.

–Repito lo que he dicho. De vuelta al problema...

–... necesitamos más datos.

–La respuesta de siempre.

–Y creo que deberíamos hablar con él.

–Sí. Y después... Le mataremos.

–Calma. Hablaremos con él. Prepararemos un nuevo encuentro y le preguntaremos qué quiere y, quizá, quién es. Seremos lo más discretos posible, obraremos con cautela y no le mataremos a menos que sea imprescindible.

–Estuvimos a punto de hablar con él.

–Nada de rabietas, ¿eh? Fue ridículo. No estamos aquí para perder el tiempo persiguiendo vehículos y corriendo detrás de reclusos idiotas. Hacemos planes. Pensamos. Enviaremos una nota al hotel del caballero...

–El Excelsior. Francamente, pensaba que un establecimiento tan respetado no se habría dejado seducir con tanta facilidad por el dinero.

–Cierto. Después iremos a él o haremos que él venga hasta nosotros.

–Bueno, creo que no deberíamos ir a él. Y en cuanto a lo de que él venga hasta nosotros, quizá no quiera. Siento mucho que... Debido a un imprevisto... Un compromiso previo me impide... Me temo que dadas las circunstancias actuales no sería productivo, quizá en otra ocasión... ¿Puedes imaginarte lo humillante que resultaría eso?

–Oh, de acuerdo. Le mataremos.

–De acuerdo en que intentaremos matarle. Si sobrevive hablaremos con él. Si sobrevive él querrá hablar con nosotros. Plan muy recomendable. Debemos estar de acuerdo. No cabe duda y no nos queda otra opción; mera formalidad.

La mujer se quedó callada. El hombre de la cabellera canosa siguió amasándole las caderas con sus manazas y las zonas libres de cicatrices de su rostro quedaron cubiertas por extraños dibujos hechos con sudor. Las manos empezaron a girar y desplazarse sobre el trasero de la mujer y ésta se mordió el labio inferior de forma casi imperceptible mientras su cuerpo se movía en una lánguida imitación de la naturaleza, una sinfonía de murmullos y golpes ahogados de manos que se precipitaban sobre una llanura blanca.

Los copos de nieve seguían cayendo del cielo.

VII

—¿Sabes una cosa? —dijo mirando a la roca—. Tengo la sensación realmente desagradable de que me estoy muriendo..., pero ahora que pienso en ello la verdad es que en este momento todos mis pensamientos y sensaciones son muy desagradables. ¿Qué opinas de ello?

La roca no dijo nada.

Había llegado a la conclusión de que la roca era el centro del universo y podía probarlo, pero la roca se negaba a aceptar su obviamente importantísimo papel dentro del esquema global de las cosas —o, por lo menos, no quería aceptarlo de momento—, lo cual le dejaba reducido a hablar consigo mismo o con los pájaros y los insectos.

Todo volvió a ondular. Cosas que parecían olas o nubes de aves carroñeras cayeron sobre él girando lentamente a su alrededor y atraparon su mente haciéndola pedazos y dejándola tan maltrecha como si fuese una fruta madura que estalla bajo la ráfaga de proyectiles surgida de una ametralladora.

Intentó alejarse a rastras lo más disimuladamente posible. Era consciente de lo que vendría a continuación. Su vida desfilaría a toda velocidad ante él. Qué idea tan increíble...

Tuvo suerte y el desfile se limitó a fragmentos de su vida, como si las imágenes fueran un reflejo de su cuerpo destrozado, y recordó cosas como el estar sentado en un bar de un pequeño planeta mientras sus gafas oscuras creaban extraños dibujos de luces y sombras en el cristal de la ventana; se acordó de un sitio donde el viento era tan terrible que acabaron adquiriendo la costumbre de juzgar su severidad por el número de camiones que se llevaba cada noche; recordó una batalla de tanques librada en los inmensos campos dedicados al monocultivo que parecían mares de hierba, un amasijo de locura, desesperación sumergida y comandantes de pie sobre los tanques y las zonas de cosecha incendiada con las llamas que se iban extendiendo poco a poco ardiendo en la noche, una masa de oscuridad en continuo crecimiento anillada por el fuego —las tierras de cultivo eran la razón y el trofeo por el que se libraba la guerra, y fueron destruidas por ella—; recordó una manguera que se desplegaba bajo el agua iluminada por los haces luminosos de los reflectores y el silencioso retorcerse de sus anillos; recordó la blancura que no terminaba nunca y la lenta guerra tectónica de represalias y desgaste de los icebergs en forma de meseta que chocaban unos con otros, el amargo final de un sueño apacible y silencioso que había durado un siglo.

Y un jardín. Se acordó del jardín. Y de una silla.

—¡Grita! —gritó.

Empezó a mover frenéticamente los brazos arriba y abajo intentando conseguir el

impulso suficiente para remontar el vuelo y alejarse de..., de..., apenas sabía de qué, y lo único que consiguió fue tambalearse de un lado a otro. Sus brazos aletearon unas cuantas veces y proyectaron a lo lejos unas cuantas bolitas de guano más, pero el paciente anillo de aves se cerró un poco más a su alrededor esperando a que muriera mientras se limitaba a contemplarle con ojos llenos de paciencia sin dejarse engañar por aquella penosa imitación de la conducta de un congénere.

–Oh, está bien... –murmuró.

Se dejó caer hacia atrás llevándose una mano al pecho y clavó los ojos en la bóveda azul claro del cielo. Y, de todas formas, ¿qué podía haber de tan terrible en algo como una silla? Decidió seguir arrastrándose.

Fue reptando alrededor de la charca de agua abriéndose paso por entre las bolitas oscuras de excremento que las aves habían ido acumulando allí y consiguió llegar hasta un sitio desde el que podía divisar las aguas del lago. No podía seguir adelante, así que se quedó inmóvil, volvió por donde había venido y rodeó la charca en sentido contrario al de antes apartando las bolitas negras de mierda de ave mientras pedía disculpas a los insectos cuya paz perturbaba con sus movimientos. Cuando llegó al punto en el que había estado antes se detuvo y evaluó la situación.

La brisa cálida le traía el olor a azufre que emanaba de las aguas del lago.

... y un instante después volvía a estar en el jardín recordando el aroma de las flores.

Hubo un tiempo en el que existía una gran casa que se alzaba en el centro de una propiedad limitada en tres de sus lados por un río muy ancho que se encontraba a medio camino entre las montañas y el mar. La propiedad tenía bosques muy antiguos y pastizales de una hierba magnífica; colinas de poca altura repletas de animales tímidos que se asustaban con mucha facilidad, caminos serpenteantes y arroyuelos cruzados por puentecitos; había templetos, pérgolas, lagos ornamentales, paisajes y perspectivas falsas y casitas de verano tan apacibles como rústicas.

El paso de los años y las generaciones hizo que muchos niños nacieran y se criaran en la gran casa y que jugaran en los maravillosos jardines que la rodeaban, pero hubo cuatro en particular cuya historia acabó siendo importante para personas que nunca habían visto la casa y que ignoraban el apellido de la familia. De los cuatro dos eran hermanas y se llamaban Darckense y Livueta; uno de los dos niños restantes era su hermano mayor y se llamaba Cheradenine y los tres compartían el apellido familiar, Zakalwe. El cuarto niño no era pariente suyo, pero había nacido en el seno de una familia que llevaba mucho tiempo siendo aliada de la suya y se llamaba Elethiomel.

Cheradenine era el mayor de los cuatro, y tenía vagos recuerdos de la agitación que se produjo cuando la madre de Elethiomel llegó a la gran casa en visible estado

de embarazo hecha un mar de lágrimas y rodeada por sirvientes que intentaban consolarla, guardias gigantescos y doncellas llorosas. Durante los días siguientes la atención de la casa entera pareció centrarse en la mujer que llevaba al bebé dentro de su útero, y aunque sus hermanas siguieron con sus juegos alegrándose de que las niñeras y el cortejo de guardianes que les rodeaban hubieran relajado un poco su vigilancia Cheradenine empezó a sentir celos de aquel niño que aún no había nacido.

El destacamento de la caballería real llegó a la casa una semana después, y aún recordaba a su padre de pie al final del espacioso tramo de escalones que llevaba hasta el patio hablando con voz tranquila mientras sus hombres se movían con silenciosa rapidez por la casa apostándose detrás de cada ventana. Cheradenine se apresuró a ir en busca de su madre y corrió por los pasillos con una mano extendida delante de él como si sostuviera unas riendas invisibles dándose golpes en la cadera con la otra mano para imitar el ruido de los cascos de un caballo y fingir que era un jinete. Un, dos, tres, un, dos, tres... Cuando encontró a su madre vio que estaba con la mujer que llevaba al bebé dentro de ella. La mujer lloraba, y su madre le ordenó que se marchara.

El bebé llegó esa misma noche después de que todos hubieran oído los gritos de la madre.

Cheradenine se dio cuenta de que la atmósfera de la gran casa sufrió un cambio considerable después de aquello, y también se dio cuenta de que todos parecían mucho más atareados que antes pero, también, menos preocupados.

Durante unos cuantos años pudo atormentarle, pero Elethiomel empezó a crecer más deprisa que él y fue tomando represalias hasta que los dos niños acabaron llegando a una tregua no muy sólida. Tenían los mismos maestros e instructores, y Cheradenine fue dándose cuenta poco a poco de que Elethiomel era su favorito. Siempre aprendía las cosas más deprisa que él, siempre era elogiado por el rápido desarrollo de sus capacidades y todos pregonaban lo avisado, inteligente y precoz que era. Cheradenine hizo cuanto pudo para ponerse a su altura y el mero hecho de no rendirse le granjeó unos cuantos elogios, pero sus esfuerzos nunca parecieron ser apreciados en su justo valor. Los instructores que les enseñaban las artes de la guerra fueron más imparciales y supieron reconocer los méritos de cada uno. Cheradenine era el mejor con los puños y en la lucha libre; Elethiomel era más diestro con las armas blancas y las armas de fuego (siempre que estuviera bajo la supervisión adecuada, pues había momentos en que podía dejarse llevar por el entusiasmo), aunque Cheradenine utilizaba el cuchillo casi tan bien como él.

Las dos hermanas no se habían dejado influir por las opiniones de los maestros y querían a ambos por un igual, y los cuatro pasaban los largos veranos y los cortos y duros inviernos jugando juntos, y –aparte del primer año después de que Elethiomel naciera– también pasaban unos cuantos días de cada primavera y cada otoño en la

gran ciudad que había río abajo donde los padres de Darckense, Livueta y Cheradenine poseían una gran mansión. Pero ninguno de los cuatro disfrutaba demasiado con aquellas estancias en la ciudad. El jardín era muy pequeño y los parques públicos siempre estaban atestados. Cuando iban a la ciudad la madre de Elethiomel siempre se mostraba más callada y sus ataques de llanto se hacían más frecuentes, y de vez en cuando se ausentaba durante unos días. Antes de partir siempre parecía muy excitada, y siempre volvía de aquellas misteriosas desapariciones con los ojos llenos de lágrimas.

Era otoño y estaban en la ciudad. Los cuatro niños intentaban mantenerse lo más alejados posible del mal humor de los adultos cuando un mensajero llegó a la casa.

No pudieron evitar oír los gritos, por lo que abandonaron la guerra infantil que estaban librando y salieron corriendo del cuarto de juegos para meter la cabeza entre los barrotes de la barandilla y bajar la vista hacia el gran salón. El mensajero estaba inmóvil con la cabeza gacha y la madre de Elethiomel lloraba y gritaba. El padre y la madre de Cheradenine, Livueta y Darckense la abrazaban y le hablaban en un tono firme y tranquilo. Su padre acabó despidiendo al mensajero con un gesto de la mano y la mujer histérica cayó al suelo sin hacer ningún ruido con una hoja de papel arrugada entre los dedos de una mano.

Su padre alzó la mirada y les vio, pero sus ojos se posaron en Elethiomel, no en Cheradenine. Poco después les ordenaron que se fueran a dormir.

Regresaron a la casa rodeada de jardines unos cuantos días después de la aparición del mensajero. La madre de Elethiomel no paraba de llorar y no bajaba al comedor.

–Tu padre era un asesino. Le ejecutaron porque mató a mucha gente. Cheradenine estaba sentado sobre el parapeto de piedra con las piernas colgando en el vacío. Hacía un día precioso y el viento susurraba entre las ramas de los árboles. Las hermanas reían y chillaban cerca del parapeto mientras recogían flores de los arriates que había en el centro de la estructura. El barco de piedra se encontraba en el lago del oeste, y quedaba unido al jardín por una calzada de losas. Estuvieron jugando a piratas un rato y cuando se cansaron decidieron investigar los arriates de flores que había en la cubierta superior de las dos con que contaba el barco. Cheradenine tenía junto a él una colección de guijarros y los iba arrojando uno por uno a la inmóvil superficie de las aguas produciendo ondulaciones que hacían pensar en un blanco de arquería porque intentaba que cada nuevo proyectil diera en el mismo sitio que el anterior.

–No hizo ninguna de las cosas que dicen –replicó Elethiomel. Bajó la vista y golpeó el baluarte de piedra con el pie–. Mi padre era un buen hombre.

–Si era bueno, ¿como es que el rey ordenó que le mataran?

–No lo sé. La gente debió de contar historias sobre él. Contaron mentiras.

–Pero el rey es muy listo –dijo Cheradenine con un tono triunfal, y arrojó otro guijarro hacia el círculo de ondulaciones que se iba haciendo cada vez más grande–. No hay nadie que sea tan listo como él. Por eso es el rey, ¿verdad? Si fueran mentiras él lo habría sabido.

–No me importa lo que dijeran –insistió Elethiomel–. Mi padre no era malo.

–Lo era, y tu madre también debió de hacer cosas muy malas porque si no jamás la habrían obligado a pasar tanto tiempo encerrada en su habitación.

–¡Mi madre no ha sido mala! –Elethiomel alzó los ojos hacia el otro niño y sintió una tensión inexplicable detrás de su nariz y sus ojos, como si tuviera un globo dentro de la cabeza y éste se fuera hinchando poco a poco–. Mi madre está muy enferma. ¡No puede salir de su habitación!

–Eso es lo que ella dice –replicó Cheradenine.

–¡Mirad! ¡Tenemos millones de flores! ¡Mirad! ¡Vamos a hacer perfumes ! ¿Queréis ayudarnos? –Las dos hermanas acababan de aparecer detrás de ellos con los brazos llenos de flores–. Elly...

Darckense intentó coger a Elethiomel del brazo.

El niño la apartó de un manotazo.

–Oh, Elly... Sheri, no, por favor –dijo Livueta.

–¡No ha sido mala! –gritó Elethiomel clavando los ojos en la espalda del otro niño.

–Sí que lo ha sido –canturreó Cheradenine, y arrojó otro guijarro al lago.

–¡No lo ha sido! –aulló Elethiomel.

Echó a correr, extendió las manos hacia la espalda de Cheradenine y le empujó con mucha fuerza.

Cheradenine chilló y se cayó del parapeto. Su cabeza chocó con la pared de piedra mientras caía. Las dos niñas gritaron al mismo tiempo.

Elethiomel se inclinó sobre el parapeto y vio como Cheradenine caía en el centro del círculo de olitas que había creado arrojando guijarros. Su cuerpo desapareció durante unos momentos, emergió a la superficie y flotó en el agua sin moverse con el rostro hacia abajo.

Darckense gritó.

–¡Oh, Elly, no!

Livueta dejó caer sus flores y corrió hacia los peldaños. Darckense seguía gritando y se acuclilló con la espalda pegada al parapeto de piedra aplastando las flores contra su pecho.

–¡Darkle! ¡Ve corriendo a la casa! –gritó Livueta desde la escalera.

Elethiomel seguía con los ojos clavados en el cuerpo que flotaba sobre las aguas y vio que se removía débilmente produciendo un reguero de burbujas. Podía oír los pasos de Livueta creando ecos en la cubierta inferior.

Elethiomel deslizó la mano por el parapeto y los guijarros cayeron al agua alrededor del niño unos segundos antes de que Livueta saltara al estanque para rescatar a su hermano mientras Darckense seguía gritando.

No, no era eso. Tenía que ser algo peor que eso, ¿verdad? Estaba seguro de que recordaba algo relacionado con una silla (también recordaba algo acerca de un bote, pero tampoco parecía tratarse de aquello). Intentó pensar en todas las cosas desagradables que pueden ocurrirte estando sentado en una silla y las fue descartando una por una al comprender que no le habían ocurrido a él o a nadie que conociera –al menos por lo que podía recordar–, y acabó llegando a la conclusión de que aquella extraña obsesión centrada en una silla no tenía ninguna razón particular de ser. Su mente había decidido construir toda una fijación basada en una silla como habría podido escoger cualquier otro objeto, y no había nada que hacer al respecto.

También estaban los nombres, por supuesto. Nombres que había utilizado, nombres falsos que nunca le habían pertenecido... ¡Utilizar el nombre de un navío de combate! Parecía increíble. Qué persona tan idiota, qué niño tan travieso... Sí, eso era lo que estaba intentando olvidar. No entendía cómo había podido ser tan estúpido. Ahora todo le parecía tan claro, tan obvio... Quería olvidar el navío de combate. Quería enterrarlo en lo más profundo de su ser, por lo que jamás habría debido utilizar su nombre.

Ahora se daba cuenta de que fue un error. Ahora lo comprendía. Ahora, cuando ya era demasiado tarde para hacer algo al respecto...

Las gigantescas magnitudes de su estupidez hicieron que sintiese deseos de vomitar.

Una silla, un navío, un..., otra cosa que había olvidado.

Los chicos aprendieron a trabajar el metal y las chicas aprendieron alfarería.

–Pero no somos campesinos, ni..., ni...

–Artesanos –dijo Elethiomel.

–No quiero oír ni una sola protesta más, y aprenderéis algo de lo que significa el trabajar con las manos –dijo el padre de Cheradenine mirando fijamente a los dos chicos.

–¡Pero esas cosas son para los que no han nacido en una familia noble!

–Lo mismo podría decirse del aprender a escribir y el manejar los números. Dominar esas habilidades no os convertirá en oficinistas, al igual que trabajar el hierro no os convertirá en herreros.

–Pero...

–Haréis lo que se os ordene hacer. Si os parece que eso encaja mejor con las

ambiciones marciales que ambos afirmáis poseer, os doy permiso para que intentéis forjar espadas y armaduras durante vuestras lecciones.

Los chicos intercambiaron una rápida mirada.

–También podéis decirle a vuestro profesor de retórica que os he dado instrucciones de preguntarle si es aceptable que un par de jóvenes de buena cuna empiecen casi todas las frases con una palabra tan lamentable como «Pero». Eso es todo.

–Gracias, señor.

–Gracias, señor.

Cuando hubieron salido de la habitación los dos se confesaron que trabajar los metales quizá no fuera tan horrible como habían temido al principio.

–Pero tenemos que decirle a Narizotas lo de que siempre decimos «Pero». ¡Nos hará copiar algo!

–No, no lo hará. Tu viejo dijo que «podíamos» decírselo a Narizotas, y eso no es lo mismo que ordenarnos que se lo digamos.

–Ja. Sí.

Livueta también quería aprender a trabajar los metales, pero su padre se negó a permitirlo porque no consideraba que fuera adecuado para una dama. Livueta insistió. Su padre no quiso acceder. Livueta lloró y gritó, y acabaron llegando al compromiso de que podría estudiar carpintería.

Los chicos forjaron cuchillos y espadas, Darckense hizo cacharros de fango y Livueta los muebles para una casita de verano que se encontraba en uno de los bosques de la propiedad. Fue en esa casita de verano donde Cheradenine descubrió...

No, no, no, no quería pensar en eso, muchas gracias. Sabía lo que vendría a continuación.

Maldición, prefería pensar en ese otro momento horrible, el día en que cogieron el rifle de la armería...

No, la verdad es que no quería pensar en nada. Intentó dejar de pensar golpeándose la cabeza contra el suelo, alzando los ojos hacia el azul del cielo y golpeándose la cabeza una y otra vez contra aquellas pálidas rocas escamosas que se extendían debajo de él allí donde había apartado las bolitas de guano, pero el dolor resultaba excesivo, las rocas se limitaban a ceder hundiéndose en la blandura del suelo y de todas formas estaba tan débil que incluso una mosca mínimamente decidida habría podido con él, así que acabó dejándolo.

¿Dónde estaba?

Ah, sí, el cráter, el volcán inundado..., estamos en un cráter; un viejo cráter de un viejo volcán que lleva mucho tiempo apagado y lleno de agua, y en el centro del cráter había una islita y él estaba en esa islita, y contemplaba las paredes del cráter

que se alzaban alrededor de la islita, y era un hombre, no un niño, y era un hombre afable y encantador y se estaba muriendo en la islita y...

–¿Gritar? –murmuró.

El cielo le contempló con expresión dubitativa.

Era azul.

Fue Elethiomel quien tuvo la idea de coger el rifle. La armería no estaba cerrada con llave, pero se encontraba vigilada. Los adultos siempre parecían preocupados y con muchas cosas que hacer, y habían hablado de enviar a los niños lejos de allí. El verano había terminado y aún no habían ido a la ciudad. Estaban empezando a aburrirse.

–Podríamos escaparnos.

Estaban caminando por un sendero cubierto de hojas caídas que serpenteaba a través de la propiedad. Elethiomel había hablado en voz muy baja. Ahora ni tan siquiera podían dar un paseo sin ir acompañados por algunos centinelas. Los hombres se mantenían a treinta pasos por delante de ellos y a veinte por detrás. ¿Cómo podías jugar con tantos centinelas alrededor? Si se quedaban cerca de la casa se les permitía ir sin centinelas, pero eso resultaba todavía más aburrido.

–No digas bobadas –replicó Livueta.

–No es ninguna bobada –dijo Darckense–. Podríamos ir a la ciudad. Sería divertido.

–Sí –dijo Cheradenine–. Tienes razón. Sería divertido.

–Y ¿por qué queréis ir a la ciudad? –preguntó Livueta–. Podría..., podría resultar peligroso.

–Porque esto es muy aburrido –dijo Darckense.

–Sí, lo es –dijo Cheradenine.

–Podríamos coger un bote y escapar en él –dijo Cheradenine.

–Ni tan siquiera haría falta que remáramos o nos preocupáramos del timón –dijo Elethiomel–. Basta con que nos dejemos llevar por la corriente y acabaremos llegando a la ciudad.

–Yo no iré a la ciudad –dijo Livueta mientras pateaba un montón de hojas.

–Oh, Livvy... –dijo Darckense–. No seas aguafiestas. Ven con nosotros. Tenemos que hacer las cosas juntos.

–Yo no iré a la ciudad –repitió Livueta.

Elethiomel apretó los labios y le atizó una terrible patada a un enorme montón de hojas haciéndolas saltar por los aires con un ruido tan fuerte como el de una explosión. Dos de los centinelas que les precedían giraron rápidamente sobre sí mismos, se relajaron y volvieron a apartar la mirada.

–Tenemos que hacer algo –dijo.

Clavó los ojos en los centinelas que caminaban delante de ellos admirando los enormes rifles automáticos que se les permitía utilizar. Nunca le habían dado permiso para tocar un arma de verdad. Tenía que conformarse con pistolitas de balines y carabinas ligeras.

Cogió al vuelo una hoja que pasaba junto a su rostro.

–Hojas... –Se la puso delante de los ojos y la hizo girar entre los dedos–. Los árboles son terriblemente estúpidos –dijo mirando a los demás.

–Pues claro –dijo Livueta–. No tienen nervios ni cerebro, ¿verdad?

–No me refería a eso –replicó él estrujando la hoja en su mano–. Lo que quiero decir es que... Bueno, que son una estupidez. Todo este desperdicio cada otoño... Un árbol que conservara sus hojas no tendría que perder el tiempo haciendo que volvieran a crecerle. Crecería hasta ser más alto que cualquier otro árbol, y acabaría convirtiéndose en el rey de todos los árboles.

–¡Pero las hojas son muy hermosas! –exclamó Darckense.

Elethiomel meneó la cabeza e intercambió una mirada algo despectiva con Cheradenine.

–¡Chicas! –dijo en tono burlón, y se rió.

Había olvidado cuál era la otra palabra cuyo significado era idéntico al de la palabra «cráter». Había otra palabra aparte de cráter o, más precisamente, había una palabra que se usaba para referirse a un cráter volcánico de gran tamaño; estaba totalmente seguro de que había otra palabra, la dejé aquí mismo hace un momento y algún bastardo me la ha robado, maldito bastardo..., si consiguiera encontrarla yo..., la dejé aquí mismo hace un momento y ahora...

¿Dónde estaba el volcán?

El volcán estaba en una gran isla de un mar interior en alguna parte.

Contempló las distantes cimas de las paredes del cráter que le rodeaban e intentó recordar dónde se encontraba esa «alguna parte». Mover la cabeza hizo que sintiera una punzada de dolor en el hombro allí donde uno de los ladrones le había clavado su cuchillo. Al principio trató de proteger la herida asustando a las nubes de moscas, pero estaba casi seguro de que ya habían depositado sus huevos en ella.

(No muy cerca del corazón; por lo menos seguía llevándola allí dentro, y la podredumbre necesitaría algún tiempo para extenderse tanto. La muerte llegaría antes de que la progenie de las moscas hubiera logrado abrirse paso llegando hasta ella y su corazón.)

Pero, ¿por qué no? Adelante, gusanitos, sed mis invitados. Comed hasta reventar. Lo más probable es que cuando aparezcáis ya lleve algún tiempo muerto, y eso os ahorrará el dolor y los tormentos que sufriríais cuando intentara librarme de vosotros rascándome con las uñas hasta sangrar... Gusanitos queridos, pobres y encantadores

gusanitos. (Pobrecito yo, que soy el que acabará devorado...) Se quedó inmóvil y pensó en la pequeña charca alrededor de la que orbitaba tan inexorablemente como una roca capturada por la gravedad. La charca se hallaba en el fondo de una depresión de pequeño tamaño, y tenía la impresión de que llevaba una eternidad intentando alejarse de aquellas aguas pestilentes, el barro viscoso, las moscas que se apelotonaban a su alrededor y la mierda de ave sobre la que se veía obligado a deslizarse... Y no lo conseguía. Fuera por la razón que fuese siempre parecía acabar volviendo al punto de partida, pero no paraba de pensar en ello.

La charca tenía muy poca profundidad y el fondo rocoso. El agua contenía grandes cantidades de barro, y apestaba. El pequeño estanque era una visión horrible y repulsiva que se había ido hinchando hasta dejar atrás sus límites normales gracias a los vómitos y la sangre que había ido derramando dentro de él. Lo único que deseaba era marcharse de allí, interponer la máxima distancia posible entre él y la charca... Cuando estuviera lo bastante lejos ordenaría una incursión de bombarderos pesados para que acabara con ella.

Reanudó el lento arrastrarse alrededor de la charca desplazando las bolitas de guano y los insectos ocultos entre ellas y fue dirigiéndose hacia el lago para acabar regresando a su posición original. Se quedó inmóvil y clavó los ojos en la charca y la roca.

¿Qué había estado haciendo?

Había estado ayudando a los nativos, como de costumbre. Les había asesorado y dado los mejores consejos posibles, al principio manteniendo controlados a los lunáticos y calmando los ánimos y luego poniéndose al frente de un pequeño ejército; pero los nativos dieron por sentado que les traicionaría y que acabaría utilizando el ejército al que había entrenado como base sobre la que construir una estructura de poder personal. La víspera de su victoria, la mismísima hora en que asaltaron el Santuario... Ése fue el momento que escogieron para liquidarle.

Le llevaron a la sala de calderas y le desnudaron; logró escapar, pero los soldados ya habían empezado a bajar por la escalera y tuvo que echar a correr. Se vio obligado a ir hacia el río, y acabaron acorralándolo. El impacto de la zambullida estuvo a punto de hacerle perder el conocimiento. Las cometas se apoderaron de él y su cuerpo giró lenta y perezosamente sobre sí mismo. Despertó por la mañana debajo de la armazón que cubría un cabestrante en una de las enormes barcazas usadas para desplazarse por el río. No tenía ni idea de cómo había llegado hasta allí. Vio un cabo que colgaba junto a la popa, y supuso que habría trepado por él. Seguía teniendo un terrible dolor de cabeza.

Cogió la ropa colgada de una cuerda que se estaba secando detrás de la garita del timón, pero le vieron. Saltó por la borda con la ropa en la mano y nadó hasta la orilla. La persecución no había cesado, y no le quedó más remedio que seguir alejándose de

la ciudad y el Santuario, los únicos lugares donde la Cultura podía buscarle. Pasó horas intentando dar con una forma de ponerse en contacto con ellos.

Los ladrones le atacaron cuando la montura que había robado estaba bordeando un cráter volcánico lleno de agua. Le golpearon, le violaron, le cortaron los tendones de las piernas y le arrojaron a las pestilentes aguas amarillentas del cráter. Intentó alejarse a nado usando sólo sus brazos –las piernas flotaban como dos apéndices inútiles detrás de él–, mientras se retorció para esquivar las piedras que le arrojaban los ladrones.

Sabía que una de aquellas rocas acabaría acertándole más tarde o más temprano, por lo que intentó utilizar una parte del maravilloso adiestramiento que le había proporcionado la Cultura. Hiperventiló sus pulmones lo más deprisa posible y se sumergió. Sólo tuvo que esperar un par de segundos. Una roca de gran tamaño cayó al agua chocando con la hilera de burbujas que había dejado al sumergirse. Se agarró a la roca como si fuera una amante en cuanto descendió hacia él y dejó que le hundiera en las oscuras profundidades del lago desconectando sus sentidos para sumirse en el trance que le habían enseñado. Su último pensamiento fue que el trance quizá no funcionara y que podía no volver a despertar nunca, pero no le importó demasiado.

Antes de sumergirse había grabado en su mente la cifra «diez» y la palabra «minutos». Despertó envuelto en una oscuridad impenetrable; recordó lo ocurrido y sacó los brazos de debajo de la roca. Movi6 las piernas intentando llegar a la luz, pero no sucedió nada. Utilizó los brazos y la superficie acabó acogiéndole después de un período de tiempo indeterminado. El aire jamás había tenido un sabor tan delicioso.

Las paredes del cráter eran muy lisas. La islita rocosa era el único sitio al que podía llegar nadando. Las aves emprendieron el vuelo lanzando chillidos estridentes cuando llegó a la orilla chapoteando ruidosamente.

«Bueno –pensó mientras reptaba sobre las rocas abriéndose paso por entre el guano–, al menos no han sido los sacerdotes... Si hubieran sido ellos ahora sí que me encontraría en una situación realmente apurada.»

Los calambres llegaron unos minutos después infiltrándose en cada articulación y quemándole por dentro como si estuviera lleno de ácido, y deseó haberse encontrado con los sacerdotes.

Tenía que hacer algo para que su mente olvidara el dolor, y siguió hablando consigo mismo. Se dijo que la Cultura vendría a buscarle con una nave maravillosa que descendería del cielo, y que en cuanto estuviera a bordo de ella todo iría bien.

Estaba seguro de que vendrían a buscarle. Le encontrarían, le curarían y estaría a salvo, oh, sí, no correría ningún peligro y cuidarían muy bien de él y quedaría libre del dolor, volvería a su paraíso y sería como..., como volver a la infancia; como volver a estar en el jardín. Pero la parte más maliciosa y suspicaz de su mente se

empeñaba en recordarle que a veces hasta los jardines eran peligrosos, y que en ellos también podían ocurrir cosas malas.

Darckense convenció al centinela de la armería para que fuera con ella por el pasillo hasta doblar la esquina y la ayudara a abrir una puerta atascada. Cheradenine entró sigilosamente en la habitación y cogió el rifle automático guiándose por la descripción que le había dado Elethiomel. Salió de la armería con el rifle oculto debajo de una capa y oyó a Darckense dándole las gracias efusivamente al centinela. Se encontraron en el guardarropa del salón posterior para murmurar con voces emocionadas envueltos en el reconfortante olor de la ropa mojada y la cera para suelos, y se pasaron el arma del uno al otro para sostenerla y acariciarla. El rifle automático pesaba mucho.

–¡Sólo has traído un cargador!

–No vi ninguno más.

–Dios, Zak, debes de estar ciego... Bueno, supongo que tendremos que conformarnos con eso.

–Aj... Está pringosa –dijo Darckense.

–Es aceite –le explicó Cheradenine–. Sirve para impedir que se oxide.

–¿Dónde se supone que vamos a esconderla? – preguntó Livueta.

–La dejaremos aquí y volveremos después de cenar –dijo Elethiomel quitándole el arma a Darckense–. Hoy tenemos que estudiar con Narizotas, y siempre se queda dormido enseguida. Mamá y papá estarán muy ocupados atendiendo a ese coronel. Podemos salir de la casa, llegar al bosque sin que nos vean y disparar el arma allí.

–Claro, y probablemente nos matarán –dijo Livueta–. Los centinelas pensarán que somos un grupo de terroristas.

Elethiomel meneó la cabeza pacientemente.

–Livvy, eres tonta. –Alzó el arma y la apuntó con ella–. Tiene un silenciador. Qué creías que era esa cosa, ¿eh?

–Ah –dijo Livueta mientras apartaba a un lado el cañón del arma–. ¿Y tiene seguro?

Elethiomel puso cara de duda, aunque la mueca sólo duró una fracción de segundo.

–Claro –dijo en voz alta. Se encogió sobre sí mismo y volvió la cabeza hacia la puerta cerrada que daba al salón–. Clareo –murmuró–. Vamos. La dejaremos aquí y volveremos por ella cuando hayamos logrado librarnos de Narizotas.

–No puedes dejarla aquí –dijo Livueta.

–Te apuesto lo que quieras a que sí puedo.

–Esa cosa apesta –dijo Livueta–. El aceite huele mucho. Se darán cuenta de que está aquí en cuanto entren. ¿Y si papá decide ir a dar un paseo?

Elethiomel pareció preocupado. Livueta pasó junto a él y abrió una ventanita.

–¿Y si la escondemos en el barco de piedra? –sugirió Cheradenine–. Nadie va allí durante esta época del año.

Elethiomel pensó en lo que acababa de decir. Después cogió la capa que Cheradenine había utilizado para esconder el rifle y lo envolvió en ella.

–De acuerdo. Toma, escóndelo.

Seguía sin haber retrocedido lo suficiente, o quizá no había logrado avanzar todo lo que quería, no estaba seguro. El lugar correcto..., eso era lo que estaba buscando. El lugar correcto... La situación era muy importante, y en aquel tipo de situaciones el lugar lo era todo. Por ejemplo, esta roca...

–Por ejemplo tú, roca –dijo.

Entrecerró los ojos y la contempló en silencio.

Ah, sí, aquí tenemos esta fea roca más o menos plana que se conforma con permanecer inmóvil y no hacer nada limitándose a ser amoral y aburrida, y la roca se alza como una isla en el centro de esta charca de aguas contaminadas. La charca es un laguito minúsculo en una pequeña isla y la isla se encuentra dentro de un cráter inundado. El cráter es un cráter volcánico, y el volcán forma parte de una isla que se halla en un gran mar interior. El mar interior es como un lago gigante en un continente y el continente es como una isla perdida en los mares del planeta. El planeta es como una isla en el mar de espacio que contiene el sistema, y el sistema flota dentro del grupo de sistemas, que es como una isla en el mar de la galaxia, que es como una isla en el archipiélago de su macizo local, que es una isla dentro del universo, y el universo es una isla que flota en el mar de espacio formado por los Continuos, y éstos flotan como islas en la Realidad, y...

Pero había un factor común presente en toda la cadena de los Continuos, el Universo, el Macizo Local, la Galaxia, el Grupo de Sistemas, el Sistema, el Planeta, el Continente, la Isla, el Lago, la Isla..., y ese factor común era que la roca siempre estaba allí. ¡Y ESO QUERÍA DECIR QUE LA ROCA, ESA JODIDA Y HORRENDA ROCA QUE TENÍA DELANTE, ERA EL CENTRO DEL UNIVERSO Y DE LOS CONTINUOS Y DE TODA LA REALIDAD!

La palabra era caldera. El lago estaba dentro de una caldera volcánica inundada. Alzó la cabeza, contempló las inmóviles aguas amarillentas que se alejaban hacia los riscos del cráter y creyó ver un barco de piedra.

–Grita –dijo.

–Vete a la mierda –oyó que replicaba el cielo, no muy convencido.

El cielo estaba lleno de nubes y el anochecer había llegado más pronto de lo acostumbrado. Narizotas había necesitado más tiempo del habitual para quedarse

dormido detrás de su escritorio, y casi decidieron dejarlo todo para mañana, pero pensaron que no podrían esperar tanto tiempo. Salieron sigilosamente de la habitación, procuraron adoptar expresiones lo más normales posible conteniendo el deseo de correr y caminaron hasta el salón de la parte de atrás para coger sus botas y las chaquetas.

—¿Ves? —murmuró Livueta—. Incluso con la ventana abierta huele un poco a aceite.

—Yo no huelo nada —mintió Elethiomel.

Las salas para banquetes donde el coronel y su séquito estaban siendo agasajados aquella noche daban a los parques que había junto a la fachada principal de la casa, y el lago con el barco de piedra quedaba detrás de ellos.

—Vamos a dar un paseo por el lago, sargento —le explicó Cheradenine al centinela que les dio el alto en el sendero de gravilla que llevaba hasta el barco de piedra.

El sargento asintió y les dijo que se dieran prisa porque no tardaría en anochecer.

Llegaron al barco y encontraron el rifle allí donde Cheradenine lo había escondido, debajo de un banco de piedra que había en la cubierta superior.

Elethiomel levantó el rifle de las losas que formaban la cubierta y el arma chocó con un canto del banco.

Hubo un chasquido metálico y el cargador se desprendió del rifle. Después oyeron el ruido de un alambre soltándose, y las balas repiquetearon sobre las losas.

—¡Idiota! —dijo Cheradenine.

—¡Cállate!

—Oh, no... —dijo Livueta.

Se inclinó y empezó a recoger las balas.

—Volvamos —murmuró Darckense—. Estoy asustada.

—No te preocupes —dijo Cheradenine dándole unas palmaditas en la mano—. Ven, ayúdanos a buscar las balas.

Parecieron necesitar una eternidad para encontrar las balas, limpiarlas y volver a meterlas dentro del cargador, y aun así todos pensaron que probablemente faltaban algunas. Cuando hubieron conseguido colocar el cargador en su sitio ya casi había anochecido del todo.

—Está demasiado oscuro —dijo Livueta.

Se hallaban agazapados junto a la balastrada contemplando las aguas del lago y la casa que se alzaba al otro lado. Elethiomel sostenía el rifle en sus manos.

—¡No! —dijo—. Aún podemos ver.

—No, no se ve lo suficientemente bien para disparar —replicó Cheradenine.

—Dejémoslo para mañana —sugirió Livueta.

—No tardarán en darse cuenta de que no hemos vuelto —murmuró Cheradenine—. ¡No tenemos tiempo!

–¡No! –dijo Elethiomel.

Sus ojos no se apartaban del centinela que caminaba lentamente por el sendero. Livueta volvió la cabeza en esa dirección. El centinela era el sargento que les había dado el alto.

–¡Te estás comportando como un idiota! –dijo Cheradenine.

Alargó una mano para coger el arma. Elethiomel la apartó.

–Es mía. ¡No la toques!

–¡No es tuya! –siseó Cheradenine–. Es nuestra. ¡Pertenece a nuestra familia, no a la tuya!

Puso las dos manos sobre el arma. Elethiomel tiró de ella.

–¡Basta! –dijo Darckense con un hilo de voz.

–No seáis tan... –empezó a decir Livueta.

Volvió la cabeza hacia el final del parapeto. Le parecía haber oído un ruido que venía de allí.

–¡Dámela!

–¡Suelta!

–Por favor, estaros quietos, por favor, por favor. Volvamos a la casa, por favor...

Livueta no les oyó. Estaba muy quieta, tenía la boca seca y no apartaba los ojos de lo que había al otro lado del parapeto de piedra. Un hombre vestido de negro acababa de coger el rifle que el sargento había dejado caer al suelo. El sargento yacía sobre la gravilla. Algo metálico brilló en la mano del hombre vestido de negro reflejando las luces de la casa. El hombre sacó el flácido cuerpo del sargento del sendero de gravilla y lo echó al lago.

Livueta apenas podía respirar. Se escondió detrás del parapeto y movió las manos frenéticamente intentando llamar la atención de los dos chicos.

–Ba... –dijo.

Los chicos seguían luchando por el rifle.

–Ba...

–¡Es mío!

–¡Suelta!

–¡Basta! –siseó, y les golpeó en la cabeza. Los dos alzaron los ojos hacia ella–. Alguien acaba de matar al sargento.

–¿Qué?

Los dos chicos miraron por encima del parapeto. Elethiomel seguía sosteniendo el arma.

Darckense se hizo un ovillo y empezó a llorar.

–¿Dónde?

–Allí. ¡Eso que hay en el agua es su cuerpo!

–Oh, claro –murmuró Elethiomel–. Y ¿quién...?

Los tres vieron la silueta negra que avanzaba hacia la casa manteniéndose entre las sombras de los arbustos que bordeaban el sendero. Un instante después una docena de hombres empezaron a moverse a lo largo del lago caminando sin hacer ningún ruido sobre la angosta tira de césped. Sus cuerpos eran manchones de oscuridad apenas visibles sobre la gravilla.

–¡Terroristas! –exclamó Elethiomel.

Los tres volvieron a ocultarse detrás del parapeto. Darckense seguía llorando.

–Avisa a la casa –dijo Livueta–. Dispara el rifle.

–Quita el silenciador –dijo Cheradenine.

Elethiomel luchó con el grueso tubo metálico en que terminaba el cañón.

–¡Se ha atascado!

–¡Déjame probar!

Los tres lo intentaron.

–Bueno, es igual –dijo Cheradenine–. Dispara.

–¡Sí! –murmuró Elethiomel. Alzó el arma y la sopesó–. ¡Sí! –dijo.

Se arrodilló, apoyó el arma sobre el parapeto de piedra y tomó puntería.

–Ten cuidado –dijo Livueta.

Elethiomel apuntó a los hombres vestidos de negro que se movían por el sendero en dirección a la casa y tiró del gatillo.

El arma pareció estallar. Toda la cubierta del barco de piedra quedó iluminada. El ruido fue tremendo. Elethiomel fue arrojado hacia atrás mientras el arma seguía disparando balas trazadoras que se perdían en el cielo nocturno. Su espalda chocó con el banco. Darckense chilló con toda la fuerza de sus pulmones y se levantó de un salto un segundo antes de que se empezaran a oír disparos cerca de la casa.

–¡Darkle, agáchate! –gritó Livueta.

Finos haces luminosos chisporrotearon y bailaron sobre el barco de piedra.

Darckense siguió gritando sin moverse durante unos momentos y echó a correr hacia la escalera. Elethiomel meneó la cabeza y alzó los ojos cuando pasó corriendo junto a él. Livueta trató de agarrarla por una pierna, pero no lo consiguió. Cheradenine intentó hacerla caer al suelo.

Los haces luminosos descendieron un poco e hicieron saltar trocitos de roca envueltos en nubéculas de polvo de las superficies de piedra que les rodeaban. Darckense llegó a las escaleras sin dejar de gritar ni un solo instante.

La bala le entró por la cadera. El tiroteo y los gritos de Darckense no impidieron que los tres oyeran con toda claridad el sonido del impacto. Él también resultó herido, aunque por aquel entonces no tenía ni idea de cuál había sido el arma responsable de su herida.

El ataque a la casa fue rechazado y Darckense sobrevivió. Estuvo a punto de morir a causa de la conmoción y la pérdida de sangre, pero sobrevivió. Los mejores

cirujanos del país lucharon por reconstruir su pelvis. El proyectil la había destrozado convirtiéndola en una docena de fragmentos principales y un centenar de astillas diminutas.

Los trocitos de hueso se esparcieron por todo su cuerpo. Encontraron fragmentos en sus piernas, en un brazo y en sus órganos internos, e incluso encontraron uno en su mentón. Los cirujanos del ejército estaban acostumbrados a tratar ese tipo de heridas, y disponían del tiempo (la guerra aún no había empezado) y los incentivos (el padre de Darckense era un hombre muy importante) necesarios para hacer una labor lo más concienzuda posible con ella, pero aun así y suponiendo que todo fuese bien en el futuro Darckense tendría considerables dificultades para caminar hasta que hubiese terminado de crecer.

Uno de los trocitos de hueso no se conformó con viajar por el cuerpo de Darckense y entró en el suyo alojándose justo encima del corazón.

Los cirujanos del ejército dijeron que la operación sería demasiado peligrosa y afirmaron que su cuerpo acabaría rechazando el trocito de hueso por sí solo.

Pero su cuerpo decidió no rechazarlo.

Volvió a arrastrarse alrededor de las aguas pestilentes.

¡Caldera! Sí, ésa era la palabra.

(Ese tipo de señales eran muy importantes, y había logrado encontrar la que estaba buscando.)

«Victoria», se dijo mientras se incorporaba apartando unas cuantas bolitas de guano y pedía disculpas a los insectos. Había llegado a la conclusión de que todo se arreglaría. Lo sabía, y también sabía que al final siempre acabas ganando y que incluso cuando pierdes no llegas a enterarte de que has sido derrotado porque la vida no era más que un combate interminable, y de todas formas estaba en el centro exacto de aquel ridículo volcán, y la palabra era Caldera, y la palabra era Zakalwe, y la palabra era Staberinde, y...

Fueron a buscarle. Bajaron del cielo en su maravillosa nave y se lo llevaron de allí y le curaron...

–Nunca aprenderán –oyó que decía el cielo, y el suspiro llegó con toda claridad a sus oídos.

–Jódete –dijo él.

Años después Cheradenine volvió a la casa después de haber terminado sus estudios en la academia militar. Preguntó por Darckense a un jardinero que hablaba

en monosílabos y fue enviado en una dirección determinada. Atravesó el bosque y caminó sobre la blanda alfombra de hojas que llevaba hasta la puerta de la casita de verano.

Oyó un grito en el interior y reconoció la voz de Darckense.

Subió corriendo los peldaños, desenfundó su pistola y abrió la puerta de un puntapié.

El rostro perplejo y algo asustado de Darckense giró hacia él para contemplarle por encima del hombro. Sus manos estaban alrededor del cuello de Elethiomel. Elethiomel siguió inmóvil con los pantalones a la altura de los tobillos y las manos sobre las caderas desnudas de Darckense –los pliegues de su vestido se hinchaban sobre ellas–, y le miró sin perder la calma.

Elethiomel estaba sentado en la sillita que Livueta había construido hacía ya muchos años durante sus clases de carpintería.

–Hola, viejo amigo –dijo mirando fijamente al joven que parecía haberse olvidado de la pistola que sostenía entre los dedos.

Cheradenine clavó la mirada en los ojos de Elethiomel durante un momento, giró sobre sí mismo, guardó la pistola en la funda y la cerró. Salió de la casita de verano cerrando la puerta detrás de él sin hacer ningún ruido.

Antes de alejarse oyó el llanto de Darckense y la risa de Elethiomel.

La isla en el centro de la caldera había recuperado su silencio habitual. Unas cuantas aves alzaron el vuelo y se posaron encima de ella.

La presencia del hombre había alterado a la isla. Ahora parecía tener impreso un sencillo pictograma en blanco sobre negro que ocupaba toda la depresión central, un círculo dibujado por el sendero de excrementos negros amontonados para dejar al descubierto la blancura de la roca, con un rabillo de una longitud cuidadosamente calculada inclinándose hacia un lado (el otro extremo apuntaba hacia la roca, que servía como punto central).

Era el signo convencional para pedir socorro utilizado en aquel planeta, y sólo se podía ver desde una aeronave o desde el espacio.

Ya habían pasado algunos años desde la escena en la casita de verano. Una noche en que los bosques ardían y el mundo vibraba con el lejano retumbar de la artillería un joven mayor del ejército subió de un salto a uno de los tanques que se encontraban bajo su mando y ordenó al conductor que atravesara el bosque siguiendo el camino que serpenteaba entre aquellos troncos venerables.

Dejaron atrás el cascarón semidestrozado de la mansión reconquistada y el rojo de los incendios que iluminaba aquel interior que había sido tan espléndido en el

pasado (las llamas se reflejaban sobre las aguas del lago ornamental y bailaban junto a los restos de un barco de piedra).

El tanque se abrió paso a través del bosque aplastando arbolillos y destruyendo los puentecitos que cruzaban los arroyos.

Vio el claro con la casita a través de los árboles. La parpadeante claridad blanca que la iluminaba parecía casi ultraterrena, como si procediera del mismísimo Dios.

Llegaron al claro. Un obús-estrella había caído del cielo y el paracaídas había quedado atrapado en las ramas de los árboles. El proyectil silbaba y chisporroteaba emitiendo una luz blanca y pura de gran potencia que revelaba el claro y todo lo que había en él.

La luz permitía ver la sillita de madera dentro de la casa de verano. El cañón del tanque apuntaba al pequeño edificio.

—¿Señor? —preguntó el comandante del tanque contemplándole con cierta preocupación desde la escotilla que tenía debajo.

El mayor Zakalwe bajó los ojos hacia él.

—Fuego —ordenó.

Ocho

La primera nevada del año iba cubriendo las pendientes más altas de la ciudad. Los copos de nieve bajaban flotando del cielo entre gris y marrón y se acumulaban sobre las calles y los edificios haciendo pensar en una sábana arrojada encima de un cadáver.

Estaba cenando solo en una mesa muy grande. La pantalla que había colocado en el centro de la habitación mostraba las imágenes de unos prisioneros liberados en otro planeta. Las puertas del balcón estaban abiertas y dejaban entrar versiones en miniatura de la nevada que caía sobre la ciudad. La elegante alfombra de la habitación estaba cubierta de una escarcha blanquecina allí donde la nieve había logrado sedimentarse, y de manchas oscuras en los lugares donde el calor de la estancia había logrado fundirla volviendo a convertirla en agua. La ciudad era una masa de sombras y contornos grises entrevistos en la oscuridad. Las luces trazaban líneas y remolinos debilitados por la distancia y los torbellinos de nieve.

La oscuridad llegó como una gigantesca bandera negra agitada sobre el desfiladero, atrajo hacia sí los tonos grises de los límites de la ciudad y cuando los hubo incorporado a su masa realzó las manchitas de las luces que ardían en las calles y los edificios como si quisiera recompensarlas por su persistencia.

El silencio de la pantalla se unió al silencio con que caían los copos. La luz proyectó un sendero sobre el caos silencioso de la nevada que caía en el exterior. El hombre se levantó. Cerró las puertas y los postigos y después corrió las cortinas.

El día siguiente amaneció muy soleado y la ciudad se podía divisar con toda la nitidez que permitía la gran curva del desfiladero. Los edificios y las líneas de las carreteras y los acueductos resaltaban con tanta claridad como si acabaran de ser dibujadas, y los rayos de sol daban un nuevo brillo incluso a la piedra gris más descolorida. La nieve cubría la mitad superior de la ciudad; por debajo de ella la temperatura siempre alcanzaba niveles superiores y la nieve había caído en forma de lluvia. La claridad y limpidez del nuevo día también quedaban puestas de relieve allí. El hombre volvió la cabeza hacia la ventanilla y contempló el panorama. Cada detalle era un placer para la vista. Fue contando los arcos y los vehículos, y siguió los contornos del agua, los caminos y las vías a través de todas sus circunvoluciones y escondites. Inspeccionó cada reflejo del sol, entrecerró los ojos ante cada ave convertida en un puntito que giraba por los cielos y ni los cristales oscuros de sus gafas impidieron que se fijara en cada ventana rota.

El vehículo era el más largo y esbelto de todos los que había adquirido o

alquilado hasta la fecha. Tenía capacidad para ocho pasajeros y poseía un motor rotatorio tan enorme como poco eficiente conectado a ambos ejes. El chófer había recibido orden de bajar la capota. El hombre se relajó en el asiento de atrás y se dedicó a disfrutar la caricia del aire fresco en su rostro.

El pendiente-terminal emitió un zumbido.

—¿Zakalwe?

—¿Sí, Diziet? —respondió.

Pensó que si hablaba en un tono de voz lo bastante bajo el rugido del viento impediría que el chófer oyera su conversación, pero aun así decidió subir el cristal que podía interponerse entre la cabina y el compartimento de los pasajeros.

—Hola. Bien... Hay un ligero retraso en la transmisión, pero casi no se nota. ¿Qué tal va todo?

—Aún no hay nada nuevo. Me hago llamar Staberinde y estoy causando sensación. Soy propietario de las Líneas Aéreas Staberinde, hay una calle Staberinde, unos Grandes Almacenes Staberinde, unos Ferrocarriles Staberinde, una emisora Staberinde..., incluso hay un crucero de lujo llamado Staberinde. He gastado el dinero como si fuese hidrógeno y me ha bastado una semana para edificar un imperio comercial que muchas personas no conseguirían crear en toda una vida. Soy una de las personas de las que más se habla en todo el planeta, puede que incluso en todo el sistema...

—Sí. Pero, Cher...

—Esta mañana he tenido que salir del hotel por un túnel de servicio que lleva a un anexo. El patio estaba atestado de periodistas. —Lanzó una rápida mirada por encima de su hombro—. Es increíble, pero parece que he conseguido despistar a los sabuesos...

—Sí, Che...

—Maldición, hasta es probable que todas estas locuras estén retrasando el estallido de la guerra. La gente prefiere esperar a ver en qué nueva extravagancia se me ocurrirá gastar el dinero a pelear.

—Zakalwe, Zakalwe... —dijo Sma—. Estupendo, soberbio, pero... ¿qué esperas conseguir con todo eso?

Suspiró y volvió la cabeza hacia los edificios medio en ruinas que desfilaban velozmente junto al vehículo. El extremo superior de los riscos no estaba muy lejos.

—Se supone que servirá para que el nombre de Staberinde aparezca con tal frecuencia en todos los medios de comunicación que hasta un recluso dedicado al estudio de viejos documentos polvorientos acabará oyéndolo.

—¿Y?

—Y Beychae y yo usamos una estratagema en la guerra. La bautizamos «estrategia Staberinde», pero era un secreto entre nosotros dos, ¿comprendes? Estrictamente

entre nosotros dos... Ese nombre significa algo para Beychae porque yo le expliqué su..., su origen. Si oye esa palabra tendrá que preguntarse qué está ocurriendo.

–Parece una teoría magnífica, Cheradenine, pero de momento no ha funcionado, ¿verdad?

–No. –Suspiró y frunció el ceño–. Oye, ese sitio en el que se encuentra... Tienen acceso a las noticias, ¿verdad? ¿Estás segura de que no es un prisionero?

–Hay un acceso a los medios de comunicación, pero no es directo. Lo tienen muy bien protegido, y ni tan siquiera nosotros podemos averiguar lo que está ocurriendo ahí dentro. Ah, y estamos seguros de que no se encuentra prisionero.

Pensó en silencio durante unos momentos antes de seguir hablando con Sma.

–¿Qué tal anda la situación prebélica?

–Bueno, el conflicto a gran escala sigue pareciendo inevitable, pero el tiempo probable para que estalle se ha incrementado en un par de días y ahora está calculado en de ocho a diez días después de que se produzca un acontecimiento-gatillo lo bastante viable. Así que... Parece que de momento podemos seguir siendo moderadamente optimistas.

–Hmmm. –Se frotó el mentón y contempló las aguas heladas de un acueducto situado a cincuenta metros por debajo del nudo viario–. Bueno –dijo–, voy a la universidad y desayunaré con el decano. Estoy preparando la Beca Staberinde, la Sociedad Académica Staberinde y la Cátedra Staberinde, y puede que acabe decidiendo crear el Colegio Mayor Staberinde. Quizá debería hablarle de esas importantísimas tablillas de cera...

–Sí, me parece buena idea –dijo Sma después de un breve silencio.

–De acuerdo. Supongo que no tienen ninguna relación con esos viejos documentos en los que Beychae ha decidido enterrar su nariz, ¿verdad?

–No –dijo Sma–, pero las tablillas deben encontrarse en el mismo sitio donde está trabajando. Supongo que podrías pedir que te dejaran echar un vistazo a su sistema de seguridad, o decir que quieres ver dónde las guardan sin que sospechen nada.

–Muy bien, le hablaré de las tablillas.

–Asegúrate de que no tiene problemas de corazón antes de sacar a relucir el tema.

–Lo haré, Diziet.

–Una cosa más... Esa pareja por la que preguntaste, la que fue a tu fiesta callejera...

–Sí.

–Pertenece a la Gobernación. Es el término que utilizan para referirse a la clase de grandes accionistas locales que dan órdenes a los directivos de las corporaciones...

–Sí, Diziet, me acuerdo de ese término.

–Bueno, pues esos dos viven en Solotol y su palabra es ley. Tenemos la seguridad

de que los directivos seguirán casi al pie de la letra todas sus sugerencias en lo que concierna a Beychae, y eso quiere decir que el gobierno hará lo mismo. Ah, naturalmente su posición hace que a efectos prácticos se encuentren por encima de la ley... No te metas con ellos, Cheradene.

–¿Quién, yo? –preguntó él en su tono de voz más inocente.

Sonrió y sintió la fría y seca caricia del viento en su rostro.

–Sí, tú. Eso es todo desde aquí. Espero que tengas un desayuno agradable.

–Adiós –dijo él, y cortó la transmisión.

La ciudad seguía deslizándose al otro lado de las ventanillas. Los neumáticos del vehículo giraban sobre la oscura superficie de la calzada creando una mezcla de siseo y chirrido. Subió un poco la calefacción para no tener frío en los pies.

Aquella parte de la carretera que iba por debajo de los riscos estaba muy poco concurrida. El chófer redujo la velocidad al ver un cartel y unas luces que se encendían y apagaban delante de ellos y apenas consiguió obedecer a tiempo las instrucciones de los carteles indicando un desvío y una ruta de emergencia que había detrás. El vehículo patinó, se internó por una rampa y acabó en una calzada de cemento flanqueada por muros muy altos que la convertían en una especie de canal.

Llegaron a una explanada situada a considerable altura por encima de la cual sólo se veía cielo. Las líneas rojas que indicaban el desvío se perdían al final de la explanada. El chófer redujo la velocidad, se encogió de hombros y volvió a dar gas. La protuberancia de cemento hizo que el morro del vehículo saltara hacia arriba ocultando lo que había más allá.

Cuando el chófer vio lo que había al otro lado de la pequeña colina de cemento lanzó un grito de miedo e intentó frenar mientras hacía girar el volante. El vehículo se inclinó hacia adelante, las ruedas entraron en contacto con el hielo y empezaron a patinar.

La sacudida le había hecho oscilar en el asiento y la brusca desaparición del paisaje le había irritado un poco. Alzó la cabeza hacia el chófer y se preguntó qué estaba ocurriendo.

Alguien les había engañado para que salieran de la carretera y se metieran en uno de los conductos que evacuaban el agua de las tormentas. La carretera poseía sistemas de calefacción y no se helaba nunca, pero la superficie del conducto estaba cubierta por una lámina de hielo. Habían entrado en él por una de las varias docenas de orificios esparcidos que formaban un semicírculo cerca del borde. El conducto propiamente dicho llevaba a las profundidades de la ciudad, medía más de un kilómetro de longitud y estaba cruzado a intervalos irregulares por puentes y viaductos.

El vehículo se había desviado un poco cuando el chófer lo hizo avanzar por encima del promontorio de cemento que protegía el orificio y ahora estaba

empezando a resbalar de lado con las ruedas girando a toda velocidad y el motor rugiendo, cayendo cada vez más deprisa por la pared del conducto que se extendía bajo ellos.

El chófer hizo un nuevo intento de frenar, trató de poner la marcha atrás y acabó intentando llevar el vehículo hacia los lados del conducto, pero la velocidad del descenso no paraba de aumentar y la capa de hielo apenas ofrecía asideros. Cada irregularidad de la superficie hacía que las ruedas y el chasis del vehículo vibraran ruidosamente. El aire silbaba junto a ellos y los neumáticos acusaban la velocidad del descenso lateral chirriando quejumbrosamente.

Clavó los ojos en las paredes del conducto que desfilaban junto a él a una velocidad casi ridícula. El vehículo seguía girando lentamente sobre sí mismo mientras bajaba. El chófer chilló al ver que se dirigían hacia el inmenso soporte de un puente. La parte trasera del vehículo chocó con el soporte y todo el chasis saltó unos centímetros por los aires al estrellarse con el pilar de cemento. Los fragmentos de metal saltaron a su alrededor o se incrustaron en el hielo y empezaron a deslizarse rápidamente detrás de ellos. El vehículo estaba girando más deprisa, pero ahora en dirección opuesta.

Puentes, desagües tributarios, viaductos, edificios, acueductos e inmensas cañerías... Había toda una gama de estructuras alzándose sobre el conducto, y todas pasaron como el rayo por encima del vehículo que seguía girando y dejándolas atrás envuelto en los rayos del sol. Unas cuantas caras les contemplaron con expresiones de asombro desde parapetos o ventanas abiertas.

Miró hacia adelante y vio que el chófer intentaba abrir la portezuela.

—¡Eh! —gritó mientras intentaba detenerle.

El vehículo siguió deslizándose sobre las irregularidades del hielo envuelto en un estrépito ensordecedor. El chófer saltó.

Se arrojó sobre el asiento delantero y sus dedos rozaron los tobillos del chófer, pero no consiguieron agarrarlos. Aterrizó encima de los pedales, puso las manos sobre las palancas y controles y se instaló en el asiento. Los giros del vehículo se iban haciendo más rápidos y el metal chimaba y gruñía cada vez que chocaba con las protuberancias y rejillas incrustadas en la pendiente. Tuvo un fugaz atisbo de una rueda y trocitos de adornos metálicos rebotando de un lado a otro detrás del vehículo. Otro impacto con un soporte de cemento que le hizo vibrar los dientes arrancó todo un eje que salió volando por los aires y estalló contra una de las patas de hierro que sostenían un edificio, creando un surtidor de ladrillos machacados, cristales y metal destrozado que se dispersó en todas direcciones como si fuera metralla.

Puso las manos sobre el volante y lo hizo girar de un lado a otro, pero el vehículo siguió precipitándose por el conducto. Había pensado mantener el morro apuntado hacia adelante hasta que el lento incremento de temperatura que se producía a medida

que se bajaba por el desfiladero convirtiese la cuesta de hielo en una superficie fangosa, pero si el volante estaba inutilizado quizá fuera mejor saltar sin esperar ni un segundo más.

El volante giró a tal velocidad que le quemó las manos. Los neumáticos chirriaron y la brusca sacudida le arrojó hacia adelante. Su nariz chocó con el salpicadero. «Creo que eso era un trozo sin hielo», pensó. Miró hacia adelante y vio que se acercaba al punto en que la capa dejaba de ser una superficie más o menos uniforme e iba quedando confinada a las sombras de los edificios.

El vehículo casi se había enderezado. Volvió a coger el volante y pisó el freno con todas sus fuerzas, pero no pareció servir de nada. Intentó poner la marcha atrás. La caja de cambios emitió un chirrido ensordecedor que le hizo torcer el gesto, y las salvajes oscilaciones del pedal se transmitieron a su pie. El volante volvió a cobrar vida y la conservó unos segundos más que la otra vez. La sacudida volvió a arrojarle hacia adelante. Había conseguido no soltar el volante, e intentó no hacer caso de la sangre que brotaba de sus fosas nasales.

El mundo se había convertido en un rugido continuo. El viento, los neumáticos y el vehículo rugían. El rápido aumento de la presión atmosférica hizo que sintiera un sordo palpar en los oídos. Miró hacia adelante y vio hierbajos verdes sobre el cemento.

–¡Mierda! –gritó.

Estaba acercándose a otro promontorio. Comprendió que aún no había llegado al fondo y que tenía por delante un nuevo tramo de conducto.

Recordó que el chófer había dicho algo sobre unas herramientas guardadas dentro del primer grupo de asientos para pasajeros. Lo echó hacia atrás y cogió la herramienta más grande que encontró, abrió la portezuela de un manotazo y saltó.

Chocó con el cemento y estuvo a punto de perder la herramienta. El vehículo empezó a patinar delante de él, se salió del último retazo de hielo y fue hacia la extensión de hierbajos y maleza. Las ruedas que le quedaban crearon surtidores de espuma. Rodó sobre sí mismo hasta quedar de espaldas y sintió el roce de la espuma en su rostro mientras seguía deslizándose por la pendiente cubierta de maleza. Agarró la herramienta con las dos manos, la deslizó entre su pecho y la parte superior de un brazo y la dirigió hacia el cemento que había debajo del agua y la maleza.

El metal vibró entre sus dedos.

El promontorio venía hacia él. Apretó con más fuerza. El extremo de la herramienta se hundió en la superficie llena de asperezas haciendo temblar todo su cuerpo y nublándole la vista. Una de sus axilas estaba empezando a acumular una bola de hierbajos arrancados que crecía a toda velocidad, y pensó que los hierbajos parecían un mechón de vello mutante.

El morro del vehículo chocó con el promontorio. Pudo ver como salía disparado

por los aires y desaparecía dando vueltas sobre sí mismo. El impacto con el promontorio casi le hizo perder la herramienta. Se puso en pie y logró reducir un poco la velocidad de su descenso, pero no lo suficiente. El promontorio quedó atrás. Las gafas oscuras se desprendieron de su rostro, y tuvo que contener el impulso irracional de intentar agarrarlas al vuelo.

El conducto continuaba durante medio kilómetro más. El techo del vehículo chocó con la pendiente de cemento y los fragmentos metálicos desprendidos por el impacto siguieron bajando hacia el río que había en el fondo de la gran V del desfiladero. La caja de cambios y el eje restante se separaron del chasis y acabaron chocando con unas cañerías que cruzaban el conducto. Las cañerías se rompieron y dejaron escapar chorros de agua.

Siguió usando la herramienta como si fuera un piolet y consiguió ir reduciendo lentamente la velocidad de su descenso.

Pasó por debajo de las cañerías rotas. El agua que salía de ellas estaba caliente.

«Increíble –pensó–, es agua limpia...» Sus perspectivas para aquel día parecían estar empezando a mejorar.

Contempló con expresión de perplejidad la herramienta que seguía vibrando entre sus dedos y se preguntó qué era. Acabó decidiendo que debía de servir para poner en marcha el motor o para algo relacionado con los neumáticos y miró a su alrededor.

Pasó por encima de un último promontorio de cemento y fue resbalando lentamente hacia las primeras y aún muy poco profundas aguas del gran río Lotol. Algunos trocitos del vehículo se le habían adelantado.

Se puso en pie y fue chapoteando hacia la orilla. Comprobó que la pendiente estuviera libre de restos del coche que pudieran acabar chocando con él y se sentó. Estaba temblando. Alzó una mano y se acarició la nariz ensangrentada. El accidentado trayecto en el interior del vehículo le había dejado lleno de morados y contusiones. Vio algunos transeúntes que le contemplaban desde un paseo cercano y les saludó con la mano.

Se puso en pie y empezó a preguntarse cómo diablos se salía de aquel cañón de cemento. Alzó los ojos hacia la pendiente, pero sólo podía ver un tramo bastante corto. La última protuberancia de cemento le ocultaba el resto de su extensión.

Se preguntó qué habría sido del chófer.

El promontorio de cemento que estaba contemplando desarrolló un bulto oscuro que se recortó contra el cielo. El bulto pareció quedar suspendido en precario equilibrio durante unos segundos y acabó deslizándose sobre la delgada capa de agua que iba bajando por la pendiente manchándola de rojo. Los restos del chófer pasaron junto a él, cayeron al río y dejaron atrás el chasis del vehículo para empezar a flotar río abajo girando lentamente sobre sí mismos entre una confusión de hilillos rosados.

Meneó la cabeza. Se llevó la mano a la nariz, movió la punta de un lado a otro

para comprobar qué tal estaba y dio un respingo de dolor. Era la decimoquinta fractura de nariz que sufría en su vida.

Se contempló en el espejo y torció el gesto. Inspiró y sintió el aire mezclado con agua caliente y sangre deslizándose hacia el interior de su nariz. La pileta de porcelana negra estaba llena de humeante agua jabonosa en la que flotaban manchitas rosadas.

–No he podido desayunar, he perdido a un chófer muy amable que parecía conocer su oficio, me he vuelto a romper la nariz, he tenido que contemplar cómo un impermeable que posee un inmenso valor sentimental se ensuciaba hasta extremos que jamás habría creído posibles... ¿Y lo único que se te ocurre decir es «Muy gracioso»?

–Lo siento, Cheradenine. No es que me ría de lo que te ha ocurrido, pero... Me parece tan raro que... No entiendo qué les puede haber impulsado a hacer algo semejante. ¿Estás seguro de que fue deliberado? Ooof...

–¿Qué ha sido eso?

–Nada. ¿Estás seguro de que no fue un accidente?

–Segurísimo. Pedí que me enviaran otro vehículo, hablé con la policía y volvimos al sitio en que empezó todo. No había luces, ni carteles ni nada... Todo había desaparecido, pero encontramos restos del disolvente industrial que habían utilizado para eliminar las señales de carretera falsas que llevaban al conducto.

–Ah. Ah, sí...

La voz de Sma cada vez sonaba más extraña.

Se quitó el transceptor de la oreja y clavó la mirada en él.

–Sma...

–Aaaaah. Sí, bueno, tal y como te dije... Si ha sido cosa de esa pareja de la Gobernación la policía no hará nada, pero no puedo entender por qué han obrado así.

Quitó el tapón de la pileta para que se vaciara y se limpió cautelosamente la nariz con una toalla del hotel. Después volvió a colocarse el pendiente-terminal en la oreja.

–Quizá porque no les gusta que esté utilizando el dinero de la Fundación Vanguardia. Quizá creen que soy el señor Vanguardia o... –Esperó una contestación–. ¿Sma? He dicho que quizá...

–Ay. Sí, perdona. Sí, te oigo. Quizá tengas razón.

–De todas formas, hay más.

–Dios. ¿Qué?

Cogió una tarjeta-pantalla de plástico muy adornada en la que se encendía y apagaba un mensaje recortado contra un telón de fondo que parecía representar una fiesta de lo más enloquecido.

–He recibido una invitación. Voy a leerte lo que pone: «Señor Staberinde:

felicitaciones por haber conseguido salir vivo. Le rogamos que acuda a una fiesta de disfraces esta noche. Un coche le recogerá cuando anochezca sobre el borde. Se le proporcionará el disfraz». No hay ninguna dirección. –Dejó la tarjeta detrás de los grifos–. Según el recepcionista llegó más o menos cuando estaba llamando a la policía después de que mi vehículo recorriera esa especie de tobogán.

–Una fiesta de disfraces, ¿eh? –Sma se rió–. Será mejor que vigiles tu trasero, Zakalwe.

Oyó más risitas, no todas ellas de Sma.

–Sma –dijo con voz gélida–, si te he llamado en un momento inoportuno...

Sma carraspeó y cuando volvió a hablar usó un tono de voz lo más serio y formal posible.

–Oh, no, nada de eso. Tengo la impresión de que todo es cosa de esa pareja. ¿Vas a ir?

–Creo que sí, pero sea cual sea el disfraz que me ofrezcan no pienso ponérmelo.

–Muy bien. Estaremos al corriente de tus movimientos. ¿Estás totalmente seguro de que no quieres un proyectil cuchillo o...?

^Diziet, no quiero volver a discutir ese asunto –dijo mientras se frotaba la cara con la toalla. Resopló y volvió a inspeccionarse en el espejo–. Pero he estado pensando que si esas personas son capaces de reaccionar así sólo por que estoy utilizando los recursos de la Fundación Vanguardia, quizá podamos persuadirles de que eso les ofrece una oportunidad de salirse con la suya.

–¿Qué clase de oportunidad?

Fue al dormitorio, se dejó caer sobre la cama y alzó los ojos hacia los murales del techo.

–Al principio Beychae mantuvo una cierta relación con la Fundación, ¿no?

–Era Presidente-Director honorario. Sirvió para dar credibilidad a la Fundación durante sus comienzos, pero sólo ocupó el cargo un año y medio o dos.

–Pero la relación estuvo ahí. –Sacó las piernas de la cama, se incorporó y volvió la cabeza hacia la ventana para contemplar la ciudad cubierta de nieve–. Y una de las teorías por las que creo que se guían esos tipos es la de que Vanguardia está controlada por una máquina que ha llegado a ser consciente de sí misma y a la que preocupa mucho la moralidad...

–También podría estar controlada por un viejo recluso con aficiones filantrópicas –dijo Sma.

–Bien. Supongamos que esta máquina o persona mítica ha existido, pero que ya no está al mando. Otra persona desmanteló la máquina o mató al filántropo, y empezó a gastar ese dinero obtenido de una forma tan sucia.

–Hmmm –dijo Sma–. Mmmm. Mmmm. –Volvió a toser–. Sí..., ah. Bueno, supongo que esa persona hipotética habría actuado de una forma muy parecida a la

tuya.

–Yo también lo supongo.

Saltó de la cama y fue hacia la ventana. Cogió unas gafas oscuras que había encima de una mesita y se las puso.

Algo zumbó cerca de la cama.

–Espera un momento.

Giró sobre sí mismo, fue hasta la cabecera de la cama y cogió el mismo aparatito con el que había examinado los dos pisos buscando sistemas de vigilancia cuando llegó al hotel. Echó un vistazo a la pantallita, sonrió y salió de la habitación.

–Lo siento –dijo mientras iba por el pasillo con la máquina en las manos–. Alguien que quiere averiguar lo que hago acaba de enfocar un láser hacia la ventana de la habitación en la que estaba.

Entró en una suite que daba a los riscos y tomó asiento sobre la cama.

–Bien... ¿Podrías crear la impresión de que ocurrió algo muy importante en la Fundación Vanguardia pocos días antes de que yo llegara aquí? Tendría que ser alguna especie de cambio cataclísmico cuyas señales sólo han empezado a hacerse visibles ahora... No sé qué puede ser, especialmente dado que se supone que ya ha ocurrido, pero debería tratarse de algo que los mercados no han averiguado hasta ahora; algo enterrado en las cotizaciones y los intercambios... ¿Crees que sería posible?

–Yo... –replicó Sma con voz dubitativa–. No lo sé. ¿Nave?

–¿Hola?

Era la voz del *Xenófobo*.

–¿Podemos hacer lo que nos acaba de pedir Zakalwe?

–Antes tengo que oír lo que ha pedido –dijo la nave, y unos momentos después añadió–: Sí, puede hacerse, aunque será mejor encargárselo a alguna UGC.

–Estupendo –dijo él reclinándose en la cama–. Ah, a partir de ahora, y en cuanto podamos interferir con los datos de los ordenadores de forma retroactiva, Vanguardia se ha convertido en una corporación muy poco ética. Vended los departamentos de investigación y desarrollo que se dedican a crear materiales ultrarresistentes para los habitáculos espaciales y todo ese tipo de cosas, y adquirid acciones en compañías terraformadoras. Cerrad unas cuantas fábricas; poned en marcha unas cuantas reducciones de empleo; acabad con todas las obras de caridad y actividades benéficas y reducid al mínimo los fondos de pensiones.

–¡Zakalwe! ¡Se supone que somos los buenos!

–Ya lo sé, pero si podemos convencer a nuestra pareja de que he tomado el control de Vanguardia y si piensan como yo creo que piensan... –Hizo una pausa–. Sma, ¿tengo que deletrearlo?

–Ah... Ay. ¿Qué? Oh..., no. Crees que quizá intenten ponerse en contacto contigo

para que convenzas a Beychae de que Vanguardia sigue haciendo lo que nosotros queremos que haga para que se ponga de su lado, ¿verdad?

–Exactamente.

Colocó las manos detrás de la cabeza y se puso bien la coleta. El techo de este dormitorio no tenía murales, sino un gran espejo. Clavó los ojos en él y observó el lejano reflejo de su nariz.

–No estoy muy segura de..., en..., de que tu plan vaya a funcionar, Zakalwe.

–Creo que debemos intentarlo.

–Eso significará destrozar una reputación comercial que hemos tardado décadas en consolidar.

–Diziet, no creo que esa reputación sea más importante que impedir la guerra, ¿verdad?

–Claro que no, pero..., ah..., claro que no, pero no podemos tener la seguridad de que vaya a funcionar.

–Bueno, yo voto porque pongamos en práctica mi plan. Creo que tiene más posibilidades de éxito que el plan de ofrecer esas malditas tablillas de cera a la universidad.

–Nunca te ha gustado demasiado ese plan, ¿verdad, Zakalwe?

Sma parecía algo disgustada.

–Éste es mejor, Sma. Lo siento en mis huesos, créeme. Da las órdenes para que hayan empezado a recibir las noticias cuando llegue a la fiesta esta noche.

–De acuerdo, pero el plan de las tablillas...

–Sma, he concertado otra cita con el decano para pasado mañana, ¿de acuerdo? Puedo hablarle de tus condenadas tablillas cuando le vea, pero asegúrate de que el plan Vanguardia se pone en práctica sin perder ni un segundo.

–Yo... Oh... Ah... Sí, de acuerdo. Supongo que es..., es..., oh..., uuuuf. Oye, Zakalwe, acaba de surgir un imprevisto y... ¿hay algo más de lo que quieras hablar?

–No –dijo él en un tono de voz bastante alto y seco.

–Aaaah..., estupendo. Ummmm..., sí. Adiós, Zakalwe.

El transceptor emitió un zumbido. Se lo arrancó de la oreja y lo arrojó al otro extremo del dormitorio.

–Puta y reputa –jadeó.

Clavó los ojos en el techo.

Giró sobre sí mismo y cogió el auricular del teléfono que había junto a la cama.

–¿Oiga? ¿Puedo hablar con... Treyvo? Sí, por favor. –Esperó y se distrajo hurgándose entre dos muelas con la uña de un dedo–. Sí. ¿Hablo con Treyvo, el recepcionista del turno de noche? Mi estimadísimo amigo... Escuche, quiero un poco de compañía, ¿comprende? Sí, eso es..., bueno, habrá una propina muy generosa siempre que..., perfecto..., ah, Treyvo, y si descubro que lleva una credencial de la

prensa escondida en algún sitio es usted hombre muerto.

El traje era vulnerable a una lista no demasiado larga de armamento pesado y a casi nada más. Contempló como la cápsula vibraba rápidamente hasta volver a quedar oculta bajo la superficie del desierto mientras aguardaba a que los sellos del traje se fueran activando. Subió al vehículo de superficie y volvió al hotel con el tiempo justo para ver llegar a la limusina enviada por sus anfitriones de la noche.

La multitud de representantes de los medios de comunicación que llenaba el patio del hotel había sido ahuyentada aquella tarde después de que diera instrucciones terminantes al respecto, por lo que no hubo necesidad de salir huyendo a toda velocidad abriéndose paso entre sus focos, micros y preguntas. Estaba inmóvil al comienzo de la escalera del hotel con las gafas puestas cuando el gran vehículo negro –le desilusionó un poco ver que su aspecto era bastante más impresionante que el de aquel en cuyo interior había estado a punto de morir esa misma mañana– se detuvo delante de él sin hacer ningún ruido. Un hombretón de cabellera canosa con el rostro lleno de cicatrices pareció irse desdoblado cautelosamente hasta que consiguió salir del compartimento del conductor y le abrió la portezuela de atrás mientras le hacía una lenta reverencia.

–Gracias –dijo él entrando en el vehículo.

El hombretón volvió a hacerle una reverencia y cerró la portezuela. Se reclinó en el asiento de atrás y dejó que su cuerpo se hundiera en una tapicería tan mullida y suave que no logró decidir si se encontraba encima de un asiento o en una cama. Las ventanillas del vehículo se oscurecieron en respuesta a los focos de los medios de comunicación unos momentos antes de que salieran del patio. Pensó que no debían poder verle, pero aun así alzó la mano en lo que esperaba fuese un saludo digno de un rey.

Las luces de la ciudad desfilaban junto a ellos; el vehículo avanzaba muy deprisa y apenas hacía ruido. Cogió el paquete que había sobre el asiento/cama y lo inspeccionó. El paquete estaba envuelto en un papel atado con cintas multicolores y en la nota escrita a mano que lo acompañaba se leía SR. STABERINDE. Bajó el visor del casco y tiró cautelosamente de una cinta abriendo el paquete. Estaba lleno de ropas que fue sacando y examinando.

Descubrió un interruptor incrustado en un apoyabrazos que le permitía hablar con el hombre de la cabellera canosa.

–Supongo que esto debe ser mi disfraz. ¿Qué es exactamente?

El chófer bajó la vista, sacó algo de un bolsillo de su chaqueta y le hizo unos ajustes.

–Hola –dijo una voz artificial–. Me llamo Mollen. No puedo hablar, por lo que he de utilizar esta máquina. –Alzó los ojos para observar la carretera y volvió a bajarlos hacia el artefacto que estaba utilizando–. ¿Qué desea preguntarme?

Que el hombretón apartara los ojos de la carretera cada vez que quería decir algo no le había hecho demasiada gracia, por lo que se limitó a responder con un seco «Olvídelo». Volvió a reclinarsse sobre la tapicería, se quitó el casco y se entretuvo viendo desfilar las luces de la ciudad.

Acabaron llegando al patio de una casa muy grande situada cerca de un río en un cañón lateral. La casa estaba a oscuras.

–Tenga la bondad de seguirme, señor Staberinde –dijo Mollen mediante su máquina.

–Por supuesto.

Cogió el casco del traje y siguió al hombretón por la escalera y un vestíbulo de grandes dimensiones. También había cogido el traje que había encontrado dentro del paquete. Las cabezas de animales disecados que adornaban las paredes del vestíbulo daban la impresión de seguirles con la mirada. Mollen cerró las puertas y le precedió hasta un ascensor que subió un par de pisos entre zumbidos y traqueteos. Oyó el ruido y pudo captar el olor de las drogas de la fiesta incluso antes de que se abrieran las puertas.

Le entregó el montón de ropa a Mollen quedándose sólo con una capa.

–Gracias, no necesitaré el resto.

La fiesta era terriblemente ruidosa y había montones de invitados vestidos con disfraces de lo más extraño. Todos los hombres y las mujeres parecían sanos y bien alimentados. Aspiró el humo de las drogas que envolvía a las siluetas abigarradas que se movían a su alrededor mientras Mollen se encargaba de irle abriendo paso por entre el gentío. Los invitados se iban quedando callados al verles pasar y el murmullo de las conversaciones se hacía más rápido y un poco más agudo en cuanto se habían alejado un poco. Oyó pronunciar su nombre varias veces.

Cruzaron puertas vigiladas por hombres aún más altos y corpulentos que Mollen, bajaron un tramo de escalones cubiertos por una alfombra y llegaron a una habitación muy grande que tenía una pared de cristal. Las embarcaciones se mecían lentamente sobre la negrura de las aguas en el muelle subterráneo que había al otro lado del cristal, el cual reflejaba una fiesta no tan concurrida pero bastante más extraña. Se subió las gafas oscuras hasta la frente, pero no consiguió verla mejor.

Los invitados iban de un lado a otro sosteniendo cuencos llenos de drogas o, en el caso de los más osados, copas y vasos, igual que en el piso de arriba. La diferencia estribaba en que todos parecían estar heridos, y había varios casos de mutilaciones bastante aparatosas.

Los hombres y las mujeres se volvieron para observar al recién llegado apenas

entró en la sala siguiendo a Mollen. Algunos tenían brazos rotos y retorcidos con la blancura de los huesos que se abrían paso a través de la piel claramente visible; otros tenían terribles heridas o zonas del cuerpo despellejadas o cubiertas de cicatrices; algunos habían sufrido la amputación de uno o los dos brazos o senos o de los ojos, y era frecuente que los miembros y órganos amputados colgaran de otras partes de sus cuerpos. La mujer a la que había visto en su carnaval callejero fue hacia él. Un palmo de piel del vientre colgaba hacia fuera ondulando sobre su falda de lame y los músculos se movían haciendo pensar en las rojas y húmedas cuerdas de un horrendo instrumento musical.

–Señor Staberinde –dijo–. Veo que ha venido disfrazado de hombre del espacio.

Poseía una voz meticulosa y casi excesivamente modulada que encontró desagradable nada más oírla.

–Bueno, ha sido una especie de compromiso –replicó mientras hacía girar la capa y se la colocaba sobre los hombros.

La mujer le ofreció una mano.

–Aun así... Bienvenido.

–Gracias –dijo él.

Cogió la mano que le ofrecía y la besó medio esperando que los campos sensoriales del traje captarían la vaharada de algún veneno letal esparcido sobre la delicada mano de la mujer y le advertirían del peligro, pero la alarma permaneció muda. Sonrió y la mujer apartó la mano de sus labios.

–¿Qué es lo que encuentra tan divertido, señor Staberinde?

–¡Esto! –dijo riendo mientras señalaba a las personas que le rodeaban.

–Me alegro –dijo ella, y dejó escapar una risita (su vientre se estremeció)–. Pensamos que nuestra pequeña fiesta podría ser de su agrado. Permita que le presente a nuestro buen amigo, el hombre que ha hecho posible todo lo que ve.

Le cogió del brazo y le guió a través de aquella espantosa multitud hasta detenerse delante de un hombre sentado en un taburete junto a una máquina de color gris oscuro. El hombre era bastante bajito, sonreía y no paraba de limpiarse la mano con un pañuelo enorme que luego guardaba en un bolsillo de su por lo demás inmaculado y elegantísimo traje.

–Doctor, éste es el hombre del que le he hablado... Le presento al señor Staberinde.

–Mi más sincera bienvenida y todo eso –dijo el hombrecillo, y la sonrisa húmeda y repleta de dientes con que le saludó hizo que su rostro pareciera desplomarse sobre sí mismo–. Bienvenido a nuestra Fiesta de los Lisiados. –Movié la mano en un gesto que abarcó a la multitud de heridos y mutilados que llenaban la sala y extendió los brazos como si no pudiera contener su entusiasmo–. ¿Desea que le prepare alguna herida o daño físico? El proceso es totalmente indoloro y no causa ninguna molestia.

Las reparaciones son muy rápidas y no dejan ninguna clase de cicatrices. Veamos... ¿Con qué puedo tentarle? ¿Laceraciones? ¿Fractura múltiple? ¿Castración? ¿Qué opinaría de una trepanación multidireccional? Sería la única presente en la fiesta.

Miró al hombrecillo, cruzó los brazos delante del pecho y se rió.

–Es usted muy amable y le agradezco su oferta, pero... No, gracias.

–Oh, no, se lo ruego –dijo el hombrecillo poniendo cara de sentirse considerablemente herido–. No eche a perder la fiesta. Todo el mundo está tomando parte en ella... ¿De veras quiere sentirse tan excluido del ambiente festivo? Le aseguro que no existe ni el más mínimo riesgo de dolor o daño permanente de ninguna clase. He realizado esta clase de operaciones en todo el universo civilizado y jamás he recibido ninguna queja, salvo de personas que se acaban encariñando demasiado con sus heridas y no quieren dejarse reparar. Mi máquina y yo hemos creado heridas y lesiones físicas de lo más original en todos los centros de la civilización del Grupo de Sistemas, y le advierto de que si deja escapar esta oportunidad quizá no vuelva a presentarse. Nos marchamos mañana y ya estoy comprometido para los dos próximos años promedio. ¿Está completamente seguro de que no quiere participar?

–Más que completamente.

–Vamos, doctor, deje de importunar al señor Staberinde –dijo la mujer–. Si no quiere unirse a la fiesta debemos respetar sus deseos, ¿no le parece? ¿Verdad que sí, señor Staberinde?

La mujer le cogió un brazo con las dos manos. Aprovechó la proximidad para echar un vistazo más atento a su herida y se preguntó qué clase de escudo transparente lo mantenía todo intacto y en su sitio. Los pechos de la mujer estaban cubiertos por una profusión de joyas minúsculas en forma de lágrimas que creaban la ilusión de una capa de escarcha iridiscente, y unos proyectores de campo casi invisibles disimulados en sus axilas se encargaban de mantenerlos elegantemente erguidos.

–Cierto.

–Bien... ¿Tendría la bondad de esperar un momento? Comparta esto, por favor.

Le puso su copa entre los dedos, se inclinó hacia adelante y empezó a hablar con el doctor.

Les dio la espalda para observar a los invitados. Tiras de carne colgaban de rostros bellísimos, pechos injertados bailoteaban sobre espaldas bronceadas y racimos de brazos esbeltos y delicados cumplían la función de collares; los trozos de hueso astillado asomaban de la piel desgarrada y las venas, arterias, músculos y glándulas temblaban y relucían bajo las luces.

Alzó la copa que la mujer le había dado y dejó entrar unas hilachas de los vapores que desprendía en los campos que rodeaban el cuello del casco. Oyó sonar la alarma

y una pantallita incrustada en una muñeca del traje le indicó qué veneno había dentro de la copa. Sonrió, introdujo la copa en el campo del cuello y apuró su contenido de un trago. El brebaje semialcohólico bajó por su garganta y le obligó a toser. Chasqueó los labios.

–Oh, se la ha terminado...

La mujer se había vuelto hacia él. Estaba dándose palmaditas en su liso vientre, nuevamente intacto, y le hizo una seña para que la siguiera hasta otra parte de la sala. Avanzaron por entre la multitud de heridos y mutilados y la mujer se puso una chaquetilla que hacía juego con la falda.

–Sí –dijo él, y le entregó la copa.

Cruzaron una puerta que daba a un viejo taller. Los tornos, correas y taladros estaban inmóviles bajo capas de polvo y el metal asomaba allí donde la pintura se había descascarillado. Una bombilla desnuda colgaba del techo, y debajo de ella había tres sillones y un armarito. La mujer cerró la puerta y le indicó que tomara asiento en uno de los sillones. Se sentó y dejó el casco en el suelo al lado del sillón.

–¿Por qué no se ha puesto el disfraz que le enviamos?

La mujer hizo algo en la cerradura de la puerta, se volvió hacia él y le sonrió mientras se colocaba bien la chaquetilla.

–No me sentaba bien.

–¿Y cree que eso sí le sienta bien? –preguntó la mujer señalando el traje negro con una inclinación de la cabeza.

Tomó asiento en un sillón, cruzó las piernas y golpeó suavemente uno de los lados del armarito con la punta de los dedos. La puerta del armarito se abrió revelando un surtido de copas tintineantes y cuencos llenos de droga que ya humeaban.

–Me hace sentir seguro.

La mujer se inclinó hacia él para ofrecerle una copa llena de un líquido iridiscente. La aceptó y volvió a apoyar la espalda en su sillón.

La mujer le imitó. Acunó la copa en las dos manos, cerró los ojos y se inclinó sobre ella aspirando los vapores de la droga. Movié la copa haciendo que unas nubéculas de humo se deslizaran por debajo de las solapas de su chaquetilla, y cuando habló las hilachas de humo se removieron entre la tela y sus pechos y fueron subiendo lentamente hacia su rostro.

–Nos alegra mucho que haya podido venir, sea cual sea el atuendo que ha escogido. ¿Qué opina del Excelsior? ¿Está a la altura de sus exigencias?

–Servirá –replicó él sonriendo.

La puerta se abrió sin hacer ningún ruido. El hombre al que había visto caminando junto a la mujer en el carnaval callejero y cuando le habían perseguido en su coche estaba al otro lado del umbral y se apartó para dejar que Mollen entrara

antes que él. Después fue hacia el sillón que quedaba por ocupar y se dejó caer en él. Mollen se colocó junto a la puerta.

–¿De qué habéis estado hablando? –preguntó el hombre.

La mujer le ofreció una copa, pero el hombre la rechazó con un gesto de la mano.

–Se disponía a decirnos quién es –replicó la mujer, y los dos le miraron–. ¿No es así, señor... Staberinde?

–No, no iba a hacerlo. Díganme quiénes son ustedes.

–Creo que ya sabe quiénes somos, señor Staberinde –dijo el hombre–. Y hasta hace pocas horas creíamos saber quién es usted, pero ahora ya no estamos tan seguros.

–No soy más que un turista.

Tomó un sorbo de su copa. Les contempló por encima del borde durante unos segundos y acabó bajando la vista para inspeccionar su bebida. Motilas doradas casi invisibles bailaban en las profundidades del líquido iridiscente.

–Si es cierto me temo que ha comprado demasiados recuerdos turísticos del tipo que jamás podrá llevarse a su casa –dijo la mujer–. Calles, ferrocarriles, puentes, canales, bloques de apartamentos, grandes almacenes, túneles... –Movié la mano como para indicar que la lista era bastante más larga–. Y me refiero únicamente a Solotol, claro está.

–Me dejé llevar por el entusiasmo.

–¿Estaba intentando llamar la atención?

–Sí, supongo que sí –dijo él, y sonrió.

–Nos hemos enterado de que esta mañana ha sufrido una experiencia muy desagradable, señor Staberinde –dijo la mujer. Se encogió en el sillón mientras alzaba las piernas–. Algo relacionado con un conducto del alcantarillado...

–Así es. Mi vehículo se precipitó por uno de esos conductos y cayó hasta el fondo.

–Espero que no se hiciera mucho daño –dijo la mujer con voz algo adormilada.

–Nada serio. Permanecí dentro del vehículo hasta que...

–No, por favor. –La mano se apartó del cuerpo encogido sobre sí mismo y casi invisible que ocupaba el sillón y osciló cansinamente de un lado a otro–. No soporto los detalles.

La contempló en silencio y acabó frunciendo los labios.

–Tengo entendido que su chófer no fue tan afortunado –dijo el hombre.

–Bueno, está muerto. –Se inclinó hacia adelante–. Verán, si he de ser sincero... Pensé que lo ocurrido quizá fuera cosa suya.

–Sí –dijo la mujer encogida en el sillón. Su voz flotó hacia el techo tan perezosamente como las hilachas de humo–. Si hemos de ser sinceros..., fuimos nosotros.

–Siempre he opinado que la franqueza es una gran virtud, ¿no le parece? –El hombre contempló con expresión admirativa las rodillas, los pechos y la cabeza de la mujer, las únicas partes de su cuerpo que seguían siendo visibles sobre los brazos peludos del sillón–. Mi compañera bromea, señor Staberinde. –Sonrió–. Nosotros jamás haríamos algo tan terrible, pero quizá podamos ayudarle a descubrir la identidad de los auténticos culpables.

–¿De veras?

El hombre asintió.

–Creemos que quizá podamos ayudarle. De hecho... Nos gustaría ayudarle, ¿comprende?

–Oh, claro.

El hombre se rió.

–Bien, señor Staberinde... ¿quién es usted?

–Ya se lo he dicho. Soy un turista. –Inhaló los vapores del cuenco–. Conseguí echar mano a una cierta suma de dinero hace poco y siempre había querido visitar Solotol con elegancia y estilo, no sé si me explico..., y eso es justamente lo que estoy haciendo.

–Vamos, señor Staberinde..., ¿cómo ha logrado hacerse con el control de la Fundación Vanguardia?

–Creía que ese tipo de preguntas tan directas son una falta de cortesía.

–Y lo son. –El hombre sonrió–. Le suplico que me disculpe. ¿Me permite que intente adivinar cuál es su profesión, señor Staberinde? Me refiero a su profesión antes de que se convirtiera en un caballero tan adinerado que no necesita trabajar, naturalmente...

–Si eso le distrae... –replicó él mientras se encogía de hombros.

–Trabajaba en algo relacionado con los ordenadores –dijo el hombre.

Ya había empezado a llevarse la copa a los labios con el único fin de poder interrumpir el gesto y dar la impresión de que vacilaba, cosa que hizo.

–Sin comentarios –replicó sin mirarle a los ojos.

–Ya –dijo el hombre–. Bien, parece que la Fundación Vanguardia ha pasado a nuevas manos, ¿no?

–Tiene toda la razón. Ha pasado a manos no sólo nuevas sino mejores...

El hombre asintió.

–Es lo que he sabido esta misma tarde. –Se inclinó hacia adelante y se frotó las manos–. Señor Staberinde, comprendo que no tiene por qué ponernos al corriente de sus operaciones comerciales y planes futuros, pero me pregunto si estaría dispuesto a darnos una vaga idea del rumbo que cree puede tomar la Fundación Vanguardia durante los próximos años. Es... pura curiosidad, ¿comprende?

–Es muy sencillo de explicar, –dijo, y sonrió–. Más beneficios. Si hubiera actuado

de una forma más agresiva Vanguardia llevaría mucho tiempo siendo la mayor corporación del planeta, pero ha sido dirigida como si fuese una institución filantrópica. Cada vez que perdía posiciones en el mercado confiaba en que daría con alguna innovación o truco tecnológico que le permitiría recuperarse, pero a partir de ahora luchará igual que el resto de los chicos y apoyará a los ganadores. –El hombre asintió como si supiera muy bien de qué estaba hablando—. El comportamiento de la Fundación Vanguardia ha sido demasiado... ingenuo y poco agresivo. –Se encogió de hombros—. Eso quizá sea inevitable cuando permites que las máquinas se encarguen de todo, no lo sé, pero... Le aseguro que se ha terminado. A partir de ahora las máquinas harán lo que yo les ordene que hagan, y la Fundación Vanguardia participará en la competición como cualquier otra empresa. Quiero que sea una auténtica depredadora.

Sabía que en una actuación de ese tipo siempre se corría un cierto peligro de resultar exagerado, y dejó escapar una risita que esperaba no sonase demasiado áspera.

La sonrisa del hombre tardó unos segundos en aparecer, pero se fue ensanchando poco a poco.

–Usted... Cree que debemos mantener a las máquinas en el sitio que les corresponde, ¿verdad?

–Sí –replicó él asintiendo vigorosamente con la cabeza—. Sí, es justamente lo que creo.

–Hmmm... Señor Staberinde, ¿ha oído hablar de Tsoldrin Beychae?

–Claro. ¿Existe alguien que no haya oído hablar de él?

El hombre enarcó las cejas en un movimiento tan fluido como si fueran de goma.

–¿Y cree que...?

–Supongo que podría haber sido un gran político.

–La mayoría de personas afirman que fue un gran político –dijo la mujer escondida en las profundidades del sillón.

La miró, meneó la cabeza y acabó clavando los ojos en las profundidades de su cuenco de drogas.

–No supo escoger bien su bando. Fue una pena, pero... Si quieres ser grande tienes que estar del lado de los vencedores, y una parte de la grandeza consiste en saber identificar a ese bando. Beychae se equivocó, igual que mi viejo.

–Ah... –murmuró la mujer.

–¿Se refiere a su padre, señor Staberinde? –preguntó el hombre.

–Sí –admitió—. Él y Beychae... Bueno, me temo que es una historia bastante larga, pero... Se conocieron, aunque ya hace muchos años de eso.

–Tenemos tiempo más que suficiente y nos encantaría oír esa historia –dijo el hombre.

–No –replicó él. Se puso en pie, dejó la copa y el cuenco de drogas en el suelo y cogió el casco del traje–. Gracias por la invitación y todo lo demás, pero... Creo que será mejor que me marche. Estoy un poco cansado y la aventura de esta mañana me ha dejado un tanto maltrecho, ¿comprenden?

–Sí –dijo el hombre, y se puso en pie–. Lamentamos mucho lo ocurrido.

–Oh, gracias.

–Quizá podamos ofrecerle alguna cosa que le sirva de compensación...

–Ah, ¿sí? ¿Como cuál? –Jugueteó distraídamente con el casco del traje–. Tengo montones de dinero.

–¿Le gustaría hablar con Tsoldrin Beychae?

Alzó la mirada hacia el rostro del hombre y frunció el ceño.

–No lo sé. ¿Cree que debería hablar con él? ¿Se encuentra aquí?

Movió la mano señalando la sala llena de invitados que habían abandonado hacía un rato. La mujer dejó escapar una risita casi inaudible.

–No. –El hombre se rió–. No se encuentra aquí, pero está en la ciudad. ¿Le gustaría hablar con él? Es un hombre fascinante, y ahora ya no trabaja activamente a favor del bando equivocado como hacía en el pasado. Ha decidido consagrar el resto de su vida a los estudios, pero... Como ya le he dicho, sigue siendo fascinante.

Le miró y se encogió de hombros.

–Bueno..., quizá. Pensaré en ello. Debo confesar que lo ocurrido esta mañana en el conducto ha hecho que se me pasara por la cabeza la idea de marcharme.

–Oh, le ruego que lo reconsidere, señor Staberinde. Por favor... Consúltelo con la almohada. Si accede a hablar con Beychae podría hacernos mucho bien a todos. ¿Quién sabe? Incluso podría conseguir que el mismo Beychae acabara convirtiéndose en un gran hombre... –Extendió una mano hacia la puerta–. Pero ya veo que tiene muchas ganas de irse, ¿verdad? Permita que le acompañe hasta la salida. –Fueron hacia la puerta y Mollen se apartó para dejarles pasar–. Oh, por cierto... Éste es Mollen. Saluda, Mollen.

El hombre de la cabellera canosa acercó una cajita metálica a uno de sus flancos.

–Hola –dijo.

–Mollen no puede hablar, ¿sabe? En todo el tiempo que le conocemos no ha dicho ni una palabra.

–Sí –dijo la mujer. Su cuerpo estaba totalmente sumergido en las profundidades del sillón–. Decidimos que tenía problemas de espacio en la cavidad bucal, así que le dejamos sin lengua.

Volvió a soltar una risita ahogada, o quizá fuera un eructo.

–Ya nos conocíamos.

Saludó con la cabeza al hombretón y éste le devolvió el saludo. Los músculos de su rostro sufrieron una extraña contorsión por debajo de las cicatrices.

La fiesta en el sótano pegado al embarcadero seguía estando muy animada, y estuvo a punto de chocar con una mujer que tenía los ojos en la nuca. Algunos invitados habían empezado a intercambiar miembros. Había gente que tenía cuatro brazos, o ninguno (lo que les obligaba a ir de un lado a otro suplicando que les dieran de beber), o una pierna extra o brazos o piernas del sexo equivocado. Una mujer se pavoneaba seguida por un hombre que sonreía como si estuviera drogado o fuese retrasado mental. La mujer no paraba de subirse las faldas para exhibir un aparato genital masculino al que no le faltaba ni el más mínimo detalle.

«Bien –pensó–, espero que al final de la velada todos hayan olvidado a quién pertenecía cada miembro... Es lo mínimo que se merecen.»

Atravesaron la fiesta más presentable del exterior. Los fuegos artificiales hacían llover chorros de chispas que no quemaban sobre los invitados. Todo el mundo reía y parecía divertirse –no logró dar con ninguna frase más adecuada para definir su comportamiento–, exhibiéndose como monos en un zoológico.

Su anfitrión le deseó que pasara una buena noche. El mismo vehículo que le había llevado a la fiesta se encargó de devolverle al hotel, aunque con un chófer distinto. Contempló las luces y las blancas sábanas de nieve que cubrían la ciudad y pensó en el comportamiento de la gente durante las fiestas y durante las guerras. Su mente repasó las imágenes de la fiesta que acababa de abandonar; volvió a ver las trincheras de un gris verdoso con hombres cubiertos de barro que esperaban nerviosamente el momento de atacar o defenderse; vio a personas vestidas de cuero negro que se golpeaban las unas a las otras o eran atadas..., y vio a personas encadenadas a un somier metálico o a una silla que chillaban mientras hombres vestidos de uniforme las utilizaban para poner en práctica sus muy peculiares habilidades.

Y comprendió que a veces era preciso recordarle que seguía poseyendo la capacidad de sentir desprecio.

El vehículo avanzaba a gran velocidad por las calles silenciosas. Se quitó las gafas. La ciudad vacía desfilaba rápidamente a ambos lados.

VI

Ya hacía muchos años de eso –ocurió entre el tiempo en que guió a los Elegidos a través de los páramos y cuando acabó con el cuerpo tan maltrecho como el de un insecto pisoteado en la caldera inundada arañando aquel signo sobre el suelo de la islita–, pero hubo una ocasión en que decidió tomarse una temporada de reposo y jugueteó con la idea de no seguir trabajando para la Cultura y dedicarse a hacer otras cosas. Siempre había tenido la impresión de que el hombre ideal debía ser soldado o poeta, y haber pasado la mayor parte de su existencia siendo uno de esos –para él– extremos opuestos, hizo que decidiese cambiar el rumbo de su vida y convertirse en el otro.

Se trasladó a una aldea de un pequeño país rural en un planeta pequeño y muy poco desarrollado donde aún era posible llevar una existencia tranquila y libre de tensiones. Se alojó con una pareja de ancianos en una casita oculta entre los árboles que se extendían debajo de los riscos. Se levantaba temprano y daba largos paseos.

El paisaje parecía tan verde y fresco como si acabara de ser creado. Era verano, y los campos, bosques, senderos y orillas de los ríos estaban llenos de flores cuyos nombres ignoraba y que poseían todos los colores imaginables. Los vientos cálidos del verano removían las copas de los árboles, las hojas verdes aleteaban como banderolas y el agua corría por las colinas y las llanuras cubiertas de hierba saltando sobre los lechos rocosos de arroyos centelleantes como si fuera un concentrado de aire aún más puro y límpido que éste. Sudaba a mares subiendo las pendientes de las colinas nudosas, trepaba por las estribaciones rocosas que había en sus cimas y corría gritando y riendo a través de las explanadas deslizándose bajo las sombras fugaces de las nubéculas perdidas en las alturas.

Las colinas y las llanuras estaban repletas de animales, desde las criaturas diminutas tan ágiles que podían esquivar sus pies escondiéndose entre los matorrales a tal velocidad que casi resultaban invisibles y las de mayor tamaño que saltaban y se quedaban quietas para devolverle la mirada y dar un nuevo salto que las hacía desaparecer en una hondonada o entre dos rocas, hasta las todavía más grandes que siempre iban en rebaños y parecían fluir sobre el terreno, observándole distraídamente y convirtiéndose en casi invisibles cuando se detenían a pastar. Los pájaros revoloteaban delante de su rostro cuando se acercaba demasiado a sus nidos, pero había otras especies de aves que chillaban y movían las alas en la espesura intentando distraerle cuando se acercaba demasiado a sus crías. Procuraba moverse con cuidado y fijarse en dónde ponía los pies porque no quería pisar ningún nido.

Siempre llevaba consigo un cuadernito de anotaciones y se había impuesto la obligación de consignar en él todo lo que le parecía interesante. Intentaba describir

las sensaciones de sus dedos al tocar la hierba, los sonidos de los árboles, la diversidad visual de las flores, los movimientos y reacciones de los animales y los pájaros y el color de las rocas y el cielo. La habitación que ocupaba en la casita de la pareja de ancianos contenía un libro que le servía como diario propiamente dicho, y cada noche transcribía sus anotaciones a ese libro de forma tan concienzuda como si estuviera redactando un informe destinado a una autoridad lejana.

También tenía otro libro aún más grande que el primero en el que volvía a copiar sus notas añadiéndoles nuevas anotaciones en los márgenes. Cuando disponía de las notas completas iba tachando palabras hasta obtener algo que parecía un poema, porque siempre había estado convencido de que así era como se creaba la poesía.

Había traído consigo algunos libros de poesía y cuando llovía, cosa que no ocurría con mucha frecuencia, se quedaba en su habitación e intentaba leerlos, pero casi siempre acababa durmiéndose. Los libros sobre la poesía y los poetas que había traído consigo le resultaban todavía más ininteligibles, y tenía que releer un pasaje detrás de otro para que las palabras se le fueran grabando en la mente, y aunque consiguiera acordarse de ellas siempre tenía la impresión de no estar entendiendo su significado.

Iba a la taberna de la aldea cada cuatro o cinco días para participar en las partidas con guijarros y fichitas de madera que servían de entretenimiento a los habitantes del pueblo. Las mañanas que seguían a esas noches en la taberna estaban consagradas a la recuperación, y cuando salía a pasear dejaba su cuadernillo en la habitación.

El resto del tiempo lo pasaba agotándose y manteniéndose en forma. Trepaba a los árboles para averiguar hasta qué altura podía llegar antes de que las ramas se volvieran demasiado delgadas, escalaba los riscos y las canteras abandonadas, caminaba en precario equilibrio sobre los troncos caídos que servían de puentes improvisados en las cañadas, saltaba de una roca a otra cruzando ríos y a veces acechaba a los animales de las llanuras sabiendo que jamás podría alcanzarlos, pero riendo como un loco mientras corría detrás de ellos.

Las únicas personas con las que se encontraba durante sus paseos por las colinas eran granjeros y pastores. De vez en cuando veía esclavos trabajando en los campos, y era muy raro que se topara con alguien más. Cuando lo hacía procuraba no detenerse porque no le gustaba hablar con nadie.

La única persona a la que veía con regularidad era un hombre que iba a las colinas para hacer volar una cometa, pero nunca se acercaban el uno al otro. Al principio la casualidad se había encargado de que sus caminos no se cruzaran jamás, pero no tardó en decidir que haría cuanto pudiese para estar seguro de que nunca se encontrarían. Si veía la flaca silueta del hombre caminando hacia él cambiaba de dirección; y si veía la manchita roja de la cometa flotando sobre la cima hacia la que había encaminado sus pasos se apresuraba a escoger otra. Evitar al hombre de la

cometa se había convertido en una especie de tradición, una pequeña e inofensiva manía privada.

Los días iban pasando. En una ocasión subió a una colina y vio a una esclava corriendo por los campos que se extendían debajo de él. La esclava se abría paso por entre los extraños dibujos que las corrientes del viento iban creando sobre la piel rojo y oro de la tierra, y su avance dejaba una estela parecida a la que crea un barco en el mar. Logró llegar al río antes de que el guardián a caballo que trabajaba para el propietario de aquellas tierras la alcanzara. Contempló cómo el guardián le daba una paliza –vio subir y bajar el largo palo que blandía, aunque estaba tan lejos que parecía una brizna de hierba–, pero no pudo oír nada porque el viento soplaba en dirección opuesta. El guardián siguió golpeándola hasta que el cuerpo de la mujer quedó inmóvil sobre la orilla del río. Después desmontó y se arrodilló junto a la cabeza de la esclava. Sus ojos captaron un destello metálico, pero la distancia le impidió ver con claridad lo que estaba ocurriendo. El guardián se alejó al galope, y un par de esclavos llegaron unos minutos después y se llevaron el cuerpo de la mujer.

Cuando se hubieron marchado anotó todo lo ocurrido en su cuadernillo.

Esperó a que hubieran cenado y a que la mujer se hubiera ido a la cama, y le contó al anciano lo que había visto. El anciano asintió lentamente con la cabeza, siguió masticando la raíz levemente narcótica que se había metido en la boca y escupió un poco de líquido en el fuego. El anciano le dijo que el guardián era un hombre muy severo, y que le cortaba la lengua a cualquier esclavo que intentara escapar. Las lenguas de los que no habían logrado huir acababan secándose en un cordel colocado sobre la entrada del recinto de los esclavos en la granja.

Bebieron unos cuantos vasitos de un aguardiente de cereales muy potente y el anciano le contó una leyenda de aquella comarca.

Un hombre que estaba cruzando el bosque vio unas flores muy hermosas que le hicieron apartarse del sendero, y en cuanto hubo salido de él vio a una hermosa joven durmiendo en un claro. Fue hacia la doncella y ésta se despertó. El hombre se sentó a su lado y mientras hablaban se dio cuenta de que olía a flores. Jamás había olido un perfume tan maravilloso, y la fragancia era tan intensa y embriagadora que la cabeza empezó a darle vueltas. Siguieron hablando durante un rato y el aura del perfume a flores y el encanto de su timidez y la voz suave y acariciadora de la doncella acabaron fascinando de tal manera al hombre que éste le pidió permiso para besarla, y acabó obteniéndolo, y los besos se fueron volviendo más y más apasionados, y el hombre y la joven hicieron el amor.

Pero desde el primer momento de intimidad cada vez que el hombre la miraba con el ojo izquierdo se daba cuenta de que la joven parecía cambiar. Si la miraba con el otro ojo la joven tenía el mismo aspecto que cuando la encontró, pero si la miraba sólo con el ojo izquierdo parecía mayor, y ya no era una jovencita recién salida de la

infancia. Cada latido de su amor hizo que fuera envejeciendo (aunque sólo cuando la contemplaba con el ojo derecho), y la joven pasó velozmente por la madurez, el último esplendor de su belleza y la apariencia de matrona, y acabó llegando a la vejez y la fragilidad.

Y mientras ocurría todo eso el hombre podía seguir viéndola en todo el esplendor de su juventud con sólo cerrar el ojo izquierdo –y, naturalmente, no tenía la fuerza de voluntad suficiente para poner fin al acto en el que se habían embarcado–, pero siempre sentía la tentación de echar un vistazo con ese ojo, y la terrible transformación que se estaba produciendo debajo de él nunca dejaba de asombrarle e impresionarle.

Cerró los dos ojos durante los últimos movimientos del acto carnal en que estaba absorto y no los abrió hasta sentir muy próximo el momento del éxtasis final, y vio –ahora con los dos ojos–, que estaba abrazando un cadáver putrefacto que ya había conocido la intimidad con los gusanos y las larvas. El perfume de las flores se convirtió en la insoportable pestilencia de la corrupción, pero el cambio se produjo de una forma tan inexplicablemente gradual que el hombre comprendió que el cadáver o la joven siempre habían olido así, y la ofrenda de su semilla que hizo al cadáver coincidió con la violenta expulsión de los últimos alimentos que habían entrado en su estómago.

El hombre había permitido que el espíritu del bosque agarrara la hebra de su existencia por los dos extremos, y el espíritu se apoderó de él arrancándole a la urdimbre de la vida para llevárselo al mundo de las sombras.

Cuando llegó allí su alma se rompió en un millón de fragmentos y fue esparcida por el mundo para que sirviera de alma a todos los insectos que se alimentan de polen y que traen a las flores tanto la nueva vida como la vieja muerte.

Cuando el anciano hubo terminado de hablar le dio las gracias por haberle contado la leyenda, y correspondió con algunos de los cuentos que recordaba de su infancia.

Unos días después estaba corriendo detrás de un animalillo de las llanuras. Las patas del animalillo resbalaron sobre un retazo de hierba empapada de rocío y su cuerpo giró por los aires para acabar cayendo sobre unas piedras quedando sin aliento y aturdido a causa del impacto. Lanzó un grito de victoria y bajó corriendo por la pendiente yendo en línea recta hacia él mientras veía como se tambaleaba intentando levantarse. Recorrió los dos últimos metros de un salto y aterrizó clavando los dos pies en el suelo al lado de donde había caído el animalillo, con el tiempo justo de ver como se recuperaba y echaba a correr para esfumarse dentro de un agujero sin haber sufrido ningún daño. La risa y los jadeos se confundieron en su garganta. Estaba empapado de sudor. Se quedó inmóvil durante unos momentos con las manos sobre las rodillas y la cintura doblada intentando recuperar el aliento.

Algo se movió debajo de sus pies. Oyó el movimiento y, al mismo tiempo, lo sintió en forma de vibración.

Estaba encima de un nido. Había caído justo sobre él. Los cascarones moteados de los huevos se habían hecho pedazos y los fluidos que contenía estaban esparcidos sobre los tacones de sus botas, y ya empezaban a perderse entre el musgo y los tallos de hierba.

Movió lentamente un pie sintiendo la primera punzada de dolor y pena. Algo negro se agitó en el suelo y se removió bajo los rayos del sol. Miró hacia abajo y vio una cabeza y un cuello negros; un ojo también negro que parecía tan reluciente y duro como un trocito de azabache perdido en el fondo de un arroyo se alzó hacia él y le contempló. El pájaro se debatió y el movimiento le hizo retroceder de un salto como si llevara los pies descalzos y hubiera aterrizado encima de un objeto punzante. El pájaro aleteó frenéticamente sobre la hierba de la llanura y fue dando saltitos con una sola pata arrastrando detrás de él un ala flácida. Acabó quedándose inmóvil a poca distancia de él y alzó la cabeza lanzándole lo que le pareció una mirada casi humana.

Retrocedió un poco y se limpió las botas en el musgo. Todos los huevos estaban destrozados. El pájaro emitió una especie de graznido quejumbroso. El hombre giró sobre sí mismo y dio unos cuantos pasos, se detuvo, lanzó una maldición, volvió atrás y corrió en pos del pájaro. Logró alcanzarlo sin demasiada dificultad y lo agarró entre una tempestad de plumas y graznidos.

Le retorció el cuello y dejó caer el flácido cuerpecillo sobre la hierba.

Aquella noche no abrió su diario y jamás volvió a cogerlo. El clima se fue volviendo húmedo y asfixiante, pero no llovía. Un día se encontró con el hombre de la cometa, y éste le saludó con la mano y le gritó algo desde la cima de una colina, pero él huyó corriendo con la frente cubierta de sudor.

Unos diez días después del incidente con el pájaro admitió ante sí mismo que jamás llegaría a ser un poeta.

Se marchó un par de días después y las gentes de la comarca jamás volvieron a saber nada de él, aunque el alguacil del propietario de aquellas tierras envió un mensaje con su descripción a todos los pueblos cercanos porque sospechaba que el forastero había tenido algo que ver con lo que ocurrió la noche de su partida, aquella noche en que el guardián de la granja apareció atado a su cama con el rostro inmovilizado para siempre en una mueca del horror más intenso imaginable. Tenía la boca y la garganta llenas de trozos de papel en blanco y lenguas humanas reseca que le habían provocado la muerte por asfixia.

Nueve

Durmió hasta después de que hubiera amanecido y salió a dar un paseo para pensar. Abandonó el edificio principal del hotel por el túnel de servicio que llevaba al anexo y dejó las gafas oscuras dentro del bolsillo en el que las había guardado. El servicio de lavandería del hotel se había encargado de limpiar el viejo impermeable. Se lo puso, cogió un par de guantes bastante gruesos y se envolvió el cuello en una bufanda.

Caminó cautelosamente por calles de aceras y calzadas cubiertas por la capa de agua en que los sistemas de calefacción habían convertido a la nieve y alzó la cabeza para contemplar el cielo. La nubécula de su aliento flotaba delante de él. Los débiles rayos del sol y una brisa no muy fuerte iban haciendo que la temperatura subiera lentamente, y los copos de nieve se desprendían de los edificios y los cables. Las alcantarillas se estaban llenando de agua limpia y minúsculos icebergs compuestos por una mezcla de nieve y barro; las cañerías de los edificios transportaban el caudal del deshielo o goteaban poco a poco, y cuando un vehículo pasaba por la calzada creaba un siseo húmedo. Cruzó la calle para ir por la otra acera y poder disfrutar de los rayos del sol.

Subió escaleras y cruzó puentes caminando con grandes precauciones sobre los retazos de hielo que subsistían allí donde no había calefacción o donde no funcionaba. Deseó haberse puesto un calzado más adecuado. Las botas que llevaba tenían un aspecto magnífico, pero las suelas no se agarraban muy bien al hielo. Si querías evitar las caídas tenías que caminar como un anciano, extendiendo las manos igual que si estuvieras intentando agarrar un bastón y doblándote por la cintura cuando lo que más deseabas era ir con la espalda erguida al máximo. Aquello le disgustaba, pero caminar sin admitir el cambio de condiciones producido y acabar con el trasero en el suelo aún le parecía menos atractivo.

Cuando resbaló lo hizo delante de un grupo de jóvenes. Había estado bajando cautelosamente un tramo de peldaños cubiertos de hielo que llevaban a un puente colgante que pasaba por encima de un enlace ferroviario. Los jóvenes venían hacia él riendo y bromeando entre ellos. Dividió su atención entre los traicioneros peldaños y el grupo que se aproximaba. Sus integrantes parecían muy jóvenes y sus acciones, gestos y voces estridentes hervían con una energía que le hizo ser repentinamente consciente de su edad. El grupo estaba formado por cuatro jóvenes, dos chicas y dos chicos que intentaban impresionarlas hablando casi a gritos. Una de las chicas era alta y muy morena, y poseía esa elegancia que aún no es consciente de sí misma típica de quienes han alcanzado la madurez sexual hace muy poco tiempo. Clavó los ojos en ella mientras erguía la espalda y sintió que su caminar recobraba el ligero contoneo

habitual..., un segundo antes de que sus pies perdieran el contacto con el suelo.

Cayó sobre el último peldaño y se quedó inmóvil durante unos momentos medio sentado y medio acostado. Después sonrió débilmente y se levantó una fracción de segundo antes de que los cuatro jóvenes llegaran hasta él. (Uno de los chicos reía a carcajadas mientras intentaba ocultar su boca parcialmente protegida por la bufanda con una mano enguantada.)

Quitó un poco de nieve de los faldones del impermeable y arrojó algunas partículas hacia el chico que se reía. Los cuatro jóvenes le dejaron atrás y empezaron a subir la escalera riendo y hablando. Fue hasta la mitad del puente –el dolor que se iba extendiendo desde su trasero al resto del cuerpo le hizo torcer el gesto–, y oyó un grito. Giró sobre sí mismo y recibió el impacto de una bola de nieve en plena cara.

Tuvo un fugaz atisbo de los cuatro jóvenes riendo mientras echaban a correr alejándose del comienzo de la escalera, pero estaba demasiado ocupado quitándose la nieve de las fosas nasales y limpiándose los ojos que se le habían llenado de lágrimas, por lo que no pudo verles bien. Sintió que la nariz le empezaba a palpar, pero la bola de nieve no se la había vuelto a romper. Siguió adelante y dejó atrás a una pareja de edad madura que iba cogida del brazo. El hombre y la mujer menearon la cabeza, chasquearon los labios poniendo cara de reprobación y dijeron algo sobre los dichosos estudiantes. Se limitó a saludarles con una inclinación de cabeza mientras se limpiaba la cara con un pañuelo.

Salió del puente y subió otra escalera que llevaba a una explanada sobre la que se alzaban viejos edificios de oficinas. Se dio cuenta de que estaba sonriendo. Sabía que unos cuantos años antes no habría podido evitar el sentirse incómodo y avergonzado por lo que acababa de ocurrir. El resbalón, el que le hubieran visto caer, el que le acertaran con una bola de nieve en plena cara después de haberle hecho volver la cabeza con un truco tan viejo, la pareja de edad madura que había presenciado cómo hacía el ridículo... Todo aquello le habría hecho sentir terriblemente incómodo, y en el pasado quizá hubiera echado a correr detrás de los jóvenes y no se habría conformado hasta darles un buen susto –como mínimo–, pero ahora ese tipo de cosas ya no le importaban demasiado.

Hizo una parada en un pequeño puesto de bebidas calientes que había en la explanada y pidió un tazón de sopa. Se apoyó en el mostrador, se quitó un guante con los dientes y rodeó el tazón humeante con los dedos sintiendo el calor del líquido que contenía. Después fue hacia la barandilla, tomó asiento en un banco y fue bebiendo la sopa muy despacio sorbiéndola cautelosamente. El encargado del puesto limpió el mostrador con un trapo y cuando hubo terminado se dedicó a escuchar la radio mientras fumaba un cigarrillo en una boquilla de cerámica que colgaba de la cadenita que llevaba alrededor del cuello.

Aún le dolía un poco el trasero de la caída. Contempló la ciudad por entre el velo

de vapor que brotaba del tazón y sonrió. «Te está bien empleado», se dijo.

Cuando volvió al hotel descubrió que le habían dejado un mensaje. El mensaje decía que el señor Beychae quería verle y que enviarían un vehículo para recogerle después del almuerzo a menos que tuviera alguna objeción.

–Son unas noticias estupendas, Cheradenine.

–Bueno... Sí, supongo que sí.

–No seguirás siendo pesimista, ¿verdad?

–Lo único que digo es que no deberías hacerte demasiadas ilusiones. –Se tumbó en la cama y contempló las pinturas del techo. Estaba hablando con Sma mediante el pendiente-transceptor–. Puede que consiga verle, pero dudo que vaya a tener alguna posibilidad de sacarle de allí. Probablemente descubriré que se ha vuelto senil... Puede que su saludo sea: «Eh, Zakalwe, ¿aún sigues luchando contra esos cabezas gaseosas por cuenta de la Cultura?». Si ocurre algo por el estilo quiero que me saquéis de allí lo más deprisa posible, ¿entendido?

–No tienes que preocuparte por eso. Nos pondríamos en acción enseguida y te sacaríamos de allí.

–Sí, y cuando consiga llegar hasta él..., ¿sigues queriendo que vaya a los Habitáculos de Impren?

–Sí. No podemos correr el riesgo de traer al *Xenóforo*, así que tendrás que utilizar el módulo. Si consigues echar mano a Beychae se pondrán en estado de alerta máxima, y la nave no tendría ninguna posibilidad de entrar y salir sin que la detectaran. Eso podría hacer que todo el Grupo de Sistemas se pusiera contra nosotros por interferir en sus asuntos.

–¿A qué distancia queda Impren yendo en módulo?

–Dos días de viaje.

–Bueno, supongo que puede hacerse –dijo, y suspiró.

–¿Lo tienes todo preparado por si hay posibilidad de que puedas hacer algo hoy?

–Sí. La cápsula está enterrada en el desierto y lista para ponerse en movimiento; el módulo se ha escondido en el gigante gaseoso más cercano y está esperando la misma señal. ¿Cómo me pondré en contacto con vosotros si me quitan el transceptor?

–Bueno... –replicó Sma–. Confieso que me encantaría responder diciendo «Ya te lo advertí» y enviarte un proyectil cuchillo o de exploración, pero no podemos hacerlo. Su sistema de vigilancia quizá sea lo bastante bueno para detectarlo. Lo máximo que podemos hacer es lanzar un microsatélite y colocarlo en órbita para que se limite a la observación pasiva..., en otras palabras, para que no te quite ojo de encima. Si ve que estás en apuros enviaremos la señal, y la cápsula y el módulo irán a por ti. La alternativa, por increíble que te parezca, es utilizar el teléfono. No olvides que cuentas con una lista de los números telefónicos de la Fundación Vanguardia que

no figuran en la guía. ¿Zakalwe...?

–¿Hmmm?

–Sigues teniendo esa lista, ¿verdad?

–Oh, claro.

–También podríamos establecer una conexión con los servicios de emergencia de Solotol. Bastaría con que marcaras tres unos y gritaras «¡Zakalwe!» en cuanto oyeras la voz de la operadora, y nosotros lo sabríamos.

–Tus palabras me han devuelto la confianza –murmuró él, y meneó la cabeza.

–No te preocupes, Cheradenine.

–¿Quién está preocupado?

Vio llegar el vehículo desde la ventana y bajó para encontrarse con Mollen. Le habría gustado poder contar con la protección del traje, pero supuso que no le permitirían entrar en su perímetro de alta seguridad llevándolo puesto. Cogió el viejo impermeable y las gafas de cristales oscuros.

–Hola.

–Hola, Mollen.

–Hace un día muy bonito.

–Sí.

–¿Adonde vamos?

–No lo sé.

–Pero tú vas a conducir, ¿no?

–Sí.

–Pues entonces tienes que saber adonde vamos.

–Por favor, ¿tendría la bondad de repetir eso?

–He dicho que si vas a conducir tienes que saber adonde vamos.

–Lo siento.

Se había quedado inmóvil junto al vehículo. Mollen seguía sosteniéndole la portezuela para que entrara.

–Bueno, por lo menos dime si está muy lejos. Quizá quiera avisar a ciertas personas de que tardaré un rato en volver.

El hombretón frunció el ceño y las cicatrices de su rostro se contorsionaron en varias direcciones creando nuevos y extraños dibujos. Su mano vaciló sobre la caja como si no supiera qué botón debía pulsar. Se concentró y se lamió los labios con la lengua. «Vaya –pensó él–, parece que eso de que le habían dejado sin lengua era una exageración...»

Supuso que debían de haberle hecho algo en las cuerdas vocales. El porqué sus superiores no le habían sometido a un proceso de regeneración o injertado unas cuerdas vocales artificiales era un enigma sobre el que sólo podía hacer conjeturas.

Quizá preferían que sus subordinados estuvieran obligados a escoger entre un número limitado de réplicas, y sonrió. Acababa de pensar que eso debía ponerles muy difícil el hablar mal de quienes les daban órdenes.

–Sí.

–¿Ese sí quiere decir que está muy lejos?

–No.

–Decídete de una vez.

Seguía inmóvil con una mano sobre la portezuela del vehículo. Sabía que estaba haciendo pasar un mal rato al hombretón de la cabellera canosa, pero quería averiguar cuáles eran los límites de su vocabulario.

–Lo siento.

–Entonces, ¿queda cerca? ¿Está dentro de la ciudad?

Los rasgos cubiertos de cicatrices volvieron a fruncirse. Mollen hizo chasquear los labios y pulsó otra serie de botones mientras le pedía disculpas con la mirada.

–Sí.

–¿Está dentro de la ciudad?

–Quizá.

–Gracias.

–Sí.

Subió al vehículo y vio que era un modelo distinto al de la noche anterior. Mollen entró en el compartimento del conductor, se colocó el cinturón de seguridad y pisó un pedal. El vehículo se puso en marcha y se apartó de la acera sin hacer ningún ruido. Dos vehículos más se pusieron en marcha detrás de ellos y se detuvieron en la entrada de la primera calle por la que tomaron al salir del hotel, obstruyendo el paso a los vehículos de los medios de comunicación que habían empezado a perseguirles.

Estaba entretenido contemplando los puntitos distantes de los pájaros que giraban en las alturas cuando el paisaje empezó a desaparecer. Al principio pensó que las pantallas negras situadas junto a las ventanillas de que estaba provisto el vehículo debían de estar subiendo detrás y a cada lado de él, pero no tardó en ver las burbujas y comprendió que la neblina era un líquido que estaba invadiendo el espacio existente entre las dos capas de cristales del compartimento trasero. Pulsó el botón que le permitía hablar con Mollen.

–¡En! –gritó.

El líquido negro ya había llegado a la mitad de las ventanillas y seguía subiendo poco a poco interponiéndose entre él y Mollen, así como entre sus ojos y el paisaje visible por los otros tres lados.

–¿Sí? –replicó Mollen.

Tiró de la manija de la portezuela y la abrió. Una ráfaga de aire frío entró silbando en el compartimento trasero. El líquido negro continuaba subiendo por el

espacio existente entre las dos capas de cristales.

–¿Qué es esto?

Antes de que el líquido hiciera desaparecer todo lo que tenía delante pudo ver que Mollen pulsaba uno de los botones que cubrían su sintetizador vocal.

–No se alarme, señor Staberinde. Es una precaución para asegurar que la intimidad del señor Beychae es respetada –replicó Mollen.

Estaba claro que se limitaba a transmitirle un mensaje preparado de antemano.

–Hmmm... De acuerdo.

Se encogió de hombros, cerró la portezuela y quedó envuelto en la oscuridad hasta que se encendió una lucecita. Se reclinó en el asiento y no hizo nada. La inesperada brusquedad de aquel ennegrecimiento quizá hubiera sido calculada para asustarle o para averiguar cuáles eran sus reacciones ante un imprevisto.

El vehículo siguió avanzando. La luz amarilla de la bombillita hizo que la atmósfera del compartimento trasero se volviese más cálida y asfixiante. El compartimento era bastante grande, pero la ausencia del paisaje pareció empequeñecerlo. Manipuló los controles del sistema de ventilación para que dejara entrar más aire y volvió a reclinarsse. No se había quitado las gafas oscuras.

Doblaron esquinas, subieron cuestas y bajaron pendientes, cruzaron puentes y recorrieron túneles. Se había vuelto más consciente de los movimientos del vehículo, y supuso que sería debido a la falta de cualquier tipo de referencia exterior.

Llevaban bastante rato moviéndose por el interior de un túnel bajando en lo que parecía una línea recta pero que podría haber sido una espiral de gran anchura cuando el vehículo se detuvo de repente. Hubo un momento de silencio al que siguieron unos ruidos que no logró identificar –quizá incluyeran voces–, después de los cuales el vehículo volvió a ponerse en marcha y recorrió una distancia no muy larga. El transceptor le hizo sentir un pinchadillo en el lóbulo de su oreja y lo empujó con un dedo introduciéndolo un poquito más en su oído.

–Rayos X –murmuró el pendiente.

Sonrió. Pensó que de un momento a otro vería abrirse la puerta y que le pedirían que entregara el transceptor, pero no ocurrió nada salvo que avanzaron unos cuantos metros más.

El vehículo empezó a bajar. El motor no hacía ningún ruido, y supuso que debían de estar en un ascensor de gran tamaño. El descenso se detuvo y volvieron a moverse hacia adelante en una total ausencia de ruidos. El movimiento hacia adelante no tardó en combinarse con un descenso, y esta vez resultaba muy claro que iban bajando por una gran espiral. El motor del vehículo seguía sin hacer ruido, por lo que o estaban siendo remolcados o se movían por pura inercia.

El vehículo quedó inmóvil y el líquido negro fue descendiendo lentamente a lo largo de las ventanillas. Estaban en un túnel de gran anchura con tiras de iluminación

blanca en el techo. El túnel se extendía una cierta distancia por detrás de ellos hasta que empezaba a curvarse, y seguía hacia adelante hasta terminar en unas enormes puertas metálicas.

Mollen había desaparecido.

Abrió la portezuela y bajó del vehículo.

Hacía bastante calor, aunque la atmósfera del túnel no tenía el típico olor de los lugares cerrados. Se quitó el viejo impermeable, volvió la cabeza hacia las puertas metálicas y vio que había una puerta bastante más pequeña incrustada en ellas. La puerta no tenía asa y cuando la empujó no ocurrió nada. Volvió al vehículo, examinó el salpicadero hasta encontrar el botón de las bocinas y lo pulsó.

El ruido se estrelló contra las paredes del túnel y vibró en sus oídos creando un sinfín de ecos. Decidió que estaría más cómodo si esperaba sentado dentro del vehículo.

La puertecita se abrió pasado un rato y la mujer apareció en el umbral. Fue hacia el vehículo y acercó la cabeza a la ventanilla.

–Hola.

–Buenas tardes. Aquí estoy.

–Sí. Y veo que sigue llevando sus gafas oscuras. –La mujer sonrió–. Venga conmigo, por favor.

La mujer echó a caminar hacia la puerta. Cogió su viejo impermeable y la siguió.

El tramo de túnel que había al otro lado de las puertas metálicas acabó conduciéndoles hasta una puerta incrustada en una pared, y un ascensor bastante pequeño les llevó hacia abajo. La mujer vestía un traje negro con rayas blancas muy delgadas y sin ninguna clase de adornos.

El ascensor se detuvo. Entraron en un vestíbulo no muy grande parecido al de una casa particular adornado con cuadros y maceteros. Las paredes y el suelo eran de una piedra muy lustrosa en la que había vetas de un color humo. Una gruesa alfombra ahogó el sonido de sus pasos mientras bajaban un corto tramo de peldaños y llegaban a un gran balcón situado en el centro de la pared de una gran sala. La estancia estaba repleta de libros o mesas, y después bajaron por una escalera de caracol con libros en la estructura de madera que había debajo de sus pies y más libros en la que se alzaba por encima de sus cabezas.

La mujer le guió por un laberinto de estantes repletos de libros y le precedió hasta una mesa rodeada de sillas. Encima de la mesa había una máquina con una pantallita y a su alrededor había esparcidos varios rollos de cinta.

–Espere aquí, por favor.

Beychae estaba descansando en su dormitorio. El anciano –estaba calvo, tenía el rostro surcado por las arrugas y vestía una túnica que ocultaba la no muy abultada

barriga que había desarrollado desde que se consagró al estudio— parpadeó cuando la mujer llamó con los nudillos a la puerta y entró en el dormitorio. Su mirada aún conservaba el brillo y la vivacidad de antaño.

—Lamento molestarte, Tsoldrin. Ven y verás la visita que te he traído.

Beychae la siguió por el pasillo y se quedó inmóvil en el umbral mientras la mujer señalaba al hombre que estaba de pie junto a la mesa del lector de cintas.

—¿Le conoces?

Tsoldrin Beychae se puso las gafas —era lo bastante anticuado para sacar el máximo provecho posible a su edad en vez de intentar disfrazarla—, y contempló al hombre. Tenía las piernas largas, el cabello oscuro —recogido por una coleta en la nuca—, y sus rasgos bien definidos e incluso apuestos estaban algo oscurecidos por la clase de barba que jamás desaparece mediante un mero afeitado de superficie. Si se los observaba con independencia del resto de la cara los labios resultaban casi inquietantes. Parecían crueles y arrogantes, y esa impresión inicial sólo pasaba a ser demasiado severa cuando la mirada tomaba en consideración el resto de la cara, momento en el que quien la estuviese observando tenía que admitir —quizá no de muy buena gana— que las gafas oscuras no lograban ocultar del todo los ojos y las espesas cejas que una vez puestas al descubierto creaban una impresión global que no resultaba desagradable.

—Puede que nos conozcamos —dijo Beychae muy despacio—. No estoy seguro.

Tenía la impresión de que quizá le hubiera visto en el pasado. Incluso medio disimulados por las gafas oscuras aquellos rasgos le resultaban inquietantemente familiares.

—Deseaba conocerte —le explicó la mujer—, y me tomé la libertad de decirle que el deseo era mutuo. Cree que quizá conocieras a su padre.

—¿Su padre? —exclamó Beychae.

Eso podía explicar aquella sensación de familiaridad. Quizá se parecía a alguien que había conocido, y quizá fuera ésa la razón de las emociones extrañas y vagamente inquietantes que estaba experimentando.

—Bueno —dijo—. Oigamos lo que tiene que decir, ¿no te parece?

—¿Por qué no? —replicó la mujer.

Fueron hacia el centro de la biblioteca. Beychae irguió los hombros antes de acercarse al desconocido. Se había dado cuenta de que en los últimos tiempos tenía una creciente tendencia a encorvarse, pero aún era lo bastante vanidoso para querer recibir a sus visitas con la espalda lo más recta posible.

—Tsoldrin Beychae —dijo la mujer—. El señor Staberinde.

—Es un honor, señor —dijo el visitante.

Beychae se dio cuenta de que le estaba observando con una extraña fijeza y que sus facciones se hallaban un poco tensas, como si temiera algo. Beychae aceptó la

mano que le ofrecía y la estrechó.

La mujer puso cara de perplejidad. La expresión del viejo rostro de Beychae resultaba totalmente indescifrable. Alzó la cabeza y clavó la mirada en los ojos del visitante mientras dejaba que su mano colgara fláccidamente entre sus dedos.

–Señor... Staberinde –dijo Beychae con voz átona.

El anciano se volvió hacia la mujer del traje negro.

–Gracias.

–Ha sido un placer –murmuró ella, y les dejó solos.

Le bastó con mirarle para darse cuenta de que Beychae le había reconocido. Giró sobre sí mismo y fue por un pasillo flanqueado de estantes mientras volvía la cabeza el tiempo suficiente para asegurarse de que Beychae le seguía, y captó la sorpresa y el asombro que había en sus ojos. Se quedó inmóvil entre los estantes repletos de libros después de haber dado unos cuantos pasos y se golpeó suavemente la oreja con la punta de los dedos antes de empezar a hablar intentando dar la impresión de que se trataba de un gesto casi inconsciente.

–Creo que quizá conociera a mi... antepasado. Utilizaba un apellido distinto.

Se quitó las gafas oscuras.

Beychae le contempló en silencio. Su expresión no cambió en lo más mínimo.

–Creo que le conocí –dijo por fin mirando a su alrededor. Alzó una mano señalando una mesa y unas sillas–. Sentémonos, ¿quiere?

Volvió a ponerse las gafas oscuras, fue hacia la silla más próxima y se sentó en ella.

–Bien, señor Staberinde, ¿qué le ha traído aquí?

–En cuanto a usted concierne, la curiosidad. Lo que me trajo a Solotol fue..., un mero impulso de ver la ciudad. Tengo ciertas..., ah..., relaciones con la Fundación Vanguardia. No sé si está enterado de los cambios que se han producido en la dirección de ese ente no hace mucho tiempo.

El anciano meneó la cabeza.

–No. Confieso que no me mantengo muy al corriente de la actualidad. Vivir aquí abajo...

–Comprendo. –Movié lentamente la cabeza contemplando lo que le rodeaba–. Supongo que... –Clavó la mirada en los ojos de Beychae–. Supongo que no es el sitio más adecuado para la comunicación, ¿verdad?

Beychae abrió la boca, puso cara de disgusto y miró por encima de su hombro.

–Quizá no lo sea –dijo por fin, y se puso en pie–. Discúlpeme.

Le observó alejarse y tuvo que hacer un considerable esfuerzo de voluntad para no levantarse de la silla.

Intentó distraerse contemplando la biblioteca. La cantidad de volúmenes antiguos que contenía era increíble, y su olor había acabado impregnando la atmósfera. Tantas

palabras escritas sobre el papel, tantas vidas dedicadas a escribirlas, tantos ojos que habían enrojecido leyéndolas... Se preguntó qué razón podía haberles impulsado a perder el tiempo de esa manera.

–¿Ahora? –oyó que preguntaba la mujer.

–¿Por qué no?

Giró sobre sí mismo con el tiempo justo de ver a Beychae y a la mujer apareciendo entre dos hileras de estantes.

–Bien, señor Beychae –dijo la mujer–. Quizá haya ciertos problemas...

–¿Por qué? ¿Es que los ascensores han dejado de funcionar?

–No, pero...

–Entonces, ¿qué problema puede haber? Vamos. Llevo demasiado tiempo sin ver la superficie.

–Ah. Bien, de acuerdo... Haré los arreglos necesarios.

Sonrió con una visible falta de entusiasmo y se marchó.

–Bien, Z..., Staberinde. –Beychae volvió a sentarse, sonrió y le lanzó una mirada que parecía pedirle disculpas–. ¿Qué le parece si hacemos un viajecito a la superficie?

–¿Por qué no? –replicó él, procurando no utilizar un tono de voz excesivamente entusiástico–. ¿Qué tal se encuentra, señor Beychae? Oí comentar que se había retirado.

Hablaron de generalidades durante unos minutos hasta que vieron llegar a una joven rubia que sostenía un montón de libros en los brazos. La joven observó al visitante, parpadeó un par de veces y fue hacia Beychae, quien alzó la mirada y le sonrió.

–Ah, querida mía, te presento al señor... Staberinde. –Beychae se volvió hacia él y le sonrió–. Le presento a Ubrel Shiol, mi ayudante.

–Encantada –dijo él asintiendo con la cabeza.

«Mierda...», pensó.

Ubrel Shiol dejó los libros encima de la mesa y puso una mano sobre el hombro de Beychae. El anciano puso sus delgados y frágiles dedos encima de su mano.

–Me he enterado de que quizá vayamos a la ciudad –dijo la mujer. Bajó la vista hacia el anciano y pasó su mano libre por el traje parecido a una bata como si intentara alisarlo–. Ha sido una decisión bastante repentina, ¿no?

–Sí –dijo Beychae. Alzó la mirada hacia ella y le sonrió–. ¿Sorprendida? Bueno, incluso un anciano como yo sigue siendo capaz de dar sorpresas ocasionalmente...

–Hará frío –dijo la mujer apartándose de él–. Te traeré ropa de abrigo.

Beychae la siguió con la mirada mientras se alejaba.

–Es una chica maravillosa –dijo–. No sé qué haría sin ella.

–Lo comprendo –replicó él.

«Quizá tengas que aprender a vivir sin esa chica maravillosa», pensó.

Los arreglos para el viaje a la superficie requirieron una hora. Beychae parecía bastante nervioso. Ubrel Shiol le hizo ponerse ropa de abrigo, cambió aquella especie de bata por un mono y se recogió los cabellos en la coronilla. Fueron en el mismo vehículo que le había traído hasta allí, y Mollen se encargó de conducir. Beychae y Ubrel Shiol se instalaron junto a él en el espacioso banco trasero del compartimento para viajeros; la mujer del vestido negro se sentó delante de ellos.

El vehículo salió del túnel y avanzó bajo los rayos del sol. Estaban en un patio cubierto de nieve. Fueron hacia unas verjas de alambre que se abrieron para dejarles pasar mientras los guardias de seguridad les seguían con la mirada. El vehículo se metió por un camino lateral que terminaba en la carretera general más próxima y se detuvo en el cruce.

–¿Hay alguna feria cerca? –preguntó Beychae volviendo la cabeza hacia él–. Siempre he tenido debilidad por el ruido y el ajetreo de las ferias.

Recordaba haber oído comentar que había una especie de circo ambulante acampado en una pradera cerca del río Lotol y sugirió que fueran allí. Mollen hizo avanzar el vehículo por la ancha calzada del bulevar. Apenas había tráfico.

–Flores –dijo de repente. Todos se volvieron hacia él.

Tenía el brazo apoyado en el asiento por detrás de Beychae y Ubrel Shiol, y su mano rozó la cabellera de Shiol haciendo caer el broche con que se la había recogido. Se echó a reír y cogió el broche que había caído sobre el estante situado bajo la ventanilla trasera del vehículo. La maniobra le había permitido mirar hacia atrás.

Un camión gigantesco estaba siguiéndoles.

–¿Flores, señor Staberinde? –preguntó la mujer del traje negro.

–Me gustaría comprar unas cuantas flores –dijo, sonriendo y volviendo la cabeza primero hacia ella y luego hacia Shiol–. ¿Por qué no? –Dio una palmada–. ¡Al Mercado de las Flores, Mollen! –Se reclinó en el asiento, sonrió beatíficamente durante unos segundos y se inclinó hacia adelante como pidiendo disculpas–. Suponiendo que no sea mucha molestia, claro... –dijo mirando a la mujer del traje negro.

La mujer sonrió.

–No, por supuesto. Mollen, ya le has oído.

El vehículo se metió por un desvío.

Recorrió casi todos los puestos callejeros del Mercado de las Flores y acabó comprando dos ramos que entregó a Ubrel Shiol y a la mujer del traje negro.

–¡Allí está la feria! –exclamó señalando hacia el río.

Las tiendas y hologramas de la feria brillaban y giraban al otro lado de las aguas.

Había supuesto que cogerían el Transbordador del Mercado de las Flores, y así fue. El transbordador consistía en una plataforma tan pequeña que sólo tenía capacidad para un vehículo. Volvió la cabeza y observó la mole del camión pensando que tardaría un poco en poder seguirles.

Llegaron a la otra orilla. Mollen puso en marcha el vehículo y fue hacia la feria. Beychae no paraba de hablar, y empezó a recordar las ferias que había visitado en su juventud.

–Gracias por las flores, señor Staberinde –dijo la mujer sentada delante de ellos.

Se llevó el ramo a la cara y aspiró su perfume.

–Ha sido un placer –dijo él.

Se inclinó sobre Shiol y puso la mano sobre el brazo de Beychae para atraer su atención hacia una atracción cuyas cabinas giraban velozmente por el cielo moviéndose sobre los tejados de los cobertizos. El vehículo se detuvo en un cruce controlado por sensores lumínicos.

Volvió a inclinarse sobre el regazo de Shiol, abrió la cremallera sobre la que había puesto la mano antes de que la mujer pudiera darse cuenta de lo que estaba ocurriendo y extrajo la pistola cuya presencia había detectado al inclinarse sobre ella por primera vez. La contempló, se echó a reír como si acabara de cometer un error estúpido, alzó la pistola y disparó contra la pantalla de cristal detrás de la que se encontraba la cabeza de Mollen.

Cuando el cristal se hizo pedazos él ya estaba saltando hacia delante con una pierna extendida. Su pie atravesó la nube de fragmentos cristalinos y se estrelló contra la cabeza de Mollen.

El vehículo aceleró bruscamente y se detuvo en seco. Mollen se derrumbó sobre el volante.

–¡Cápsula, aquí! –gritó.

El instante de silencio perplejo que siguió a su acción duró lo suficiente para que su grito pareciera más potente de lo que había sido en realidad.

La mujer sentada delante de él se movió. La mano que sostenía el ramo lo dejó caer y fue velozmente hacia su cintura y un pliegue de la tela. Le atizó un puñetazo en la mandíbula. El impacto hizo que la cabeza de la mujer se estrellara contra la parte de la pantalla de cristal aún intacta que tenía detrás. Giró sobre sí mismo y se agazapó junto a la portezuela mientras la mujer inconsciente iba cayendo al suelo hasta quedar inmóvil junto a él y las flores se desparramaban sobre el apoyapiés. Volvió la cabeza hacia Beychae y Shiol, y vio que los dos tenían la boca abierta.

–Cambio de planes –dijo.

Se quitó las gafas y las arrojó al suelo. Les sacó del vehículo casi a rastras. Shiol había empezado a gritar, y le dio un empujón que la hizo chocar contra el flanco del

vehículo.

Beychae se había recuperado lo suficiente para hablar.

–Zakalwe, ¿qué infiernos estás...?

–¡Tenía esto, Tsoldrin! –gritó él enseñándole la pistola.

Ubrel Shiol aprovechó el segundo en que el arma dejó de apuntarla para lanzar una patada hacia su cabeza. La esquivó, dejó que el impulso de la patada la hiciera moverse hacia adelante y la golpeó en el cuello con el canto de la mano. Shiol cayó al suelo. El ramo que le había regalado en el Mercado de las Flores rodó hasta desaparecer debajo del vehículo.

–¡Ubrel! –gritó Beychae mientras se arrodillaba junto a ella–. Zakalwe, ¿qué le has...?

–Tsoldrin... –empezó a decir él.

La portezuela del compartimento delantero se abrió de golpe y Mollen saltó sobre él. Sus cuerpos rodaron por encima de la calzada y acabaron en la cuneta. La pistola salió volando por los aires.

La embestida del hombretón le había dejado inmobilizado. Mollen le agarró por las solapas con una mano y alzó el otro brazo. El sintetizador vocal giró al extremo de su correa y el inmenso puño lleno de cicatrices empezó a bajar.

Hizo una finta y desplazó el cuerpo hacia el otro lado lo más deprisa posible. El puño de Mollen se estrelló en las piedras de la cuneta y eso le dio el tiempo suficiente para levantarse de un salto.

El sintetizador vocal de Mollen cayó sobre la calzada.

–Hola –dijo la caja.

Intentó lanzar una patada hacia la cabeza de Mollen, pero aún no había logrado recuperar el equilibrio del todo. Mollen le cogió el pie con la mano buena. Retorció la pierna y logró liberarse, pero la maniobra le exigió girar sobre sí mismo.

Mollen se puso en pie meneando la cabeza y uno de sus pies chocó con el sintetizador.

–Encantado de conocerle –dijo la caja.

Lanzó otra patada hacia la cabeza de Mollen.

–¿Qué desea? –preguntó la caja.

Mollen logró esquivar la patada y se lanzó hacia adelante. Su cuerpo se deslizó por encima de la superficie de cemento, rodó sobre sí mismo y acabó irguiéndose en un solo movimiento.

Mollen tenía el cuello ensangrentado. Dio un par de pasos hacia él, se tambaleó, pareció recordar algo y empezó a meterse la mano derecha dentro de la chaqueta.

–Estoy aquí para ayudarle-dijo la caja.

Saltó hacia adelante y su puño chocó con la cabeza de Mollen cuando el hombretón empezaba a sacar una pistolita de su chaqueta. Estaba demasiado lejos

para poder cogerla, por lo que giró sobre sí mismo y alzó una pierna. Su pie entró en contacto con el puño que sostenía el arma y lo hizo subir. El hombre de la cabellera canosa retrocedió poniendo cara de dolor y se frotó la muñeca.

–Me llamo Mollen. No puedo hablar.

Había albergado la esperanza de que su patada resultaría lo bastante fuerte para que Mollen soltara el arma, pero vio que la pistolita seguía entre sus dedos. Sabía que Beychae y Shiol estaban detrás de él, y se quedó inmóvil durante una fracción de segundo que Mollen aprovechó para apuntarle con el arma. Moviéndose rápidamente el cuerpo primero a un lado y luego a otro. Mollen meneó la cabeza y su mano no tuvo más remedio que desplazarse siguiendo sus movimientos.

–Encantado de conocerle.

Saltó hacia adelante. Su objetivo eran las piernas de Mollen, y logró dar en el blanco.

–No, gracias. –Volvieron a caer sobre la cuneta–. Disculpe...

Alzó un puño e intentó asestar un nuevo golpe en la cabeza de Mollen.

–¿Podría decirme dónde estoy?

Pero Mollen rodó sobre sí mismo y el puñetazo sólo encontró el aire. Mollen se retorció y casi logró golpearle con la cabeza. Tuvo que agacharse, y se golpeó una sien contra las piedras de la cuneta.

–Sí, por favor.

Sintió que el interior de su cabeza se llenaba de luz. Desplegó los dedos de una mano, la movió hacia adelante en la dirección donde creía que estaban los ojos de Mollen y sintió que las puntas de sus dedos chocaban con algo blando que cedió enseguida. Mellen gritó.

–No puedo replicar a eso.

Se irguió apoyándose en las manos y los pies y pateó a Mollen con todas sus fuerzas.

–Gracias. –Su pie había dado de lleno en la cabeza de Mollen–. ¿Tendría la bondad de repetir eso?

Mollen rodó lentamente sobre sí mismo hasta caer en la cuneta y se quedó inmóvil.

–¿Qué hora es? ¿Qué hora es? ¿Qué hora es?

Le observó durante unos momentos y fue con paso tambaleante hacia la acera.

–Me llamo Mollen. ¿Puedo ayudarle en algo? No puede entrar ahí. Esto es propiedad privada. ¿Adonde cree que va? Alto o dispararé. El dinero carece de importancia. Tenemos amigos muy poderosos. ¿Podría indicarme dónde está el teléfono más próximo? Está bien, puta, tú lo has querido. ¿Qué te parece esto?

Dejó caer el tacón de una bota sobre el sintetizador vocal de Mollen.

–¡Graaaaap! El interior de esta máquina no contiene partes de interés para el usu...

Otro taconazo silenció definitivamente a la caja.

Alzó los ojos hacia Beychae y vio que estaba encogido junto al vehículo. El anciano sostenía la cabeza de Ubrel Shiol sobre su regazo.

–¡Zakalwe, maldito loco! –gritó Beychae.

Se pasó las manos por la ropa para quitarse el polvo y volvió la mirada hacia el hotel.

–Tsoldrin –dijo con voz tranquila y firme–, esto es una emergencia.

–¿Qué has hecho? –gritó Beychae.

Tenía las pupilas muy dilatadas y el rostro tenso por una mezcla de emociones. Sus ojos fueron del cuerpo inerte de Shiol al de Mollen y se desviaron hacia los pies de la mujer que yacía inconsciente dentro del vehículo, con las flores del ramo esparcidas a su alrededor, para acabar volviendo a Shiol y posarse en los morados que ya estaban empezando a formarse sobre su cuello.

Observó durante unos momentos al anciano, alzó los ojos hacia el cielo y vio un puntito. Lanzó un suspiro de alivio y bajó nuevamente la mirada hacia Beychae.

–Iban a matarte –le dijo–. Me enviaron aquí para impedirlo. Tenemos que...

Hubo un ruido muy fuerte al otro lado de los edificios que se extendían alrededor del río y el Mercado de las Flores; un estallido seguido por una especie de silbido estridente. Los dos alzaron los ojos hacia el cielo. El puntito que era la cápsula fue aumentando rápidamente de tamaño y quedó envuelto en una flor de luz. El haz que terminaba en la aureola luminosa y que se originaba en un punto invisible oculto detrás de los edificios cercanos al Mercado de las Flores creaba la ilusión de que la flor tenía un tallo. La cápsula se abrió paso a través de la nube de incandescencia, pareció vibrar ligeramente y emitió una lanza de luz que siguió el mismo trayecto del haz que la había envuelto en aquella aureola.

El cielo se iluminó por encima del Mercado de las Flores. La carretera tembló debajo de sus pies y una detonación terrible pasó a toda velocidad sobre sus cabezas y rebotó en los riscos que había por encima de las pendientes de la ciudad volviendo hacia ella convertida en ecos.

–Disponíamos de un minuto antes de que fuera preciso partir –dijo mirando a Beychae.

El cilindro de oscuridad de cuatro metros de longitud que era la cápsula bajó del cielo y se posó sobre la superficie de la carretera. Las escotillas se abrieron. Fue corriendo hacia una de ellas, cogió un arma de gran tamaño y manipuló un par de controles.

–Ahora ya no tenemos tiempo...

–¡Zakalwe! –exclamó Beychae. Parecía haber recobrado el control de su voz–, ¿Te has vuelto loco?

Un ruido terrible mezcla de alarido y chirriar metálico resonó por encima de la

ciudad. Los dos alzaron los ojos para contemplar una silueta de contornos ahusados que venía hacia ellos descendiendo a toda velocidad.

Se puso delante de Beychae y escupió sobre la cuneta. Alzó el rifle de plasma, apuntó el cañón hacia el punto que se aproximaba y disparó.

El haz luminoso brotó del arma y voló hacia el cielo. La aeronave empezó a echar humo, se desvió del rumbo que la habría llevado hasta donde estaban y fue dejando detrás de ella una espiral de escombros para acabar estrellándose en algún lugar del desfiladero con un zumbido estridente que se convirtió en trueno. Los ecos del impacto pudieron oírse por toda la ciudad.

Volvió la cabeza hacia el anciano.

—¿Qué me habías preguntado?

V

La tela negra del techo de la tienda estaba a medio metro de su cabeza, pero no le impedía ver el cielo que se extendía al otro lado. El cielo tenía el azul intenso y límpido del día y hacía sol, pero él podía ver a través de aquel azul engañoso y sabía que el cielo también estaba negro, y que más allá de esa capa de color había una oscuridad mucho más profunda que la que reinaba dentro de la tienda, una oscuridad en la que ardían los soles dispersos, y los soles eran puntitos de claridad tan diminutos como luciérnagas perdidos en las frías tinieblas de las calles desiertas.

Una oscura cosecha de estrellas se inclinó sobre él y le cogió delicadamente entre sus dedos inmensos llevándose como si fuera una fruta exótica que por fin había madurado. Estar encerrado dentro de aquella prisión inmensa hizo que se sintiera delirantemente cuerdo, y se dio cuenta de que le bastaría con esperar unos momentos para comprenderlo todo —la comprensión podía llegar en cualquier instante, y sólo exigiría el más impalpable de los esfuerzos—, pero también era consciente de que no la deseaba. Tuvo la sensación de que una maquinaria impresionante eternamente oculta bajo la superficie del universo y cuyo poder era capaz de hacer vibrar toda la galaxia había logrado establecer una conexión con su pobre persona y que le había investido con su poder.

Estaba sentado dentro de la tienda. Tenía las piernas cruzadas y los ojos cerrados. Llevaba varios días inmóvil en esa postura. Vestía una de las túnicas muy holgadas que usaban los nómadas. Su uniforme estaba pulcramente doblado a un metro de su espalda. Llevaba el cabello muy corto; la piel de su rostro estaba empezando a quedar cubierta por la barba y la capa de sudor que lo recubría brillaba suavemente en la penumbra. Había momentos en los que creía estar fuera de sí mismo contemplando el cuerpo sentado sobre los almohadones bajo la lona oscura de la tienda. Los pelitos negros que se iban abriendo paso a través de su piel hacían que su rostro pareciera aún más moreno que de costumbre, pero los reflejos de las lámparas y los rayos de sol que entraban por el agujero para la salida de humos que había en el techo arrancaban destellos a la capa de sudor y casi compensaban ese oscurecimiento de la piel. Esa simbiosis de adversarios enzarzados en una competición que creaba una situación de tablas le divertía. Sabía que acabaría volviendo a su cuerpo o que se alejaría todavía más, y también sabía que ocurriera lo que ocurriese tendría la sensación de que el desenlace era el adecuado y que encajaba con el gran plan oculto en el núcleo de todas las cosas.

La tienda estaba muy oscura y la atmósfera del interior era al mismo tiempo rancia y aromática. Podía oler los vapores del incienso y la fragancia del perfume que la habían ido impregnando. Todo era agradable, blando y recargado. Los tapices que

colgaban de las paredes eran muy gruesos y estaban repletos de colores y bordados hechos con hilos de metales preciosos, la alfombra que cubría el suelo se amontonaba sobre sí misma imitando a un campo de espigas doradas y los almohadones perfumados y las colchas que invitaban a la inmovilidad y la inacción creaban un paisaje fabuloso que se extendía bajo la oscura lámina del techo. Los incensarios dejaban escapar perezosas hilachas de vapor; los braserillos para combatir el frío de la noche estaban apagados y los cálices de cristal, recipientes para guardar las hojas de los sueños, cajitas enjovadas y libros adornados con metales y piedras preciosas yacían dispersos sobre el ondulante paisaje de tela como si fuesen templos iridiscentes edificadas sobre las llanuras.

Mentiras... La tienda estaba vacía y su trasero reposaba sobre un saco relleno de paja.

La chica le vio moverse y pensó que el movimiento resultaba casi hipnótico. Al principio apenas si era perceptible, pero bastaba con que lo hubieras captado para que se convirtiera en algo imposible de pasar por alto, y cuando los ojos se habían acostumbrado a él no tardaban en hallarlo fascinante. El movimiento se originaba en la cintura y se iba transmitiendo a la cabeza haciéndole trazar un círculo de diámetro no muy amplio. Los giros no eran ni rápidos ni lentos, y le recordaban las perezosas contorsiones del humo cuando se dirigía hacia el agujero que había en el techo de una tienda. El movimiento de los ojos del hombre casi parecía una especie de compensación a esa agitación tan sutil como incesante, y sus pupilas siempre estaban cambiando de posición detrás de la cortina entre marrón y rosada de los párpados.

La tienda era lo bastante alta para que la chica pudiera ponerse en pie dentro de ella y se alzaba en una encrucijada del desierto, allí donde se encontraban dos de los caminos que cruzaban el mar de arena. Hubo un tiempo muy lejano en el que aquella encrucijada debió de albergar un pueblo o quizá incluso una ciudad, pero ahora el agua más próxima se encontraba a tres días de distancia yendo a caballo. La tienda llevaba cuatro días allí y quizá siguiera en la encrucijada dos o tres más, pero eso dependería del tiempo que el hombre siguiera sumido en el sopor provocado por las hojas del sueño. La chica cogió una jarra de una bandejita y llenó una copa con el agua que contenía. Fue hacia el hombre y acercó la copa a su boca colocando una mano debajo de su mentón mientras inclinaba la copa junto a sus labios.

El hombre bebió sin interrumpir sus movimientos y apartó el rostro después de haber bebido la mitad del agua que había en la copa. La chica cogió un paño limpio y lo pasó por su rostro para secarle el sudor.

«Elegido –se dijo a sí mismo–. Elegido, Elegido, Elegido...» El camino había sido largo y había acabado llevándole hasta un lugar muy extraño. Había guiado al Elegido a través del polvo y las tribus locas de los páramos hasta las verdes praderas y los pináculos relucientes del Palacio Perfumado que se alzaba sobre los riscos.

Ahora estaba disfrutando de su pequeña recompensa.

La tienda se encuentra en una encrucijada de dos rutas comerciales con la negrura del exterior vuelta hacia dentro para soportar mejor los rigores de la estación, y dentro de la tienda hay un hombre, un soldado que ha combatido en tantas guerras que ya ha olvidado la cifra exacta y que ha sufrido cicatrices y heridas y fracturas y se ha curado y ha sido herido y se ha curado y ha sido reparado hasta dejarle como nuevo..., y por una vez ese hombre ha decidido bajar la guardia y entregar su mente a una droga de salvajes y su cuerpo al cuidado y la protección de una joven.

La chica cuyo nombre ignoraba se encargaría de acercar el agua a sus labios y el paño mojado a su frente. El hombre recordaba unas fiebres sufridas hacía más de cien años a más de mil años de distancia y las manos frescas y amables de otra chica que le habían acariciado y consolado cuando su cuerpo ardía. Podía oír a las aves que se llamaban las unas a las otras en los jardines que rodeaban la gran casa que se encontraba en la propiedad acunada por la gran curva del río, y aquel lugar era un enclave de paz perdido en el lívido paisaje de sus recuerdos.

La droga fluía por el interior de su mente trenzando y desanudando los recuerdos y los pensamientos, creando una corriente de orden regido por el azar envuelta en la pesadez del cansancio y el sopor. (Recordaba un banco de piedra en una orilla del río donde el continuo deslizarse de la corriente había ido acumulando arena, tierra, gravilla, guijarros y rocas en una progresión lineal de tamaño y peso, ordenando la elementalidad de la piedra mediante su incansable peso líquido hasta formar una curva tan perfecta que hacía pensar en el trazado de un gráfico.)

La chica le observaba y esperaba. El desconocido había tomado la droga como si fuera uno de los hombres de su pueblo y parecía haberse entregado a su influencia sin alterarse en lo más mínimo, y eso hacía que la chica pudiera observarle con la misma calma impasible que se había adueñado de él. Albergaba la esperanza de que fuese un hombre tan excepcional como daba la impresión de serlo y no un hombre corriente, pues eso significaría que el pueblo nómada en cuyo seno había nacido no era la estirpe de fortaleza incomparable que creía ser.

Al principio la chica había temido que no podría soportar el terrible poder de la droga y que se haría pedazos como una olla al rojo cuando se la sumerge en el agua, tal y como había oído contar que ocurrió con otros forasteros engañados por la vanidad y convencidos de que las hojas de los sueños no eran más que otro capricho que unir a la cadena de diversiones y vicios en que habían decidido convertir sus vidas, pero el desconocido no intentó luchar. Era un soldado y, como tal, estaba acostumbrado al combate, pero dio muestras de una rara sensibilidad y supo rendirse sin ofrecer ni la más mínima resistencia aceptando los dictados de la droga. La chica le admiraba por ello, y dudaba de que los conquistadores poseyeran una fuerza tan flexible y segura de sí misma. Incluso algunos de los jóvenes nómadas –precisamente

aquellos que solían ser más atractivos e impresionantes en todos los demás aspectos—, eran incapaces de aceptar el peso aplastante de los dones que ofrecían las hojas de los sueños, y acababan chillando y balbuceando palabras ininteligibles mientras pasaban por una pesadilla abreviada. La chica les había oído gimotear pidiendo el pecho de su madre, y también era frecuente que se orinaran o se cagaran encima mientras lloraban y revelaban a los vientos del desierto los temores que más les avergonzaban. La droga administrada en las cantidades cuidadosamente medidas que se utilizaban para la ceremonia casi nunca resultaba fatal, pero los efectos posteriores de haberla ingerido podían serlo. Más de un joven valiente había preferido sentir el filo de su espada atravesándole el vientre que enfrentarse al deshonor de seguir vivo sabiendo que una simple hoja había sido más fuerte que él.

Era una lástima que aquel hombre fuese un forastero y no alguien de su pueblo. La chica estaba convencida de que habría sido un buen esposo y de que habría engendrado muchos hijos fuertes y muchas hijas astutas. La mayoría de los matrimonios se concertaban en las tiendas donde los hombres tomaban las hojas de los sueños, y al principio el que le pidieran que cuidase del forastero durante sus días de la hoja le pareció un insulto, pero acabaron convenciéndola de que era un honor. Le explicaron que aquel hombre había prestado un gran servicio a su pueblo, y le dijeron que como recompensa a cuidar de él podría escoger entre los jóvenes novicios de la tribu en cuanto hubiera llegado el momento de su prueba.

Y cuando tomó las hojas de los sueños el hombre insistió en que la ceremonia debía celebrarse de la forma normalmente reservada para sus soldados veteranos y matriarcas, y dejó bien claro que no quería tomar la dosis que se administraba a los niños. La chica contempló sus giros y el continuo flexionarse de su cintura y pensó que parecía estar intentando remover algo oculto en las más oscuras profundidades de su mente.

Por los caminos, por las señales cruzadas de esas líneas solitarias que han ido siendo erosionadas por el comercio, el intercambio y el conocimiento que pasa de unas manos a otras; huellas en el polvo, señales casi invisibles en la página marrón del desierto. La tienda se alzaba inmutable, tanto en Verano cuando el lado blanco quedaba hacia fuera y el negro hacia dentro como en Invierno cuando se le daba la vuelta.

Era como si pudiese sentir el lento girar de su cerebro dentro del cráneo.

En la tienda blanca que era negra y de ambos colores a la vez, junto a la encrucijada perdida en el desierto, una impermanencia blanca y negra como una hoja caída antes de que soplen los vientos temblando en la brisa que se hincha bajo la ola inmóvil de la pétrea circunferencia de montañas coronadas por la nieve y el hielo, espuma congelada en un aire tan tenue que apenas puede ser respirado.

Decidió alejarse y abandonó la tienda para que se desplomara detrás de él. Se

convirtió en un puntúo que volaba junto a las huellas casi impalpables que surcaban el polvo, y las montañas quedaron atrás –blanco coronando el ocre–, y los senderos y la tienda desaparecieron, y las montañas se encogieron, y los glaciares y las nieves del verano debilitadas por el calor se convirtieron en garras blancas que se tensaban sobre las rocas, y la curvatura se fue acercando y fue comprimiendo el paisaje hasta que el globo en el que se hallaba quedó convertido en un peñasco multicolor, piedra, guijarro, gravilla, grano de arena, mota de polvo, y aquello en que se había convertido acabó perdiéndose en la inmensa lente giratoria que era el hogar de todos ellos, y la lente se convirtió en una manchita sobre una burbuja que rodeaba el vacío y que estaba unida a sus solitarias y altivas parientes por aquella textura invisible que era una articulación distinta y más viscosa de lo que todas conocían como la nada.

Más manchitas. Todas se desvanecieron. La oscuridad se adueñó de todo.

Seguía allí.

Le habían dicho que había algo más oculto debajo del todo. Sma le había explicado que bastaba con pensar en siete dimensiones y ver la totalidad del universo como una línea sobre la superficie de un toroide, y la línea empezaba en un punto y se convertía en un círculo cuando nacía y se expandía moviéndose hacia arriba por el interior del toroide hasta llegar a la parte de arriba, al exterior, y luego caía de nuevo hacia dentro e iba encogiéndose. Otras líneas la habían precedido y otras vendrían después (vistas en cuatro dimensiones eran las esferas más grandes/más pequeñas dentro/fuera de su propio universo). Las distintas escalas temporales vivían dentro y fuera del toroide; algunos universos se expandían eternamente y la existencia de otros duraba menos que un parpadeo.

Pero las escalas resultaban demasiado grandes. La inmensidad era imposible de abarcar con la mente. Tenía que concentrarse en aquello que conocía y en lo que era y aquello en lo que se había convertido..., al menos por el momento.

Se concentró en un sol y un planeta, los aisló de toda la existencia y se precipitó hacia aquella esfera sabiendo que era el origen de todos sus recuerdos y sus sueños.

Buscó significado y sólo encontró cenizas. ¿Dónde te duele? Bueno, la verdad es que..., sí, justo ahí. Los escombros calcinados de una casita de verano, y ni rastro de una silla.

A veces –como ahora–, la banalidad de todo cuanto le rodeaba era tan espantosa que le dejaba sin aliento. Se quedó inmóvil y lo comprobó, pues había drogas que hacían precisamente eso, dejarte sin aliento. No, seguía respirando. Pensó que había muchas probabilidades de que su cuerpo hubiera sido alterado para que siguiera respirando en cualquier circunstancia, pero la Cultura –que el Caos la bendijera doblemente–, diseñó otro programa de vigilancia y lo colocó dentro de él para estar totalmente segura de que no habría errores. Los nómadas habrían considerado que eso equivalía a hacer trampa (vio a la chica inmóvil delante de él y la observó durante

unos momentos aunque sus párpados estaban casi totalmente cerrados, y acabó cerrándolos del todo en cuanto se cansó de contemplarla), pero después de todo eso era problema suyo, no de él. Había hecho algo por ellos –no era gran cosa, aunque los nómadas estuvieran convencidos de lo contrario–, y ahora ellos podían hacer algo por él.

Pero... Recordaba que en una ocasión Sma le había dicho que existían muchas culturas en las que el trono era el símbolo más respetado. Sentarse en el esplendor del trono es la máxima articulación posible del poder. Los demás se presentan ante el trono y quedan en una posición más baja, y es frecuente que se arrodillen o tengan que marcharse sin dar la espalda al trono y a quien lo ocupa, y a veces incluso se les obliga a prosternarse delante del trono (aunque las benditas estadísticas de la Cultura aseguraban que eso siempre era señal de que algo iba terriblemente mal en esa sociedad), y el poder sentarse y el que esa postura que no había sido prevista por el curso de la evolución te convirtiera en un ser algo menos animal significaba que poseías la capacidad de utilizar cuanto te rodeaba para tus propios fines.

Había algunas civilizaciones –Sma le había dicho que apenas llegaban a la categoría de tribus– en las que se dormía sentado. Sus habitantes dormían en sillas especiales porque creían que acostarse significaba morir (¿acaso los muertos no eran encontrados siempre en esa posición?)

«Zakalwe (¿realmente se llamaba así? Recordar aquel nombre hizo que le pareciera repentinamente extraño y carente de significado, como si no le perteneciera), Zakalwe –había dicho Sma–, he estado en un lugar (¿cómo habían llegado a esa situación? ¿Qué le había impulsado a hablar de ese tema? ¿Estaría borracho? ¿Habría vuelto a bajar la guardia? Probablemente habría estado intentando seducir a Sma, pero no sólo no lo había conseguido sino que había vuelto a caer redondo debajo de la mesa...), Zakalwe, en una ocasión visité un lugar en el que mataban a la gente haciéndola sentar en una silla. No se trataba de una tortura (oh, eso era relativamente corriente; cuando se trataba de inmovilizar a las personas y hacer que lo pasaran mal las camas y las sillas eran instrumentos de uso muy corriente, y había muchas formas distintas de causar dolor empleándolos), sino que la silla podía matar a su ocupante. Ellos..., no, escucha, ya sé que parece increíble, pero es cierto..., usaban una mezcla de gases o hacían que una corriente eléctrica de gran potencia pasara por la silla. Una pildorita caía en un recipiente colocado debajo de la silla –como una obscena de esos armaritos que sirven para guardar el orinal, ¿no?–, y producía un gas letal; o les colocaban una especie de gorra sobre la cabeza y les hacían meter la mano en un fluido conductor, y la corriente eléctrica les freía los sesos...

»¿Y quieres que te cuente lo más increíble de todo? (Claro, Sma, venga, cuéntanos lo más increíble de todo...) Ese mismo estado poseía una ley que prohibía,

cita textual, ¡”los castigos crueles y desusados”! ¿Puedes creerlo?

Estaba moviéndose en círculos a una gran distancia del planeta.

Sintió que caía hacia él y cruzó la atmósfera hasta posarse en el suelo.

Encontró el cascarón vacío en que se había convertido la mansión y pensó que era como un cráneo olvidado; encontró los escombros de la casita de verano y pensó que eran como un cráneo hecho pedazos; encontró el barco de piedra y pensó que era como la imagen abandonada de un cráneo. Falso, todo falso... El barco de piedra nunca había flotado sobre las aguas.

Vio otra embarcación, un barco, un navío, algo; cien mil toneladas de destrucción inmóviles creando su versión particular de la inutilidad y el abandono, capas y más capas de armas que se erizaban apuntando hacia el exterior. Primaria, secundaria, terciaria, antiaérea, pequeñas...

Trazó varios círculos a su alrededor y decidió que intentaría aproximarse...

Pero el número de capas era excesivo, y acabaron derrotándole.

Volvió a ser rechazado y tuvo que seguir orbitando el planeta y mientras lo hacía vio la Silla y vio al Constructor de Sillas –no aquel en el que había estado pensando antes sino al otro Constructor de Sillas, a ése que era real y al que no le quedaba más remedio que volver una y otra vez abriéndose paso por toda la confusión de sus recuerdos–, y pudo contemplarle envuelto en todo el horror de su gloria.

Pero había cosas y visiones insoportables.

Sí, había cosas que no podía soportar.

Malditas sean las personas. Malditos sean los otros. Maldita sea la necesidad de que existan.

De vuelta a la chica. (¿Por qué, oh, por qué tenían que existir los otros?)

Sí, la chica aún tenía muy poca experiencia como guía de los pensamientos, pero le habían confiado al forastero porque creían que era la mejor de quienes aún no habían sido puestos a prueba. Ah, ya les enseñaría de lo que era capaz... Puede que esto fuera la primera prueba, y si salía con bien de ella quizá la consideraran digna de convertirse en Matriarca.

Tarde o temprano sería su líder. Lo sentía en lo más profundo de sus huesos, esos mismos huesos que le dolían cuando veía caer a un niño con el mismo dolor que había sentido en sus huesos infantiles cuando veía que alguien caía al suelo, y el dolor sería su guía a través de los manejos políticos y las penalidades y sufrimientos de su tribu. Acabaría imponiendo su voluntad tal y como la había impuesto este hombre que tenía delante, pero de una forma distinta. Ella también poseía esa misma clase de fuerza interior. Dirigiría a su pueblo, y la certeza de que todo ocurriría así era como un feto que iba creciendo lentamente dentro de ella. Uniría a su pueblo contra los conquistadores y les mostraría su breve período de hegemonía como lo que realmente era, un mero desvío de la ruta del desierto que representaba su destino. Los

que vivían más allá de las llanuras caerían ante ellos, y el corrupto palacio perfumado que se alzaba sobre los riscos sería conquistado. La fuerza y el pensamiento de las mujeres y la fuerza y la bravura de sus hombres serían los espinos del desierto que aplastarían a los decadentes seres-pétalo que vivían sobre los riscos. Las arenas volverían a ser suyas, y su pueblo alzaría templos en cuyas paredes estaría inscrito su nombre.

Mentiras... La chica no era nadie y no tenía ni idea de cuáles eran los pensamientos o el destino de las tribus. Era un despojo que le habían arrojado para hacer un poco más llevadero el camino que terminaría en lo que estaban convencidos sería el sueño de su muerte. El destino de su pueblo antaño orgulloso y hoy dominado apenas le importaba. Los nómadas habían logrado sustituir esa vieja herencia con la obsesión por el prestigio y los juguetes multicolores.

Que siguiera soñando. Se relajó y volvió a dejarse llevar por el tranquilo frenesí de la droga.

Había una conexión. Se encontraba allí donde el punto final del recuerdo se confundía con el tiempo luz de otro lugar, y aún no estaba seguro de haberlo alcanzado.

Intentó volver a ver la gran casa, pero estaba envuelta en nubes de humo y obuses-estrella. Volvió la mirada hacia el inmenso navío de combate atrapada en su dique, pero el navío se negó a seguir creciendo. Era un navío de la clase Capital –oh, sí, nada más y nada menos–, y no podía tener acceso a las profundidades de significado que encerraba dentro de su casco.

Lo único que había hecho era llevar al Elegido a través de los páramos y las llanuras hasta el Palacio. ¿Por qué habían querido que el Elegido llegara a su corte? Parecía absurdo. La Cultura no creía en esas supersticiones y tonterías sobrenaturales, pero la Cultura le había pedido que se asegurara de que el Elegido llegaría a la corte por muchos y muy desagradables que fueran los obstáculos que se interpusieran en su camino.

Para perpetuar un linaje corrompido. Para que el reinado de la estupidez y los abusos siguiera en el futuro.

Bueno, debían de tener sus razones. En cuanto a él, se conformaba con coger el dinero y salir corriendo. Aunque, naturalmente, la recompensa no era en dinero... ¿Qué puede hacer un pobre chico atrapado en una situación semejante?

Crear en algo, aunque ellos se burlaran de la fe y del creer en algo. Haz. Actúa, aunque ellos siempre sentían un cierto recelo ante la acción. Comprendió que era su héroe –o, mejor dicho, su encargado de repartir las bofetadas–, pero el concepto que tenían de los héroes era tan poco elevado que darse cuenta de ello no reforzaba en mucho tu autoestima.

Ven con nosotros y haz todas estas cosas que tanto te gustaría hacer aunque no te

animáramos a hacerlas, y te daremos lo que nunca podrías conseguir en ningún otro tiempo o lugar. Te daremos la prueba incontrovertible de que has obrado como debías, y de que no sólo te lo estás pasando en grande sino que cuanto haces es por el bien común. Teniendo en cuenta todo eso... Adelante y disfruta.

Y él hacía todas esas cosas, y se lo pasaba en grande aunque no siempre estaba seguro de que fuese por las razones adecuadas. Pero eso no les importaba.

Llevar el Elegido al Palacio...

Contempló su vida y no sintió vergüenza de ella. Lo que había hecho... Bueno, siempre había alguna razón que justificaba sus actos. Tenías que utilizar las armas que el destino ponía en tus manos, fueran cuales fuesen. Cuando tenías un objetivo o algo que se le parecía tenías que ir hacia él sin importar los obstáculos que se pudieran interponer en tu camino, y ésa era una verdad reconocida incluso por la Cultura. Ellos preferían expresarla en términos de lo que puede hacerse en un momento determinado disponiendo de un cierto nivel de recursos tecnológicos, pero reconocían que todo era relativo y que todo se hallaba en un estado de cambio continuo.

Intentó volver al lugar en que se alzaba la mansión destrozada por los obuses y la casita de verano calcinada y el barco de piedra que jamás había navegado..., pero la memoria se negó a soportar el peso que le exigía aquella incursión repentina y su esperanza de que la sorpresa le permitiera llegar hasta allí no se convirtió en realidad. Volvió a ser arrojado hacia el exterior y se hundió en la nada, ese reino de olvido y negrura en el que eran encerrados los pensamientos que la mente se niega a concebir.

La tienda se alzaba en la encrucijada de los senderos del desierto. La tienda era blanca por fuera y negra por dentro, y parecía una metáfora de las imágenes y pensamientos que le asaltaban en la encrucijada.

En, eh, eh. No es más que un sueño...

Salvo que no era un sueño y que podía controlarlo, y que si abría los ojos vería a la chica sentada delante de él contemplándole con expresión pensativa, y nunca había existido la más mínima duda de quién estaba dónde y qué era cuándo, y en cierta forma eso era lo peor de aquella droga. La droga te permitía viajar a cualquier tiempo y lugar —y eso no era tan extraño, pues había muchas drogas que también lo permitían—, pero no te impedía volver a entrar en contacto con la realidad siempre que lo desearas.

«Es una droga muy cruel», pensó.

Puede que la Cultura estuviera en lo cierto. De repente el que tu cuerpo fuese capaz de producir casi cualquier droga o combinación de drogas le pareció mucho menos decadente de lo que siempre había creído en el pasado.

La visión sólo duró un instante de horror, pero fue suficiente. Aquella chica haría grandes cosas. Sería famosa e importante, y la tribu en la que había nacido haría

cosas grandes y terribles, y todo lo que hicieran no serviría de nada porque fuera cual fuese la espantosa cadena de acontecimientos que había creado llevando al Elegido hasta el Palacio esta tribu no sobreviviría. Ya estaban muertos. La señal que habían dejado sobre el desierto de la vida ya estaba empezando a desvanecerse y el viento soplaba sobre ella acumulando un grano de arena detrás de otro. Aún no lo habían comprendido, pero él ya había contribuido a que fuesen borrados de la existencia, y poco tiempo después de que se hubiera ido no quedaría ni el más mínimo rastro de ellos. La Cultura vendría a buscarle y le llevaría a algún otro sitio y esta aventura iría a reunirse con todas las aventuras anteriores que se habían esfumado en el reino de la nada y la falta de significado, y aunque volviera a hacer más o menos lo mismo en otro lugar las acciones que había realizado aquí apenas habrían existido.

La verdad es que le habría encantado matar al Elegido. Aquel chico era un auténtico imbécil, y nunca había tenido que soportar la compañía de alguien que fuera capaz de llegar a semejantes extremos de estupidez. Oh, sí, el jovencito era un cretino de primera categoría, y lo peor era que ni tan siquiera se daba cuenta de ello.

No se le ocurría ninguna combinación más desastrosa.

Volvió al planeta que había abandonado.

Y se vio rechazado después de haber recorrido una distancia inmensa. Volvió a intentarlo, pero sin mucho convencimiento.

Fue rechazado. Bueno, era justo lo que esperaba.

La lucidez llegó de la nada, y pensó que el Constructor de Sillas no era la persona que había dado forma y existencia a la silla. Era esa persona y, al mismo tiempo, no lo era. Nos han explicado que los dioses no existen, y eso no te deja más salida que buscar tu propia salvación.

Ya tenía los ojos cerrados, pero volvió a cerrarlos.

Su cuerpo osciló trazando un círculo sin que él se enterara.

Mentiras. Lloró y gritó, y cayó a los pies de la chica mientras ésta le contemplaba con expresión despectiva.

Mentiras. Siguió moviéndose en círculos.

Mentiras. Se derrumbó hacia la chica con las manos extendidas buscando a una madre que no estaba allí.

Mentiras.

Mentiras.

Mentiras. Siguió moviéndose en círculos trazando su propio símbolo privado en el vacío entre la coronilla de su cabeza y el círculo de luz que era el agujero para el humo abierto en el techo de la tienda.

Volvió a caer hacia el planeta, pero la chica de la tienda negra y blanca alargó la mano y le limpió la frente, y fue como si ese movimiento minúsculo bastara para borrar todo su ser...

(Mentiras.)

... Y muchos años después descubrió que había llevado al Elegido hasta su Palacio porque el mocoso estaba destinado a ser el último de su linaje. No sólo era imbécil, sino que también era impotente (cosa que la Cultura había sabido desde que empezó a trazar sus planes) y el Elegido no engendró hijos robustos e hijas astutas, y las tribus llegaron del desierto una década más tarde unidas bajo el mando de una Matriarca que había guiado a la mayor parte de guerreros que ahora obedecían sus órdenes durante el tiempo de las hojas de los sueños, y había visto como un hombre más fuerte y mucho más extraño que cualquiera de ellos sufría los efectos de la droga y salía de su ordalía intacto pero tan insatisfecho como antes de pasar por ella, y esa experiencia le reveló que la existencia en el desierto encerraba más secretos de los que conocían los mitos y los ancianos de su tribu nómada.

Tercera parte: Recuerdos

Diez

Adoraba el rifle de plasma. Cuando lo tenía en sus manos se convertía en un auténtico artista. Podía usarlo para pintar las imágenes de la destrucción, componer las sinfonías del derribo o escribir las elegías de la aniquilación.

Pensó en ello mientras el viento hacía bailar las hojas muertas alrededor de sus pies y de las viejas piedras que se oponían a sus embates.

No habían logrado salir del planeta. La cápsula había sido atacada por... algo. Los daños sufridos no revelaban si había sido un arma de partículas o una cabeza de guerra que había estallado cerca de la cápsula. Fuera lo que fuese había bastado para impedir su huida. Estar pegado a la cápsula y tener la suerte de que el impacto de aquel lo que fuese hubiera tenido lugar al otro lado le permitió salir con vida. Si hubiera estado al otro lado y hubiese tenido que soportar los efectos destructivos del arma de partículas o la cabeza de guerra ahora estaría muerto.

El rifle de plasma parecía haberse fundido, así que aparte de eso también debían de haberles atacado con un efector no muy sofisticado. El rifle se encontraba entre su traje y la cápsula y no podía haber sido afectado por lo que había estropeado los sistemas de la cápsula, pero el arma había empezado a calentarse y a echar humo, y cuando se posaron –Beychae estaba bastante nervioso, pero no había sufrido ningún daño físico– y abrió los paneles de inspección del arma descubrió que contenían una masa de metal fundido que aún estaba bastante caliente al tacto.

Si hubiera perdido un poco menos de tiempo intentando convencer a Beychae; si hubiera optado por derribarle al suelo de un puñetazo dejando la charla para después... Había dejado que el tiempo se le escurriera entre los dedos y había permitido que sus adversarios se recuperaran de la sorpresa y tomaran represalias. En ese tipo de situaciones los segundos podían ser vitales. Maldición, hasta los milisegundos y los nanosegundos eran importantes... Demasiado tiempo.

–¡Van a matarte! –gritó–. Te quieren de su lado o quieren verte muerto. La guerra va a empezar pronto, Tsoldrin. Si no estás con ellos sufrirás un accidente, ¿comprendes? ¡No permitirán que te mantengas neutral!

–Estás loco –repitió Beychae sosteniendo la cabeza de Ubrel Shiol en sus manos. La saliva había empezado a deslizarse por las comisuras de los labios de la mujer–. Estás loco, Zakalwe, estás loco...

El anciano se echó a llorar.

Fue hacia él, puso una rodilla en tierra y le enseñó el arma que le había quitado a Shiol.

–Tsoldrin, ¿para qué crees que llevaba esto encima? –Puso la mano libre sobre el hombro del anciano–. ¿No te fijaste en su forma de moverse cuando intentó darme aquella patada? Tsoldrin, las bibliotecarias, las ayudantes de investigación..., son incapaces de moverse así. –Alargó la mano y alisó el cuello del mono de la mujer inconsciente hasta quitarle las arrugas–. Era una de tus carceleras, Tsoldrin, y probablemente habría sido la encargada de ejecutarte.

Metió la mano debajo del vehículo, cogió el ramo de flores y lo colocó debajo de los rubios cabellos de Shiol apartando las manos de Beychae al hacerlo.

–Tsoldrin, tenemos que irnos ahora mismo –murmuró–. Se pondrá bien.

Colocó los brazos de Shiol en una postura menos incómoda. Ya estaba de lado, por lo que no se asfixiaría. Después deslizó las manos por debajo de las axilas de Beychae y fue tirando lentamente del anciano hasta incorporarle. Ubrel Shiol abrió los ojos. Vio a los dos hombres delante de ella, murmuró algo ininteligible y se llevó una mano a la nuca. Empezó a rodar sobre sí misma, pero aún estaba medio inconsciente y le resultaba bastante difícil moverse. La mano que se había llevado al cuello volvió a aparecer sosteniendo un cilindro que parecía una pluma. Shiol alzó la mirada, intentó apuntar el cañón de aquel láser diminuto a la cabeza de Beychae y fue derrumbándose lentamente hacia adelante. Aún no había apartado las manos de la espalda de Beychae y sintió el envaramiento de sus músculos.

Beychae clavó la mirada en aquellas pupilas oscuras que todavía no eran capaces de enfocar con claridad lo que tenían delante y sintió una mezcla de perplejidad y distanciamiento. Shiol hizo un nuevo esfuerzo para alzar el arma. «No intenta apuntar a Zakalwe –pensó Beychae–, sino a mí... ¡A mí!»

–Ubrel... –empezó a decir.

La mujer perdió el conocimiento y se derrumbó.

Beychae contempló el cuerpo que yacía fláccidamente sobre el suelo. Después oyó que alguien pronunciaba su nombre y sintió que le tiraban del brazo.

–Tsoldrin..., Tsoldrin... Vamos, Tsoldrin...

–Zakalwe, me apuntaba a mí... ¡No a ti!

–Ya lo sé, Tsoldrin.

–¡Me apuntaba a mí!

–Lo sé. Ven, la cápsula está...

–A mí...

–Lo sé, lo sé. Entra ahí.

Alzó la mirada y contempló las nubes grises que se movían sobre su cabeza. Estaba en la cima de una montaña rodeada por otras cimas casi tan altas como aquella y con gran abundancia de vegetación. Contempló con cierta irritación las pendientes cubiertas de arbolado, los curiosos pilares de piedra truncados y los plintos naturales

que cubrían la plataforma de roca en que se hallaba. Estar expuesto a unos panoramas tan gigantescos después de haber pasado un tiempo tan largo en la ciudad del desfiladero hizo que sintiera un poco de vértigo. Incluyó la cabeza, apartó de una patada un montón de hojas acumuladas por el viento y volvió adonde estaba Beychae. Había dejado el rifle de plasma junto a una gigantesca roca redonda, y la cápsula se encontraba oculta entre los árboles a unos cien metros de distancia.

Cogió el rifle de plasma por quinta o sexta vez y volvió a inspeccionarlo.

Sintió deseos de llorar. Había sido un arma tan hermosa... Cada vez que la cogía para echarle un vistazo volvía a sentir la esperanza de que estaría intacta porque la Cultura le había incorporado algún sistema de autorreparación sin informarle y de que los daños se habrían desvanecido como por arte de magia.

Una ráfaga de viento dispersó las hojas. Meneó la cabeza y puso cara de exasperación. Beychae se volvió hacia él.

–¿Inservible? –preguntó el anciano. Los pantalones acolchados y la gruesa chaqueta que vestía hacían que su cuerpo pareciera confundirse con la roca.

–Inservible –dijo él.

La expresión de disgusto se hizo más intensa. Agarró el arma con las dos manos por el cañón, la hizo girar un par de veces alrededor de su cabeza y la soltó. El rifle de plasma salió disparado hacia los árboles que había debajo de ellos y se perdió en la masa de vegetación acompañado por el remolino de las hojas que habían arrancado sus giros.

Fue hacia Beychae y se sentó junto a él.

Ahora sólo disponía de una pistola y un traje; y lo más probable era que no hubiese ninguna forma de utilizar el sistema antigraavitatorio del traje sin revelar su posición. La cápsula no funcionaba. El módulo había desaparecido, el pendiente-terminal y el traje guardaban el silencio más absoluto... La situación no podía ser peor. Comprobó los sistemas del traje para averiguar qué emisiones estaba captando. La pantallita incrustada en una muñeca le mostró los titulares de un programa de noticias en el que no se hacía ninguna mención de Solotol, pero sí se hablaba de algunos conflictos regionales del Grupo de Sistemas.

Cuando miró a Beychae vio que también estaba observando la pantallita.

–¿Tienes alguna forma de averiguar si nos están buscando? –le preguntó.

–Sólo si vemos algo sobre la búsqueda en las noticias. Las transmisiones militares se realizan mediante haces muy tenues; y hay muy pocas posibilidades de captarlas. –Alzó los ojos hacia las nubes–. Pero hay muchas probabilidades de que no tardemos en saberlo de una forma bastante más directa...

–Hmmm –murmuró Beychae. Frunció el ceño y clavó la mirada en el suelo–. Creo que sé dónde estamos, Zakalwe.

–Ah, ¿sí? –replicó él sin demasiado entusiasmo.

Apoyó los codos en las rodillas, puso el mentón encima de las manos y alzó la cabeza para contemplar las llanuras boscosas y las colinas que se extendían detrás de ellas hasta perderse en el horizonte.

Beychae asintió.

–He estado pensando en ello. Creo que estamos en el Observatorio Srometren, en el bosque de Deshal.

–¿Y a qué distancia de Solotol queda eso?

–Oh, se encuentra en otro continente... Dos mil kilómetros como mínimo.

–La misma latitud –dijo él con expresión lúgubre alzando la vista hacia las nubes grises que se deslizaban por el cielo.

–Aproximadamente, si estamos donde creo.

–¿Y quién manda aquí? –le preguntó–. ¿Bajo qué jurisdicción nos encontramos? ¿La misma que en Solotol con su maldita pandilla de Humanistas?

–La misma –dijo Beychae. Se puso en pie, se limpió el fondillo de los pantalones con las manos y contempló los curiosos instrumentos de piedra esparcidos por la explanada rocosa sobre la que se hallaban–. ¡El Observatorio de Srometren! –exclamó–, ¡íbamos de camino hacia las estrellas y hemos acabado aquí! Menuda ironía...

–Probablemente haya sido algo más que el azar –dijo él. Cogió una ramita y empezó a hacer dibujos en el polvo–. Este lugar..., ¿es famoso?

–Desde luego –dijo Beychae–. Durante quinientos años fue el centro de investigaciones astronómicas del antiguo Imperio Vrehid.

–¿Figura en alguna ruta turística?

–Por supuesto.

–Entonces probablemente haya algún faro cerca para guiar a las aeronaves. La cápsula debió de dirigirse hacia sus emisiones cuando descubrió que tenía problemas. Eso nos hace más fáciles de localizar. –Alzó los ojos hacia el cielo–. Por cualquiera que nos esté buscando, desgraciadamente...

Meneó la cabeza y siguió haciendo dibujos en el suelo con la punta de la ramita.

–¿Qué ocurrirá ahora? –preguntó Beychae.

–Esperaremos a ver quién aparece –replicó él encogiéndose de hombros–. Todos los sistemas de comunicación han quedado inutilizados, por lo que no sabemos si la Cultura está enterada de lo que nos ha ocurrido o no. Por lo que sabemos puede que el Módulo siga en el rumbo que habíamos acordado para la recogida, o quizá haya toda una nave estelar de la Cultura en camino o, y eso me parece bastante más probable, puede que tus amigos de Solotol ya hayan decidido ponerse en movimiento... –Volvió a encogerse de hombros, arrojó la ramita al suelo y apoyó la espalda en el peñasco que tenía detrás alzando los ojos hacia el cielo–. Puede que

ahora mismo nos estén observando.

Beychae también alzó los ojos hacia el cielo.

–¿A través de las nubes?

–A través de las nubes.

–En tal caso... ¿no crees que deberíamos escondernos? Quizá deberíamos huir por el bosque...

–Quizá –dijo él.

Beychae dejó de contemplar el cielo y le miró.

–¿Adonde pensabas llevarme si hubiéramos conseguido escapar?

–Al Sistema de Impren –dijo él–. Cuenta con varios habitáculos espaciales y son neutrales o, por lo menos, no están tan a favor de la guerra como esta gente.

–Zakalwe, tus superiores... ¿creen realmente que falta tan poco para que la guerra se generalice?

–Sí, creen que falta muy poco para eso.

Suspiró. Se había subido el visor del casco hacía un rato. Volvió a observar el cielo y decidió quitarse el casco. Se pasó una mano por la frente y la deslizó entre sus cabellos hasta llegar a la nuca, liberó la coleta del anillo que la rodeaba y sacudió la cabeza haciendo oscilar su larga cabellera negra.

–Puede que tarde diez días o quizá tarde un centenar, pero ocurrirá. –Se volvió hacia Beychae y sonrió con cierta melancolía–. Y por las mismas razones que la última vez.

–Creía que la discusión ecológica contra la terraformación había terminado dándonos la razón –dijo Beychae.

–Y así fue, pero los tiempos cambian. La gente cambia y las generaciones cambian, ¿sabes? Ganamos unas cuantas batallas y conseguimos que todos admitieran el hecho de que las máquinas pueden ser conscientes, pero después de aquello... Bueno, la cosa no quedó demasiado clara. Ahora muchas personas admiten que las máquinas son conscientes, pero afirman que la única clase de consciencia realmente válida es la humana; y aparte de eso la gente nunca ha necesitado demasiadas excusas para autoconvencerse de que ser distinto significa ser inferior.

Beychae estuvo callado durante unos momentos.

–Zakalwe –dijo por fin–, ¿se te ha pasado por la cabeza la posibilidad de que la Cultura no sea tan desinteresada como tú te imaginas y como afirman sus representantes que es?

–No, jamás se me ha pasado por la cabeza –replicó él.

Beychae tuvo la impresión de que Zakalwe había contestado de forma casi maquinal y sin pensar en lo que decía.

–Quieren que los otros sean como ellos, Cheradenine. No utilizan la terraformación, y no quieren que los demás la utilicen. Ya sabes que hay ciertos

argumentos a favor de la terraformación, ¿no? Aumentar la diversidad de especies puede parecer más importante que conservar la naturaleza en su estado salvaje incluso si ello no aumenta el espacio disponible para vivir. La Cultura es una convencida defensora de la consciencia de las máquinas, por lo que cree que todo el mundo debería opinar lo mismo que ella, pero creo que también está convencida de que todas las civilizaciones deberían ser gobernadas por sus máquinas y hay muy pocas personas que estén a favor de esa teoría. El tema de la tolerancia entre las especies es muy distinto, lo admito, pero incluso ahí hay momentos en que la Cultura da la impresión de opinar que los contactos y la mezcla entre especies distintas no sólo son algo permisible sino deseable..., y a veces hasta parecen elevarla a la categoría de obligación. Zakalwe..., ¿quién puede afirmar sin lugar a dudas que ésa es la postura correcta?

–Oh, claro, y la razón que justifica la guerra es... ¿hacer un poquito más respirable la atmósfera? –preguntó él mientras inspeccionaba el casco.

–No, Cheradenine. Estoy intentando sugerir que la Cultura quizá no sea tan objetiva como cree, y que en tal caso sus estimaciones sobre las probabilidades de que la guerra se generalice quizá no sean muy dignas de confianza.

–Tsoldrin, ya hay conflictos a pequeña o mediana escala en una docena de planetas distintos. La gente habla de la guerra en público. Hablan de cómo evitarla o de cómo se podría limitar o del porqué es imposible que haya una guerra a gran escala, pero... La guerra está cada vez más cerca. Es algo que se huele en el aire. Deberías ver los noticiarios, Tsoldrin. Si estuvieras más al corriente de las noticias sabrías que tengo razón.

–Bueno, puede que la guerra sea inevitable –dijo Beychae. Volvió la cabeza hacia las llanuras y colinas boscosas que se extendían alrededor del observatorio–. Quizá sea una mera cuestión de... tiempo.

–Paparruchas –replicó él. Su tono de voz hizo que Beychae alzara la cabeza y le contemplara con expresión sorprendida–. Hay un refrán que dice «La guerra es un acantilado muy alto». Puedes no acercarte a él, puedes caminar junto al borde todo el tiempo que quieras mientras no te fallen los nervios e incluso puedes decidir saltar al vacío, y si caes un trecho no muy largo y tienes la suerte de aterrizar en una cornisa puedes volver arriba trepando sin que te haya ocurrido nada grave. Siempre hay donde escoger, salvo en el caso de la invasión pura y simple e incluso en ese caso lo normal es que se te haya pasado algo por alto antes. Sí, incluso en ese caso hubo un momento en el que podrías haber seguido un camino distinto que habría evitado la invasión... Te aseguro que aún tenéis donde escoger. La guerra no es inevitable.

–Zakalwe... –dijo Beychae–. Me sorprendes. Creía que tú...

–¿Creías que estaría a favor de la guerra? –preguntó él. Se incorporó y sonrió con cierta melancolía mientras ponía una mano sobre el hombro del anciano–. Me temo

que llevas demasiado tiempo con la nariz enterrada en tus libros, Tsoldrin.

Fue hacia los instrumentos de piedra y los dejó atrás. Beychae contempló el casco que se había quitado, acabó poniéndose en pie y le siguió.

–Tienes razón, Zakalwe. Llevo mucho tiempo alejado del flujo de los acontecimientos. Admito que probablemente no conozco ni a la mitad de las personas que ocupan posiciones de poder, cuáles son los temas que se están debatiendo o el equilibrio exacto de las distintas alianzas, pero... Bueno, si la Cultura piensa que es capaz de alterar lo que va a suceder puede que la situación no sea tan desesperada como parece, ¿verdad?

Giró sobre sí mismo y se encaró con el anciano.

–Tsoldrin, la verdad es que no lo sé. ¿Crees que no me he devanado los sesos pensando en ello? Sigues siendo un símbolo y puede que eso baste para cambiar la situación, y puede que todo el mundo esté deseando encontrar una excusa que les evite tener que pelear. Si aparecieras de pronto quizá les proporcionases esa excusa que andan buscando. Puede que esa especie de regreso de entre los muertos y el que no hayas tomado parte en los últimos acontecimientos sirva para que todas las partes lleguen a un compromiso que les permita salvar la cara.

»Y también es posible que la Cultura opine que una guerra corta a pequeña escala sea una buena idea, e incluso es posible que sepa que no puede hacer nada para evitar la guerra a gran escala, pero esté convencida de que debe dar la impresión de que hace algo para evitarla aun sabiendo que no servirá de nada para que luego todos puedan preguntarse: “¿Por qué no hicisteis esto o aquello o lo de más allá?”. –Se encogió de hombros–. Nunca intentes ser más retorcido que la Cultura, Tsoldrin, por no hablar de Contacto y mucho menos de Circunstancias Especiales...

–Tú haces lo que te ordenan.

–Y me pagan muy bien a cambio.

–Pero en el fondo estás convencido de que luchas a favor de los buenos, ¿verdad, Cheradenine?

Miró al anciano y sonrió. Tomó asiento sobre un plinto de piedra y balanceó las piernas hacia adelante y hacia atrás.

–Tsoldrin, no tengo ni la más mínima idea de si son los buenos o no. Parece que son los buenos, desde luego, pero... ¿quién puede asegurar que la apariencia y la realidad sean la misma cosa? –Frunció el ceño y contempló las colinas que se perdían en el horizonte–. Nunca les he visto actuar de forma cruel, ni tan siquiera cuando tenían excusa para hacerlo, y admito que a veces eso hace que parezcan fríos y calculadores, pero... –Volvió a encogerse de hombros–. Pero hay personas que te dirán que los dioses malos son precisamente aquellos que tienen los rostros más hermosos y las voces más melodiosas. Mierda... –murmuró, y saltó de la mesa de piedra. Fue hacia la balaustrada que marcaba los límites del viejo observatorio y

contempló los primeros tonos rojizos que empezaban a manchar el cielo. Faltaba una hora para el anochecer—. Cumplen sus promesas y no hay nadie que pague más generosamente que ellos. No he podido encontrar jefes mejores, Tsoldrin.

—Eso no significa que debamos permitir que decidan cuál va a ser nuestro destino.

—¿Prefieres dejar la decisión en manos de esos capullos decadentes de la Gobernación?

—Al menos están metidos hasta el cuello en esta situación, Zakalwe. Para ellos es algo más que un juego y...

—Oh, creo que se lo toman precisamente como un juego. La diferencia entre ellos y las Mentes de la Cultura está en que esos capullos no son lo bastante listos para tomarse en serio los juegos. —Tragó una honda bocanada de aire y vio como el viento agitaba las ramas que había debajo de ellos arrancando unas cuantas hojas—. Tsoldrin... No me digas que has decidido luchar en el otro bando.

—Los bandos siempre fueron bastante extraños —replicó Beychae—. Todos decíamos querer lo mejor para el Sistema y creo que la mayoría de nosotros éramos sinceros cuando hacíamos esa afirmación, y seguimos queriendo lo mejor para el Sistema, pero... Ya no estoy muy seguro de qué es lo mejor. A veces creo que sé demasiado, que he estudiado y aprendido demasiado y que tengo la cabeza demasiado llena de recuerdos. Tengo la impresión de que tus acciones no influyen demasiado sobre el resultado final. Es como el polvo que se va sedimentando por sí solo, ¿me entiendes? Sea cual sea la maquinaria que llevamos dentro y que nos impulsa a actuar siempre acaba poniendo el mismo peso en cada sitio y eso te permite ver lo bueno y lo malo que hay en cada bando, y siempre hay argumentos y precedentes para cada curso de acción posible y... Naturalmente, al final acabas cruzándote de brazos y no haces nada. Puede que sea la mejor solución. Puede que sea exactamente lo que desea la evolución. Quizá debamos dejar el campo libre a las mentes más jóvenes y ágiles y a quienes son lo bastante valientes para actuar.

—De acuerdo, así que al final todo acaba quedando más o menos equilibrado. Sí, todas las sociedades son así... La mano paralizante del anciano y la del joven impulsivo se mezclan y se confunden. Es un fenómeno que trabaja a través de las generaciones o mediante la estructura de las instituciones aprovechando los cambios que sufren e incluso el que sean sustituidas por otras, pero los Humanistas combinan lo peor de los dos enfoques. Ideas viejas, ridículas y totalmente desacreditadas apoyadas por la manía belicosa del adolescente... Es un auténtico montón de mierda, Tsoldrin, y tú lo sabes. Nadie intenta discutir que te has ganado el derecho a vivir en paz, pero eso no impedirá que te sientas culpable cuando llegue lo peor..., y observa que he dicho «cuando llegue», no «si llega». Te guste o no dispones de un cierto poder, Tsoldrin, y la inacción ya es una forma de pronunciarse. ¿Es que no lo comprendes? ¿Qué valor tiene toda tu erudición y todo lo que has aprendido y

estudiado si no te acaba llevando a la sabiduría, y qué es la sabiduría sino la capacidad de distinguir entre lo bueno y lo malo y el ser consciente de lo que debes hacer en una situación determinada? Tsoldrin, en esta civilización hay personas para las que eres una especie de dios..., te guste o no, vuelvo a repetirlo. Si no haces nada esas personas tendrán la sensación de que las has abandonado. Sucumbirán a la desesperación y... ¿Quién podrá culparles?

Extendió las manos en un vago gesto de resignación y acabó poniéndolas sobre el parapeto de piedra mientras clavaba los ojos en la creciente oscuridad del cielo. Beychae no dijo nada.

Decidió darle un poco más de tiempo para que pensara en sus palabras y se volvió hacia los extraños instrumentos de piedra dispersos por la explanada.

–Un observatorio, ¿eh?

–Sí –dijo Beychae después de un momento de vacilación, y acarició uno de los plintos de piedra con una mano–. Los especialistas creen que hace cuatro o cinco mil años fue un cementerio sagrado que acabó adquiriendo alguna clase de significado astrológico. Después quizá lo utilizaron para predecir los eclipses mediante las lecturas astronómicas tomadas desde aquí, y el Imperio Vrehid acabó construyendo este observatorio para estudiar los movimientos de las lunas, planetas y estrellas. Hay relojes de agua y de sol, sextantes, diales planetarios y astrolabios parciales, y también hay algunos sismógrafos rudimentarios o, por lo menos, aparatos que permiten averiguar la dirección seguida por las ondas sísmicas.

–¿Tenían telescopios?

–No eran demasiado buenos, y sólo dispusieron de ellos durante la década anterior al derrumbe del Imperio. Los resultados que obtuvieron de los telescopios les dieron muchos dolores de cabeza. Estaban en contradicción con lo que ya sabían o creían saber.

–Sí, ya me lo imagino... ¿Qué es eso?

Señaló un plinto encima del que había un cuenco de metal oxidado con una especie de aguja colocada sobre el centro.

–Creo que es una brújula –dijo Beychae, y sonrió–. Funciona mediante campos.

–¿Y esto? Parece el tocón de un árbol. –Acababa de señalar un cilindro con la punta un poco ahusada que medía algo menos de un metro de altura y casi dos metros de anchura–. Hmmm..., es de piedra –dijo después de darle unos golpecitos con una mano.

–¡Ah! –exclamó Tsoldrin, y fue hacia él–. Bueno, si es lo que creo que es... Originalmente era un tocón de árbol, desde luego. –Pasó una mano sobre la superficie de piedra y se inclinó para examinar el borde–. Ya hace mucho que se petrificó, pero... Mira, aún se pueden distinguir los anillos de la madera.

Se acercó un poco más al anciano, se inclinó sobre la piedra gris para aprovechar

al máximo los ya bastante débiles rayos de sol y se dio cuenta de que Beychae tenía razón. Los anillos que habían ido indicando el crecimiento de aquel árbol que llevaba tanto tiempo muerto resultaban claramente visibles. Se inclinó un poco más, se quitó un guante del traje y acarició la superficie del cilindro de piedra con las yemas de los dedos. El paso del tiempo y las inclemencias meteorológicas habían producido un efecto desigual sobre la superficie, y los anillos de la madera convertida en piedra eran tangibles aparte de visibles. Las yemas de sus dedos podían sentir las diminutas irregularidades y surcos que había debajo de ellos captándolos como si fuesen las huellas dactilares de un dios de piedra inmensamente poderoso.

–Tantos años... –jadeó.

Puso la mano sobre el centro del tocón y fue deslizándola lentamente hacia el borde. Beychae no dijo nada.

Cada año había traído consigo un anillo completo y el espacio existente entre cada anillo y el siguiente revelaba si el año había sido malo o bueno, y cada anillo era una afirmación completa, sellada y hermética. Cada año era como una parte de una frase, cada anillo un grillete encadenado al pasado que lo mantenía prisionero..., cada anillo era un muro, una prisión. Una frase atrapada en la madera y, ahora, en la piedra, una frase congelada dos veces y doblemente sentenciada, primero para un período de tiempo inimaginable y luego para otro igualmente inimaginable. Deslizó un dedo a lo largo de la sucesión de anillos y fue experimentando el contacto de lo que parecía una hoja de papel tensada sobre las irregularidades de una gran roca.

–Esto no es más que la tapa –dijo Beychae desde el otro lado del cilindro. Se había acuclillado y parecía estar buscando algo en uno de los flancos de aquel enorme tocón de piedra–. Tendría que haber..., ah. Ya lo he encontrado. Supongo que no podremos levantarla, claro está, pero...

–¿La tapa? –preguntó él. Volvió a ponerse el guante y fue hacia Beychae–. ¿La tapa de qué?

–Debajo hay una especie de rompecabezas con el que se distraían los Astrónomos Imperiales cuando la visibilidad no era demasiado buena –replicó Beychae–. Mira, ¿ves esa oquedad?

–Un momento –dijo él–. ¿Te importaría retroceder un poquito?

Beychae dio un paso hacia atrás.

–Zakalwe, se supone que hacen falta cuatro hombres robustos para levantarla...

–La fuerza que es capaz de generar este traje excede con mucho a la de cuatro hombres, aunque equilibrar la tapa quizá resulte un poco... –Había encontrado dos oquedades en la piedra–. Orden al traje, fuerza normal al máximo.

–¿Tienes que darle órdenes verbales? –preguntó Beychae.

–Sí –dijo él. Flexionó los músculos y uno de los lados de la tapa de piedra se levantó unos centímetros. La diminuta explosión de polvo que se produjo bajo la

suela de una bota del traje anunció que un guijarro atrapado entre el suelo y la bota había decidido renunciar a la existencia—. Con este modelo sí. Tienen modelos en los que sólo hace falta pensar lo que quieres que hagan, pero... —Siguió levantando la tapa mientras desplazaba una pierna para mover su centro de gravedad y continuaba luchando con el peso—..., pero nunca me gustó demasiado la idea de que sólo hiciera falta pensar.

Alzó toda la tapa del tocón petrificado por encima de su cabeza y caminó con bastante torpeza hasta otra mesa de piedra acompañado por el crujir de la gravilla que reventaba bajo sus pies. Se inclinó, fue moviendo la tapa de piedra a un lado hasta que ésta quedó apoyada sobre la mesa y volvió al tocón. Cometió el error de dar una palmada y el sonido resultante fue tan ruidoso como el de la detonación de un arma de fuego.

—Ooops... —Sonrió—. Orden al traje, desconecta la fuerza.

La tapa de piedra había ocultado un cono no muy profundo que parecía haber sido tallado de la misma materia petrificada del tocón. Se inclinó sobre el cono y pudo ver que el interior también estaba lleno de señales, un anillo de crecimiento detrás de otro.

—Muy astutos —dijo sintiendo una leve desilusión.

—No lo estás mirando de la forma correcta, Cheradenine —dijo Beychae—. Acércate un poco más.

Le hizo caso y se inclinó unos centímetros más sobre el cono.

—Supongo que no debes de tener a mano ningún objeto esférico que no sea muy grande, ¿verdad? —preguntó Beychae—. Algo como..., un cojinete, por ejemplo.

—¿Un cojinete? —exclamó él mirándole fijamente con cara de perplejidad.

—¿No llevas ninguno encima?

—Creo que si te tomaras la molestia de averiguarlo descubrirías que en la mayoría de sociedades los cojinetes no duran mucho fuera de las salas donde hay temperaturas que permiten la superconducción, así que en el tipo de tecnología que utiliza este traje aún tendrían menos utilidad... A no ser que te dediques a la arqueología industrial y estés intentando mantener en funcionamiento alguna máquina antigua, claro. No, no tengo a mano ningún cojinete... —Se inclinó un poco más sobre el cono abierto en la roca—. Hay ranuras.

—Exactamente.

Beychae sonrió.

Alzó la cabeza hacia el anciano, retrocedió un par de pasos e intentó considerar el cono como un todo.

—¡Es un laberinto!

Laberinto... En el jardín había un laberinto. Acabaron conociéndolo tan bien que dejó de interesarles y sólo lo utilizaban cuando recibían la visita de niños de otras

familias que venían a pasar el día en la gran casa porque bastaba con meterles dentro del laberinto para que estuvieran perdidos durante horas.

–Sí –dijo Beychae asintiendo con la cabeza–. Empezaban con cuentas de colores o con guijarros e intentaban ir llegando lo más cerca posible del borde. –Se acercó al tocón–. Hay quien afirma que existe una forma de convertirlo en un juego. Bastaría con pintar líneas que dividieran cada anillo en segmentos, y después de hacer eso se podrían utilizar puentecillos de madera y piezas de bloqueo para facilitar tu avance o impedir el de tus rivales. –Cada vez estaba más oscuro, y Beychae entrecerró los ojos–. Hmmm... Supongo que la pintura debe de haberse borrado con el tiempo.

Contempló los centenares de surcos diminutos que cubrían la superficie del cono –«Parece el modelo en miniatura de un volcán», pensó–, y sonrió. Suspiró, echó un vistazo a la pantallita incrustada en una muñeca del traje y volvió a probar suerte con el botón que enviaba la señal de emergencia. No obtuvo contestación.

–¿Estás intentando ponerte en contacto con la Cultura?

–Mmm –dijo Zakalwe volviendo a concentrar su atención en el laberinto petrificado.

–¿Qué te ocurrirá si los de Gobernación nos encuentran primero? –preguntó Beychae.

–Oh... –Se encogió de hombros y fue hacia la balaustrada junto a la que habían estado unos minutos antes–. Lo más probable es que no me ocurra nada demasiado desagradable. No creo que se limiten a volarme la cabeza... Supongo que querrán empezar interrogándome, lo cual debería hacer que la Cultura tuviera tiempo más que suficiente para sacarme del atolladero ya fuese negociando o usando sus recursos tecnológicos. No te preocupes por mí. –Miró a Beychae y sonrió–. Diles que te obligué a venir conmigo. Yo diré que te aturdí y te metí dentro de la cápsula, así que... No te pongas nervioso. Lo más probable es que te dejen volver a tus estudios sin molestarte.

–Bueno... –dijo Beychae y fue hacia la balaustrada–. Mis estudios eran una especie de construcción muy delicada, Zakalwe. Servían para mantener intacto ese desinterés que he desarrollado tan cuidadosamente a lo largo de los últimos años. Puede que volver a ellos después de esa..., de esa interrupción tan exuberantemente violenta que has protagonizado no me resulte tan fácil como crees.

–Ah. –Intentó no sonreír. Contempló los árboles durante unos momentos y acabó clavando la mirada en los guantes del traje observándolos con tanta atención como si estuviera comprobando que no faltaba ningún dedo–. Sí, claro... Oye, Tsoldrin, yo... Lo lamento... Me refiero a lo de tu amiga.

–Yo también lo lamento –dijo Beychae en voz baja, y sonrió como si no estuviese muy seguro de cuál debía ser su reacción–. Me sentía feliz, Cheradenine. No me había sentido feliz desde hacía..., bueno, te aseguro que llevaba mucho tiempo sin ser

feliz, el suficiente para que la sensación me resultara muy agradable. –Permanecieron en silencio durante unos momentos observando el sol que se estaba ocultando detrás de las nubes—. ¿Estás seguro de que era una de ellos? Quiero decir... ¿Estás totalmente seguro?

–Más allá de cualquier duda razonable, Tsoldrin. –Creyó ver el brillo de las lágrimas en los ojos del anciano y desvió la mirada—. Ya te he dicho que lo lamento.

–Espero que no sea la única forma posible de hacer sentir felices a los viejos o de que éstos puedan ser felices –murmuró Beychae—. Mediante el engaño, quiero decir...

–Quizá hubiese una parte que no era un engaño –dijo él—. Y, de todas formas, te aseguro que ser viejo ya no es lo que era antes. Yo soy viejo –le recordó a Beychae.

El anciano asintió, sacó un pañuelo de su bolsillo y se sonó ruidosamente.

–Sí, claro... Lo había olvidado. Qué extraño, ¿verdad? Cuando volvemos a encontrarnos con una persona a la que no habíamos visto desde hacía mucho tiempo siempre nos sorprende que se haya hecho mayor o que haya envejecido. Pero cuando te vi... Bueno, no habías cambiado en lo más mínimo, y estar junto a ti... hizo que me sintiera muy viejo, Cheradenine. Me sentí injusta e injustificablemente viejo...

–Te aseguro que he cambiado, Tsoldrin. –Sonrió—. Pero... No, no he envejecido. –Clavó la mirada en el rostro de Beychae—. Si se lo pidieras te administrarían el tratamiento. La Cultura puede hacer que rejuvenezcas un poco y estabilizar tu edad cuando estés satisfecho con ella, y también cabe la posibilidad de que sigas envejeciendo pero muy despacio.

–¿Qué es esto, Zakalwe? ¿Un intento de soborno? –preguntó Beychae sonriendo.

–Eh, no era más que una idea... Y sería un pago, no un soborno. Y no te obligarían a someterte al tratamiento, eso por descontado. Pero... Bueno, todo esto son especulaciones puramente académicas. –Guardó silencio durante unos momentos y acabó señalando el cielo con la cabeza—. Son totalmente académicas, te lo aseguro... Se acerca una aeronave.

Tsoldrin alzó los ojos hacia las nubes rojizas del crepúsculo y no logró distinguir ninguna aeronave.

–¿Es de la Cultura? –preguntó con cautela.

–Tsoldrin, dadas las circunstancias... –dijo sonriendo—. Si puedes verla no es de la Cultura.

Giró sobre sí mismo, fue hacia donde había dejado el casco y se lo puso. El traje oscuro y el visor blindado erizado de sensores hicieron que su silueta cobrara un aspecto repentinamente inhumano. Beychae vio como sacaba una gran pistola de la funda lateral.

–Tsoldrin... –Su voz retumbó desde los altavoces incrustados en la parte delantera del traje mientras comprobaba los controles de la pistola—. Si estuviera en tu

lugar volvería a la cápsula o echaría a correr buscando un escondite. –La silueta negra se volvió hacia Beychae. El casco hacía pensar en la cabeza de un gigantesco y temible insecto—. No voy a rendirme sin pelear, ¿entiendes? Obsequiaré a estos gilipollas con la mejor batalla de sus malditas vidas, y quizá sería mejor que estuvieras lo más lejos posible en cuanto empiece.

IV

La nave medía ochenta kilómetros de longitud y su nombre era *El tamaño no lo es todo*. Su último medio de transporte había sido aún mayor que la nave, pero eso no tenía mucho mérito ya que se trataba de un iceberg en forma de meseta lo bastante grande para esconder a dos ejércitos y sus dimensiones no excedían en mucho a las del Vehículo General de Sistemas.

–¿Cómo os las arregláis para que estas cosas no se caigan a pedazos?

Estaba en un balcón contemplando una especie de valle en miniatura compuesto por unidades de acomodación. Cada terraza estaba cubierta de vegetación y todo el espacio disponible se hallaba surcado por un entrecruzamiento de pasarelas y puentes, y un arroyuelo corría por el fondo de la V. Había gente sentada en las mesas de los patios, tumbada encima de la hierba junto al arroyuelo o esparcida sobre los almohadones y divanes de los cafés y bares que salpicaban las terrazas. Un tubo de acceso suspendido sobre el centro del valle bajo el techo azul claro se alejaba serpenteando a cada lado hasta perderse en la lejanía siguiendo las ondulaciones del valle. Debajo del tubo ardía una línea de falsa luz solar que hacía pensar en una gigantesca tira de fluorescentes.

–¿Hmmm? –murmuró Diziet Sma deteniéndose junto a él con dos bebidas y entregándole una.

–Son demasiado grandes –dijo él.

Se volvió hacia la mujer. Había visto los espacios que llamaban «bodegas» donde construían las naves espaciales más pequeñas (en este caso «más pequeñas» significaba que medían algo más de tres kilómetros de longitud), unos gigantescos hangares de paredes muy delgadas y un techo que parecía no estar sostenido por nada visible. Había estado cerca de los inmensos motores, que por lo poco que había logrado entender eran masas sólidas a las que no se podía acceder (¿cómo era posible eso?), y que estaba claro pesaban muchísimo. Descubrir que en toda aquella nave colosal no había ninguna sala de control, puente de mando o cubierta de vuelo hizo que se sintiera extrañamente amenazado, y la revelación de que sólo había tres Mentes –al parecer las Mentes eran una especie de ordenadores muy sofisticados– que lo controlaban todo (¡¿qué?! no le tranquilizó demasiado.

Y ahora estaba descubriendo dónde vivía la gente, pero todo era demasiado grande y parecía demasiado frágil, especialmente si se suponía que la nave iba a acelerar hasta las velocidades que Sma afirmaba que alcanzaría. Se volvió hacia ella y meneó la cabeza.

–No lo entiendo... ¿Qué impide que se haga pedacitos?

Sma sonrió.

–Piensa, Cheradenine... Los campos, ¿qué va a ser si no? Todo se hace mediante campos de fuerza. –Alargó una mano hacia su rostro y le acarició una mejilla como queriendo borrar su expresión de perplejidad y preocupación–. No pongas esa cara, y no intentes comprenderlo todo demasiado deprisa. Ya lo irás absorbiendo poco a poco. Pasea por la nave y piérdete en ella durante unos días. Vuelve cuando quieras.

Decidió hacerle caso. La inmensa nave era un océano encantado en el que no había forma alguna de ahogarse, y se sumergió en él intentando comprender si no a la nave por lo menos a las personas que la habían construido.

Pasó días enteros caminando deteniéndose en algún bar o restaurante cada vez que se sentía hambriento, tenía sed o se encontraba cansado. La mayoría de locales estaban automatizados y el servicio corría a cargo de bandejas que flotaban por el aire, aunque había algunos atendidos por seres humanos. Cuando hubo visto a unos cuantos pensó que no parecían tanto camareros como clientes a los que se les había ocurrido echar una mano durante un rato.

–Oh, claro, ya sé que no hay ninguna razón que me obligue a hacer esto –dijo un hombre de mediana edad mientras limpiaba meticulosamente la mesa con un paño húmedo. Cuando hubo terminado metió el paño en una bolsita que colgaba de su cintura y tomó asiento a su lado–. Pero, mira... Esta mesa ha quedado limpiecísima, ¿no?

Tuvo que admitir que así era.

–Normalmente mi área de trabajo son las religiones alienígenas –dijo–. No te ofendas, ¿eh? Énfasis Direccional en la Observancia Religiosa, ésa es mi especialidad..., cosas como el porqué los templos, las tumbas o las plegarias siempre tienen que estar situados o formularse mirando hacia una dirección determinada, ¿comprendes? Bueno, lo que hago es catalogar, evaluar y comparar. Voy construyendo teorías y las discuto con colegas de aquí y de muchos otros lugares, pero... Es un trabajo que no se acaba nunca. Siempre surgen nuevos ejemplos e incluso los antiguos van siendo reevaluados continuamente, y aparecen nuevas personas con nuevas ideas sobre lo que creías ya estaba definitivamente aclarado, pero... –Golpeó la mesa con la palma de la mano–. Cuando limpias una mesa limpias una mesa. Sientes que has hecho algo. Es un logro que puedes tocar.

–Pero al final lo que has hecho sigue reduciéndose a haber limpiado una mesa.

–¿Y, por lo tanto, crees que limpiar una mesa carece de un auténtico significado dentro del flujo cósmico de los acontecimientos? –sugirió el hombre.

Su sonrisa era tan contagiosa que no le quedó más remedio que responder con otra.

–Bueno... Sí.

–Pero si lo piensas bien, ¿hay algo que posea esa clase de significado? Mi otro

trabajo, por ejemplo... ¿Crees que es realmente importante? Podría tratar de componer piezas musicales maravillosas o dramas que durasen un día entero, pero... ¿qué conseguiría con eso? ¿Proporcionar placer a los demás? Limpiar esta mesa me ha proporcionado un auténtico placer, y la gente que viene aquí se encuentra con una mesa limpia lo cual les proporciona placer y hace que se sientan a gusto. Y, de todas formas... –El hombre se rió–. Los seres humanos mueren; las estrellas mueren; los universos mueren... ¿A qué se reduce cualquier logro por grande que fuera en cuanto el mismo tiempo ha muerto? Naturalmente, si me limitara a limpiar mesas opinaría que esa labor es una forma mezquina y despreciable de malgastar el inmenso potencial de mi cerebro, pero he limpiado esta mesa porque quería hacerlo y limpiarla ha servido para proporcionarme placer y hacer que me sintiera bien. Y... –añadió el nombre con una sonrisa– es una buena forma de conocer gente. Bien... ¿de dónde eres?

Hablaba continuamente con la gente, y la mayoría de sus conversaciones se desarrollaban en los bares y las cafeterías. La sección de acomodación del VGS parecía estar dividida en varios tipos de configuración distintos. Los valles (o los zikkuraths, si preferías pensar en ellos dándoles ese nombre) parecían ser la más común, aunque incluso dentro de esa configuración había distintas variedades.

Comía cuando tenía hambre y bebía cuando tenía sed, y en cada ocasión probaba un plato o una bebida distintos de los que ofrecían aquellos menús asombrosamente complicados, y cuando quería dormir –cuando toda la nave iba entrando poco a poco en el ciclo del crepúsculo teñido de rojo y la intensidad de la luz desprendida por las tiras del techo iba disminuyendo lentamente– lo único que debía hacer era dirigirse a cualquier unidad y pedirle que le indicara dónde estaba la habitación vacía más próxima. Todas las habitaciones tenían más o menos el mismo tamaño y aun así cada una resultaba levemente distinta a las demás. Algunas eran muy sencillas, y otras estaban muy adornadas. Los elementos básicos siempre estaban allí, y comprendían la cama –a veces se trataba de un objeto físico como los que estaba acostumbrado a utilizar, a veces era una de sus extrañas camas de campos–, un sitio donde lavarse y evacuar los excrementos, armarios, compartimentos para guardar los efectos personales, una falsa ventana, una de las múltiples variedades de pantallas holográficas que había a bordo del VGS y una terminal que permitía entrar en conexión con el resto de la red de comunicaciones tanto de a bordo como de fuera del VGS. La primera noche que pasó en una de esas habitaciones sintonizó uno de sus entretenimientos sensoriales en conexión directa, y lo único que necesitó hacer para ello fue tumbarse en la cama y activar el aparato que había debajo de la almohada.

Aquella noche no llegó a dormir. Se convirtió en un osado príncipe pirata que había renunciado a su título nobiliario para ponerse al frente de una valerosa

tripulación y enfrentarse a los navíos de un terrible imperio que se dedicaban al tráfico de esclavos yendo y viniendo por entre las islas repletas de especias y tesoros. Sus veloces y diminutas embarcaciones se movían como rayos entre los torpes y lentos galeones destrozándoles el velamen con la metralla de sus cañones. Echaban el ancla junto a la orilla las noches sin luna para atacar los inmensos castillos-prisión liberando alegres multitudes de cautivos, e incluso tuvo ocasión de librar un duelo a espada con el jefe de los torturadores del malvado gobernador. Su enemigo acabó precipitándose desde la torre más alta del castillo. La alianza con una bella pirata engendró una relación de tipo más personal, y un osado rescate de un monasterio situado en las montañas cuando fue capturada...

Emergió de aquel ensueño fantástico después de lo que habían sido semanas enteras de tiempo comprimido. Una parte de su mente siempre había sido consciente de que nada de todo aquello era real, pero ésa parecía ser la propiedad menos importante de la aventura. Cuando salió de ella –y se sorprendió al descubrir que no había llegado a eyacular durante alguno de los episodios eróticos más profundamente convincentes–, descubrió que sólo había transcurrido una noche, que estaba amaneciendo y que había compartido aquella historia tan extraña con otras personas. Al parecer todo había sido una especie de juego, y unos cuantos jugadores le habían dejado mensajes pidiéndole que se pusiera en contacto con ellos y explicándole lo mucho que habían disfrutado jugando en su compañía. Se sintió extrañamente avergonzado, y no respondió a ninguno de los mensajes.

Las habitaciones en las que dormía siempre tenían algún sitio para sentarse, ya fueran extensiones de campos, unidades amoldables a la pared, auténticos sofás y –a veces– sillas de lo más normal y corriente. Siempre que encontraba sillas las sacaba al pasillo o a la terraza.

Era lo único que podía hacer para mantener alejados los recuerdos.

–No –dijo la mujer en la Bodega Principal–. No funciona así...

Estaban en una nave estelar a medio construir, en el centro de lo que acabarían siendo los motores, observando como una gigantesca unidad de campo giraba por los aires alejándose del espacio de ingeniería y construcción situado debajo de la bodega propiamente dicha para ascender hacia el cuerpo esquelético de la Unidad General de Contacto. Unos remolcadores diminutos empezaron a maniobrar la unidad de campo acercándola hacia donde estaban.

–¿Quieres decir que no importa?

–No demasiado –dijo la mujer. Pulsó un botón de un pequeño cilindro que llevaba en la mano y habló como si se dirigiera a su hombro–. Yo me encargo.

La unidad de campo ya casi estaba encima de ellos y no tardaron en quedar debajo de la zona de sombra que proyectaba. La observó con mucha atención, pero le pareció que no era más que otro pedazo de materia sólida como los que había visto

antes. Era de color rojo, y su masa contrastaba con la lustrosa negrura del Bloque Inferior del Motor Principal que tenían debajo de los pies. La mujer manipuló el cilindro guiando el inmenso bloque rojo hacia abajo. Dos personas situadas a veinte metros de ellos se encargaban de controlar el otro extremo de la unidad.

–El problema es que incluso cuando las personas enferman y mueren jóvenes siempre les sorprende que hayan enfermado –dijo la mujer mientras observaba el lento descenso de aquel gigantesco ladrillo rojo–. ¿Cuántas personas sanas crees que se levantan por la mañana y se dicen «¡En, hoy me encuentro bien!» a menos que hayan acabado de pasar por alguna enfermedad realmente seria? –Se encogió de hombros y pulsó otro botón del cilindro. La unidad de campo siguió bajando hasta quedar suspendida unos dos centímetros por encima de la superficie del motor–. Alto –dijo la mujer en voz baja–. Inercia reducida a cinco. Comprobar. –Una línea luminosa empezó a parpadear sobre la superficie del bloque motriz. La mujer puso una mano sobre el bloque y empujó. El bloque se movió–. Abajo muy despacio –dijo, y colocó el bloque en su sitio–. Sorzh, ¿todo bien? –preguntó.

No pudo oír la contestación, pero la expresión del rostro de la mujer le dejó claro que ella sí la había oído.

–De acuerdo. En posición, y todo va bien. –Los remolcadores pusieron rumbo hacia la zona de ingeniería y construcción, llegaron a ella y volvieron a iniciar el ciclo. La mujer alzó la cabeza para observarlos–. ¿Sabes qué ha ocurrido? Que la realidad ha decidido que ya iba siendo hora de comportarse tal y como se habían comportado siempre esas personas, así que... No, recuperarse de una enfermedad no hace que experimentes ninguna sensación maravillosa de alegría y liberación. –Se rascó una oreja–. Salvo cuando piensas en ello, quizá... –Sonrió–. Supongo que cuando estaba en la escuela, cuando vi cómo vivía la gente y cómo siguen viviendo los alienígenas..., entonces realmente cobras conciencia de todo ello y supongo que es algo de lo que nunca llegas a olvidarte del todo, pero no pierdes mucho tiempo pensando en ese tipo de cosas.

Cruzaron la llanura negra de aquella sustancia totalmente lisa y desprovista de señales o muescas. («Ah –había dicho la mujer cuando él hizo un comentario al respecto–, échale un vistazo al microscopio. ¡Es magnífico! Y, de todas formas, ¿qué esperabas? ¿Palancas? ¿Engranajes? ¿Cubas inmensas repletas de sustancias químicas?»))

–Supongo que las máquinas podrían construir las más deprisa, ¿no? –le preguntó mientras contemplaba el cascarón que se convertiría en una nave estelar.

–¡Oh, por supuesto! –exclamó ella, y se rió.

–Entonces, ¿por qué no permitís que sean ellas quienes las construyan?

–Porque construir las resulta muy divertido. Cuando ves uno de estos monstruos cruzando esas puertas por primera vez dirigiéndose hacia el espacio con trescientas

personas a bordo, todos los sistemas funcionando perfectamente y su Mente feliz y satisfecha piensas que tú has ayudado a construirlo. El hecho de que una máquina pudiera haberla construido más deprisa no altera el hecho de que fuiste tú quien construyó la nave.

–Hmmm –dijo él.

(Aprende a trabajar la madera o los metales. Eso no te convertirá en un carpintero o en un herrero, de la misma forma que saber escribir no te convertirá en un oficinista.)

–Bueno, puedes soltar todos los «hmmms» que te apetezcan –dijo la mujer. Fueron hacia un holograma traslúcido de la nave a medio construir. Unos cuantos obreros estaban junto a él señalando distintos puntos del modelo y hablando–. Pero... ¿has nadado por debajo del agua o has practicado el vuelo sin motor?

–Sí –dijo él.

La mujer se encogió de hombros.

–Los peces nadan mucho mejor que nosotros, y jamás volaremos tan bien como los pájaros. ¿Hemos renunciado a nadar o a volar en planeadores por eso?

–Supongo que no –murmuró él sonriendo.

–Y tu suposición es correcta –dijo la mujer–. ¿Y por qué? –Sonrió y le contempló en silencio durante unos momentos–. Porque resulta divertido. –Volvió la cabeza hacia el modelo holográfico de la nave. Uno de los obreros la llamó y señaló una parte del modelo–. ¿Quieres disculparme? –dijo volviéndose hacia él.

Él asintió y dio un paso hacia atrás.

–Seguid construyendo buenas naves.

–Gracias. Lo intentaremos.

–Oh, por cierto... –dijo él–. ¿Cómo se llamará?

–Su Mente desea llamarse Dulce y llena de gracia. –La mujer se rió, y fue a hablar con los demás.

Les observó practicar sus numerosos y complicados deportes y probó suerte en algunos, pero la inmensa mayoría le resultaban sencillamente imposibles de comprender. Nadaba mucho. Las piscinas y los complejos de diversiones acuáticas parecían ser una de sus diversiones favoritas, y casi todos los que acudían a ellos nadaban desnudos, cosa que le resultaba un poquito embarazosa. Algún tiempo después descubrió que había zonas enteras –¿aldeas, áreas, distritos? No estaba muy seguro de cuál era la palabra adecuada– donde la gente jamás llevaba ropa, sólo adornos corporales. Le sorprendió ver lo deprisa que podía acostumbrarse a aquella conducta, pero jamás llegó a participar del todo en ella.

Necesitó algún tiempo para darse cuenta de que no todas las unidades que veía – las variedades existentes en su diseño eran mucho más aparatosas que las diferencias en la fisiología de los seres humanos con que se encontraba– pertenecían a la nave y

que, de hecho, casi ninguna era una extensión del VGS. Las unidades poseían sus propios cerebros artificiales (seguía teniendo tendencia a pensar en ellas como si fuesen simples ordenadores capaces de moverse), y también parecían poseer personalidades diferenciadas, aunque aún era algo escéptico respecto a ese punto.

–Si me das permiso para ello desearía exponerte un pequeño experimento mental –dijo la vieja unidad.

Estaban entreteniéndose con un juego de cartas donde la victoria dependía casi exclusivamente del azar, o eso le había asegurado la unidad. Se hallaban sentados –bueno, la unidad flotaba– bajo una arcada de piedra color rosa junto a una piscina. Los gritos de quienes se divertían con un complicado juego de pelota al otro extremo de la piscina se filtraban por entre los arbolillos y matorrales y llegaban hasta ellos.

–Olvida que los cerebros de las máquinas son artefactos que deben ser fabricados –dijo la unidad–. Piensa en la creación del cerebro de una máquina o un ordenador electrónico guiándote por la imagen de un cerebro humano. Se puede empezar con unas cuantas células, tal y como hace el embrión humano. Las células se multiplican y van estableciendo conexiones poco a poco. Basta con que sigas añadiendo nuevos componentes y hagas las conexiones relevantes, y si deseas seguir el desarrollo exacto de un ser humano a través de sus distintas etapas puedes ir estableciendo las mismas conexiones que se dan en su cerebro.

»Tendrías que limitar la velocidad de los mensajes transmitidos por esas conexiones a una fracción minúscula de su velocidad electrónica normal, naturalmente, pero eso no sería demasiado difícil, como tampoco lo sería hacer que esos componentes parecidos a las neuronas tuvieran un comportamiento interno idéntico al de sus equivalentes biológicos y dispararan sus propios mensajes guiándose por los distintos tipos de señales que recibieran. Todo eso resulta comparativamente sencillo de lograr... Ese incremento gradual de complejidad te permitiría imitar el desarrollo de un cerebro humano, y también podrías imitar sus emisiones y lo que sale de él. Un embrión puede tener la experiencia del sonido, el tacto e incluso de la luz dentro del útero, y tú podrías enviar señales similares a ese equivalente electrónico que estás desarrollando. Podrías fingir la experiencia del nacimiento y utilizar cualquier grado de estimulación sensorial preciso para engañar a tu artefacto naciéndole creer que estaba teniendo la experiencia de tocar, saborear, oler, oír y ver todo lo que tu ser humano real está en condiciones de conocer mediante sus sentidos (y, naturalmente, también podrías tomar la decisión de no engañarle y de proporcionarle la misma entrada de datos sensoriales genuinos y de una calidad idéntica a los que la personalidad humana estaba experimentando en cualquier momento dado).

»Bien, la pregunta que quiero hacerte es la siguiente... ¿Dónde está la diferencia? El funcionamiento de ambos cerebros es idéntico y responderán a los estímulos con

un grado de correspondencia mayor que el que encontramos incluso en el caso de los gemelos monocigóticos. Teniendo en cuenta eso, ¿cómo podemos seguir llamando entidad consciente a uno y meramente máquina al otro?

»Zakalwe, tu cerebro está compuesto por materia que ha sido organizada para que forme un conjunto de unidades de proceso, almacenamiento y manejo de información. La evolución de esa materia ha sido regulada por tu herencia genética y por la bioquímica del cuerpo de tu madre primero y del tuyo posteriormente, así como por las experiencias que has ido viviendo desde poco tiempo después de tu nacimiento hasta el momento actual.

»Un ordenador electrónico también está compuesto de materia, pero la organización de esa materia es distinta. ¿Qué tiene de tan mágico el funcionamiento de las inmensas y lentas células del cerebro animal para que les permita autodeclararse conscientes y, al mismo tiempo, pueda negar una distinción similar a un artefacto más rápido y más refinado de un poder equivalente, o incluso a una máquina construida de tal forma que funcione con el mismo grado de lentitud y torpeza?

»¿Hmmm? –preguntó la máquina. Los campos de su aura se iluminaron con el color rosa que ya estaba empezando a identificar como su forma de expresar la diversión–. A menos que desees invocar la superstición, naturalmente... ¿Crees en los dioses?

–Nunca he tenido esa inclinación –dijo él, y sonrió.

–Bueno, entonces... ¿qué responderías? –preguntó la unidad–. Esa máquina a imagen humana de la que he estado hablando... ¿es consciente o no?

Bajó la mirada y estudió sus cartas.

–Estoy pensando en ello –dijo, y se rió.

A veces veía otros alienígenas (es decir, se percataba de que eran alienígenas cuando las diferencias resultaban lo bastante obvias e imposibles de pasar por alto. Estaba seguro de que algunos de los humanos con los que se encontraba cada día no eran gente de la Cultura, aunque no había forma de saberlo sin preguntárselo. Alguien que iba vestido como un salvaje o llevaba un atuendo que estaba claro no pertenecía a las modas de la Cultura podía haber decidido vestirse así sencillamente porque le apetecía o porque iba a una fiesta..., pero el VGS también albergaba miembros de especies obviamente distintas a la suya).

–¿Sí, joven? –dijo el alienígena.

Tenía ocho miembros, una cabeza esférica con dos ojos diminutos, un aparato vocal curiosamente parecido a una flor y un cuerpo casi esférico de gran tamaño cubierto por una fina capa de vello de color rojo y púrpura. Su voz estaba compuesta por los chasquidos que surgían de su boca y las vibraciones casi subsónicas que

emitía su cuerpo, y el pequeño amuleto que colgaba alrededor de su cuello se encargaba de traducir lo que decía.

Le preguntó si podían hablar un rato y el alienígena le indicó que ocupara el asiento situado delante del suyo en la mesa de la cafetería junto a la que había pasado por casualidad cuando el alienígena estaba hablando de la sección de Circunstancias Especiales con un humano que se había marchado enseguida.

–Está dispuesto en capas –replicó el alienígena cuando le hizo su siguiente pregunta–. Un núcleo minúsculo de Circunstancias Especiales, un cascarón de Contacto y una ecosfera tan vasta como caótica que abarca todo lo demás. Es algo parecido a... ¿Vienes de un planeta?

Asintió. La criatura contempló su amuleto esperando que le tradujera el gesto que había utilizado –no se parecía mucho al que la Cultura definía con la palabra «asentimiento»–, y siguió hablando.

–Bueno, es como un planeta sólo que el núcleo es muy, muy pequeño, y la ecosfera es mucho más abigarrada y menos fácil de distinguir que la capa de atmósfera que envuelve a un planeta. Una gigante roja quizá fuese una comparación bastante más adecuada... Pero en última instancia lo indudable es que nunca llegarás a conocerles porque estarás en Circunstancias Especiales, igual que yo, y sólo podrás conocerles como la fuerza colosal e irresistible que está detrás de ti. Las personas como tú y como yo somos el filo. Con el paso del tiempo acabarás teniendo la sensación de ser un diente más en la sierra más enorme de toda la galaxia.

El alienígena cerró los ojos, agitó sus ocho miembros con una considerable energía y emitió un crujido con lo que le servía de boca.

–¡Ja, ja, ja! –dijo el amuleto sin demasiado entusiasmo.

–¿Cómo has sabido que tengo algún tipo de relación con Circunstancias Especiales? –preguntó él reclinándose en su asiento.

–¡ Ah! Mi vanidad desearía que me limitara a afirmar que lo he adivinado, lo cual demostraría lo listo que soy, pero... Oí comentar que había un nuevo recluta a bordo –replicó el alienígena–, y también oí comentar que era un macho de tipo básicamente humano. Tú... desprendes el olor adecuado, si me permites utilizar esa expresión. Y aparte de eso... Bueno, has estado formulando las preguntas correctas.

–¿Y tú también trabajas en CE?

–Pronto llevaré diez años promedio trabajando para ellos.

–¿Crees que debería hacerlo? Me refiero a trabajar para ellos...

–Oh, sí. Supongo que siempre será mejor que lo que has abandonado, ¿verdad? Se encogió de hombros mientras recordaba la ventisca y el hielo.

–Supongo que sí.

–Te gusta... luchar, ¿verdad?

–Bueno..., a veces –admitió él–. Dicen que se me da bastante bien, aunque yo

aún no estoy muy convencido de que tengan razón.

–Nadie gana siempre, amigo mío –dijo la criatura–. Al menos no gracias a sus capacidades intrínsecas, y la Cultura no cree en la suerte o, por lo menos, no cree que la suerte sea transferible. Supongo que tu actitud debe gustarles. Je, je, je...

El alienígena siguió riendo durante unos momentos, pero el amuleto no emitió más sonidos.

–A veces creo que ser un buen soldado es una maldición terrible –siguió diciendo–. Trabajar para esas personas tiene una cosa buena, y es que te quita de encima una parte de la responsabilidad. –El alienígena se rascó, miró hacia abajo, extrajo algo de entre los pelitos que cubrían la zona donde se imaginaba que debía de estar su estómago y se lo comió–. Naturalmente, no debes esperar que te digan siempre la verdad... Puedes insistir en que siempre sean sinceros y en tal caso lo serán, pero entonces quizá no puedan utilizarte con la frecuencia que desearían. A veces les conviene que no sepas que estás luchando en el bando equivocado, ¿comprendes? Mi consejo sería que te limitaras a hacer lo que te pidan en cada ocasión. Eso permite que todo resulte mucho más emocionante.

–¿Trabajas con ellos porque te resulta emocionante?

–En parte, y en parte por el honor de mi familia. CE hizo algo por mi gente en una ocasión, y no podíamos permitir que nos despojaran de nuestro honor no aceptando nada a cambio. Trabajaré para ellos hasta que esa deuda haya quedado saldada.

–¿Y cuánto tiempo hará falta para eso?

–Oh, trabajaré para ellos toda mi vida –dijo la criatura mientras se reclinaba hacia atrás y hacía un gesto que él pensó podía traducirse como de sorpresa–. Hasta que muera, naturalmente... Pero ¿a quién le importa eso? Ya te he dicho que es divertido. Eh... –Golpeó la mesa con su cuenco de bebida para atraer la atención de una bandeja que pasaba flotando junto a ellos–. Tomemos otra copa y averigüemos quién se emborracha antes.

–Tú tienes más piernas. –Le miró y sonrió–. Creo que me caería antes.

–Ah, pero cuantas más piernas tienes peor puede ser el enredo.

–Cierto.

Siguió sentado delante del alienígena y esperó a que la bandeja les trajera otra ronda.

Estaban flanqueados por una pequeña terraza y el bar y por el vacío al otro lado. El VGS se prolongaba más allá de sus límites aparentes. Su casco estaba atravesado por una multitud de terrazas, balcones, pasarelas, ventanales y puertas abiertas. El navío propiamente dicho estaba envuelto en una gigantesca burbuja elipsoidal de aire cuyo interior contenía docenas de campos distintos, y por muy impalpables que fueran aquellos campos su presencia era la que creaba el auténtico casco del

Vehículo.

Cogió su bebida de la bandeja y se volvió hacia la terraza con el tiempo justo de ver pasar un planeador de papel impulsado por un petardeante motor de combustión interna. Saludó al piloto con un gesto de la mano y meneó la cabeza.

–Por la Cultura –dijo alzando su bebida. El alienígena le imitó–. Por su absoluta e implacable falta de respeto hacia todo lo majestuoso y sublime.

–Brindo por eso –dijo el alienígena, y los dos bebieron.

Un rato después se enteró de que el alienígena se llamaba Chori, y descubrió que era una hembra gracias a una observación casual, lo que en aquel momento le pareció de lo más hilarante.

Despertó a la mañana siguiente con medio cuerpo debajo de una cascada en uno de los valles de la sección de acomodación. Alzó la mirada y vio a Chori agarrada con las ocho piernas a una barandilla cercana con la cabeza colgando hacia abajo. La hembra alienígena emitía un traqueteo rítmico que acabó decidiendo debía de ser el equivalente al ronquido en su especie.

La primera noche que pasó con una mujer pensó que la había matado. La mujer pareció alcanzar el clímax al mismo tiempo que él, pero unos segundos después sufrió lo que al principio creyó era alguna especie de ataque epiléptico. Empezó a gritar y le agarró convulsivamente. Una serie de ideas espantosas empezaron a pasarle por la cabeza, y la peor de todas era la de que pese a la aparente similitud fisiológica de su raza y de la especie fruto del mestizaje que había creado la Cultura debían de existir algunas diferencias terriblemente básicas entre la una y la otra, y durante unos momentos de horror pensó que su semen debía de estarla consumiendo por dentro igual que si fuera ácido. Era como si la mujer estuviese intentando romperle la espalda con los brazos y las piernas. Intentó liberarse de su presa y gritó su nombre preguntándole qué le ocurría, qué había hecho y qué podía hacer para ayudarla.

–¿Te ocurre algo malo? –jadeó ella.

–¿Qué? ¡A mí no me ocurre nada! Tú... ¿Qué te ocurre a ti?

Los hombros de la mujer ondularon en una especie de encogimiento y puso cara de perplejidad.

–Me he corrido, eso es todo. ¿Qué...? Oh. –Se llevó una mano a la boca y le contempló con los ojos muy abiertos–. Se me olvidó. Lo siento mucho. No eres... Oh, pobrecito. –Se rió–. Qué situación más embarazosa...

–¿Qué?

–Bueno, ya sabes que..., nosotros..., necesitamos..., hace falta más tiempo,

¿comprendes?

Hasta aquella experiencia no había creído que los rumores y comentarios sobre la fisiología alterada de la Cultura que habían ido llegando a sus oídos pudieran estar tan cerca de la verdad. No podía aceptar el que se hubiesen alterado a sí mismos hasta tales extremos. No había creído posible que hubiesen decidido prolongar esos momentos de placer, y mucho menos que llevaran dentro de sus cuerpos las glándulas capaces de producir todas esas drogas que podían aumentar la intensidad de casi cualquier experiencia (el sexo entre ellas).

Y ahora se daba cuenta de que era cierto y, pensándolo bien, de que tenía sentido. Sus máquinas podían hacerlo todo mucho mejor que ellos. La manipulación genética y la selección con vistas a crear superseres humanos más fuertes o más inteligentes habría sido una estupidez, ya que la eficiencia de sus unidades y Mentes medida en términos de materia y energía siempre sería mucho mayor de la que podrían conseguir tanto en un campo como en el otro. Pero el placer... Bueno, eso ya era otro cantar.

Si se dejaba aparte la experiencia del placer, ¿para qué podía servir un cuerpo humano?

Le pareció que esa tozudez tenía algo de admirable.

Volvió a abrazarla.

–Olvídalo –dijo–. Calidad, no cantidad... ¿Quieres que volvamos a intentarlo?

La mujer rió y le cogió la cara entre las manos.

–Dedicación al trabajo... Es una cualidad admirable en un hombre.

(El grito ahogado que había provocado aquel terrible encuentro en la casita de verano; «Hola, viejo amigo». Manos morenas sobre la palidez de las caderas...)

Pasó cinco noches yendo de un lado a otro, y que él supiera jamás volvió a un sitio en el que ya hubiera estado y no visitó dos veces la misma sección. Compartió tres de aquellas noches con tres mujeres distintas, y rechazó cortésmente a un joven que se le ofreció.

–¿Te vas encontrando un poco más a gusto, Cheradenine? –preguntó Sma.

Estaban nadando en una piscina, y Sma le llevaba un metro o dos de ventaja. Se puso de espaldas para observarle y él nadó lentamente hacia la mujer.

–Bueno, ya no intento pagar las consumiciones en los bares.

–Por algo se empieza, ¿no te parece?

–Es una costumbre que no me ha costado nada olvidar.

–No me extraña. ¿Y eso es todo?

–Bueno... Vuestras mujeres son muy simpáticas.

–Los hombres también.

Sma enarcó una ceja.

–La vida aquí parece... idílica.

–Quizá lo sea, siempre que te gusten las multitudes.

Miró a Sma, suspiró y observó el casi desierto complejo de piscinas y diversiones acuáticas en el que se encontraban.

–Sospecho que eso es relativo.

(«El jardín, el jardín... –pensó–. ¡Han modelado su existencia a imagen y semejanza de la vida en el jardín!»)

–Vaya, vaya... –Sma sonrió–. ¿Has sentido la tentación de quedarte aquí?

–En absoluto. –Dejó escapar una carcajada–. Si me quedara a vivir aquí enloquecería o acabaría perdiéndome en uno de vuestros juegos-sueños compartidos. Necesito... algo más.

–Pero... ¿querrás aceptarlo de nosotros? –preguntó Sma dejando de nadar y moviendo los brazos para mantenerse a flote–. ¿Quieres trabajar con nosotros?

–Todo el mundo parece estar convencido de que debería hacerlo.

Creen que sois los buenos. El único problema es que... la unanimidad siempre me ha resultado un poco sospechosa.

Sma se rió.

–Vamos, Cheradenine... Supón que no fuéramos los buenos y que nos limitáramos a ofrecerte emociones y una buena paga. ¿Cambiarían mucho las cosas?

–No lo sé –admitió él–. Haría que tomar una decisión me resultara aún más difícil. Me gustaría... Me gustaría creer..., no, me gustaría estar seguro, poder demostrar de forma concluyente y sin lugar a dudas que por fin estaba... –Se encogió de hombros y sonrió–. Que estaba haciendo algo bueno.

Sma suspiró. Suspirar estando en el agua significaba que su cabeza subió unos centímetros y volvió a bajar lentamente.

–¿Quién puede saberlo, Zakalwe? Ni nosotros mismos lo sabemos. Creemos tener razón e incluso creemos poder demostrarlo, pero nunca podremos estar totalmente seguros. Siempre hay argumentos contra nosotros y contra lo que hacemos. La certeza no existe, y menos en Circunstancias Especiales, donde las reglas son distintas.

–Creía que las reglas eran iguales para todos.

–Y lo son. Pero los que trabajamos en Circunstancias Especiales tratamos con el equivalente moral de los agujeros negros. Nos movemos por sitios donde las leyes normales, esas reglas definitorias de lo bueno y lo malo que la gente cree se aplican en todo el universo, dejan de tener vigencia. Más allá de esos horizontes eventuales metafísicos existen... circunstancias especiales. –Sonrió–. Te estoy hablando de nosotros y de los ámbitos por los que nos movemos. Ése es nuestro territorio y

nuestro dominio.

–Algunas personas pensarían que eso no es más que una excusa magnífica para comportarse mal –dijo él.

Sma se encogió de hombros.

–Y quizá tengan razón. Puede que todo se reduzca a eso. –Meneó la cabeza y deslizó una mano por su larga y empapada cabellera–. Pero aunque sólo se trate de eso seguimos necesitando una excusa. Piensa en la cantidad de personas que no necesitan ni tan siquiera una excusa para comportarse mal.

Se alejó nadando.

Permaneció inmóvil durante unos momentos observando como Sma hendía las aguas de la piscina con su poderosa brazada y, sin que se diera cuenta de ello, se llevó una mano a la diminuta cicatriz de su pecho –justo encima de donde estaba el corazón–, y se la frotó con la yema de un dedo mientras fruncía el ceño y bajaba la mirada hacia la espejeante superficie del agua en continuo movimiento.

Después echó a nadar en pos de la mujer.

Pasó un par de años a bordo del VGS *El tamaño no lo es todo* y en algunos de los planetas, rocas, habitáculos y orbitales donde fue haciendo paradas. Cada momento de esos dos años guardó algún tipo de relación con su entrenamiento y el aprender a utilizar algunas de las nuevas habilidades que la Cultura le había otorgado después de que él diera el permiso necesario para hacer sus modificaciones. Cuando abandonó el VGS para dar comienzo a su primer período de servicio activo como agente de la Cultura –una serie de misiones que culminaron con la de proteger al Elegido y llevarle hasta el Palacio Perfumado que se alzaba sobre los riscos–, viajó en una nave que acababa de empezar su segundo período de servicio activo; la Unidad General de Contacto Dulce y llena de gracia.

No volvió a ver a Chori, y no supo nada más de ella hasta quince años después. La noticia de que la habían asesinado durante una misión llegó a sus oídos mientras estaban regenerando su cuerpo a bordo del VGS *Cierto, la gravedad es ínfima* después de que hubiera sido decapitado y rescatado de un planeta llamado Fohls.

Once

Se agazapó detrás del parapeto en el extremo del viejo observatorio más alejado de la aeronave que venía hacia ellos. La pendiente que se extendía a su espalda estaba cubierta de matorrales, árboles y edificios sin techo medio ocultos por la maleza. Siguió el curso de la aeronave con los ojos, inspeccionó el cielo buscando más aeronaves que llegaran de otras direcciones y no logró encontrar ninguna. Frunció el ceño dentro del traje contemplando la imagen transmitida al visor que mostraba a la aeronave. La punta de flecha terminada en un abultamiento se fue acercando cada vez más despacio recortando sus contornos contra el crepúsculo.

Observó como descendía lentamente hacia la plataforma del observatorio. Una rampa brotó del vientre de la aeronave y tres soportes metálicos asomaron del fuselaje y se flexionaron. Examinó unas cuantas lecturas que había tomado mediante el efector, meneó la cabeza y subió corriendo por la pendiente lo más encorvado posible.

Tsoldrin estaba sentado dentro de uno de los edificios en ruinas. La silueta oscura del traje cruzó el umbral medio oculto por las lianas y hierbajos y el anciano alzó la cabeza para contemplarla con cara de sorpresa.

—¿Sí, Cheradenine?

—Es un vehículo civil —dijo él subiéndose el visor del casco. Estaba sonriendo—. Creo que no nos está buscando, pero quizá nos sirva para huir de este lugar. —Se encogió de hombros—. Vale la pena intentarlo... —Alzó una mano y señaló hacia la pendiente—. ¿Vienes conmigo?

Tsoldrin Beychae entrecerró los ojos intentando ver con más claridad la silueta negra que se recortaba en el umbral. Llevaba mucho rato sentado allí preguntándose qué debía hacer, y aún no había logrado dar con ninguna respuesta satisfactoria. Una parte de él quería volver a la paz, el silencio y las certezas de la biblioteca de la universidad, ese lugar donde podía ser feliz y llevar una existencia libre de problemas intentando comprender viejas ideas e historias con la esperanza de que algún día lograría encontrarles un sentido y, quizá, usarlas para explicar sus propias ideas intentando sacar a la luz las lecciones encerradas en todos aquellos viejos datos para que la gente volviera a pensar sus ideologías y la época que vivían bajo una nueva luz. Durante un tiempo —un período de tiempo que ahora le parecía muy largo—, estuvo convencido de que ésa era la empresa más meritoria y productiva a la que podía consagrar el resto de su vida..., pero ahora ya no estaba tan seguro de ello.

Pensó que quizá hubiera cosas más importantes en las que podía tomar parte. Quizá debiera ir con Zakalwe, tal y como querían el hombre y la Cultura.

¿Podría volver a sumergirse en sus estudios después de lo que había ocurrido?

Zakalwe había surgido del pasado actuando con la misma mezcla de jovialidad e imprudencia temeraria de siempre; Ubrel no había hecho más que interpretar un papel –¿era realmente posible que todo se hubiera reducido a eso?–, y el descubrirlo hacía que se sintiera muy viejo y estúpido, pero también le irritaba, y el Grupo de Sistemas entero había vuelto a perder el rumbo y se aproximaba rápidamente a las rocas contra las que acabaría estrellándose.

¿Tenía derecho a cruzarse de brazos y a no hacer nada aun suponiendo que la Cultura se equivocara respecto a la importancia del puesto que ocupaba en esta civilización? No lo sabía. Se daba cuenta de que Zakalwe estaba intentando apelar a su vanidad, pero... ¿qué ocurriría suponiendo que tan sólo la mitad de lo que había dicho fuera verdad? Reclinarse en su asiento y dejar que todo siguiera su curso quizá fuese el curso de acción más cómodo y menos problemático, pero quizá no fuera el más justo. Si había una guerra, ¿qué sentiría después sabiendo que no movió ni un solo dedo para evitarla cuando podía hacerlo?

«Maldito seas, Zakalwe...», pensó. Se puso en pie.

–Aún tengo que pensarlo –dijo–. Pero... Veamos hasta dónde puedes llegar.

–Bien.

La voz que brotó del traje no contenía ni la más mínima huella de emoción.

–Sentimos terriblemente el retraso, gentilespersonas; es algo que estaba totalmente fuera de nuestro control; una especie de pánico inexplicable en el centro de tráfico, pero permitan que vuelva a pedirles disculpas en nombre de Viajes Herencia. Bien, aquí estamos, un poquito más tarde de lo esperado (pero ¿no les parece que ese crepúsculo es realmente soberbio?); en el famosísimo Observatorio de Srometren; un mínimo de cuatro mil quinientos años de historia se han desarrollado aquí mismo, gentilespersonas, justo debajo de sus pies... Tendré que darme un poco de prisa para contárselo todo en el escaso tiempo de que disponemos, así que procuren escucharme con atención...

La aeronave estaba flotando sobre el extremo occidental de la plataforma del observatorio envuelta en el zumbido del campo antigravitatorio. Los soportes colgaban a poca distancia del suelo, por lo que parecía que el extenderlos había sido un mero acto de precaución. Unas cuarenta personas habían salido de la aeronave utilizando la rampa central y se habían agrupado alrededor de una mesa de piedra mientras un guía muy joven y bastante nervioso les dirigía la palabra.

Examinó al grupo desde detrás de la balastrada con el efector incorporado al traje y contempló los resultados del examen en la pantalla del visor. Una treintena larga de personas llevaban encima terminales de alguna clase que les permitían ponerse en contacto con la red de comunicaciones del planeta. El ordenador del traje interrogó discretamente a las terminales mediante el efector. Había dos terminales

activadas –una de ellas estaba recibiendo un programa de noticias y otra estaba sintonizada con un programa musical–, y el resto de terminales se hallaban en modalidad de espera.

–Traje –murmuró (Tsoldrin estaba a su lado, pero ni tan siquiera el anciano pudo oírle, y mucho menos el grupo de turistas)–, quiero esas terminales incapacitadas de la forma menos aparatosa posible. Impide que puedan transmitir.

–Dos de las terminales están transmitiendo código de posición –dijo el traje.

–¿Puedes eliminar su función transmisora sin alterar su función de código de posición actual o su capacidad de recepción?

–Sí.

–Bien... Tu prioridad actual es impedir que envíen cualquier señal a partir de este momento. Encárgate de todas las terminales.

–Desactivar capacidad de transmisión de las treinta y cuatro terminales de comunicación personal modelos varios no Culturales que se hallan dentro del radio de alcance; confirmar.

–Confirmado, maldita sea. Hazlo.

–Orden llevada a cabo.

Observó la alteración que se produjo en las lecturas cuando los sistemas de energía de las terminales perdieron su carga y quedaron prácticamente a cero. El guía estaba llevando al grupo de turistas a través de la meseta de piedra sobre la que se alzaba el viejo observatorio alejándolos de la aeronave y avanzando hacia el lugar donde estaban él y Beychae.

Alzó su visor y se volvió hacia el anciano.

–De acuerdo, vamos allá. Sin hacer ruido.

Avanzó por entre la espesura y los troncos de los árboles. El dosel de follaje hacía que todo estuviera muy oscuro y Beychae tropezó un par de veces, pero lograron cruzar la alfombra de hojas secas que cubría dos lados de la plataforma del observatorio haciendo muy poco ruido.

Se detuvieron debajo de la aeronave y se quedaron agazapados mientras la examinaba rápidamente con el efector del traje.

–Hermosa maquinita... –murmuró mientras veía aparecer los resultados del examen en la pantalla del visor. La aeronave estaba automatizada, y era francamente estúpida, tanto que pensó que había muchas probabilidades de que el cerebro de un pájaro fuese más complicado que el suyo–. Traje, conecta con la aeronave y toma el control sin que nadie se entere.

–Asumiendo control-jurisdicción de aeronave dentro de radio de alcance en modalidad clandestina; confirmación.

–Confirmado, y deja de pedirme que lo confirme todo.

–Control-jurisdicción asumido-asumida. Procesando instrucción de abandonar los

protocolos de confirmación; confirmación.

–Por todas las nebulosas... Confirmada.

–Protocolos de confirmación abandonados.

Podía limitarse a subir flotando hasta la aeronave con Beychae en brazos, pero el campo antigravitatorio de la aeronave quizá no bastara para enmascarar la señal emitida por su traje y pensó que el riesgo podía resultar excesivo. Observó la pendiente y se volvió hacia Beychae.

–Dame la mano –murmuró–. Vamos a subir.

El anciano le obedeció.

El traje fue creando asideros en la tierra y los dos ascendieron por la pendiente deteniéndose cuando llegaron a la balaustrada. La aeronave ocultaba el cielo por encima de sus cabezas y una débil claridad amarilla brotaba de la entrada de la rampa central revelando los contornos de los instrumentos de piedra más próximos.

Dejó que Beychae recuperase el aliento y echó un vistazo al grupo. Los turistas estaban al otro extremo del observatorio y el guía les estaba enseñando uno de los viejos instrumentos iluminándolo con una linterna. Decidió que había llegado el momento y se puso en pie.

–Vamos –dijo volviéndose hacia el anciano.

Beychae se incorporó. Saltaron la balaustrada, fueron hacia la rampa y entraron en la aeronave con él detrás de Beychae observando lo que tenían a la espalda en la pantalla del visor, pero la imagen no era lo bastante nítida para que pudiera estar seguro de si algún turista se había dado cuenta de lo que estaba ocurriendo.

–Traje, sube la rampa –ordenó.

Entraron en el espacioso compartimento único de la aeronave, una gran estancia lujosamente adornada cuyas paredes estaban cubiertas de tapices. La gruesa alfombra que ocultaba el suelo estaba puntuada por sillones y sofás. A un extremo de la estancia había un bar automático, y la pared opuesta era una gigantesca pantalla ocupada por una imagen real que mostraba los últimos esplendores del crepúsculo.

La rampa fue subiendo con un leve siseo y se cerró con un tintineo de campanillas.

–Traje, oculta las patas –dijo subiéndose el visor.

Por suerte la inteligencia y las capacidades lingüísticas del traje eran lo bastante grandes para que comprendiera que se refería a los soportes de la aeronave, y no a sus piernas. Le acababa de pasar por la cabeza que alguien podía subirse a la balaustrada del observatorio y saltar agarrándose a uno de los soportes, y quería evitarlo.

–Traje, cambia la altitud de la aeronave. Arriba diez metros.

La calidad del zumbido casi inaudible que les envolvía cambió durante unos segundos y volvió a ser como antes. Observó como Beychae se quitaba su gruesa chaqueta y examinó el interior de la aeronave. El efector le había asegurado que

estaban solos a bordo, pero quería asegurarse de ello.

–Averigüemos adonde tenía que ir este trasto cuando acabaran de visitar el observatorio –dijo mientras Beychae se dejaba caer sobre un sofá. El anciano suspiró y estiró las piernas–. Traje, ¿cuál es el próximo destino de la aeronave?

–Terminal Espacial de Gipline –dijo la seca voz metálica del traje.

–Perfecto. Traje, llévanos allí y procura que tengamos el aspecto más normal y legal posible.

–Trayecto iniciado –dijo el traje–. Tiempo de Llegada Aproximado, cuarenta minutos.

El sonido de fondo de la aeronave se alteró haciéndose un poco más agudo. El suelo tembló de forma casi imperceptible. La pantalla situada al final del compartimento mostró una imagen de la aeronave ascendiendo y deslizándose sobre los bosques que cubrían las colinas.

Dio un breve paseo por la aeronave para confirmar que no había nadie más a bordo y acabó sentándose junto a Beychae. Miró al anciano, se dio cuenta de lo cansado que estaba y pensó que el día había debido parecerle muy largo.

–¿Estás bien?

–No intentaré ocultar que me alegra mucho poder estar sentado.

Beychae se quitó las botas.

–Te traeré algo de beber, Tsoldrin –dijo. Se quitó el casco y fue hacia el bar automático–. Traje... –dijo. Acababa de tener una idea–. Conoces los números de Solotol que permiten ponerse en contacto con la Cultura, ¿verdad?

–Sí.

–Conecta con uno de ellos mediante los sistemas de la aeronave.

Se inclinó sobre el bar automático y empezó a inspeccionarlo.

–¿Y cómo funciona esto?

–El bar automático se activa mediante la vo...

–¡Zakalwe! –La voz de Sma se impuso a la del traje haciéndole dar un respingo–. ¿Dónde...? –Sma no llegó a terminar la pregunta y guardó silencio durante unos momentos–. Vaya, veo que has conseguido una aeronave, ¿eh?

–Sí –dijo él, y lanzó una rápida mirada de soslayo a Beychae. El anciano le estaba observando–. Vamos hacia Puerto Glipine. Bien, ¿qué ha ocurrido? ¿Dónde está ese módulo? Ah, Sma, estoy ofendidísimo. No has llamado, no has escrito, no has enviado flores...

–¿Y Beychae? –preguntó Sma con voz apremiante–. ¿Está bien?

–Tsoldrin se encuentra estupendamente –replicó él, y sonrió sin apartar los ojos del anciano–. Traje, haz que este bar automático nos prepare un par de bebidas refrescantes pero fuertes.

–Está bien... Magnífico. –Sma suspiró. El bar automático emitió una serie de

chasquidos y gorgoteos—. No hemos llamado porque si lo hubiéramos hecho se habrían enterado de dónde estabais —siguió diciendo—. Perdimos el haz de comunicación protegido cuando la cápsula quedó averiada. Zakalwe, fue ridículo... Después de que la cápsula liquidara al camión en el Mercado de las Flores y tú derribaras ese caza todo se convirtió en un auténtico caos. Es una suerte que hayas conseguido escapar con vida. Bien, ¿dónde está la cápsula?

—En el observatorio de Srometren —replicó él. Bajó la mirada y vio abrirse una pequeña compuerta en un lado del bar automático. Cogió la bandeja con las dos bebidas, fue hasta el sofá y tomó asiento junto a Beychae—. Sma, saluda a Tsoldrin Beychae —dijo mientras le entregaba su copa al anciano.

—¿Señor Beychae? —dijo la voz de Sma desde el traje.

—¿Me oye? —replicó Beychae.

—Es un placer poder hablar con usted, señor Beychae. Espero que el señor Zakalwe le esté tratando bien. ¿Qué tal se encuentra?

—Cansado pero entero.

—Confío en que el señor Zakalwe haya tenido tiempo de explicarle lo serio que es la situación política actual del Sistema.

—Sí, lo ha hecho —dijo Beychae—. Estoy... Estoy tomando en consideración la posibilidad de acceder a sus peticiones y por el momento no deseo volver a Solotol.

—Comprendo —murmuró Sma—, y se lo agradezco. Estoy segura de que el señor Zakalwe hará cuanto pueda para asegurar su bienestar mientras decide qué debe hacer... ¿No es así, Cheradenine?

—Por supuesto, Diziet. Y ahora, ¿dónde está ese módulo?

—Debajo de las nubes de Soreraurth, donde estaba antes. Tu peculiar sistema de huida discreta categoría nova ha conseguido que toda la superficie se pusiera en estado de alerta máxima. No podemos mover nada sin que lo vean, y si se dan cuenta de que estamos interfiriendo en sus asuntos quizá acabemos ahorrándoles el trabajo de desencadenar la guerra global. Vuelve a explicarme con más exactitud dónde está esa cápsula. Tendremos que usar los sistemas de desplazamiento pasivo del micro-satélite y guiarla a distancia desde allí para eliminar las pruebas. Mierda, Zakalwe... Estamos metidos en un buen lío.

—Oh, disculpa —dijo él, y tomó un sorbo de su bebida—. La cápsula se encuentra debajo de un árbol de hojas amarillas bastante grandes que está a..., entre unos ochenta y unos ciento treinta metros del observatorio yendo en dirección noreste. Oh, y el rifle de plasma se encuentra... entre unos veinte y unos cuarenta metros de distancia en dirección oeste.

—¿Has perdido el rifle de plasma?

Sma parecía incapaz de creerlo.

—Pues sí —admitió él, y bostezó—. Me cabree tanto que lo arrojé lo más lejos

posible. Quedó efectORIZADO, ¿sabes?

–Te advertí que era una antigüedad sacada de un museo –dijo otra voz.

–Cállate, Skaffen-Amtiskaw –dijo él–. Bien, Sma..., ¿y ahora qué hacemos?

–Supongo que lo mejor será utilizar la Terminal Espacial de Gipline –replicó la mujer–. Intentaremos conseguir pasaje en algún vuelo hacia Impren o un sitio cercano. En el peor de los casos tendréis que aguantar un viaje civil que durará varias semanas como mínimo: si tenemos suerte acabarán anulando el estado de alerta y el módulo podrá venir a rescataros. En cualquiera de los dos casos lo que ha ocurrido hoy en Solotol quizá haya hecho que la guerra esté más próxima. Piensa en eso, Zakalwe.

El canal de transmisión se desactivó.

–Parece enfadada contigo, Cheradenine –dijo Beychae.

Miró al anciano y se encogió de hombros.

–Eso no es ninguna novedad –suspiró.

–Lo siento muchísimo, gentiles personas; esto no había ocurrido nunca, se lo aseguro, y les repito que lo lamento de veras. Lo siento, créanme... No consigo entenderlo... Yo... Hum... Intentaré... –El joven pulsó los botones de su terminal de bolsillo–. ¿Oiga? ¡Oiga! ¡OIGA! –Sacudió la terminal y la golpeó con el canto de la mano–. Esto es..., es..., no había ocurrido nunca, nunca; realmente no entiendo qué...

Contempló a los turistas agrupados a su alrededor como pidiéndoles disculpas. La mayoría de miembros del grupo estaban mirándole fijamente. Algunos intentaban activar sus terminales con tan poca suerte como él, y un par observaba el cielo como si el último manchón de luz rojiza que se estaba desvaneciendo hacia el oeste pudiera devolverles mágicamente la aeronave que parecía haber tomado la inexplicable decisión de largarse dejándoles abandonados.

–¿Oiga? ¿Oiga? ¿Me están escuchando? Por favor, conteste si hay alguien escuchándome...

El joven guía parecía encontrarse al borde del llanto. El último atisbo de luz se esfumó del cielo y el pálido brillo de la luna arrancó reflejos a las delgadas hilachas de una nube. El haz de la linterna estaba empezando a debilitarse.

–¡Por favor, contesten! ¡Oh, por favor...!

Skaffen-Amtiskaw volvió a ponerse en contacto unos minutos después para decirles que él y Beychae tenían camarotes reservados a bordo del clíper Osom Emananish que no tardaría en partir para el Sistema de Breskial, a sólo tres años luz de Impren, aunque aún no habían perdido la esperanza de que el módulo pudiera

llegar hasta ellos antes. La unidad opinaba que probablemente no tendría más remedio que hacerlo, pues estaban casi seguros de que no tardarían en dar con sus huellas.

–Quizá fuese buena idea que el señor Beychae alterara su apariencia física –les dijo la unidad con su voz impasible de costumbre.

Lanzó una rápida mirada de soslayo al anciano y contempló los tapices que cubrían las paredes.

–Supongo que podríamos intentar hacerle un traje con lo que hay por aquí –dijo en un tono de voz más bien dubitativo.

–El equipaje que hay a bordo de la aeronave quizá sea una fuente de atuendos más útil –ronroneó la unidad, y le explicó cómo podía abrir la compuerta del suelo que daba acceso al compartimento de carga.

Siguió sus instrucciones, emergió del compartimento con dos maletas y las forzó.

–¡Ropas! –exclamó.

Sacó unas cuantas prendas y vio que su aspecto era lo suficientemente unisex.

–Y tendrás que librarte del traje y de tu armamento –dijo la unidad.

–¿Qué?

–Zakalwe, no podrás subir a bordo de una nave con todo eso ni aun contando con nuestra ayuda. Tendrás que ocultarlo en algún sitio –una de las maletas sería el escondite perfecto– y dejarlo en la terminal. Intentaremos recogerlo cuando la situación se haya enfriado un poco.

–¡Pero...!

Estuvieron hablando de cómo disfrazarle y fue el mismo Beychae quien tuvo la idea de afeitarse la cabeza. El último servicio rendido por aquel traje de combate maravillosamente sofisticado fue el de navaja. Se despojó del traje en cuando hubo terminado de afeitar la cabeza de Beychae y los dos se disfrazaron con aquellas prendas bastante chillonas pero, por suerte, también bastante holgadas.

La aeronave tomó tierra. La Terminal Espacial era un desierto de cemento convertido en una especie de tablero de juegos por los ascensores que transportaban las naves a las zonas de mantenimiento y almacenaje o las sacaban de ellas.

Establecieron conexión con el haz protegido, y el pendiente-terminal pudo volver a hablarle en susurros indicándole dónde debían ir.

Pero se sentía desnudo sin el traje.

Salieron de la aeronave y se encontraron en el hangar. Una música agradablemente fácil de olvidar brotaba de los altavoces. Nadie fue a recibirles. Si escuchaban con atención podían oír el estrépito de una alarma sonando a lo lejos.

El pendiente-terminal les indicó hacia qué puerta debían dirigirse. Avanzaron por un pasillo de uso reservado a los trabajadores de la terminal, cruzaron dos puertas de

seguridad que se abrieron para dejarles pasar un poco antes de que llegaran a ellas y acabaron entrando en un recinto de grandes dimensiones lleno de gente, pantallas, kioscos y asientos. Una acera móvil acababa de frenar en seco haciendo que docenas de personas cayeran unas sobre otras, por lo que nadie se fijó en ellos.

Una cámara de seguridad del área izquierda de equipajes giró sobre sí misma y enfiló su objetivo hacia el techo durante el minuto escaso que necesitaron para dejar la maleta que contenía el traje. En cuanto se hubieron ido la cámara reanudó sus lentos barridos de la zona.

Cuando fueron a recoger sus billetes al mostrador correspondiente ocurrió más o menos lo mismo. Se metieron en otro pasillo y llevaban unos momentos caminando por él cuando vieron aparecer a un grupo de guardias de seguridad al otro extremo.

Siguió caminando sin perder la calma y captó la leve vacilación de Beychae. Se volvió hacia él, le dirigió una sonrisa tranquilizadora y cuando volvió la mirada hacia los guardias vio que éstos se habían detenido. El que parecía su jefe acababa de llevarse una mano a la oreja y estaba contemplando el suelo. Le vio asentir con la cabeza, girar sobre sí mismo y alzar una mano señalando hacia un pasillo lateral. Los guardias de seguridad se alejaron por él.

–Supongo que esto es algo más que un simple caso de suerte increíble, ¿verdad? –murmuró Beychae.

–Desde luego –replicó él meneando la cabeza–, a menos que consideres como suerte increíble el que contemos con un efector electromagnético de potencia casi militar controlado por la Mente de una nave estelar hiperveloz que está manejando todo esta terminal como si fuera un videojuego desde algo así como un año luz de distancia.

Un pasillo reservado a Gente Muy Importante les condujo hasta la pequeña lanzadera que les llevaría a la estación en órbita. El último control de seguridad era el único del que la nave no podía librarles. Se trataba de un hombre cuya forma de moverse y mirar indicaba que tenía una considerable experiencia en su trabajo, y que pareció alegrarse al comprobar que no llevaban encima nada peligroso. Entraron en otro pasillo y llevaban unos momentos caminando por él cuando el pendiente que llevaba en la oreja le pinchó el lóbulo con un campo para avisarle de que estaban siendo sometidos a un nuevo examen mediante rayos X y un fuerte campo magnético, ambos controlados manualmente.

El vuelo en la lanzadera transcurrió sin ningún acontecimiento digno de mención. Llegaron a la estación, atravesaron una zona de espera –un hombre que llevaba un implante neural directo había caído al suelo y parecía estar sufriendo una especie de ataque epiléptico, por lo que la zona de espera se hallaba sumida en una considerable agitación–, y pasaron el último control de seguridad.

Oyó la voz de Sma sonando directamente dentro de su oreja cuando estaban en el pasillo que iba de la escotilla a la nave.

–Se acabó, Zakalwe –dijo Sma–. No podemos dirigir el haz protegido hacia la nave sin que lo detecten. Sólo entraremos en contacto si se produce una auténtica emergencia. Si quieres hablar puedes usar la conexión telefónica de Solotol, pero recuerda que estará vigilada. Adiós y buena suerte.

Cruzaron otra escotilla y se encontraron en el clíper Osom Emananish, la nave que les llevaría al espacio interestelar.

Aún faltaba una hora para la salida, y decidió aprovechar ese tiempo para dar un paseo por el clíper con el fin de averiguar dónde estaba todo.

El sistema de altavoces y la mayoría de las pantallas visibles anunciaron su inminente partida. El clíper se puso en movimiento, pareció vacilar y aceleró repentinamente alejándose de la estación y dejando atrás el sol y el gigante gaseoso llamado Soreraurth. El módulo estaba escondido a un centenar de kilómetros de profundidad en la inmensa tormenta continua que era la atmósfera del planeta, esa misma atmósfera que los Humanistas pensaban explotar, manipular y alterar si se salían con la suya. Contempló el gigante gaseoso que llenaba casi toda la imagen, se preguntó quién tenía razón y quién estaba equivocado y experimentó una extraña y fugaz sensación de impotencia.

Estaba abriéndose paso por entre la animación de un pequeño bar para reunirse con Beychae cuando oyó una voz a su espalda.

–Ah –dijo la voz–, mis más sinceros saludos y todo eso. El señor Staberinde, ¿verdad?

Se volvió lentamente hacia la persona que acababa de interpellarle.

Era el médico al que había conocido en la fiesta de las heridas y las mutilaciones. El hombrecillo estaba de pie junto al mostrador y le hacía señas de que viniera.

Fue hacia él abriéndose paso por entre los pasajeros que conversaban y tomaban sorbos de sus bebidas.

–Doctor..., buenos días.

El hombrecillo asintió.

–Stapangardersliniterray, pero puede llamarme Stap.

–Será un placer, y confieso que incluso un alivio, –dijo él sonriendo–. Y, por favor, llámeme Sherad.

–¡Bien! El Grupo de Sistemas es un pañuelo, ¿verdad? ¿Puedo invitarle a beber algo?

El hombrecillo le obsequió con su sonrisa repleta de dientes. El foco que había encima del bar hizo que el repentino destello de blancura resultara cegador y vagamente inquietante.

–Una idea magnífica.

Encontraron una mesita vacía pegada a un mamparo. El doctor se limpió la nariz y alisó la inmaculada tela de su traje.

–Bien, Sherad..., ¿qué le trae por aquí?

–Bueno..., Stap –dijo él en voz baja–. La verdad es que estoy viajando de incógnito, por lo que le agradecería que no..., que no me hiciera mucha publicidad, ¿comprende?

–¡Por supuesto! –dijo el doctor Stap asintiendo entusiásticamente con la cabeza. Miró a su alrededor poniendo cara de conspirador y se inclinó unos centímetros más sobre la mesita–. Mi discreción es ejemplar. Yo también he tenido que hacer algunos viajes sin llamar la atención. –Enarcó las cejas–. Si puedo ayudarle en algo basta con que me lo diga.

–Es usted muy amable.

Alzó su copa y los dos brindaron por un viaje sin problemas.

–¿Va hasta el final del trayecto? –preguntó Stap.

–Sí –dijo él asintiendo con la cabeza–. Yo y mi acompañante vamos a Breskial.

El doctor Stap sonrió y asintió.

–Ah. Una relación de negocios, ¿eh? Ah...

–No, doctor, no es el tipo de «relación de negocios» en la que está pensando. Viajo con un caballero de edad bastante avanzada y ocupamos camarotes separados... Aunque, naturalmente, preferiría que esas tres aclaraciones que acabo de darle fueran todo lo contrario a lo que son en realidad.

–¡Ja! –exclamó el doctor–. ¡Sí, lo comprendo! –¿Otra copa?

–¿Crees que sabe algo? –preguntó Beychae.

–¿Qué puede saber? –Se encogió de hombros y echó un vistazo a la pantalla incrustada en la puerta del camarote de Beychae–. ¿Has visto algo sobre nosotros en las noticias?

–Nada –replicó Beychae–. Dijeron algo sobre un ejercicio de seguridad en todos los puertos y terminales, pero no hubo ninguna referencia directa a ti o a mí.

–Bueno, no creo que la presencia del doctor vaya a significar que correremos un peligro mucho más grande del que ya estábamos corriendo.

–¿Y como cuánto de grande era ese peligro al que te refieres? –Me temo que demasiado grande. Tarde o temprano acabarán averiguando lo que ocurrió, y no hay forma humana de que lleguemos a Breskial antes de que lo averigüen.

–Entonces...

–Entonces, y a menos que se me ocurra alguna forma de salir de este lío, la Cultura deberá permitir que nos devuelvan allí o se verá obligada a tomar el control de esta nave, lo cual sería muy difícil de explicar y dejaría bastante dañada tu credibilidad.

–Si decido hacer lo que quieres que haga, Cheradenine.

Volvió la cabeza hacia el anciano con el que estaba compartiendo la angosta litera del camarote y le contempló en silencio durante unos momentos antes de responder.

–Oh, claro... –dijo por fin–. Sí.

Hizo varios recorridos de la nave y descubrió que le parecía demasiado pequeña y repleta de gente, aunque eso quizá fuera porque se había acostumbrado a viajar en las naves de la Cultura. Había planos de la nave disponibles en las pantallas de a bordo y los estudió concienzudamente, pero los planos sólo servían para no perderse y le proporcionaron muy poca información útil sobre las formas de averiar la nave o apoderarse de ella. Había observado atentamente las idas y venidas de la tripulación, y acabó llegando a la conclusión de que el acceso a las zonas reservadas se realizaba mediante comparaciones de voz y/o estructura de la mano.

Había muy pocas sustancias inflamables a bordo y ninguna que pudiera estallar, y la mayor parte de los circuitos eran ópticos, no electrónicos. Estaba seguro de que el *Xenófobo* habría podido conseguir que el clíper Osom Emananish bailara y cantara con el equivalente de una mano atada a la espalda en términos de sistemas efectores incluso estando en otro sistema estelar, pero sin el traje de combate o alguna clase de arma se las vería y se las desearía para hacer algo si y cuando llegara el momento de ponerse en acción.

El clíper seguía deslizándose lentamente a través del espacio. Beychae no salía de su camarote, y mataba el tiempo durmiendo o poniéndose al día mediante los noticiarios que veía en la pantalla.

–Tengo la impresión de que he cambiado una forma muy sutil de encarcelamiento por otra, Cheradenine –observó el día después de la partida cuando le trajo la cena.

–Tsoldrin, no es necesario que te conviertas en un ermitaño. Si quieres salir del camarote puedes hacerlo. Que no te dejes ver disminuye un poco el peligro que corremos, pero... Bueno, no creas que eso cambia mucho las cosas.

–Oh, puedo soportarlo –dijo Tsoldrin cogiendo la bandeja y levantando la tapa para inspeccionar su contenido–. De momento no me cuesta demasiado engañarme fingiendo que las noticias y los programas de actualidad son mi material de investigación, por lo que no me siento como un prisionero. –Dejó la tapa sobre la mesa–. Pero un par de semanas encerrado en este camarote... Quizá sea pedirme demasiado, Cheradenine.

–No te preocupes –dijo él en un tono de voz algo abatido–. Dudo que debas pasar tanto tiempo aquí dentro.

–¡Ah, Sherad!

El doctor Stap se materializó junto a él un día después cuando acababa de unirse al grupo de pasajeros inmóvil delante de la pantalla principal del salón de recreo para contemplar la imagen aumentada que mostraba un impresionante gigante gaseoso de un sistema cercano. El hombrecillo le cogió del codo.

–Esta noche celebraré una pequeña fiesta privada en el Salón Luz de Estrella. Será una de mis..., hum..., una de mis fiestecitas especiales, ¿comprende? Me preguntaba si usted y si ese misterioso acompañante suyo que nunca sale del camarote querrían asistir.

–¿Le dejan celebrar ese tipo de fiestas a bordo? –preguntó él, y se rió.

–Sssh, buen señor, se lo ruego... –dijo el doctor tirando de él y alejándole del grupo de pasajeros–. La naviera y yo llegamos a un acuerdo hace mucho tiempo. Mi máquina está considerada como equipo médico de importancia primaria.

–Eso suena a caro. Debe de cobrar mucho, doctor.

–Oh, hay una pequeña transacción monetaria previa, naturalmente, pero le aseguro que el desembolso entra dentro de lo que pueden permitirse la mayoría de personas cultivadas, y puedo asegurarle que gozarán de una compañía muy distinguida y exclusiva y, como siempre, de la más absoluta discreción.

–Gracias por la oferta, doctor, pero me temo que no asistiremos.

–Es el tipo de oportunidad que sólo se presenta una vez en la vida, y en su caso ya es la segunda vez. Tiene usted mucha suerte, ¿sabe?

–Estoy seguro de ello. Quizá si se presenta por tercera vez... Discúlpeme. –Le dio una palmadita en el hombro–. Oh, ¿quiere que tomemos una copa juntos antes de su fiesta?

El doctor meneó la cabeza.

–Me temo que estaré demasiado ocupado con los preparativos, Sherad –dijo en un tono de voz algo quejumbroso–. Es una gran oportunidad –añadió obsequiándole con su sonrisa repleta de dientes.

–Oh, ya me doy cuenta de ello, doctor Stap.

–Eres un hombre muy malo.

–Gracias. He necesitado años de práctica y diligencia para llegar a serlo.

–Apostaría a que sí.

–Oh, no... Vas a decirme que eres toda inocencia. Lo veo en tus ojos. Sí, sí, está ahí... ¡La pureza! Reconozco los síntomas, pero... –Le puso una mano en el brazo–. No te preocupes. Puede curarse.

Ella le apartó la mano, pero la presión fue tan suave que casi resultó imperceptible.

–Eres terrible. –Los dedos que habían apartado su mano le rozaron el pecho durante una fracción de segundo–. Eres malo.

–Lo confieso. Has sabido ver en lo más hondo de mi alma... –El ruido de fondo de la nave sufrió una alteración y apartó la mirada de los ojos del rostro de la dama durante un momento–. Pero... –murmuró volviéndose de nuevo hacia ella y sonriendo–. Ah, confesar mis pecados a una mujer cuya belleza está tan cerca de lo divino hace que me sienta muy aliviado.

La mujer dejó escapar una ronca carcajada y echó la cabeza hacia atrás revelando la esbelta curvatura de su cuello.

–Oye, ¿sueles conseguir resultados con esa frase? –preguntó meneando la cabeza.

Él puso cara de sentirse muy ofendido y meneó la cabeza de una forma mucho más enfática que ella.

–Oh, ¿qué le ocurre a nuestra época? –preguntó con voz entristecida–. ¿Cómo es posible que una mujer tan hermosa sea tan cínica?

Se dio cuenta de que los ojos de la mujer estaban contemplando algo a su espalda y se dio la vuelta.

–¿Sí, oficial? –le preguntó a uno de los dos oficiales del clíper que descubrió inmóviles detrás de él.

Los dos iban armados y la funda de sus pistolas estaba abierta.

–¿Señor... Sherad? –preguntó el más joven de los dos.

Clavó la mirada en los ojos del oficial y sintió una especie de mareo mezclado con náuseas. El oficial estaba al corriente de todo. Les habían encontrado. Alguien había logrado juntar todas las piezas del rompecabezas y había dado con la respuesta correcta.

–¿Sí? –preguntó con una sonrisa que casi era una mueca–. ¿Quieren tomar una copa?

Rió y se volvió hacia la mujer.

–No, señor, muchas gracias. ¿Tendría la bondad de venir con nosotros?

–¿Qué pasa? –preguntó mientras sorbía aire por la nariz. Apuró su copa y se limpió las manos en las solapas de su chaqueta–. El capitán necesita que le echen una mano con el timón, ¿verdad? –Rió, bajó del taburete y se volvió hacia la mujer–. Mi querida señora –dijo cogiéndole una mano y besándosela–, me despido de usted hasta que volvamos a encontrarnos. –Se llevó las dos manos al pecho–. Pero recuerde que un trozo de mi corazón siempre será suyo.

La mujer le contempló poniendo cara de no saber cómo reaccionar y acabó sonriendo. Le dio la espalda, dejó escapar una carcajada bastante ruidosa, giró sobre sí mismo y tropezó con el taburete del bar.

–¡Ooops! –exclamó.

–Por aquí, señor Sherad –dijo el más joven de los dos oficiales.

–Sí, sí..., vamos donde ustedes quieran.

Había albergado la esperanza de que le llevarían a una de las zonas reservadas a

la tripulación, pero cuando entraron en el ascensor el oficial más joven pulsó el botón de la última cubierta. Sus paseos le habían informado de que contenía almacenes, el equipaje que no podía soportar el vacío y la zona de arresto.

–Creo que voy a vomitar –dijo apenas se cerraron las puertas.

Se dobló sobre sí mismo, emitió una ruidosa arcada y se obligó a expulsar la bebida que había consumido en el bar.

Uno de los oficiales se apartó de un salto para que el chorro de vómito no ensuciara sus relucientes botas y el otro empezó a inclinarse sobre él poniéndole una mano en la espalda.

El vómito cesó con tanta brusquedad como había empezado. Se irguió moviéndose lo más deprisa posible y clavó un codo en la nariz del oficial inclinado sobre él haciéndole chocar con las puertas traseras del ascensor. El segundo oficial aún no había logrado recuperar el equilibrio. Se volvió hacia él y le dio un puñetazo en plena cara. El oficial se dobló lentamente sobre sí mismo. Sus rodillas primero y su espalda después chocaron con el suelo. El ascensor emitió un campanilleo y se detuvo entre dos niveles. La pelea había activado la alarma del límite de peso. Pulsó el primer botón de la hilera y el ascensor empezó a subir.

Desarmó a los dos oficiales inconscientes, examinó las armas –dos pistolas aturdidoras–, y meneó la cabeza. El ascensor volvió a emitir un campanilleo para indicar que habían regresado al punto de partida. Se metió las dos pistolas en la chaqueta, apoyó los pies en la pared de enfrente izándose por encima de los dos oficiales y colocó las manos sobre las puertas. El esfuerzo de mantenerlas cerradas le obligó a lanzar un gruñido, pero el ascensor acabó rindiéndose. Siguió sosteniendo las puertas con las manos y retorció el cuerpo hasta acercar la cabeza al primer botón de la hilera. Lo pulsó con la frente y el ascensor reanudó el ascenso zumbando de forma casi imperceptible.

Las puertas se abrieron revelando el salón privado y tres hombres. Los tres bajaron la mirada hacia los dos oficiales inconscientes y el pequeño charco de vómito acuoso. Les dejó sin sentido con una ráfaga de las pistolas aturdidoras y los tres cayeron al suelo. Tiró de uno de los oficiales inconscientes hasta dejarlo con medio cuerpo fuera del ascensor para que no pudiera cerrar las puertas y disparó una ráfaga de pistola aturdidora contra los otros dos para asegurarse de que tardarían mucho tiempo en recuperarse.

La puerta del Salón Luz de Estrella estaba cerrada. Pulsó el botón mientras volvía la cabeza hacia el otro extremo del pasillo. Las puertas del ascensor iban y venían empujando suavemente el cuerpo del oficial caído, y pensó que las puertas parecían un amante no muy sutil que intentaba despertarle. Oyó un campanilleo distante.

–Por favor, dejen libre la entrada –dijo la voz del ascensor–. Por favor, dejen libre la entrada.

–¿Sí? –preguntó la puerta que daba acceso al Salón Luz de Estrella.

–Stap, soy Sherad. He cambiado de opinión.

–¡Estupendo!

La puerta se abrió.

Entró en el salón y pulsó el botón de cierre. El recinto no era muy grande, y estaba lleno del humo de las drogas y de personas mutiladas. La música hacía vibrar la atmósfera, las luces habían sido colocadas a un nivel de intensidad muy bajo y los ojos de todos los presentes –algunos estaban fuera de sus cuencas–, se volvieron hacia él. La máquina gris del doctor se encontraba junto al bar atendido por un par de camareras.

Maniobró al doctor hasta colocarle entre él y los demás y le puso la pistola aturdidora debajo del mentón.

–Malas noticias, Stap. Estos trastos pueden ser letales a corta distancia, y la pistola con que le amenazo está al máximo de potencia. Necesito su máquina. Preferiría contar con su cooperación, pero si no hay más remedio puedo arreglármelas sin ella. Hablo muy en serio y tengo muchísima prisa, así que... ¿cuál es su respuesta?

Stap emitió una especie de gorgoteo.

–Tres –murmuró hundiendo el cañón del arma un poco más en el cuello del doctor–. Dos...

–¡De acuerdo! ¡Por aquí!

Soltó a Stap y le siguió hasta la máquina que utilizaba en su extraño negocio. Mantuvo las manos juntas ocultando las dos pistolas aturdidoras dentro de las mangas y saludó con la cabeza a los invitados junto a los que pasaron. Durante un momento tuvo una línea de tiro despejada que terminaba en alguien situado al otro extremo del salón. Disparó y varios cuerpos se desplomaron de forma muy espectacular sobre una mesa cargada de comida. Todos los invitados volvieron la cabeza en esa dirección y la confusión permitió que él y Stap –al que tuvo que empujar cuando oyó el estrépito de los cuerpos cayendo sobre la mesa– llegaran rápidamente hasta donde estaba la máquina.

–Disculpe –murmuró mirando a una de las camareras–. ¿Tendría la bondad de echar una mano al doctor? –Movié la cabeza señalando el espacio de detrás del mostrador–. Quiere poner la máquina allí, ¿verdad, Doc?

Entraron en el cuartito utilizado como almacén que había detrás del bar. Dio las gracias a la camarera, cerró la puerta, activó la cerradura y colocó un montón de cajas delante de ella. Se volvió hacia el doctor y le sonrió. Stap parecía muy alarmado.

–¿Ve la pared que hay detrás de usted, Stap?

Los ojos del doctor fueron velozmente hacia la pared.

–Vamos a atravesarla con la ayuda de su máquina.

–¡No puede hacer eso! No...

Apoyó el cañón de una pistola aturdidora en su frente. Stap cerró los ojos. La esquina del pañuelo que asomaba del bolsillo de su pecho estaba temblando.

–Stap, he visto cuáles son los efectos de esa máquina y creo tener cierta idea de cómo funciona. Quiero un campo de corte, un cuchillo tan fino que sea capaz de cortar las conexiones moleculares... Si no hace ahora mismo lo que le he dicho le dejaré sin sentido y trataré de hacerlo sin su ayuda, y si me equivoco y me cargo la máquina cuando despierte tendrá que enfrentarse a una clientela muy, muy enfadada. Puede que decidan hacerle lo mismo que les hizo usted, pero sin esa máquina... ¿Hmm?

Stap tragó saliva.

–Mm... –farfulló. Una de sus manos se movió lentamente hacia su chaqueta–. Mmm..., mmmm..., mis he-he-herramientas.

Sacó la carterita que contenía las herramientas, se volvió hacia la máquina y abrió un panel.

La puerta que había detrás de ellos emitió un campanilleo. Fue hasta un estante, cogió un objeto de metal cromado que debía de formar parte del equipo utilizado en el bar, apartó las cajas –Stap se volvió a mirar, pero vio que el arma seguía apuntándole y se apresuró a darle la espalda– y colocó el objeto metálico en el hueco que había entre el panel de la puerta y el marco donde entraba al deslizarse. La puerta emitió un gorgoteo vagamente indignado y una lucecita roja empezó a parpadear sobre el botón abrir/cerrar. Volvió a poner el montón de cajas junto al panel.

–De prisa, Stap –dijo.

–¡Hago todo lo que puedo! –chilló el hombrecillo.

La máquina emitió un zumbido estridente y una protuberancia cilíndrica situada a un metro del suelo quedó envuelta en un resplandor azulado.

Contempló el cilindro y luego a Stap y entrecerró los ojos.

–¿Qué espera conseguir con eso? –preguntó el doctor.

–Siga trabajando, Doc. Tiene medio minuto antes de que intente arreglármelas sin su ayuda.

Miró por encima del hombro de Stap y vio que estaba manipulando un control circular dividido en grados.

Su única esperanza era utilizar la máquina para atacar todas las partes de la nave a las que consiguiera llegar. Tenía que dejarla incapacitada. Todas las naves tendían a ser complicadas y, hasta cierto punto, cuanto más tosca era una nave más paradójicamente complicados eran sus sistemas y si causaba los destrozos suficientes quizá consiguiera afectar algún punto lo suficientemente vital sin que la nave estallara en pedazos.

–Ya casi está –dijo el doctor.

Le lanzó una nerviosa mirada de soslayo y alzó un dedo tembloroso acercándolo a un botoncito rojo.

–De acuerdo, Doc –dijo él contemplando con cierta suspicacia los resplandores azulados que bailoteaban alrededor del cilindro–. Adelante –murmuró mientras se acuclillaba al lado de Stap.

–Hum... –El doctor tragó saliva–. Quizá sería mejor que retrocediera un poco. ¿Por qué no se pone ahí detrás?

–No. Intentémoslo, ¿de acuerdo?

Apartó a Stap y pulsó el botoncito rojo. El cilindro emitió un semi-disco de luz azulada que salió disparado por encima de sus cabezas y atravesó limpiamente las cajas que había amontonado detrás de la puerta. Líquidos de varias clases y colores empezaron a brotar de ellas y se esparcieron por el suelo. El zumbante disco azulado partió en dos los soportes de las estanterías y todo el conjunto se derrumbó. Contempló el estropicio y sonrió. Si hubiera estado de pie el campo azulado le habría partido en dos mitades.

–Un buen intento, Doc... –dijo.

La pistola aturdidora zumbó y el hombrecillo se desplomó tan fláccidamente como si estuviera hecho de arena mojada. Los estantes seguían dejando caer los paquetitos de aperitivos y los cartones de bebidas, y los que atravesaban el haz azulado llegaban al suelo hechos pedazos. Los líquidos se escapaban de los recipientes perforados esparcidos delante de la puerta. Oyó un golpear ahogado detrás de las cajas.

El olor a licores varios que estaba empezando a impregnar la atmósfera del pequeño almacén resultaba bastante agradable, aunque esperaba que los líquidos derramados no contuvieran la cantidad de alcohol suficiente para provocar un incendio. Hizo girar la máquina creando olitas en el charco de líquidos que iban acumulándose sobre el suelo del cuartito y el parpadeante semidisco azulado derribó unos cuantos estantes más antes de hundirse en el mamparo que había enfrente de la puerta.

La máquina tembló, el aire vibró con un chirriar estridente que le hizo rechinar los dientes y una masa de humo negro se arremolinó durante unos momentos alrededor de los estantes como si estuviera siendo impulsada por la luz azul y bajó rápidamente hacia el decímetro de líquidos varios que ya se habían acumulado en el suelo del pequeño almacén formando lo que parecía un banco de niebla en miniatura. Empezó a manipular los controles de la máquina. Una pantallita le mostró un holograma con la forma del campo y descubrió un par de palancas diminutas que servían para alterarlo convirtiéndolo en una elipse. Los temblores y sacudidas de la máquina se hicieron más violentos, el chirriar se volvió más estridente y el humo negro fue espesándose a su alrededor.

Los golpes ahogados que llegaban desde el otro lado del panel eran cada vez más fuertes. El cuartito se estaba llenando de humo, y empezó a sentir que la cabeza le daba vueltas. Empujó la máquina con un hombro y la mole metálica se movió con una especie de aullido. Algo cedió delante de ella.

Apoyó la espalda en la máquina y empujó con los pies. Oyó un ruido metálico delante de la máquina y ésta empezó a rodar alejándose de él. Giró sobre sí mismo, volvió a empujar con el hombro y se desplomó hacia adelante pasando junto a los estantes envueltos en humo. Cayó por un agujero de bordes rojizos y se encontró en una habitación llena de armarios metálicos. La mezcla de líquidos empezó a derramarse sobre el suelo de la habitación. Dejó la máquina allí donde la había llevado su último empujón, abrió un armario y descubrió una masa de filamentos iridiscentes delgados como cabellos que se enroscaban formando haces alrededor de una confusión de cables y varillas. Un tablero de control de escaso grosor y unos dos metros de longitud estaba cubierto de luces que se encendían y se apagaban, y el espectáculo le hizo pensar en una extraña ciudad linear vista de noche.

Frunció los labios y lanzó un ruidoso beso hacia los haces de fibras.

–Felicidades –murmuró–, has ganado el premio gordo.

Se inclinó sobre la zumbante masa de la máquina y manipuló los controles hasta dejarlos en unas posiciones bastante parecidas a las que había fijado Stap, pero alteró la forma del campo para que fuese circular y acabó dando plena potencia a los sistemas.

El disco azul se estrelló contra los armarios grises y los envolvió en un cegador torbellino de chispas. El estrépito fue ensordecedor. Dejó la máquina donde estaba, pasó por debajo del disco azul y chapoteó de regreso a la sala de control. Pasó sobre el aún inconsciente doctor Stap, apartó de una patada las cajas y recipientes que había colocado junto a la puerta y quitó la herramienta metálica incrustada en el hueco. El haz azulado visible por el agujero en la pared de la sala de control no llegaba hasta allí. Se incorporó, abrió la puerta empujándola con el hombro y cayó en brazos de un sorprendido oficial de la nave una fracción de segundo antes de que la máquina productora de campos estallara y la onda expansiva hiciera que los dos saliesen disparados a través del bar y acabaran en el salón.

Las luces del salón se apagaron un instante después.

III

El techo del hospital era tan blanco como las paredes y las sábanas. La superficie del iceberg también era blanca, y el día parecía haber perdido todos los colores. Los remolinos de agua cristalizada bailoteaban locamente junto a las ventanas del hospital. Los últimos cuatro días habían sido iguales, y los meteorólogos decían que la ventisca no empezaría a debilitarse hasta pasados dos o tres días más. Pensó en las tropas acurrucadas en las trincheras y cavernas talladas en las masas de hielo y no se atrevió a maldecir la tempestad que aullaba en el exterior, pues la ventisca significaba que había muchas probabilidades de que no combatieran. Los pilotos también se alegraban del mal tiempo pero intentaban disimularlo y maldecían ruidosamente a la ventisca que les impedía volar. Ya debían de estar enterados del pronóstico meteorológico, y pensó que a estas horas muchos de ellos ya se hallarían en las primeras fases de la borrachera.

Clavó la mirada en el panorama blanco que se extendía al otro lado de las ventanas. Se suponía que la visión del cielo azul era buena para los enfermos, y ésa era la razón de que construyeran los hospitales en la superficie cuando todo lo demás se encontraba debajo del hielo. Los muros exteriores del hospital estaban pintados de rojo para que las aeronaves del enemigo pudieran identificarlo sin dificultades y no lo atacaran. Había visto algunos hospitales enemigos desde el aire y había pensado que los puntitos rojos esparcidos sobre aquella blancura cegadora parecían gotas de sangre congeladas caídas de la herida de un soldado.

Las cortinas de nieve quedaron atrapadas en un vórtice de la ventisca y su danza circular hizo que un torbellino de blancura se materializara durante unos segundos junto a una ventana. Contempló el caos que caía del cielo y entrecerró los ojos como si ese esfuerzo de concentración pudiera permitirle descubrir algún tipo de pauta o modelo perdidos en el desorden de la ventisca. Alzó una mano y acarició el vendaje blanco que le rodeaba la cabeza.

Cerró los ojos e hizo un nuevo intento de recordar. Su mano cayó sobre las sábanas que le cubrían el pecho.

—¿Cómo estamos hoy? —le preguntó la enfermera.

Abrió los ojos y vio que estaba junto a la cabecera de su cama sosteniendo una sillita delante de ella. La joven colocó la sillita entre su cama y la cama vacía que había a su derecha. Era el único paciente que había en toda la sala. Llevaban más de un mes sin que hubiera ningún ataque a gran escala, y las otras camas estaban vacías.

La enfermera se sentó. Le sonrió y él le devolvió la sonrisa. Se alegraba de verla y de que tuviera tiempo para hablar con él.

—Bastante bien —replicó mientras asentía con la cabeza—. Sigo intentando recordar

lo que ocurrió.

La enfermera se pasó las manos por el regazo alisando los blancos pliegues de su uniforme.

–¿Qué tal van los dedos hoy?

Alzó las dos manos delante de su cara, movió los dedos de la mano derecha y clavó los ojos en la izquierda. Los dedos de la mano izquierda se movieron apenas una fracción de centímetro. Frunció el ceño.

–Más o menos igual –dijo como si pidiera disculpas a la joven por no haberlo hecho mejor.

–Esta tarde verás al doctor. Supongo que hablará con los especialistas para que te echen un vistazo.

–Lo que necesito es un fisioterapeuta para mi memoria –dijo él y cerró los ojos durante unos momentos–. Sé que había algo muy importante que debía recordar y...

No llegó a completar la frase. Acababa de darse cuenta de que había olvidado el nombre de la enfermera.

–No creo que tengamos fisioterapeutas de esa clase aquí –dijo la enfermera, y sonrió–. ¿Los había en el sitio de donde vienes?

Esto ya había ocurrido antes. Ayer, ¿verdad? Ayer también había olvidado su nombre..., ¿o no? La miró y sonrió.

–Debería responder diciendo que no me acuerdo –murmuró–. Pero... No, creo que no.

Había olvidado su nombre ayer, y el día anterior, pero tenía un plan. Había hecho algo que...

–Bueno, tienes la cabeza tan dura que quizá no los necesitaran.

La enfermera seguía sonriendo. Rió e intentó recordar en qué consistía el plan que se le había ocurrido. Era algo relacionado con el aliento, el soplar, y una hoja de papel...

–Quizá no –dijo.

Su dura cabezota... Ésa era la razón de que estuviera allí. Una cabeza muy dura o, por lo menos, más dura de las que estaban acostumbrados a tratar. Tenía la cabeza tan dura que no se había hecho pedazos cuando alguien le disparó... (Pero ¿por qué le habían disparado si no estaba combatiendo, cuando estaba entre los suyos, los pilotos de su mismo bando?)

Sólo había sufrido una fractura. Fractura y rotura del hueso sí, pero destrucción irreparable..., no, eso no.

Volvió la cabeza hacia el otro lado y contempló la mesilla que había junto a la cama. Encima de la mesilla había una hoja de papel doblada.

–No te fatigues intentando recordar las cosas –dijo la enfermera–. Puede que no las recuerdes, pero eso no tiene mucha importancia. Tu mente también necesita un

poco de tiempo para curarse, ¿comprendes?

La oía hablar y podía comprender sus palabras, pero no les prestaba mucha atención porque seguía intentando recordar lo que se había dicho a sí mismo el día antes. Esa hoja de papel... Tenía algo que ver con la hoja de papel, estaba seguro. Se llenó los pulmones de aire y sopló. La parte superior de la hoja de papel subió lo suficiente para que pudiese ver lo que había escrito debajo. TALIBE. La hoja de papel volvió a doblarse ocultando la palabra. Recordó que la había colocado en aquella posición para que la enfermera no pudiese verla.

La enfermera se llamaba Talibe. Claro. El nombre le era familiar.

–Estoy mejorando –dijo–. Pero había algo que tenía que recordar, Talibe. Era importante. Sé que lo era...

La enfermera se puso en pie y le dio una palmadita en el hombro.

–Deja de preocuparte. ¿Por qué no duermes la siesta? Correré las cortinas.

–No –dijo él–. Talibe, ¿puedes quedarte un rato más?

–Necesitas descansar, Cheradenine –dijo ella, y le puso una mano sobre la frente–. Volveré dentro de un rato para tomarte la temperatura y cambiarte el vendaje. Si necesitas alguna otra cosa usa el timbre. –Le acarició la mano, cogió la sillita blanca y fue hacia la puerta. Se detuvo en el umbral y le miró–. Oh, sí. Cuando te cambié el vendaje por última vez..., ¿recuerdas si me dejé las tijeras encima de la mesilla?

Miró a su alrededor y meneó la cabeza.

–Creo que no –dijo.

Talibe se encogió de hombros.

–Oh... Bueno.

Salió de la sala. Oyó el ruido que hizo al dejar la silla en el pasillo un segundo antes de que las puertas se cerraran detrás de ella.

Siguió contemplando la ventana.

Talibe se llevaba la silla cada vez que salía de la sala porque cuando despertó y la vio por primera vez perdió el control de sus nervios, y aunque su estado mental parecía haber mejorado mucho desde entonces le bastaba con ver la silla al pie de su cama cuando despertaba para que el miedo se adueñara de él y le hiciera temblar incontrolablemente. La visión de una silla le afectaba de tal forma que acabaron decidiendo colocar las sillas de la sala en un rincón donde no pudiera verlas, y Talibe o los médicos traían la silla desde el pasillo cada vez que venían a visitarle.

Ojalá pudiera olvidar todo aquello. Olvidar la silla, olvidar al Constructor de Sillas, olvidar el Staberinde... ¿Cuál era la razón de que aquellos recuerdos se mantuvieran tan frescos y claros después de un viaje tan largo y de que hubieran pasado tantos años? Y en cambio lo que había ocurrido hacía sólo unos días –cuando alguien le había disparado y le había dejado por muerto en el hangar– estaba tan

confuso como si fuese un objeto lejano visto a través de la ventisca.

Contempló las nubes congeladas que había al otro lado de las ventanas y el frenesí amorfo de la nieve. Su falta de significado parecía burlarse de él.

Dejó que su cuerpo se hundiera en la cama y que el montón de sábanas y mantas le sumergiese como una avalancha, y acabó quedándose dormido con la mano derecha debajo de la almohada y los dedos curvados sobre el metal de las tijeras que había cogido de la bandeja de Talibe el día anterior.

–¿Qué tal va la cabeza, viejo amigo?

Saaz Insile le arrojó una fruta. No logró pillarla al vuelo, por lo que tuvo que inclinarse y cogerla de su regazo, donde había aterrizado después de chocar contra su pecho.

–Mejorando –replicó.

Insile se sentó sobre la cama contigua, dejó caer su gorra encima de la almohada y se desabrochó el primer botón del uniforme. Su enmarañada cabellera negra hacía que su pálido rostro pareciera tan blanco como el caos de nieve que seguía cayendo sobre el mundo al otro lado de las ventanas.

–¿Cómo te están tratando?

–Muy bien.

–He visto que tienes una enfermera muy guapa.

–Talibe. –Sonrió–. Sí, no está nada mal.

Insile rió y se echó hacia atrás extendiendo los brazos a la espalda.

–¿No está mal? Zakalwe, es soberbia... ¿También se encarga de tu aseo personal?

–No. Puedo ir al cuarto de baño.

–¿Quieres que te rompa las piernas?

–Quizá te pida que me las rompas cuando lleve un poco más de tiempo aquí.

Se rió.

Insile también soltó una carcajada y clavó los ojos en la tormenta que se agitaba más allá de las ventanas.

–¿Qué tal va tu memoria? ¿Ha mejorado?

Sus dedos tiraron de un pliegue de la sábana blanca cerca de donde había dejado caer la gorra.

–No –dijo él. Tenía la impresión de que su memoria había mejorado, pero no quería decírselo a nadie. Tenía la vaga impresión de que compartir ese pequeño secreto quizá le trajera mala suerte–. Recuerdo que estaba con los demás, la partida de cartas y luego... –Después recordaba haber visto la silla blanca al pie de la cama y haber llenado sus pulmones con todo el aire del mundo y haber gritado con la potencia de un huracán hasta el fin de los tiempos o, por lo menos, hasta que Talibe entró en la sala y logró calmarle. («¿Livueta? –había murmurado–. Dar...

¿Livueta?») Se encogió de hombros—. Y cuando desperté estaba aquí.

—Bueno —dijo Saaz. Pasó la mano por los pantalones de su uniforme para alisar unas arrugas—. Tengo una buena noticia. Hemos conseguido limpiar la mancha de sangre del suelo del hangar.

—Espero tener ocasión de devolverle el favor a quien me disparó.

—Es lógico, pero te advierto que luego no te ayudaremos a limpiar el estropicio.

—¿Qué tal están los demás?

Saaz suspiró, meneó la cabeza y se pasó una mano por la nuca.

—Oh, siguen siendo la misma pandilla de tipos adorables y joviales de siempre. —Se encogió de hombros—. El resto del escuadrón... Te envían sus más cariñosos saludos y sus deseos de que te recuperes lo más pronto posible, pero esa noche... Se cabrearon bastante contigo. —Contempló al hombre que yacía en la cama—. Cheri, viejo amigo, no creo que haya nadie a quien le guste la guerra, pero... Hay formas y formas de decirlo, ¿no te parece? Me temo que metiste la pata... Todos apreciamos en su justo valor lo que has hecho. Sabemos que no se te ha perdido nada aquí, pero creo... Creo que algunos de los chicos... Bueno, creo que incluso eso les molesta un poco. Les oigo hablar de vez en cuando, y supongo que tú también les habrás oído. De noche, cuando tienen pesadillas... Hay momentos en que ves ese brillo extraño en sus ojos, como si supieran que tienen muy pocas probabilidades de salir enteros de todo esto. Están asustados. Si se lo dijera a la cara puede que intentaran meterme una bala en la cabeza, pero..., tienen miedo. Si hubiera alguna forma de escapar, algo que les pudiera sacar de este lío... Son hombres valientes y quieren luchar por su país, pero también quieren seguir vivos y cualquier persona que comprenda las pocas probabilidades de conseguirlo que tienen... Bueno, no creo que nadie pueda culparles por eso, ¿verdad? Sólo quieren una excusa honorable que les permita salvar la cara. No se atreven a pegarse un tiro en un pie, y ahora ya no hay nadie que salga a dar un paseo con calzado normal y vuelva con algún dedo congelado porque hubo demasiados que usaron ese truco al principio, pero les encantaría largarse. Tú no tienes ninguna razón para estar aquí..., pero estás. Decidiste luchar y muchos de ellos te odian por haber tomado esa decisión. Tu presencia hace que se sientan como unos cobardes porque saben que si estuvieran dentro de tu pellejo se encontrarían muy lejos de aquí diciéndoles a las chicas lo afortunadas que son por poder bailar con un piloto tan valeroso.

—Lo lamento. —Se acarició el vendaje de la cabeza—. Pero no tenía ni idea de que estuvieran tan cabreados...

—Oh, no están cabreados. —Insile frunció el ceño—. Y eso es lo más extraño de todo.

Se puso en pie, fue hacia la ventana más próxima y contempló la ventisca.

—Mierda, Cheri, la mitad de esos tipos te habrían invitado a ir al hangar y habrían

intentado aflojarte un par de dientes, pero... ¿un arma? –Meneó la cabeza–. No confiaría en ninguno de ellos para tenerle a mi espalda con un panecillo recién horneado o una bolsa llena de cubitos de hielo, pero si se tratara de un arma... –Volvió a menear la cabeza–. No me lo pensaría dos veces. No son de esos, ¿comprendes?

–Bueno, Saaz, puede que todo fueran imaginaciones mías –dijo él.

Saaz se volvió hacia la cama y le contempló con cara de preocupación. Vio que su amigo sonreía y eso pareció aliviarle un poco.

–Cheri, admito que no quiero imaginar que esté equivocado respecto a ellos, pero la alternativa es... Otra persona. No sé quién puede ser, y la policía militar tampoco.

–Me temo que no les ayudé demasiado –confesó él.

Saaz volvió a sentarse en la cama.

–¿No tienes ni idea de con quién hablaste después ni de adonde fuiste?

–No.

–Me dijiste que ibas a la sala de reuniones para echar un vistazo a los últimos objetivos.

–Sí, eso me han contado.

–Pero cuando Jine entró allí para invitarte a pasar un rato en el hangar por haber dicho esas cosas tan horribles sobre nuestro alto mando y lo pésimas que son nuestras tácticas... No estabas allí.

–No sé qué ocurrió, Saaz. Lo siento, pero yo...

Sintió el escozor de las lágrimas que acababan de invadir sus ojos y lo repentino de aquel acceso de llanto le sorprendió. Dejó la fruta sobre su regazo, sorbió aire por la nariz haciendo mucho ruido y se la limpió con la mano. Después tosió y se dio un par de golpes en el pecho.

–Lo siento –repitió.

Insile le observó en silencio mientras él alargaba la mano hacia la mesilla para coger un pañuelo.

Saaz se encogió de hombros y sonrió.

–Eh, no te tortures... Ya lo recordarás. Quizá fue alguien de las dotaciones de tierra que está cabreado contigo porque le has pisado los dedos demasiadas veces. Si quieres recordarlo el mejor sistema es no esforzarse demasiado y dejar que vuelva por sí solo.

–Sí. «Tienes que descansar...» Ya he oído esa frase antes, Saaz.

Cogió la fruta de su regazo y la puso encima de la mesilla.

–¿Quieres que te traiga algo en particular la próxima vez que venga a verte? –preguntó Insile–. Aparte de Talibe, claro, para la que quizá tenga mis propios planes si tú decides seguir con los brazos cruzados...

–No, gracias.

–¿Una botella de algo?

–No. Me estoy reservando para el bar.

–¿Libros?

–No, Saaz... No quiero nada, de veras.

–Zakalwe... –Saaz se rió–. Ni tan siquiera tienes alguien con quien hablar. ¿Qué diablos haces durante todo el día?

Volvió la cabeza hacia la ventana, no dijo nada y acabó mirando a Saaz.

–Pienso –murmuró por fin–. Intento recordar.

Saaz fue hacia la cama. Parecía muy joven. Se quedó inmóvil durante unos momentos como si no supiera qué hacer y acabó rozándole el pecho con el puño.

–No quiero que acabes perdido dentro de tu propia cabeza, viejo amigo –dijo sin apartar los ojos del vendaje.

Alzó los ojos hacia él y le contempló con el rostro inexpresivo.

–Oh, no te preocupes por eso –dijo–. Y, de todas formas, ya sabes que tengo un gran sentido de la orientación.

Saaz Insile era su amigo y había algo que quería decirle, pero tampoco lograba recordar de qué se trataba. Era algo que le advertiría de un peligro, porque ahora sabía algo de lo que antes no había sido consciente, y ese algo era... Sí, tenía que advertirle.

Había momentos en que el sentimiento de frustración llegaba a ser tan intenso que quería gritar, partir en dos las almohadas blancas y coger la silla blanca para destrozar las ventanas dejando entrar la loca furia blanca del exterior.

Se preguntó cuánto tardaría en morir congelado si las ventanas estuvieran abiertas.

Bueno, por lo menos sería una muerte apropiada... Había llegado aquí congelado, y partir en el mismo estado parecía casi lógico. Jugueteeó con la idea de que la razón oculta de todo lo ocurrido era un recuerdo impalpable, una afinidad oculta en la médula de sus huesos que le había traído a este sitio donde ejércitos ocultos en los inmensos icebergs desprendidos de sus gigantescos glaciares libraban grandes batallas mientras sus bases giraban como cubitos de hielo en un vaso de cóctel tan grande como un planeta. El campo de batalla era una confusión de islas heladas en continuo movimiento que formaban un cinturón entre el polo y el trópico. Algunas de esas islas medían centenares de kilómetros de longitud, y las espaldas de aquellos monstruos colosales eran como un desierto blanco puntuado por los cadáveres, las manchas de sangre y los restos de los aviones y los tanques.

Luchar por lo que acabaría derriéndose y jamás podría proporcionar alimentos, minerales o un sitio donde vivir parecía una caricatura casi deliberada de la consabida locura de la guerra. Combatir siempre le había gustado, pero aquella guerra y la

forma en que se libraba le parecían ridículas y el proclamar en voz alta sus opiniones hizo que acabara teniendo muchos enemigos entre los otros pilotos y entre sus propios superiores.

Pero sabía que Saaz tenía razón. La causa de que alguien hubiera intentado matarle no debía buscarse en las palabras que salieron de sus labios aquella noche. Al menos (dijo una vocecita dentro de él), sus palabras no eran la causa directa de lo ocurrido...

Recibió la visita de Thone, el jefe del escuadrón, y se sorprendió un poco al ver que no había querido encargarse esa tarea a algún subordinado.

–Gracias, enfermera –dijo en el umbral. Cerró la puerta, sonrió y fue hacia la cama con la silla blanca. Se sentó en ella y se irguió intentando que su barriga quedara lo más disimulada posible–. Bueno, capitán Zakalwe..., ¿qué tal vamos?

El olor a flores de su colonia favorita flotaba alrededor de Thone y no tardó en llegar hasta sus fosas nasales.

–Espero que podré volver a volar dentro de un par de semanas, señor –dijo él.

Thone nunca le había caído demasiado bien, pero intentó sonreír.

–¿De veras? –replicó Thone–. Vaya, vaya... Los doctores me han dicho otra cosa, capitán Zakalwe. Quizá la versión que le dan a usted se aparta un poco de la realidad.

Miró a su superior y frunció el ceño.

–Bueno, quizá..., quizá necesite un poco más de tiempo, señor.

–Capitán Zakalwe, me temo que quizá nos veamos obligados a enviarle a su casa –dijo Thone con una sonrisa muy poco sincera–. O por lo menos al continente, pues tengo entendido que su casa se encuentra muy lejos.

–Estoy seguro de que podré volver al servicio activo, señor. Naturalmente, comprendo que deberé pasar por un examen médico antes, pero...

–Sí, sí, sí –dijo Thone–. Bien, tendremos que esperar y ver, ¿verdad? Hmmm. Muy bien. –Se puso en pie–. ¿Puedo hacer alguna cosa...?

–No necesito que haga na... –empezó a decir, y se interrumpió al ver la expresión que sus palabras habían hecho aparecer en el rostro de Thone–. Disculpe, señor.

–Tal y como iba diciendo, capitán... ¿Puedo hacer alguna cosa por usted?

Inclinó la cabeza y clavó los ojos en la blancura de las sábanas.

–No, señor. Gracias, señor.

–Le deseo que se recupere lo más deprisa posible, capitán Zakalwe –dijo Thone con voz gélida.

Le saludó. Thone asintió, giró sobre sí mismo y se marchó.

En cuanto se hubo quedado solo permaneció inmóvil durante mucho rato sin apartar los ojos de la silla blanca.

La enfermera Talibe entró unos momentos después. Tenía los brazos cruzados

delante del pecho y sus rasgos redondos y pálidos estaban muy tranquilos.

–Intenta dormir –le dijo con afabilidad, y se llevó la silla.

Despertó de noche y vio el resplandor de las luces debilitado por la nevada. Los copos de nieve que caían del cielo quedaban silueteados contra los focos y se convertían en masas traslúcidas. El contraste con la áspera claridad blanca hacía que parecieran aún más blandas e ingravidas. La blancura que había más allá se mezclaba con la negrura de la noche y era percibida como un conjunto de tonos grisáceos.

Cuando despertó el aire olía a flores.

Metió la mano debajo de la almohada y sintió el contacto de la tijera.

Recordaba el rostro de Thone.

Recordaba la sala de misiones y los cuatro oficiales que le invitaron a tomar una copa con ellos y le dijeron que querían hablar.

Fueron a la habitación de uno de ellos –no podía recordar sus nombres, pero no tardaría en hacerlo y sabía que ya era capaz de reconocerlos si los veía–, le hablaron de lo que habían oído comentar que dijo cuando estaba en la sala de pilotos.

Y él estaba un poco bebido y creyó que se estaba comportando de una forma muy astuta, y que quizá descubriera algo interesante, y les dijo lo que sospechaba que querían oír y no lo que había dicho cuando estaba con sus compañeros.

Y descubrió una conspiración. Él quería que el nuevo gobierno fuera fiel a sus promesas populistas y pusiera fin a la guerra. Los oficiales querían montar un golpe, y necesitaban buenos pilotos.

Salió de su habitación dejándoles convencidos de que estaba a su favor sintiendo la agradable mezcla de embriaguez fruto del alcohol y la excitación nerviosa y fue en busca de Thone. Thone, el hombre duro pero justo; Thone, el hombre mezquino que no caía bien a nadie; Thone, vanidoso y siempre perfumado, pero un firme partidario y defensor del gobierno... (Aunque en una ocasión Saaz Insile dijo que hablaba a favor del gobierno cuando estaba con los pilotos y en contra de él cuando estaba con sus superiores.)

Y la expresión que vio en el rostro de Thone...

No entonces, sino algún tiempo después; después de que Thone le dijera que no hablara de lo ocurrido con nadie porque creía que quizá también hubiera traidores entre los pilotos, y le ordenó que se fuera a dormir como si no hubiese ocurrido nada, y le obedeció y se fue a la cama y cuando vinieron a buscarle seguía estando bastante borracho y tardó un segundo más de lo habitual en despertar, y eso les proporcionó el tiempo suficiente para taponarle la cara con un trapo impregnado de anestésico y mantenerlo allí mientras se debatía, pero acabó teniendo que respirar y los vapores le sumieron en la inconsciencia.

Los hombres que le habían narcotizado le arrastraron por los pasillos. Los

calcetines que cubrían sus pies se deslizaban sobre las baldosas sin hacer ningún ruido. Llegaron a uno de los hangares y alguien fue a ocuparse de los controles del ascensor, y él apenas si podía ver el trozo de suelo que tenía delante y no conseguía alzar la cabeza, pero podía oler el aroma a flores que desprendía el hombre de su derecha.

Las puertas se abrieron sobre sus cabezas con un chirriar metálico. Oyó el ruido de la tormenta y los aullidos del viento soplando en la oscuridad. Le llevaron hasta el ascensor.

Tensó los músculos, giró sobre sí mismo y lanzó una mano hacia el cuello de Thone. Vio su rostro, y la expresión de miedo y perplejidad que se adueñó de él. El otro hombre le agarró el brazo libre. Se debatió, apartó a Thone de un empujón y vio el arma en la funda del oficial.

Logró coger el arma. Recordaba haber gritado y haber quedado libre de las manos que le aprisionaban, pero no pudo mantener el equilibrio y cayó. Intentó disparar, pero el arma se negó a obedecerle. Las luces se encendían y se apagaban al otro extremo del hangar. «¡No está cargada! ¡No está cargada!», gritó Thone mirando a los demás. Todos volvieron la cabeza hacia el otro extremo del hangar. Había algunos aparatos que se interponían entre ellos y la pared, pero también había alguien más, alguien que gritaba y quería saber quién había abierto las puertas del hangar de noche mientras las luces del interior estaban encendidas.

No vio quién le disparó. Un martillo pilón se estrelló contra su sien y lo siguiente que vio fue la silla blanca.

La nieve iluminada por los focos parecía hervir al otro lado de los cristales.

No apartó los ojos de la ventana hasta el amanecer, y pasó todo ese tiempo recordando lo ocurrido.

–Talibe, quiero que envíes un mensaje al capitán Saaz Insile. Dile que debo verle lo más pronto posible. También necesito que te pongas en contacto con mi escuadrón. ¿Querrás hacerlo?

–Sí, naturalmente, pero antes tienes que tomar tu medicación.

La miró fijamente y le cogió la mano.

–No, Talibe. Telefona antes al escuadrón. –Le guiñó un ojo–. Por favor... Hazlo por mí.

Talibe meneó la cabeza.

–Eres el enfermo más inaguantable que he conocido.

Fue hacia la puerta y salió de la sala.

–Bien... ¿Va a venir?

–Está de permiso –dijo Talibe mientras cogía la tablilla de anotaciones para comprobar qué medicación estaba recibiendo.

–¡Mierda!

Saaz no le había dicho nada de un permiso.

–Capitán... Vaya lenguaje –dijo Talibe agitando una botella.

–La policía, Talibe. Llama a la policía militar... Tienes que hablar con ellos ahora mismo. Es muy urgente.

–La medicación primero, capitán.

–Está bien. ¿Me prometes que les llamarás apenas me la haya tomado?

–Prometido. Abre la boca.

–Aaaaah...

Maldito fuera Saaz por estar de permiso, y doblemente maldito por no haberle dicho nada. Y Thone... ¡Qué desfachatez tan increíble! Venir a verle al hospital para averiguar si se acordaba de lo ocurrido...

¿Y qué habría ocurrido si así fuera?

Volvió a meter la mano bajo la almohada para asegurarse de que las tijeras seguían allí y sintió el frío contacto del metal.

–Les he explicado que se trataba de un asunto muy urgente y me aseguraron que vendrían lo más pronto posible –dijo Talibe cuando entró, esta vez sin la silla. Se volvió hacia las ventanas y la tormenta que seguía haciendo estragos al otro lado de los cristales–. Y tengo que darte algo para que estés despierto. Te quieren lo más lúcido posible.

–¡Estoy despierto y no puedo estar más lúcido!

–No protestes y trágate estas píldoras.

Se las tragó.

Se quedó dormido con los dedos tensos alrededor de las tijeras ocultas debajo de la almohada y la blancura del exterior se fue acercando hasta que acabó atravesando el cristal mediante un proceso de osmosis, y se dirigió hacia su cabeza como si hubiera una fuerza que la atraía en esa dirección, y giró lentamente trazando órbitas alrededor de ella, y se unió al toroide blanco del vendaje y lo disolvió y lo desenredó y depositó los restos en el rincón de la habitación donde las sillas blancas murmuraban y hacían planes, y fue tensándose lentamente alrededor de su cráneo ejerciendo una presión cada vez mayor mientras giraba con la estúpida danza circular de los copos de nieve, más y más deprisa, más y más cerca, hasta que los copos de nieve se convirtieron en la banda fría y rígida del vendaje que le oprimía la cabeza, y cuando lograron encontrar la herida fueron abriéndose paso por su piel y su cráneo e hicieron que su cerebro se transformara en una fría y crujiente masa de cristales blancos.

Talibe abrió las puertas de la sala y dejó entrar a los oficiales.

–¿Estás segura de que se encuentra inconsciente?

–Le di el doble de la dosis habitual. Si no está inconsciente es que ha muerto.

–Aún tiene pulso. Cógele de los brazos.

–De acuerdo... ¡Arriba! ¡Eh, mira esto!

–Vaya.

–Fue un descuido mío. Me preguntaba dónde habían ido a parar... Lo siento.

–Te has portado muy bien, jovencita. Ahora será mejor que nos dejes solos, y gracias. No olvidaremos este favor.

–De acuerdo...

–¿Qué?

–Será..., será rápido, ¿verdad? Quiero decir... ¿Lo harán antes de que despierte?

–Claro. Oh, sí, claro. No se enterará. No sentirá absolutamente nada.

Y cuando despertó tenía frío y estaba encima de la nieve, y la ráfaga helada que salió de lo más hondo de su ser y atravesó su piel por cada poro alejándose con un alarido estridente hizo que aún fuera más consciente del frío.

Despertó y supo que iba a morir. La ventisca ya le había entumecido un lado del rostro. Una mano estaba pegada a la capa de nieve apisonada sobre la que yacía. Seguía vistiendo el pijama del hospital. El frío no era frío, sino un dolor que le aturdí y le embotaba y que intentaba devorar su cuerpo desde todas las direcciones a la vez.

Alzó la cabeza y miró a su alrededor. Vio unos metros de nieve bañados por lo que quizá fueran los primeros rayos de sol de la mañana. La ventisca se había debilitado un poco, pero seguía siendo insoportable.

La última temperatura que había oído mencionar era de diez grados bajo cero, pero el impacto del viento hacía que pareciera mucho más baja. La cabeza, las manos, los pies, los genitales..., el dolor estaba por todas partes.

El frío le había despertado. Tenía que haber sido el frío. Debía de haberle despertado muy deprisa, o de lo contrario ya estaría muerto. Debían de haberle dejado allí. Si lograra averiguar en qué dirección se habían alejado, si pudiera seguirles...

Intentó moverse, pero no lo consiguió. Lanzó un grito silencioso, trató de llevar a cabo el mayor esfuerzo de voluntad de toda su existencia., y lo único que consiguió fue girar sobre sí mismo y acabar sentado en la nieve.

El esfuerzo estuvo a punto de resultar excesivo. Tuvo que extender las manos hacia atrás y apoyarse en la nieve para no caer. Sintió que sus dos manos empezaban a convertirse en dos pedazos de hielo, y comprendió que nunca conseguiría levantarse.

«Talibe...», pensó, pero la ventisca se apoderó del pensamiento y se lo llevó dando tumbos.

Olvídate de Talibe. Te estás muriendo. Hay cosas más importantes en las que pensar.

Contempló las profundidades lechosas de la ventisca que venía hacia él y le dejaba atrás, y pensó que parecía un enjambre de estrellas diminutas y blandas que tuvieran mucha prisa y se movieran velozmente en todas direcciones. Al principio sintió un millón de alfilerazos calientes en el rostro, pero su piel no tardó en ir perdiendo la sensibilidad.

«Haber recorrido tanta distancia para acabar muriendo en una guerra que no me importa en lo más mínimo...», pensó. Que ridículo parecía todo ahora. Zakalwe, Elethiomel, Staberinde; Livueta, Darckense. Los nombres desfilaron por su mente y acabaron alejándose hechos pedazos por el aullido del viento y el frío que le iba dejando sin fuerzas. Tenía la sensación de que su rostro se encogía y se resecaba poco a poco, y podía notar como el frío iba atravesando su piel y sus globos oculares para llegar hasta la lengua, los dientes y los huesos.

Logró liberar una mano de la nieve a la que había quedado pegada y la anestesia del frío hizo que apenas sintiera el dolor de su palma despellejada. Abrió la chaqueta del pijama arrancando los botones y expuso la pequeña cicatriz de su pecho al embate helado del viento. Volvió a apoyar la mano en la nieve y alzó la cabeza. Los huesos de su cuello parecieron rechinar y crujir con cada centímetro del movimiento, como si el frío ya se hubiera instalado dentro de sus articulaciones.

–Darckense... –le murmuró al hervor helado de la ventisca.

Y entonces fue cuando vio a la mujer que venía hacia él caminando a través de la tempestad tan tranquilamente como si ésta no existiera.

La mujer calzaba botas negras y vestía un abrigo muy largo con adornos de piel negra en el cuello y las mangas, y llevaba un sombrero en la cabeza.

Su cuello y su rostro carecían de protección, y tampoco llevaba guantes. Tenía el rostro ovalado y los ojos muy oscuros y profundos. La mujer se detuvo ante él y la tormenta que había detrás de ella pareció hendirse a su espalda, y sintió algo más que la proximidad de aquella silueta alta y esbelta, y todas las partes de su cuerpo que estaban encaradas hacia ella captaron algo parecido al calor.

Cerró los ojos. Meneó la cabeza sin hacer caso del dolor que le produjo aquel gesto. Volvió a abrir los ojos.

La mujer seguía allí.

Había puesto una rodilla sobre la nieve y tenía las manos apoyadas encima de esa rodilla. Su rostro quedaba a la altura del de él. Se inclinó hacia adelante, volvió a liberar una mano de la nieve que intentaba fundirse con ella (no sintió nada, pero cuando se puso la mano delante de la cara vio la carne despellejada y la sangre que la

cubría). Intentó tocarle la cara, pero la mujer le cogió la mano antes de que pudiera hacerlo. Estaba caliente, y él pensó que jamás había experimentado una sensación tan deliciosa.

La mujer le acarició la mano, la tormenta se partió en dos a su alrededor y su aliento creó una nubécula en el aire, y él la miró y se echó a reír.

–Maldición –dijo. Sabía que el frío y la droga que le habían administrado hacían que su voz sonara pastosa y casi incomprensible–. Llevo toda mi jodida vida siendo ateo, ¡y ahora resulta que esos gilipollas tenían razón! –Jadeó y acabó tosiendo–. ¿O es que también les das una pequeña sorpresa a ellos no apareciendo cuando van a morir?

–Me halaga, señor Zakalwe –dijo la mujer. Tenía una voz incomparable, maravillosamente ronca y sensual–. No soy ni la Muerte ni una diosa imaginaria. Soy tan real como usted... –Su largo y fuerte pulgar acarició la carne desgarrada de su palma–. Aunque no estoy tan fría, claro.

–Oh, estoy seguro de que eres real –dijo él–. Puedo sentir que eres realmen...

No pudo seguir hablando. Acababa de ver lo que había detrás de la mujer. Una forma inmensa de un blanco grisáceo algo más oscuro que el color de la nieve estaba materializándose entre los remolinos de la ventisca. La silueta pareció surgir del suelo detrás de la mujer subiendo poco a poco, y la tormenta dejó de existir en un radio de tres metros a su alrededor.

–Es un módulo con capacidad para doce personas, Cheradenine –dijo la mujer–. Ha venido para sacarte de aquí si ése es tu deseo, aunque también puede llevarte al continente. O aún más lejos... Puede llevarte con nosotros, si lo prefieres.

Estaba harto de parpadear y menear la cabeza. No sabía cuál era la parte de su mente que deseaba divertirse con aquel juego tan extraño, pero tendría que seguirle la corriente todo el tiempo que hiciera falta. No tenía ni idea de si existía alguna relación entre esto y el Staberinde y la Silla, pero si había alguna relación –¿y cómo podía no haberla?–, su estado de debilidad actual haría que cualquier intento de oponer resistencia resultara inútil. Bien, adelante. No tenía elección.

–¿Contigo? –preguntó intentando no reír.

–Con nosotros. Queremos ofrecerte un trabajo. –La mujer sonrió–. Pero creo que hablaríamos más a gusto en un sitio menos frío, ¿no te parece?

–¿Un sitio donde haga menos frío?

La mujer movió la cabeza señalando lo que había detrás de ella.

–Dentro del módulo –dijo.

–Oh, claro –dijo él–. Eso...

Intentó despegar su otra mano de la nieve y no lo consiguió.

Volvió la cabeza hacia la mujer y vio que acababa de sacar un frasquito de su bolsillo. Alargó el brazo por detrás de su espalda y fue derramando el contenido del

trasquilo sobre su mano. La piel se fue calentando y la mano no tardó en quedar libre. Cuando se la miró vio que había quedado envuelta en una nubécula de vapor.

–¿De acuerdo? –preguntó la mujer. Le cogió de la mano, le ayudó a levantarse y sacó un par de zapatillas de su bolsillo–. Ten.

–Oh. –Se rió–. Sí, gracias.

La mujer le puso una mano en el hombro y deslizó el otro brazo por debajo del suyo. Era fuerte.

–Parece que sabes cómo me llamo –dijo él–. ¿Cuál es tu nombre, suponiendo que no se trate de una pregunta impertinente?

La mujer sonrió y le ayudó a recorrer los escasos metros que les separaban de aquella mole a la que había llamado módulo. La nieve caía cerca de ellos y los copos pasaban velozmente arrastrados por el viento, pero el rugir de la tormenta se había esfumado y el silencio era tan absoluto que podía oír el crujir de sus pies moviéndose sobre el suelo nevado.

–¿Mi nombre? –exclamó la mujer–. Me llamo Rasd-Coduresa Diziet Embless Sma da'Marenhide.

–¡Me tomas el pelo!

–Pero puedes llamarme Diziet.

Tuvo que soltar otra carcajada.

–Sí... De acuerdo, te llamaré Diziet.

Entraron en el calor y la luz anaranjada del interior del módulo, ella caminando y él tambaleándose. Las paredes parecían estar hechas de una madera muy lisa y suave, los asientos de algo que parecía cuero y el suelo era como una inmensa alfombra de piel. El aire olía como un jardín de montaña.

Intentó llenarse los pulmones con aquella atmósfera cálida y perfumada. Se tambaleó, estuvo a punto de perder el equilibrio y se volvió hacia la mujer.

–¡Esto es real! –jadeó poniendo cara de perplejidad.

Si hubiera tenido aliento suficiente para ello habría gritado.

La mujer asintió.

–Bienvenido a bordo, Cheradenine Zakalwe.

Consiguió volverse hacia ella antes de perder el conocimiento y caer al suelo.

Doce

Estaba inmóvil en la galería con el rostro vuelto hacia la luz. La brisa cálida hacía que los cortinajes blancos ondularan lentamente a su alrededor. El silencio era absoluto. La caricia del viento apenas si lograba agitar algunos mechones de su larga cabellera negra. Tenía las manos cruzadas detrás de la espalda, y parecía pensativo. Los cielos silenciosos y levemente nublados que se extendían sobre las montañas más allá de la fortaleza y la ciudad proyectaban una claridad suave y casi tamizada sobre todas las superficies y ángulos de su rostro, y su postura y la sencillez de las ropas oscuras que vestía hacían que pareciese tan insustancial como una estatua o un cadáver precariamente apoyado en un baluarte para engañar al enemigo.

Alguien pronunció su nombre.

–Zakalwe. ¿Cheradenine?

–¿Qué...? –Recobró el conocimiento y se encontró contemplando el rostro de un anciano que le pareció vagamente familiar–. ¿Beychae? –se oyó preguntar.

Por supuesto. Aquel anciano era Tsoldrin Beychae. No recordaba que fuese tan mayor.

Miró a su alrededor y aguzó el oído. Oyó un zumbido y vio un pequeño camarote de paredes desnudas. ¿Un barco? ¿Una nave espacial?

Osom Emananish, dijo la voz de su memoria. Nave espacial, clíper, con destino a..., algún planeta cerca de Imbren (fuera lo que fuese aquel lugar y estuviera donde estuviese). Los Habitáculos de Impren... Tenía que llevar a Beychae a los Habitáculos de Impren. Un instante después se acordó del hombrecillo y su maravillosa máquina de campos y del disco azul que había producido. Hurgó a mayor profundidad –algo que no habría podido hacer sin el entrenamiento y los sutiles cambios efectuados por la Cultura–, y encontró el rastro de la memoria siempre activada que se encargaba de seleccionar los datos imprescindibles que debían ser conservados de entre todos los que almacenaba su cerebro. La habitación con los haces de fibras ópticas; el beso enviado con la punta de los dedos por la única razón de que era justamente lo que le apetecía hacer en aquel momento; la explosión y el haber salido despedido a través del bar hasta aterrizar en la sala; el golpe en la cabeza... El resto era muy vago, y se reducía a gritos lejanos y la sensación de que le cogían y le transportaban a otro lugar. Las voces que su cerebro había captado mientras estaba inconsciente no eran más que sonidos confusos.

Se quedó inmóvil durante unos momentos escuchando lo que le estaba diciendo su cuerpo. No había conmoción cerebral. Su riñón derecho había sufrido algunos

daños leves, tenía montones de morados, abrasiones en ambas rodillas, cortes en la mano derecha..., y a su nariz aún le faltaba un poco para volver a la normalidad.

Se incorporó y volvió a examinar el camarote. Paredes de metal, dos catres, un taburete ocupado por Beychae...

–¿Estoy encerrado?

Beychae asintió.

–Sí. Esto es la prisión de la nave.

Se reclinó en el catre. Se dio cuenta de que llevaba puesto un mono de tripulante desechable. El pendiente-terminal había desaparecido de su oreja y el lóbulo se encontraba lo bastante irritado para hacerle sospechar que el transceptor había opuesto cierta resistencia a separarse de él.

–¿Tú también o sólo yo? –preguntó.

–Sólo tú.

–¿Y la nave?

–Creo que nos dirigimos hacia el sistema estelar más próximo. El motor principal no funciona y estamos usando los impulsores de emergencia.

–¿Cuál es el sistema estelar más próximo?

–Bueno, el único planeta habitado se llama Murssay. Ciertas zonas del planeta están luchando con otras..., es uno de esos conflictos a pequeña escala de los que me hablaste. Es posible que no nos permitan aterrizar.

–¿Aterrizar? –Se acarició la nuca y soltó un gruñido. El morado de allí parecía ser el más grande de toda su colección–. Esta nave no puede aterrizar. No está construida para desplazarse dentro de la atmósfera.

–Oh –murmuró Tsoldrin–. Bueno, quizá querían decir que no nos darían permiso para pisar la superficie del planeta.

–Hmmm. Debe de haber algún tipo de instalación orbital. Tienen una estación espacial..., ¿no?

Beychae se encogió de hombros.

–Supongo que sí.

Miró al anciano y recorrió el camarote con la mirada dejando bien claro que buscaba algo.

–¿Qué saben de ti? –preguntó mientras movía exageradamente los ojos en todas direcciones.

Beychae sonrió.

–Saben quién soy. He hablado con el capitán, Cheradenine. Recibieron una transmisión de la compañía naviera dándoles orden de regresar, aunque no sabían por qué. Ahora ya lo saben. El capitán podía escoger entre esperar la llegada de unidades navales Humanistas que vendrían a recogernos o poner rumbo hacia Murssay y optó por escoger esta última solución, aunque creo que recibió ciertas presiones de la

Gobernación a través de la empresa naviera. Al parecer recalcó el hecho de que informó a sus superiores de lo ocurrido en la nave y de quién era yo mediante el canal de emergencia.

–Con lo que todo el mundo está enterado, ¿no? –Sí. Supongo que a estas alturas todo el Grupo de Sistemas sabe quiénes somos, pero lo importante es que tengo la impresión de que el capitán quizá sienta cierta simpatía hacia nuestra causa.

–Sí, pero... ¿qué ocurrirá cuando lleguemos a Murssay?

–Que nos veremos libres de su presencia, señor Zakalwe –dijo un altavoz situado encima de su cabeza.

Se volvió rápidamente hacia Beychae. –Espero que tú también hayas oído eso.

–Creo que quizá sea el capitán –dijo Beychae.

–Soy el capitán –dijo la voz–, y acaban de informarnos de que deberemos despedirnos antes de llegar a la estación de Murssay. Parecía un poco irritado.

–¿De veras, capitán?

–Sí, señor Zakalwe. Acabo de recibir una transmisión militar de la Hegemonarquía Balzeit de Murssay. Quieren recogerle a usted y al señor Beychae antes de que entremos en contacto con la Estación. Han amenazado con atacarnos si no les obedecemos y tengo intención de hacer lo que piden; enviaré una protesta oficial y les obedeceré de mala gana, desde luego, pero..., francamente, librarme de ustedes será un gran alivio. Ah, me permito añadir que la nave en la que pretenden transportarles debe de tener unos doscientos años de antigüedad y enterarme de que sigue estando en condiciones de viajar por el espacio ha sido una auténtica sorpresa. Faltan un par de horas para que lleguemos, y si esa nave consigue presentarse en el punto de cita me temo que su viaje por la atmósfera de Murssay puede ser bastante movido. Señor Beychae, creo que si hablara con los dirigentes de Balzeit quizá pudiera convencerles de que le dejaran seguir viaje con nosotros hasta la Estación de Murssay. Sea cual sea su decisión, señor, le deseo que tenga un feliz viaje. Beychae permaneció inmóvil sobre su pequeño taburete.

–Balzeit –dijo asintiendo con expresión pensativa–. Me pregunto qué querrán de nosotros...

–Te quieren a ti, Tsoldrin –dijo él sacando los pies del catre–. ¿Están del lado de los buenos? –preguntó poniendo cara de incertidumbre–. Maldición, hay demasiadas guerras...

–Bueno, en teoría lo están –dijo Beychae–. Creo que opinan que los planetas y las máquinas pueden tener alma.

–Ya me lo imaginaba –replicó él. Se puso en pie, flexionó los brazos y movió los hombros–. Si la Estación de Murssay es territorio neutral será mejor que vayas ahí, aunque supongo que esos tipos de Balzeit sólo te quieren a ti.

Se frotó la nuca e intentó recordar cuál era la situación en Murssay. Murssay era

justo el tipo de planeta que podía provocar el estallido de una guerra a gran escala. El conflicto que enfrentaba a fuerzas militares relativamente arcaicas se libraba entre Consolidacionistas y Humanistas. Balzeit formaba parte del bando Consolidacionista, aunque su alto mando era una especie de sacerdocio. No estaba muy seguro de qué podían querer de Beychae, aunque creía recordar que los sacerdotes se tomaban muy en serio el culto a los héroes. Claro que... Bueno, quizá se habían enterado de que Beychae estaba cerca y sólo querían retenerle para pedir un rescate.

La vieja nave espacial de Balzeit llegó al punto de cita seis horas más tarde.

—¿Es a mí a quien quieren?

El grupo inmóvil delante de la escotilla estaba formado por él, Beychae, el capitán del Osom Emananish y cuatro figuras vestidas con trajes que empuñaban armas. Los cascos de los trajes dejaban ver rostros de piel morena un poco pálidos cuyas frentes estaban adornadas por un círculo azul. Los círculos parecían brillar, y preguntó si los llevaban porque algún extraño principio de generosidad religiosa les obligaba a ayudar en todo lo posible a los francotiradores del enemigo.

—Sí, señor Zakalwe —dijo el capitán, un hombrecillo rechoncho que llevaba la cabeza afeitada—. Le quieren a usted, no al señor Beychae —añadió sonriendo.

Miró al capitán y se volvió hacia los cuatro hombres armados.

—¿Qué están tramando? —le preguntó a Beychae.

—No tengo ni idea —admitió Beychae.

—¿Por qué quieren que vaya con ustedes? —preguntó extendiendo una mano hacia los cuatro hombres armados.

—Por favor, señor, le rogamos que nos acompañe —dijo uno de los hombres.

El tono vacilante de la voz que brotó del sistema de comunicación de su traje indicaba que no estaba muy familiarizado con aquel idioma.

—¿«Por favor»? —repitió él—. ¿Quiere decir que tengo alguna otra elección?

El hombre daba la impresión de sentirse bastante incómodo. Habló durante unos momentos sin que el altavoz del traje emitiera ningún sonido y acabó volviéndose hacia él.

—Noble Zakalwe, es muy importante que venga. Debe venir. Es muy importante.

—Así que debo ir... —dijo como si hablara consigo mismo. Meneó la cabeza y se volvió hacia el capitán—. Capitán... Señor, ¿podría devolverme mi pendiente?

—No —replicó el capitán con una sonrisa beatífica—. Y ahora, salga de mi nave.

La nave era pequeña y todos los sistemas parecían muy rudimentarios. Hacía calor, y el aire olía a electricidad y a circuitos recalentados. Le dieron un traje viejo para que se lo pusiera, le acompañaron hasta una litera y le indicaron que se

abrochara los correajes de seguridad. Que te hicieran poner un traje dentro de una nave siempre era mala señal. Los hombres que habían venido a buscarle se instalaron detrás de él. Los tres tripulantes –también con trajes– parecían sospechosamente ocupados, y le bastó con verles para tener la algo inquietante impresión de que los controles manuales situados delante de ellos no eran sólo para un caso de emergencia.

La reentrada en la atmósfera fue espectacular. La nave fue abofeteada por los vientos, crujió y quedó envuelta en una burbuja de gases iridiscentes (Se dio cuenta de que no estaba viendo imágenes transmitidas y sintió un vacío en el estómago. Aquello eran ventanas de cristal o plástico reforzado, no pantallas...), y el aullido del aire que atravesaban se fue haciendo cada vez más estridente. La atmósfera de la nave se volvió aún más asfixiante. El parpadeo de las luces, el nervioso parloteo de la tripulación y algunos movimientos apresurados seguidos por más murmullos no ayudaban a tranquilizarle. El resplandor desapareció y el cielo pasó del violeta al azul; los vientos volvieron a abofetear el casco.

Se adentraron en la noche y se sumergieron en una capa de nubes. La oscuridad hacía que las luces parpadeantes de los paneles de control parecieran aún más inquietantes.

Aterrizaron en plena tormenta sobre lo que parecía una pista improvisada. Los cuatro hombres que habían abordado el Osorn Emananish lanzaron más bien débiles gritos de alegría cuando el tren de aterrizaje –supuso que debía de consistir en un juego de ruedas– entró en contacto con el suelo. La nave rodó entre sacudidas y vibraciones durante lo que le pareció un tiempo preocupantemente largo y sufrió dos patinazos bastante espectaculares.

Cuando se detuvo los tres tripulantes se quedaron muy quietos en sus asientos con los brazos colgando fláccidamente hacia el suelo de la nave y los ojos clavados en la noche y la lluvia que caía del cielo. Ninguno de los tres dijo una sola palabra.

Se libró de los correajes y se quitó el casco. Los cuatro hombres que tenía a la espalda se levantaron y fueron hacia la compuerta interior de la nave.

Cuando abrieron la compuerta exterior revelaron un confuso panorama de lluvia, luces, camiones, tanques y unos cuantos edificios no muy altos como telón de fondo, así como a unas doscientas personas. Algunas vestían uniformes de apariencia militar y otras largas túnicas empapadas por la lluvia. Unas cuantas intentaban proteger a sus acompañantes con paraguas, y todas parecían llevar la marca circular en la frente. Una docena de hombres de cabellos blancos vestidos con túnicas fueron hacia el final del tramo de peldaños que llevaba desde la nave al suelo. Todos eran de edad avanzada, y la lluvia se deslizaba por sus rostros.

–Por favor, señor...

Uno de los hombres que habían ido al clíper extendió la mano indicándole que debían bajar. Los hombres de las túnicas y los cabellos blancos se colocaron al pie de

la escalera formando una especie de punta de flecha.

Bajó por la escalera y se detuvo en la pequeña plataforma que había al final de ésta. Las gotas de lluvia empezaron a caer sobre un lado de su rostro.

Todos los presentes se pusieron a gritar y los ancianos congregados al final de la escalera inclinaron la cabeza y colocaron una rodilla en el suelo cubierto de charcos de aquella pista azotada por el viento. Un cegador destello de luz azulada hendió las tinieblas que se acumulaban más allá del grupo de edificios y su fugaz claridad iluminó las montañas y colinas que se perdían en la lejanía. Las personas que habían venido a recibirles empezaron a cantar. Necesitó unos momentos para comprender la palabra que estaban gritando. «¡Za-kal-we! ¡Za-kal-we!», canturreaban a coro con toda la fuerza de sus pulmones.

–Oh, oh –murmuró.

El trueno retumbó en las colinas.

–Sí... ¿Podrías repetirlo?

–Mesías...

–Me gustaría que no siguieras utilizando esa palabra.

–¡Oh! Oh, bien, noble Zakalwe... ¿Qué tratamiento deseáis que empleemos?

–Ah... ¿Qué os parecería...? –Movié las dos manos como si no supiera qué decir-. ¿Señor?

–¡Noble Zakalwe, oh, noble y gran señor, vuestra llegada había sido profetizada! ¡Habéis sido visto de antemano!

Estaban en un vagón de ferrocarril. El gran sacerdote sentado enfrente de él se retorció las manos.

–¿«Visto de antemano»?

–¡Así es! ¡Sois nuestra salvación, nuestra recompensa divina! ¡Habéis sido enviado!

–Enviado... –repitió él.

Seguía intentando acostumbrarse a su nueva situación.

Los reflectores de la pista se encendieron poco después de que hubiera puesto los pies en el suelo. Los sacerdotes se apelotonaron a su alrededor y la presión de un montón de manos cayó sobre sus hombros guiándole desde la pista de cemento hasta un transporte blindado. Los reflectores se apagaron y les dejaron sumidos en una penumbra donde las únicas fuentes de luz eran los débiles reflejos de los faros del transporte y los tanques que entraban por las mirillas. Todos los faros estaban protegidos por pantallas, y apenas si daban luz. Le llevaron a una estación de ferrocarril donde subieron a un vagón que se alejó traqueteando por la noche.

El vagón no tenía ventanas.

–¡Oh, sí! Una de las tradiciones de nuestra fe nos ordena buscar influencias

exteriores porque siempre son mucho más poderosas y venerables que las otras. –El gran sacerdote (le había dicho que se llamaba Napoerea) hizo una especie de reverencia–. ¿Y quién más poderoso y venerable que el hombre que fue ComMil?

ComMil... Tuvo que hurgar en las profundidades de su memoria para comprender de qué estaba hablando. ComMil... Sí, ése era el puesto que había ocupado según la jerga de los medios de comunicación del Grupo de Sistemas. Había sido Director de Operaciones Militares cuando él y Tsoldrin Beychae tomaron parte por última vez en la enloquecida danza de la política. Beychae se convirtió en ComPol y se encargó de los asuntos puramente políticos (¡ah, esas maravillosas distinciones!).

–ComMil... –asintió, aunque seguía sin entender nada–. ¿Y creéis que puedo ayudaros?

–¡Noble Zakalwe! –exclamó el gran sacerdote. Saltó de su asiento y se arrodilló en el suelo delante de él–. ¡Sois todo aquello en lo que creemos!

Bajó la vista hacia el gran sacerdote y se reclinó en los almohadones del asiento.

–¿Puedo preguntar por qué?

–¡Vuestras hazañas son legendarias! ¡Han quedado grabadas en nuestras mentes desde la última gran desgracia! Antes de morir nuestro Guiador profetizó que la salvación vendría «desde más allá de los cielos», y vuestro nombre fue uno de los que mencionó. ¡Habéis venido a nosotros en nuestra hora de más desesperada necesidad! ¡Sois la salvación que se nos había prometido!

–Comprendo –dijo él sin comprender nada–. Bueno, veremos qué se puede hacer...

–¡Mesías!

El tren se detuvo en una estación perdida en el centro de la nada. Fueron escoltados desde ella hasta un ascensor y luego a un conjunto de habitaciones que se le dijo daba a la ciudad que había debajo de ella, pero las ventanas estaban opacadas. Las pantallas internas habían sido desactivadas. Los adornos y el mobiliario eran de lo más opulento y pasó un rato inspeccionando las habitaciones.

–Sí, muy bonitas. Gracias.

–Y aquí están vuestros jovencitos –dijo el gran sacerdote.

Descorrió una cortina del dormitorio y reveló media docena de muchachos esparcidos sobre una cama inmensa en posturas de considerable languidez.

–Bien..., yo..., eh... Gracias –murmuró con una inclinación de cabeza dirigida al gran sacerdote.

Se volvió hacia los muchachos, les sonrió y todos le devolvieron la sonrisa.

Estaba tumbado en la cama ceremonial del palacio con las manos detrás del cuello. De repente oyó un «pop» y vio una esfera de luz azulada que no tardó en desaparecer dejando en su lugar una máquina minúscula que tendría el tamaño de un pulgar humano.

–¿Zakalwe?

–Hola, Sma.

–Escucha...

–No, escúchame tú. Me gustaría saber qué mierda está sucediendo aquí.

–Zakalwe –dijo Sma a través del proyectil explorador–, es un poco complicado, pero...

–Pero tengo que seguirle la corriente a una pandilla de sacerdotes homosexuales convencidos de que voy a resolver todos sus problemas militares, ¿verdad?

–Cheradenine... –dijo Sma con el tono de súplica que empleaba cuando quería que se le pasara el enfado–. Estas personas han logrado incorporar la creencia en tus proezas marciales al conjunto de dogmas de su religión. No querrás desilusionarles, ¿verdad?

–Oh, sería de lo más sencillo, créeme.

–Cheradenine, te guste o no lo cierto es que estas personas te consideran una leyenda viviente. Creen que eres capaz de hacer grandes cosas.

–Bien, ¿y qué se supone que debo hacer?

–Guiarles. Convertirte en su general.

–Sí, creo que eso es lo que esperan de mí. Pero... ¿qué es lo que realmente debo hacer?

–Sólo eso –dijo la voz de Sma–. Conviértete en su líder. Beychae se encuentra en la Estación de Murssay, y de momento la Estación ha sido considerada como territorio neutral. Parece que ha decidido ayudarnos... Zakalwe, ¿es que no lo entiendes? –La voz de Sma sonaba tensa y exultante–. ¡Les tenemos atrapados! Beychae está haciendo lo que queríamos que hiciera, y en cuanto a ti basta con que...

–¿Qué?

–Basta con que seas tú mismo. ¡Ponte al frente de sus tropas!

–Sma... –murmuró mientras meneaba la cabeza–. ¿Por qué no pruebas a explicármelo como si fuera retrasado mental? ¿Qué se supone que debo hacer?

El proyectil le transmitió el suspiro de Sma.

–Ganar su guerra por ellos, Zakalwe. Estamos dando apoyo a las fuerzas con las que deberás trabajar. Si consiguen salir vencedores y si Beychae apoya al bando que gane la guerra, quizá podamos cambiar el curso de la situación política en todo el Grupo. –Oyó como tragaba aire–. Zakalwe, tenemos que hacerlo. Nuestras manos están atadas hasta cierto punto, pero necesitamos que hagas algo. Gana su guerra por ellos y quizá podamos salir de este atolladero. Hablo en serio.

–Estupendo, y yo también hablo en serio –dijo sin apartar los ojos del proyectil de exploración–. Pero ya he echado un vistazo a sus mapas y estos tipos están metidos en un lío muy gordo. Si quieres que ganen la guerra... Bueno, creo que haría falta un auténtico milagro.

–Inténtalo, Cheradenine. Por favor...

–¿Tendré ayuda de alguna clase?

–Eh... ¿Qué quieres decir?

–Datos, Sma. Si pudierais mantenerme informado de lo que hace el enemigo...

–Ah, no, Cheradenine. Lo siento, pero es imposible.

–¿Qué? –exclamó, y se irguió en la cama.

–Lo siento, Zakalwe, te lo aseguro, pero... Fue una de las condiciones que nos impusieron. La situación es terriblemente delicada y tenemos que mantenernos lo más alejados posible de ella. El proyectil ni tan siquiera debería estar aquí, y tendrá que marcharse muy pronto.

–Entonces... Tendré que arreglármelas por mí mismo, ¿no?

–Lo siento –dijo Sma.

–¡Más lo siento yo! –gritó él, y se dejó caer sobre la cama.

Recordaba que hacía algún tiempo Sma le había dicho que no debía jugar a los soldaditos. «Nada de jugar a los malditos soldaditos», pensó mientras recogía sus cabellos en la nuca y rodeaba la cola de caballo con la banda elástica. Estaba amaneciendo. Dio unos golpecitos sobre la cola de caballo con la punta de los dedos y se volvió hacia los gruesos cristales de las ventanas para contemplar una imagen distorsionada de la ciudad envuelta en nieblas que empezaba a despertar. El amanecer teñía de rojo las cimas de las montañas que se alzaban sobre ella, y el cielo estaba muy azul. Contempló con cara de disgusto la túnica sobrecargada de adornos que los sacerdotes esperaban verle utilizar y empezó a ponérsela de bastante mala gana.

La Hegemonarquía y sus adversarios, el Imperio de Glaseen, ya llevaban seiscientos años luchando por el control del subcontinente de tamaño más bien modesto en el que vivían cuando el resto del Grupo de Sistemas fue a hacerles una visita en las extrañas estructuras flotantes que llamaban naves-cielo. La visita había tenido lugar hacía unos cien años y comparadas con las otras sociedades de Murssay la Hegemonarquía y el Imperio estaban bastante atrasadas incluso antes de recibirla. El resto del Grupo de Sistemas les llevaba varias décadas de ventaja tecnológica y unos cuantos siglos de ventaja moral y política. Antes de que fueran contactados los nativos luchaban con ballestas y cañones de carga delantera. Había pasado un siglo, y ahora tenían tanques..., montones de tanques. Tenían tanques, artillería, camiones y unas cuantas aeronaves muy poco eficientes. Cada bando poseía algún armamento de prestigio parcialmente importado pero, básicamente, regalado por algunas de las

sociedades más avanzadas del Grupo. La Hegemonarquía poseía una nave espacial de sexta o séptima mano; el Imperio contaba con unos cuantos proyectiles que casi todos los expertos creían no estaba en condiciones de manejar y, aparte de eso, que carecían de toda utilidad política porque se suponía que poseían cabezas nucleares. La opinión pública del Grupo podía tolerar la ayuda tecnológica para seguir librando una guerra inútil siempre que los hombres, las mujeres y los niños fueran muriendo en hornadas relativamente pequeñas y de forma regular, pero la idea de un millón de personas incineradas en un segundo o de una ciudad destruida por una detonación nuclear resultaba impensable.

De momento el Imperio parecía a punto de convertirse en el ganador de una guerra convencional cuyo campo de batalla era el territorio de dos países empobrecidos. Si hubieran podido quedar libres de las interferencias exteriores las dos sociedades probablemente habrían empezado a dominar la energía del vapor, pero por el momento los caminos estaban llenos de campesinos refugiados, las carretas cargadas con el mobiliario y las posesiones de casas enteras se balanceaban entre las cunetas y los tanques se encargaban de arar los campos mientras la eliminación de las chabolas y la limpieza de terrenos corrían a cargo de los bombarderos.

La Hegemonarquía se estaba retirando por las llanuras y las montañas y sus cada vez más exhaustas tropas huían ante la caballería motorizada del Imperio.

Acabó de ponerse la túnica y fue directamente a la sala de mapas. Unos cuantos oficiales del Estado Mayor se levantaron de un salto para ponerse en posición de firmes al verle entrar y se frotaron los ojos en un intento de espabilarse. Vistos por la mañana los mapas tenían tan mal aspecto como la noche anterior, pero aun así los inspeccionó durante un buen rato. Se fijó en las posiciones de sus fuerzas y en las del Imperio, hizo algunas preguntas a los oficiales e intentó decidir hasta qué punto podía confiar en su servicio de inteligencia y averiguar cuál era el nivel de la moral de las tropas.

Los oficiales parecían estar bastante más enterados de la situación de las tropas enemigas que del estado anímico de sus propios hombres.

Asintió en silencio, volvió a examinar los mapas y abandonó la sala para desayunar con Napoerea y el resto de los sacerdotes. En cuanto acabaron les llevó a todos de vuelta a la sala –lo normal habría sido que los sacerdotes regresaran a sus aposentos para dedicarse a la contemplación– y les hizo más preguntas.

–Y quiero un uniforme como el de estos tipos –dijo señalando a uno de los oficiales de enlace que había en la sala de mapas.

–Pero, noble Zakalwe... –dijo Napoerea poniendo cara de preocupación–. ¡Llevar puesto ese uniforme os rebajaría!

–Y llevar puesto algo tan incómodo me impedirá moverme –replicó él señalando

con la mano la larga y pesada túnica que le cubría—. Quiero echar un vistazo al frente.

—Pero... ¡Estamos en la ciudadela sagrada! Todos los datos de nuestros servicios de inteligencia vienen aquí y todas las plegarias de nuestra gente se dirigen a...

—Napoerea —dijo él poniendo una mano sobre el hombro del gran sacerdote—, ya lo sé, pero necesito examinar la situación con mis propios ojos. Acabo de llegar, ¿lo recuerdas? —Contempló los rostros de los otros sacerdotes y sus más o menos aparatosas expresiones de infelicidad y preocupación—. Estoy seguro de que vuestro sistema de hacer las cosas funciona siempre que las circunstancias sean idénticas a como han sido en el pasado —dijo muy serio—, pero yo soy nuevo aquí, y si quiero averiguar las cosas que probablemente ya sabéis tendré que utilizar nuevos sistemas. —Se volvió hacia Napoerea—. Necesitaré mi propia aeronave. Un aparato de reconocimiento modificado servirá, y quiero dos cazas como escolta.

Los sacerdotes habían opinado que desplazarse los treinta kilómetros de distancia que les separaban del espaciopuerto era el colmo de la temeridad y la falta de respeto a la ortodoxia. La idea de revolotear por todo el subcontinente les pareció una locura pura y simple.

Pero él pasó los días siguientes haciendo precisamente eso. Los combates habían entrado en una fase de relativa calma —las fuerzas de la Hegemonarquía seguían huyendo y el Imperio se dedicaba a consolidar sus últimas conquistas—, y eso le facilitó un poco la tarea. Llevaba un uniforme muy sencillo que carecía incluso de la media docena de cintas y medallas que hasta el oficial de enlace más bisoño parecía necesitar para sentir que su existencia estaba justificada. Habló con los generales y coroneles más desmoralizados, grises y acostumbrados a las campañas difíciles que pudo encontrar, y también habló con los oficiales que servían a sus órdenes y con los soldados y tripulantes de los tanques, y con los cocineros, encargados de los suministros, ordenanzas y médicos. La mayoría de conversaciones requerían los servicios de un intérprete, ya que sólo los oficiales de mayor rango hablaban la lengua común del Grupo de Sistemas; pero aun así sospechaba que las tropas se sentían más cerca de alguien que hablaba otro idioma pero que les hacía preguntas que de alguien que hablaba el mismo idioma que ellos y sólo lo empleaba para dar órdenes.

Otra de las cosas que hizo durante la primera semana de su estancia allí fue visitar cada base aérea de cierta importancia y hablar con el personal de la Fuerza Aérea para averiguar qué opinaban y cuál era su estado emocional. La única persona a la que tendía a ignorar durante esas visitas era al siempre vigilante sacerdote que cada escuadrón, regimiento o fuerte poseía como jefe titular. Los cuatro o cinco sacerdotes asignados a puestos militares con los que habló al principio de su gira no le proporcionaron ninguna información útil, y ninguno de los que vio a continuación

parecía tener nada interesante que añadir al saludo inicial prescrito por los rituales. Hacia el segundo día de sus viajes llegó a la conclusión de que el peor problema al que debían enfrentarse los sacerdotes era ellos mismos.

–¡La provincia de Shenastri! –exclamó Napoerea–. ¡Pero allí hay doce santuarios o lugares religiosos de gran importancia! ¿Y os proponéis abandonarla sin presentar batalla?

–Recuperaréis los templos en cuanto hayamos ganado la guerra, y probablemente también conseguiréis montones de tesoros nuevos que guardar dentro de ellos. Los templos caerán tanto si intentamos defenderlos como si no, y si combatimos hay muchas probabilidades de que sufran graves daños o de que acaben convertidos en ruinas. Mi plan garantiza que quedarán intactos, y les obliga a estirar muchísimo sus líneas de suministros. Escucha, las lluvias empezarán dentro de... ¿Cuánto tiempo? ¿Un mes? Cuando estemos listos para contraatacar sufrirán graves problemas de aprovisionamiento. Los terrenos empapados por la lluvia que tendrán detrás les impedirán conseguir nuevos suministros, y cuando empecemos el ataque no podrán retirarse. Ñapo, viejo amigo..., es un plan soberbio, créeme. Si fuera un comandante del otro bando y viera que me ofrecen toda esta zona en bandeja jamás me acercaría a menos de un millón de kilómetros de ella, pero los chicos del Ejército Imperial tendrán que caer en la trampa porque la Corte jamás les permitirá seguir ningún otro curso de acción. Pero ellos saben que es una trampa, ¿comprendes? Eso tendrá efectos terribles sobre su moral.

–No sé, no sé...

Napoerea meneó la cabeza, se llevó las dos manos a la boca y se dio masaje en el labio inferior mientras contemplaba el mapa con cara de preocupación.

(«Está clarísimo que no lo sabes –pensó él mientras observaba las señales de nerviosismo que le enviaba el cuerpo del sacerdote–. Hace generaciones que no os enteráis de nada, amigos...»)

–Tiene que hacerse –dijo–. La retirada debería empezar hoy mismo. –Volvió la cabeza hacia otro mapa–. Que la Fuerza Aérea interrumpa los bombardeos y la obstrucción de los caminos. Quiero que los pilotos descansen dos días y luego quiero que ataquen estas refinerías de petróleo. –Señaló su situación con un dedo–. Quiero una incursión masiva. Utilizad todos los aparatos en condiciones de volar capaces de recorrer esa distancia.

–Pero si dejamos de atacar los caminos y carreteras...

–El número de refugiados que los satura aumentará todavía más –dijo él–. Eso retrasará al Ejército Imperial más de lo que podría hacerlo cualquier acción nuestra. Quiero que destruyáis algunos de estos puentes. –Señaló un par de ellos, se volvió hacia Napoerea y le lanzó una mirada de perplejidad–. Oye, ¿habéis firmado algún

acuerdo que prohíba bombardear los puentes o algo parecido?

–Siempre hemos pensado que destruir los puentes obstaculizaría el contraataque, aparte de que nos parecía... La verdad es que nos parecía un desperdicio de recursos –confesó el sacerdote de mala gana.

–Bueno, pues estos tres puentes tienen que desaparecer. –Dio unos golpecitos sobre el mapa–. Eso y el ataque a las refinerías debería introducir algo de arena en las rutas por las que transportan el combustible –dijo dando una palmada y frotándose las manos.

–Pero creemos que el Ejército Imperial posee grandes reservas de combustible –protestó Napoerea con cara de preocupación.

–Aunque las tengan los comandantes se moverán con mucha más cautela en cuanto sepan que ya no recibirán más suministros –replicó él–. Son gente precavida, ¿comprendes? Pero apuesto a que sus reservas no son tan considerables como creéis. Lo más probable es que ellos también creen que vuestras reservas son mayores de lo que son en realidad, y con todos los avances que han llevado a cabo últimamente... Créeme, si el ataque a las refinerías sale bien puede que empiecen a dejarse dominar por el pánico.

Napoerea se frotó el mentón y contempló los mapas con expresión apesadumbrada.

–Todo este plan me parece muy..., muy aventurado –replicó por fin.

El gran sacerdote logró impregnar esa palabra con una carga de aborrecimiento y desprecio tan enorme que de haber estado en otras circunstancias y en otra compañía se habría echado a reír.

Los sacerdotes protestaron, pero logró persuadirles de que debían abandonar su preciosa provincia y sus muchos e importantes santuarios religiosos al enemigo, y también acabaron aprobando el ataque a gran escala contra las refinerías.

Visitó a los soldados que se retirarían y las principales bases aéreas que tomarían parte en el ataque a las refinerías. Después pasó un par de días recorriendo las montañas en camión para inspeccionar las defensas. Había un valle con una presa que quizá les proporcionara una trampa muy efectiva si el Ejército Imperial llegaba hasta allí (se acordó de la isla de cemento, la joven que lloraba y gritaba y la silla). Mientras recorría las pésimas carreteras que unían los fuertes de las colinas vio un centenar de aeronaves que pasaban zumbando sobre su cabeza con las alas cargadas de bombas rumbo a las llanuras cuyo silencio no tardarían en destrozarse.

El ataque a las refinerías se cobró un alto precio. Uno de cada cuatro aparatos no volvió a su base, pero el Ejército Imperial detuvo su avance un día después de la incursión. Había albergado la esperanza de que seguirían avanzando más tiempo –el combustible no les llegaba directamente de las refinerías, por lo que habrían podido continuar adelante durante una semana o más–, pero los altos mandos del Ejército

Imperial actuaron con su cautelosa prudencia habitual y dieron la orden de detener el avance.

Voló al espaciopuerto donde la nave espacial –de día su aspecto era aún más ruinoso e inseguro– estaba siendo lentamente remendada y reparada por si se daba la eventualidad de que volviera a ser necesaria. Habló con los técnicos, recorrió aquel viejo artefacto y descubrió que la nave tenía un nombre. Se llamaba La Hegemonarquía Victoriosa.

–Es una vieja táctica militar llamada decapitación –les explicó a los sacerdotes–. La Corte Imperial va al lago de Willitice al comienzo de cada Segunda Estación, y el alto mando se desplaza hasta allí para informar de la situación. Dejaremos caer la Victoriosa sobre sus cabezas el día en que lleguen.

Los sacerdotes pusieron cara de perplejidad.

–¿Con qué, noble Zakalwe? ¿Una fuerza de comandos? La Victoriosa sólo puede transportar...

–No, no –dijo él–. Utilizaremos la nave como si fuera una bomba gigante. La pondremos en órbita y la haremos bajar en una trayectoria que terminará sobre el Palacio del Lago. La nave pesa algo más de cuatrocientas toneladas, y aunque sólo viaje a diez veces la velocidad del sonido la detonación será tan potente como la de una pequeña bomba nuclear. Eliminaremos a toda la Corte y el alto mando de una sola tacada, y haremos una oferta de paz dirigida al parlamento de los burgueses. Si tenemos un poco de suerte eso provocará una gran conmoción y disturbios civiles, y hay muchas probabilidades de que el parlamento piense que se le presenta una oportunidad magnífica de conseguir el poder real y decida aprovecharla. El ejército querrá hacerse con el control de la situación, y puede que acabe teniendo que retroceder para librar una guerra civil. Los aristócratas jóvenes empezarán a competir entre ellos, y eso hará que el jaleo sea aún más grande.

–Pero eso significa que la Victoriosa quedará destruida, ¿no? –preguntó Napoerea.

Los otros sacerdotes habían empezado a menear la cabeza.

–Bueno, sospecho que un impacto a una velocidad de cuatro o cinco kilómetros por segundo le abollará un poco el casco, desde luego.

–Pero... ¡Zakalwe! –rugió Napoerea en lo que éste pensó era una imitación bastante lograda de una pequeña explosión nuclear–. ¡Es absurdo! ¡No puedes hacer eso! La Victoriosa es un símbolo de... ¡Es nuestra esperanza! Todo nuestro pueblo la considera...

Sonrió y dejó que el sacerdote siguiera hablando y protestando durante un rato. Estaba casi seguro de que los sacerdotes pensaban usar la Hegemonarquía victoriosa para escapar si las cosas acababan poniéndose excesivamente feas.

Esperó a que Napoerea hubiera terminado y empezó a hablar.

–Lo comprendo, caballeros, pero la nave espacial se halla en muy mal estado. He hablado con los técnicos y con los pilotos, y me han informado de que la consideran como una auténtica trampa mortal. Fue un milagro que lograra traerme hasta aquí entero... –Hizo una pausa y observó como los hombres con el círculo azul en la frente se contemplaban los unos a los otros. El murmullo se hizo un poco más intenso, y sintió deseos de sonreír. Bien, al parecer había logrado asustarles un poquito...–. Lo siento, pero la Victoriosa está acabada y mi plan es el último servicio que puede rendirnos. –Sonrió–. Y hay bastantes probabilidades de que ese último servicio nos proporcione la Victoria...

Les dejó a solas para que discutieran los conceptos del bombardeo en picado a velocidades hipersónicas (no, la misión no necesitaría un grupo de pilotos suicidas. Los ordenadores de la nave eran perfectamente capaces de ponerla en órbita y hacerla descender siguiendo una trayectoria recta), la falta de respeto a los símbolos (como si a los campesinos y los obreros de las fábricas pudiera importarles mucho la destrucción de aquel juguete fruto de la alta tecnología) y la Decapitación (probablemente la idea que más preocupaba a los sacerdotes. ¿Y si el Imperio decidía hacer algo parecido con ellos?). Les aseguró que el Imperio no se encontraría en condiciones de tomar represalias, y cuando ofrecieran la paz el mensaje contendría alusiones clarísimas a que habían usado un proyectil y no la nave espacial, y se daría a entender que contaban con más proyectiles disponibles. Era mentira, claro, y probarlo no resultaría demasiado difícil –sobre todo si alguna de las sociedades más sofisticadas del planeta decidía ponerse en contacto con el Imperio y explicarle lo que había ocurrido en realidad–, pero aun así bastaría para que quien se hiciera con las riendas del poder en el otro bando tuviera que tomar decisiones con la mente nublada por la preocupación. Además, si temían las represalias del Imperio siempre les quedaba el recurso de abandonar la ciudad, ¿no? Decidió aprovechar el tiempo que necesitarían para ponerse de acuerdo y emprendió otra serie de visitas a las unidades del ejército.

El Ejército Imperial reanudó su avance, aunque con más lentitud que antes. Había dado orden de que las tropas de la Hegemonarquía retrocedieran hasta posiciones muy cercanas a las primeras estribaciones montañosas y ordenó que quemaran las escasas cosechas por recoger y que destruyeran los pueblos que iban dejando atrás. Cada vez que abandonaban una base área dejaban bombas que tardarían días en estallar ocultas debajo de las pistas de aterrizaje y cavaban gran cantidad de agujeros que daban la impresión de poder contener bombas.

Supervisó personalmente una gran parte de la preparación de las líneas defensivas y siguió visitando las bases aéreas, cuarteles regionales y unidades operativas. También siguió ejerciendo presión sobre los sacerdotes para que, como mínimo,

tomaran en consideración la posibilidad de utilizar la nave espacial en su plan de cercenar la cabeza del Imperio.

Estaba muy ocupado. Se dio cuenta de ello una noche cuando se disponía a dormir en un viejo castillo que se había convertido en cuartel general de operaciones para aquella parte del frente (el cielo se había llenado de flores luminosas suspendidas sobre las hileras de árboles que cubrían el horizonte, y poco después de que anoheciera el aire había temblado con las vibraciones de un bombardeo). Ocupado y –tuvo que admitirlo –contento... Dejó los últimos informes sobre el suelo junto al catre de campaña, apagó la luz y se quedó dormido casi al momento.

Dos semanas después de su llegada, y luego tres. Las pocas noticias que llegaban del exterior parecían indicar que no ocurría nada, pero sospechaba que esa nada era el fruto de una actividad muy intensa y que las tensiones y manejos políticos habían alcanzado un nivel de intensidad sin precedentes. Beychae seguía en la Estación de Murssay y había establecido contactos con todos los bandos enfrentados. No había tenido noticias de la Cultura, y se preguntó si alguna vez se les había llegado a olvidar algo. Quizá se habían olvidado de él, quizá le habían abandonado para que siguiera atrapado hasta el fin de los tiempos en la absurda guerra de los sacerdotes y el Imperio...

Las defensas se fueron consolidando. Los soldados de la Hegemonarquía cavaban trincheras y construían baluartes, pero la mayoría de ellos no tenían que soportar el fuego enemigo y el Ejército Imperial acabó deteniéndose delante de las primeras estribaciones de montañas. Dio orden de que la Fuerza Aérea atacara las líneas de aprovisionamiento y las unidades más destacadas, y de que hiciera incursiones contra las bases aéreas más próximas.

–Hay demasiadas tropas alrededor de la ciudad. Las mejores tropas deberían estar en el frente. El ataque no tardará en llegar y si queremos que el contraataque funcione –y podría funcionar estupendamente si sucumben a la tentación de jugárselo todo a una sola carta, sobre todo ahora que tienen tan pocas reservas– necesitaremos que esas unidades de élite estén allí donde puedan servir de algo.

–No debemos olvidar el problema de la inquietud entre los civiles –dijo Napoerea.

Parecía viejo y cansado.

–Dejad unas cuantas unidades aquí y haced que se muevan por las calles para que la gente no se olvide de su presencia, pero... Maldición, Napoerea, la mayoría de los soldados se pasan todo el tiempo en los cuarteles. Hacen falta en el frente. Tengo el sitio preciso para colocar esas unidades. Mira...

No le había dicho que quería tentar al Ejército Imperial para que se lanzara al ataque definitivo, y la ciudad iba a ser el cebo. Envío a las tropas de élite a los pasos

de las montañas. Los sacerdotes contemplaron las grandes extensiones de territorio que habían perdido y acabaron dando el visto bueno a los preparativos de la decapitación. La Hegemonarquía Victoriosa empezaría a ser preparada para su último vuelo, aunque no sería utilizada a menos que la situación pareciese realmente desesperada. Les prometió que antes intentaría ganar la guerra por los medios convencionales.

El ataque llegó cuarenta días después de su llegada a Murssay. El Ejército Imperial se lanzó hacia los bosques que cubrían las faldas de las colinas y los sacerdotes se dejaron dominar por el pánico. Hizo que la Fuerza Aérea concentrara sus ataques sobre las líneas de aprovisionamiento y dio órdenes de no atacar el frente. Las líneas defensivas fueron cediendo una a una. Las unidades se retiraron y los puentes saltaron por los aires. Las colinas se convirtieron en montañas y el Ejército Imperial fue siendo canalizado poco a poco hacia los valles. Las cargas situadas debajo de la presa no estallaron. Su segundo intento de utilizar el truco de la presa falló, y tuvo que desplazar dos unidades de élite para cubrir el paso desde el que se dominaba aquel valle.

–Pero ¿y si abandonamos la ciudad?

Los sacerdotes parecían perplejos. Sus ojos daban la impresión de estar tan vacíos como el círculo azul pintado sobre sus frentes. El Ejército Imperial avanzaba lentamente por los valles haciendo retroceder a los soldados de la Hegemonarquía ante él. No había parado de repetirles que todo iría bien, pero la situación empeoraba a cada momento. No tenían otra solución. La guerra parecía estar perdida, y ya era demasiado tarde para que intentaran volver a tomar el control. La noche anterior el viento había soplado desde las montañas a la ciudad, y trajo consigo el distante rugir de la artillería.

–Si creen que pueden hacerlo intentarán tomar la ciudad –les explicó–. Es un símbolo y... Oh, es una ciudad preciosa, de acuerdo, pero no tiene mucha importancia militar. Se lanzarán sobre ella. Dejaremos pasar a las tropas que podemos controlar y cerraremos los pasos..., aquí –dijo dando unos golpecitos sobre el mapa.

Los sacerdotes menearon la cabeza.

–¡Caballeros, esto no es una desbandada! Nuestras tropas se están retirando de forma ordenada, pero sus soldados sufren muchas más bajas y su moral y su estado físico es mucho peor que el de los nuestros. Cada metro que conquistan debe ser pagado con sangre, y sus líneas de aprovisionamiento se van haciendo más largas a cada momento que pasa. Debemos llevarles hasta el punto en el que empiecen a pensar si no sería conveniente retirarse, y cuando estén pensando en ello les pondremos delante de los ojos la posibilidad, la posibilidad aparente, de asestar el golpe decisivo que acabaría con nosotros. Pero ese golpe decisivo no acabará con

nosotros, sino con ellos. –Les fue mirando uno a uno–. Créanme..., funcionará. Puede que deban abandonar la ciudadela durante un tiempo, pero les garantizo que cuando vuelvan será para celebrar la victoria.

No parecieron muy convencidos, pero acabaron dejando que se saliera con la suya, quizá porque estaban tan agotados que no les quedaban fuerzas para discutir.

El proceso requirió unos cuantos días. El Ejército Imperial fue avanzando por los valles y las fuerzas de la Hegemonarquía resistieron, se retiraron, resistieron, se retiraron..., pero finalmente –había mantenido los ojos bien abiertos para captar las señales indicadoras de que los soldados imperiales estaban empezando a cansarse y de que los tanques y camiones no siempre podían moverse cuando habrían querido porque el combustible empezaba a escasear– decidió que si estuviera al mando de las fuerzas enemigas empezaría a pensar en detener el avance. Esa noche la mayor parte de los contingentes de la Hegemonarquía atrincherados en el paso que llevaba a la ciudad abandonaron sus posiciones. La batalla se reanudó a la mañana siguiente, y los hombres de la Hegemonarquía se retiraron de repente cuando faltaba muy poco para que fuesen aplastados. Un general del Alto Mando Imperial perplejo e interesado, pero aún exhausto y preocupado, observó mediante sus binoculares el lejano convoy de camiones que se arrastraba a lo largo del paso que conducía hasta la ciudad mientras era hostigado por los aparatos imperiales. Reconocimiento sugirió que los sacerdotes infieles estaban haciendo los preparativos para abandonar la ciudadela. Los espías habían indicado que su nave espacial estaba siendo preparada para alguna misión que se salía de lo corriente.

El general envió un radiograma al Alto Mando de la Corte. La orden de avanzar sobre la ciudad llegó al día siguiente.

Estaba observando las expresiones preocupadas de los sacerdotes que se iban congregando en la estación de tren oculta debajo de la ciudadela. Al final había tenido que persuadirles de que no ordenaran el ataque decapitador. «Dejadme probar otra cosa antes», les había dicho.

No había forma humana de que se entendieran entre sí.

Los sacerdotes sólo eran capaces de ver el territorio que habían perdido y la fracción que habían abandonado, y pensaban que todo había acabado para ellos. Él veía sus divisiones relativamente intactas, sus unidades frescas y sus grupos de élite atrincherados justo allí donde debían estar como si fueran otros tantos cuchillos hundidos o a punto de hundirse en el cuerpo de un enemigo agotado que no había sabido detener su despliegue a tiempo..., y pensaba que el Imperio estaba acabado.

El tren se puso en marcha. No logró resistir la tentación y alzó una mano para despedirlo pensando que los sacerdotes estarían mucho mejor en uno de los gigantescos monasterios de la cordillera contigua, allí donde no pudieran estorbarle.

Subió corriendo la escalera que llevaba a la sala de mapas para ver qué tal iba todo.

Esperó a que un par de divisiones hubieran cruzado el paso y dio la orden de que las unidades que lo habían defendido –y que no habían huido por él, sino que se habían retirado ordenadamente a los bosques que se extendían alrededor del paso– debían entrar en acción y volver a tomarlo. La ciudad y la ciudadela fueron bombardeadas, aunque el bombardeo no resultó demasiado preciso o efectivo. Los cazas de la Hegemonarquía lograron derribar a la mayoría de los bombarderos enemigos. El contraataque había empezado por fin. Empezó movilizándolo a las tropas de élite y acabó utilizando la totalidad de sus efectivos. La Fuerza Aérea pasó los dos primeros días de la operación concentrando sus ataques sobre las líneas de aprovisionamiento. Después se olvidó de ellas y atacó el frente. El Ejército Imperial vaciló y sus líneas empezaron a tambalearse. Era como si se hubiese convertido en una riada incapaz de salvar la hilera de montañas que la mantenían encerrada como detrás del muro de una presa excepto en un sitio (y hasta ese hilillo iba secándose en su desesperado avance hacia la ciudad, dejando atrás el paso, luchando a través de los bosques y los campos en un intento desesperado de alcanzar la meta resplandeciente que seguían creyendo podía permitirles ganar la guerra...), y la inundación acabó retrocediendo. Los soldados estaban demasiado agotados y los suministros de municiones y combustible que conseguían llegar hasta ellos eran demasiado escasos y esporádicos.

La Hegemonarquía seguía controlando los pasos y las fuerzas bajo su mando fueron bajando lentamente de las montañas. Los soldados imperiales debían de tener la impresión de que su vida se había convertido en un continuo disparar hacia lo alto, y si el avance había sido un esfuerzo lento y peligroso la retirada resultaba casi ridículamente fácil.

La sucesión de valles hizo que la retirada fuera convirtiéndose en una desbandada. Insistió en que el contraataque debía seguir sin ninguna clase de interrupción o respiro. Los sacerdotes le enviaron un cablegrama pidiendo que desplegara más fuerzas para detener el avance de las dos divisiones imperiales que se dirigían hacia la capital. No les hizo caso. Las divisiones enemigas estaban tan maltrechas que entre las dos apenas sumaban los efectivos de una, y el proceso de erosión y desgaste se iba intensificando a cada momento que pasaba. Quizá consiguieran llegar a la ciudad, pero después no tendrían ningún sitio al que ir y pensó que aceptar personalmente su rendición podía ser una experiencia muy satisfactoria.

Las lluvias empezaron a caer sobre la otra vertiente de las montañas. Las cada vez más debilitadas fuerzas imperiales intentaban abrirse paso a través de los bosques empapados y los aparatos de su Fuerza Aérea casi nunca podían despegar por culpa

del mal tiempo, pero los bombarderos de la Hegemonarquía gozaban de una impunidad casi total y la aprovechaban para hacer sus incursiones.

La gente huyó a la ciudad. Los duelos de artillería atronaban a poca distancia de los edificios. Los restos de las dos divisiones que habían logrado atravesar las montañas luchaban desesperadamente intentando alcanzar su meta. El resto del Ejército Imperial se retiraba lo más deprisa posible por las lejanas llanuras que había al otro lado de las montañas. Las divisiones atrapadas en la Provincia de Shenastri habían quedado paralizadas por los barrizales que les impedían retirarse, y se rindieron en masa.

La Corte Imperial expresó su deseo de pedir la paz el día en que los restos de sus dos divisiones entraron en la Ciudad de Balzeit. Las divisiones habían quedado reducidas a una docena de tanques y un millar de hombres, y la falta de munición les había obligado a abandonar su artillería en los campos que rodeaban la ciudad. Los pocos millares de personas que quedaban en la ciudad buscaron refugio en las inmensas explanadas para los desfiles de la ciudadela, y pudo ver como cruzaban las puertas de los grandes muros.

Había pensado abandonar la ciudadela ese mismo día –los sacerdotes llevaban días desgañitándose para que saliera de allí, y la mayor parte de su Estado Mayor ya estaba lejos–, pero tenía en sus manos la transcripción del mensaje enviado por la Corte Imperial que acababan de recibir.

Y, de todas formas, dos divisiones de la Hegemonarquía habían salido de las montañas y venían hacia allí a marchas forzadas para socorrer a la ciudad.

Envío un radiograma a los sacerdotes y éstos decidieron aceptar una tregua. Los combates cesarían de inmediato si el Ejército Imperial se retiraba a las posiciones que había ocupado antes de la guerra. Hubo unos cuantos intercambios radiofónicos más, y dejó que los sacerdotes y la Corte Imperial se encargaran de resolver los pequeños detalles del acuerdo. Se quitó el uniforme y se vistió de civil por primera vez desde que había llegado allí. Subió a una torre muy alta con unos binoculares de campaña de gran potencia y contempló los puntitos minúsculos de los tanques enemigos que avanzaban por una calle a mucha distancia de él. Las puertas de la ciudadela estaban cerradas.

La tregua entró en vigor al mediodía. Los exhaustos soldados imperiales que se habían detenido ante las puertas de la ciudadela se dispersaron por los hoteles y bares cercanos.

Estaba inmóvil en la galería con el rostro vuelto hacia la luz. La brisa cálida hacía que los cortinajes blancos ondularan lentamente a su alrededor. El silencio era absoluto. La caricia del viento apenas si lograba agitar algunos mechones de su larga cabellera negra. Tenía las manos cruzadas detrás de la espalda, y parecía pensativo.

Los cielos silenciosos y levemente nublados que se extendían sobre las montañas más allá de la fortaleza y la ciudad proyectaban una claridad suave y casi tamizada sobre todas las superficies y ángulos de su rostro, y su postura y la sencillez de las ropas oscuras que vestía hacían que pareciese tan insustancial como una estatua o un cadáver precariamente apoyado en un baluarte para engañar al enemigo.

–¿Zakalwe?

Se dio la vuelta, puso cara de sorpresa y abrió un poco más los ojos.

–¡Skaffen-Amtiskaw! Qué honor tan inesperado... ¿Sma te deja salir solo o también está por aquí?

Sus ojos recorrieron la galería de la ciudadela.

–Buenos días, Cheradenine –dijo la unidad flotando hacia él–. Sma viene de camino en un módulo.

–¿Y qué tal está Dizita? –Se sentó en un banquito pegado a la pared desde el que podía observar la hilera de cortinas blancas que ondulaban al viento–. ¿Qué noticias hay?

–Creo que la mayoría son buenas –dijo Skaffen-Amtiskaw descendiendo un poco hasta quedar a la altura de su rostro–. El señor Beychae ha partido hacia los Habitáculos de Impren para asistir a la conferencia entre las dos tendencias principales del Grupo de Sistemas que se celebrará allí. Parece que el peligro de una guerra a gran escala está empezando a disminuir.

–Bueno, eso es maravilloso, ¿verdad? –exclamó él. Se echó hacia atrás y puso las manos detrás de su nuca–. Paz allí y paz aquí... –Inclinó la cabeza hacia un lado, entrecerró los ojos y observó a la unidad–. Y aun así, unidad... No parece rebosar alegría y felicidad. Pareces... ¿Osaré decirlo? Sí, osaré. Tienes un aspecto claramente sombrío. ¿Qué ocurre? ¿Se te están agotando las pilas?

La máquina tardó unos segundos en responder.

–Creo que el módulo de Sma está a punto de llegar –dijo por fin–. ¿Subimos al tejado para recibirla?

Puso cara de perplejidad, acabó asintiendo con la cabeza y se levantó. Dio una palmada y señaló hacia adelante.

–Desde luego. Vamos.

Fueron a sus apartamentos. Cuando se encontró con Sma vio que también parecía preocupada por algo. Había supuesto que la perspectiva de que el Grupo de Sistemas no acabara devastado por la guerra haría que estuviese muy contenta, pero no era así.

–Bien, Dizita, ¿cuál es el problema? –preguntó mientras le preparaba una bebida.

Sma iba y venía por delante de los postigos que ocultaban las ventanas de la habitación. Aceptó la copa que le ofrecía, pero su expresión parecía indicar que no le interesaba demasiado. Se volvió hacia él y la expresión que había en su rostro

ovalado... No supo cómo interpretarla, pero sintió que un escalofrío le recorría las entrañas.

–Tienes que marcharte, Cheradenine –dijo Sma.

–¿Marcharme? ¿Cuándo?

–Ahora..., esta noche. Mañana por la noche como muy tarde.

La miró como si no comprendiera lo que le estaba diciendo y acabó soltando una carcajada.

–De acuerdo. Confieso que los calamitas estaban empezando a parecerme atractivos, pero...

–No –dijo Sma–. Hablo en serio, Cheradenine. Tienes que marcharte.

–No puedo –replicó meneando la cabeza–. No hay ninguna garantía de que la tregua vaya a mantenerse en vigor. Quizá me necesiten.

–La tregua no se mantendrá en vigor durante mucho tiempo –dijo Sma desviando la mirada–. Al menos por parte de uno de los bandos...

Dejó su copa sobre un estante.

–¿Eh? –exclamó él. Se volvió hacia la unidad. Los campos de Skaffen-Amtiskaw eran la viva imagen de la neutralidad y el no querer comprometerse–. Diziet, ¿de qué estás hablando?

–Zakalwe... –dijo ella parpadeando rápidamente mientras intentaba mirarle a la cara–. Hemos hecho un trato con ellos. Tienes que marcharte.

–¿Y en qué consiste exactamente ese trato, Diziet? –preguntó en voz baja y afable mientras clavaba los ojos en su rostro.

–La facción Humanista estaba prestando cierta ayuda de..., de un nivel bastante bajo al Imperio –replicó Sma. Fue hacia una pared, y volvió. Era como si no estuviera hablando con él, sino con las baldosas y la alfombra del suelo–. Lo que ocurriera aquí afectaría de forma bastante grave a su credibilidad. La estructura del trato era muy delicada y todo dependía de que el Imperio triunfara. –Sma se quedó inmóvil, se volvió hacia la unidad y volvió a desviar la mirada–. Y hasta hace pocos días todo el mundo estaba de acuerdo en que eso era lo que iba a suceder...

–Ya –dijo él. Puso su copa encima de una mesa y se dejó caer sobre un sillón inmenso que casi parecía un trono–. He conseguido que el juego se volviera en contra del Imperio y eso os ha puesto en una situación muy comprometida, ¿no?

–Sí –dijo Sma tragando saliva–. Sí, es justamente lo que has hecho. Lo siento. Y ya sé que parece una locura, pero... Tal y como están las cosas aquí y teniendo en cuenta cómo son estas personas... Bueno, los Humanistas se encuentran bastante divididos y hay algunas facciones que utilizarían cualquier excusa para no atenerse al acuerdo sin importarles lo insignificante que pueda ser esa excusa. Podrían hacer que todo el castillo de naipes se derrumbara... No podemos correr ese riesgo, Zakalwe. El Imperio tiene que vencer.

La miró, bajó la vista hasta la mesita que tenía delante y suspiró.

–Comprendo. ¿Y lo único que he de hacer es marcharme?

–Sí. Ven con nosotros.

–¿Y qué ocurrirá después de que me haya ido?

–Los sacerdotes serán secuestrados por un comando imperial transportado en una aeronave controlada por los Humanistas. La ciudadela será conquistada por las tropas que hay fuera. Han planeado incursiones contra los cuarteles generales de campaña, y procurarán que sean lo menos sangrientas posible. Si las fuerzas armadas deciden no hacer caso a los sacerdotes e ignorar la orden de rendirse que darán... Bueno, si no hay más remedio se tomarán medidas contra las aeronaves, tanques, camiones y piezas de artillería de la Hegemonarquía. Cuando hayan visto unas cuantas aeronaves y tanques destruidos por haces láser desde el espacio los soldados dejarán de tener ganas de combatir.

Sma interrumpió sus paseos de un lado a otro y fue hasta la mesita deteniéndose al otro lado de ésta.

–Todo ocurrirá mañana al amanecer. Zakalwe... Te aseguro que apenas habrá derramamiento de sangre. Si te marchas ahora..., creo que sería lo mejor. –La miró. Podía oír el sonido del aire saliendo de sus pulmones–. Has estado..., has estado magnífico, Cheradenine. Ha funcionado. Lo conseguiste... Lograste llegar hasta Beychae, le..., le motivaste o lo que sea. Te estamos muy agradecidos. Te estamos muy agradecidos, y no resulta fácil...

Alzó una mano para que no siguiera hablando y la oyó suspirar. Sus ojos se apartaron de la mesita que habían estado contemplando y fueron subiendo hasta su cara.

–No puedo marcharme ahora mismo. Antes tengo que hacer unas cuantas cosas. Prefiero que te vayas y vuelvas a buscarme. Recógeme mañana al amanecer. –Meneó la cabeza–. Les abandonaré, sí, pero... Mañana.

Sma abrió la boca, la cerró y se volvió hacia la unidad.

–De acuerdo. Volveremos mañana. Zakalwe, yo...

–No te preocupes, Diziet –la interrumpió él con voz tranquila y se levantó moviéndose muy despacio. La miró a los ojos y Sma tuvo que acabar desviando la mirada–. Todo se hará tal y como quieres. Adiós.

No le ofreció la mano.

Sma fue hacia la puerta con la unidad flotando detrás de ella.

La mujer miró hacia atrás. Le vio asentir con la cabeza y se quedó inmóvil como si quisiera decir algo, pareció cambiar de opinión y salió de la habitación.

La unidad también se detuvo en el umbral.

–Zakalwe –dijo–, sólo quería añadir que...

–¡Fuera! –aulló él.

Giró sobre sí mismo y se inclinó en un solo movimiento agarrando la mesita entre las piernas y arrojándola con todas sus fuerzas hacia la máquina que flotaba en el umbral. La mesita rebotó en un campo invisible y cayó al suelo. La unidad salió a toda velocidad y la puerta se cerró detrás de ella.

Permaneció inmóvil durante unos minutos sin apartar los ojos de los paneles de madera.

II

Por aquel entonces era más joven y los recuerdos aún estaban muy frescos. A veces hablaba de ellos con las personas congeladas que parecían dormir durante sus vagabundeos por el frío y la negrura de la nave, y su silencio le hacía preguntarse si realmente estaba loco.

La experiencia de haber sido congelado y despertar no había afectado en nada a sus recuerdos. Las imágenes seguían tan claras como siempre. Había albergado la esperanza de que los discursos de quienes defendían la congelación fueran excesivamente optimistas, e incluso había llegado a sentir el deseo secreto de que el proceso desgastara los recuerdos, pero se había llevado una desilusión. El proceso de calentar el cuerpo y hacerlo revivir había sido menos traumático y desorientador que el despertar después de perder el conocimiento a causa de un golpe, algo que ya le había ocurrido unas cuantas veces a lo largo de su existencia. Revivir era un proceso con muchos menos altibajos que exigía algo más de tiempo, y la verdad es que resultaba francamente agradable. Era como despertar después de haber pasado una buena noche de sueño.

Le dejaron a solas durante un par de horas después de los exámenes médicos que terminaron declarándole en perfecto estado de salud. Se sentó, se envolvió en una gruesa toalla de baño, se tumbó en la cama y –como quien hurga en un diente enfermo con la lengua o con un dedo sin ser capaz de poner fin a esas incesantes comprobaciones de que el diente sigue doliéndole– llamó a sus recuerdos, repasando la lista de los adversarios antiguos y recientes que había esperado acabarían perdidos en la oscuridad y el frío del espacio.

Todo su pasado estaba presente, y todo lo que había ido mal también estaba presente..., intacto y entero.

El nombre de la nave era *Los amigos ausentes* y su viaje duraría algo más de un siglo. Era algo así como un viaje de compasión y buenas obras. Sus propietarios alienígenas habían donado los servicios de la nave para que ayudara a aliviar los efectos de una guerra terrible. Él no merecía el sitio que ocupaba a bordo, y había tenido que utilizar documentos falsos y un nombre falso para asegurarse la huida. Se ofreció voluntario para despertar hacia la mitad del recorrido y convertirse en tripulante porque pensaba que viajar por el espacio sin llegar a conocerlo sería algo lamentable. No poder apreciar ese vacío o contemplarlo era casi vergonzoso. Quienes no se habían ofrecido como tripulantes serían drogados en el planeta, llevados al espacio inconscientes, congelados y despertados en otro planeta.

Esa opción siempre le había parecido vagamente indigna. Ser tratado de una forma semejante equivalía a convertirse en parte del cargamento.

Las otras dos personas despiertas cuando fue revivido se llamaban Ky y Erens. Se suponía que Erens debía de haber vuelto a las filas de los congelados hacía ya cinco años después de haber servido unos cuantos meses como tripulante de la nave, pero decidió permanecer despierto hasta que llegaran a su destino. Ky había sido revivido tres años antes y también debería haber vuelto al sueño para ser sustituido pocos meses después por el siguiente nombre en la lista que establecía la rotación de tripulantes, pero cuando llegó ese momento Erens y Ky ya habían empezado a discutir y ninguno de los dos quería ser el primero en volver a la falta de cambios de la congelación. La inmensa nave fría y silenciosa siguió moviéndose lentamente por el espacio deslizándose junto a los alfileritos luminosos que eran las estrellas durante dos años y medio que transcurrieron en una situación de tablas. Acabaron despertándole porque su nombre era el siguiente de la lista y porque querían otra persona con quien hablar, pero lo habitual era que se limitara a estar sentado en la zona de la tripulación oyéndoles discutir.

–Aún faltan cincuenta años –dijo Ky mirando fijamente a Erens.

Erens alzó la mano que sostenía una botella y la agitó de un lado a otro.

–Puedo esperar. Cincuenta años no son la eternidad.

Ky movió la cabeza señalando la botella.

–Ese veneno y el resto de porquerías que consumes acabarán matándote. No conseguirás llegar al final del viaje. Nunca volverás a ver la luz del sol o a saborear la lluvia en tus labios. No durarás ni un año, y mucho menos cincuenta... Deberías volver a dormir.

–No es dormir.

–Deberías volver a como quieras llamarlo. Deberías permitir que te volviesen a congelar.

–Y tampoco es una auténtica congelación.

Erens consiguió poner cara de perplejidad y de disgusto al mismo tiempo.

El hombre al que habían despertado se preguntó cuántos centenares de veces habían mantenido aquella misma discusión.

–Deberías volver a ese pequeño cubículo helado tal y como se suponía que debiste hacer cuando te tocaba y pedirles que te curaran de tus adicciones al despertar –dijo Ky.

–La nave ya me tiene en tratamiento –replicó Erens. La embriaguez le obligaba a hablar despacio y otorgaba un extraño tono de dignidad a sus palabras–. Mis entusiasmos me han llevado a un estado de gracia, una gracia sublimemente tensionada...

Erens echó la botella hacia atrás y la apuró.

–Conseguirás matarte.

–Es mi vida, ¿no?

–Quizá consigas matarnos a todos. A toda la gente que viaja en la nave, durmientes incluidos...

–La nave sabe cuidar de sí misma.

Erens suspiró y recorrió la Sala de Tripulantes con la mirada. Era el único lugar sucio de toda la nave. Los robots se ocupaban de mantener el orden y la limpieza en todo el resto de la inmensa estructura, pero Erens había conseguido borrar las coordenadas de la Sala de Tripulantes de la memoria de la nave, y eso permitía que el recinto tuviera un aspecto agradablemente sucio. Erens se estiró e hizo caer dos tazones reciclables de la mesa.

–Eh... –dijo Ky–. ¿Y si tus manipulaciones le han causado alguna avería?

–Ky, no he hecho ninguna «manipulación» –dijo Erens con una sonrisita burlona–. Me he limitado a alterar unos cuantos programas de limpieza y mantenimiento de lo más básico. La nave ya no nos habla y permite que este recinto parezca un sitio habitado..., y eso es todo. No he hecho nada que pueda llevarla al corazón de una estrella o que la convenza de que es humana y le haga preguntarse qué están haciendo esos parásitos intestinales que se mueven por su interior. Pero tú no puedes entenderlo... No tienes la experiencia o los conocimientos técnicos necesarios. Livu, en cambio... Él quizá sí pueda entenderlo, ¿eh? –Erens se estiró un poco más. La silla resbaló hacia atrás y las botas arañaron la sucia superficie de la mesa–. Lo entiendes, Darac..., ¿verdad que sí?

–No estoy seguro de entenderlo –admitió él (a esas alturas ya estaba acostumbrado a responder tanto si le llamaban Darac como si le llamaban señor Livu o simplemente Livu)–. Supongo que si sabes lo que estás haciendo... Bueno, supongo que en ese caso no has causado ningún daño. –Sus palabras parecieron complacer a Erens–. Por otra parte, muchas personas que creían saber qué estaban haciendo han provocado auténticos desastres.

–Amén –dijo Ky, poniendo cara de triunfo e inclinándose agresivamente hacia Erens–. ¿Ves?

–Tal y como ha dicho nuestro amigo... –observó Erens alargando la mano hacia otra botella–. No está seguro, ¿verdad?

–Deberías volver con los durmientes –dijo Ky. –No están dormidos.

–Se supone que no deberías estar despierto. Se supone que sólo debe haber dos personas despiertas en cualquier momento dado. –Bueno, pues vete a dormir. –No es mi turno. Tú estabas despierto antes que yo. Dejó que siguieran discutiendo.

A veces se ponía un traje espacial y cruzaba la compuerta que daba acceso a la secciones de almacenamiento, que se encontraban sometidas al vacío. Las secciones

de almacenamiento ocupaban casi la totalidad de la nave, y un noventa y nueve por ciento del espacio disponible estaba consagrado a ellas. La nave contaba con una diminuta unidad impulsora a un extremo y una unidad viviente todavía más pequeña al otro, y toda la estructura que se extendía entre las dos unidades estaba repleta de no muertos.

Recorría los fríos y oscuros pasillos volviendo la cabeza a un lado y a otro para contemplar a los durmientes. Las unidades parecían los cajones de un archivador gigantesco, y cada una era el extremo de una estructura muy parecida a un ataúd. Una lucecita roja estaba encendida en cada unidad, y si se quedaba inmóvil en uno de aquellos pasillos que trazaban una suave y larguísima espiral con las luces del traje apagadas, esas lucecitas se alejaban de él formando una curva color rubí que acababa perdiéndose en la oscuridad y le hacían pensar en un pasillo infinito de gigantescos soles rojizos creado por algún dios para quien el orden había acabado convirtiéndose en una obsesión.

Alejarse de la unidad activada en el extremo al que siempre consideraba como la cabeza de la nave le hacía seguir un lento camino en espiral hacia arriba que le permitía recorrer las oscuras y silenciosas entrañas de su cuerpo. Solía ir por el pasillo exterior porque eso le permitía apreciar mejor las gigantescas dimensiones de la nave. El ascenso hacía que fuera sintiendo el lento debilitarse de la falsa gravedad de la nave, y el caminar acababa convirtiéndose en una serie de saltos en los que siempre resultaba más fácil chocar contra el techo que moverse hacia adelante. Los cajones-ataúdes estaban provistos de asas y se acostumbró a utilizarlas cuando el caminar dejaba de resultar eficiente. Agarrarse a las asas le fue llevando hacia el centro de la nave, y cuando llegó hasta él vio como una pared de cajones-ataúdes se convertía en un suelo y la otra en un techo. Se quedó inmóvil debajo de un pasillo radial y saltó hacia arriba para flotar hacia lo que ahora era el techo mientras el pasillo radial se convertía en una chimenea por la que podía desplazarse. Se agarró al asa de un cajón-ataúd y fue utilizando las asas de los siguientes como si fueran una escalerilla para trepar hasta el centro de la nave.

El centro de la Amigos ausentes estaba atravesado por un pozo de ascensor que iba desde la unidad viviente hasta la unidad impulsora. Cuando llegaba al auténtico centro de la nave llamaba al ascensor, suponiendo que no lo hubiera dejado esperándole durante su última excursión.

Cuando el ascensor llegaba entraba en él. Su cuerpo flotaba dentro del cilindro iluminado por las luces amarillas. Cogía una pluma o una linternita y la colocaba en el centro de la cabina y se limitaba a flotar sin apartar la mirada de la pluma o de la linternita hasta comprobar si la había colocado lo bastante cerca del centro de toda aquella masa atrapada en una lenta rotación para que permaneciera allí donde la había dejado. Acabó adquiriendo una gran práctica, y podía pasarse horas dentro del

ascensor con las luces del traje y el ascensor encendidas (si lo que flotaba en el centro era una pluma) o apagadas (si era una linterna), observando el pequeño objeto y esperando que su propia destreza manual demostrara ser mayor que su paciencia, esperando –en otras palabras, y no le costaba nada admitirlo ante sí mismo– que una parte de su obsesión venciera a la otra.

Si la pluma o la linterna se movían y acababan chocando con las paredes, el suelo o el techo de la cabina o si derivaban hacia el umbral y salían por él tenía que flotar, trepar (bajar) y volver por donde había venido. Si la pluma o la linterna se mantenían inmóviles en el centro de la cabina podía usar el ascensor para ir hasta la unidad viviente.

–Vamos, Darac... –dijo Erens mientras encendía una pipa–. ¿Qué te ha impulsado a inscribirte en este viaje de una sola dirección?

–No quiero hablar de ello.

Aumentó la potencia del sistema de ventilación para librarse de los vapores de la droga que fumaba Erens. Estaban en el carrusel de observación, el único lugar de la nave donde podías ver las estrellas sin necesidad de aparatos. Iba allí de vez en cuando, abría los postigos metálicos y contemplaba a las estrellas que giraban lentamente sobre su cabeza. A veces intentaba leer poesía.

Erens también seguía visitando el carrusel a solas, pero Ky había dejado de ir allí. Erens opinaba que ver el silencio del vacío y los puntitos solitarios que eran otros soles hacía que Ky sintiese nostalgia del hogar.

–¿Por qué no quieres hablar de eso? –preguntó Erens.

Meneó la cabeza y se reclinó en el sofá sin apartar los ojos de la oscuridad.

–Porque no es asunto tuyo.

–Oye, si me cuentas por qué decidiste venir yo te contaré qué me impulsó a hacerlo.

Erens le sonrió como si fueran dos niños que se disponían a compartir el secreto de una conspiración.

–Piérdete, Erens.

–Eh, mi historia es muy interesante. Te fascinaría.

–Estoy seguro de ello.

Suspiró.

–Pero no te la contaré a menos que tú me cuentes antes la tuya. Te aseguro que te estás perdiendo algo bueno.

–Bueno, tendré que aprender a vivir con esa pérdida.

Redujo la intensidad de las luces del carrusel hasta que el objeto más brillante del recinto fue la cara de Erens, un óvalo que se iluminaba con una débil claridad rojiza cada vez que daba una calada a la pipa. Erens le ofreció la pipa y él la rechazó

meneando la cabeza.

–Necesitas relajarte un poco, amigo mío –dijo Erens dejándose caer en el otro sofá–. Colócate, comparte tus problemas...

–¿Qué problemas?

Estaba muy oscuro, pero pudo ver el movimiento de la cabeza de Erens en la oscuridad.

–En esta nave no hay nadie que no tenga problemas, amigo. Todos los que estamos a bordo huimos de algo.

–Ah... Así que has decidido jugar a ser el psiquiatra de la nave, ¿eh?

–Vamos, vamos... Nadie va a regresar, ¿verdad? De todas las personas que hay a bordo ninguna volverá a su hogar. La mitad de la gente que conocemos ya debe de haber muerto y los que siguen con vida habrán muerto para cuando lleguemos a nuestro punto de destino. No hay forma de que podamos volver a verles y lo más probable es que nunca regresemos a nuestros hogares, así que debe de existir alguna razón condenadamente importante y condenadamente fea..., algo condenadamente malo que nos ha hecho salir huyendo de esa forma. Todos tenemos que estar huyendo de algo, tanto si es algo que hicimos como si es algo que nos hicieron.

–¿No has pensado en una respuesta tan simple como que a algunas personas quizá les gusta viajar?

–Tonterías. Viajar... No hay nadie a quien pueda gustarle hasta esos extremos.

Se encogió de hombros.

–Si tú lo dices...

–Vamos, Darac... Discute conmigo, maldita sea.

–No creo en las discusiones –replicó.

Clavó los ojos en la oscuridad (y vio un navío inmenso, un navío tan grande como una ciudad rodeado por el anillo de los niveles y las capas de blindajes y armamentos, una masa oscura pero no muerta que se recortaba contra la débil luz del ocaso...)

–¿No? –preguntó Erens. Parecía sinceramente sorprendido–. Mierda, y yo que creía ser el cínico del trío...

–No se trata de cinismo –dijo él con voz átona–. Sencillamente, creo que las personas sobrevaloran la discusión porque les gusta oírse hablar.

–Oh, vaya... Muchas gracias.

–Supongo que resulta reconfortante. –Siguió con la mirada los giros de las estrellas que parecían obuses absurdamente lentos vistos de noche; subían, llegaban al cénit de su trayectoria, caían... (Y se recordó que las estrellas también acabarían estallando algún día.)–. La mayoría de personas no están preparadas para permitir que se produzca ningún tipo de cambio dentro de sus mentes –dijo–. Creo que en lo más profundo de sus corazones saben que los demás son como ellos, y una de las razones por las que la gente suele enfadarse tanto cuando discute es que va comprendiendo

eso a medida que hace desfilar sus excusas.

–Excusas, ¿eh? Bueno, si eso no es cinismo..., ¿qué es entonces?

Erens lanzó un bufido.

–Sí, excusas –replicó con lo que a Erens le pareció podía ser un matiz casi imperceptible de amargura–. Tengo la sospecha de que la gente sólo cree en aquello que sus instintos le dicen es cierto. Las excusas, las justificaciones, las cosas sobre las que se supone que puedes discutir... Todo eso llega más tarde. Son la parte menos importante de las creencias, y por eso puedes destruirlas, ganar una discusión y demostrar que la otra persona estaba equivocada sin haber debilitado en lo más mínimo su fe en ellas. –Se volvió hacia Erens–. Has atacado el objetivo equivocado.

–Bien, profesor, entonces..., ¿qué sugiere que debemos hacer si no queremos enredarnos en esas discusiones tan fútiles?

–Debemos permitir que los demás no estén de acuerdo con nosotros –dijo él–. O pelear.

–¿Pelear?

Se encogió de hombros.

–¿Qué otra elección nos queda?

–¿Negociar?

–La negociación es una forma de llegar a una conclusión, y yo estoy hablando del tipo de conclusión al que se llega.

–Y, básicamente, esa conclusión es no estar de acuerdo o pelearse, ¿eh?

–Si no hay más remedio...

Erens guardó silencio durante un rato y fue dando chupadas a su pipa hasta que el resplandor rojo que brotaba de la cazoleta se desvaneció.

–Oye –dijo por fin–, no habrás sido militar, ¿eh?

Siguió contemplando las estrellas en silencio durante unos momentos y acabó volviendo la cabeza hacia Erens.

–Creo que la guerra hizo que todos fuéramos un poquito militares, ¿no te parece?

–Hmmm –murmuró Erens.

Los dos alzaron la cabeza para contemplar los lentos giros del campo de estrellas.

Hubo dos ocasiones en las que faltó muy poco para que matara a alguien en las entrañas de la nave. En una de ellas se trataba de otra persona.

Se detuvo en la larguísima espiral del pasillo exterior. Había recorrido la mitad del trayecto que llevaba al centro de la nave, y tenía la sensación de pesar bastante menos de lo habitual. La presión sanguínea normal tenía que competir con un tirón gravitatorio menor que de costumbre, y eso hacía que tuviera el rostro un poco enrojecido. No había tenido intención de echar un vistazo a ningún durmiente –la verdad es que nunca pensaba en ellos salvo de la forma más abstracta posible–, pero sintió el repentino deseo de ver algo más que una lucecita roja y fue hacia uno de los

cajones-ataúdes.

Le habían enseñado cómo manejarlos después de que se ofreciera voluntario para formar parte de la tripulación e hizo un breve y no muy atento repaso de los procedimientos necesarios después de haber sido revivido. Encendió las luces del traje, activó la placa de control del cajón y fue moviendo cautelosamente un torpe dedo enguantado para teclear el código que le había dado Erens, el que desactivaba los sistemas de vigilancia de la nave. Vio encenderse una lucecita azul. La luz roja dejó de encenderse y apagarse. Si volvía a parpadear la nave sabría que algo andaba mal.

Desactivó la cerradura del cajón y tiró de la masa metálica haciendo que se deslizara sobre sus guías.

Echó un vistazo a la tira de plástico colocada sobre la unidad de la cabeza donde estaba escrito el nombre de la mujer. «Bueno –pensó–, no la conozco...» Abrió la tapa interna.

Contempló el rostro tranquilo de la mujer. Estaba tan pálido como el de un cadáver. Las luces del traje se reflejaban sobre las arruguitas de la lámina de plástico transparente que la cubría y que le daba el aspecto de un objeto recién comprado en una tienda antes de desenvolverlo. Los tubos salían de su boca y de su nariz y se perdían en las paredes del cajón. Una pantallita incrustada en la unidad de la cabeza se iluminó sobre el moño que recogía sus cabellos. Alzó los ojos hacia ella. Para alguien que parecía hallarse tan cerca de la muerte el estado físico de la mujer era magnífico. Tenía las manos cruzadas sobre la túnica de papel que vestía. Erens le había aconsejado que se fijara en las uñas de los dedos, y así lo hizo. Estaban bastante largas, pero había visto gente que las llevaba aún más largas.

Volvió la mirada hacia la placa de control y tecleó otro código. La superficie de la placa se llenó de luces. La luz roja no empezó a parpadear, pero casi todas las demás lo hicieron. Abrió una puertecita mitad roja y mitad verde incrustada en la parte superior de la unidad de la cabeza y sacó de ella una esferita de lo que parecían cables verdes muy delgados en cuyo interior había un cubo de color azul claro. Un compartimento lateral daba acceso a un interruptor. Levantó la tapa y acercó un dedo al interruptor.

Su mano estaba sosteniendo las pautas cerebrales de la mujer. El cubo azul era una copia de seguridad. No le habría costado nada aplastarlo. El dedo de su otra mano que reposaba sobre el diminuto interruptor podía acabar con su vida.

Se preguntó si lo haría. Después tendría la vaga impresión de que había permanecido en esa postura durante unos minutos, como si esperara que alguna parte oculta de su mente despertara y asumiera el control de sus actos. Hubo un par de momentos en que creyó sentir el nacimiento del impulso que le haría mover el interruptor, y podría haber iniciado el gesto una fracción de segundo después, pero

suprimió rápidamente el impulso en las dos ocasiones. Permitted que su dedo siguiera inmóvil sobre el interruptor y contempló el cubo rodeado por su jaula protectora. Pensó en lo asombroso y, al mismo tiempo, lo extrañamente triste que resultaba el que toda una mente humana pudiera estar contenida en algo tan diminuto. Después pensó que un cerebro humano no era mucho más grande que el cubo azul, y que utilizaba recursos y técnicas mucho más antiguas. Eso hacía que fuera igual de impresionante (y, aun así, seguía siendo igual de triste).

Volvió a cerrar el cajón dejando que la mujer siguiera sumida en su sopor helado y reanudó su avance a cámara lenta hacia el centro de la nave.

–No sé ninguna historia.

–Todo el mundo sabe alguna historia –dijo Ky.

–Yo no. O, por lo menos, no historias que lo sean realmente...

–¿Qué quieres decir con eso? –preguntó Ky con voz burlona.

Estaban en la Sala de Tripulantes rodeados por el desorden que iban creando.

Se encogió de hombros.

–Que sean interesantes. Historias que una persona pueda querer escuchar.

–Cada persona tiene gustos distintos. Lo que una persona consideraría como una buena historia quizá no guste en lo más mínimo a otra.

–Bueno, el único criterio por el que puedo guiarme es lo que yo consideraría como una historia digna de ser contada, y no conozco ninguna. Al menos, ninguna que quiera contar...

–Ah. Eso es muy distinto.

Ky asintió con la cabeza.

–Sí, desde luego.

–Bueno... –murmuró Ky, y se inclinó hacia él–. Entonces dime en qué crees.

–¿Por qué debería hacerlo?

–¿Y por qué no? Porque yo te lo pido.

–No.

–Vamos, no seas tan desagradable... Somos las únicas personas despiertas en un billón de kilómetros y la nave es insoportablemente aburrida. ¿Con quién vamos a hablar si no es entre nosotros?

–Nada.

–Exactamente. La nada, nadie...

Ky puso cara de satisfacción.

–No, quería decir que... Que no creo en nada.

–¿No crees en nada?

Asintió con la cabeza. Ky se reclinó en su asiento y pareció pensar en lo que acababa de decir.

–Deben de haberte hecho mucho daño.

–¿Quiénes?

–Los que te robaron aquello en que creías antes, fuera lo que fuese.

Meneó la cabeza muy despacio.

–Nadie me ha robado nada –dijo. Ky guardó silencio durante unos momentos, por lo que acabó dejando escapar un suspiro y siguió hablando–. Bien, Ky..., ¿en qué crees tú?

Ky volvió la mirada hacia la pantalla desactivada que cubría casi toda una pared de la sala.

–En algo distinto a la nada.

–Cualquier cosa que tenga nombre es algo distinto a la nada –dijo él.

–Creo en lo que nos rodea –dijo Ky. Cruzó los brazos delante del pecho y se reclinó en el asiento–. Creo en lo que puedes ver desde el carrusel y en lo que vería si esa pantalla estuviera encendida, aunque lo que vería no es la única variedad de cosas en la que creo.

–En una palabra, Ky... –dijo él.

–El vacío –dijo Ky, y una sonrisa temblorosa aleteó en sus labios–. Creo en el vacío.

Se rió.

–Eso se acerca bastante a no creer en nada, ¿verdad?

–No –dijo Ky–. Es distinto.

–Bueno, creo que a la mayoría de nosotros nos parecería que no lo es.

–Deja que te cuente una historia.

–¿Tienes que hacerlo?

–No tienes por qué escucharla.

–Claro... Bien, adelante. Cualquier cosa con tal de pasar el tiempo.

–La historia es... Ah, es una historia real, aunque eso carece de importancia. Existe un lugar donde la gente se toma terriblemente en serio el problema de la existencia o la inexistencia de las almas. Muchas personas, seminarios enteros, academias, universidades, ciudades e incluso Estados consagran casi todo su tiempo a meditar y discutir acerca de este tema y otros temas relacionados con él.

»Hace unos mil años un rey-filósofo muy sabio que estaba considerado como el hombre más sabio del planeta anunció que la gente pasaba demasiado tiempo discutiendo esos asuntos y que si hubiera alguna forma de darlo por zanjado podrían dedicar sus energías a cosas más prácticas que beneficiarían a todo el mundo, y dijo que pondría punto final a la discusión de una vez por todas.

»Convocó a los hombres y mujeres más sabios de todos los puntos del planeta para que analizaran el problema.

»Hicieron falta muchos años para reunir a todas las personas que deseaban tomar

parte en el análisis del problema, y los debates, tesis, panfletos, libros, intrigas e incluso peleas y asesinatos que produjo se prolongaron aún más tiempo.

»El rey-filósofo fue a las montañas para pasar esos años en soledad y cuando se consideró preparado escuchó a todos los que creían tener algo que decir acerca de la existencia de las almas. Cuando el último de ellos hubo terminado de hablar el rey se retiró a meditar sobre lo que había escuchado.

»Un año después el rey anunció que había llegado a una conclusión. Dijo que la respuesta no era tan sencilla como creían todos, y que publicaría una obra para explicarla.

»El rey creó dos editoriales y cada una publicó un tomo de gran tamaño y muchísimas páginas. Uno de ellos repetía las frases «Las almas existen. Las almas no existen» una y otra vez párrafo tras párrafo, página tras página, sección tras sección, capítulo tras capítulo, libro tras libro... La otra repetía las palabras «Las almas no existen. Las almas existen» de la misma forma. Quizá deba añadir que en el lenguaje de aquel reino cada frase tiene el mismo número de palabras, e incluso el mismo número de letras. Aparte del título, éstas eran las únicas palabras que se podían encontrar en los miles de páginas de cada volumen.

»El rey se aseguró de que el comienzo y el final de la impresión de cada libro coincidiera en el tiempo, de que se publicaran simultáneamente y de que se imprimiera el mismo número de ejemplares de cada uno. Ninguna de las dos editoriales tenía el más mínimo tipo de ventaja o superioridad sobre la otra.

»La gente examinó los libros buscando pistas ocultas. Intentaron dar con una sola repetición enterrada en aquellos miles de páginas, con una frase o incluso una letra alterada u omitida..., y no lograron encontrar la más mínima diferencia entre una obra y otra. Acudieron al rey, pero éste había hecho voto de silencio y se había inmovilizado la mano con la que escribía. Seguía respondiendo a las preguntas sobre el gobierno de su reino con gestos afirmativos o negativos de la cabeza, pero cuando se le interrogaba sobre el tema de las dos obras y la existencia o inexistencia de las almas la cabeza del rey permanecía absolutamente inmóvil.

»Hubo disputas y luchas feroces y se escribieron muchos libros. Surgieron nuevos cultos.

»Medio año después de que hubieran sido publicadas las dos obras aparecieron otras dos y esta vez la editorial que había publicado el volumen que empezaba con la frase «Las almas no existen» publicó una obra que empezaba con la frase «Las almas existen» La otra editorial también publicó una obra que empezaba con la frase «Las almas no existen», y eso acabó convirtiéndose en una costumbre.

»El rey vivió hasta una edad muy avanzada y vio publicarse varias docenas de obras. Cuando estaba en su lecho de muerte el filósofo de la corte colocó ejemplares de cada obra flanqueándole con la esperanza de que la cabeza del rey caería a un lado

o a otro en el momento de su muerte, y que la primera frase de la obra sobre la que cayera indicaría a qué conclusión había llegado..., pero el rey murió con la cabeza inmóvil sobre la almohada y los ojos mirando hacia adelante.

»Eso ocurrió hace mil años –dijo Ky–. Los libros siguen publicándose. Se han convertido en una auténtica industria, una filosofía, una fuente de discusiones interminables y de...

–Oye, esta historia... ¿tiene final? –preguntó él alzando una mano.

–No. –Ky sonrió–. No tiene final. Pero... eso es lo bueno de la historia.

Miró a Ky y meneó la cabeza. Después se puso en pie y abandonó la Sala de Tripulantes.

–Pero el que una historia no tenga final no quiere decir que carezca de una... –gritó Ky.

Salió al pasillo y cerró la puerta del ascensor a su espalda. Ky se inclinó hacia adelante y vio como el indicador de niveles del ascensor subía hasta detenerse en el nivel central.

–... conclusión –dijo Ky en voz muy baja.

Llevaba casi medio año revivido cuando estuvo a punto de suicidarse.

Estaba en la cabina del ascensor viendo girar lentamente la linterna que acababa de soltar. La había dejado encendida, y había apagado todas las luces de la cabina. Sus ojos seguían el movimiento del puntito luminoso que se deslizaba sobre las paredes de la cabina circular. El puntito luminoso se movía tan despacio como el minuterero de un reloj.

Recordó los reflectores de búsqueda del Staberinde y se preguntó a qué distancia de ellos debían de estar ahora. Debían de estar tan lejos que incluso el resplandor del sol sería más débil que uno de esos haces luminosos vistos desde el espacio.

No sabía qué le hizo pensar en quitarse el casco, pero descubrió que estaba empezando a hacerlo.

Se quedó inmóvil. Abrir los sellos de un traje en el vacío era un procedimiento muy complicado. Conocía todos los pasos a seguir, pero necesitaría cierto tiempo. Contempló el punto blanco de luz que la linterna proyectaba sobre la pared del ascensor no muy lejos de su cabeza. La rotación de la linterna hacía que el punto blanco se fuera acercando lentamente. Empezaría a preparar el traje para que le permitiera quitarse el casco. Si el haz de la linterna caía sobre sus ojos..., no, si caía sobre su cara o cualquier otra parte de su cabeza se quedaría muy quieto y seguiría viviendo como si no hubiera ocurrido nada. Si la mancha luminosa no llegaba a su cara a tiempo, se quitaría el casco y moriría.

Permitió que los recuerdos invadieran su mente y sus manos se fueron moviendo lentamente iniciando la secuencia que, de no ser interrumpida, terminaría con el casco saliendo despedido de sus hombros por la presión del aire.

El Staberinde, el inmenso navío de metal atrapado en la piedra (y un barco de piedra, un edificio atrapado en el agua), y las dos hermanas, Darckense y Livueta (y, naturalmente, cuando inventó el nombre por el que se le conocía a bordo había sido consciente de que estaba utilizando sus nombres o unos muy parecidos). Y Zakalwe, y Elethiomel. Elethiomel el terrible, Elethiomel el Constructor de Sillas...

El traje emitió un zumbido. Sus sistemas intentaban advertirle de que estaba haciendo algo muy peligroso. La mancha de luz se encontraba a pocos centímetros de su cabeza.

Zakalwe... Intentó preguntarse qué significaba aquel nombre para él. ¿Qué podía significar? Venga, pregúntaselo a todos los que han vivido contigo... ¿Qué significa este nombre para ti? La guerra, responderían muchos; una gran familia, si tienen una memoria lo bastante buena para acordarse de algo ya muy lejano en el tiempo; una..., ¿una tragedia? Si conocías la historia, claro...

Volvió a ver la silla. Pequeña y blanca. Cerró los ojos y sintió un sabor amargo deslizándose por su garganta.

Abrió los ojos. Faltaban tres cierres, luego una rápida torsión de la muñeca. Volvió la cabeza hacia la mancha de luz. Estaba tan cerca del casco, tan cerca de su cabeza... Casi resultaba invisible. La lente brillante de la linterna que flotaba en el centro del ascensor casi había quedado enfilada en línea recta hacia él. Abrió uno de los tres cierres que seguían sujetando el casco. Oyó un siseo tan débil que resultaba prácticamente imperceptible.

«Muerta...», pensó. Vio el rostro pálido de la mujer. Abrió otro cierre. El siseo no se hizo más fuerte.

Una vaga sensación de brillantez a un lado del casco, allí donde debía de estar cayendo la luz de la linterna.

Navío de metal, barco de piedra y esa silla tan poco convencional. Sintió que las lágrimas invadían sus ojos y una mano –la que no estaba ocupada abriendo el tercer cierre del casco– fue hacia su pecho, allí donde estaba la pequeña cicatriz justo encima de su corazón. La cicatriz quedaba oculta por las muchas capas sintéticas del traje y el mono que llevaba debajo de él; y tenía dos décadas de existencia o siete, dependiendo de cómo midieras el tiempo.

La linterna giró. La luz parpadeó y acabó extinguiéndose justo cuando acababa de abrir el tercer cierre y la mancha blanca empezaba a abandonar el reborde interior del traje para dirigirse hacia su rostro.

Intentó ver algo. La oscuridad era casi absoluta. Había un débil atisbo de luz procedente de fuera, el brillo rojizo que apenas podía verse producido por todas esas personas que dormían un sueño muy próximo a la muerte y por el equipo que las vigilaba en silencio.

Se acabó. La linterna se había apagado. Se había quedado sin energía o quizá

fuese una avería..., no importaba. Se había apagado. El haz luminoso no había llegado a posarse sobre su rostro. El traje volvió a emitir un zumbido quejumbroso que se oyó claramente sobre el siseo del aire que escapaba.

Bajó la vista hacia la mano que reposaba sobre su pecho.

Alzó la mirada hacia el lugar donde debía de estar la linterna invisible que flotaba en el centro de la cabina en el centro de la nave en el punto central de su trayecto.

«Y ahora..., ¿cómo moriré?», pensó.

Volvió al frío y al sueño un año después. Erens y Ky continuaban atrapados por esa diferencia en sus respectivos gustos sexuales que les mantendría eternamente separados aunque en todo lo demás parecieran la pareja ideal. Cuando les dejó seguían discutiendo.

Acabó metiéndose en otra guerra de bajo nivel tecnológico. Aprendió a volar (porque ahora sabía que el combate entre un navío y una aeronave siempre terminaría con la victoria de la segunda), y recorrió los vórtices de aire helado que se movían sobre las inmensas islas blancas que eran aquellos icebergs en forma de meseta.

Trece

Las ropas que había arrojado al suelo parecían la piel de algún reptil exótico que acabara de pasar por la fase de muda. Había pensado ponérselas, pero cambió de parecer. Llevaría las prendas con las que había llegado allí.

Estaba en el cuarto de baño envuelto en sus vapores y olores. Volvió a poner la navaja de afeitar debajo del chorro de agua y la acercó a su cabeza tan despacio y con tanta cautela como si estuviera pasando un peine por su cabellera en una película tomada a cámara lenta. La navaja se llevó la capa de espuma que cubría su piel y logró encontrar unos últimos pelitos. Deslizó la navaja hasta la punta de sus orejas, cogió una toalla, se limpió la lustrosa piel del cráneo e inspeccionó el paisaje tan suave y liso como el trasero de un bebé que acababa de revelar. Los largos mechones oscuros estaban dispersos sobre el suelo del cuarto de baño como plumas desprendidas durante una pelea.

Volvió la cabeza hacia las explanadas de la ciudadela y contempló las escasas hogueras que ardían en ellas. El cielo estaba empezando a iluminarse por encima de las montañas.

Desde la ventana podía ver unos cuantos niveles repletos de relieves e irregularidades de los muchos que formaban el muro curvado de la ciudadela y las torres que asomaban de ella. Sabía que la ciudadela estaba condenada y pensó que ver como se iba perfilando lentamente bajo los primeros rayos del sol que revelaban sus contornos le daba un aspecto de nobleza extraña y casi conmovedora, pero intentó no caer en el sentimentalismo.

Giró sobre sí mismo y fue a ponerse los zapatos. La caricia del aire moviéndose sobre la piel desnuda de su cráneo le producía una sensación muy curiosa. Echaba de menos el continuo movimiento de sus cabellos rozando la nuca. Tomó asiento sobre la cama, se puso los zapatos, abrochó las hebillas y volvió la cabeza hacia el teléfono que había encima de la mesilla de noche. Alargó la mano hacia el auricular y lo cogió.

Recordaba (creía recordar) que anoche se había puesto en contacto con el espaciopuerto. Sma y Skaffen-Amtiskaw se habían marchado hacía un rato, y se sentía muy mal, como si todo lo que le rodeaba estuviese muy lejos y no tuviera ninguna relación con él, y no estaba muy seguro de si realmente había hablado con los técnicos del espaciopuerto, pero creía que lo más probable era que sí lo hubiese hecho. Les había ordenado que prepararan la vieja nave espacial para la Decapitación y les había dicho que la operación se llevaría a cabo en algún momento de aquella mañana. O no lo había hecho. Una de las dos cosas. Quizá lo había soñado.

Oyó la voz de la operadora de la ciudadela preguntándole con quién deseaba

hablar. Pidió que le pusiera con el espaciopuerto.

Habló con los técnicos. El ingeniero jefe de vuelos parecía algo tenso y excitado. La nave espacial estaba lista y había sido aprovisionada de combustible. Las coordenadas ya habían sido introducidas, y podría ser lanzada pocos minutos después de que diera la orden final.

Asintió para sí mismo mientras le escuchaba. El ingeniero jefe de vuelos hizo una pausa. No llegó a formular la pregunta en voz alta, pero estaba allí y pudo sentir su presencia invisible.

Volvió la cabeza hacia la ventana y contempló el cielo. Visto desde aquí dentro seguía pareciendo bastante oscuro.

–¿Señor? –preguntó el ingeniero jefe–. Señor... ¿Cuáles son sus órdenes, señor?

Vio el cubito azul y el botón, oyó el murmullo del aire que escapaba del interior del casco. Sintió una especie de estremecimiento. Pensó que era una reacción involuntaria de su cuerpo, pero no se trataba de eso. El estremecimiento recorrió toda la ciudadela y se fue expandiendo por los muros de la habitación y por debajo de la cama sobre la que estaba acostado. Los cristales y las porcelanas de la habitación tintinearón levemente. El ruido de la explosión gruñó como un trueno lejano y atravesó los gruesos vidrios de las ventanas. El sonido resultaba vagamente amenazador.

–¿Señor? –preguntó el ingeniero jefe–. ¿Sigue ahí?

Había muchas probabilidades de que decidieran interceptar la nave espacial. La Cultura –el *Xenófobo*, seguramente– utilizaría sus efectores sobre ella... La decapitación estaba condenada a fracasar...

–Señor, ¿qué debemos hacer?

Pero siempre había una posibilidad de que...

–¿Señor? Señor, ¿me oye?

Otra explosión hizo temblar la ciudadela. Clavó los ojos en el auricular que tenía entre los dedos.

–Señor, ¿seguimos adelante con el plan? –oyó que decía una voz masculina, o recordó haberle oído decir a una voz masculina hacía mucho tiempo y muy lejos de allí... Y él había dicho «Sí», y había aceptado cargar con el peso terrible de los recuerdos, y con todos los nombres que quizá acabarían enterrándole...

–No –dijo en voz baja–. Ya no necesitamos utilizar la nave –murmuró.

Dejó el auricular sobre su soporte y salió a toda prisa de la habitación. Fue por la escalera de atrás para estar lo más lejos posible de la entrada principal a sus apartamentos, donde ya podía oír el nacimiento de una cierta conmoción.

Más explosiones hicieron temblar la ciudadela. La muralla fue atravesada una y otra vez, y las ondas expansivas le dejaron envuelto en nubéculas de polvo que se desprendían lentamente del techo y las paredes. Se preguntó qué estaría ocurriendo en

los cuarteles regionales y cómo caerían, y si la incursión para capturar a los sacerdotes sería tan poco sangrienta como esperaba Sma; pero apenas hubo empezado a pensar en ello comprendió que todas esas cosas ya habían dejado de importarle.

Salió de la ciudadela por una poterna y entró en la gran plaza que se usaba para los desfiles. Las hogueras seguían ardiendo delante de las tiendas de los refugiados. Grandes nubes de polvo y humo ascendían lentamente por el cielo gris del amanecer para flotar sobre los muros de la ciudadela. Desde donde estaba podía ver un par de las brechas que habían abierto en ellos. Los refugiados estaban empezando a despertar y salían de las tiendas. A su espalda y por encima de él podía oír el chisporroteo de los disparos procedentes de los muros de la ciudadela.

Oyó disparos de un arma de mucho mayor calibre que venían de los muros, y una explosión tremenda hizo temblar el suelo abriendo un gran agujero en el acantilado que era la ciudadela. Una avalancha de piedra se desplomó sobre la explanada de los desfiles enterrando bajo ella a una docena de tiendas. Se preguntó qué clase de munición estaría utilizando ese tanque. Sospechaba que era de un tipo que no habían tenido disponible hasta aquella mañana.

Atravesó la ciudad de tiendas. Los refugiados salían de ellas con cara de sueño y le miraban parpadeando. Seguía oyendo disparos dispersos procedentes de la ciudadela. La inmensa nube de polvo se alejó de la enorme brecha abierta en los muros y fue hacia la explanada. Otro disparo hecho desde muy cerca de los muros; otra detonación que hizo vibrar el suelo y acabó con toda una esquina de la ciudadela. Las piedras salieron disparadas de los muros como si las aliviara separarse de ellos y cayeron rodando sobre su propio polvo. Habían sido liberadas y podían volver a la tierra.

El fuego disperso desde los baluartes de la ciudadela era cada vez más escaso. El polvo se iba posando sobre todas las cosas, el cielo se iluminaba lentamente y los refugiados se aferraban los unos a los otros delante de sus tiendas contemplándolo todo con cara de pavor. Oyó más disparos procedentes de los muros exteriores y de la explanada para los desfiles alrededor de la que había nacido la ciudad de tiendas.

Siguió caminando. Nadie intentó detenerle, y eran muy pocas las personas que parecían fijarse en su presencia. Vio a un soldado cayendo desde lo alto del muro que se alzaba a su derecha y vio como su cuerpo rodaba sobre el polvo. Vio a los refugiados corriendo en todas direcciones. Vio a los soldados del Ejército Imperial montados sobre un tanque que aún se encontraba bastante lejos.

Se abrió paso por entre el amasijo de tiendas evitando a los que corrían y saltando sobre un par de hogueras ya casi sin llamas que aún seguían echando humo. Las enormes brechas abiertas en los muros exteriores y en la ciudadela propiamente dicha humeaban bajo la cada vez más intensa claridad grisácea del amanecer. El cielo se iba encendiendo con destellos rosa y azul, y la luz no tardaría en cobrar otro color.

Los refugiados corrían y se apelotonaban a su alrededor –algunos llevaban bebés en los brazos, otros tiraban de un niño–, y hubo momentos en que creyó reconocer un rostro, y varias ocasiones en las que estuvo a punto de detenerse y hablar con ellos, de alargar la mano para hacer cesar la nevada de rostros que le envolvía o de correr detrás de ellos gritando no sabía qué...

Una aeronave aulló sobre su cabeza y hendió la atmósfera por encima del muro exterior dejando caer unos cilindros alargados sobre las tiendas. Los cilindros liberaron surtidores de llamas y un humo espantosamente negro. Vio personas que ardían, oyó los gritos, olió la pestilencia de la carne quemada y meneó la cabeza.

Cuerpos aterrorizados pasaban corriendo a su lado o chocaban contra él, y el impacto con uno de ellos le hizo caer al suelo y tuvo que levantarse, quitarse el polvo de las ropas y soportar los empujones, los gritos, las maldiciones y los alaridos. La aeronave volvió a pasar sobre su cabeza y fue el único que se mantuvo erguido y siguió caminando mientras los que le rodeaban se dejaban caer al suelo. Observó los chorlitos de polvo que salían disparados hacia el cielo a su alrededor y vio como las ropas de algunas personas que se habían arrojado al suelo aleteaban con una breve sacudida espasmódica cuando un proyectil daba en el blanco.

Se encontró con los primeros soldados cuando ya casi había amanecido del todo. Un soldado disparó contra él. Buscó refugio detrás de una tienda y rodó rápidamente sobre sí mismo. Estuvo a punto de chocar con otro soldado que hizo girar su carabina una fracción de segundo demasiado tarde. Desvió el arma de una patada. El soldado desenvainó un cuchillo. Dejó que se lanzara sobre él, le quitó el cuchillo y le hizo caer al suelo con una llave de lucha. Clavó los ojos en el cuchillo que tenía entre los dedos y meneó la cabeza. Lo arrojó a lo lejos, miró al soldado –estaba encogido sobre sí mismo con la cabeza alzada hacia él y le observaba con temor –, se encogió de hombros y siguió caminando.

Los refugiados pasaban corriendo junto a él, los soldados gritaban. Vio como uno alzaba su arma y le apuntaba. Miró a su alrededor y no encontró ningún sitio donde refugiarse. Alzó la mano para explicarle que ya no era necesario que disparase, pero el soldado hizo fuego antes de que pudiera hablar.

«Un disparo bastante malo teniendo en cuenta lo cerca que estaba de mí», pensó mientras el impacto del proyectil le hacía salir despedido hacia atrás dando una voltereta sobre sí mismo.

Parte superior del pecho, cerca del hombro. «No hay daño pulmonar, y lo más probable es que ni tan siquiera me haya rozado una costilla», pensó. El dolor y la conmoción se extendieron por todo su cuerpo y le hicieron caer al suelo.

Se quedó inmóvil sobre el polvo. Había caído muy cerca del rostro de un guardia muerto. Los ojos del defensor de la ciudad ya no podían ver nada, pero parecían contemplarle. Había visto el módulo de la Cultura mientras el impacto del proyectil le

arrojaba hacia atrás; una silueta de límpidos contornos que flotaba inútilmente sobre las ruinas de los apartamentos que había ocupado durante su estancia en la ciudadela.

Alguien le dio una patada. El impacto hizo que su cuerpo girara y, al mismo tiempo, le fracturó una costilla. Intentó no reaccionar a la nueva cuchillada de dolor que le atravesó el pecho, pero entreabrió los párpados para ver quién le había pateado. Esperó el coup-de-grâce, pero éste no llegó.

La sombra que se había quedado inmóvil sobre él –oscuridad recortada contra la luz– se puso en movimiento y se alejó.

Esperó un rato y se levantó. Al principio el caminar no le resultó demasiado difícil, pero las aeronaves no tardaron en volver, y aunque no fue alcanzado por ninguno de los proyectiles algo se hizo pedazos cerca de él mientras pasaba junto a unas tiendas que ondularon y bailaron al sentir la embestida de las balas, y se preguntó si el agudo dolor que acababa de experimentar en el muslo había sido producido por un trozo de madera o de piedra, o si sería una astilla de hueso procedente de alguien que estaba en el interior de una tienda.

–No –murmuró mientras se alejaba cojeando en dirección a la brecha más grande que había en el muro–. No, no tendría gracia... No es un trocito de hueso... No tendría ninguna gracia...

La onda expansiva de explosión le derribó, le lanzó hacia una tienda y le hizo atravesar la lona. Se puso en pie sintiendo un terrible zumbido en la cabeza. Miró a su alrededor y acabó alzando los ojos hacia la ciudadela. Sus pináculos empezaban a reflejar el impacto directo de los primeros rayos de sol de lo que prometía ser un día muy hermoso. Ya no podía ver el módulo. Cogió un trozo del poste que había sostenido una tienda para usarlo como muleta. La pierna le dolía mucho.

El polvo se arremolinó a su alrededor, los alaridos de los motores y las aeronaves y las voces humanas le atravesaron; los olores de las cosas que ardían, el polvo de piedra y los humos de las máquinas le hicieron toser y jadear. Sus heridas le hablaban en los lenguajes del dolor y las lesiones y no le quedaba más remedio que escucharlas, pero se negaba a prestarles más atención que la estrictamente imprescindible. Tropezó, se tambaleó, sintió los impactos de las ondas expansivas y los trocitos de piedra y metal que volaban por los aires, creyó que se había quedado sin fuerzas y cayó de rodillas y se levantó pensando que quizá hubiera recibido más heridas de bala, pero en su estado actual no podía estar seguro de nada.

Cayó al suelo cuando ya estaba bastante cerca de la brecha y pensó que quizá debiera quedarse quieto para descansar un rato. Había más luz, y se sentía muy cansado. Las nubéculas de polvo flotaban a su alrededor como una blanca guirnalda de sudarios. Alzó los ojos hacia el azul claro del cielo y pensó en lo hermoso que era incluso visto a través de todas aquellas cantidades de polvo. Escuchó el estrépito de los tanques que subían por la cuesta triturando los guijarros bajo sus orugas y pensó

que, como ocurre siempre con los tanques, el ruido que hacían se parecía mucho más a un chirrido que a un rugido.

–Caballeros –murmuró alzando la mirada hacia el azul cada vez más intenso del cielo–, esto me recuerda algo digno de ser respetado y grabado en la memoria que Sma me dijo en una ocasión, algo sobre el heroísmo, algo como..., sí, era... «Zakalwe, sea cual sea su edad y su desarrollo en todas las sociedades humanas que hemos examinado a lo largo de nuestra historia no hemos encontrado prácticamente ninguna en la que hubiese escasez de machos jóvenes y entusiastas dispuestos a matar y morir preservando la seguridad, la comodidad y los prejuicios de sus mayores, y lo que tú llamas heroísmo no es más que la expresión de una verdad tan sencilla como la de que nunca hay escasez de idiotas...» –Suspiró–. Bueno, estoy seguro de que ella nunca usó palabras como «sea cual sea su edad y su desarrollo», porque a la Cultura le encanta que haya excepciones para todo, pero..., creo que..., creo que eso era más o menos lo que me dijo...

Rodó sobre sí mismo apartando la mirada del casi doloroso azul del cielo y clavó los ojos en el polvo.

Se fue incorporando lentamente y de mala gana un rato después primero hasta egiuir el torso, después hasta quedar arrodillado en el suelo y luego alargó la mano hacia el trozo de poste que le servía de muleta y descargó todo su peso sobre él y logró ponerse en pie, y empezó a tambalearse hacia las ruinas en que se habían convertido los muros y consiguió llegar hasta la cima de aquella montaña de piedras y cascotes, allí donde el camino que recorría la parte superior de la muralla seguía intacto y se alejaba en ambas direcciones –«Como rutas del cielo», pensó–, y fue hacia los cadáveres de una docena de soldados que yacían en el centro de un charco de sangre que iba haciéndose más grande y contempló los baluartes salpicados de agujeros de balas y cubiertos por una capa de polvo gris que les rodeaban.

Fue tambaleándose hacia ellos como si quisiera aumentar su número con la adición de su cuerpo y examinó el cielo buscando el módulo.

Pasó algún tiempo antes de que vieran la «Z» que había dibujado con los cadáveres de los soldados que yacían sobre la muralla, pero en ese lenguaje la Z era una letra muy complicada y cometió muchos errores antes de conseguir que le saliera bien.

I

Todas las luces y reflectores del Staberinde estaban apagados. Su masa achaparrada se recortaba contra la débil filtración de luz grisácea que precede al amanecer, y su borrosa silueta era un cono que apenas aludía a los aros y líneas concéntricas de sus cubiertas y armas. Algún efecto óptico de las neblinas del pantano que se interponían entre él y el inmenso zikkurath que era el navío creaban la impresión de que su negra forma no tenía el más mínimo contacto con la tierra, sino que flotaba sobre ella cerniéndose por encima del mundo como una amenazadora nube negra.

Los ojos con que lo contemplaba estaban tan cansados como los pies que le sostenían. Hallarse tan cerca de la ciudad y del navío hacía que pudiera oler el mar, y tener la nariz tan cercana al cemento del búnquer le permitía captar el olor acre y amargo de la cal. Intentó acordarse del jardín y de los perfumes de las flores tal y como solía hacer cuando la lucha empezaba a parecerle tan fútil y cruel que sentía deseos de abandonarla, pero no logró que su memoria conjurase aquellos perfumes de una sutileza conmovedora tan levemente recordados o cualquiera de las cosas buenas que habían ocurrido en aquel jardín (y volvió a ver aquellas manos bronceadas por el sol sobre las blancas caderas de su hermana, la ridícula sillita que habían escogido para consumir su fornicación..., y recordó su última visita al jardín, la última vez que había estado en la propiedad cuando iba con el cuerpo de tanques; y vio el caos y la ruina que Elethiomel había desatado sobre el lugar donde habían crecido los dos; la gran casa convertida en un cascarón vacío, el barco de piedra definitivamente naufragado, los bosques devorados por las llamas..., y su último atisbo de aquella odiada casita de verano donde les había encontrado cuando se disponía a emprender su represalia particular contra la tiranía del recuerdo; el tanque meciéndose debajo de él, el claro ya iluminado por los destellos de los obuses-estrella retorciéndose con el resplandor de las llamas, el sonido que no era un sonido zumbando en sus tímpanos, y la casita..., la casita seguía allí; el obús la había atravesado limpiamente y había explotado entre los árboles que se alzaban detrás de ella y sintió el deseo de gritar y llorar y destruir la casita con sus propias manos..., pero entonces se acordó del hombre que había estado sentado dentro de ella y pensó en cómo podría enfrentarse a una situación semejante, y consiguió acumular el valor suficiente para reírse de lo ocurrido y ordenó al artillero que apuntara al último peldaño de la casita, y por fin vio como toda la estructura se convertía en pedazos que salían disparados hacia lo alto. Los escombros cayeron alrededor del tanque rociándole con pellas de tierra, trocitos de madera y los manojos de cañizo que habían formado el techo).

La noche que se extendía más allá del búnquer era cálida y asfixiante. El calor del

día había quedado atrapado en la tierra y parecía haber sido incrustado en el suelo por el peso de las nubes que se pegaban a la piel del mundo como si fueran una camisa empapada en sudor. Creyó captar el olor de la hierba y el heno flotando en el aire y pensó que el viento había cambiado de dirección. Aquellos olores nacían en las grandes praderas del interior y debían de haber sido arrastrados hasta allí por algún viento que ya había agotado sus fuerzas. Las viejas fragancias se habían vuelto rancias y débiles. Cerró los ojos y apoyó la frente sobre el áspero cemento del bunker debajo de la ranura por la que había estado mirando. Sus dedos se abrieron sobre la dura superficie granulosa y sintió el cálido contacto del cemento en su carne.

Había momentos en los que su único deseo era que todo terminara de una vez, y la forma en que se produjera ese final no tenía ninguna importancia. La simple idea de que todo terminara cobraba una seductora y exigente sencillez, y se imponía con una fuerza tan abrumadora que habría pagado cualquier precio por verla convertirse en realidad. Cuando le ocurría eso tenía que pensar en Darckense atrapada dentro del navío y cautiva de Elethiomel. Sabía que ya no amaba a su prima; que el amor que había sentido hacia ella fue un breve enamoramiento juvenil, algo que ella había utilizado durante su adolescencia para vengarse de alguna afrenta imaginaria que le había infligido la familia (quizá creía que preferían a Livueta, quizá fuese otra cosa...). Puede que en aquel entonces le pareciese auténtico amor, pero sospechaba que ahora incluso ella era consciente de que el sentimiento se había desvanecido. Creía que Darckense realmente había sido convertida en rehén contra su voluntad. Cuando Elethiomel atacó la ciudad cogió por sorpresa a muchas personas, y la rapidez del avance bastó para dejar atrapada dentro de ella a la mitad de la población. Darckense tuvo la mala suerte de ser descubierta en el caos del aeropuerto cuando intentaba huir. Elethiomel había desplegado un gran número de agentes para que dieran con ella, y Darckense acabó cayendo en sus manos.

Y eso hacía que no le quedara más remedio que seguir luchando por Darckense, aunque ya casi hubiera consumido todas las reservas de odio que su corazón albergaba hacia Elethiomel, ese odio que le había permitido continuar luchando durante los últimos años y que ahora se estaba agotando y que parecía haber sido evaporado por el curso abrasivo de aquella larga guerra.

¿Cómo se las arreglaba Elethiomel? Aunque ya no la amara (y el monstruo afirmaba que Livueta era la única cosa que amaba en el mundo), ¿cómo podía utilizarla igual que si fuera otro obús guardado en los cavernosos almacenes del navío?

¿Y qué se suponía que debía hacer él? ¿Utilizar a Livueta contra Elethiomel? ¿Esforzarse por alcanzar el mismo nivel de astuta crueldad?

Livueta ya le echaba la culpa de todo lo ocurrido a él, no a Elethiomel. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Rendirse? ¿Cambiar una hermana por otra? ¿Montar un

loco intento de rescate condenado de antemano al fracaso? ¿Limitarse a atacar?

Había intentado explicar que sólo un asedio prolongado garantizaría el éxito, pero las discusiones habían sido tan frecuentes y encarnizadas que estaba empezando a preguntarse si no estaría equivocado.

—¿Señor?

Giró sobre sí mismo y contempló las borrosas siluetas de los comandantes que habían aparecido a su espalda.

—¿Qué ocurre? —preguntó secamente.

—Señor... —Era Swaels—. Señor, quizá deberíamos volver a los cuarteles generales. Las nubes se están disipando por el este, y no tardará en amanecer... No debemos permitir que nos sorprendan dentro del radio de alcance de su armamento.

—Ya lo sé —replicó.

Volvió la cabeza hacia los oscuros contornos del Staberinde y sintió el leve encogimiento involuntario que tensaba su cuerpo, como si esperara ver que sus inmensos cañones empezaban a escupir llamas que irían en línea recta hacia él. Corrió la plancha metálica que protegía la ranura abierta en el cemento. El interior del búnquer quedó sumido en las tinieblas durante unos momentos hasta que alguien fue hacia el interruptor. La áspera claridad de las luces amarillas cayó sobre ellos y todos parpadearon sorprendidos por aquel súbito resplandor.

Salieron del búnquer. La larga masa del vehículo blindado aguardaba en la oscuridad. Los ayudantes y oficiales de menor rango se pusieron en posición de firmes, colocaron bien sus gorras, saludaron y empezaron a abrir las puertas. Entró en el vehículo y se deslizó sobre la piel que cubría el asiento trasero. Tres comandantes le siguieron y se fueron sentando el uno al lado del otro delante de él. La puerta blindada se cerró con un golpe seco; el vehículo gruñó, se puso en movimiento y avanzó dando saltos sobre los baches y desigualdades del suelo para volver al bosque, alejándose de la silueta oscura que reposaba envuelta en la noche.

—Señor... —dijo Swaels después de intercambiar una rápida mirada con los otros dos comandantes—. Los demás y yo hemos estado hablando y...

—Vas a decirme que deberíamos atacar, que deberíamos bombardear el Staberinde hasta convertirlo en un cascarón llameante y asaltarlo con tropas aerotransportadas —dijo él alzando una mano—. Ya sé que habéis estado hablando del asunto y sé qué clase de..., de decisiones creéis haber alcanzado. No me interesan en lo más mínimo.

—Señor, todos comprendemos la tensión que supone para usted el hecho de que su hermana se encuentre a bordo del navío, pero...

—Eso no tiene nada que ver con el atacar o el seguir esperando, Swaels —dijo él—. La mera suposición de que pueda considerar que eso es una razón para no atacar... Me insultas, Swaels. Mis razones son razones militares muy sólidas y fundadas, y la

más importante de ellas es que el enemigo ha conseguido crear una fortaleza que, de momento, es casi imposible de tomar. Debemos esperar a las inundaciones de invierno. Cuando lleguen la flota podrá utilizar el estuario y el canal enfrentándose al Staberinde en igualdad de términos. Atacarlo con aeronaves o cualquier intento de enzarzarse en un duelo de artillería sería el colmo de la estupidez.

–Señor... –dijo Swaels–. Lamentamos no poder estar de acuerdo con usted, pero aun así...

–Guarde silencio, comandante Swaels –dijo él usando su tono de voz más gélido. Swaels tragó saliva–. Ya tengo suficientes motivos de preocupación sin necesidad de perder el tiempo con las estupideces que pasan por planificación militar seria entre mis oficiales superiores..., y quizá debería añadir que tampoco deseo perder el tiempo pensando en si he de sustituir a algunos de esos oficiales superiores.

Nadie dijo nada. El único sonido audible era el distante gruñido del motor del vehículo blindado. Swaels parecía perplejo y herido; los otros dos comandantes no apartaban la mirada de la alfombrilla que cubría el suelo. La piel del rostro de Swaels brillaba. Volvió a tragar saliva. La voz mecánica del vehículo que les transportaba parecía enfatizar el silencio que reinaba en el compartimento trasero mientras los cuerpos de los cuatro hombres temblaban y oscilaban de un lado a otro sobre sus asientos. El vehículo llegó a una carretera bien pavimentada y aceleró con un rugido. La inercia intentó incrustarle en el asiento y los tres comandantes se inclinaron unos centímetros hacia él antes de recuperar el equilibrio y volver a apoyar la espalda en sus asientos.

–Señor, si lo desea estoy dispuesto a...

–Oh, vamos... ¿Es realmente necesario que sigamos hablando de esto? –preguntó con voz quejumbrosa, esperando que su tono conseguiría hacer callar a Swaels–. ¿No podéis librame ni tan siquiera de esa pequeña carga? Lo único que pido es que cumpláis con vuestras obligaciones. No quiero desacuerdos ni disputas. Luchemos contra el enemigo, no entre nosotros.

–... a presentar mi dimisión –siguió diciendo Swaels.

Era como si el ruido del motor no pudiera abrirse paso hasta el compartimento de pasajeros. El silencio se volvió absoluto –no estaba en el aire, sino atrapado en la expresión de Swaels y en los cuerpos tensos e inmóviles de los otros dos comandantes–, y pareció volverse sólido y depositarse lentamente sobre los cuatro hombres como si fuese el aliento presciente de un invierno que aún se hallaba a medio año de distancia. Sintió el deseo casi irresistible de cerrar los ojos, pero no podía dar una muestra tan clara de debilidad. Mantuvo la mirada clavada en el rostro del hombre que tenía delante.

–Señor, debo decirle que no estoy de acuerdo con el curso de acción que ha decidido tomar, y no soy el único. Señor, yo y los otros comandantes le queremos

tanto como queremos a nuestro país..., le queremos con todo nuestro corazón, y le ruego que me crea. Pero..., precisamente porque le queremos no podemos permanecer impasibles mientras vemos como arroja por la borda todo aquello que representa y todo aquello en lo que creemos por defender una decisión equivocada.

Las rodillas de Swaels temblaron y acabaron juntándose como en un gesto de súplica que no le pasó desapercibido.

«Ningún caballero de buena cuna debería empezar una frase usando una palabra tan desafortunada como “pero”», pensó distraídamente.

–Señor, le aseguro que preferiría estar equivocado. Yo y los otros comandantes hemos intentado comprender sus motivos y sus planes, pero no podemos estar de acuerdo con ellos. Señor, si siente la más mínima estima hacia alguno de sus comandantes..., le imploramos que piense en lo que está haciendo. Si cree que haberle hablado así es una falta de respeto o una insubordinación puede despojarme del mando cuando lo desee. Degrádeme, sométame a un juicio de guerra, ejecúteme, borre mi nombre de los registros y las actas, pero... Señor, le ruego que reconsidere su decisión ahora que aún hay tiempo para ello.

El vehículo siguió avanzando sobre la carretera desviándose de vez en cuando para tomar alguna curva, moviéndose en dirección izquierda-derecha o derecha-izquierda para evitar los cráteres con que se encontraba y los cuatro permanecieron tiosos e inmóviles en sus asientos. «Debemos de parecer trozos de hielo atrapados bajo esta luz amarilla –pensó–, debemos de parecer cuatro cadáveres que empiezan a ponerse rígidos...»

–Detenga el vehículo –se oyó decir.

Su dedo ya estaba pulsando el botón del intercomunicador. Oyó el leve chimar del cambio de marchas y el vehículo acabó deteniéndose. Abrió la puerta. Swaels había cerrado los ojos.

–Fuera –le dijo.

Swaels le miró. Parecía un anciano alcanzado por el primero de un diluvio de golpes inesperados. Era como si se hubiera encogido, como sí se hubiera derrumbado por dentro. Una ráfaga de viento cálido amenazó con cerrar la puerta y tuvo que extender una mano para mantenerla abierta.

Swaels se inclinó hacia adelante y fue saliendo lentamente del vehículo. Su silueta se hizo visible durante unos segundos recortada contra la oscuridad de la cuneta. El cono de luz proyectado por las luces interiores del vehículo se deslizó sobre su rostro y desapareció.

Zakalwe cerró la puerta.

–Siga –dijo por el intercomunicador.

El vehículo volvió a ponerse en marcha y se alejaron a toda velocidad del amanecer y del Staberínde antes de que sus cañones pudieran encontrarles y

destruirles.

Creían haber vencido. Cuando llegó la primavera tenían más hombres y más material y, sobre todo, disponían de artillería más pesada que la del enemigo. El Staberínde acechaba en el mar y seguía siendo una amenaza, pero había dejado de ser una presencia activa. No disponía del combustible que necesitaba para hacer incursiones efectivas contra sus fuerzas y convoyes, y más que un recurso había pasado a ser una molestia. Pero Elethiomel mandó remolcar el inmenso navío de combate a través de los canales y sobre las orillas en eterno proceso de cambio hasta llevarlo al dique seco. Volaron las estructuras que se oponían a su avance y lograron meterlo dentro, cerraron las puertas, bombearon el agua hasta vaciar el dique y lo llenaron de cemento. Sus consejeros opinaban que habían creado una especie de cojín capaz de absorber las vibraciones inyectando alguna sustancia especial entre el metal y el cemento, pues de lo contrario los cañones de medio metro de calibre ya habrían hecho añicos el navío. Sospechaban que Elethiomel había utilizado toda la chatarra y los escombros que tenía a mano para proteger el perímetro de su fortaleza improvisada.

Casi lo encontraba divertido.

El Staberínde no era una fortaleza inconquistable (aunque, desde luego, ya no podía ser hundido), pero la invasión exigiría un precio terrible.

Y, naturalmente, ahora que disponían de tiempo para reequiparse y descansar un poco cabía la posibilidad de que las fuerzas que había alrededor del navío y de la ciudad y dentro de esos dos recintos lograran romper el cerco. También habían analizado esa posibilidad, y sabían que Elethiomel era perfectamente capaz de conseguirlo.

Pero fuera cual fuese el enfoque con que analizaba el problema o el tiempo que consagraba a darle vueltas los datos básicos estaban muy claros y nunca variaban. Los hombres harían lo que él les ordenara; los comandantes obedecerían sus órdenes (y si no lo hacían los sustituiría por otros); los políticos y la Iglesia le habían otorgado plena capacidad de maniobra y le apoyarían hiciera lo que hiciese... Estaba seguro de eso o, por lo menos, tan seguro como podía estarlo cualquier hombre en su posición. Pero... ¿qué debía hacer?

Había esperado heredar un ejército perfectamente entrenado, una máquina espléndida e impresionante que nunca sería preciso utilizar y que acabaría transmitiendo a otro joven cachorro de la Corte en el mismo estado impecable en que la había recibido para que las tradiciones del honor, la obediencia y el deber pudieran seguir subsistiendo. Y, en vez de eso, se había encontrado a la cabeza de un ejército enzarzado en una guerra salvaje con un ejército enemigo compuesto por una inmensa mayoría de compatriotas suyos y mandado por un hombre a quien en tiempos

consideró un amigo y, casi, un hermano.

Tuvo que dar órdenes sabiendo que las órdenes significarían la muerte de muchos hombres, y a veces no le quedó más remedio que sacrificar a centenares o millares de soldados enviándolos a una muerte casi segura porque necesitaba consolidar una posición o un objetivo importantes o proteger alguna posición vital. Y, naturalmente, no había que olvidar el continuo sufrimiento y el precio pagado por los civiles tanto si les gustaba como si no. Las personas por las que ambos bandos afirmaban estar luchando eran las que proporcionaban el mayor número de bajas producidas en su sangrienta contienda.

Había intentado poner fin a la masacre. Intentó llegar a alguna clase de acuerdo casi desde el principio, pero ninguno de los dos bandos quería la paz salvo si podía dictar sus propias condiciones y él no poseía ningún poder político real, y no le quedó más remedio que luchar. Su éxito le asombró y había asombrado a los demás –a veces pensaba que Elethiomel debía de ser uno de los que más se habían asombrado–, pero ahora le faltaba muy poco para conseguir la victoria (quizá), y no sabía qué hacer.

Lo que más deseaba era salvar a Darckense. Había visto demasiados ojos muertos, demasiado aire ennegrecido por la sangre y demasiada carne hecha pedacitos, y todas esas imágenes le impedían sentir ningún tipo de apego hacia verdades tan horrendas como las nebulosas ideas del honor y la tradición por las que la gente afirmaba estar luchando. Sólo quedaba una cosa por la que le pareciera que valía la pena seguir luchando, y era el bienestar de una persona amada. Era lo único que le parecía real, lo único que podía salvar su precaria cordura. Admitir que había millones de personas cuyos destinos e intereses dependían de lo que ocurriese aquí significaba echar un peso demasiado grande sobre sus hombros. Sería como admitir por implicación que era parcialmente responsable de las muertes de cientos de miles de personas, y el que nadie hubiera podido luchar más humanamente de lo que lo había hecho no alteraba en nada esa realidad insoportable.

Hizo lo único que podía hacer. Esperó. Contuvo a los comandantes y los líderes de escuadrón, y esperó a que Elethiomel contestara a las señales que le enviaba.

Los otros dos comandantes no dijeron nada. Apagó las luces interiores del vehículo, bajó los protectores metálicos de las ventanillas y contempló la masa oscura del bosque que desfilaba velozmente bajo el cielo color gris acero del amanecer.

Dejaron atrás búnquers, trincheras sumidas en las tinieblas, siluetas inmóviles, camiones detenidos, tanques hundidos en el barro, ventanas protegidas con cinta adhesiva, cañones disimulados por sus fundas de camuflaje, postes, claros grisáceos, edificios en ruinas y lámparas que sólo emitían luz por una rendija diminuta..., toda la parafernalia que adorna los alrededores de un cuartel general. Observó todo aquello y sintió el removerse de un vago deseo en su interior. Siguieron avanzando hacia el centro, hacia el viejo castillo que le había servido de hogar en todo salvo de nombre

durante los últimos dos meses, y deseó no tener que detenerse. Ah, si pudiera seguir moviéndose durante el amanecer y durante el día, y la noche y el nuevo amanecer, seguir moviéndose eternamente hasta atravesar los árboles con rumbo a la nada, si pudiera dejar atrás aquellos centinelas inflexibles y llegar hasta un punto perdido en el vacío donde no hubiera nadie salvo él –aunque eso significara soportar el silencio gélido de la nada–, sentirse seguro en el nadir de sus sufrimientos sintiendo la perversa satisfacción de saber que ahora ya no podían empeorar; seguir adelante, adelante, adelante sin tener que detenerse nunca, sin tomar decisiones que no podían esperar y que significaban que cometería errores que jamás podría olvidar y por los que nunca podría ser perdonado...

El vehículo entró en el patio del castillo. Bajó de él, quedó rodeado por un enjambre de ayudantes y enlaces y fue hacia la gran mansión que había albergado el cuartel general de Elethiomel.

Los oficiales cayeron sobre él para exponerle cien problemas distintos, detalles de asuntos logísticos, informes de los servicios de inteligencia, escaramuzas, pequeñas cantidades de terreno ganado o perdido, grupos de civiles que pedían esto o aquello, corresponsales extranjeros que solicitaban eso o lo de más allá... Se libró de todos los pequeños problemas ordenando a los comandantes que se ocuparan de ellos. Subió de dos en dos los peldaños del tramo de escalera que llevaba hasta sus despachos, entregó su guerrera y su gorra a su ayudante de campo y se refugió en la oscuridad de su estudio. Cerró los ojos y apoyó la espalda en un panel de la doble puerta sintiendo el contacto de los picaportes de bronce que seguía sujetando con sus manos. El silencio y la oscuridad de la habitación eran como un bálsamo.

–Has estado fuera echando un vistazo a la bestia, ¿eh?

Se sobresaltó, pero enseguida reconoció la voz de Livueta. Alzó la cabeza y vio el oscuro contorno de su silueta delante de las ventanas.

–Sí –dijo–. Corre las cortinas.

Encendió las luces del estudio.

–¿Qué piensas hacer? –preguntó Livueta.

Fue lentamente hacia él con los brazos cruzados delante de los senos. Su oscura cabellera estaba recogida en un moño, y parecía preocupada.

–No lo sé –admitió. Fue hasta su escritorio, se sentó, apoyó la cara en las manos y se la frotó lentamente–. ¿Qué quieres que haga?

–Habla con él –dijo Livueta.

Tomó asiento sobre una esquina del escritorio sin descruzar los brazos. Llevaba puesta una chaqueta oscura y una falda negra bastante larga. Últimamente siempre vestía colores oscuros.

–Él no querrá hablar conmigo –replicó apoyando la espalda en el sillón repleto de tallas. Sabía que los oficiales más jóvenes se referían a él llamándolo «su trono»–. No

consigo que conteste a mis mensajes.

–No debes de estar diciendo las cosas adecuadas –murmuró ella.

–Bueno, entonces... Quizá no sé qué decir –dijo él, y volvió a cerrar los ojos–. ¿Por qué no te encargas de redactar el próximo mensaje?

–No me dejarías decir lo que quiero decir, y aunque me dejaras luego encontrarías alguna forma de volverte atrás.

–Livvy, no podemos deponer las armas, y creo que aparte de ésa no hay ninguna otra solución. Al menos, ninguna otra a la que esté dispuesto a hacer caso...

–Podríais veros y hablar cara a cara. Creo que sería la mejor forma de arreglar las cosas.

–Livvy, el primer mensajero que enviamos volvió... ¡Sin su PIEL!

La última palabra fue un grito salvaje. Había perdido la paciencia y el control con tanta brusquedad que hasta él mismo se sorprendió. Livueta se encogió y se apartó del escritorio. Se dejó caer sobre un sofá y sus largos dedos acariciaron los hilos de oro que adornaban el brazo.

–Lo siento –dijo él en voz baja–. No quería gritar.

–Es nuestra hermana, Cheradenine. Debe de haber algo más que podamos hacer.

La miró y recorrió el estudio con los ojos como si buscara alguna fuente de inspiración que pudiera darle nuevas ideas.

–Livvy... Hemos hablado de esto una vez y otra y otra más. ¿Es que.., es que no hay ninguna forma de hacértelo comprender? ¿No está claro? –Golpeó la superficie del escritorio con las palmas de las manos–. Hago todo lo que puedo. Quiero sacarla de allí tanto como tú, te lo aseguro, pero mientras esté en sus manos no puedo hacer nada..., salvo atacar, y si ataco lo más probable es que ella muera.

Livueta meneó la cabeza.

–¿Qué ocurrió entre vosotros dos? –preguntó–. ¿Por qué dejasteis de hablar? ¿Cómo puedes olvidar todo lo que ocurrió cuando éramos niños?

La contempló en silencio y meneó la cabeza. Después se puso en pie y se volvió hacia la pared recubierta de libros que había detrás de él. Sus ojos se deslizaron sobre los centenares de títulos sin ver ninguno.

–Oh... –dijo con voz cansada–. No lo he olvidado, Livueta. –Sintió una tristeza tan terrible como inesperada, como si toda la magnitud de cuanto habían perdido sólo pudiera volverse real cuando tenía cerca a otra persona cuya presencia le permitía admitir la existencia de esa pérdida–. No he olvidado nada, te lo aseguro...

–Debe de haber algo más que puedas hacer –insistió ella.

–Livueta, créeme, por favor. No puedo hacer nada.

–Te creí cuando me aseguraste que estaba a salvo –dijo Livueta.

Bajó la mirada hacia el brazo del sofá. Sus largas uñas habían empezado a arrancar el hilo de oro cosido en la tela. Su boca se había convertido en una línea muy

tensa.

–Estabas enferma –dijo él, y suspiró.

–¿Y qué?

–¡Podrías haber muerto! –exclamó él. Fue hacia las cortinas y empezó a tirar de los pliegues como si intentara alisarlos–. Livueta, no podía decirte que Darckle estaba en su poder. El shock...

–Oh, sí, esta pobre y débil mujer no habría podido soportar el shock... –dijo Livueta. Meneó la cabeza mientras seguía tirando del hilo de oro–. Habría preferido que me ahorraras oír todas esas tonterías insultantes en vez de ocultarme la verdad sobre mi propia hermana.

–Hice lo que creí era mejor para ti.

Dio un paso hacia ella, se detuvo y retrocedió hasta la esquina del escritorio sobre la que había estado sentada hacía unos momentos.

–Estoy segura de ello –replicó Livueta con sarcasmo–. Supongo que la costumbre de asumir responsabilidades es algo que va implícito en tu importante posición actual... Y se supone que debo estarte agradecida, ¿verdad?

–Livvy, por favor..., ¿tienes que...?

–¿Tengo que qué? –Le miró. Sus ojos echaban chispas–. ¿Tengo que crearte aún más dificultades de las que ya soportas? ¿Se trata de eso?

–Lo único que quiero es... –dijo él hablando muy despacio e intentando controlarse–. Sólo quiero que intentes..., que intentes comprenderlo. Tenemos que... seguir juntos, tenemos que ayudarnos el uno al otro.

–Lo que quieres decir es que tengo que ayudarte aunque tú no estés dispuesto a hacer nada por Darckle –replicó ella.

–¡Maldita sea, Livvy! –gritó él–. ¡Hago cuanto puedo! No es sólo ella. Tengo que pensar en muchas personas más. Todos mis hombres, los civiles de la ciudad..., ¡todo el maldito país! –Fue hacia ella, se arrodilló delante del sofá y puso su mano sobre el brazo del que su mano de largas uñas había ido arrancando el hilo de oro–. Livueta, por favor... Estoy haciendo todo lo posible. Ayúdame. Necesito que me apoyes. Los otros comandantes quieren atacar. Soy lo único que se interpone entre Darckense y...

–Quizá deberías atacar –dijo ella de repente–. Quizá sea lo único que no se espera.

La miró y meneó la cabeza.

–La tiene prisionera dentro del navío. Si queremos tomar la ciudad tenemos que destruir el navío antes. –La miró a los ojos–. ¿Confías en que no la matará, aun suponiendo que no muera durante el ataque?

–Sí –dijo Livueta–. Sí, confío en él.

Le sostuvo la mirada durante unos momentos con la seguridad de que ella acabaría inclinando la cabeza o, por lo menos, de que la desviaría, pero Livueta

siguió mirándole fijamente.

–Bien... –dijo por fin–. No puedo correr ese riesgo. –Suspiró, cerró los ojos y apoyó la cabeza en el brazo del sofá–. Hay..., hay tantas presiones. –Intentó cogerle la mano, pero ella se la apartó–. Livueta, ¿crees que no tengo sentimientos? ¿Crees que no me importa lo que pueda ocurrirle a Darckle? ¿Crees que no sigo siendo el hermano al que conociste aparte del soldado en que me han convertido? ¿Crees que tener un ejército a mis órdenes, ayudantes de campo y oficiales que obedecen hasta el más pequeño de mis caprichos..., crees que todo eso impide que me sienta solo?

Livueta se puso en pie sin tocarle.

–Sí –dijo mirándole desde arriba mientras él contemplaba el hilo de oro cosido en el brazo del sofá–. Te sientes solo, yo me siento sola y Darckense se siente sola, y él se siente solo... ¡Y todo el mundo se siente solo!

Giró rápidamente sobre sí misma. La brusquedad del movimiento hizo que su larga falda se hinchara durante una fracción de segundo. Fue hacia la puerta y salió por ella. Oyó el golpe seco de la doble puerta al cerrarse y siguió inmóvil donde estaba, arrodillado delante del sofá vacío como si fuera un pretendiente rechazado. Deslizó su dedo meñique por el aro de hilo dorado que Livueta había logrado arrancar del brazo del sofá y tiró de él hasta romperlo.

Se puso en pie, fue hacia la ventana, se abrió paso por entre los cortinajes y contempló la luz grisácea del amanecer. Hombres y máquinas avanzaban entre las nubéculas de niebla, hilachas grises que parecían las redes de camuflaje de la naturaleza.

Envidiaba a los hombres que podía ver y estaba seguro de que la mayoría de ellos le envidiaban. Él daba las órdenes, dormía en una cama mullida y no tenía que chapotear por el fango de las trincheras o dar patadas a las rocas para que el dolor en los dedos del pie le mantuviera despierto mientras montaba guardia... Pero eso no impedía que él les envidiara porque sólo tenían que cumplir las órdenes que les daban. Siguió pensando en ello, y acabó admitiendo ante sí mismo que también envidiaba a Elethiomel.

«Si fuera como él...», pensó. Era una idea que acudía a su mente con una frecuencia cada vez mayor. Poseer esa astucia implacable, esa inteligencia despiadada que no reconocía barreras ni frenos... Ah, cómo lo deseaba.

Apartó los cortinajes. El deseo le había hecho sentirse tan culpable que caminaba encorvado.

Fue al escritorio, encendió las luces del estudio y se sentó. «Su trono...», pensó, y dejó escapar la primera risita que salía de sus labios en varios días porque el trono era una imagen del poder más imponente y él se sentía totalmente incapaz de hacer nada.

Oyó el rugido de un camión que se detenía junto a la ventana, justo allí donde se suponía que estaba prohibido aparcar. Se quedó muy quieto y empezó a pensar. Una

bomba de gran potencia al otro lado de la pared..., el terror se adueñó de él. Oyó la voz ronca de un sargento, una conversación en susurros y el camión se alejó un poco, aunque aún podía oír el ruido del motor.

Pasado un rato oyó voces en el pozo de la escalera que llevaba al vestíbulo. Las voces casi eran gritos, y había algo en su tono que le hizo sentir un escalofrío. Intentó decirse que se estaba comportando como un niño miedoso y volvió a encender todas las luces del estudio, pero aún podía oír las voces. Entonces oyó algo que parecía un alarido y que se interrumpió de repente. Se estremeció. Abrió la funda de su pistolera deseando llevar encima algo más letal que la pistolita del uniforme de gala. Fue hacia la puerta. Las voces... Había algo muy extraño en ellas. Algunas casi gritaban, mientras que otras parecían esforzarse por murmurar. Abrió la puerta y cruzó el umbral. Su ayudante de campo estaba en la puerta que daba acceso a sus despachos y miraba hacia la escalera.

Guardó la pistola en su funda. Fue hacia el ayudante de campo, siguió la dirección de sus ojos y miró hacia abajo. Vio a Livueta devolviéndole la mirada con los ojos casi fuera de las órbitas, a un grupito de soldados y a un comandante. Estaban inmóviles alrededor de una sillita blanca. Frunció el ceño. Livueta parecía muy nerviosa. Bajó rápidamente el tramo de peldaños. Estaba a medio camino cuando vio que Livueta subía corriendo hacia él con la falda revoloteando a su alrededor. Su hermana se lanzó sobre él y puso las dos manos encima de su pecho. El empujón le hizo tambalearse. Estaba perplejo.

–No –dijo ella. Sus ojos brillaban, y nunca la había visto tan pálida–. Vuelve a tu estudio –dijo.

Su voz sonaba extrañamente pastosa, como si no le perteneciera.

–Livueta... –dijo él con cierta irritación.

Se apartó de la pared en la que se había apoyado para no perder el equilibrio e intentó mirar por encima de ella para averiguar qué estaba ocurriendo en el vestíbulo y qué hacían todas aquellas personas apelotonadas alrededor de la sillita blanca.

Livueta volvió a empujarle.

–Vuelve al estudio –dijo con aquella extraña voz pastosa.

La miró a los ojos y le rodeó las muñecas con las manos.

–Livueta... –dijo en voz baja.

Movió los ojos indicando las personas que había en el vestíbulo.

–Vuelve al estudio –dijo aquella voz extraña y aterradora.

Ya estaba más que hartos. La apartó de un empujón e intentó pasar junto a ella, pero Livueta trató de sujetarle por los hombros.

–¡No bajes! –jadeó.

–¡Livueta, basta ya!

Se la quitó de encima sin más miramientos. Bajó rápidamente el resto de peldaños

antes de que su hermana pudiera hacer un nuevo intento de impedirselo.

Y Livueta se lanzó detrás de él y le agarró por la cintura.

–¡Vuelve al estudio! –gimió.

Giró sobre sí mismo y se encaró con ella.

–¡Suéltame! ¡Quiero averiguar qué está pasando!

Era más fuerte que ella. Apartó sus brazos de un manotazo y la hizo caer sobre los peldaños. Bajó hasta el vestíbulo y caminó sobre las losas hasta llegar al grupo de hombres que se mantenían inmóviles y en silencio alrededor de la sillita blanca.

Era una silla muy pequeña y tan delicada que daba la impresión de que un adulto la rompería si intentaba sentarse en ella. Era una silla pequeña y blanca, y cuando dio dos pasos más hacia adelante, cuando los otros y el vestíbulo y el castillo y el mundo y el universo desaparecieron en la oscuridad y el silencio y se fue acercando a la silla cada vez más y más despacio vio que había sido construida con los huesos de Darckense Zakalwe.

Las patas de atrás estaban hechas con los dos fémures, y las de delante con las tibias. Los huesos de los brazos formaban el marco del asiento; las costillas el respaldo. Debajo de ellas estaba la pelvis; la pelvis que había sido astillada años atrás en el barco de piedra y cuyos fragmentos de hueso destrozado se habían vuelto a soldar... El material más oscuro que habían usado los cirujanos resultaba claramente visible. Por encima de las costillas estaban las clavículas, también fracturadas y curadas. Las señales en los huesos eran el recuerdo de un accidente de equitación.

Habían curtido su piel y la habían utilizado para fabricar un pequeño almohadón. Habían colocado un botoncito minúsculo en el agujero de su ombligo y en una esquina del almohadón había un atisbo casi imperceptible de vello oscuro ligeramente rojizo.

Volvía a hallarse de pie junto a su escritorio y descubrió que estaba pensando en el tramo de peldaños y en las presencias de Livueta, del ayudante de campo y de su auxiliar que se habían interpuesto entre aquel momento y éste.

Sintió el sabor de la sangre en su boca y se miró la mano derecha. Creyó recordar que había golpeado a Livueta cuando subía por la escalera. Golpear a tu propia hermana... Qué acto tan horrible.

Contempló cuanto le rodeaba durante unos momentos sin enterarse muy bien de lo que estaba viendo. Todo parecía estar borroso.

Alzó una mano con la intención de frotarse las sienes y descubrió que tenía la pistola entre los dedos.

Se la llevó a la sien derecha.

Comprendía que eso era exactamente lo que Elethiomel quería que hiciese, pero enfrentarse a un monstruo semejante... ¿Qué posibilidades de triunfo tenía? Después

de todo, la capacidad de aguante de un hombre tiene sus límites, ¿no?

Se volvió hacia las puertas del estudio y sonrió (alguien estaba golpeándolas con el puño, gritando una palabra que quizá fuera su nombre; pero no conseguía acordarse de cómo se llamaba). Qué estupidez... Hacer Lo Que Se Espera de Ti; la Única Escapatoria. La Salida Honorable. Qué montón de estupideces... No había nada, sólo la desesperación y la última ocasión de soltar una carcajada y de abrir la boca para enfrentarse con el mundo a través del hueso. Aquí, justamente aquí...

Pero una habilidad tan consumada... Tantas capacidades, tanta adaptabilidad, una falta de escrúpulos tan implacable y completa que resultaba increíble, un uso de las armas tan terrible y eficiente que cualquier cosa o persona podía convertirse en un arma...

Le temblaba la mano. Se dio cuenta de que las puertas estaban empezando a ceder. Alguien debía de estar golpeándolas con todas sus fuerzas. Supuso que debía de haberlas cerrado con llave. Estaba solo en el estudio. Comprendió que debería haber escogido una pistola más grande, y pensó que el calibre de la que tenía en la mano quizá no bastara para hacer el trabajo.

Tenía la boca muy seca.

Sintió como el cañón de la pistola se hundía un par de milímetros en la piel de su sien y apretó el gatillo.

Las fuerzas asediadas que había dentro del Staberinde y a su alrededor iniciaron el ataque una hora después, cuando los cirujanos aún estaban intentando salvarle la vida.

Fue una batalla magnífica, y faltó muy poco para que la ganaran.

Catorce

–Zakalwe...

–No.

La misma negativa de siempre. Estaban en un parque inmóviles junto a una pradera muy grande en la que acababan de cortar el césped, debajo de unos árboles de troncos muy altos que habían sufrido la poda hacía poco tiempo. La brisa cálida traía consigo el olor del océano y una sombra casi imperceptible del perfume de las flores. El aire susurraba por entre los troncos del bosquecillo. La niebla matinal aún no se había despejado del todo, y sus hilachas seguían velando los dos soles. Sma meneó la cabeza, puso cara de exasperación y se alejó unos pasos.

Estaba apoyado en un árbol. Respiraba con dificultad y tenía una mano encima del pecho. Skaffen-Amtiskaw flotaba cerca de él sin dejar de vigilarle mientras jugueteaba con un insecto posado en el tronco de otro árbol.

Skaffen-Amtiskaw opinaba que el hombre estaba loco. Una cosa era indudable, y es que su comportamiento cada vez resultaba más extraño. Nunca había explicado la auténtica razón de que hubiese vagabundeado de un lado para otro a través de toda la masacre que se produjo durante el asalto a la ciudadela. Cuando Sma y la unidad lograron encontrarle y recogerle –tenía el cuerpo agujereado por las balas, estaba medio muerto y deliraba–, insistió en que se limitaran a estabilizar el estado físico en que se encontraba cuando le sacaron de lo alto de la muralla. No hizo caso de sus argumentos, pero cuando estuvieron a bordo del *Xenófobo* la nave se negó a declararle loco e incapaz de tomar sus propias decisiones, y le sumió en un sueño de metabolismo reducido durante los quince días que duró el viaje hasta el planeta en el que vivía la mujer llamada Livueta Zakalwe.

Salió del sueño en tan mal estado como cuando había entrado en él. Parecía una catástrofe ambulante y aún llevaba dos balas dentro, pero se negó a aceptar cualquier tipo de tratamiento hasta que hubiera visto a esa mujer. «Qué extraño...», pensó Skaffen-Amtiskaw mientras extendía un campo para obstruir el camino del insecto que iba trepando lentamente por el tronco del árbol. Había otro insecto de una especie distinta un poco más arriba, y Skaffen-Amtiskaw estaba intentando que se encontraran para averiguar cuál sería su reacción.

Extraño y..., sí, incluso perverso.

–De acuerdo. –El hombre tosió (la unidad sabía que uno de sus pulmones se iba llenando de sangre a cada momento que pasaba–. Sigamos.

Apartó la espalda del árbol y Skaffen-Amtiskaw abandonó de mala gana su juego con los dos insectos. Estar aquí hacía que la unidad se sintiera vagamente fuera de lugar. El planeta era conocido, pero Contacto aún no había tenido el tiempo suficiente

para hacer una investigación a fondo. Había sido descubierto mediante la investigación y no mediante la exploración física, y aunque no tenía nada de obviamente raro y ya se había llevado a cabo una primera inspección muy rudimentaria, técnicamente seguía estando considerado como terra incógnita y Skaffen-Amtiskaw se hallaba en un estado relativamente avanzado de alerta por si se daba el caso de que el lugar les tuviera reservada alguna sorpresa desagradable.

Sma fue hacia el hombre del cráneo rasurado y le pasó el brazo alrededor de la cintura para ayudarlo a caminar. Subieron la suave pendiente cubierta de césped que llevaba hasta un pequeño promontorio. Skaffen-Amtiskaw les observó alejarse desde el refugio que le proporcionaban las copas de los árboles y fue bajando lentamente hacia ellos cuando les faltaba poco para llegar al final de la pendiente.

Cuando vio lo que había al otro lado el hombre se tambaleó y estuvo a punto de perder el equilibrio. La unidad tuvo la impresión de que si Sma no hubiese estado allí para sostenerle se habría desplomado de narices sobre la hierba.

–Mieeeeeerda –jadeó.

Intentó erguirse. La neblina seguía evaporándose, y el rayo de sol surgido de la nada que cayó sobre sus ojos le obligó a parpadear.

Dio otro par de pasos vacilantes, apartó el brazo de Sma y giró lentamente sobre sí mismo recorriendo el parque con la mirada. Vio árboles convertidos en estatuas por la poda, praderas de césped casi manicurado, muros ornamentales y pérgolas delicadas, estanques delimitados mediante hileras de piedras y caminos umbríos que cruzaban bosquecillos sumidos en el silencio más absoluto. Y a lo lejos, alzándose entre los troncos de los árboles de mayor edad, la maltrecha silueta negra del Staberinde...

–Lo han convertido en un jodido parque... –murmuró.

Se quedó inmóvil oscilando ligeramente sobre la planta de sus pies con la cintura a punto de doblarse y clavó los ojos en la silueta del viejo navío de combate. Sma fue hacia él. Parecía estar a punto de doblarse sobre sí mismo y Sma volvió a rodearle la cintura con el brazo. El dolor tensó sus rasgos y empezaron a bajar por la cuesta yendo hacia un sendero que llevaba al navío.

–Cheradenine, ¿por qué quieres ver esto? –preguntó Sma en voz baja.

Sus pies hacían crujir la gravilla del sendero. La unidad flotaba por encima de ellos y a unos metros más atrás.

–¿Hmmm? –murmuró él apartando los ojos del navío durante una fracción de segundo.

–Cheradenine, ¿por qué has querido venir aquí? –preguntó Sma—. Ella no está aquí. Está en otro sitio.

–Ya lo sé –jadeó él—. Ya lo sé...

–Entonces, ¿por qué quieres ver esos restos?

Tardó un poco en responder. Era como si no la hubiese oído, pero Sma vio como tragaba una honda bocanada de aire –acompañando la inspiración con una mueca de dolor–, y meneó su cabeza cubierta de sudor.

–Oh –dijo–, sólo por..., por los viejos tiempos...

Atravesaron otro bosquecillo. En cuanto salieron de él y estuvieron un poco más cerca del navío vio que volvía a menear su cráneo rasurado.

–No me había imaginado que..., que pudieran hacerle esto –dijo.

–¿Hacerle el qué? –preguntó Sma.

–Esto.

Movió la cabeza señalando la masa ennegrecida del navío.

–¿Y qué han hecho, Cheradenine? –preguntó Sma con voz paciente.

–Convertirlo en... –empezó a decir, se calló y tosió. El dolor le hizo tensar todos los músculos del cuerpo–. Convertir esa maldita cosa en..., en un adorno. Preservarla para la posteridad.

–¿Te refieres a ese navío?

Él la miró como si se hubiera vuelto loca.

–Sí –dijo–. Sí, me refiero a ese navío.

Skaffen-Amtiskaw no veía que tuviera nada de especial. No era más que un viejo navío de combate metido en un dique lleno de cemento. Se puso en contacto con el *Xenófobo*, que estaba matando el tiempo con un examen detallado del planeta para hacer un mapa.

–Hola, nave. Esos restos del parque... Zakalwe parece muy interesado en ellos. Me preguntaba por qué. ¿Te importaría hacer algunas investigaciones al respecto?

–Dentro de un rato. Aún tengo que repasar todo un continente, los lechos marinos y la subsuperficie.

–No creo que vayan a moverse de su sitio. Esto podría ser interesante.

–Paciencia, Skaffen-Amtiskaw.

«Pedante», pensó la unidad, y cortó la comunicación.

Los dos humanos recorrieron senderos serpenteantes y dejaron atrás cubos para la basura, bancos, mesas para almuerzos campestres y puntos de información. Skaffen-Amtiskaw pasó junto a uno de los viejos puntos de información y lo activó. Una cinta magnetofónica empezó a girar lentamente dentro de la estructura.

–El navío que tienen ante sus ojos... –dijo una voz cascada.

«Esto tardará siglos», pensó Skaffen-Amtiskaw y utilizó su efector para acelerar el funcionamiento de la máquina. La voz se convirtió en un zumbido estridente y la cinta se rompió. Skaffen-Amtiskaw le administró el equivalente efector a un manotazo disgustado y dejó la máquina de información echando humo y goteando plástico fundido sobre la gravilla que tenía debajo. Los dos humanos habían llegado a la zona de sombra que proyectaba el navío.

Lo habían dejado exactamente tal y como estaba. Bombardeado, lleno de agujeros, ennegrecido y severamente castigado..., pero no destruido. El hollín producido por las llamas de hacía dos siglos aún cubría las placas del blindaje allí donde las manos no podían llegar y donde no caía la lluvia. Las torretas del armamento habían sido abiertas como si fuesen latas de conservas; los cañones y los detectores de distancias asomaban por los niveles de cubiertas que se iban sucediendo unas a otras; un tapiz de antenas y cableados sueltos cubría los restos de los reflectores y los platos de radar inclinados locamente en todas direcciones. La única chimenea que había sobrevivido a los bombardeos estaba torcida y el metal era un mosaico de agujeros y arañazos.

Una escalera de caracol protegida por un toldo llevaba hasta la cubierta principal del navío. Subieron por ella siguiendo a una pareja que iba acompañada por dos niños. Skaffen-Amtiskaw flotaba casi invisible a diez metros de distancia e iba ascendiendo lentamente para mantenerse a su altura. La más pequeña de las dos criaturas –una niña– se volvió de repente y gritó al ver la mirada fija del hombre del cráneo rasurado que se tambaleaba detrás de ella. Su madre se apresuró a cogerla y siguió subiendo con ella en brazos.

Estaba tan débil que tuvo que detenerse a descansar un rato apenas llegaron a la cubierta. Sma le guió hasta un banco y le ayudó a sentarse. Se quedó inmóvil doblado sobre sí mismo durante unos minutos y acabó irguiendo la cabeza para contemplar el desolado panorama de metal ennegrecido y oxidado que le rodeaba. Meneó su cabeza rasurada, murmuró algo ininteligible y empezó a reír suavemente mientras tosía y se sujetaba el pecho con las manos.

–Un museo... –dijo–. Un museo...

Sma puso una mano sobre su húmeda frente. Tenía un aspecto terrible, y la falta de pelo le sentaba fatal. Las ropas oscuras que vestía cuando le encontraron en lo alto del muro de la ciudadela estaban desgarradas y cubiertas de sangre seca. El *Xenófobo* se había encargado de limpiarlas y repararlas, pero casi todos los habitantes del planeta vestían atuendos de muchos colores y la sencillez y los colores oscuros de sus ropas parecían extrañamente fuera de lugar entre todo aquel abigarramiento. Incluso los pantalones y la chaqueta de Sma resultaban algo sombríos cuando se los comparaba con los alegres trajes multicolores de la mayoría de personas con las que se habían encontrado hasta entonces.

–¿Habías estado aquí antes, Cheradenine? –le preguntó.

–Sí –jadeó mientras asentía con la cabeza.

Alzó los ojos hacia los últimos zarcillos de niebla que fluían como estandartes gaseosos e iban desapareciendo lentamente junto al mástil principal que se inclinaba hacia ellos.

–Sí –repitió.

Sma volvió la cabeza para contemplar el parque que tenían detrás y acabó observando la ciudad que se extendía junto a él.

–¿Naciste aquí?

No parecía haberla oído. Se quedó inmóvil durante unos minutos, se puso en pie moviéndose muy despacio y la miró a los ojos como si no supiese quién era. Sma sintió un escalofrío involuntario e intentó recordar cuál era la edad exacta de Zakalwe.

–Vamos, Da..., Dizita. –Su sonrisa temblaba como si fuera a esfumarse en cualquier momento–. Llévame hasta ella, ¿quieres?

Sma se encogió de hombros y le ayudó a caminar. Bajaron por el tramo de peldaños que conducía hasta el suelo.

–¿Unidad? –dijo Sma acercando los labios al broche que llevaba en una solapa.

–¿Sí?

–Supongo que nuestra dama sigue en el sitio donde estaba cuando tuvimos noticias de ella por última vez, ¿no?

–Desde luego –dijo la voz de la unidad–. ¿Quieres ir en el módulo?

–No –dijo él. Tropezó con un peldaño y estuvo a punto de caer, pero Sma consiguió sujetarle a tiempo–. No, en el módulo no. Vayamos..., vayamos en tren, o en taxi o en...

–¿Estás seguro? –le preguntó Sma.

–Sí, estoy seguro.

–Zakalwe... –Sma suspiró–. Por favor, acepta algún tipo de tratamiento...

–No –dijo él cuando llegaron al suelo.

–Si dobláis dos veces a la derecha encontraréis una estación del metro –dijo la unidad–. Tenéis que ir a la Estación Central. Los trenes a Couraz salen de la plataforma número ocho.

–De acuerdo –dijo Sma de mala gana.

Lanzó una rápida mirada de soslayo a Zakalwe y vio que estaba contemplando la gravilla del sendero como si necesitara hacer un gran esfuerzo de concentración para decidir con qué pie debía empezar a caminar. Cuando pasaron bajo la proa del navío de combate alzó los ojos hacia ella y entrecerró los párpados para ver mejor la inmensa curva en V de la estructura metálica. Sma no apartó los ojos ni un instante de su rostro sudoroso, pero no logró decidir si la expresión que había en sus rasgos era respeto, incredulidad o algo parecido al terror.

El metro les llevó hasta el centro de la ciudad deslizándose por túneles de cemento. La Estación Central estaba llena de gente, y era una estructura enorme, muy limpia y repleta de ecos. Los rayos del sol arrancaban destellos a la bóveda de cristal del techo. Skaffen-Amtiskaw fingía ser una maleta y Sma apenas sentía el peso que

colgaba de sus dedos. El hombre herido era un peso mucho más difícil de soportar que tiraba de su otro brazo.

El tren de levitación magnética entró en la estación y desembarcó a sus pasajeros. Subieron a él acompañados por unas cuantas personas más.

–Cheradenine, ¿crees que lo conseguirás? –le preguntó Sma.

Le miró y vio que estaba medio derrumbado en el asiento y que apoyaba los brazos sobre la mesa en una postura extraña y con tal flaccidez que parecían fracturados o incapaces de moverse. No apartaba los ojos del asiento que tenía delante e ignoraba el paisaje urbano que pasaba velozmente junto a ellos mientras el tren aceleraba moviéndose sobre los viaductos que lo llevarían primero a los suburbios y luego al campo.

–Sobreviviré –dijo asintiendo con la cabeza.

–Sí, pero... ¿cuánto tiempo? –dijo la unidad. Sma la había dejado encima de la mesa delante de ella–. Zakalwe, estás muy mal.

–Siempre es mejor eso que parecer una maleta, ¿no crees? –replicó él mirando fijamente a la máquina.

–Oh, qué gracioso –dijo la unidad, y se puso en contacto con el *Xenófobo*.

(–¿Aún no has acabado con tus dibujos?

–No.

–Oye, ¿crees que podrías consagrar una minúscula fracción de los apabullantes recursos de esa Mente supuestamente increíble que posees a descubrir por qué le interesaba tanto ese navío?

–Oh, supongo que sí, pero...

–Espera un momento. ¿Qué está diciendo? Escucha con atención...)

–Supongo que acabarás descubriéndolo. Hace mucho tiempo de eso, aunque creo que ya te lo había contado en alguna ocasión... –murmuró.

Estaba mirando por la ventana, pero hablaba con Sma. La ciudad bañada por los rayos del sol se deslizaba al otro lado del cristal. Sus pupilas estaban muy dilatadas y los ojos parecían querer saltar de sus órbitas, y Sma tuvo la extraña impresión de que estaba contemplando aquella ciudad pero veía otra, o quizá fuese la misma ciudad pero tal y como era hacía muchos años, como si aquellos ojos febriles e inquietos pudieran captar una luz polarizada por el tiempo que sólo ellos estaban en condiciones de percibir.

–¿Es..., es tu lugar de origen?

–Ya hace mucho tiempo de eso –murmuró él. Tosió, se dobló sobre sí mismo y se apretó un costado con el brazo. Tragó aire con mucha cautela–. Nací aquí...

La mujer le estaba escuchando con mucha atención. Y la unidad, y la nave. Todos estaban pendientes de sus palabras.

Y él les contó la historia de la gran casa que estaba a medio camino entre las

montañas y el mar, río arriba yendo desde la gran ciudad. Les habló de los terrenos que rodeaban la casa y de los hermosos jardines y de los tres –y más tarde cuatro– niños que crecieron en la casa y jugaron en el jardín. Les habló de las casitas de verano y del barco de piedra y del laberinto y de las fuentes y las praderas y las ruinas y los animales que había en los bosques. Les habló de los dos chicos y las dos chicas, y de las dos madres, y del padre que era muy estricto y del padre invisible que estaba prisionero en la ciudad. Les habló de las visitas a la ciudad y de que a los niños siempre les parecían demasiado largas, y de la época en que no les permitieron ir al jardín sin guardias que les escoltaran, y de que un día robaron un arma y pensaban llevársela lejos de la casa para dispararla, pero sólo consiguieron llegar hasta el barco de piedra y descubrieron a un grupo de asesinos que habían venido allí para acabar con la familia y evitaron la catástrofe alertando a la casa. Les habló de la bala que hirió a Darckense y de la astilla de hueso que estuvo a punto de abrirse paso hasta su corazón.

Empezó a quedarse sin saliva y su voz se fue convirtiendo en un graznido. Sma miró hacia el otro extremo del vagón, vio aparecer a un camarero que empujaba un carrito, pidió un par de refrescos y los pagó. Le alargó uno y le vio beber un trago, toser, hacer una mueca de dolor y seguir bebiendo muy despacio y a sorbitos.

–Y la guerra no tardó en llegar –dijo mientras contemplaba el último suburbio sin verlo. El suburbio quedó atrás, el tren volvió a acelerar y el campo se convirtió en una borrosa mancha verde–. Y los dos chicos que se habían convertido en hombres..., acabaron luchando en bandos distintos.

(–Fascinante –dijo el *Xenófobo*–. Creo que haré unas cuantas investigaciones rápidas.

–Ya iba siendo hora –replicó la unidad sin dejar de escuchar las palabras del hombre.)

Les habló de la guerra y del asedio en que estuvo involucrado el Staberinde y de las fuerzas asediadas que intentaron romper el cerco..., y les habló del hombre, del niño que había jugado en el jardín y que vivió las oscuras profundidades de aquella noche terrible y que puso en marcha la cadena de acontecimientos que terminó haciendo que se le conociera con el nombre del Constructor de Sillas, y del amanecer en que el hermano y la hermana de Darckense descubrieron lo que había hecho Elethiomel, y el hermano intentó quitarse la vida y el egoísmo de la desesperación hizo que renunciara a todos sus cargos abandonando a sus ejércitos y a su hermana.

Y les habló de Livueta, quien nunca había perdonado y le había seguido –aunque por aquel entonces él no lo sabía–, en otra nave repleta de durmientes viajando durante un siglo por la insoportable y tranquila lentitud del espacio real hasta llegar a un lugar en el que los icebergs giraban alrededor de un polo continental estrellándose los unos contra los otros, desmenuzándose y encogiéndose en un proceso que no

terminaría nunca... Pero entonces le perdió –¿qué sitio mejor para que su pista acabara enfriándose?–, y se quedó allí durante años sin dejar de buscarle, y no podía saber que él se había marchado para emprender una nueva vida, no podía saber que había sido rescatado por la dama que caminaba a través de la ventisca como si ésta no existiera con una diminuta nave espacial a su espalda siguiéndola tan devotamente como si fuera un perrillo faldero.

Livueta Zakalwe acabó rindiéndose y emprendió otro largo viaje para alejarse del peso de sus recuerdos, y al final de ese viaje (*Xenóforo* se puso en contacto con la unidad para pedirle su situación; Skaffen-Amtiskaw le dio el nombre de un planeta que estaba en un sistema a pocas décadas de distancia de allí) fue localizada poco después de que hubiese hecho su último trabajo como agente de la Cultura.

Skaffen-Amtiskaw lo recordaba todo. La mujer de cabellos grises que acababa de entrar en la última etapa de su vida y trabajaba en una clínica de los suburbios, una delicada ciudad de chabolas y cuchitriles esparcidos como basura sobre el barro y las pendientes salpicadas de árboles que dominaban una ciudad tropical desde la que se podían contemplar lagunas de aguas cabrilleantes y dunas doradas que se perdían en las rompientes de un océano inmenso. La mujer estaba muy delgada y había arrugas debajo de sus ojos. Cuando fueron a verla por primera vez la encontraron sosteniendo a un niño de vientre hinchado junto a cada cadera. Estaba de pie en el centro de una sala atestada y los niños chillaban y lloraban tirando incesantemente de su vestido.

La unidad había aprendido a percibir los matices de toda la gama de expresiones faciales panhumanas, y en cuanto vio la que había aparecido en el rostro de Livueta Zakalwe cuando se encaró con su inesperado visitante pensó que nunca se había encontrado una mezcla tan complicada. La sorpresa era inmensa, sí, pero el odio... ¡Oh, el odio era tan gigantesco y desmesurado!

–Cheradenine... –dijo Sma con dulzura.

Puso una mano sobre las suyas y deslizó la otra sobre su nuca acariciándola lentamente mientras él inclinaba la cabeza hasta dejarla a unos cuantos centímetros de la mesa. El cráneo rasurado fue girando poco a poco hasta quedar encarado al torrente de oro de la pradera que desfilaba junto a ellos.

El hombre alzó una mano y la pasó lentamente sobre su frente y su cráneo como si deslizara los dedos por entre los mechones de una larga cabellera.

Couraz lo había sido todo. Hielo y fuego, agua y tierra... Hubo un tiempo en el que su istmo era una extensión confusa de roca y glaciares, pero el cambio del mundo y el movimiento de los continentes alteró el clima y lo convirtió en una tierra de bosques. Después se convirtió en un desierto, pero acabó sufriendo un fenómeno que no entraba dentro de las capacidades del planeta. Un asteroide del tamaño de una montaña chocó con el istmo y creó tantos destrozos como una bala que atraviesa la

carne.

El asteroide llegó hasta el corazón granítico del globo y todo el planeta resonó como si fuera una inmensa campana. Dos océanos se encontraron por primera vez. La nube de polvo creada por aquella inmensa explosión ocultó el sol, creó una pequeña era glacial y eliminó a millares de especies. Los antepasados de la especie que acabaría gobernando el planeta supieron aprovechar la oportunidad que les ofrecía el cataclismo y empezaron a imponerse.

El planeta fue reaccionando al paso de los milenios y el cráter se convirtió en una cúpula. Las rocas se apartaron –incluso las capas más aparentemente sólidas pueden fluir y deformarse a lo largo de escalas de tiempo y distancia tan inmensas–, y la piel del mundo fue desarrollando el morado que había tardado eones en aparecer. Los océanos volvieron a separarse.

Sma había descubierto el folleto informativo en un bolsillo del asiento. Apartó los ojos de él durante unos instantes y contempló al hombre que ocupaba el asiento contiguo al suyo. Se había quedado dormido. Su rostro grisáceo y cansado parecía el de un anciano. No podía recordar ningún momento en el que le hubiera parecido tan viejo y enfermo. Maldición, si incluso cuando le decapitaron tenía un aspecto más saludable...

–Zakalwe –murmuró meneando la cabeza–. ¿Cuál es tu problema?

–Deseo de morir –murmuró la unidad–. Con ciertas complicaciones de tipo extrovertido añadidas.

Sma volvió a menear la cabeza y concentró su atención en el folleto. El hombre había caído en un sopor inquieto y la unidad estaba controlando sus funciones vitales.

Sma empezó a leer un párrafo sobre Couraz y se acordó de la gran fortaleza de la que había sido recogida por el módulo del *Xenófobo* un día soleado que ahora parecía estar tan lejos en el tiempo como lo estaba en la distancia. Apartó la mirada de una foto del istmo tomada desde el espacio, suspiró, pensó en la casa que se alzaba debajo de la presa y sintió una aguda punzada de nostalgia.

Couraz había sido una ciudad fortificada, una prisión, una fortaleza, una ciudad, un objetivo. Ahora –Sma lanzó una rápida mirada al hombre sentado junto a ella, le vio temblar y pensó que el último destino de Couraz quizá fuese el más apropiado– la gran cúpula de roca contenía una pequeña ciudad ocupada casi en su totalidad por el hospital más grande de aquel planeta.

El tren se precipitó hacia la boca de un túnel tallado en la roca.

Atravesaron la estación y cogieron un ascensor que llevaba a uno de los varios niveles de recepción del hospital. Se sentaron en un sofá rodeado de macetas y escucharon las notas melosas de la música ambiental mientras la unidad que Sma había dejado en el suelo junto a sus pies se introducía en los bancos de datos del ordenador más próximo y buscaba la información que necesitaban.

–La tengo –anunció en voz baja–. Ve a la recepcionista y dile cómo te llamas. He pedido un pase a tu nombre. No hace falta ninguna clase de verificación.

–Vamos, Zakalwe... –Sma se puso en pie, recogió su pase y le ayudó a levantarse. El hombre se tambaleó–. Cheradenine... –dijo ella–. Oye, deja que...

–Llévame hasta donde está.

–Deja que hable con ella antes.

–No, llévame allí. Ahora.

La sala se encontraba unos cuantos niveles más arriba y estaba muy bien iluminada. Los rayos del sol entraban por unos ventanales inmensos. Las nubes habían hecho que el cielo se volviera de color blanco y el océano casi invisible que había más allá de las motitas que eran los campos y los bosques formaba una línea de calina azul que se extendía bajo el cielo.

La gran sala estaba dividida por mamparas y llena de camas donde yacían ancianos que no hacían ningún ruido. Sma le ayudó a ir hasta el otro extremo. La unidad les había dicho que Livueta debía estar allí. Entraron en un pasillo corto y bastante ancho. Livueta salió de una habitación lateral y se quedó inmóvil en cuanto les vio.

Livueta Zakalwe parecía haber envejecido. Tenía los cabellos blancos y los años habían suavizado su piel y, al mismo tiempo, la habían llenado de finas arrugas. Sus ojos no habían perdido el brillo. Al verles se irguió unos centímetros más. Sus manos sostenían una bandeja bastante profunda repleta de cajitas y botellas.

Livueta les miró. El hombre, la mujer, la maletita de color claro que era la unidad...

Sma volvió la cabeza.

–¡Zakalwe! –siseó, y tiró de él para incorporarle.

Sus ojos habían estado cerrados hasta entonces. Los abrió y contempló a la mujer que tenía delante como si no estuviese muy seguro de quién era. Al principio dio la impresión de que no la reconocía, pero el brillo de la comprensión fue encendiéndose poco a poco en sus pupilas.

–¿Livvy? –preguntó mientras parpadeaba rápidamente y la observaba con los ojos entrecerrados–. ¿Livvy?

–Hola, señora Zakalwe –dijo Sma cuando quedó claro que la mujer no iba a contestar.

Los ojos despectivos de Livueta Zakalwe se apartaron del hombre a punto de desplomarse que colgaba del brazo derecho de Sma y fueron subiendo lentamente hacia su rostro. Meneó la cabeza y durante un momento Sma pensó que iba a decir que no era Livueta.

–¿Por qué sigues haciendo esto? –preguntó Livueta Zakalwe en voz baja y suave.

La unidad pensó que tenía una voz mucho más joven de la que correspondía a sus

años, y un instante después recibió una comunicación del *Xenófobo*. La nave había inspeccionado muchos archivos históricos y había encontrado datos fascinantes.

(-¿De veras? –exclamó la unidad-. ¿Muerto?)

-¿Por qué haces esto? –dijo ella-. ¿Por qué le haces esto a él..., a mí...? ¿Por qué? ¿No puedes dejarnos en paz de una vez?

Sma se encogió de hombros. Se sentía bastante incómoda.

-Livvy... –dijo él.

-Lo siento, señora Zakalwe –dijo Sma-. Es lo que quería. Se lo prometimos y...

-Livvy, por favor... Habla conmigo, deja que te ex...

-No debería hacer esto –dijo Livueta mirando fijamente a Sma. Sus ojos se posaron en el hombre que sonreía como un estúpido mientras parpadeaba lentamente y se pasaba una mano por el cráneo rasurado-. Parece enfermo –dijo con voz átona.

-Lo está –dijo Sma.

-Tráigalo aquí.

Livueta Zakalwe abrió otra puerta y reveló una habitación con una cama. Skaffen-Amtiskaw seguía preguntándose qué estaba ocurriendo mientras evaluaba la situación a la luz de la nueva información que acababa de recibir del *Xenófobo*, pero eso no le impidió encontrar el tiempo necesario para sentir una leve sorpresa ante la calma con que estaba comportándose la mujer. La última vez que estuvieron allí había intentado matarle y la unidad tuvo que actuar con gran celeridad para impedirlo.

-No quiero acostarme –protestó el hombre en cuanto vio la cama.

-De acuerdo, Cheradenine, basta con que te sientes –dijo Sma.

Livueta Zakalwe meneó levemente la cabeza y murmuró una palabra en un tono de voz tan bajo que ni la unidad consiguió entenderla. Colocó la bandeja de medicinas sobre la mesa que había en un rincón de la habitación y se cruzó de brazos mientras el hombre tomaba asiento en la cama.

-Les dejaré a solas –dijo Sma volviéndose hacia la mujer-. Estaremos aquí mismo.

«Lo bastante cerca para que pueda oír lo que ocurre –pensó la unidad– y detenerla si intenta volver a asesinarte, suponiendo que se le ocurra intentarlo...»

-No –dijo la mujer meneando la cabeza. Sus ojos observaban con un gélido desapasionamiento al hombre sentado en la cama-. No, no se vayan. No hay nada que...

-Pero yo quiero que se vayan –dijo él.

Tosió, se dobló sobre sí mismo y estuvo a punto de caer de la cama. Sma fue a ayudarle y tiró de él hasta colocarle un poco más adentro.

-¿Por qué no puedes decirlo delante de ellos? –preguntó Livueta Zakalwe-. ¿Qué es lo que no saben?

-Livvy, por favor..., yo sólo..., sólo quiero hablar contigo en privado –murmuró

él alzando la mirada hacia su rostro—. Por favor...

—No tengo nada que decirte, y no hay nada que tú puedas decirme.

La unidad oyó un leve ruido en el pasillo y alguien llamó a la puerta. Livueta la abrió. Una enfermera muy joven que se dirigió a ella llamándola Hermana Livueta le dijo que ya era hora de preparar a uno de los pacientes.

Livueta Zakalwe echó un vistazo a su reloj.

—Tengo que marcharme —les dijo.

—¡Livvy! ¡Livvy, por favor! —El hombre se inclinó hacia adelante. Los codos se incrustaron en sus flancos. Las manos tensas con la palma hacia arriba parecían garras extendidas delante de él—. ¡Por favor!

Sus ojos se habían llenado de lágrimas.

—Esto carece de sentido. —Livueta Zakalwe meneó la cabeza—. Y usted..., usted es una estúpida. —Miró a Sma—. No vuelva a traerle aquí.

—¡LIVVY!

El hombre se derrumbó sobre la cama y se dobló sobre sí mismo hasta convertirse en una bola de carne temblorosa. La unidad captó el calor emitido por el cráneo rasurado y pudo ver el palpitar de las venas que se hinchaban en el cuello y las manos.

—Cheradenine, cálmate, no pasa nada... —dijo Sma.

Fue hacia la cama, hincó una rodilla en el suelo y le puso las manos encima de los hombros.

Una de las manos de Livueta Zakalwe se movió velozmente y golpeó el panel de madera de la mesa junto a la que estaba. El sonido fue tan seco e inesperado como el de una detonación. El hombre lloraba y temblaba. La unidad estaba captando unas ondas cerebrales muy extrañas. Sma alzó los ojos hacia la mujer.

—No le llame así.

—¿Que no le llame...? —preguntó Sma.

La unidad pensó que a veces Sma podía ser realmente muy lenta de reflejos.

—No le llame Cheradenine.

—¿Por qué no?

—Porque no es su nombre.

—¿No lo es?

Sma parecía perpleja. La unidad seguía observando la actividad cerebral y el flujo sanguíneo del hombre, y pensó que no tardaría en haber problemas.

—No, no lo es.

—Pero... —empezó a decir Sma, y meneó la cabeza como si se hubiera quedado sin palabras—. Es su hermano. Es Cheradenine Zakalwe.

—No —dijo Livueta Zakalwe. Cogió la bandeja de las medicinas y abrió la puerta con una sola mano—. No, no es mi hermano.

–¡Aneurisma! –exclamó la unidad.

Se puso en movimiento a toda velocidad, dejó atrás a Sma y se detuvo encima de la cama. Los temblores del hombre se habían vuelto incontrolables. Hizo un examen más detallado y descubrió una ruptura en una vena bastante gruesa que estaba derramando su contenido dentro del cerebro.

Usó su efector para dejarle inconsciente, le hizo girar sobre sí mismo y le incorporó. La sangre seguía vertiéndose por el desgarrón de la vena y se expandía por los tejidos circundantes amenazando con invadir la corteza cerebral.

–Lo siento, señoras –dijo la unidad.

Emitió un campo de corte y lo introdujo en el cráneo rasurado. El hombre dejó de respirar. Skaffen-Amtiskaw utilizó otro aspecto de su campo de fuerza para mantener en movimiento su pecho mientras su efector persuadía delicadamente a los músculos que abrían sus pulmones de que debían volver a funcionar. Apartó la parte superior del cráneo que acababa de rebanar. Una ráfaga láser a baja potencia se reflejó en otro componente del campo y cauterizó la vena desgarrada. La unidad le inclinó la cabeza a un lado. La sangre ya era visible y la acumulación de líquido rojo resaltaba sobre los pliegues grisáceos de la geografía del tejido cerebral. El corazón dejó de latir, pero la unidad utilizó su efector para que siguiera moviéndose .

Las dos mujeres estaban muy inmóviles, entre fascinadas y asqueadas por la rápida actividad de la máquina.

La unidad fue apartando las capas del cerebro guiándose con sus sentidos increíblemente sutiles. Corteza, capa límbica, tálamo, cerebelo... Fue abriéndose paso a través de sus defensas y armamentos, se deslizó por sus avenidas y sus caminos, recorrió los almacenes y las tierras de sus recuerdos, buscó, cartografió, investigó y rasgó todos los velos.

–¿Qué quiere decir con...? –preguntó Sma. Su voz era un murmullo tan apagado como si acabara de despertar, y su cabeza se volvió lentamente hacia la mujer que se disponía a salir de la habitación–. ¿Qué quiere decir con eso de que no es su hermano?

–Quiero decir que ese hombre no es Cheradenine Zakalwe.

Livueta suspiró, se quedó inmóvil y siguió observando la extraña operación que la unidad estaba llevando a cabo.

«Era..., era..., era...»

Sma descubrió que estaba frunciendo el ceño y que no podía apartar los ojos del rostro de la mujer.

–¿Qué? Entonces...

«Atrás. Vuelve atrás ahora mismo. ¿Qué era lo que tenía que hacer? Atrás. El objetivo es vencer. ¡Atrás! Todo debe someterse a esa única verdad...»

–Cheradenine Zakalwe, mi hermano... –murmuró Livueta Zakalwe–. Murió hace

casi doscientos años. Murió poco después de haber recibido una silla hecha con los huesos de nuestra hermana.

La unidad empezó a aspirar la sangre que había invadido el cerebro del hombre. Deslizó un campo hueco tan delgado como un cabello a través del tejido afectado y fue recogiendo el líquido rojo en un pequeño bulbo transparente. Un segundo tubo de energía giró sobre sí mismo y suturó el tejido desgarrado. Absorbió un poco más de sangre para disminuir la presión sanguínea del hombre y utilizó su efector para alterar el funcionamiento de las glándulas apropiadas. La presión tardaría bastante tiempo en volver a aumentar. Proyectó un campo-tubo hasta la piletta que había debajo de la ventana, arrojó la sangre por el sumidero e hizo girar el grifo dejando correr el agua durante unos segundos. La sangre desapareció por el agujero con un leve gorgoteo.

–El hombre al que usted llama Cheradenine Zakalwe...

«Enfrentarme a las cosas, eso es lo único que he hecho en toda mi vida; Staberinde, Zakalwe; los nombres duelen, pero ¿de qué otra forma voy a poder...?»

–... le robó el nombre a mi hermano igual que le robó la vida; igual que le robó la vida a mi hermana...

«Pero ella...»

–Él era el comandante del Staberinde. Él es el Constructor de Sillas. Su nombre es Elethiomel.

Livuetta Zakalwe salió de la habitación cerrando la puerta detrás de ella.

El rostro de Sma se había puesto terriblemente pálido. Se volvió hacia la cama y contempló al hombre que yacía en ella mientras Skaffen-Amtiskaw seguía trabajando, absorto en el desafío de reparar unos mecanismos que se habían averiado.

Epílogo

El polvo les fue siguiendo como de costumbre, aunque el joven dijo varias veces que tenía la impresión de que quizá acabara lloviendo. Su compañero no opinaba lo mismo y le dijo que no debía hacer caso de las nubes que se cernían sobre las montañas. Era bastante mayor que él. Siguieron avanzando por aquella comarca desierta dejando atrás campos ennegrecidos, las ruinas de las casitas y las granjas, las aldeas incendiadas y los pueblos de los que aún brotaba el humo, y acabaron llegando a la ciudad abandonada. Su vehículo recorrió ruidosamente las anchas avenidas desiertas y hubo un momento en el que se metieron por un callejón repleto de puestos vacíos y frágiles postes que sostenían toldos harapientos, y su avance lo destruyó todo dejando detrás un torbellino de astillas y pedazos de tela que aleteaban locamente.

Escogieron el Palacio Real como el mejor emplazamiento posible de la bomba porque las grandes explanadas del Parque podían acoger sin problemas a las tropas, y estaban casi seguros de que el alto mando querría instalarse en los espaciosos pabellones. El más viejo de los dos pensaba que querrían ocupar el Palacio, pero el más joven estaba convencido de que los invasores eran gente del desierto y que preferirían los grandes espacios del Parque a los pequeños recintos de la Ciudadela.

Colocaron la bomba en el Gran Pabellón, la activaron y empezaron a discutir sobre si habían hecho lo adecuado. Discutieron sobre cuál sería el mejor sitio para esperar y ver lo que ocurría y qué debían hacer si el ejército decidía pasar de largo ante la ciudad, y si después del Acontecimiento los otros ejércitos se retirarían presa del terror o se dividirían en unidades más pequeñas para seguir con la invasión, o si se darían cuenta de que el arma utilizada era un ejemplar único y decidirían seguir avanzando, en cuyo caso lo harían animados por un espíritu de venganza todavía más implacable que antes. Discutieron sobre si los invasores empezarían bombardeando la ciudad, si enviarían exploradores y –en caso de que optaran por el bombardeo– cuáles serían los objetivos elegidos y acabaron haciendo una apuesta al respecto.

Lo único en lo que se hallaban de acuerdo era en que lo que estaban haciendo podía definirse como la mejor forma de desperdiciar la única bomba nuclear con que contaba su bando –y, en realidad, la única existente en aquel planeta–, porque aun suponiendo que su hipótesis demostrara ser correcta y los invasores se comportaran como habían previsto lo más que podían conseguir era acabar con un ejército, y eso quería decir que aun quedarían otros tres, cualquiera de los cuales probablemente fuese capaz de completar la invasión por sí solo; y en tal caso tanto la cabeza nuclear como las vidas habrían sido desperdiciadas.

Enviaron un radiograma a sus superiores y les explicaron lo que habían hecho mediante una palabra clave. Pasado un rato recibieron las bendiciones del alto mando en forma de otra palabra. Sus superiores no creían que el arma estuviera en

condiciones de funcionar, pero habían acabado dando su visto bueno al plan.

El más viejo de los dos se llamaba Cullis y ganó la discusión sobre dónde debían esperar. Se instalaron en la gran ciudadela y encontraron montones de armas y mucha bebida, y se emborracharon y hablaron y contaron chistes e intercambiaron historias imposibles de hazañas y conquistas, y en un momento dado uno de ellos preguntó al otro qué era la felicidad y recibió una contestación bastante extraña y que le pareció poco seria, pero después ninguno de los dos logró recordar quién había sido el que preguntó y quién el que respondió.

Durmieron y despertaron y volvieron a emborracharse y contaron más chistes y mentiras, y una llovizna casi impalpable empezó a caer sobre la ciudad y a veces el más joven de los dos deslizaba una mano sobre su cráneo rasurado aunque los largos y espesos mechones de su cabellera ya no estaban allí.

Siguieron esperando y cuando los primeros obuses empezaron a caer del cielo descubrieron que habían escogido un mal sitio para esperar, y salieron corriendo de allí bajando a toda prisa la escalera hasta llegar al patio y al semioruga y se alejaron hacia el desierto y las tierras baldías que se extendían más allá de él, y acamparon en ellas al anochecer y volvieron a emborracharse y se fueron a dormir muy tarde porque querían ver el resplandor de la detonación.

«Canción de Zakalwe»

Viendo desfilar las tropas
desde la habitación.

Creo que deberías ser capaz de saber
si vienen o se van.
Basta con fijarse en los huecos de sus filas.

«Eres un idiota», le dije,
y me di la vuelta para salir de allí,
o quizá sólo para preparar una bebida
que esa garganta tan diestra
engulliría como hacía con mis mejores mentiras.

Me enfrenté a las sombras de las cosas
y tú estabas apoyado junto a la ventana
con los ojos perdidos en la nada.

¿Cuándo nos iremos?
Podríamos acabar quedando
atrapados,
si permanecemos aquí demasiado tiempo
(dándome la vuelta)
¿Por qué no nos vamos?

No dije nada.
Acaricié un cristal resquebrajado,
conocimiento que no puede ser compartido en el silencio.
La bomba sólo está viva mientras cae.

*Shias Engin.
Recopilación de obras completas (edición póstuma).
Gran Año 355, Mes 18, (Shtaller, Calendario Profetico).
Volumen IX: «Obras juveniles y poemas no publicados en vida»*

El estado de la guerra

Prólogo

El sendero que llevaba hasta el jardín situado en la terraza más alta había tenido que seguir una extravagante ruta en zigzag para permitir que las sillas de ruedas pudieran superar la inclinación del terreno. Necesitó seis minutos y medio de esfuerzo para llegar hasta allí, y cuando lo consiguió estaba sudando, pero había superado su récord anterior y eso le complacía. Se desabrochó la gruesa chaqueta acolchada y enfiló la silla de ruedas hacia una de las plataformas de madera en que habían plantado los arriates de flores y plantas. Hacía bastante frío, y su aliento creaba nubéculas de vapor que flotaban unos segundos en el aire y acababan desvaneciéndose.

Cogió la cesta que llevaba encima del regazo y la colocó sobre el murete, sacó las tijeras de jardinería que había guardado en el bolsillo de la chaqueta y examinó con mucha atención el arriate que tenía delante intentando decidir qué variedades habían prosperado más desde que fueron plantadas. Aún no había escogido la primera cuando un movimiento en la pendiente atrajo su atención.

Se volvió hacia la verja detrás de la que se extendía la masa de color verde oscuro del bosque. Los picos lejanos eran manchas blancas que se perfilaban contra el azul del cielo. Al principio pensó que era un animal, pero la silueta no tardó en abandonar el refugio de los árboles y avanzó sobre la hierba blanqueada por la escarcha dirigiéndose hacia la puerta que había en el centro de la verja.

La mujer abrió la verja y la cerró detrás de ella. Llevaba puestos unos pantalones y una chaqueta que no parecía muy gruesa. No tenía mochila, y eso le sorprendió un poco. Pensó que quizá hubiera estado paseando por los terrenos del instituto hasta que se había cansado de caminar. Quizá fuera una doctora que había venido a visitar la institución. Decidió que si volvía la cabeza en su dirección y se encaminaba hacia el tramo de peldaños que bajaba hasta los edificios del instituto la saludaría con la mano, pero en cuanto se hubo apartado de la puerta vio que venía en línea recta hacia él. Era bastante alta. Tenía el cabello oscuro y el extraño sombrero de piel que llevaba puesto resaltaba los rasgos morenos de su rostro.

–Señor Escoerea... –dijo la mujer.

Extendió una mano hacia él. El hombre dejó las tijeras de jardinería sobre su regazo y le estrechó la mano.

–Buenos días. Creo que no nos conocemos...

La mujer no dijo nada. Se sentó sobre el murete, hizo entrecostar sus manos en una palmada casi inaudible –no llevaba guantes–, y sus ojos se posaron en el valle, las montañas y el bosque, el río y, por último, en los edificios de la institución que se divisaban al final de la pendiente.

–¿Qué tal se encuentra, señor Escoerea? ¿Bien?

Bajó la vista hacia lo que quedaba de sus piernas. Se las habían amputado por encima de la rodilla.

–Lo que queda de mí se encuentra bastante bien, señora.

Aquella frase había terminado por convertirse en su contestación habitual a esa pregunta. Sabía que algunas personas la interpretaban como un simple estallido de amargura, pero en realidad sólo era su forma de mostrar que se negaba a fingir que su cuerpo estaba intacto.

La mujer contempló los muñones ocultos por las perneras del pantalón con una franqueza que él sólo estaba acostumbrado a ver en los ojos de los niños.

–Fue un tanque, ¿verdad?

–Sí –dijo él, y volvió a coger las tijeras de jardinería–. Intenté hacerlo volcar cuando se dirigía a Ciudad Balzeit y... no lo conseguí. –Se inclinó hacia adelante, cortó un brote y lo puso dentro de su cesta. Anotó a qué planta pertenecía en una etiquetita y la sujetó al brote con un cordel–. Disculpe...

Hizo avanzar la silla de ruedas para cortar otro brote y la mujer se apartó de su camino.

Unos instantes después volvía a tenerla delante.

–Según la historia que he oído contar, intentaba salvar a uno de sus camaradas que había caído delante del...

–Sí –la interrumpió él–. Sí, es justamente lo que ocurrió. Naturalmente, entonces no sabía que el precio de la caridad es el fortalecimiento de los músculos de tus brazos...

–¿Aún no ha recibido su medalla?

La mujer se acuclilló junto a él y puso una mano sobre la rueda que tenía al lado. Los ojos del hombre se posaron primero en su mano y luego en su rostro, pero la mujer se limitó a sonreír.

Apartó las solapas de su chaqueta acolchada para revelar la guerrera que llevaba debajo y el surtido de cintas que la adornaban.

–Sí, tengo mi medalla.

Hizo avanzar la silla de ruedas un poquito más sin esperar a que quitara la mano.

La mujer se puso en pie y volvió a acuclillarse junto a él.

–Una hazaña impresionante, sobre todo teniendo en cuenta su extremada juventud... Me sorprende que no lograra ascender más deprisa. ¿Es cierto que no mostraba la actitud correcta en el trato con sus superiores? ¿Es ésa la razón de que...?

Arrojó las tijeras de jardinería dentro de la cesta e hizo girar la silla de ruedas hasta quedar de cara a ella.

–Sí, señora –dijo con voz burlona–. Era incapaz de dar las respuestas correctas, mis familiares nunca tuvieron muy buenas conexiones ni tan siquiera cuando vivían,

y ahora gracias a la Fuerza Aérea Imperial de Glaseen ni tan siquiera están vivos, y en cuanto a esto... –Su mano se cerró convulsivamente sobre la pechera de su uniforme tirando de las cintas como si quisiera enseñárselas–. Se las cambio. Todo el lote a cambio de un par de zapatos que pueda ponerme. Y ahora... –Se inclinó hacia ella y cogió las tijeras de jardinería–. Tengo mucho que hacer. En el instituto hay un tipo que pisó una mina. Le han amputado las dos piernas a la altura de las caderas y además ha perdido un brazo. Vaya a verle, y quizá descubra que se divierte aún más que conmigo. Discúlpeme.

Hizo girar la silla, avanzó unos metros y cortó un par de brotes sin fijarse en las plantas a que pertenecían. Podía oír a la mujer moviéndose por el sendero detrás de él y colocó las manos encima de las ruedas pensando en alejarse de ella lo más deprisa posible.

La mujer le detuvo. Había puesto una mano sobre el respaldo de la silla de ruedas y era bastante más fuerte de lo que aparentaba. Los brazos del hombre se tensaron en un intento de hacer girar las ruedas. Las llantas de goma rechinaron sobre las losas del sendero. Las ruedas acabaron girando, pero ya no podían llevarle a ninguna parte. Se relajó y alzó los ojos hacia el cielo. La mujer se puso delante de él y volvió a acuclillarse.

El hombre suspiró.

–Oiga, señora..., ¿qué es lo que quiere exactamente?

–A usted, señor Escoerea. –La mujer sonrió. Tenía una sonrisa muy hermosa. Movié la cabeza señalando los muñones–. Ah, por cierto... Ese trato de cambiar las medallas por un par de zapatos que me ha propuesto..., creo que podremos llegar a un acuerdo. –Se encogió de hombros–. Aunque pensándolo bien, no hará falta que me dé las medallas. –Se inclinó sobre la cesta, cogió las tijeras de jardinería y las clavó en la tierra junto al arriate. Se inclinó hacia adelante y puso las manos sobre los brazos de la silla de ruedas–. Y ahora, señor Escoerea... –dijo Sma conteniendo un escalofrío–, ¿qué le parecería la perspectiva de tener un trabajo adecuado a sus capacidades?